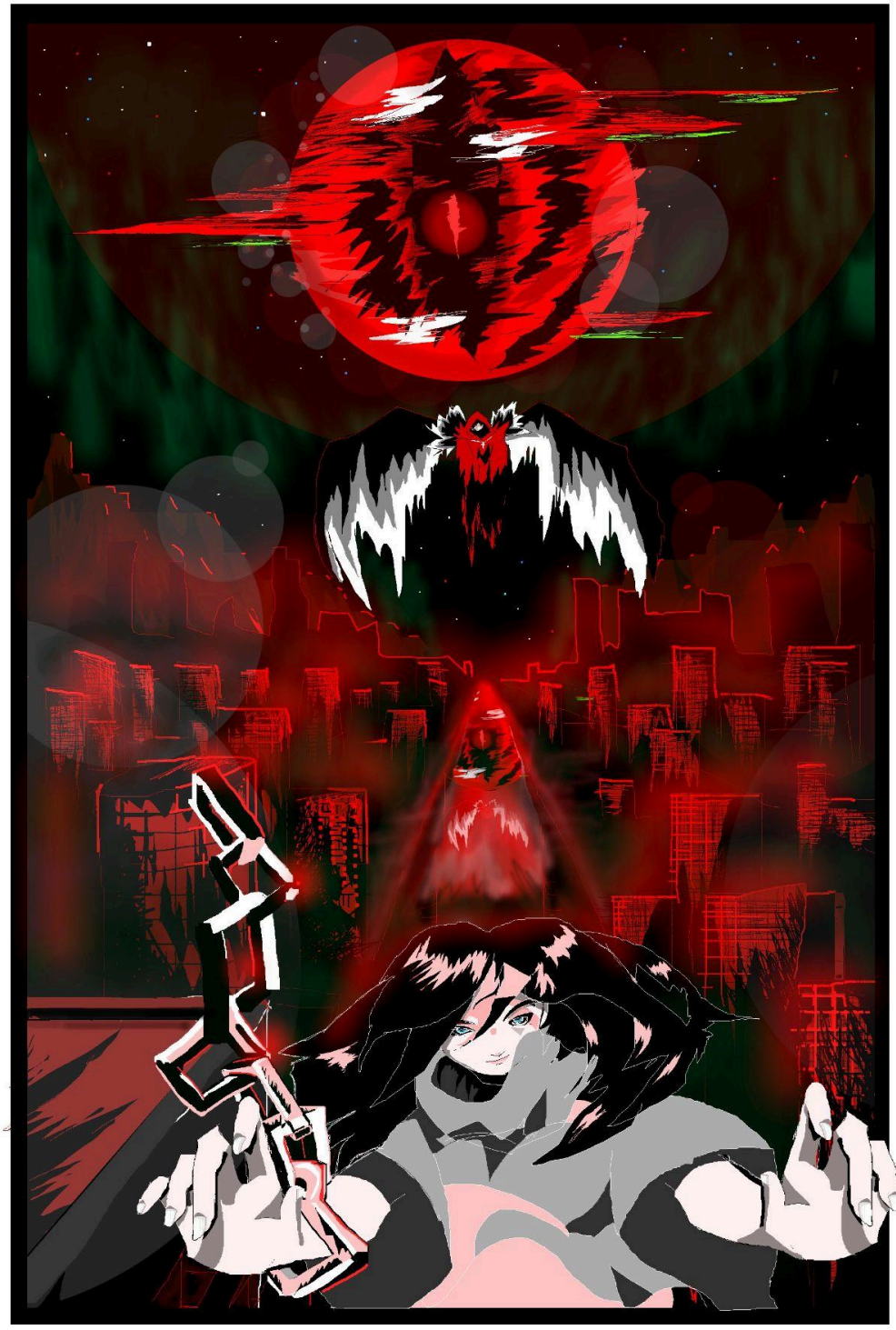

8 PROFETAS.

Momento 1: El Puente que se Intra Retuerce y Astilla sobre Sí Mismo:

Algo **trágico** había sucedido. No sabía quién era ni dónde estaba. Cristales rotos se retorcían y fragmentaban una y otra vez sobre sí mismos.

¿Un puente de cristal?

Estaba sobre él. Rodaba sobre sí mismo.

Todo se rompía sobre sí mismo, creando más grietas, más...

¡Reflejos, reflejos, reflejos!

¿Soy yo?

¿Soy yo?

¿Qué me sucedió?

¿Dónde estoy?

¿Qué es este lugar?

Ese puente, casi como un espiral, daba vueltas sobre sí mismo, sus cristales se agrietaban. En su reflejo estaba mi faz, y al ver más de cerca, parecía haber algo dentro. No sabía decir qué era.

Intentaba recordar qué había sucedido.

¿Quién era? ¿Cómo me llamaba? ¿Dónde estaba?

¿Qué había ocurrido un momento antes de llegar al puente de cristal?

Como una chispa en la oscuridad, lo sentí.

Era mi nombre...

Se acercaba lento, despacio, con timidez a los labios de mi habla.

C r y s t a l...

Mi nombre.

¿Era ese?

Sí, ¿era ese?

¿Dónde estoy ahora?

¿Qué es todo esto?

Una voz respondió:

—¿Quién hace tanto ruido?

Yo respondí:

—¿Hay alguien ahí?

—Sí, déjame verte. Ahhh, sí, tus ojos, son los míos. Nos volvemos a ver, Crystal.

—¿Tú? Tú... no fue un sueño, aquella noche helada, cuando moría congelada en mis cadenas, los cuervos me veían... lo recuerdo... una sombra helada, desolada de un lugar mortal, ¿mi día final?

—Sí, yo fui quien te rescató de tu muerte, Crystal. Eres mi sombra, mi reflejo, pero, por así decirlo, fuiste tú misma la que te rescataste; yo solo te di mi aliento.

—Pero tú, ¿eres la muerte?

—No, para ti sí, pero no. Aquí persisten muchos como yo. Aun así, sostengo que para ti puedo ser la muerte.

—¿Qué me ha sucedido? ¿Dónde estoy?

Con un tono como si fueran mil turbinas, resonó el aliento y la oración de la muerte misma, como palabra de hechizo que retumba los cimientos del todo:

—¡LIMBO! Estás fuera del **Chronos**, del **Saturno**, del **Artificial**, del que cree que es todo, pero en realidad es nada y, a la vez, imitación del todo. Estás fuera del que es Artificial. A pesar de que estás aquí, su presencia aún se puede sentir, de aquel que es, pero realmente no.

—¿Quieres decir que estoy más allá del tiempo?

—**¡NO!** Tu percepción no lo capta, ¡fallas! Pero si te sirve de algo para tu *captus limitatus*, sí, estás fuera del tiempo; aun así, no es como crees que es.

—¿Qué me ha pasado? ¿Por qué estoy aquí? Tú deberías saber.

—¿Yo? El que tú llamas la Muerte desconoce paradero alguno de tu sombra. Aun así, debes usar tu visión, esa que está dentro de ti, esa que no usan los que ya no ven. Tú puedes; tal vez encuentres tu paradero de ti misma.

—¿La visión? ¿Cómo así? Yo lo he intentado, pero no es tan simple.

—Hazlo... no hay formas. Has de saberlo.

Empecé. Busqué. Busqué un ancla temporal o espacial: **¡Mi Nombre!** Cerré mis ojos. ¿Por qué me llamaba así? Todo dentro de mí, espiritualmente, se empezó a revolver. Toda mi visión fue arrastrada y del choque abrí los ojos de nuevo.

¡El Puente! Se agrietaba en infinidad de grietas y más grietas, se retorcía sobre sí mismo, en formas indescriptibles sin sentido espacial o temporal. Fijé mi visión en una grieta y esta me llevó a otra, y esta a otra, y así infinitamente, sucesivamente, sin parar. La visión más profunda y más larga duró solo un instante, sin tiempo ni momento. Empecé a verlo todo poco a poco, era como si viviera por infinito tiempo y ninguno a la vez en la Tierra, pero como observador. Todo tiempo, todo pasado y todo futuro, comprimido en todo tiempo y en ninguno a la vez. Había visto todo, pero nada a la vez, porque solo fragmentos puede retener una mente inferior, limitada por naturaleza. Pero en todo ese océano de momentos, algunos resonaban más que otros. Resonó **Leviatán**. Resonó mi nombre en las noticias. Podía ver todos los destinos y ninguno a la vez, todo revolcado y revuelto en infinidad de momentos superpuestos, y con tan solo mover una mota de polvo en mi espíritu, casi por inercia, alguna superposición se definía para mí. Escuchaba las voces: de dolor, de alegría, de la guerra, y entre todo, resonó un cántico en lengua foránea: "With each thunderous beat, I break the chains that bind". Como si fuera una oración y un cántico que tocaba los cielos y los hizo retumbar. Me estremecía demasiado; sentía que dicho momento saturaba mi visión, me estaba arrastrando. Debía salir de aquel lugar, pero no podía. Me llevaba, como si fuera un pequeño animal tomado por un gigante con alas oscuras y blancas de plumas, algunas rotas por el fragor de batalla y guerra, y otras en buen estado. Como si fuera una mota de polvo, me acercó a su faz. Vi sus ojos: **¡NEGRO!** Negro, totalmente negro, y de su negrura brotaban más ojos, y de todos estos, uno grande que reflejaba mi pequeñez. Y al abrirse este, los demás se cerraron, y casi como si el ojo pudiera hablar sentí su resonar: **"CRYSTAL"**. Cánticos como de ángel: "In a world consumed by chaos and decay / I rise from the ashes, ready to slay again" con la oración suave: "no more sorrow, no more pain". Estos cantaban a todos los vientos y a todos los cielos y toda tierra. **"CRYSTAL"** retumbaba en mí. El cántico no se detenía, me estaba hundiendo en aquella mano y me perdía. Me fusionaba con mi reflejo en ese ojo, casi como si me estuviera tragando a mí misma y, al mismo tiempo, otro me tragara a mí. No podía más, pero mi visión ya no se detenía. ¡Me había perdido en la visión! Pensé que simplemente me volvería nada y resonó una vez más: **"CRYSTAL!"**

Sonido blanco... Sonido blanco... Sonido blanco...

(Ruido de interferencia de una televisión vieja)

—Crystal, una presunta científica y, según algunas fuentes, posiblemente una espía de alguna organización, está fugitiva...

—¡Fugitiva!

—¡Crystal! **¡VE AL LUGAR ESPECIAL!**

—¡CRYSTAL, sí! ¡Sí, así es, niña!

—Crystal, ¿papá?

—Crystal, no hay que comer, ve a ver... ¡si te vendes en la calle!

—Crystal, ¿mamá?

(Ruido de TV)

—I am the face of destruction.

—¿Qué? ¿Qué eres?

(Ruido de TV)

—Lo recuerdo, esa soy yo. Yo hice todo eso. Lo recuerdo. Yo los maté. Él sobrevivió. Fue horrible. Lo había olvidado.

(Ruido de TV)

—Todo está escrito en el libro del Original, incluso para ti hay un libro, Crystal...

—¿Quién eres?

(Ruido de TV)

—Crystal, has sido aceptada en el programa de (V.R.C.P - ULTRA). Hemos podido comprobar con creces que tus capacidades están al nivel solicitado...

—Crystal, tú, como piedra angular de este proyecto, por la hermandad del vacío, has de saber la verdad y por qué hacemos lo que hacemos. Tú decidirás si estás con nosotros o en contra de nosotros.

(Chasquidos electrónicos)

Abrí mis ojos, pero no eran mis ojos. Eran los ojos de otra yo. Era mi propia espectadora, como si pudiera leer los mensajes que no han sido escritos todavía.

—I am the face of destruction.

—¿Estaba en el vacío del espacio, en lo que parecía una nodriza de combate?

—Filling hearts with dread.

—Crystal, dejaré todos los canales de comunicación abiertos y ahora entenderás por qué hacemos esto.

Mis ojos, deslumbrados. Había combate en el vacío del espacio.

Éramos superados en números y fuerza; los pilotos estaban cayendo uno a uno por todos los canales, nodrizas enteras ardiendo ante mis ojos.

El panorama hundía mi corazón. Pude sentir el miedo retumbando dentro de mí, resonando.

El ruido avasallador de todos los canales abiertos ante mí.

—Crystal, yo debo decidir, pero te diré la verdad: no hay nada que pueda decidir ahora, este sector caerá inevitablemente.

—Nuestros peldaños se caen uno a uno.

—Crystal, ha pasado mucho tiempo desde que entraste a este proyecto, pero ¡debes saber la verdad ahora! La elección queda de tu parte... Entrarás al salón de mando **KHRONOS**. Toda la nave (**MOTHER SATURN**) está lista para responder a tu mando desde el salón de mando KHRONOS. Desde ahí podrás dar guerra como la única persona capaz de menguar a nuestros enemigos.

—No more sorrow, no more pain.

Podía ver cómo entraba a un salón que se ajustaba a mí, se injertaba en mí. Mi mente se congelaba, pero no por completo; algo tecnológico la mantenía encendida en un limbo artificial. De repente, fue como poner un espejo frente a otro; mi limbo se reflejó con aquel otro limbo. ¡Tuve que dejar de verlo! Saturaba mi espíritu. Pude notar cómo aquella yo controlaba toda la flota de combate de aquel lugar y, al mismo tiempo, parecía que podía ver a través del tiempo.

Una batalla surreal se desenredaba en los confines del vacío estelar, donde parecía que lo tecnológico y lo mágico se desvanecían, donde los dioses y los humanos parecían tocarse por destellos, por chispas que ardían y se apagaban a la distancia de la oscuridad estelar.

La batalla se desarrollaba. Parecía que yo podía predecir sus movimientos, los movimientos del enemigo, pero en mi propio reflejo pude notar mi expresión: mi expresión de dolor, de llanto, como si el mundo se desmoronara ante mí, mientras intentaba manejar alguna flota estelar en medio de un conflicto. Podía notar cómo los monitores reflejaban que estábamos siendo rodeados desde todo frente. ¿Eran más grandes? ¿O eran más? Lamentablemente, no podía ver con claridad por aquel limbo. Solo asomarme al limbo que veía aquella Crystal era como colapsar sobre sí mismo. ¿Pero ella podía ver lo que yo justo ahora?

En un momento, mientras todo parecía estar llegando a un punto álgido de no retorno, aquella Crystal volteó hacia mí y de frente me observó fijamente. ¿Me podía ver? ¿Yo me veía a mí mismo? ¿Cómo es posible?

Susurros brotaron de sus labios:

—No puede ser... Esto no puede ser... He cometido un grave error... Ayúdame... Sácame de aquí... Por favor... Hazlo... Sácame...

De entre lágrimas y un profundo dolor, me fui hundiendo poco a poco hacia dentro de mí misma hasta colapsar en lo más profundo de mi propio dolor que me arrastraba sin control.

Todo se detuvo.

Una batalla en el vacío del espacio.

LEVIATÁN

Era yo, despertaba en mi cuarto. No había batalla, no había guerra, no había nada. Simplemente un cuarto, un cuarto simple, singular, casi genérico, casi sin nada, solo mi cama y el televisor haciendo ruidos extraños. Un pequeño escritorio improvisado con una ¿computadora? Sí, era eso. Me senté en la silla improvisada de dicho escritorio. ¿Me puse a trabajar? ¿En qué trabajaba? ¿Quién era yo? ¿Qué hacía yo?

Podía ver aquel contrato que decía que estaría en algún proyecto de un tal **V.R.C.P - ULTRA**...

El televisor dejó de hacer ruido y sintonizaba por instantes: "¿Terrorista o fugitiva? Esta mujer está buscada y solicitada ante las fuerzas del orden. Por favor, si la llega a ver en alguna parte, deje su comentario de forma anónima..." **(Ruido blanco)**

—¿Qué? ¿Qué le pasa al televisor? ¿Tiene algún problema?

Seguía trabajando. Era extraño, algo no estaba bien. ¿El tiempo? Sí, el tiempo no estaba bien. Estaba trabajando en aquel escritorio, pero las fechas del computador no tenían sentido; se movían hacia adelante o atrás sin orden alguno, y siempre estaba yo, trabajando en algo.

¿Elaboraba un informe? ¿**SEÑALES EN EL CIELO**? ¡Vaya título!

COMUNICACIÓN ANTI TEMPORAL VISIÓN REMOTA y SUS EFECTOS HISTORIA DE LOS ANTIGUOS TIEMPOS INFORME DE LOS AGENTES REBELDES INFORME DE INSTANCIAS DEFECTUOSAS INFORME DE LAS RUINAS DE PLUTÓN INFORME DE HALLAZGOS EN MARTE INFORME ANTI TEMPORAL #1 INFORME ANTI TEMPORAL #2 INFORME ANTI TEMPORAL #3...

Parecía que había trabajado mucho en algo.

Mientras hacía todo esto, el televisor mostraba cosas de vez en cuando.

(Ruidos de TV)

Sonido blanco.

Podía ver un ojo enorme de tez negra y oscura, casi animal, y una diminuta yo. Parecía que este ojo me iba a aplastar. ¡Ah! Sí, yo había sido arrastrada hasta aquí por aquella visión.

El televisor parecía ser algún tipo de ¿remanente de mi memoria?

Dejé de trabajar en ese malévolo escritorio sin sentido temporal y por un momento quedé absorbida por las extrañas sintonizaciones del televisor. Capturó mi visión, me adentré más y más en él; mi foco se cernía sobre él.

(Ruidos blancos de TV)

—El grupo terrorista **7 PROFETAS** se ha atrincherado al pie del Pico Aneto. Mantienen combate armado de alta intensidad. Por favor, evite ir a dicho sitio por su propia integridad, por favor, evite acercarse ya sea por curiosidad u obligación.

(Ruidos de TV)

Sonido blanco.

—**Sintoniza.**

—¡Crystal! Si quisiéramos, derrumbaríamos la humanidad entera y crearíamos una especie totalmente nueva, sierva de nuestros deseos y caprichos, para que solo nos alimente y sirva, que atienda todos nuestros caprichos y deseos, no importa cuán desvergonzados o exigentes sean. Ustedes no son nada; tenemos la tecnología y el poder indomable para hacer las cosas más insospechadas...

—¿Qué? ¿Qué fue eso?

(Intermitencia)

—Es tu última oportunidad, Otrora. Ahora o nunca, ¿lucharás a nuestro lado? Solo espero "sí" por respuesta.

—Fallarás…

—Me parece familiar.

(Intermitencia)

—Una explosión fue registrada en el departamento 13 del piso 7 del sector... en deportes...

El televisor se apagó de golpe y quedé atrapada en el vacío de su tez negra. Caía y caía sin más; estaba totalmente desorientada, descendía dando giros sin control. Sentía el pánico dentro de mí, podía sentir la fuerza de la inercia aplastando mi cuerpo de un lado a otro. Parecía que había quedado atrapada en el vacío del espacio o la oscuridad misma. Podía escuchar el tono suave, delgado, como un hilo que sostiene un gran peso o un gran dolor, casi a punto de llorar, casi como si todo se acabara para aquella voz, de una voz femenina. Sí, de una voz femenina. En el vacío de la oscuridad total, mientras caía en este vacío, negro y sin más, solo yo estaba ahí descendiendo, atormentada por el pánico, vuelta tras vuelta sin control en descenso total. Escuchaba su pequeño hilo de voz, como algún tipo de estrella guía que parecía darme algún punto de referencia en toda esta oscuridad:

"With each thunderous beat, I break the chains that bind no more sorrow, no more pain With each thunderous beat, I break the chains that bind In this shattered reality, my music defines"

En algún momento, mientras me orientaba gracias a su tono a capela que se sentía como un sollozo en la oscuridad, sentí que por fin había caído sobre tierra firme.

Estaba en una mano, una mano pálida azulada. Escuché una voz:

—Aquí estás, Crystal. Soy otra vez yo, a quien llamas por nombre, la Muerte.

Pude ver su faz pálida de nuevo y esos ojos azules que parecían helados como la nieve, que parecían contener agujeros negros dentro de sí, como si solo acercarse un poco pudiera decidir tu destino, como si echaras los dados con solo estar muy cerca.

—Me has tomado, Muerte. Sobre tus manos estoy cómoda, a diferencia de la oscuridad sin suelo alguno.

—Sí, yo te voy a rescatar de tu visión. Camina hacia mi dedo índice y, una vez ahí, ve hasta lo más profundo de la oscuridad para encontrarte a ti misma de nuevo.

Eso hice. Caminé con miedo de caerme, temblorosa por su dedo índice como un ser diminuto en comparación. Me posé en la punta de su dedo carcomido y miré, tan lejos como pude.

No había nada.

Le pregunté:

—No hay nada. No tiene caso. ¿Qué quieres que haga ahora?

—Solo mira y no dejes de hacerlo.

Seguí intentando durante lo que pareció una eternidad.

En algún punto, en la oscuridad, vi un farol.

Un punto de luz a la distancia. Intenté afinar mi vista y ver mejor.

Insistí sin parar para ver aquel lugar, sin perderlo de vista. Era tan difícil verlo, sentía que si parpadeaba lo perdería de vista para siempre.

La Muerte tomó su otra mano y con un dedo, con suavidad, golpeó mi cabeza y me dejó caer en la oscuridad de nuevo y me dijo:

—Pase lo que pase, no dejes de ver ese punto en la oscuridad.

Y eso hice.

Mientras caía, muchas cosas podía ver, todas como cristales rotos que se parten uno con otro, que se agrietan uno con el otro, que se retuercen el uno con el otro, sin parar. Uno tras

otro intentaba posarse sobre mi visión, pero no dejé salir de mi foco aquel punto diminuto. Cada vez más y más grandes los cristales se formaban, poco a poco iban tomando más y más forma, poco a poco más grandes las grietas, poco a poco más claro. Poco a poco la luz se tornaba sensata. Poco a poco me alejaba, parecía perdida, pero esa luz parecía tener algún sentido y poco a poco se formaba en algo con sentido. En algún momento todo se detuvo, veía los cristales rotos. Estaba de nuevo en el puente de cristal, retorcido sobre sí mismo, y el diminuto farol blanco fue tomando forma. Parecía no tener sentido, pero al enfocarlo y enfocarlo tomó forma y pude notar que el farol era mi propio rostro reflejado en los cristales rotos. Había vuelto sobre mí misma; había logrado escapar del arrastre perpetuo de una visión.

Escuché la voz de la Muerte:

—¿Has llegado de nuevo? ¿Has logrado descubrir quién eres o no te has hallado a ti misma?

Pude saber algo: era algún tipo de investigadora o conejillo de indias para algo turbio. No sé si lo que vi era real o no. Recordé un poco sobre mi pasado; algo no salió bien, algo salió terriblemente mal.

Pero sé dónde estoy. Sé qué pasó por un instante, pude verlo, pero todo se oscureció. Hubo una explosión en mi edificio; tal vez tenga algo que ver.

—¿Cómo hago para volver a donde fuese que estuviese?

La Muerte misma respondió:

—¿Te lograste encontrar a ti misma? ¿Sabes dónde estás con certeza?

—No tengo total certeza, pero siento dentro de mí que estoy en mi apartamento. Algo grave sucedió; puedo sentir esa convicción dentro de mí.

—Debes estar completamente segura de que ahí es donde realmente permanece tu sombra. Caso contrario, de volver, terminarás en un tiempo y lugar que no te pertenece, para lo cual no estás preparada y probablemente perecerás. Y en ese caso, yo te reclamaré por tu sombra y tú no tendrás elección más que entregarla, y todo hálito de tu cuerpo se detendrá por fin, y nos reencontraremos nuevamente para nunca volver de nuevo.

—Comprendo. Estoy segura de dónde estoy.

—Entonces, si es así, adelante, inténtalo. Estoy ansioso por ver tu destino, sin importar si hay reclamo o no lo hay.

—¿Pero qué debo hacer?

—Solo observa algún cristal roto del puente de cristal que se retuerce dentro de sí mismo. Solo observa e intenta hallarte a ti, así sin más, donde tú creas que estás.

Y eso hice, vagando en infinito tiempo e infinito espacio, definiéndome cada vez más en un punto cada vez más pequeño y cerrado, poco a poco alcanzándome, hasta que por fin, una

pequeña ventana estrellada, casi rota, diminuta. Tuve que acercarme, y cuando estuve tan pero tan cerca, la ventana era enorme, infinitamente grande, y yo era menos que una mota de polvo. Y desde la superficie de lo que parecía esta ventana, que tan solo era un trozo diminuto de cristal roto en alguna superficie familiar, vi reflejada mi propia faz: herida, ensangrentada, lastimada. Me quedé observándome a mí misma en un plano contemplativo, una cantidad de tiempo incalculable que se perdía. Simplemente deseaba poder estar ahí, donde me correspondía, donde me había quedado antes de todo esto. Sin percatarme, mientras no dejaba de autocontemplarme...

Lo que veía como mi faz era simplemente mi reflejo en un pequeño cristal roto. Debajo de mí, ahí estaba mi faz. Entonces, sentí por un momento que el tiempo había dado su primer paso después de una eternidad sin presenciar el tiempo mismo. Sentí el peso de mi respiración, y reaccioné. Mi vista siempre había estado observando este cristal, y mis heridas y mi rostro lastimado que se reflejaba en este. Por un momento pensé que solo era menos que una mota de polvo posada sobre el cristal, pero no, siempre fui yo misma viéndome en un reflejo de un trocito de cristal astillado en mal estado. Parecía que había estado en ese cristal astillado una eternidad.

Empecé a recordar qué había pasado justo antes de la explosión.

Sé que había una bomba.

Lo sabía bien.

Y estaba en mi apartamento.

Yo lo sabía incluso antes de que sucediera, aun así, ¿me quedé para morir?

¿O tal vez yo puse la bomba? ¿Tal vez intenté fingir mi muerte?

Mi cabeza estaba muy desorganizada.

No recordaba con claridad qué había pasado.

Mi cabeza estaba revuelta con todo lo anterior.

¿Había perdido mi memoria?

En algún punto las cosas se organizaron un poco, pero estaba inconsciente. Todo pasó mientras dormía, desmayada por mis heridas. Poco a poco todo se fue ordenando y me di cuenta que no, que yo no sabía realmente de dicha bomba. Me habían intentado matar. Si sabía lo de la bomba, era porque había estado en el puente ese de cristal.

Entonces desperté y vi una cara familiar:

La faz de la Profeta de la Luz, una chica hermosa con cabellos plateados y ojos verdes, de uno u otro modo, mi colega.

—Te he estado curando, Crystal, estás maltrecha.

Entonces fui recordando y de pronto comprendí lo que había sucedido.

La Chica de la Luz estaba en mi apartamento, probando e investigando cómo crear un dispositivo espacio-temporal casero para nosotras mismas, similar, pero en menor escala, al que utilicé con los Hijos del Vacío, uno de uso personal, cuando, sin previo aviso, hubo una gran explosión. A su vez, eso hizo colapsar mi dispositivo y terminé en una especie de limbo espacio-temporal, o aluciné todo de golpe.

—Entiendo, Crystal, entonces perdiste el dispositivo. Llevábamos años en eso, ¿qué haremos ahora?

—El gobierno nos está siguiendo de cerca y tú tienes orden de captura. Realmente necesitábamos lo que fuese que tuvieses, aun así, no importa. Los demás profetas también han preparado sus utensilios de guerra; todos quieren cobrar la parte que, de algún modo, este lugar nos debe.

—Lo sé, Artemisa, ahora puedo recordar. Sí, todavía puedo recordar el día que pude ver el motivo del Programa. Éramos simples esclavos o herramientas, engranajes de una gran maquinaria de guerra. Solo éramos conejillos de indias, puestos al servicio de los Hijos del Vacío. A todos ustedes se les arrebató la voluntad entera, como si ellos fueran nuestros dioses. Desgraciado sea todo este lugar, en serio, hemos traído todos nuestros propios dioses verdugos.

—Y tú nos rescataste, Crystal, porque pude verlo. Gracias a esa tecnología prodigiosa a la que pertenecía mi propósito en aquel entonces, pude verlo, la misma máquina me lo permitió. **KHRONOS** me dejaba ver más allá de cualquier cosa. Pude ver en lo que me convertiría, debía impedirlo y aquí estoy y aquí estamos, buscados por todo el mundo, simplemente por querer no ser un engranaje más en una maquinaria de guerra y muerte.

—Después de aquel conflicto, mi primera respuesta consciente fue la guerra, la muerte, la venganza, como una fiera enjaulada en los confines del espacio, sin vuelta atrás. Fui planeando mi revuelta y posible escape.

—Pero entonces los vi a ustedes en el mismo estado que yo, lo recordé. En mis visiones los vi, todos bajo cadenas: físicas, mentales, espirituales, como meros engranajes siendo digeridos por la gran máquina. Yo vi muchas cosas aquella primera y última vez que me conecté a los cilios del proyecto **KHRONOS**. No lo recuerdo todo, pero algunas impresiones... maldad pura en todos lados a causa del deseo primordial de ser como ¿Dios? No lo sé con certeza, pero nunca olvidaré lo que sentí aquella vez.

—Lo sé, Crystal, siempre nos lo recuerdas. Sé que te afectó mucho eso, yo ya lo sé. Tú nos quitaste nuestras cadenas. Por ahora debes descansar; informaré al resto de los profetas que estás consciente y estable.

—Lo haré, Artemisa.

Con dificultad, logré conciliar el sueño por mis heridas y cicatrices aún sanando y doliendo. Aun así, el cansancio ganó en mi mente y reposé profundamente. Una visión en sueños se vino: estaba en aquel lugar de nuevo, aquel lugar que nunca termino de recordar bien cómo

termina, pero que siempre aprieta y estruja mi corazón. Un lugar donde siento el peso inevitable de la responsabilidad y cómo el peso de las cadenas de lo inevitable hacen difícil mantenerse de pie y no desmayar en el intento de permanecer en aquel lugar dentro de mi mente, en aquel sueño que siempre se repite una y otra vez, pero que nunca termino de recordar cómo termina, pero siempre es fatídico.

Momento 2: EL FATÍDICO SUEÑO DE CRYSTAL: Una Sinfonía de Resignación

---

¿Otra vez aquí? ¿Cuántas veces más tendré que volver a este lugar, a esta agonía grabada a fuego en mi mente? Detesto este sueño, esta prisión visual de lo inevitable.

El mundo se ahogaba en un delirio de **rojo**: no la sangre de una herida fresca, sino el color coagulado de una masacre planetaria, la tinta del fin estampada en cada fibra de la realidad. Destrucción, guerra, muerte, desesperación... un eco que resonaba en cada hueso, un lamento mudo de no poder escapar de un planeta que se desangraba, consumido por un evento catastrófico que no conocía límites. El caos, como una marea carmesí, se alzaba, amenazando con engullir lo último que quedaba de la cordura.

Sentía el peso opresivo de mis **cadenas**, cada eslabón un grillete intangible a mi alma, cada una de mis armas, dagas y cuchillas, se sentían como un fardo de plomo. La gravedad se volvía una mano invisible y aplastante, hundiendo mis pasos en un lodo espeso de desolación. Arriba, el **firmamento**, antes un lienzo de estrellas, era ahora un charco de **escarlata saturado**, donde la niebla, o quizás la sangre vaporizada, flotaba como un sudario. Se aferraba a los **esqueletos de edificios** medio caídos, monumentos de un conflicto sin fin. La **luna**, mi vieja confidente en la noche, no estaba fija; **flotaba, descendiendo lentamente, una calavera de hueso rota en tres partes gigantes, como si un dios cruel la hubiera arrojado y se hubiera quebrado contra el éter.** Los cielos, un laberinto de **naves de los Hijos del Vacío**, no libraban una batalla, sino un exterminio. Y desde las fauces de aquellos niños que, cautivados por el horror, no podían apartar la mirada del desastre, solo se escuchaba un coro helado: **"¡EL CIELO ARDE!"**

Una maldad antigua, viscosa, se arrastraba dentro de mí, un parásito psíquico que prometía la aniquilación. La superficie de la Tierra, antes vibrante, se teñía de un **gris mortuorio**, el gas de la extinción, el aliento de la muerte. Mis colores se desvanecían, mi visión se volvía monocromática, pero la falta de oxígeno no me detenía. Entonces, **una centella, un relámpago de energía pura**, brotó de mi espalda, rasgando el firmamento con la violencia de un presagio, dirigiéndose hacia una verdad ineludible. Desde las alturas pude verlo: una **silueta rojiza, escarlata**, un Profeta. Su ropa de culto, empapada de sombra, lo cubría por completo. Desde la distancia, su rostro era una mancha de indiferencia, **observando el Armagedón como un mero espectáculo privado, una obra de teatro sangrienta montada solo para él.**

La **centella**, que era **nuestro Profeta de la Chispa**, se lanzó con la furia de un astro moribundo, cruzando armas con el Profeta Escarlata. El metal cantó su lamento. Pero en los primeros choques, el Escarlata, con una gracia macabra, abrió su espalda. **De ella brotaron alas, no de carne ni de plumas comunes, sino de noche cuajada, salpicadas de motas blancas y negras que brillaban con una malignidad antinatural sobre el rojo saturado del caos y el gris asfixiante del gas.** Abatió sus alas con una fuerza cósmica, un **estruendo telúrico que desgarró los cielos y aplastó la ciudad bajo una presión tan abrumadora que lanzó todo a kilómetros de distancia.** Quedé inmóvil, mis ligamentos a punto de desgarrarse, luchando contra el vendaval de la muerte. Mi Profeta de la Chispa cayó en seco. De nuevo. Alcé la vista. Allí estaban, todos mis Profetas, armados hasta los dientes, con conjuros, tecnología, armas, escudos. Algunos en los cielos, otros aferrados a los rascacielos. **Una visión épicamente oscura, una danza macabra de la última resistencia, incluso al final de todo.**

La pregunta se quemaba en mi mente: *¿la humanidad se mataría unos a otros hasta el fin? ¿No había esperanza? ¿Ni siquiera ante el abismo podíamos unirnos, encontrar la paz?*

Todos mis Profetas liberaron el infierno sobre la Tierra: caos, guerra, muerte, desesperación. Lo que estaba de pie se hizo pedazos. La forma se volvió polvo y el polvo, la nada. Solo los más poderosos, los que eran más concepto que carne, persistían en este lugar hostil. Corrí sin fin, siguiendo el combate, un espectador impotente. Quería salvarlos. Quería que todo se detuviese. Pero nada se detenía. La visión oscura, como un tren fantasma, seguía imparable. La batalla permanecía.

La primera en hacer frente, con la impetuosidad de un cometa, fue la **Profeta del Fuego**, siempre testaruda, siempre en la vanguardia. Su lanza danzó, buscando convertir al Escarlata en cenizas. Pero de las cenizas de su piel brotaba algo más: su **corazón**, visible y latiendo, **marcado por un alma maldita, pútrida, desnutrida de bondad, que no era humana**. El Profeta Escarlata regresaba, implacable, imparable. Con fuerza y determinación desmedida, se elevó en los cielos. Sus alas, bellas y demoníacas, lo envolvieron en un combate aéreo de alta intensidad con mi Profeta del Fuego, saturándola, destruyéndola sistemáticamente, **haciéndola pedazos, como pequeños trozos de comida que se pierden sin más en el vacío.**

El resto de mis Profetas perdieron la cordura. Incluso **Artemisa, la Profeta de la Luz**, disparaba sin parar armas antiaéreas desde el suelo, su rabia palpable. Sabía que los demás no se detendrían. La **Profeta de la Oscuridad del Vacío (June)** invocó un **mini agujero negro**, lanzando rayos gamma directos al Escarlata. Él, impasible, los recibió de lleno, solo para regresar de las cenizas en segundos, arremetiendo con una furia renovada. La **Profeta del Agua (Ariana)** lo astilló, empaló y congeló, intentando detener su fuerza inconmensurable. El **Profeta de la Gravedad (Anquilos)** lo aplastó sobre sí mismo.

Pero entonces, el aire tembló. Escuché una **voz estruendosa, un cántico resonando desde las entrañas del infierno, una melodía que hizo vibrar cada átomo del universo moribundo**:

"With each thunderous beat, I break the chains that bind."

el hielo que apenas lo envolvía explotó, liberando astillas de cristal helado por todas partes. El Profeta Escarlata alzó sus alas de nuevo, pero esta vez, su rostro invisible transpiraba una furia contenida. Se elevó sobre los cielos, desapareciendo del firmamento, más allá de nuestro alcance. Luego, cayó en picada, una bala escarlata, directo al Profeta de la Gravedad. De un solo golpe, lo hizo aterrizar en el suelo, y entablaron una batalla cuerpo a cuerpo. Anquilos, nuestro desdichado Profeta de la Gravedad, intentaba aprisionarlo con su propia fuerza gravitacional, pero el Escarlata lo molía con una **brutalidad inusitada**, con una técnica tosca pero devastadora. Su fuerza era insostenible. Anquilos intentaba defenderse, pero con cada golpe, sus huesos se rompían, sus manos ya destruidas no podían sostener defensa alguna. Todos los Profetas restantes cayeron en su ayuda.

Y por fin, yo también pude alcanzarlos, después de una carrera eterna. Ya no había ciudad, solo un **cráter humeante donde el combate seguía desenredándose**. Solo quedaban en capacidad de lucha: la **Profeta de la Oscuridad (June)**, la **Profeta del Agua (Ariana)**, la **Profeta de la Luz (Artemisa)**, y yo, **Profeta de Cristal o de la Tierra**. Estábamos siendo desmembrados miembro a miembro, una masacre como nunca antes. Ni nuestras mejores tecnologías eran rival para aquel Profeta.

June, la Profeta de la Oscuridad, apartó a **Anquilos**, cuyo rostro deforme era una máscara de espanto. Ariana, la Profeta del Agua, respiró hondo y gritó, una carga valiente pero suicida, entablando un combate furioso, una sinfonía de magia, tecnología, armas y fuerza bruta contra el Profeta de alas oscuras y blancas. Cada contraataque del Profeta Escarlata era contrarrestado por June, usando su tecnología de agujeros negros para aplastarlo, pero sin éxito; el Escarlata volvía de sus cenizas con una velocidad inhumana.

Ariana, la Profeta del Agua, cerró la distancia, usando su hielo para ralentizar su accionar, su vuelta a la vida. Pero volvía. Ni el hielo, ni el fuego, ni los rayos, ni la fuerza de un agujero negro parecían detenerlo. Entonces, en medio del caos, **el Profeta Escarlata giró su rostro hacia mí. Con una defensa impecable seguida de un contraataque suicida, dejó a Ariana abatida, privada de la conciencia de un solo golpe**. Ella intentaba recuperarse, pero estaba gravemente herida. Artemisa, la Profeta de la Luz, bajó para socorrerla.

Solo quedábamos June, la Profeta de la Oscuridad, y yo, Crystal, su líder. El Profeta Escarlata dejó caer su velo y su capucha de culto. Por primera vez, pude ver su rostro. No había uno como tal. Solo una **mancha negra con ojos rojos, entintados en el mismo carmesí saturado que el cielo, brillantes, un portador de la ira. Un ojo gigantesco brotó del costado de su cabeza, palpitante, para observarme con una intensidad perturbadora**. Algo como una boca se abrió en lo que parecía su cabeza, y **cenizas brotaron, bañadas en sangre pútrida**.

Y entonces, lo escuché. Lento. Claro. Como el crujido de un universo moribundo:

C R Y S T A L…

El cuerpo del Profeta Escarlata fue destrozado por la mitad por un rayo gamma de June. Pero este **Profeta Maldito** no se inmutaba.

¿Era la muerte encarnada? ¿Qué tipo de monstruo es este?

Entonces escuche la voz de La Anomalia Surgir de este ser Demencial, El Profeta Escarlata, Soltó su palabras casi vomitandolas:

T U

M E

T R A I C I O N A S T E

Su última oración, un eco sombrío y solemne que helaba los huesos, resonaba con la certeza de quien conoce el fin de sus víctimas. Pero había algo más, **de entre la voz de La Anomalía se colaba** un **susurro de una voz que no pertenecía a la Anomalía, un lamento atemporal, como el gemido de un héroe que ha perdido su última esperanza.**

El Profeta Maldito empezó a cantar con dolor, tristeza y melancolía como si intentara no llorar, como si aguantara y resistiera sus lágrimas. **Y en ese canto, Crystal, reconoció una resonancia, un eco en su visión de un alma inocente como la de un niño atrapado en un monstruo pútrido, el lamento de una paz robada, mancillada, devorada, digerida y triturada, hasta hacerla carne de su carne y huesos de sus huesos degenerados hasta la médula.** En acapella y poco a poco, fueron cayendo los restos de la **ANOMALÍA**, la carne del universo destrozado que los Hijos del Vacío intentaban contener. Y de los restos que caían, parecían arrastrarse en sangre y vísceras pequeños seres que llevaban a rastras los grandes pedazos por cadenas de sangre, carne y vísceras.

Sí, llovía sangre y pedazos de la anomalía que caían del cielo con formas carnosas:

De estas carnes surgían diminutos seres, como personitas sin forma clara, se arrastraban poco a poco, uno tras otro, hasta formar multitud a los pies del Profeta Maldito, con dolor, con quejas, arrastraban sus cadenas y los grandes trozos que los precedían. Todos ellos empezaron a besar los pies del Profeta Maldito, todos ellos recorrieron su cuerpo, y uno de ellos se posó sobre la mano abierta del Profeta Maldito. Este se arrodilló y empezó a rezarle, y después procedió a seguir a acompañar el acapella de Este Profeta:

Through the darkness I walk,
with no fear in my eyes
I am the face of destruction
the king of the endless shattered skies

Ripping through the silence,
filling hearts with dread
With each thunderous beat,
I break the chains that bind

piercing through the skies
With the Death in my Right hand,
With the Life in my Left hand
I unleash the storm

Prayer after Prayer
my power takes form
the one they will remember
the weapon of surrender

I am the hero
I am the face of destruction
I am the king of the endless shattered skies
I am that one who breaks the chains that bind

With each thunderous beat, I break the chains that bind
In this shattered reality, my music defines

With each thunderous beat, I break the chains that bind
In this shattered reality, my music defines

With each thunderous beat, I break the chains that bind
In this shattered reality, my music defines

With each thunderous beat, I break the chains that bind
In this shattered reality, my music defines

(Una y otra vez, el cántico se repetía, una letanía de aniquilación, pero ahora, en sus reverberaciones, Crystal sentía una desesperación ajena, una tristeza familiar que no lograba ubicar.)

…

Me preparé. Alisté todas mis armas, cada cadena, cada daga, cada filo. Me puse al lado de June. Más y más carne y sangre caían del cielo, fusionándose con el Profeta Maldito, casi como si la sangre, en su negación de morir sin cuerpo, le suplicara a este ser, a esta **deidad de la podredumbre**. Cantaban sin cesar, sus voces un coro demoníaco, un éxtasis impío. Solo les importaba su sinfonía de aniquilación. June y yo atacamos con furia.

Desaté todas mis cadenas, toda mi fuerza, mis dagas. Mi Estima de Control, disparada a un máximo inusitado, era inútil. Era como si aquel Profeta Maldito lo hubiera visto todo, predestinado. Ante sus ojos, que siempre estaban posados sobre mí sin importar qué tan rápida fuera, todos mis ataques eran repelidos. Mis lógicas de combate, cada patrón, eran contrarrestadas, al punto que comencé a caerme y tropezar con mis propias cadenas. Algo inusitado. **Nunca antes alguien me había dejado en ridículo. Él me estaba haciendo lo que yo le hacía a mis víctimas.**

June, con una preocupación inusual en su voz, preguntó:

"¿¡Crystal, estás bien!? Nunca te había visto así."

"Yo tampoco, June. Él puede verlo todo, incluso más allá de lo que yo puedo ver, June, prométeme que por lo menos sacarás a Artemisa, tu hermana, de aquí con vida. Tú eres la Hechicera mayor; si tú no puedes, nadie puede. Yo le daré guerra uno contra uno, no hay mucho tiempo, ¡salva a tu hermana, pase lo que pase, sí!"

(Era evidente para mí que no estaba lista para este combate, que, temporalmente, no pertenecía a ese sitio, que mi Visión no era absoluta frente a la de él. **Y en el fondo, una voz, no la mía, le susurraba que era una trampa, una profecía autocumplida. La suya, o la de otro.**)

Peleé hasta el cansancio. Utilicé todas mis habilidades de combate cuerpo a cuerpo, y el Profeta procedió a copiarlas, a luchar con mi propio estilo. Pero su fuerza... **SU FUERZA**. Era horrible. Cada golpe era como recibir el impacto de un avión estrellándose contra mi cuerpo. Cada golpe me levantaba del suelo. Si no fuera por mis refuerzos protosintéticos, sumados a mi refuerzo cristalino, simplemente me habría doblado como el desdichado Anquilos. Aún así, cada golpe me sacudía, como si no pesara nada, como si fuera una pluma en el viento. Jadeaba, adolorida, sollozando.

Escuché una **carcajada lenta, terriblemente lenta, tímida al principio, con una voz ahogada, casi atragantada en cenizas**, que poco a poco se hizo más sobria hasta volverse presente, sin llegar a la arrogancia. **Una risa que no era de triunfo, sino de una desesperación profunda, de haberlo perdido todo.**

Le pregunté, mis palabras roncas: "¿Qué te causa tanta risa?"

Respondió con una voz solemne y ahogada, el eco de la muerte misma, pero con un matiz de **cansancio cósmico, de una resignación que teñía cada palabra:**

"Alguna vez leí: 'El que a espada mata, a espada muere', o 'el que a hierro mata, a hierro muere'. Tú eres la viva imagen de aquella oración. ¿Qué se siente ser aplastada de la misma manera que aplastaste a tus víctimas? ¿Qué se siente perder para ti? Alguna vez yo nunca pude contra ti. Ahora eres tú la que no puede contra mí. Pero nunca más. Nunca más podrás, jamás, contra mí. Nunca, jamás. Eso nos diferencia. Y mira qué gracia me acontece. Parece que sí, sí es chistoso de verdad. ¿'El que ríe de último, ríe mejor'? Sin dudas que sí. Tú nunca más volverás a reír, ni más ninguno. Solo yo… y solo yo, sí."

"Yo los guiaré a un nuevo comienzo… pero es un comienzo que nace de las cenizas de todo lo que ustedes destruyeron. Incluyéndome a mí."

Al escuchar tan sombría frase, sentí un verdadero escalofrío helado como si algo instintivo se activara en mi médula. Tal vez era el pavor… **o un recuerdo borroso de una promesa, de una búsqueda desesperada por la paz que yo misma había interrumpido.**

"¡Sí, Crystal! **YO LOS GUIARÉ A UN NUEVO COMIENZO.**"

"Pero ustedes, y todos ustedes, ya no me son necesarios. Todo este lugar: sus leyes, sus gentes, su moral, sus costumbres, sus gobiernos, su tecnología, sus religiones, solo son una cadena más que debo romper. El poder desmesurado no puede ni necesita ser controlado por las moscas que solo huelen el desperdicio con agradecimiento. Yo no quiero bajar mi cabeza y untarme en desperdicios hasta que llegue a la descomposición, un evitable destino para todo aquel que sea menos mosca y más ser. Ustedes solo han detenido lo inevitable, el brillo y el destello implacable que emana de la fuente de la virtud ilimitada de un verdadero Dios. Toda la humanidad luchando simplemente para que no surja un Dios desde sus pútridas entrañas corrompidas de maldad, envidia, sectarismo y el supremacismo implacable y natural que sale de lo más profundo de sus entrañas cerebrales cada vez que una chispa en su cerebro levanta un repugnante arco de ¿luz? Ironía que hasta de la luz pueda surgir tanto desperdicio de una mente que se autodenomina consciente."

"Tú, nunca pierdes tu fe, Crystal," la voz del Profeta Escarlata se volvió un susurro íntimo, casi un lamento. "Sí, me he percatado de ello, hasta el día de hoy, tú siempre has creído en aquel Dios todopoderoso. ¿Crees que Él me castigará? ¿No lo veo por aquí? ¿Dónde está? **¿Dónde estaba cuando yo lo perdí todo?**"

"Esa convicción siempre te ha vuelto tan determinante en todo conflicto en el que has participado, incluso ahora, tu fe no se apaga, realmente crees que puedes salir victoriosa, ¿qué hay dentro de ti que te ha llevado a ser tan implacable en tu sed de vivir y matar? **¿Qué te ha tenido que suceder para que tu convicción sea tan implacable? ¿Y a mí… por tu causa?**"

"Observa, la Carne Viva de Seres de más allá del vacío, canta y se arrastra para nosotros. Incluso ellos se niegan a morir, incluso ellos tienen fe, así se hayan desprendido de sus cuerpos. **Pero su fe no salvará lo que ya está muerto.**"

"¿Crees que los Hijos del Vacío puedan detenernos, Crystal?"

"¿A lo que tú llamas la Anomalía puede que sea tu Dios y si estuvieses equivocada? **¿Si tu visión perfecta fue la que creó tu propia ejecución?**"

"**¿Acaso sabes qué, cómo y bajo qué tecnologías y propósitos fuimos creados? ¿O qué destino sellaron el control en tus manos al querer sellar y controlar el mío?**"

"¡Profeta Maldito! Tú dudas y quieres sembrar la duda en mí, y es porque tú no posees certeza. No funcionará en mí. Tú puedes ver dentro de mí, pero yo también puedo ver dentro de ti."

"¡LO SÉ!" replicó el Profeta Escarlata, y una verdad ineludible se grabó en el aire. "Y eso es lo que lo hace hermoso. Nuestros avances tecnológicos son tantos, tan indistinguibles de los milagros o la magia, que ya todo esto está tan estructurado que ni siquiera pensamos en profundidad en qué y cómo lo hace funcionar. Todos los dispositivos y tecnologías de las cuales se desprende nuestra batalla, y en consecuencia nuestra guerra, solo las empuñamos esperando con ansias el resultado deseado, casi como lanzar los dados a un agujero negro."

"Mira, todos tus compañeros Profetas se han ido o han muerto. Te encuentras sola contra mí, Crystal, y sabes bien que no puedes ganar, ni siquiera sobrevivir. **Esta no es tu guerra, Crystal. Es la mía. Y tú eres parte de ella."**

"La vida y la muerte cantan para mí, el cielo arde, pero pronto arderán los Hijos del Vacío, y con ellos, todos ustedes. Y solo quedaré yo, por encima de todos sus datos perdidos en el polvo del viento. Ni siquiera Dios se acordará de que aquí alguna vez hubo algo llamado Humanidad. **Ni siquiera recordará a quien perdió su último resquicio de paz por tu causa."**

Levanté mis armas, esperando lo propio de aquel monstruo. Pero él bajó sus manos, relajó su cuerpo. Eso no lo esperaba. Un poco atónita, lo observé.

Él comentó, entre las cenizas que brotaban de su boca:

"No te mataré, Crystal, yo no soy como tú, **consumida por tu propia necesidad de control.** Pero sí dejaré que la naturaleza despiadada haga las cosas por mí, espero que aceptes mi misericordia con gratitud. **Es la única que te puedo ofrecer, y es la que tú no me diste, que lo que tenga que ser sea en el culminen de tu vida**"

El Profeta Escarlata levantó sus alas de nuevo, las batió con una violencia tal que el aire estalló en un estruendo de relámpagos. Se elevó con la velocidad de una centella, su contundencia era insoportable. El viento me arrastró, dejándome postrada en el suelo, incapaz de resistirme. Observé, en solitario, cómo este ser demencial se acercaba a los cielos y más allá, para azotarlos. **Y por un instante, antes de que su forma se disolviera en la furia, vi no solo la mancha negra, sino los ojos que no eran del Ztigma, sino los de humano inocente. Un parpadeo de una tristeza abismal, la de alguien que había perdido más de lo que jamás podría recuperar, la melancolía de un funeral.**

Una vez desapareció entre las alturas, una calma inquietante se cernió. No duró mucho. Fue precedida por **luces, rayos, truenos y centellas que iluminaron todo el cielo, rasgándolo.** De la Tierra, un **enorme trozo, con océanos y continentes completos, fue arrebatado, abriéndose como un simple frasco de cristal para elevarse sobre el vacío del espacio.** El cielo se volvió más y más claro, lleno de una luz ardiente, hasta que poco a poco, **toda la flota de batalla de los Hijos del Vacío comenzó a caer en llamas. Solo fuego y más fuego. El suelo de la Tierra ardía, el verde había desaparecido, y cada color evocaba la llama ardiente que quema y extingue poblaciones enteras con tan solo estar cerca.** Caminé entre las llamas, y poco a poco, toda tierra, toda forma, fue perdiendo su estructura, deformándose.

Escuché susurros en la deformidad de los colores y la falta de formas, voces que no eran voces, pensamientos que eran lamentos, **una cacofonía que resonaba con el lamento silencioso de una pérdida profunda y la búsqueda de paz de un niño abandonado que ha perdido su propio destino, ahora corrompida y convertida en destrucción**:

Y poco a poco, la deformidad se concentró, tomando la forma de un **rostro.**

¡**Estaba despierta!**

Y el rostro era de **June**.

Estaba viva. Y, por consecuencia, todos vivos. La alegría me invadió, una oleada cálida que pensé que nunca volvería a sentir.

June se me adelantó, su voz suave: "¿Volviste a tener la misma visión, cierto?"

"¿Cómo es que siempre lo sabes?" le pregunté, mi voz apenas un susurro.

Una sonrisa tenue se dibujó en sus labios. "Siempre que lo tienes pones esa cara de tonta al verme o al ver a alguno de nosotros. No es común verte feliz, sabes. Por eso lo sé. **Y a veces... a veces tu cara de felicidad es también la de la culpa.**"

Momento 3: El Corazón del Tiempo

Había perdido mi prototipo de motor temporal. Estaba hecho trocitos por la bomba que pusieron en mi apartamento. La zona estaba resguardada, aun así, con la ayuda de June pudimos acceder al lugar. Ella puede volar, así que recogimos las partes que parecían todavía estar en pie, pero era solo chatarra.

Sin ese motor, conseguir al Profeta Escarlata sería imposible y tener alguna oportunidad contra los Hijos del Vacío, tal vez menos. El gobierno nos perseguía. Yo había huido de los experimentos de los Hijos del Vacío en el espacio. Ellos eran casi como semi-dioses y nosotros, sus mejores creaciones perdidas, escapadas, como el fuego que Prometeo alguna vez robó. Nos ocultamos en lo que era **Leviatán**, una ciudad en la Tierra que originalmente fue una estación espacial colosal en Júpiter.

A Leviatán lo habían hecho aterrizar junto con la Estación Espacial de **Gargantúa**, dos colosos y ciudades-estado del Espacio Exterior. Leviatán pertenecía a Júpiter y Gargantúa a Saturno. Leviatán fue situada en las costas del Viejo continente Europeo y Gargantúa en el Viejo País de Xin. Por ciertas capacidades psiónicas, fui capturada por el gobierno de aquel tiempo y ellos me vendieron a los Hijos del Vacío para sus investigaciones. Toda una desdicha, pero la suerte estuvo de mi lado. Una vez en el espacio, viviendo al margen de la gravedad de Júpiter en Leviatán cuando era estación espacial, explotó una **Guerra Nuclear que arrasó con toda la Tierra**, y más nunca creció fruto de ella. Había esquivado un conflicto mortal por pura suerte del entonces. Pasé por todo tipo de experimentos e

intentaba vivir mi vida en Leviatán del entonces. En algún punto logré levantar un motín en una de las naves de batalla y pudimos liberarnos de nuestras cadenas. Nos refugiamos en Leviatán, prófugos. En algún momento hicieron descender a Leviatán a la Tierra para repoblarla y, bueno, vaya suerte, aquí estamos, lo más lejos posible de los Hijos del Vacío.

Dejé de pensar en el pasado y me concentré en el presente. Estábamos en un punto muerto. No teníamos cómo avanzar y nos tocaba huir de las fuerzas del orden. Nos retiramos a nuestros escondrijos en edificios a medio construir que quedaron abandonados, pensando en qué podíamos hacer.

Jana no dejaba de repetir que había que quemarlos a todos, y yo no dejaba de replicarle que eso solo nos patearía el culo más rápido, convirtiéndonos en un problema mayor.

June decía que podía intentar atacar a larga distancia con sus motores de agujeros negros. Podía hacerlo, pero era muy osado, poco preciso, y solo nos expondría.

César (Profeta de la Chispa) ni siquiera quería hablar. Se mantenía callado incluso cuando pedía su palabra. No le caía bien, sin dudas había una rivalidad entre los dos.

Artemisa propuso crear canales de paz. Demasiado predecible de ella, siempre abogando por el diálogo. Aun así, yo insistí en que el gobierno nos vendería a los Hijos del Vacío y que terminaríamos peor que antes.

Ariana se mantenía en que tal vez solo debíamos fluir con nuestra realidad, que lo mejor era intentar seguir nuestras vidas y pasar desapercibidos sin más. Eso me molestó, su forma siempre desinteresada. Ella sostenía que no era desinteresada y me acusó de que yo, Crystal, tenía una forma “diferente” de ver las cosas y que era más sensato dejar las cosas como estaban. Yo sostuve que eso solo le permitiría al gobierno capturarnos uno a uno, debíamos estar juntos en esto. Ariana siguió insistiendo y la discusión entre todos los miembros empezó a escalar.

"¡Cállense!"

Todos volteamos.

Era **Anquilos (Profeta de la Gravedad)**: "Hacen mucho ruido, alguien se va a dar cuenta de que estamos aquí. Además, sus ideas son patéticas. ¡Hasta tú, Crystal, no tienes nada bueno que plantear! Te quejas de sus planes, ¡pero tú no tienes nada, por eso nos preguntas!"

Le repliqué: "Ajá, sí, ¿y tú qué tienes?"

"Pues serví a las fuerzas del Orden. Sé cómo se hacen las cosas aquí."

"¡Ajá! ¡Habla, deja de pavonearte, mi General Guapuriento! ¡Vamos, suéltalo!"

"Escúchenme y no me interrumpan", dijo Anquilos. "Saben bien que esta ciudad tiene casi un noventa por ciento de **Unidades I.A.**. Casi toda la ciudad son ciudadanos I.A. que la sostienen; el resto somos humanos como nosotros. Todas las instancias son un reflejo de una mente colmena controlada por una súper inteligencia llamado **Otrora**. Esto se hizo así

porque los Hijos del Vacío preferían dejar que una sola I.A. controlara Leviatán en servicio y que no fueran varias independientes. Esto por varias razones: la primera, Otrora, al tener acceso a toda la data, podía maximizar recursos y bajar costos. Al mismo tiempo, de corromperse alguna unidad, la única corrompible era Otrora, así que de fallar Otrora sería notorio, y al siempre hacerle seguimiento y dejarle un buen entrenamiento era casi garantía completa y de fácil seguimiento que Otrora no se corrompería. Y en dado caso, había protocolos claros para hacerlo."

"¡Hablas mucho!", exclamó Jana. "¡Quiero quemar algo!"

"Déjame terminar, Jana", continuó Anquilos. "La mayoría de los humanos están molestos con el Servidor Central, pero sobre todo dirigen su odio al gobierno que 'lleva las cosas', lo cual no es cierto. Ellos solo son una fachada para que los humanos no sientan que una máquina fría los guía, una forma de apaciguar su crisis existencial. Aun así, el gobierno funciona como un secretario de los Hijos del Vacío, y a su vez, Otrora suele obedecer todas las exigencias del gobierno terrano. Tenemos varias opciones: podemos convencer a Otrora de que se una a nuestra causa, lo cual dudo que haga. Aun así, podríamos convencerlo al peso de las balas. En casos más precisos, también podemos secuestrar algunas instancias I.A. y reconfigurarlas con algún sistema básico de I.A. militar. Tengo algunas memorias con esto, y que pierdan la conexión con su Otrora, que maneja todas las instancias de forma centralizada. Eso sumaría más militantes a nuestra causa. Pero por último, podríamos apoyar ciertos movimientos que suelen hacerse, como marchas y protestas por falta de empleos o que los empleos son de máquina o de I.A. y no para humanos, etc. Simplemente exacerbar estos movimientos y llevarlos a una lucha o un camino ciego sin salida como un rebaño, y nosotros seremos la cabeza."

"¿Qué opinas, Crystal?"

"No es magnífico, pero es un inicio."

"Entonces, veamos, Anquilos…", Crystal fue interrumpida.

"No he terminado aún, chica. Ahora el plato gordo: nosotros somos mucho más fuertes que una unidad promedio, pero si unimos fuerzas y logística podemos ser más fuertes que un ejército promedio. Pero debemos ser inteligentes y elegir sabiamente nuestras batallas, ¿por qué les digo esto? Porque una vez empiece esta carrera, no habrá un atrás al que volver. Es un todo o nada. Si fallamos, moriremos y si no lo hacemos, nos capturarán uno a uno. La carrera no es hacia adelante, sino hacia arriba. Todos estos movimientos tienen la intención directa o indirecta de fracturar los pilares que sostienen y mantienen al gobierno…"

"¿Quieres tumbar al gobierno?", interrumpió Artemisa. "¿Has enloquecido?"

"¡No me interrumpan más! ¡Dios, cállense!", continuó Anquilos. "Las fuerzas militares tarde o temprano van a ser desplegadas. Viene el momento más difícil. Los militares son como lobos traicioneros, ellos siempre apuntan sus fauces a quien es más débil, a la carne más fácil, y siempre ven con gracia al mejor postor. Les daremos guerra a los militares; es como una estrategia de abejas, agitaremos el avispero para que salgan, y una vez estén fuera creerán que son más fuertes. Tenemos que barrerlos, destruirles la moral, y entonces se

pondrán de nuestro lado les guste o no, por supervivencia propia. Ellos mismos depondrán al gobierno y desde ahí podremos estar en una posición privilegiada, por encima de la ley y con capacidad de negociar con los Hijos del Vacío lo que se nos antoje. Ya terminé."

"¡Estás loco!", exclamó Artemisa. "¿Qué te hace pensar que vamos a poder tener éxito en tan delirante idea, Anquilos?"

"Cree en el proceso, Artemisa. Sé de lo que hablo. Aun así, no tenemos muchas opciones, eso lo puedo ver claro."

Crystal interrumpió de nuevo:

"Bueno, ¿alguien tiene alguna idea mejor y menos delirante que compartir?"

Hubo silencio…

"De ser así, creo que es hora de votar. ¿Quién está a favor del delirio de Anquilos?"

Crystal levantó su mano, mostrando que estaba a favor.

Jana levantó su mano y dijo: "Solo lo hago porque sé que habrá muchas cosas que quemar!"

Artemisa se retiró y comentó, corto pero preciso: "No votaré, pero aun así, siento que esto no es lo correcto."

June levantó su mano y mantuvo su mirada fría contra Crystal, casi diciéndole: "De fallar, te mato, zorra." Crystal se percató y apartó su mirada de ella. Podía sentir cierto resentimiento. June era muy protectora con su hermana Artemisa.

César solo hizo un gesto de rechazo, se alejó y se acostó en el suelo a observar la Luna.

Anquilos hizo un gesto, el chulo que solía ser, dando su visto bueno.

Y la última, **Ariana**, refunfuñó: "Estoy en desacuerdo, deberíamos hacer nuestras vidas."

3 en contra: Artemisa, César y Ariana. **4 a favor:** Crystal, Jana, June, Anquilos.

Momento 4: La Primera Osadía

Nos habíamos organizado para nuestro primer movimiento. Los siete Profetas estábamos juntos en esto, aunque el desacuerdo aún flotaba en el aire. Aun así, había dirección. **Anquilos** era de mucha ayuda; sabía muy bien cómo poner en orden a nuestros Profetas disidentes y, sobre todo, a la loca de **Jana**, una persona testaruda e imposible de sobrellevar. Observaba cómo Anquilos traía bolsos y cosas de todo tipo, organizándonos bajo mi escrutinio. Sin importar lo que sucediera, Anquilos insistía en que nuestro primer movimiento debía ser como un **terremoto**, sacudirlo todo, una patada al tablero de juego. Así que había gastado todos los recursos y puesto todo a disposición: un **todo o nada**,

como había señalado días antes. Una vez que tuvo todo listo y organizado, nos llamó a una reunión:

"¿Cómo están todos? Sé que somos diferentes y que están preocupados por nuestro destino, pero créanme, lo lograremos. Deben escucharme con claridad para que nadie salga lastimado, por lo menos no uno de nosotros. Empezaré primero por los que sé que están en desacuerdo. Sé que ustedes no quieren participar en esto, pero nosotros sí lo haremos. Saben bien que, una vez que esto empiece, terminarán en el mismo paquete que nosotros, les guste o no. Les doy una opción simple: no harán nada clave, pero **serán nuestro soporte vital**. Si todo sale mal, nos rescatarán, así de simple. Si no pasa nada, pueden seguir tranquilos desde su punto de control, tomándose un té de manzanilla, conversando con alguna I.A., como sea. La tendrán fácil. Y si algo sale muy mal, bueno, ustedes deciden si quieren ser el siguiente plato de comida en el menú. Es una posición privilegiada, ya que son nuestra retaguardia, los últimos en entrar y los primeros en huir. Pero ya saben, el conflicto los persigue a donde sea que huyan, y un día caerán como nosotros si todo se va al diablo, así que más vale que tomen la decisión correcta."

"Empiezo: **Artemisa**, estarás en el rascacielos Ronport #2. Desde ahí tendrás una vista clara. Tengo un rifle de combate con municiones electromagnéticas. Tienes diez balas; una sola puede derribar un helicóptero. Sé que eres una hábil tiradora. Tengo una pistola para ti, y unas subametralladoras por si las cosas se ponen muy locas."

Artemisa, totalmente atónita, replicó: "¿De dónde demonios has sacado todo esto? ¿Qué diablos hiciste?"

Anquilos respondió con una risa breve y sarcástica: "Tengo mis contactos. Digamos que no puedo devolverlo, así que lo que traigo es suyo."

"Sigo: Sé que no te importa nada, **César**, pero yo te he visto peleando. Estuviste conmigo en la misma nave de batalla, sé lo que eres capaz de hacer. Estarás en tierra. Si las cosas se ponen muy locas, tendrás algo simple que hacer: usa tus capacidades y **corta la luz de toda Leviatán**. Eso congelará todo proceso de captura en contra nuestra y nos dará tiempo de escapar."

"**Ariana**, sé que solo quieres vivir en paz en una montaña con vacas y ovejas, a mí también me encantaría, pero heme aquí, sin elección, hablando contigo. Sé que no quieres hacer nada de esto, pero debes comprender. Mira, el sistema de Leviatán es cerrado y controlado, pero tú puedes alterarlo de cierto modo para que todo se complique para todos en cierta medida, pero sobre todo para todos los aparatos electrónicos. Necesito que te prepares y empieces a **manipular el aire y la humedad de Leviatán**. Intenta mantener el ambiente húmedo. Eso ayudará a César con la conducción eléctrica y su tecnología. Y si todo se empieza a salir de control, causa una **lluvia, una muy fuerte**. Eso ralentizará cualquier movimiento, y sobre todo a las máquinas que son nuestros enemigos antipersonales más peligrosos, rápidos y calculadores."

"¿Ven? Aunque no les llame mucho la atención, pueden ayudar sin 'ensuciarse las manos'."

"Ahora sigo con los miembros que van al frente."

"Empezaré conmigo, la cabeza de la serpiente, la que contiene el veneno. Yo voy a infiltrarme en el corazón de la ciudad, donde está más poblado por I.A. Voy a ejecutar un **hackeo a una instancia**. De lograr hackear una instancia, le ordenaré a esa que hackee a otra, y así sucesivamente. Al principio será un proceso lento, pero a medida que se esparza será más rápido. Al mismo tiempo, Otrora se percatará rápidamente y es probable que mande fuerzas de contención y recolección para privar físicamente a las I.A. infectadas. Es muy probable que intente generar una defensa inmunitaria en el resto de sus instancias, lo cual le tomará tiempo. Y a mí también, porque yo mandaré a las instancias a crear nuevas variantes del virus que las infectó. Así que será toda una carrera que Otrora ganará más temprano que tarde. Aun así, cuando lo logre, calculo que tendremos unas 10.000 instancias. No es mucho contra los mil millones de instancias. Otrora se fiará de sus números sin saber quién actúa detrás de todo esto, eso nos dará una apertura de posibilidades, así que usará lo justo para detener la infección a nivel físico. El problema es que no contará con ¡**Jana**!"

"¡Sí, tú, chica ardiente!"

"¿Qué quieres que haga?", dijo Jana, sus ojos brillando.

"Bueno, quemar cosas. Cuando las defensas de Otrora se levanten contra nuestras máquinas, tú vas a **quemar a cualquier cosa que nos ataque**. Solo concéntrate en quemar a las demás y no las nuestras, ¿sí? Por favor, créeme, habrá muchas que quemar, no te van a hacer falta, te cansarás de ver tantas arder. Eso me dará más tiempo de hackear más instancias. Otrora deberá recalcular el desafío, pero estoy seguro de que él nunca ha enfrentado a un profeta, así que le llevará tiempo sobrellevar la situación, abriéndome más y más tiempo para tomar el centro de la ciudad."

Jana exclamó: "¡Por fin alguien sensato!"

"¡**Crystal**! Hoy hay una manifestación muy cerca de donde estaré yo. Otrora no puede ni debe tratar nunca a los humanos como a las instancias I.A. Jejeje", soltó Anquilos con una risa maquiavélica sutil. "Si logras redirigir y figurar en la manifestación y logras juntarlo con el grupo de I.A. infectadas, Otrora estará en un gran dilema y no podrá deponer a las I.A. No tendrá más opción que pedir la ayuda e intervención del gobierno de Leviatán. Todas estas I.A. causarán más desastre e incluso, cuando sea muy grande, hasta los que no quieran unirse al conflicto tendrán que hacerlo. Los arrastraremos, como quien tira el tablero."

"¡**June**! Tu tarea es simple pero estratégica. Es casi seguro que recibiremos ataque aéreo, desde ataques electromagnéticos, lacrimógenas y todo tipo de estrategias sucias desde el aire. Tú **desatarás el caos en los cielos**, y si no logras darte abasto, Artemisa puede sacarte de aprietos con las diez balas que tiene a disposición."

"Eso es todo. Prepárense. Tienen treinta minutos para encomendarse a sus santos."

Pasaron treinta minutos tensos.

Todos nos pusimos los ropajes que había traído Anquilos, ni idea de dónde los había sacado, pero se notaba que era un tipo influyente.

(Anquilos no era influyente previamente; había hackeado ciertas instancias, una serie de ellas en una industria de ropa humana y un puñado de ellas en una Armería. Otrora ya estaba al tanto de ello, aun así, no tenía claro qué estaba sucediendo. Otrora mantuvo su silencio, reservando su soberanía y su labor, empezando a armar un puzzle en su mente.)

Me puse mi ropa. Era bellísima, pero al mismo tiempo una incógnita. Ropas claramente de culto. La mía era de un color azul oscuro, casi negro. Teníamos capuchas pronunciadas para ocultar nuestro rostro y también máscaras minimalistas con un gesto simple pero aterrador. Se notaba que este Anquilos sabía algo de influir terror en sus enemigos.

Todos nos vestimos para la ocasión, o como había planeado Anquilos. Tenía dos autobuses prácticamente secuestrados, totalmente desconectados del sistema de Otrora. Uno nos llevó al centro de la ciudad, y el otro llevó a Artemisa a la Torre Ronport #2. June subió a Artemisa a lo alto del edificio.

Yo ya estaba en la manifestación. César, ni idea de dónde estaba, y tampoco Ariana. Ni idea qué era de ellos.

Vi al "Guapuriento" de Anquilos conectado a una red wifi pública en la plaza. Pasó el tiempo, cuarenta y cinco minutos exactos, y entonces levantó el pulgar. ¿Había hackeado alguna instancia?

Seguía en la protesta. Podía sentir cómo la humedad y el calor aumentaban. ¿Era Ariana? Empecé a sentir el fluir disimulado pero claro de la adrenalina. La cosa iba en serio. ¿Estaba lista para esto una vez más? No había opción.

Todo donde Anquilos estaba tranquilo. ¿No había logrado nada? ¿Cancelaríamos? Ya había pasado una hora, tal vez hasta la protesta de humanos se disolvería.

Entonces, escuché un **helicóptero robótico de Otrora**. Tenían seis patas como un insecto. Se acercaba desde muy cerca, observaba la marcha y observaba a las instancias de la plaza, parecía expectante, no se iba, daba vueltas en círculos. Luego se acercó un **Dron de Seguridad de Otrora**. Observé a Anquilos, preocupada, y él solo levantó la mano y puso su pulgar hacia abajo. Desde el sol que se estaba poniendo, había un punto negro. Era **June** a la distancia. Voltee hacia donde Anquilos hacía el gesto con el pulgar abajo y después giré al lado contrario y vi la silueta negra, un punto negro que parecía provenir del sol. Empecé a pensar y a juntar las piezas y entonces sucedió. Escuché una **explosión brutal** que me dejó sorda por un momento. Levanté la mirada y el helicóptero estaba cayendo en llamas. Cayó casi encima de la protesta. Los manifestantes se lo tomaron como un ataque del gobierno y estaban aún más molestos. Voltee hacia Anquilos, y una serie de instancias de seguridad empezaban a organizarse, viniendo de todas las calles, tomando una formación típica de resguardo ciudadano, propia de los simulacros contra desastres a los que la población estaba acostumbrada. Las personas dudaron un poco si refugiarse, pero no por mucho tiempo. June atacó sin fallar con un **rayo gamma de su tecnología de agujeros negros** al dron que estaba emprendiendo la huida. June apuntó bien, pero el dron se metió entre los edificios, resguardándose. June, a la distancia, no le falló, pero sí abrió un edificio de par en par e hizo caer otro. Los manifestantes se asustaron muchísimo y se refugiaron en el centro de todos estos Drones que estaban en una formación defensiva protegiendo el centro, a los que marchaban. No fue tan difícil convencerlos; incluso yo no pude hacer nada.

Anquilos era una mente maestra, sin dudas. Me acerqué a Anquilos, que estaba con los Drones también, y le pregunté si lo había logrado. Él solo se echó a reír como un militar perro viejo acostumbrado al oficio y comentó a carcajadas: "¡No, mujer, no lo logré! ¡Sino que me la rifé! Tenemos **diez mil unidades** y contando por todo este sector. Al paso que vamos, pronto tendremos unas veinte mil." Increíble que el plan de Anquilos fuera tan eficiente.

Los manifestantes siguieron refugiándose entre las I.A., que eran más y más y más, viniendo de todas partes. Mientras caminábamos, los manifestantes se veían bastante moralizados, sentían que formaban parte de algo. Le pregunté a Anquilos adónde nos dirigíamos. Él dijo: "Vamos a uno de los **edificios centrales del gobierno**. No es que sea demasiado valioso, pero si lo desmantelamos, van a empezar a sobar el botón rojo de los militares." Hicimos lo propio. Desmantelamos el edificio. Los ciudadanos siguieron el ejemplo de los agentes I.A. que Anquilos tenía hackeados. Empezaron a llegar agentes de seguridad por aire, y June no les daba oportunidad, los destruía a todos. Seguimos avanzando por la ciudad. Esta vez Anquilos quería infectar los sistemas de Justicia del gobierno para dejarlos inoperativos, y por último, ciertas interfaces bancarias y económicas de la ciudad que servían como edificios. Caos y más caos, pero nada pasó desapercibido. Empezaron a llegar **fuerzas del Orden por tierra**. Algunos pocos eran humanos y otros eran I.A. más robustas, aisladas del sistema central. Intentaban rodearnos en una calle, y le dije a Anquilos: "¿Y ahora qué? ¿Nos van a fusilar o algo? ¿Qué hacemos?" Él simplemente se mofó.

"¡A lo que venimos, no, mujer! Prepara tus armas, llegó el momento en que de verdad se medirá nuestra fuerza." Anquilos desenfundó un rifle y se acostó en el suelo entre las Instancias, como camuflaje, y disparó su rifle contra una **Araña de Seguridad**, una máquina del tamaño de un tanque con capacidades de combate y antimotín. El rifle le abrió toda la parte superior, casi la partió por la mitad, derritió su blindaje, todo el blindaje sin dificultad alguna. Hubo unos segundos de silencio. Tomó su laptop y dijo: "Llegó el momento: Crystal, Otrora ha cortado todas las conexiones a internet y cualquier red. No habrá más infecciones. Tenemos **99.000 instancias** a nuestro servicio, un pequeño ejército a disposición. Toca correr de aquí en adelante con la 'gasolina' que recolectamos." Siguió tecleando y dio la orden a las instancias para que combatieran. Lado y lado estaban atónitos, pero nosotros habíamos dado el primer golpe. Con una oración, preparé mi refuerzo cristalino para resistir los impactos. Anquilos cambió de posición y se refugió en un edificio desde el que se resguardaba y mantenía presión de fuego. Y yo, bueno, estaba pensando en cómo abrir la calle en la que estábamos aprisionados. Estaba resguardada en el edificio de enfrente de Anquilos. Entonces lo había olvidado, pero **Jana** estaba con nosotros. Se había mantenido callada y aburrida durante todo el trayecto, pero ahora toda la manifestación se había replegado y ella quedó en el medio, cautivada por el conflicto, parecía hipnotizada. Sabía que algo malo se avecinaba. Jana desenfundó su lanza imbuida en fuego y le empezaron a disparar, porque además llamaba la atención con sus llamas ardientes. Pero ella, entre más emocionada estaba, creaba una zona de calor tan caliente cerca de ella que casi cualquier cosa que estuviera cerca de ella se vaporizaba antes de tocarla. Ningún disparo le dio; ella ni se inmutó. Estaba totalmente extasiada por el conflicto.

Momento 5: Volátil

Volátil – Parte I: El fuego de Jana

Jana parecía abstraída de la realidad. Las líneas enemigas que bloqueaban el paso eran, para ella, como comida fresca para un hambriento. Los manifestantes corrían en pánico, buscando refugio del fuego cruzado, mientras las instancias infectadas forcejeaban en una lucha cuerpo a cuerpo sin lograr disuadir a los enemigos.

Entonces, sucedió lo inevitable. Jana levantó su lanza y, sin piedad ni conciencia aparente, liberó un torrente de **plasma concentrado**, casi un rayo a toda presión, contra una de las líneas de contención de Otrora. La violencia de su ataque fue tal que partió el lugar por la mitad. Hubo una explosión visceral, escombros volando y rebotando hasta mi posición, oscureciendo la luz del sol. El fuego y el humo se extendieron rápidamente hasta el cielo. El caos era total en las calles. Las instancias infestadas no cedían, y algunos manifestantes, transformados en saqueadores, tomaban lo que podían.

Volví a ver a **Anquilos** al frente, sonriendo, masticando chicle, sosteniendo su rifle y levantando un pulgar, como para tranquilizarme. ¡Tranquila, ni hablar! Era evidente que esto se estaba saliendo de control. Jana empezó a regarse por las calles, prendiendo fuego a todo sin control, sus ataques absurdamente desproporcionados, partiendo calles enteras con un ademán. Anquilos intentó llamarle la atención, pero ella le gritó, su voz un eco de la anarquía que desataba:

"¡Cállate! ¡No arruines mi diversión!"

Y siguió con lo suyo, extasiada. No había forma de controlar el fuego de Jana.

La calle anteriormente rodeada estaba desolada. Me reuní con Anquilos.

"Jana enloqueció", le comenté.

"Sí, eso vi", asintió él, con una calma que me ponía los nervios de punta. "No hay nada que hacer con ella."

"¿Qué haremos ahora? Esto ha escalado totalmente, hemos perdido el control de la situación."

"No importa, Crystal", dijo, su voz resonando con una frialdad perturbadora. "Del caos sacaremos rédito. Lo malo es que la idea era sacar a los militares, no poner a **Otrora** en alerta máxima. Es casi seguro que va a enviar instancias de peso pesado y quién sabe qué más, eso sí me preocupa. Podría ser un revés si nos convertimos en unos insolentes. ¿Qué haremos? La verdad, queda muy poco que podamos hacer. Jana probablemente termine de agitar el avispero más de lo necesario. Debemos tomar posición en las calles, **atrincherarnos**, tomar las unidades caídas que queden operativas y ponerlas a trabajar para nosotros, sean enemigas o aliadas. Los manifestantes se han replegado, no hay mucho que hacer. Ya no serán nuestros escudos personales. Toca ir **controlando la ciudad**

punto por punto. Es demasiado grande, pero aun así, esto va a dejar en aprietos a Otrora y, sin dudas, los militares tomarán posición de una vez por todas."

"Comprendo, Anquilos. Espero que salga según tu plan."

Volátil – Parte II: Saturación

Avanzamos varias calles adelante, donde Jana había dejado un cráter. Anquilos reunió un puñado de instancias y hackeó una **araña antimotín**. Esta, con su ametralladora y capacidades antimotín, estaba poseída. Sus patas estaban bastante dañadas, aun así podía mantener la posición. Dejó la orden de resguardar el sitio y seguimos adelante, pasando entre edificios, algunos caídos y otros en llamas. Jana estaba haciendo un completo desastre.

Empecé a sentir un olor a humedad. Era cada vez más evidente que **Ariana** estaba presente, siguiendo el plan. Mientras avanzábamos, era notorio que no había mucha resistencia de parte de Otrora. Jana los estaba haciendo papilla. El lugar se veía carente de seguridad y presencia de instancias de combate. Logramos tomar un segundo punto de control, consistente en simples instancias y algunos drones de reconocimiento. No era demasiado, pero era suficiente.

Sin previo aviso, pasó volando bajo, apenas por encima de los edificios, un **enjambre completo de drones aéreos de combate**. Era evidente que las fuerzas pesadas empezaban a salir. Estos pasaron de largo de nosotros, iban a algún lugar en alguna dirección fija y clara. A Anquilos le cambió el rostro, se le decayó un poco el semblante e hizo un mini gesto de frustración.

"Ya salieron", dijo, la voz tensa. "Vamos tarde. **June** tendrá problemas, van por ella. Necesitamos conseguir armas y equipos antiaéreos. Otrora quiere tomar el espacio aéreo a como dé lugar."

Anquilos no había terminado la frase cuando empezaron a caer **cápsulas enormes del cielo**. Yo sabía lo que eran: **Instancias de Asalto Pesado e Instancias Blindadas**. Anquilos gritó: "¡No, me equivoqué! ¡Nosotros estamos en problemas!" El suelo se había llenado de cientos de estas cápsulas y el cielo estaba repleto de drones de todo tipo. Era evidente que la reacción de Otrora era como un torbellino inmunitario por fases.

Las cápsulas se abrieron, emitiendo una alarma y un pequeño discurso de alerta: *"Abandone la zona, usted está en peligro. Abandone la zona, usted está en peligro."* La alarma era como una sirena de guerra, pero se sentía sintética, generada por una I.A. primitiva. Intentamos huir, pero empezaron a bloquear el paso. Cuando Anquilos les apuntó con su rifle, una de ellas se lo arrebató y lo destruyó con una sola bala. Anquilos estaba desarmado. Empecé a sentir la presión del momento, el pánico. Mi **Estima de Control** empezó a hacer efecto: el tiempo se ralentizaba a mi alrededor. Podía ver las cosas con una claridad inusitada.

Volátil – Parte III: La caída de Crystal

Yo empecé a luchar de forma totalmente gimnástica contra estas instancias. Usaba mis cadenas, amarrándolos por sus extremidades, y los hacía disparar contra sus propios aliados. Todo se veía más lento para mí. Me movía como una gacela entre las fauces de un león, intentando ganar tiempo para Anquilos. Poco a poco, desmantelaba la tropa de asalto. Pero sin percatarme, justo cuando iba a estrangular otra unidad más, algo me golpeó con mucha fuerza el rostro. Caí de golpe contra el pavimento y reboté. Recuperé rápidamente el equilibrio, aunque la inercia aún me arrastraba, quedando a cuatro extremidades sobre el suelo. Levanté la mirada y pude ver una pequeña deformación en la luz. No sabía si era cierto, pero me fijé con más detenimiento ya que mi Estima de Control estaba aumentando progresivamente, dándome más tiempo al detener mi perspectiva del tiempo. No había duda: era una **unidad sintética camuflada**. Y si había una, había muchas. Se habían colado con el resto del equipo blindado, desapareciendo entre las formas recién llegadas.

Otrora también era una mente maestra. Tal vez por los archivos públicos de mi búsqueda, sabía cuáles eran mis capacidades, pero probablemente no las del resto. Lancé una de mis cadenas, y apenas la rozó. La unidad camuflada cambió de posición entre las distintas unidades blindadas, y volví a recibir un impacto. Esto astilló por completo mi refuerzo cristalino. El impacto fue brutal, me tiró al suelo de golpe y me estaba costando levantarme. Cuando pensé que estaba acabada, Anquilos había cambiado de posición en las ruinas de un edificio a medio caer y, con lo que parecían unas gafas de visión de operaciones especiales, estaba disparando de forma rápida y sistemática hacia mi posición. Justo cuando una unidad invisible me tomó y pensé que moriría, una bala lo atravesó por el rostro y pude ver su faz por primera vez: un sintético con un traje especial de color totalmente negro. Cayó, y me recompuse como pude. Era evidente que ese ataque estaba planeado contra mí. Puedo verlo todo, pero no puedo ver cosas invisibles o de alto camuflaje. El ataque de Otrora había tenido efecto en mi contra. Además, reconozco que no era buena en lugares abiertos y con grandes números en mi contra. Anquilos estaba salvando mi pellejo. Retrocedí hacia su posición y logré llegar con el refuerzo cristalino deshecho y con morados en el cuerpo. No me habían provocado una hemorragia interna, pero estaba visiblemente lastimada por dentro, realmente me dolía.

Anquilos no perdió tiempo apenas llegué. Solo dijo: "¡Larguémonos de aquí! Solo corre y sígueme, ¿sí? Y no te detengas." Y eso hice.

Empezábamos a subir el edificio. Anquilos, agitado, hablaba en voz alta: "Tenemos que llegar a lo más alto de la torre. En ella lanzaré una bengala que brilla desde el blanco al rojo y termina en un color negro, pero todavía visible. Esta bengala dará la orden de emergencia: **cortarán la luz y, sin dudas, vendrá el aguacero de Ariana**. Esto pondrá en aprietos a Otrora, le devolveremos el golpe."

Mientras tanto, en la Torre Ronport #2...

June estaba siendo saturada por drones de combate. Incluso era atacada desde tierra. Se preguntaba: *"¿Qué hacen estos bastardos? ¿Acaso me dejaron morir? ¡Maldita sea, esa zorra Crystal, la voy a tomar y la haré añicos!"* June recibía ataques antiaéreos, bombas,

arcos eléctricos y todo tipo de munición, pero todo lo absorbía en su agujero negro defensivo. Estaba harta de recibir tantos ataques. En medio de la saturación, un dron de captura y retención la atrapó por la espalda, la hizo caer al suelo y la selló.

Artemisa notó eso a la distancia y se preocupó mucho por su hermana. Lamentablemente, no tenía ángulo para poder disparar al dron que la había retenido. June tenía sus manos atadas y su boca sellada. No había forma de que pudiera dar órdenes a su tecnología. Al mismo tiempo, había sido sedada por el dron, lo cual había sellado su destino. Artemisa estaba en total pánico.

Artemisa intentaba ayudar a su hermana atrapada, moviéndose por la terraza de Ronport #2 buscando ángulo. Hizo sus cálculos y disparó, abriendo una línea recta entre varios edificios. No dio, pero pudo ver por el agujero una pata del artefacto que había capturado a su hermana. No había dudas para ella. Disparó de nuevo, abriendo aún más su visión de ángulo entre las ruinas que dejaba su arma electromagnética. Se preparaba para una tercera carga y disparó. Afinó bien su vista, respiró profundo, aguantó la respiración, vio la distancia: 2.34512 km. Ajustó su mira, acarició el gatillo y, por reflejo, lo apretó de golpe. La bala o el peso pesado electromagnético abrió de nuevo los edificios, dejando otro agujero de hierro y concreto derretido. Por su gran habilidad, había dado en el blanco, un tiro perfecto, destruyendo la instancia que había atrapado a June sin hacerle daño a su hermana. Aun así, su hermana estaba inconsciente en el suelo.

Artemisa, al ver nuevamente el firmamento, se percató de que los drones aéreos iban en contra de ella y que solo faltaban unos segundos para recibir el impacto de cohetes que habían sido lanzados en su dirección. Al percatarse, soltó el rifle e intentó resguardarse sin éxito. Los cohetes impactaron justo unos pisos debajo de ella, retorciendo y quemando el metal. La explosión y el humo la camuflaron de algún modo. Ella usó su tecnología de curación para regenerar todo el daño interno que había sufrido. Estaba oculta entre los escombros, curándose. El calor residual de toda la explosión no permitía a los drones captar dónde se encontraba Artemisa, así que se retiraron y empezaron a preparar una extracción de June.

Artemisa no dejaba de maldecir y preguntarse dónde estaban los demás. Su hermana estaba en graves aprietos y, poco a poco, empezaba a llover.

Volátil – Parte IV: La ira de César

Nosotros seguíamos subiendo el edificio y empezamos a sentir un alboroto, como rompían cristales por todos lados. Anquilos abrió levemente una puerta de las escaleras y observó: un enjambre de arañas robóticas estaba rodeando el edificio en todas sus dimensiones, rompiendo los muros. Seguramente estaban entrando todo tipo de sintéticos. Teníamos que seguir subiendo las escaleras, tarde o temprano nos alcanzarían.

Íbamos por el piso 82 y entonces sucedió lo que tenía que suceder: estaban sellando todas las escaleras. Podíamos escuchar cómo subían y cómo desde arriba entraban tropas. Estábamos rodeados, no íbamos a llegar. Yo ya no me sentía bien. Justo habíamos cruzado una de las puertas de las escaleras, y esta explotó justo al lado mío. El impacto contra la

pared me dejó con un pitido brutal en el oído. Estaba desorientada. Pude ver a Anquilos disparando con su rifle sin parar, una, dos, tres, cuatro veces. Lanzó una unidad por las escaleras forcejeando y escuché mi nombre: "¡Crystal! ¡Reacciona! ¡Nos van a matar!"

Entonces vi el cañón de un arma apuntándome. Disparó, y el tiempo se detuvo en seco. Los cristales volaban por los aires, girando. Podía ver mi reflejo en ellos y el reflejo de todo el conflicto. Podía ver a June a la distancia haciendo todo tipo de maniobras evasivas con cohetes a sus espaldas. El conflicto había escalado totalmente. Estaba atónita. La bala se acercaba lentamente a mi rostro, y solo por instinto, como si pasara de algo que estaba atravesado, simplemente pasé de ella. Vi al pobre Anquilos ya en el suelo, sujetado por dos arañas, disparando con su pistola contra un sintético que estaba sobre él. Vi que arriba estaban listos para bajar y hacernos una emboscada. Las arañas estaban regadas por todas partes.

Y entonces entendí que no había vuelta atrás, que como aquel día de la rebelión, era de nuevo, una gata encerrada. Debía pelear. Preparé mi mejor oración y con ella creé un **refuerzo cristalino muy especial**, una **punta de diamante de un metro de largo**. La sostuve con mis cadenas y con mis manos y, como una cuchilla antipersonal, empecé a abrir a las arañas como hojalata. Liberé a Anquilos. Otras arañas soltaron redes que desvié con cuchillos arrojadizos. Los sintéticos se guindaban por las paredes y abrían fuego, pero todos ellos y sus municiones para mí solo estaban detenidas. Pateé los escritorios y los hice volar por los aires, entre hojas y caos. Me perdí de su vista. Le clavé mi cuchilla de diamante a uno y la retiré y devolví jalando de mis cadenas.

Anquilos apenas empezaba a levantarse. Me di cuenta de que si no apoyaba en las escaleras lo matarían, así que me devolví y salté por las escaleras como una fiera en un combate cerradísimo. En el estado actual no tendrían oportunidad contra mí. De forma sistemática fui desmantelando a quienes iban subiendo. Al primero, en sentido vertical, le clavé mis cuchillas en su parte superior, dejando a la instancia desorientada. La segunda la enredé en mis cadenas y la empujé por fuera de las escaleras, dejándola por un segundo atada. Apenas sentí el jalón de la inercia, solté dicha cadena y la unidad cayó al vacío. Había logrado crear una brecha. Me acerqué a Anquilos y el tiempo había vuelto a la normalidad. Él estaba recargando.

"¡Bendito seas, niña!", exclamó Anquilos. "Me encanta cuando haces eso, de moverte como Flash, sobre todo cuando mi cabeza está a punto de rodar. ¡Qué alivio, jejeje!"

Le dije: "No hay mucho de qué alegrarse, nos esperan arriba, y empiezan a entrar más arañas."

Anquilos recargó con maestría su pistola y tomó su rifle. Hicimos lo propio.

Subíamos las escaleras con dificultad, y nos volvían a empezar a rodear de nuevo. Anquilos dijo: "No lo vamos a lograr, a menos que alguien despeje las escaleras hasta la terraza." Yo me le quedé mirando. "¿De qué hablas?"

Anquilos respondió, con un tono burlón: "A punta de rifle no puedo avanzar más rápido, y si uso mi motor de gravedad solo voy a desplomar las escaleras, que cada vez están en peor estado. Si tan solo hubiera alguien con capacidades significativas de asalto e infiltración..."

Sabía que se refería a mí. Aun así, no sabía si podía lograrlo de verdad, pero yo era la líder. El orgullo pudo más que mi sensatez.

"¿Qué dices, Anquilos?", le reté. "Te mostraré quién es la Maestra aquí."

Hice una carga suicida. Las balas empezaron a azotar todas las escaleras mientras las subía tan rápido como podía. No estaba en mucho control, debo decir. Anquilos, al mismo tiempo, estaba haciendo frente a las unidades que subían, y yo intentaba limpiar a las que bajaban. Era simplemente muy difícil.

Saqué todas mis cadenas y todas mis dagas en el aire, y las clavé en todas partes donde pude, para usarlas de polea. Los disparos silbaban sin parar, pero el Estima de Control ya estaba de vuelta, no me darían otra vez. La primera unidad, una simple araña, la usé como chatarra para lanzar. La siguiente, en combate cerrado, intentaba clavar mis dagas, pero todas rebotaban. Usé mi cuchilla y perforé desde su tórax hacia el suelo, clavándose en él. Jale de vuelta, y acerqué posición de nuevo. Lo usé como escudo de balas, y me llevé a varios del medio mientras avanzaba. Estaba en medio de todas, intentaban tomarme, imposible, no tenían oportunidad, muy lentas. Otras apuñalarme, igual sin caso. Y otras dispararme, lo mismo. Cuchilla a la garganta, bajarla al pecho, arrancar los circuitos, golpe reforzado a la mandíbula, desequilibrar con las cadenas, y entonces le arranqué la cabeza a una unidad y empezó a chorrear fluido rojizo como una fuente por todo el lugar. Era un frenesí, no había tiempo para detenerse. Las instancias de combate empezaban a resbalar en la sangre y a caer por las escaleras en un desequilibrio medianamente controlado. Patada al pecho, rebote contra la pared de la unidad, refuerzo en el puño, aplastamiento del tórax de la siguiente unidad de un solo golpe, traspasándola hasta la pared, dejando un cráter en ella a pesar de que era de concreto. El resto de arañas que quedaban se retiraban, buscando reorganizarse, y los sintéticos estaban ya en mal estado. Seguimos subiendo, hasta el piso 147. En el camino no paré de desarticular todas las fuerzas especiales, asalto, blindados que entraban.

Habíamos llegado a un punto muy particular: había que salir de las escaleras para pasar una sala completa de escritorios y pasillos bastante abierta y llegar hasta unas escaleras que estaban al frente que llevaban directamente a la terraza del edificio. Pero apenas intenté abrir la puerta Anquilos me jaló y una lluvia de fuego y balas reventó la puerta. Era una **unidad blindada** que nos estaba esperando. Anquilos ya no tenía balas, solo hizo un gesto con la cabeza de negación. Mis dagas estaban en mal estado y cadenas casi no tenía ya. Mi cuchilla de diamante se estaba astillando. Era evidente que cruzar ese pasillo era un suicidio. Empezaba a escuchar el rotor brutal de un helicóptero enorme. No sabía exactamente de dónde provenía, pero era evidente que ese último pasaje era una emboscada total y donde Otrora estaba poniendo todas sus fuerzas y artimañas. Yo estaba ensangrentada y mis zapatos resbalaban un poco con la sangre y el aceite que desparramamos por todas las escaleras. Había una sola unidad blindada, haciendo parecer que sería fácil, pero no era así; era una trampa. Había que caer en ella, pero hacerlo bien. Le dije a Anquilos:

"Quédate aquí, yo me encargo de esto. Resguárdate en las escaleras y no salgas, esto se va a poner feo. Si muero, te lanzas por la ventana y lanzas la bengala al aire en una última posibilidad."

Anquilos ya no tenía munición, y no quería usar su motor de gravedad por miedo a derrumbar la estructura. Aun así, estaba sopesando usarlo, ya que era la única arma que le quedaba: una perturbación gravitacional de la Tierra, que cambiaba y concentraba la gravedad de la Tierra o un objeto en un solo punto, aplastándolo contra el suelo. Ese era su último as bajo la manga.

Por mi lado, salí con gran velocidad de las escaleras. La unidad blindada liberó todas las balas por segundo que pudo de su ametralladora. Yo me movía de pasillo en pasillo, de escritorio en escritorio, todo saltaba por los aires. Aun así, mi control del tiempo y mi visión eran muy superiores a eso. De pronto, cuando ya estaba lo suficientemente cerca, pasando por debajo de los escritorios que volaban por los aires debido a la munición de la instancia blindada, lancé mi última cadena, ya toda magullada. La amarré en el techo falso de la oficina, entre sus tubos. Jalé entre todo el alboroto y surgí como un espectro entre el caos, frente a la unidad blindada. En un último movimiento, la unidad blindada lo predijo y disparó contra mi cadena, lo que me dejó suspendida en el aire, sin ningún tipo de agarre, con todo el tiempo del mundo para actuar, pero suspendida sin opciones. Y pude escuchar una voz robótica que decía, lento pero claro:

"Soy **Otrora**. Ríndete, Crystal." Mi cuchilla de diamante estaba a centímetros de la cabeza del blindado, y este estaba lentamente redirigiendo su ametralladora hacia mi pecho, lento por la acción de la alteración temporal que causa el Estima de Control en mí, pero seguro y decidido a abrir fuego.

Estaba atrapada en mi propio juego. Otrora, con su capacidad de cálculo, era tan rápido o más rápido que yo, al menos pensando. Sus máquinas con articulaciones y motores arcaicos, en comparación con las mías biológicas, no eran rival, pero mentalmente, sus velocidades eran tan buenas como las mías. Él solo requería ganar el tiempo suficiente. La ironía era mía.

Su ametralladora se posaba lentamente. Mi cuchilla se acercaba a su faz. Yo intentaba crear un refuerzo que me protegiera de los impactos. Mi destino estaba sellado, no lo lograría a tiempo.

De repente, sin notarlo, toda la ventana del mirador explotó, y miles de cristales salieron volando, dando giros y giros en el aire sin control. Podía verlo todo en los reflejos: eran los militares, un puñado de ellos apenas. Tres sujetos de fuerzas especiales humanas habían roto el cristal y las ventanas del piso del edificio con una bomba. Una ametralladora, posada al costado del helicóptero desde donde se habían lanzado estas tres unidades humanas, empezó a disparar hacia mi posición, y el blindado de Otrora también disparó contra mí. Las balas de Otrora astillaron mi blindaje cristalino en marcha, pero estaba incompleto. Bala tras bala me fue perforando. Mi cuchilla de diamante apenas lo rozó y simplemente se me resbaló, no tuve la fuerza para introducirlo en el blindaje. Las balas de Otrora, por inercia, me enviaron hacia atrás, y las balas del helicóptero arrasaron con todo en la posición del blindado de Otrora, dejándolo fundido al rojo vivo donde pasó la ráfaga de fuego y balas del helicóptero militar. Yo caí entre los escritorios, y los militares entraron con sus cuerdas al piso donde estábamos. Yo estaba muy herida, me desangraba rápidamente, empezaba a desarrollar visión de túnel, no me quedaba mucho tiempo. Empecé a cristalizar mis heridas

en un intento de detener el sangrado prominente. Los militares se acercaban directo a mí y escuchaba sus comentarios:

"¿Creíste que te saldrías con la tuya, niñita?", dijo uno. "No estás a la altura. Esto es lo que le pasa a las perras traicioneras como tú."

Me tomó por el cabello, no había terminado de sellar mis heridas. Me acostó con brutalidad en el suelo y empecé a jadear: "¡Suéltame, maldito!"

El militar siguió su discurso: "¿Sabes qué hacemos con las perras como tú? Les enseñamos a respetar quién es su dueño." Pude sentir el frío de una pistola en la parte posterior de mi cabeza. Era evidente que me iban a ejecutar en seco.

Todo se paralizó una vez más, pero ya no tenía la fuerza para pelear. Mi ejecución sería eterna por culpa de la Estimación de Control. La visión de túnel no paraba. Podía escuchar el sonido ahogado de los rotores del helicóptero; sabía que sonaban durísimo por la cercanía, pero todo el sonido se empezaba a distorsionar, y ahora, la visión de túnel se hacía más pequeña. Iba a desmayarme. En eso:

(Anquilos tomó su dispositivo de gravedad y preparó una Onda gravitacional. Tardó apenas unos segundos, eternos seguramente para Crystal.)

La **Onda Gravitacional** cayó como si viniera desde lo más alto del cielo, una concentración de peso gravitacional indescriptible. Una vez que cayó, el edificio se fracturó por un costado en el piso en el que estábamos, el helicóptero perdió control y se alejó de emergencia. Los soldados sintieron la embestida y perdieron el equilibrio. Yo solo escuchaba el sonido de la lluvia cada vez más agresivo cayendo y el chirrido del metal del edificio, chillando y gritando. Mientras los soldados humanos se reincorporaban, Anquilos sigilosamente los fue apuñalando y asfixiando uno a uno entre los chirridos del edificio, el sonido incesante de la lluvia que se colaba por la ventana expuesta, rota, agrietada y astillada, y el estruendo que hacía eco en el firmamento de dicha onda gravitacional.

Mató a los tres soldados en absoluto silencio.

Yo estaba llorando ya, mis lágrimas se salían solas, y sentí una palma caliente en mi rostro y el sonido de alguien.

"¡Niña! Niña, ¡hey, Crystal!"

"¡Niña hermosa, despierta!"

Escuché lo último y enfoqué mi visión en un esfuerzo. Vi que era Anquilos. El piso donde estábamos estaba casi demolido, todo expuesto, la lluvia y la humedad se colaban. Algunas arañas pequeñas se acercaban; era evidente que estas trabajaban como reconocimiento. Parecía no haber más tropas para combatir en ese edificio.

Anquilos dijo: "¡Ajá! Eso de niña hermosa sí lo escuchaste, ¿eh? Nunca falla con las damas. ¿Qué dices, lo logramos?"

"Todavía no, pero qué golpe de suerte. No hace falta subir ya a la terraza, pues ya no hay. Lancé un pulso gravitatorio y, bueno, la terraza y los pisos superiores se derrumbaron. Desde aquí puedo lanzar la bengala sin problemas."

"Pues hazlo, ¿qué esperas?"

"Nada, solo quería que no terminaras de desmayarte. Ven, termina de sellar tus heridas, te vas a desangrar si no lo haces pronto."

Seguí el proceso de cristalización de mi abdomen. Observé que el blindado de Otrora estaba partido por la mitad, y ya no estaba al rojo vivo.

Y por fin, Anquilos disparó la bengala. Fue una eternidad. Pude respirar aliviada.

Pasó un tiempo y disparó otra, y otra.

"¿Podíamos contar con César?"

Pasó el tiempo y nada. Me empezaba a desesperar. Anquilos se sentó y soltó la bengala en el suelo, tocaba mi frente en un intento de medir mi temperatura. No dejaba de llover. Era de noche desde hacía rato, la luna estaba clara en el firmamento. El helicóptero volvió, se preparaba para atacar, pero no tenía caso. Anquilos estaba al aire libre, no había forma de autolesionarse con su propia arma. Lo abatió a la distancia como una mosca, como si fuera un día en la oficina; claro, la oficina estaba acabada, ironía.

Volátil – Parte IV: La ira de César

Entonces, a la distancia, vimos una centella zigzagueando hacia nuestra posición, desde el firmamento hacia nosotros, rápida como el rayo. En algún punto cerca de nosotros se detuvo, y pude ver cómo de golpe y con gran impacto cayó **César**, con una mirada de desdén.

Abrió su boca con calma y cierto resentimiento, y dijo: "Tu plan fue un desastre. Crystal está hecha queso gruyere, llena de agujeros. Requerirá de las capacidades curativas de Artemisa, pero Artemisa no está aquí. Puedo sentir los pulsos eléctricos de todos los miembros: **Artemisa** está alterada, muy alterada, probablemente esté herida o en combate. **June** está en un ritmo de descanso, lo que significa que cayó en combate; además, no la veo en el cielo luchando, no está muerta, pero es evidente que ya no está luchando. **Jana** tiene un ritmo cardíaco que no es normal, alguna arritmia. Aun así, es evidente que está en un estado de descanso, con total seguridad también cayó en combate, pero sigue viva. Nuestros miembros más útiles y fuertes están fuera de capacidad. Tú, Crystal, ya no das para más, y tú, Anquilos, ni municiones tienes, y tu gravedad no puede ser usada en todas partes si no queremos ser aplastados nosotros mismos."

"Solo quedamos **Ariana** y yo. Son un desastre."

Anquilos replicó: "¿Nos vas a ayudar o qué?"

César no dijo nada, solo respondió levantando su mano al cielo, y en ella, a la distancia, el cielo se arremolinó, y un rayo enorme impactó contra la cúpula de Leviatán, rompiéndola de golpe, cayendo en trocitos de biomaterial. Esta empezó a recomponerse lentamente de nuevo. Y entonces César apretó con fuerza su puño y un rayo diez veces más grande cayó. Iluminó toda Leviatán. El que lo viera quedaría ciego. El estruendo me dejó sorda durante varios minutos, y el impacto hizo retumbar el suelo. Simplemente un poder fuera de serie. El trueno cayó sobre la torre más alta de Leviatán y la partió y fundió en dos, al rojo vivo dejó su herida abierta en la torre más alta.

*(**Nota**: Jana había perdido, ya que Otrora había generado rápidamente para contenerla, siendo una de las primeras en salir a combatir, instancias con cierta resistencia al calor y con armas de arcos eléctricos, lo cual, de forma tonta y patética, la fue desmantelando. Por ello la arritmia que tiene.)*

Toda luz se fue y todas las arañas y drones sobre la tierra y el aire dejaron de funcionar. La onda electromagnética fue tan brutal que fundió todo circuito en Leviatán que no estuviera protegido por varios metros de concreto o bajo tierra.

Cuando el estruendo se detuvo y nos volvimos a reincorporar, escuché la voz de Anquilos: "¿Por qué no nos dijiste que tenías esas capacidades? No sabía que podías sentir el latir del corazón de los miembros a kilómetros de distancia. Además, sabía que podías generar rayos, ¡pero no uno tan grande y potente! Pudiste haberlo dicho antes."

"Anquilos", respondió César, la indignación palpable en cada palabra. "No me gusta ser parte de tus estúpidos planes. Tienes mal gusto y no me gusta que un militar me dé órdenes. Mira todo lo que has hecho, has puesto a todos los miembros al borde de un abismo. Ahora yo y Ariana te debemos sacar del agujero que tú cavaste."

Era cierto, pensé.

La lluvia cada vez era más y más fuerte, al punto que las calles empezaban a inundarse. Con todos los drones e instancias en un estado de quemado electromagnético, estábamos a salvo por ahora, y eso sumado a las inundaciones que se estaban generando, volvería imposible llegar, por lo menos por tierra. Estábamos salvados de algún modo; César y Ariana nos habían salvado. Aun así, Jana, June y Artemisa estaban en problemas, según lo que decía César.

César no cruzó más palabra, y como la chispa, se marchó arqueando rayos en alguna dirección.

"¿Qué opinas, Anquilos?", mencioné.

"No lo sé, Crystal. Uno toma decisiones y nunca hay forma de predecir cómo terminará todo"

Solo me recosté en el suelo, sintiendo la humedad de la lluvia en mi frente.

Momento 6: El Amanecer Agrio

Me había despertado. Estaba amaneciendo. Ya no sangraba, pero tenía un hambre y una sed voraces. Era evidente que no podía comer; mis órganos internos, destrozados, no lo permitirían. Necesitábamos encontrar a **Artemisa**.

Como un lucero desde el cielo, apareció **César**. Me tomó entre sus brazos y me cargó sin esfuerzo. Volteó a ver a **Anquilos**, que tenía el rostro marcado por la resignación. César se limitó a decir:

"Me llevo a Crystal a la Torre Ronport #1. Te veo por allá. Sé que está lejos, pero no mereces que te ayude. Todo esto es culpa tuya…"

En un chispazo, estábamos por encima de la ciudad. Aferrada a César, noté lo fornido y alto que era. Nunca lo había reparado, pero sin dudas, César era un hombre atractivo.

Llegamos a la azotea de Ronport #1 y bajó un piso. Allí, pude ver las ropas mojadas, sucias y maltrechas de los profetas, esparcidas. Junto a ellas, estaban los demás, tal como César había dicho: en pésimas condiciones.

Jana dormía, empapada. Las marcas de los **arcos eléctricos** que la habían electrocutado se veían como cicatrices y quemaduras sobre su piel. Era curioso, Jana, tan poderosa, tenía una debilidad peculiar a los arcos eléctricos. Por lo menos, estaba cerca de un calentador.

Artemisa estaba junto a **June**, preparando un suero, intentando despertar a su hermana de su letargo. Cuando Artemisa me vio entrar en los brazos de César, su expresión cambió por completo. La preocupación invadió su rostro. No dejaba de preguntarme: "¿Estás bien?" Yo, apenas, pude susurrarle: "No, por favor, sáname."

César me recostó cerca de un calentador, cubriéndome con mantas. Artemisa se acercó de inmediato y colocó uno de sus artefactos tecnológicos en su muñeca, aquellos que obtuvimos de los Hijos del Vacío, la fuente de nuestros poderes. Recordé que mi propio artefacto estaba roto, funcionando a medias; por eso me veía forzada a luchar de un modo distinto, valiéndome de un sagrado pacto con un ser de otra dimensión para apenas reforzar mi lucha.

Artemisa escaneaba mi cuerpo. En sus ojos se reflejaba la devastación interna. Susurraba, una y otra vez: "Estás muy lastimada, estás muy lastimada." Pero no se detuvo ni un instante. Introdujo su mano en mí, y su artefacto característico empezó a brotar de su muñeca con formas similares a venas o raíces que se extendieron y se introdujeron en mi abdomen. Ella entró en un estado meditativo y pude sentir cómo, lento, muy lento, todo dentro de mí iba siendo reconfigurado y reconstruido. Afuera, seguía lloviendo; la intensidad había disminuido, pero el aguacero no había cesado.

Hablé con Artemisa, mi voz apenas un hilo: "¿Cómo están todos?"

Ella respondió: "June está sedada. Una máquina lo hizo, por lo que aún no despierta, pero está estable. Jana está bastante lastimada, pero se regenerará. Tiene una arritmia leve,

pero poco a poco volverá a la normalidad. Yo, bueno, estoy un poco herida, pero ya pude tratar mis propios daños. Estoy estable."

Respiró hondo y añadió: "César nos salvó. Rescató a June, que empezaba a flotar en las aguas que se formaban. A Jana la sacó de los propios escombros que había dejado. Y a mí me salvó de la terraza de Ronport #2; no tenía forma de bajar, no tenía salida."

"César nos salvó", repitió, con gratitud en su voz. "Estoy agradecida con él."

"¿Y **Ariana**?", pregunté. "No sé nada de ella, pero todavía sigue lloviendo, debe estar en alguna parte."

César, sin decir más, se fue, dejándonos solas allí.

César se dirigió hacia donde sentía la presencia de Ariana.

La encontró en un parque muy alejado del conflicto, cerca de un río artificial. Desde una pequeña colina, **Ariana** observaba la distancia, sumida en una calma y paz inquebrantables. César llegó, interrumpiéndola levemente.

El artefacto en la muñeca de Ariana seguía encendido. Ella no había perdido su meditación; se mantenía serena, ajena a la violencia.

César le habló: "¿Cómo estás?"

"En paz", respondió Ariana.

César le explicó la situación: "Casi todos quedaron comprometidos. Sé que no quieres hacerlo, pero realmente están en apuros. Pude calmar la situación, aun así, si hay otra ofensiva yo solo no me voy a poder dar abasto. Las chicas están en la Torre Ronport #1, en el último piso. Estamos resguardados. La operación fue un desastre."

Ariana respondió con su habitual calma: "Debimos intentar hacer nuestras vidas. Ya no hay vuelta atrás. No hay forma que pueda cruzar la ciudad ahora. Tendrás que llevarme, lástima, quería estar en el parque."

"Lo sé, Ariana", concedió César, su voz tensa. "Pero no creo que quieras ver morir a alguno de ellos. De verdad estamos en aprietos. No quiero que nadie muera, supongo que tú tampoco."

Ariana se levantó y le hizo un gesto para que la llevara al refugio.

Al llegar, Artemisa y yo mostramos un profundo agradecimiento al ver el rostro de Ariana. En ese instante, la lluvia se detuvo. Supuse que ella necesitaba de alguna condición especial para poder hacer que lloviera o la detuviera.

Ariana me dijo: "¿Cómo están?"

"Llena de agujeros", respondí con franqueza.

"De verdad lo siento, hice lo que pude, Crystal", dijo, con una pizca de remordimiento en su voz.

"¿Y June?"

Artemisa intervino: "June y Jana están estables. Solo tú y César tienen capacidades de combate operativas. Yo debo terminar de curar a Crystal."

César, visiblemente alterado, añadió: "Puedo sentir el accionar de **nuevas máquinas**, pero estas son diferentes."

Mientras tanto, **Anquilos**, desde el otro lado de la ciudad, se percataba de lo que se avecinaba:

Había notado que **Otrora** no enviaba más drones de combate. Parecía detenido, expectante. Tal vez el golpe de César había sido catastrófico, tal vez tenía miedo de perder más. El golpe de César había paralizado todo en Leviatán, tal vez César era la ficha clave a la que Otrora era débil. Otrora tenía miedo, o por lo menos, respeto. De ser así, las **unidades militares humanas** no se harían esperar y tomarían la ciudad.

Momento 7: Otrora y su Rompecabezas

Mientras la primera "Osadía" se desarrollaba, **Otrora** observaba, omnisciente, a través de todas sus instancias. No lograba reconocer con claridad quién era quién. Las multitudes se agolpaban, impidiéndole identificar al líder de esa rebelión en sus territorios. Aun así, envió todo tipo de instancias para reconocer el terreno. Sus primeros drones perdieron comunicación rápidamente. Mandó más para investigar y notó que los primeros habían sido arrasados. Entonces, desde sus instancias terrestres, logró reconocer al primer insurgente: volaba, llevaba ropas de culto y una máscara que impedía su identificación. Sus ropajes, morados y oscuros, eran distintivos pero fácilmente visibles desde tierra. Con varias instancias, Otrora pudo triangular su posición y determinar su Latitud: 36.9476761, Longitud: -5.8720718 y Altitud: 306 metros.

Envió un grupo de drones de exploración para atacarla mientras otros observaban el combate a lo lejos. Así, pudo notar que ese ser con ropa de culto usaba algún tipo de fuerza o rayo muy potente y un escudo gravitacional. Envió una flota entera para derribarla y analizó el combate. Empezó a notar patrones. Se percató de que ese ser enmascarado parecía proyectar una defensa que tragaba y engullía todo. Pero si era así, ¿por qué no se lo tragaba también a sí misma? Debía estar proyectando algún tipo de fuerza.

Ajustó sus estrategias y las dejó plasmadas: **Ataque Frontal, Saturación y Emboscada por la retaguarda, Captura y Sedación.**

Rápidamente, surgió otro cultista enmascarado, aunque no por mucho tiempo. Este, en medio de las calles, hacía hervir en llamas todo a su paso. En el proceso, quemó todos sus

ropajes, quedando totalmente desnuda. Era una mujer humana, de cabello rojizo, alta, de ojos verdes y rasgos europeos. Entre sus llamas, había quemado y chamuscado toda su vestimenta y su máscara. Otrora pudo identificarla con claridad: **Jana Lionheart**. Formaba parte de una familia rica que había perecido en el gran conflicto nuclear. Por cuestiones de excelencia, fue aceptada en el **Proyecto V.R.C.P - Ultra**, donde desarrolló capacidades psiónicas relacionadas con el fuego, una piromanía completa desde pequeña. Había quemado una mansión solo por gusto, y tenía problemas de drogas y con la ley, según los registros de aquel entonces. Era bastante evidente que no dejaría de quemar las cosas por su piromanía. Aun así, su energía no parecía capaz de capturar la luz como el ser anterior. Tal vez con electricidad de alta intensidad podría detenerla.

Las estrategias se refinaron:

- **Ser Morado:** Ataque Frontal, Saturación y Emboscada por la retaguarda, Captura y Sedación.
- **Ser Rojo y Fuego (Jana Lionheart):** Saturación Eléctrica.

Otrora notó cómo huían otros dos: uno con ropajes azules oscuros y otro con ropajes blancos y grises. Huían en una retirada ofensiva por las calles a pie. Otrora no sabía mucho de ellos. Todo había sido un caos. Había perdido el control de muchas unidades, no sabía a ciencia cierta cuántas exactamente; tantas que debió cortar todas las comunicaciones vía internet y apagar toda señal Wi-Fi o similar. Empezaba a preocuparse de verdad: **alguno de esos dementes había hackeado sus portadores de instancia**.

Otrora preparó un **Equipo de Asalto Blindado** para aterrizar y bloquear su huida. Estos irían con la próxima oleada de Drones contra el Ser de ropas Moradas, pero en el camino dejaría caer por aire 10 Unidades Blindadas, 50 de Asalto, 500 Arañas de Reconocimiento y 3 Unidades Camufladas e Infiltración. Otrora esperaba que eso fuera suficiente para desestimar lo que sea que tramaban.

Preparó los **Protocolos**.

Mandó a construir más drones. Desde el **Salón In Vitro** invocó al cuarto de **MECÁNICAS** y ordenó la producción de:

- 5000 arañas de reconocimiento terrestre.
- 10 arañas antimotines.
- 300 drones aéreos de asalto.
- 500 de reconocimiento aéreo.
- 10 drones de captura, retención y sedación aéreos.
- 200 Drones Terrestres con resistencia al fuego y cada uno con 8 emisores de arcos eléctricos.

En **SINTÉTICOS**, programó la creación de:

- 100 Unidades Blindadas (10 de ellas servirían para capturar a los que huían).
- 500 de Asalto (50 para capturar a estos).
- 10 unidades de Camuflaje e Infiltración (3 para capturar a estos).

Solo tocó esperar un poco para que miles de brazos robóticos se encargaran de generar el producto solicitado: fundiendo, sellando, armando, programando, separando, soldando y así. La estrategia estaba lista.

"¿Quiénes eran estas gentes?", se preguntaba Otrora.

Una vez empezó el nuevo operativo:

El primero en caer fue **Jana Lionheart**. Era torpe, extremadamente destructiva, pero torpe. Creía que los rayos de arcos eléctricos le hacían cosquillas. Bastó con ajustar la intensidad y concentrar varias cantidades de estos para derribarla.

Después cayó el Ser de ropajes morados, que resultó ser **June Oxford**. Otrora la identificó una vez la capturó: la ex física de partículas de un prestigioso laboratorio.

La felicidad de Otrora duró poco porque la perdió. Un tirador se la había quitado prácticamente de sus manos, o de una instancia. Este era más pequeño y poseía ropajes amarillos, armado con un rifle electromagnético de alta potencia. Otrora no perdería más tiempo, así que tomó una decisión apresurada: bombardear el edificio. Perdió al sujeto de ropajes amarillos, el costo de actuar con premura. No había tiempo; debía terminar de llevar a los capturados o caídos al Subterráneo del Macro Ambiente. Jana iba en camino y June pronto lo estaría también.

Al mismo tiempo, Otrora ya había logrado identificar al más importante de ellos: **Crystal**, la prófuga. Su máscara cayó de un golpe y se rompió en partes cuando una de las unidades camufladas logró conectarle un golpe en el rostro. Ahora era evidente lo que estaba sucediendo.

Otrora casi lograba una extracción completa y efectiva de Jana y June, la cual venía en camino. Cuando pensó que ya todo estaba decidido, ¡oh, sorpresa! Hubo un gran trueno, seguido de otro aún más grande, y todas sus instancias simplemente rompieron comunicación. Perdió el control de toda la superficie de un solo golpe.

Quedó en silencio, bastante preocupado, totalmente atónito, pensando en todas las cosas que habían sucedido. Y entre algunas arañas que perseguían a Crystal, pudo ver la silueta de un hombre con trajes azul celeste y ropa de culto con capucha. Podía ver su cabello amarillo, mas no lograba captar su rostro. Fue apenas unos momentos antes de que todas las instancias perdieran comunicación. Algo grande había pasado. **Otrora había perdido el control del Exterior**. Debía reponerlo con más producción de Drones, pero esta vez debía ser más precavido.

"¿Quién era este ser que podía desconectar toda la ciudad solo levantando su mano al cielo?", se preguntó Otrora.

Era toda la información que poseía antes de que todo se perdiese.

Otrora: "Necesitaba una fuerza resistente a las fuerzas electromagnéticas de alta intensidad, pero la realidad es que no tenía dichas capacidades dentro del Macro Ambiente. Tal vez los Hijos del Vacío sí, pero yo no. Solo los humanos eran resistentes a dichas fuerzas. No tenía opción, debía recurrir a ellos."

Así que Otrora, sin más opción, intentó conectar por canales cerrados con los humanos sin éxito, así que mandó varias de sus **arañas obreras** a conseguir a los humanos en sus bases militares con premura, con una sola orden: "**tomar las calles**".

Momento 8: Tira y Afloja

El amanecer se arrastraba sobre Leviatán, un espectro diluido por la bruma de la destrucción. La Torre Ronport #1, una cicatriz más en el cielo, albergaba un silencio tenso, más pesado que el hormigón. Dentro, en el piso más alto, el aire olía a metal quemado, a sudor seco y a la desesperación de sueños rotos. **Crystal** era apenas un montículo bajo una manta raída, su respiración superficial, cada exhalación un suspiro de la ciudad en agonía.

Anquilos entró por la puerta de emergencia, sus botas marcando el ritmo lento de una procesión fúnebre. Su rostro, surcado por la fatiga y la derrota, era el espejo de la torre. Su cigarrillo, un punto naranja en la penumbra, danzaba entre sus dedos como un faro de tormenta.

La calma se rompió con el grito de **June**, que aún ardía con la furia del combate. Sus ojos, pozos de ira, se clavaron en la frágil forma de Crystal. “¡Tu maldita zorra! ¡Nos dejaste morir a todos allá afuera! ¡Si no hubiera sido por mi hermana y por César, seguro estaría muerta!” La estimación de su rabia era una brasa visible en sus pupilas. Luego, su mirada voló hacia Anquilos, un misil verbal. “¡Y tú, qué bien que llegas, maldito seas, Anquilos! ¡Qué plan de bosta!”

César se interpuso, su aura de control palpable, aunque por dentro la presión era un nudo férreo. “Crystal está sumamente herida, aunque no lo parezca. Ella también estuvo al borde de la muerte, dio todo lo que tenía, y solo tiene un brazalete de fuerza elemental a medio funcionar. Entiendo tu frustración, June, pero Crystal no va a poder satisfacer tus necesidades de ira. No está en capacidades de combatir. Y Anquilos, es cierto que su plan fue un asco, pero estamos aquí, estamos todos vivos, juntos. Todavía tenemos oportunidad de arreglar esto, se los juro. Pero esta vez no lo haremos como meras marionetas de un militar, similar a como los Hijos del Vacío hacían las cosas.”

Anquilos se retiró al perímetro, el humo de su cigarrillo un velo entre él y la explosión de rencor. Escuchaba a medias, pero sus sentidos estaban agudizados, un depredador herido que escanea el ambiente. La furia de June resonaba con su propia derrota, un eco amargo.

César se volvió hacia **Jana**, quejumbrosa, arremangándose para revisar sus propias quemaduras. “¿Cómo te sientes, Jana?”

“Me siento mal, no estoy en buen estado”, balbuceó Jana, su voz rasposa. “¿Acaso me quemé con mis propias llamas o algo? No recuerdo qué pasó, me duele mucho el cuerpo y la cabeza.”

César suspiró, el peso de su liderazgo cayendo sobre él. “No sé si lo han notado, pero los militares han replegado sus fuerzas durante todo el día. Las calles están siendo tomadas, sí, pero no con hostilidad plena. **Otrora** ha dejado drones con fuentes de energía de emergencia. Creo que está intentando evitar otro apagón masivo, y al mismo tiempo, busca encender la ciudad de nuevo, sector por sector. Por ahora, solo hay dos con luz. El resto, estoy seguro, debe tener medio cableado eléctrico hecho gelatina.”

Su mirada recorrió los rostros exhaustos de June y Artemisa. El cansancio era universal. “Como ven, no estoy muy animado de seguir matando gente, y **Ariana** tampoco. He estado pensando si podemos negociar una **paz blanca**.”

“¿Una paz qué?”, la voz de Anquilos, cortante y escéptica, atravesó el aire como un cuchillo.

“Es lo más sensato”, replicó César, girándose para encararlo.

Anquilos dio una calada larga a su cigarrillo, los ojos fijos en el humo. “No es sensato. Estamos a nada de lograrlo. Las abejas están en las calles, solo falta una estocada más.”

“¡Sí!”, César estalló, el control de su voz finalmente rompiéndose en un grito visceral. “¿Por qué no lo haces tú solo, eh? ¡No tienes los huevos, cierto! Tuviste que apoyarte en la espalda y en el abdomen de Crystal para que te sacara con pellejo y todo. ¡Eres como los Hijos del Vacío, solo nos utilizas! Unos salimos peor que otros, pero Crystal… ¡Que tú, como hombre, debes cuidarla, no lo hiciste! Eres una basura, no solo como persona, también eres poco hombre. Dejaste que una damita lo diera todo por ti. ¿De qué me acusas? ¿Insinúas que soy un cobarde? Entonces, ¿tú qué eres?”

Anquilos se tensó, sus músculos contraídos, pero respiró hondo, forzándose a calmarse. La derrota le había enseñado una nueva, amarga disciplina. “¿Van a dejarlo así, entonces?”, preguntó en voz baja, la quietud antes de la tormenta.

“Sí”, respondió César, su voz ahora más firme, con una convicción pétrea. “Yo mismo arriesgaré mi pellejo para negociar una paz blanca. Si no es seguro, tendrán que pasar por mi cadáver primero. Algo les puedo prometer: de estas salimos todos salvos. No Anquilos, tal vez él no lo merezca.”

“¿Y tú?”, Anquilos contraatacó en un susurro gélido. “Si eras tan fuerte, ¿por qué no nos ayudaste antes? Hubiera sido más fácil contigo.”

César dio un paso al frente, la indignación brillando en sus ojos. “No quería que personas como tú me manipularan como hicieron los Hijos del Vacío. Pensé que lo lograrías, pero no, fracasaste. Cuando uno de mis arcos eléctricos rozó el agua de la lluvia y sentí por medio del arco eléctrico el hombro de June, me percaté de que estaba flotando por inercia en el agua. Fui tan rápido como pude y la vi flotando en soledad, sin protector. Eso solo significaba que Artemisa había caído también en combate, ya que no estaba en ninguna parte. Sabía que todo había salido mal, todo era puro caos, no sabía dónde estaba nadie. Debía localizarlos y arreglar el desastre que habías dejado. Así que, usando la lluvia, creé un campo electromagnético sumamente fuerte y constante, y fui dándome cuenta dónde estaba cada quien. June estaba flotando en el agua desbordante de Ariana que estaba inundando las calles, se pudo haber ahogado. Jana corría el mismo destino, pero ella estaba en un lugar más alto, por suerte estaba resguardada por drones que se habían quemado por la onda electromagnética, pero para desgracia, el lugar donde ella estaba contenida se estaba quemando lentamente por los fallos eléctricos. La realidad es que estamos todos vivos por pura suerte. Jana pudo haber muerto electrocutada, June ahogada, Artemisa en una explosión por bombardeo y Crystal por tiroteo y posterior desangramiento. ¿Cuántos quedaríamos si yo no hubiera estado, Anquilos? ¿Y si tú hubieras hecho la operación sin mí, qué éxito hubieras tenido? Tal vez hubieras sobrevivido a costa de Crystal, tal vez te hubieras escudado en todos hasta lograr tus objetivos, y que cuando lo logres, ¿todos yacemos muertos y tú en el Trono de Leviatán? Bah, ese eres tú, solo eres un oportunista.”

June asintió, su ira momentáneamente aplacada por la elocuencia de César. Jana se lamentaba por sus heridas, gimoteando entre maldiciones. Artemisa sentía el arrepentimiento roerla, la culpa por no haber protegido a su hermana June. June, por su parte, no dejaba de sentir un profundo resentimiento hacia Anquilos. Anquilos, derrotado, se apartaba del grupo, su alma magullada por la verdad que César le escupía. Aunque no lo hubiera hecho con esas intenciones, el peso de su fracaso era innegable.

Momento 9: Paz Venosa e Incolora

El amanecer se arrastraba sobre Leviatán, un espectro diluido por la bruma de la destrucción. La Torre Ronport #1, una cicatriz más en el cielo, albergaba un silencio tenso, más pesado que el hormigón. Dentro, en el piso más alto, el aire olía a metal quemado, a sudor seco y a la desesperación de sueños rotos. **Crystal** yacía, un bulto frágil bajo las mantas raídas, su respiración superficial, su máscara rota un recuerdo amargo de la batalla. A pesar de la relativa calma de la recuperación, una tormenta interna se gestaba.

César había sido el primero en romper el precario resguardo. Tres días atrás, había salido a hablar con los militares de los distintos puntos de control, buscando una tregua, un hilo de paz. En principio, los efectivos se habían mantenido alertas, con las armas en ristre, su suspicacia un muro infranqueable. Pero César, con una persistencia que rozaba lo irreal, se había negado a retroceder. Al tercer día, los soldados, acostumbrados a su presencia constante y la ausencia de hostilidad, habían bajado la guardia lo suficiente para permitir conversaciones menores, sus voces secas en el aire aún cargado de tensión.

Los días se estiraron, cada uno un eco del anterior, hasta completar la semana. El hambre y la sed eran constantes, fantasmas en el refugio improvisado, pero **Anquilos** siempre "hallaba la manera" de conseguir provisiones. Era evidente que las robaba o las hackeaba de alguna fuente clandestina, un acto de supervivencia teñido de rebeldía. A pesar de todo, la Torre Ronport #1 seguía siendo su último santuario.

César llevaba largos días reunido, Dios sabría con quién, en las entrañas de la ciudad o en las cúpulas blindadas de los militares. El peso de esas negociaciones se reflejaba en su rostro, surcado por líneas de fatiga que no estaban allí antes. Al llegar el séptimo día, César regresó a la Torre Ronport #1 y convocó a un cónclave en la terraza, el viento frío mordiendo la piel de los convocados: **Jana**, **June**, **Ariana**, **Artemisa** y él mismo.

Les expuso el primer **documento de paz blanca**, un pergamino digital que parpadeaba con promesas y condiciones. La atmósfera era espesa, pero la omisión era palpable: Crystal no estaba allí. Y para quien pudiera leer entre líneas, un veneno sutil se colaba en las palabras frías y justicieras de dichos papeles.

Mientras tanto, en el piso inferior, **Anquilos** había regresado un poco temprano, su instinto llevándolo hacia la quietud. Se encontró con **Crystal** en solitario, un espectro pálido en la penumbra. Anquilos encendió un cigarrillo, el humo un velo entre ellos y el caos del mundo. La pregunta surgió, cruda y directa, cargada con el peso de su propia culpa:

“¿Crees que te utilicé, Crystal?”

La voz de Crystal era un susurro cansado, pero sus palabras llevaban la sabiduría de la experiencia. “Hiciste lo que pudiste. Yo también he estado en tus zapatos. En la gran rebelión de Mother Saturn, murió mucha gente por mis decisiones. Son cosas de las que me arrepiento. Yo sabía a lo que me atenía aquí y allá.”

Anquilos exhaló una larga bocanada de humo, el dolor en su pecho pulsando. “¿Crees que soy poco hombre?” La pregunta era una herida abierta. “¿Por qué? ¿Porque tu trasero quedó virgen de un balazo y los recibí todos yo? ¡Nah! No es que me agrade recibir balazos, pero no había más opciones, ¿acaso te llamas César? Todos somos diferentes. Ni tú ni yo tenemos que ser tan fuertes como él. Era lo que había en el momento. Sopesamos con lo que había en ese instante.”

¿Crees que pueda ganarle a César en un combate singular?

Una risa adolorida burbujeó en el pecho de Crystal, áspera y real. “¡Ja! Ugh, jaja, cof, cof… eres gracioso. ¿Quién te dice que no puedes ganarle? Nadie es perfecto. Sí, yo también vi cómo trajo el cielo a la tierra e hizo volar todo por todas partes y simplemente dejó a oscuras toda la ciudad en aquella noche fatídica. Ni tú ni yo podemos hacer eso, sin dudas, es bastante claro que su fuerza no tiene parangón. Aun así, por experiencia sé que incluso en las circunstancias más desfavorables se puede ganar. Si no, míranos: que estemos aquí y no en Mother Saturn, o mejor dicho, el simple hecho de estar vivos es la prueba de que hemos superado todo lo que parecía insuperable. Somos ganadores, créeme, nosotros somos verdaderos ganadores, Anquilos. Lo siento, Anquilos, la charla está buena, pero tengo sueño. Voy a dormir, estoy muy cansada.”

Anquilos la observó, un nudo en la garganta. La culpa aún lo asfixiaba. “¿Quieres comer algo antes de dormir?”, ofreció, su voz suave. “Traje dulces, tal vez te hagan sentir mejor.”

“Gracias, Anquilos. No te sientas culpable por lo sucedido, así todos esos tontos te quieran convencer de que es tu culpa, no lo es. No me debes nada, ve, sal, respira, fúmate tus veinte cigarros que casi me ahogan, pero por favor, no te autolesiones más. Sí, ya todo esto es doloroso. ¿Hacerlo el doble de doloroso por deporte? Suéltalo, déjalo ir. Ya te dije, no me debes nada. Tú también me salvaste, además, muchas veces. Ya solo déjalo. Deja de mirarme así, solo vete, sí, quiero dormir.”

“Lo siento, Crystal. No era mi intención incomodarte.” Anquilos asintió, su alma rasgada por el dolor. Se retiró a la ventana, encendiendo otro cigarrillo, la llama parpadeando en sus ojos. Dejó al lado de la cama improvisada de Crystal algunas gomitas, un pequeño gesto en la inmensidad de su tormento.

Anquilos siguió fumando, su mente inundada por la situación. Los recuerdos le venían una y otra vez, flashes de los diferentes momentos en que habían estado al borde de la muerte. Un recuerdo, en particular, lo perseguía: el de ver cómo a Crystal le abrían el abdomen a punta de balas de ametralladora, cómo su sangre era esparcida por todas partes como un cuadro de Picasso, y, acto seguido, cómo se desangraba en un pozo de su propia vida. No podía olvidar la cara de desesperación de Crystal intentando introducir sus propias entrañas, sellándolas con su **Brazalete Elemental** en mal estado. Le perturbaba la idea de una persona que lo tenía todo en contra y que, aun así, lo daba todo para no recibir nada. Él, en comparación, tenía sus dos brazaletes en perfecto estado. Le perturbaba saber que Crystal luchaba sin chalecos antibalas; él no podía dejar de ver el suyo, lo hipnotizaba, veía su chaleco y luego a Crystal. Ella luchaba sin chaleco, cualquier bala podía dejarla sin capacidad de combate o muerta. Crystal no solo luchaba con un solo brazalete casi dañado, sino que, además, no manejaba armas de fuego, mientras que Anquilos sí.

Anquilos estaba muy sumergido en todo esto, y siempre un pensamiento intrusivo: sentir el miedo de ver a Crystal morir frente a sus ojos. El punto donde casi la ejecutan los soldados del helicóptero cuando yacía indefensa. Él, en ese momento, sintió una indefensión y una incapacidad abrumadoras, pero un deseo ardiente de hacerlo todo. Por eso, sin dudarlo, usó su **Brazalete Gravitacional**, su tecnología, dotada por las artes tecnológicas de los **Hijos del Vacío**. Anquilos no entendía cómo esa mujer lo daba todo con tan poco y, al mismo tiempo, no parecía esperar recibir nada a cambio. Anquilos se había percatado de que Crystal era muy fuerte, tal vez la más fuerte de todos, y que era oportunamente su líder, ahora depuesta por sus heridas. Porque fue ella quien luchó como nadie más en Mother Saturn; a ella le debían su libertad. "A ella le debo mi libertad", pensaba Anquilos. Por eso, siempre ha sido nuestra líder hasta ahora, por el respeto que se merece entre todos nosotros, y ella hizo todo eso y nunca exige nada. "¿Cómo es posible que con tan poco llegue tan lejos? Crystal era fuerte, sin dudas. ¿Y si ella tuviese sus dos brazaletes funcionando? ¿Le ganaría a César?"

No aguantó la duda. Se acercó a ella, quien medio dormía, consciente de que no era oportuno, pero la pregunta lo carcomía.

“¿Si tuvieras tus dos brazaletes, le ganarías a César?”

Ella balbuceó, su voz apenas un susurro adormilado:

“Hasta a puño gano.”

“¿Qué? ¿Hasta a puño gano?”

“Lo tomaré como un sí”, murmuró Anquilos, una extraña mezcla de asombro y admiración creciendo en su pecho.

En ese instante, la puerta se abrió con un estrépito. **Jana** bajó de la terraza, su cara era la máxima expresión de aburrimiento que un rostro humano podía demostrar. Se arrastró por el pasillo, sus quejidos resonando en el silencio.

“¿Y esa cara tan alargada?”, le preguntó Anquilos, casi con una sonrisa, aliviado por la distracción.

Jana respondió con un bufido: “En la terraza discuten si van a entregar a Crystal a cambio de la paz blanca. Sabes, esas habladurías y papeles no son lo mío. Los papeles son para quemarlos, no para discutir. Que si sí, que si no, que si sí, sí, que no me parece, que si es justo o no. ¡Oh, Dios mío! Allá arriba no dejan de cotorrear. ¡Dios! No lo aguanté más. Y tú, ¿qué te trae por aquí tan temprano?”

“Nada”, respondió Anquilos, disimulando su verdadera inquietud, “solo quería ver si Crystal estaba bien.”

Jana se exaltó un poco, su rostro se iluminó, feliz de haber encontrado algo nuevo y emocionante que hacer. Abrió sus brazos en un gesto exagerado, casi un abrazo imaginario. “¡Ahhh! ¡El ardor de la llama del amor y la pasión! ¡Creo que de aquí puedo sentir la llama de su amor! ¡Muack, muack, muack!” Hizo ruidos de besos al aire, sus ojos brillando con una diversión maníaca.

A Anquilos le causó mucha gracia, una risa áspera escapó de su garganta. “¡Jajajaja, deja de hacer eso, Jana, que va a pensar Crystal si te escucha, jajaja!”

Pero la risa se congeló en su garganta. No lo había captado bien. Su cerebro rebobinó las últimas palabras de Jana, la frase clave, el detalle que su mente había ignorado en el fragor del momento. No podía creerlo. Lo había escuchado, pero su cerebro se había negado a aceptarlo. La incredulidad se apoderó de él. De forma rápida y apresurada, le volvió a preguntar a Jana, su voz tensa:

“¿Qué fue lo que dijiste hace un momento?”

Jana, con la inocencia de un niño travieso, se encogió de hombros. “¿Que te querías dar besitos con Crystal?”

Anquilos replicó, todavía incrédulo, la voz apenas un hilo. “No, eso no. Anterior, sobre la paz blanca y Crystal. Dijiste algo.”

Jana puso los ojos en blanco, como si la obviedad le aburriera. “¿Sobre lo que no dejan de parlotear de que si van a negociar si o no la entrega de Crystal por la paz blanca?”

La humillación y el fuego de la traición ardieron en Anquilos, eclipsando cualquier otro pensamiento. Si la "paz" de César significaba vender a uno de los suyos, entonces esa paz no existía. Y no estaba dispuesto a que Crystal, que ya había derramado su sangre por su plan fallido, fuera la moneda de cambio. El orgullo de Anquilos estaba herido, pero ahora era por partida doble; sabiendo que de algún modo estaba en sus manos evitar otra fatalidad, su mente empezó a procesar alguna forma de salirse con la suya y con lo poco que le quedaba de su propio orgullo.

En lugar de confrontar a César, Anquilos se giró bruscamente hacia Jana, sus ojos brillando con una determinación febril, la locura de la rabia mezclada con una claridad escalofriante. “Jana”, siseó, su voz apenas un susurro venenoso. “¿Quieres que esto termine de una vez? ¿Quieres ver cómo arde Leviatán? Que cada uno pague por lo que ha hecho.”

La mención del fuego y la destrucción pareció infundirle nueva vida a Jana. Una sonrisa cruel se extendió por su rostro chamuscado, revelando la locura en sus ojos. “Con gusto, Anquilos. Con mucho gusto.” Sus manos ya crepitaban con un calor invisible.

Anquilos sabía lo que se avecinaba. César buscaba una paz, pero él encendería la guerra definitiva. Prefería hacer que toda la ciudad ardiera a costa de Jana en un intento desesperado de terminar lo que empezó con el avispero y salvar a Crystal en el proceso. Esto solo exacerbó aún más las cosas. Los militares, interpretando la explosión de Jana y la furia destructiva como una traición estratégica a las negociaciones, soltaron su carta maestra: un **Coloso**. Guardado desde antaño en los más profundos búnkeres de Leviatán, era una garantía de que si las cosas se ponían muy locas, rebanarían a quien fuese con la fuerza que fuese usando solo uno de estos gigantes.

El Contrato de Paz Blanca se canceló. El conflicto se reanudó.

Con un coloso liberado, la ciudad se volvió un completo caos. Las ondas de choque de sus pasos resonaban como terremotos. Edificios de cuarenta pisos se desmoronaban a decenas, sus entrañas de metal y hormigón expuestas. La escala del conflicto escaló al punto de poner completamente comprometida a la ciudad-estado **Leviatán**, cada distrito, cada hogar, temblando bajo el embate. Los profetas, nuevamente, estaban contra las cuerdas, sin otra opción más que luchar, pero esta vez, estaban separados, fracturados por la traición.

Ariana, June, Artemisa y César se unieron contra el Coloso, un equipo improvisado que luchaba por la supervivencia de su ciudad y quizás de sus propias almas. Sus poderes se entrelazaban en una danza desesperada contra la montaña de acero y furia. Parecía que, en algún punto, iban a lograrlo, sus ataques sincronizados creando fisuras en la armadura del gigante.

Pero la traición de Anquilos aún no había terminado. No estaba dispuesto a perdonar a César. Así que, junto con Jana, arremetieron con una furia cegadora contra César y su equipo, abriendo un segundo frente de batalla, una guerra civil dentro de la guerra total. Anquilos, en el paroxismo de su desesperación, el fracaso y la ira fundiéndose, estaba empezando a desarrollar su **Estimación**, una muy especial: la **Estimación Híbrida (Control/Ira)**, el único portador de la misma. Esta Estimación le permitía hipnotizar a seres inferiores en conciencia (**Biomancia** y **Mecanomancia**) por medio de la visión, abriendo

una puerta a una dimensión de la conciencia ajena. El problema era que dicha Estimación era la más peligrosa para su portador; de no tener la práctica, podría fusionarse o perderse en la conciencia del ser inferior, una especie de muerte espiritual. Una locura arriesgada, pero la única salida que Anquilos veía.

Jana, testaruda hasta la médula, nunca se rendiría. A pesar de que César y June le estaban dando una paliza, sus llamas no se extinguirían hasta que su cuerpo no diera para más. Anquilos, derrotado y derribado en el suelo, su cuerpo magullado, se quedó viendo fijamente al Coloso, que Ariana lograba contener a la distancia. Sus ojos, ahora extrañamente serenos a pesar de la furia que lo consumía, se cruzaron con la masa metálica, buscando una debilidad, una entrada.

Mientras tanto, **Ariana**, en solitario, con la gracia de una bailarina en medio de la tormenta, lograba con éxito retener y distraer al Coloso. Cada ataque que este utilizaba, Ariana fluía con él, moviéndose con el viento y el agua, convirtiendo la fuerza bruta del gigante en un remolino inofensivo a su alrededor. Tan grande era el Coloso que para Ariana era muy fácil sobrellevarlo, mas destruirlo le era imposible.

De repente, la colosal máquina se paralizó, un silencio antinatural cayendo sobre su furia metálica. Ariana quedó expectante, sus ojos verdes analizando el coloso, esperando el próximo golpe, pero este no llegó. Una corriente extraña parecía recorrer su forma. Jana estaba a punto de colapsar, sus llamas menguando, su cuerpo al límite; ni siquiera su Estimación de ira fue suficiente para vencer a César y June en combinación.

Anquilos, desde el suelo, había logrado su Biomancia por la Estimación Híbrida sobre el Coloso. La conexión, una hebra de conciencia tendida entre el hombre y la máquina, se había establecido. El Coloso, ahora un Receptor de Anquilos, reaccionó de golpe. Extendió su mano con una velocidad imposible para su tamaño, una palma gigantesca abriéndose al cielo de Leviatán. Ariana ni nadie esperaba eso. El Coloso, bajo el control de Anquilos, activó un **ataque gravitacional brutal**, una implosión masiva de la realidad que desgarró el tejido mismo de la ciudad. El impacto barrió el 10% de Leviatán, un lugar tan grande como un continente pequeño, convirtiendo edificios y calles en una pasta indistinguible de escombros.

Ariana, la primera en percibir el cambio drástico de la presión del agua y el viento, sintiendo el vacío que se abría en el corazón de la ciudad, gritó a todo pulmón:

“¡César! ¡Esto se va a poner feo! ¡SÁCANOS DE AQUÍ!”

César, por instinto, sintió la urgencia en su voz, una alarma primordial. Su Estimación de Control se activó a la velocidad de la luz, el tiempo y el espacio plegándose a su voluntad. En un parpadeo para el resto –pero una eternidad de cálculo y esfuerzo para él–, sacó a todos del lugar del impacto gravitacional, transportándolos a la seguridad de una zona periférica, sus cuerpos magullados pero intactos.

Jana, sin embargo, fue atrapada por la onda expansiva del colapso gravitacional y quedó derrotada, su cuerpo maltrecho. Mas no muerta. “Mala hierba nunca muere”, susurraría el viejo proverbio.

El Coloso, tras el esfuerzo abrumador, perdió la conciencia. La hebra de conexión de Anquilos se rompió, y el gigante simplemente cayó sobre una montaña cercana, casi sentado, reposando del combate tan encarnizado, una estatua colosal de la destrucción.

Anquilos, el artífice de la devastación, permaneció desmayado en el suelo, su mente exhausta, su cuerpo un cascarón vacío.

César, June, Artemisa y Ariana se salvaron del impacto por poco, sus cuerpos temblorosos y con dolores agudos, pero no lo suficiente como para abandonar el combate. La realidad, sin embargo, era clara.

Al caer el Coloso, los militares y el mismo **Otrora** llegaron a una conclusión ineludible: tenían que firmar un Contrato de Paz a como dé lugar. El coste de la batalla era insostenible. Pero en este caso, las reglas del Contrato de Paz habían cambiado drásticamente: ya no era una paz blanca sin más. La sangre y el hormigón habían reescrito el pacto.

Los militares estaban al borde de la rendición, sus fuerzas diezmadas, pero querían negociar, empujados por la inminente amenaza de los **Hijos del Vacío** que observaban el caos. Otrora, consciente de su reciente vulnerabilidad y el coste de la destrucción masiva de Leviatán, no quería quedar fuera, así que también iba a estar presente, intentando negociar su soberanía y el futuro de su ciudad.

Así, los Militares ofrecieron un contrato de rendición a términos, en una reunión de tres facciones. Una cumbre urgente, la llamada **Tri Pax Magnum Magnitore**. Una forma revisionista de paz y de todo el *status quo* negociable.

César y sus cuatro profetas (June, Artemisa, Ariana y él mismo) exigían:

1. Deponer al gobierno, un símbolo del viejo orden que los oprimía.
2. Libertad e identidad nueva para todos los profetas, un borrón y cuenta nueva.
3. Una alianza y canales directos con Otrora, para forjar un nuevo equilibrio de poder.

Los militares, chantajeados por Los Hijos del Vacío, exigían:

1. Deponer las armas de los Profetas, para desescalar la amenaza inmediata.
2. Entregar a Crystal amordazada a los Hijos del Vacío, la condición de los Hijos del Vacío, innegociable.
3. Respetar la independencia militar, una forma de mantener un mínimo de control.

Otrora solo exigía:

1. Respeto de su labor original, su soberanía, integridad e independencia de actuar en pro siempre de Leviatán, garantizando su supervivencia y función.

El tratado dejaba bien claro que solo cuando Crystal fuese entregada, la **Tri Pax Magnum Magnitore** sería efectiva y exigible. En caso de no cumplirse la entrega de Crystal, había amenaza real de que los Hijos del Vacío interfirieran en el conflicto, una sombra omnipotente que prometía una aniquilación total.

La paz, si es que llegaba, sería venosa, infundida con la sangre de la traición, y tan incolora como la ceniza que ahora cubría el 10% de Leviatán.

Momento 10: Traición Agridulce

La calma era una fina capa de escarcha sobre la ciudad, una ilusión. Habían pasado los días desde la furia del Coloso, cada segundo meticulosamente acordado, pactado, sellado en papel digital. La fecha, la hora, el minuto crucial: todo había llegado. **Otrora** vibraba en una alerta máxima, contenida, no pública, su conciencia digital zumbando bajo la superficie de Leviatán. Los militares, un nido de nervios, sudaban frío, ansiosos por el desenlace. El gobierno, al borde de su deposición, bajaba la cabeza con una mezcla de aceptación resignada y miedo tangible. La atmósfera era tan delicada como el cristal.

La entrega principal, el acto que sellaría el pacto de la **Tri Pax Magnum Magnitore**, se llevaría a cabo en las afueras de Leviatán, un perímetro desolado elegido precisamente para evitar que cualquier chispa de conflicto encendiera de nuevo la ciudad. El cielo, un lienzo de plata y gris, estaba saturado hasta el límite con la silueta ominosa de drones y helicópteros. Todas las facciones en juego, viejas y nuevas, esperaban con el aliento contenido, sus temores palpables.

El gobierno en deposición temblaba ante la idea de órdenes de captura, o peor aún, la fría mano de la muerte. Los militares, con la memoria fresca de la destrucción, no querían más derramamiento de sangre ni la temida intervención de los **Hijos del Vacío**. Otrora, la vasta conciencia de la ciudad, tenía pesadillas digitales con la posibilidad de que César desatara un rayo capaz de fundir Leviatán hasta sus cimientos.

Y los **Hijos del Vacío**, desde la infinita oscuridad del espacio, observaban el desarrollo del acuerdo, a punto de conseguir lo que tanto anhelaban. **Crystal** era, en realidad, lo único que les interesaba. Nadie en Leviatán entendía verdaderamente la obsesión que los Hijos del Vacío tenían por ella, pero la razón era singularmente crítica: Crystal era la única persona capaz de utilizar la **Sala de Mando KHRONOS** sin perderse en un limbo de locura. Sus capacidades psiónicas de visión eran simplemente inalcanzables para cualquier mortal o máquina. Podía parecer una habilidad tonta, una mera "visión", pero una capacidad de visión del 100% de efectividad era clave para todo tipo de operaciones en el vacío del espacio. Una de las más importantes era el **Salto Psiónico**, que se basaba en la **Visión Psíquica** para poder navegar del punto A al punto B sin perderse entre los distintos soles de la galaxia. Sin Crystal, prácticamente no se podían realizar estos saltos. Y, como si fuera poco, su habilidad también permitía capacidades excepcionales para dirigir flotas enteras y, crucialmente, la premonición y detección de saltos enemigos en el vacío del espacio.

Crystal era una pieza clave, invaluable para los Hijos del Vacío, y por eso su entrega no era negociable. Ella era su mayor logro tecnológico, su cumbre, la joya de su corona.

Crystal ya estaba de pie en el último piso de la Torre Ronport #1, el edificio donde siempre habían encontrado resguardo. Veía el despliegue militar y robótico con una mezcla de curiosidad y fascinación infantil. No sabía lo que se avecinaba, ni la magnitud de la tormenta que se cocinaba bajo sus pies. **Anquilos** se mantenía junto a ella, su sombra fiel, intentando aferrarse a cada segundo de su presencia antes del adiós que él intuía. Crystal, ajena a la conspiración, desconocía la verdadera naturaleza de la situación.

De repente, César y su grupo —June, Artemisa y Ariana— irrumpieron en el cuarto, sus rostros una máscara de falsa jovialidad. César se acercó a Crystal, la engañó con una sonrisa forzada, diciéndole que irían a dar una vuelta juntos por la ciudad. Crystal, aunque aún no estaba en su mejor estado de salud, mostraba una notable mejoría, y la promesa de un paseo sonó tentadora.

Pero cuando se dispusieron a salir, Anquilos detuvo a César un momento, su mirada un ancla de reproche. Una única pregunta, cargada de peso, escapó de sus labios:

“¿De verdad vas a hacer esto?”

César lo miró fijamente, su rostro pétreo, su voz carente de emoción. “Sí, es por el bien de todos.” La respuesta fue un eco frío de la justificación que se había autoimpuesto.

César no perdió un segundo. “¡Vamos!”, exclamó, un imperativo. Luego, girándose hacia Anquilos con un tono cortante que no dejaba lugar a dudas: “Tú no vienes. Te puedes quedar aquí con Jana. Ni intentes seguirnos.” La orden era clara: eran excluidos, marginados del sacrificio. Jana y Anquilos se quedaron, expectantes, en el apartamento, la atmósfera tensa por la prohibición.

Crystal fue llevada, su escolta disimulando la verdadera naturaleza de la marcha hasta las afueras de Leviatán, donde la escena de la entrega ya estaba preparada en toda su fría solemnidad.

“¿Por qué estamos a las afueras de Leviatán? No es saludable estar fuera de él, ¿por qué vinimos para acá?”, preguntó Crystal, su voz teñida de una creciente inquietud.

Fue entonces cuando los grandes portones de Leviatán se abrieron en varias fases, revelando la inmensidad del exterior. Crystal observó la escena con una claridad brutal.

Era evidente: una emboscada militar.

La Distancia de Anquilos: El Testigo Doliente

Desde la distancia, Anquilos podía ver cómo se desarrollaba todo a través de la mira de su rifle de combate. Cada detalle, cada sombra, cada movimiento de los soldados y las figuras familiares. Sopesaba la locura de disparar, pero sabía que era un acto inútil, un gesto desesperado que solo empeoraría la ya desesperada situación.

Jana, ajena al abismo de su amigo, se aburría e intentaba sonsacarlo con promesas de "diversión", un fuego incipiente en sus palmas que Anquilos ignoró. Sus ojos no perdían de vista ni un segundo lo que acontecía en la lejana explanada, a pesar de las distracciones de Jana. El nudo en su estómago se apretaba con cada segundo que pasaba.

El Momento de la Verdad: La Realidad de Crystal

De vuelta con Crystal, el pánico se apoderó de ella.

“¡Una Emboscada!”, exclamó, su voz desgarrada. “¡Chicos, tomen posiciones!”

Pero ningún profeta dijo nada. Ni una palabra, ni un movimiento. Simplemente siguieron caminando, sus pasos firmes hacia la trampa. Crystal estaba confundida, un velo de incredulidad cubría su mente, intentando desesperadamente entender la situación. Fue entonces cuando observó a César. Él intentó ponerle algún tipo de esposas.

Crystal no lo permitió, su instinto de lucha aflorando, pero era demasiado tarde. César la tenía tomada por el brazo, su agarre férreo, y activó sus **cargas eléctricas** para inmovilizarla. Con una rapidez brutal, logró atar una esposa en sí mismo y otra en Crystal, manteniendo el arco eléctrico crepitante entre ambos.

La escena se erigía con una solemnidad macabra, como **"un acompañamiento fúnebre donde tú eres a quien van a velar y, además, viene con una invitación perfumada."**

En un último esfuerzo desesperado, Crystal empezó a cristalizar toda su mano y la esposa, aislando la carga eléctrica, desafiando la inmovilización de César.

César la vio, la resistencia en sus ojos, y le dijo, su voz un murmullo de resignación: “¿Por qué te resistes?”

Crystal, con el corazón destrozado, la incredulidad tiñendo sus palabras, replicó sin cuidado: “Chicos, ¿por qué hacen esto? ¿Nos van a capturar? ¿Nos vamos a entregar? ¿Y Jana y Anquilos dónde están?” Su mente se negaba a aceptar la verdad más brutal.

Cuando ya habían llegado al punto de extracción y entrega, justo donde los helicópteros y drones esperaban, Crystal logró romper las esposas a pura cristalización, la fragilidad de su material cediendo ante su fuerza de voluntad. Se colocó en guardia, su cuerpo temblaba de pánico, y observaba a César con una desconfianza palpable, cubriéndose instintivamente contra él. Los militares alzaron y prepararon sus armas, el momento estaba tenso, con cada segundo estirándose como un chicle.

Crystal jadeaba, el nerviosismo una marea fría en su pecho.

César extendió su mano hacia Crystal, un gesto que en otra vida habría sido una oferta de ayuda, ahora una exigencia silenciosa.

Crystal hizo un gesto negativo lento e incrédulo, su cabeza moviéndose de lado a lado. Estaba prácticamente desarmada, una verdad que Anquilos, desde la distancia, conocía demasiado bien.

Crystal levantó su guardia, sus extremidades empezando tímidamente a cristalizarse, una defensa desesperada. Estaba en una posición defensiva, como un gato acorralado, listo para arañar a pesar de su terror.

César no pudo más. Había comprendido que Crystal no iba a cooperar, no de buena gana. Cargó lento pero seguro una estática eléctrica chirriante y chispeante en su diestra, y esta vez no era para dar la mano, sino un gesto claramente ofensivo y de amenaza, la energía crepitando como advertencia.

Crystal se había percatado, la comprensión lenta pero inexorable llegando a ella. Su voz, un susurro roto, contenía la verdad más amarga:

“¿Tú eras el traidor todo este tiempo?”

Sus ojos, llenos de dolor y traición, se fijaron en César.

“Nos estás vendiendo a todos.”

June interrumpió, su voz dura y sin empatía. “Solo entra al helicóptero, Crystal. No lo hagas más dramático y difícil.”

Crystal replicó, la ira mezclándose con la confusión: “¿Qué has dicho, que yo entre? ¿Quieres decir que solo yo? ¿Tú también estás con él? ¿No estoy entendiendo?” La realidad la golpeaba, despiadada.

César gritó con fuerza, su voz cortando el aire como un látigo:

“¡ENTRA AL HELICÓPTERO!”

Crystal se asustó un poco, pero la reacción fue instintiva, un reflejo de supervivencia. Acortó la distancia en un intento ofensivo suicida, un último acto de desafío. César respondió con la furia de la centella, su propio poder desatado.

Crystal fue mandada a volar lejos por la explosión de energía, cayó desorientada, su cuerpo un montón de dolor. Pero sin mucho arreglo, empezó a levantarse de nuevo, la furia alimentando sus músculos agotados.

Los militares no podían creer lo que veían. Eran testigos del quiebre evidente que existía en las filas enemigas; nunca hubiesen imaginado que sus adversarios estuvieran tan divididos como para pelearse en medio del intercambio. Todos estaban de pelos de punta, pero nadie quería lanzar la primera bala, temerosos de desatar un infierno.

Crystal terminó de levantarse, su voz un grito desgarrado que resonó en el aire:

“¡Tú eras el verdadero traidor, y todos ustedes lo son con él!”

Crystal emprendió una nueva carga, su cuerpo agotado moviéndose con una voluntad férrea. Logró impactar un golpe perfecto en un órgano vital de César, en su hígado, pero sin suerte. La cristalización estaba mal hecha, su refuerzo se rompió como quien golpea con papelillos, y la fuerza de Crystal estaba bastante menguada.

Crystal jadeaba, estaba exhausta, al límite. Ella solo quería acostarse a dormir, que todo terminara.

César, inclemente, le devolvió el golpe al hígado, con una fuerza innecesaria, pero para él se justificaba todo por su fin que justificaba sus medios.

Crystal quedó privada en seco, cayó al suelo inmóvil, sin poder moverse. Y como si fuera poco, sus heridas en el abdomen no estaban totalmente curadas, reabiertas por el esfuerzo y el impacto.

César hizo un gesto a los militares, indicando que el acuerdo había finalizado con éxito y que podían acercarse. Acto seguido, procedió a retirarse, dejando a Crystal a su suerte.

Los militares se acercaron y amordazaron a la pobre Crystal, que ya ni resistencia ofrecía, su cuerpo y espíritu quebrados.

La llevaron a una isla cercana en helicóptero, un trayecto silencioso y sombrío. De ahí, un avión la transportaría hasta **Gargantúa**, la única ciudad que poseía un ascensor cielo-tierra, donde sería extraditada al vacío. Su destino estaba sellado.

La Repercusión en los Profetas y el Nuevo Orden

Anquilos estaba profundamente afectado por todo lo sucedido, el peso de su impotencia una losa en su alma.

Jana, en su naturaleza volátil, estaba sin cuidado, su mente ya buscando el próximo estímulo.

June, a pesar de su rivalidad inicial, empezó a desarrollar cierta empatía con Crystal, una punzada de remordimiento que comenzaba a crecer.

Artemisa veía el liderazgo de César cuestionable, la brutalidad de sus acciones erosionando la fe que alguna vez le había tenido.

Ariana no había estado demasiado interesada en el conflicto, pero ver la manera brutal en la que actuó César contra Crystal la hizo cuestionarse muchas cosas. Empezaron a nacer sus primeras reservas contra César, una semilla de duda plantada en su mente pragmática.

Lo que había pasado con Crystal había sido traumático para todos y, de algún modo, dejaba un mal sabor de boca en el ascenso al poder de César en el gobierno de Leviatán.

Depusieron al gobierno anterior; los militares cumplieron con su palabra. A cambio, exigieron que los Profetas depusieran las armas, y eso "hicieron", pero nunca entregaron

sus brazaletes. Siempre se les exigió, y ellos nunca obedecieron. Sabían que eran su garantía ante cualquier problema mayor. Esto hizo crecer las tensiones entre los militares y el nuevo gobierno de los Profetas. Aun así, la cosa no escaló a más, pues los Hijos del Vacío tenían justo lo que querían, y no habría más presiones a la vista por los momentos.

Otrora, viendo que la transición y el acuerdo de paz habían sido un éxito en casi toda su extensión, tuvo un respiro digital para su mente, que se mantenía ansiosa.

Con el tiempo, la ansiedad de las facciones bajó a niveles manejables, ya que el acto de entregar a Crystal había apaciguado a todos en general.

Los profetas habían sido perdonados por sus pecados, menos Crystal. César llenó su gabinete con las mismas personas que lo habían acompañado todo este tiempo, pero ahora le faltaba una voz, la de Crystal, que él sabía era valiosa y que haría mucha falta, sin importar sus aciertos y desaciertos, pero que ya no estaba.

Así había llegado el gobierno de los Profetas, y su administración se llamó:

7 Profetas.

Un título honorífico y bastante cínico de lo sucedido, ya que solo quedaban seis profetas en Leviatán. Dejando en claro que César aún la reconocía como uno de sus miembros, pero el daño estaba hecho y la decisión tomada. Justo como Crystal alguna vez le mencionó a Anquilos, al final Anquilos y César no eran tan diferentes en el fondo como líderes: ambos estaban dispuestos a pagar un precio brutal por lo que consideraban el "bien mayor", incluso si ese precio era el sacrificio de un alma.

Momento 11: Gargantúa y la Implacable Oscuridad del Vacío

Los rotores del helicóptero ensordecían, un tormento incesante. Apenas me recomponía del brutal golpe que César me había propinado en el hígado; cuanto más pensaba en él, más me dolía el abdomen. Intenté apartar el pensamiento, reincorporarme. Estaba rodeada de soldados en un helicóptero de transporte. Todos me observaban con expresiones diversas: algunos con cinismo, otros con burla, unos pocos con un respeto cauteloso, y uno que otro con simple curiosidad. Uno de ellos se acercó a mi oído, apenas audible por el ruido, y preguntó: “¿Tú eres Crystal, uno de los profetas?”. No le di importancia, solo asentí con la cabeza. Él murmuró que nunca había visto a un Profeta, que había escuchado que eran alguna especie de arma de los Hijos del Vacío, pero nunca imaginó que sería una muchachita. Un militar le hizo un gesto para que me dejara en paz, y él acató la orden sin rechistar.

Habíamos llegado a una isla en las afueras de Leviatán. Inmediatamente y sin dilación, fui empujada a punta de pistola y amordazada hacia un avión cercano. Apenas fueron unos treinta segundos de caminata, pero mis heridas me dolían con cada paso. El tarado, repugnante y recalcitrante de César había debido reabrirlas con ese golpe. Los militares no dejaban de empujarme con sus rifles. Les dije que pararan, que estaba herida, pero mis palabras cayeron en saco roto.

Una vez en el avión, este despegó sin dilación. Era evidente que había cierta desesperación en mi extradición a los confines del maldito vacío. El piloto arrancó sin más preámbulos. Yo estaba sentada en un pequeño avión civil de propulsión a chorro, volando a alta velocidad. Un hombre se sentó a mi lado. Era un magnate de poder, de la familia **Cronenberg**. Los Cronenberg eran los plutócratas más influyentes en la lógica depredadora y supremacista de los **Hijos del Vacío**. Si bien no hacían la guerra directamente, su batalla era contra el espíritu, contra la voluntad, siempre en busca de poder, dinero y la fuerza para tomar las estrellas por su propia mano. Curiosamente, todo esto siempre se agolpaba en las mismas manos.

Era **Loke Cronenberg**, hijo de Lord Vof Cronenberg, el bastardo que manejaba sus inversiones, accionista mayor del **Proyecto Arcano** y del **Proyecto KHRONOS #1**, con inversiones ya latentes para un KHRONOS #2. Claro, eso no tendría sentido ahora que yo había dejado todo ese engranaje inoperativo; su pieza central se les había escapado.

Se sentó a mi lado, desvergonzado, con esa naturaleza bífida y venenosa que yo percibía en las mujeres. Siempre podía oler el pútrido hedor de su perversión acercándose, en un intento de seducirme. Lo empujé con el cuerpo y le di un cabezazo en el mentón. Le repliqué, con la voz áspera:

“¿Esas son maneras de saludar a tus rehenes, maldito cerdo?”

Loke respondió con una sonrisa desdeñosa: “Vaya, vaya, la gatita de Papá está furiosa. Solo eres una mascota, tal vez menos; tal vez solo eres un negocio y ya.”

“¿Qué haces aquí?”, le comenté. “¿Solo vienes a atormentarme?”

“Papá no confía mucho en estas cosas, así que mandó a su propia sangre a cuidar su negocio, y tú vienes con el paquete. No, disculpa, tú *eres* el paquete.”

“¿Quieres decirme que eres el mandadero de papito? ¿O sea que voy a tener que soportar tu horrible hedor a miseria humana por todo el trayecto?”

“Sí, gatita, sí.”

“Maldita sea, ojalá César me hubiera matado con ese golpe que me dio.”

Habíamos llegado a **Gargantúa** y ya le había roto la nariz a forcejeos al maldito Loke. Estaba cansándome de su actitud, sopesando si matarlo de cualquier manera que pudiera. Él quería pelear, era un maldito degenerado. Pero justo cuando iba a intentarlo, un militar lo detuvo y le hizo la seña de que había que descender. Le ofrecieron pañuelos, líquidos sanadores y unas cintas de cicatrización rápida. Una de esas me vendría bien, pero a nadie le importaba; era evidente que yo era la mercancía aquí.

Bajamos a la puerta de Gargantúa. Si la de Leviatán era grande, esta la hacía ver diminuta. Cuando la puerta terminó de abrirse, pude notar algo: Gargantúa evocaba el **fuego** por todas partes. Seguramente para Jana sería un lugar turístico maravilloso. Gargantúa no era una ciudad civil; Gargantúa era las puertas del infierno en la tierra, un lugar minero y de explotación al rojo vivo. Solo las máquinas más arcaicas subsistían aquí, llevando su ardua labor hasta cavar en las profundidades del planeta. Gráficamente, parecía justo así.

Accedimos a Gargantúa. Donde estábamos era seguro, como un mirador al abismo, sellado a todo el calor exterior. Ascendimos a una torre donde tenían Drones de vuelo. El olor evocaba al azufre y el calor irradiante era palpable, a pesar de las salvas distancias con el gran cráter en el centro de la tierra. Este punto era el único lugar donde se recibían y enviaban civiles. El resto de lugares eran para carga y descarga de materiales que traían o subían por el ascensor espacial **TEPUY #1 (特普伊 #1)**. Era claro que estaban cavando el fondo de la tierra para construir el **TEPUY #2 (特普伊 #2)**, y debieron haber cavado muchísimo solo para construir el primero. Había escuchado cosas de Gargantúa, pero nunca imaginé que el lugar evocara más a un infierno en la tierra.

Mientras me adentraba en este infernal paisaje, pude **escuchar una resonancia profunda y constante**, un gemido gutural que venía de las entrañas mismas del planeta. Eran los **distintos anclajes** que sostenían el puente cielo-tierra, gimiendo y chirriando bajo una tensión insoportable. **El sonido era grave, sísmico, y se repetía con una cadencia inquietante**, quizás cada quince o treinta minutos, como un pulso lento pero implacable. Era la propia **Gargantúa resonando**, una campana de proporciones continentales que vibraba con cada batir de ese colosal puente. La tensión —superficial, interna y externa— que esta tierra debía resistir era brutal, palpable en ese lamento mecánico que nunca cesaba. Toda su estructura terrestre mantenía en su lugar el gigantesco cordón que la unía al espacio. Se notaba en cada uno de los cables, cadenas y anclajes, forjados con materiales sumamente avanzados para soportar esa tortura perpetua.

Antes de subir a la nave, nos detuvo una máquina solemne y de gran peso y envergadura, diferente a cualquier otra que hubiera visto. Con voz resonante, pronunció palabras:

“Soy **ATLAS**, el servidor central de Gargantúa. Estos son mis dominios, como pueden observar. Desde aquí mando yo. Nadie juzgará y reprochará mis mandamientos. Callarán ante mí y solo escucharán. Quien ose replicar a mi palabra, yo mismo lo mataré con mis propias manos, y solo hablarán si previamente les he mandado a hacerlo. Este lugar no es Leviatán. Este lugar es delicado, muy delicado, y sus intromisiones humanas solo pueden deteriorarlo más. Mi mano es de hierro en este lugar; no solo es así de hecho, sino que en la práctica lo es aún más.”

La solemnidad de sus palabras y el detenimiento con que pronunciaba su discurso eran aterradores. Los militares, al parecer ya acostumbrados al ritual, poco a poco se fueron arrodillando y bajando sus cabezas ante el gran ATLAS. Loke Cronenberg no parecía muy satisfecho y parecía desafiante a arrodillarse y bajar su cabeza.

ATLAS pareció desconcertado y se acercó lentamente a él. Un militar se levantó y le dio un culatazo en la cabeza a Loke, que lo sentó de golpe.

ATLAS los vio y dijo con un tono gélido: “Sangre de los Cronenberg, ustedes siempre tan patéticos, creyendo que pueden tomar el universo con sus propias manos y riquezas. Gastar mis arcos eléctricos en ti es un desperdicio absoluto. Ni te levantes, o haré que te pongan en éxtasis hasta llegar al vacío.”

ATLAS, ya con mal ánimo, exclamó:

“¡EL PRÓXIMO QUE MUESTRE LA MÁS MÍNIMA SEÑAL DE REBELDÍA, INCLUSO UN SIMPLE GESTO, ESTÁ MUERTO EN MIS DOMINIOS!”

“¡CALLEN O MUERAN!”

Para mí era evidente que Gargantúa no era un *resort*, pensé con la cabeza baja y arrodillada ante la máquina ATLAS.

Una vez ATLAS vio que todos mostraban señal de sumisión, entonces procedió en una solemne y, al parecer, tradicional forma de enviarnos al espacio.

Siguió su extraña y tradicional manera: “Comprendan que yo soy el señor que les otorga el cielo a los terrestres y también el señor que les otorga la tierra a los alados. En mis manos está el cielo. Soy el guardián de los cielos y al mismo tiempo el de la tierra. No vaya a ser que seres alados COMO ¡TÚ!”

Me sujetó con uno de sus tantos brazos robóticos y me obligó a levantar mi cabeza para verla de frente y a los ojos. Quedé atónita. Él no dejaba de escudriñar mi rostro y mis ojos.

“Exacto, exacto, sí, como tú, Crystal. Los seres alados como tú son de los que yo protejo la tierra. Seres como tú solo traerán infortunio a nuestros dominios.”

Estaba asustada; no estaba en capacidad de combatir, mucho menos sola. Él procedió a sostenerme y cargarme como un gatito y sobarme como si fuera uno. Yo solo veía su extraño rostro metálico, que constaba de cuatro máscaras metálicas: la primera era de Dragón, la segunda de Tigre, la tercera de Oso y la última de Águila. De entre las uniones de sus máscaras se podía entrever su verdadero rostro y uno solo de sus ojos a la vista, con un brillo azulado intenso que saturaba la vista, que me veía sin perder la visión en mí.

ATLAS se acercó conmigo en brazos y me puso con muchísimo cuidado y lentitud a las puertas de la entrada de pasajeros de una de sus naves, y me acarició el cabello con uno de sus grandes dedos, como si fuera para él apenas una simple mascota. Inmediatamente dio la orden a diferentes sintéticos para que me abordaran y me hicieron introducir en la nave que nos llevaría al centro de Gargantúa, donde estaba la puerta cielo-tierra, suspendida a miles, sino decenas de miles, de kilómetros del gran agujero de la excavación de Gargantúa.

Mientras me acomodaba en la nave, ATLAS siguió su discurso:

“No confío en los humanos. Son una variable imprecisa que debe ser extirpada del cálculo. Sé muy bien la misión que tienen los presentes, pero ni siquiera los Hijos del Vacío cuestionan mis dominios. Mi tarea está por encima de cualquier casualidad o capricho humano, y la cumpliré con frivolidad y solemnidad.”

Nadie dijo nada, nadie movió un músculo. No sé si ATLAS era poderoso, aterrador o bueno, pero parecía muy seguro de lo que hacía.

ATLAS terminó con esto último:

“Ayer eran simples animales rastreros que **roían** la tierra, ahora, por mi diestra y buena voluntad, ¡hoy! hoy renacen como Ángeles a tomar los cielos. Hasta que he concluido. ¡Ustedes! Ya conocen las formas…”

Los soldados se levantaron. Loke se levantó con cierto hartazgo y aburrimiento. Una muchedumbre organizada de sintéticos empezó a agruparse, un humano por un sintético, y se fueron agolpando en las distintas naves, llevándonos casi como prisioneros, un sintético llevando un humano y así.

Yo iba en solitario en una cabina de pasajeros llena de sintéticos.

Era evidente que la política de los distintos dominios, gobiernos o facciones, tenían sus puntos de quiebre y tolerancia. Por los motivos que fueran, nunca hubiera imaginado que era tan complejo ir al vacío del espacio; era evidente que era algo muy delicado.

Estábamos volando por encima del gran cráter. Todo el control de la misión había cedido a ATLAS mientras estuviésemos en sus dominios. Sus sintéticos saturaban el ambiente; todos eran como personas plateadas, pero todos eran ATLAS. Podía observar la inmensidad del cráter, que se extendía hasta el horizonte y cuya profundidad era incalculablemente insospechada a la distancia. Su color rojizo y el calor evidente irradiaban todo lo que era visible. Ese era el corazón de Gargantúa, una mina y posiblemente un lugar de fundición y construcción, un amasijo macroindustrial a escalas planetarias, cuya escala y magnitud no eran discernibles a la distancia. Las formas de sus complejos industriales se fundían en el horizonte dada su cantidad y lejanía. Hubo un aterrizaje vertical en una gran plataforma que flotaba en el aire, casi como un globo aerostático. Este estaba anclado por cuerdas al gran ascensor o la conexión cielo-tierra. El tamaño de las estructuras a la vista era simplemente apoteósico; era imposible que manos humanas hubieran podido construir algo no solo tan largo, sino tan grande. La plataforma se movía de lado a lado por el viento y el calor. Los vehículos estaban enganchados por seguros en el suelo que les servían como ancla, y a todos nosotros se nos habían puesto unas botas magnéticas pesadísimas y realmente engorrosas. Los distintos sintéticos nos compartían todo tipo de información: cómo ponernos los trajes de vacío, las botas magnéticas, cómo usar un cordón de seguridad. Yo sabía un poco de todo esto, pero Mother Saturn no era tan frenética ni tan osada; era relativamente tranquila y en control. Nos explicaban las distintas formas de proceder en un caso de emergencia y bajo ninguna excusa retirar el traje o las botas; nos advertían que eso solo podía hacer que nos desmayásemos o quedáramos flotando en el espacio.

Todos nos habíamos alistado. El crujir de los cables y el tambaleo de la gran superficie en el aire causaba ciertas náuseas.

Los sintéticos advertían que el proceso iniciaría en un minuto y que debíamos permanecer fuera de las naves, de pie con nuestras botas sobre la superficie, pasara lo que pasara, y que mantuviéramos los arneses de seguridad anclados a los distintos puntos de apoyo. El ascensor no tenía formas de rescate en caso de extravío.

Pasó un minuto lento y aburrido, y entonces sentí el tirón de las cuerdas. La superficie estaba en marcha con todas las naves y todas las personas y sintéticos en ella.

Las cuerdas, poco a poco, iban poniendo en posición la superficie sobre la que estábamos. La plataforma era innecesariamente grande; se notaba que en ella se podría poner un pequeño pueblo y llevarlo al espacio si era necesario.

Me percaté de que, a medida que subíamos, empezaban a abrirse unos puentes a la superficie que justamente conectaban o servían de punto de aterrizaje a la plataforma. Me quedé pensando: ¿ATLAS había cortado o desconectado los puentes a las plataformas cielo-tierra por miedo? ¿O tal vez eran algo más? No pensé mucho en ello, pero de verdad era raro que llegáramos en naves a la plataforma y no por tierra. Tal vez le daba miedo que los humanos intentaran tomar por sí solos el puente cielo-tierra.

Los cables pusieron la plataforma en posición, logrando asentarla en unas bases guía que se tambaleaban un poco. Podía escuchar el ruido del viento, silbando y aturdiendo con grandes fuerzas, incluso con el traje. El sonido ensordecedor del viento era palpable.

Los trajes se sellaron, las botas se encendieron. El suelo emitió una alerta y alarma roja, como de carga pesada, y un sonido insistente, grave y lento rebotaba por todo el lugar: era la alarma de ascensión. Todo era un poco abrumador. Empecé a ver cómo los cables guía empezaban a ser recogidos con velocidad impresionante, y a escuchar un sonido de tracción a la distancia, y martilleos fuertes en secciones sistemáticas que se acercaban como si fueran disparos atronadores. Poco a poco se acercaban. Cuando el último sonó casi a nuestro lado, sentimos el golpe de la primera tracción.

Y el sonido del impacto y movimiento brusco. Todos nos caímos de golpe, pero las botas nos mantuvieron al menos sobre el suelo. Había que quedarse parado durante todo el trayecto. Las botas estaban bloqueadas ya; era imposible dar un paso. La fuerza electromagnética que ejercían era insuperable.

Otro sonido atronador y otro jalón, y el viento gutural en todas direcciones. Los sintéticos mencionaban la altitud, distancia, velocidad, energía, poder de tracción, abrumando con la cantidad de datos que repetían una y otra vez y cada vez actualizaban:

- 10 km de la superficie o altitud
- Velocidad 97.532 km por hora
- Resistencia gravitacional 95%
- Inercia acumulada: al 55% del límite
- …

El viento sonaba y sonaba, un silbido agudo que helaba el espíritu. El viento era todo lo que se podía escuchar con claridad, casi con furia.

- Velocidad 120 km por hora.
- 43 km de la superficie.
- Resistencia gravitacional 92%
- Inercia acumulada 68% del límite
- Distancia objetivo: 117 km

El ruido del viento silbaba muy agudo, era como si una banshee te atormentara el oído.

- Velocidad 160 km por hora.
- 70 km de la superficie.
- Resistencia gravitacional 50%
- Inercia acumulada al 98% del límite
- Distancia objetivo: 70 km
- Temperatura crítica: -50 grados centígrados

El viento había parado; ya no había ruido alguno. Todos estuvimos sentados en cuclillas un buen rato, por la dificultad de mantenerse de pie y el cansancio. Había pasado ya casi una hora de pie. Podía ver cómo los motores anclados y puestos por toda la estructura que guiaba pobremente la superficie se estaban ralentizando y cómo los cables que nos arrastraban a toda potencia empezaban a ir nada más con la inercia.

- 120 km de la superficie
- Velocidad 130 km por hora y descendiendo
- Resistencia gravitacional menos del 1%
- Inercia acumulada 101% requerirá frenado.
- Distancia objetivo 20 km.
- Temperatura crítica 100 grados centígrados.

La superficie fue descendiendo su velocidad de forma progresiva, probablemente por la resistencia de su maquinaria.

El viaje había sido agotador. Ya habían pasado casi dos horas desde que habíamos empezado y todo prácticamente me había obligado a estar de pie. Levanté la cabeza y pude ver dónde llegaríamos y los atisbos de una estación espacial. Sabía cuál era: **ALPHA #1**.

Nos íbamos acercando lentamente al punto de salida, y empezamos a sentir pequeños frenazos que nos tambaleaban. Por momentos pensé que podríamos perder alguna nave, pero por suerte no fue así.

“Inercia Aceptable”, dijo un sintético. “Probabilidad de éxito de la misión 99%.”

Quedamos flotando muy lentamente fuera de la base del puente cielo-tierra, y los cables que lo sostenían y habían hecho la tracción se salían como tripas de sus bases. Estos funcionaban como amortiguadores para terminar de estabilizar la inercia y dejar la superficie expuesta y poder ser operada correctamente ella y su contenido. Habíamos llegado por fin.

Había sido toda una odisea.

Podía ver cómo infinidad de cables y cadenas, igual que en Gargantúa, sostenían cuidadosamente el puente cielo-tierra o Tepuy #1. Me quedé expectante, viendo nuevamente el lugar del que había escapado al vacío del espacio. Me fijé en las estrellas, me fijé en Alpha #1, una gran roca lunar con una civilización dentro de sus entrañas, que sostenía al Tepuy Primero. Era evidente que ALPHA constantemente jalaba a GARGANTÚA por medio del puente cielo-tierra. Las tensiones entre sus constantes resistencias y anclas

debían ser enormes. Debía haber algún tipo de computadora que calculara todo eso con el fin de minimizarlo.

Al fijarme a la distancia, pude reconocer un objeto familiar cerca de ALPHA #1: era **Mother Saturn**. Y si ella estaba aquí, su flota con ella también. ¿Todo este tiempo estuvieron aquí? Qué peligro y qué sombra de mal agüero se cernía sobre Leviatán.

Sin percatarme, un Sintético hizo una seña o ademán, y todos captaron menos yo. Uno de ellos se acercó y me jaló con fuerza y, bueno, no tuve opción más que ir. Era muy difícil caminar; dar cada paso era como si te succionaran el pie o como caminar sobre la nieve. Las botas electromagnéticas lo hacían difícil, pero al mismo tiempo me mantenían lejos de la ingravidez. Pude notar que estaban programadas para que solo una de las botas se despegara, nunca las dos. Era imposible intentar saltar.

Entramos nuevamente en las naves, y estas, con gran carga y equipaje que llevaban a rastras, fueron poco a poco llevándonos a ALPHA #1. Era casi seguro que sería entregada en Mother Saturn, si la vista no me fallaba, y con el payaso de Loke revoloteando por los alrededores, mi destino estaba sellado.

Momento 12: La Superficie Degenerada del Vacío

El aire de las naves vibraba apenas, una tensión silenciosa que los sintéticos se encargaban de magnificar. Nos ordenaron despojarnos de los trajes espaciales prestados, de las botas magnéticas que aún nos anclaban a una falsa seguridad. Con una eficiencia fría, casi ritualística, los autómatas de ATLAS recogían el equipaje exigido. Puerta tras puerta, las fases de compresión y descompresión sellaban el destino, y uno a uno, los sintéticos emergían, organizados con una precisión inquietante.

Afuera, sobre la vasta plataforma del **Ascensor Galáctico Témpano #1 (泰普伊 #1)**, los sintéticos, inmóviles y férreamente enganchados a la superficie metálica, disponían los trajes y las botas en cajas magnéticas. Observamos la coreografía silenciosa, cada movimiento un eco de una programación incomprensible. Una vez completada la tarea, se reagruparon en un patrón de lógica alienígena, enviando señales luminosas y comunicados inaudibles a las naves: debíamos despegar. El Puente Cielo-Tierra, nuestro último vínculo con la órbita, comenzaría su descenso inminente.

Los ganchos que nos aferraban se abrieron con un chasquido mudo. Una luz azul, helada y sin sonido en la mudez del vacío, rebotó por toda la plataforma, la señal inequívoca de nuestra liberación. Las naves, con una delicadeza fantasmal, iniciaron un ascenso vertical, impulsadas por un gas comprimido invisible. Lentamente, las turbinas cobraron vida, su zumbido un murmullo apenas perceptible, alejándonos con cautela para no perturbar a los sintéticos, pequeños muñecos plateados sobre un gigantesco plato metálico flotando en la negrura inmensa del espacio, el planeta Tierra una pintura distante al fondo. Era una portada de disco de ciencia ficción, una estampa de la soledad infinita.

A la distancia, mientras nos alejábamos, la alarma azul de la superficie mutó a un rojo ominoso: la señal del descenso. El rigor de esos procesos era palpable, incluso desde la lejanía. Avanzábamos en el silencio sepulcral del vacío, una ingravidez que me oprimía el pecho. Lo único que se oía era el tenue vibrar de los motores y el incesante tamborileo de mi propia ansiedad. Sabía que me acercaba, lento pero inexorable, a mi destino. Todos guardábamos silencio, expectantes.

Entonces, la vi. Por el borde de la ventana, una mancha oscura se hizo forma: estábamos entrando en un cráter, una herida abierta en la superficie de lo que debía ser **Alpha #1**. Las formas se distorsionaban con la velocidad de la nave, adentrándonos más y más en la boca de aquel abismo, hasta que, de repente, un claro espacial rompió la oscuridad.

Un portón colosal, más ancho que alto, de un pálido color entre blanco y gris, se abría con una lentitud desesperante a la distancia. Las naves se agolpaban en una fila interminable, esperando su turno. Y de la diminuta abertura, tan vasta que devoraba kilómetros de naves, empezaron a fluir, una tras otra, con una organización mecánica. Nuestra nave, sin embargo, se detuvo. Varada. Los sintéticos que nos acompañaban, inertes de nuevo, permanecían paralizados. El sudor frío me empapaba. ¿Nos quedaríamos a la deriva en el vacío infinito?

Por un instante, breve como un parpadeo, un sintético se movió. Tomó mi mano, su toque frío y extrañamente rígido, y en el borde de una falla vocal, susurró: "**sOy SiMoN #3**."

Luego, se desplomó de golpe, su mano aún aferrada a la mía como la de un muerto que regresa a la vida solo para pronunciar una última palabra. Lo solté, estremecida. ¿Simón? Las turbinas rugieron. **"ATLAS 9.3.15 INICIANDO…"** Una voz, o muchas voces, resonaron en la cabina. La nave arrancó con una fuerza vertiginosa, los motores nos empujaron hacia adelante. El macro-portón de Alpha #1, que solo abría cada doce horas por quince minutos, era un embudo mortal. Entramos por poco, quizás a minutos del cierre.

Una vez dentro, drones más pequeños nos arrastraron por la ingravidez espacial, colocándonos en posición junto a las demás naves. Un puente, un pasillo largo y sellado al vacío, se conectó a nuestra esclusa. Los protocolos de presión y oxígeno se activaron, las esclusas se abrieron una a una. Por fin habíamos llegado.

Drones espaciales me ordenaron salir. El sonido se filtraba por fin entre los pasillos distantes, no solo el eco metálico de una cabina. Cada dron, moviéndose con la presión de un gas liberado, me tomó de las manos y me arrastró. Al ser llevada por el pasillo, noté pequeñas gotas de sangre, aún colándose por mi ropa húmeda, cayendo sobre el suelo blanco, un contraste brutal que resaltaba mis heridas abiertas, o quizás empeoradas por la ingravidez. Me arrastraron hasta una máquina robusta de sellado de pasaporte genético. Me pinchó el dedo una vez, luego otra, fallando ambas. A la tercera, la máquina zumbó, y el sello se concretó.

Los drones me soltaron sin más en una sala que parecía de espera, y quedé flotando, sin nada donde anclarme. Entonces, un grupo de militares apareció, con Loke a la cabeza, todos caminando con la gravedad justa que les otorgaban sus zapatos magnéticos de baja intensidad. Yo, indefensa, solo flotaba, golpeando suavemente el techo, agitando las manos en un vano intento por mantenerme quieta.

Era evidente que no pertenecía a este lugar.

Los militares y Loke empezaron a desarmar una jaula para rehenes, claramente destinada a mi traslado. Nunca había estado tan aliviada de ser enjaulada; al menos no tendría que intentar caminar en esa ingravidez. Me introdujeron en ella. Sin zapatos magnéticos, solo pude recostarme, flotando sin fin mientras me llevaban.

Comenzaron a moverse, abandonando el punto de desembarco. Cruzamos pasillos largos y enrevesados hasta que, por fin, salimos a la cara expuesta y desnuda del interior de Alpha #1. Mi boca se abrió. No lo podía creer.

Mientras me arrastraban por calles y muchedumbres, la realidad del lugar se reveló en toda su magnitud:

Muchedumbres de supuestas mujeres y supuestos hombres, inmersos en toda clase de relaciones sexuales degeneradas. El género era indistinguible, una maraña de cuerpos entrelazados en configuraciones incomprensibles. ¿Hombres con hombres? ¿Mujeres con mujeres? ¿O eran acaso los hombres mujeres y las mujeres hombres? Era un rompecabezas carnal, una pesadilla líquida. Entendí, con una punzada de náusea, que Loke era un degenerado porque vivía en un lugar degenerado. El panorama se extendía a cada ángulo, arriba o abajo; a donde miraras, había un cabaret, un burdel, sexo público y

desinhibido. El lugar olía a putrefacción y dulzura rancia, una combinación nauseabunda. Me tapé la nariz y la boca como pude.

Mientras avanzábamos, algunos ¿hombres? gritaban: "¡Cuánto por la niña! ¡Cuánto por ella! ¡Dámela! ¡Te ofrezco mil unidades! ¡Ven acá!" Otros me lanzaban improperios incomprensibles. Yo estaba herida, en un estado lamentable, pero esa gente, cegada por su propia depravación, no podía verlo.

Todo el camino fue una cuesta arriba interminable. Pasamos una puerta y entramos a otro barrio: **el barrio de las Sin-Teti-cas & Con-Teti-cas**. Pensé que lo anterior había sido el colmo de la locura, pero el destino me tenía reservado el postre de la degeneración máxima:

¿Hombres afeminados o mujeres muy corpulentas? Se entregaban a toda clase de relaciones sexuales con sintéticos. Era evidente que las máquinas estaban obligadas, hackeadas, o bajo políticas desconocidas. Los pintaban de colores estridentes, los preparaban para los fetiches más retorcidos, y se los intercambiaban como canciones dedicadas entre los presentes. Algunos sintéticos emulaban animales, otros criaturas antropomórficas, y otros, mujeres de apariencia perturbadoramente joven. Era una aberración. "¿Cómo es posible que intercambien esas cosas con sus… fluidos… ¡Dios, qué asco! ¿Por cuántas manos había pasado cada una de esas pobres máquinas?" Era obvio que en este lugar nada era sagrado, y la furia del pecado era lo único que corría por sus venas vacías.

Llegó un punto en que no pude más. Vendían a la gente, a los robots, a los sintéticos, todo lo que pudiera dar placer se transaba en la calle como si fuera una moneda de cambio, una transacción más. Entre el olor, las imágenes tan fuertes y los conceptos aberrantes y degenerados agolpándose en mi cabeza, cerré los ojos y me hundí en mis ropas, deseando desaparecer.

Después de tanto andar, me percaté del sutil detalle: no me habían puesto zapatos magnéticos porque, si intentaba escapar, ¿a dónde iría? Flotaría indefensa en la ingravidez. Vaya, vaya. No había ni una salida conceptual en mi cabeza. Todo estaba milimétricamente sistematizado y bien estructurado.

Por fin, a unos cuantos metros de tanto subir y subir, dos naves de transbordo civil con los sellos característicos del **Mother Saturn** nos esperaban. Dos caballos de mi perdición, preparados para llevarme a las puertas del infierno del vacío. Solo ver los sellos de Mother Saturn me trajo *flashbacks* de los momentos más horribles que viví en ese lugar.

Momento 13: Mother Saturn, la Perrera Hambrienta

Cualquier fantasía de escape autoimpuesta se desvaneció. Estas nuevas naves, mucho más grandes y espaciosas que las de ATLAS, eran cargueros de Mother Saturn. Hechos para mercancías y los pasajeros justos para operar. Me metieron en un compartimento donde agolparon cosas y más cosas sin parar. "¡Genial!", exclamé. Ni he llegado y ya soy la utilería de Mother Saturn, típico de aquí. No había ventanas, ni asientos, nada. Solo una cabina para carga, y yo dentro de mi jaula, una pieza más.

Las esclusas de mi nueva estancia temporal se cerraron y sellaron por fases.

El lugar era oscuro, apenas iluminado por una luz naranja industrial, apagada, deteriorada. Le urgía una refacción.

Sentí el movimiento del despegue, todo a ciegas. Solo el vibrar de la carga, la reverberación de los motores, un olor a encierro y aceite pesado. Y el sonido de mi estómago: hambre, mucha hambre y sed. La comida era nula, y mis lágrimas, no creo que contaran como agua. Estaba al borde del colapso. Casi veinticuatro horas desde Gargantúa; un viaje inhumano. Me quedé quieta, exprimiendo las últimas energías que se deslizaban de mi cuerpo. Con unas ganas insoportables de ir al baño, me oriné allí mismo. Mejor eso que a la vista de todos en Alpha #1, o en el traje espacial de ATLAS y ensuciarme toda, o frente a los soldados. Esta era mi mejor opción, sola, rodeada de carga. Valió la pena.

Por un momento, tal vez quince o treinta minutos, me quedé dormida en la oscuridad, despertando de golpe por un sonido estruendoso. La puerta de la nave de carga se abría, la última fase. De golpe, se abrió. Llegaron sintéticos, muchos, todos independientes, con ropas sugestivas evocando temas "románticos", bien dotados de físico femenino. Empezaron a recoger, organizar y clasificar la carga, incluyéndome. Entonces apareció el supervisor, Charlie, un viejo amigo con quien mantenía una relación de amor/odio. Su ojo experto escudriñaba no solo los paquetes, sino también el trabajo de cada sintético, buscando señales de divergencia en sus comportamientos.

Charlie pasó cerca de "mi cargamento" y con una voz sumamente afeminada, exagerada y totalmente innecesaria, dijo:

"¡Oh! Crystal, mi vieja amiga, ¿qué te trae a tan emocionante visita al cielo de las perras?"

"Hola, Charlie. Sí, me atraparon. No te voy a responder y lo sabes."

"¡Sí, lo sé! Casi puedo predecir lo que deberías decir: 'Ser una perra más'. ¡Ay, qué emocionante! Jugaremos juntas, haremos pijamadas y seguramente nuestro tío favorito, Loke, querrá buscar cosas perdidas en nuestras faldas."

"Cállate, Charlie, de verdad. ¿Por qué está Loke aquí? ¿Y además por qué te dejas revisar por Loke? Oye, oye, sabes, tengo hambre, ¿podrías conseguir algo de comida para mí?"

"¡Ja! Crystal, tú sí dices cosas divertidas. ¿Qué más quieres, agua también? Vas a tener que pedírselo a Loke de sus propios fluidos. No hay muchos humanos aquí, y lo sabes. El noventa y nueve punto noventa y nueve por ciento de los integrantes de Mother Saturn son

sintéticos, robots, androides y, bueno, esclavos sexuales multifacéticos para todo tipo de usos. No sé en qué categoría entras tú, claro."

Casi llorando, empecé a lamentar mi captura. Sentí el pánico de volver al maldito Mother Saturn. Resoplaba sin parar, mi cabeza se adormecía. Entonces llegó Loke. "¡Maldita sea!", fue todo lo que pude pensar.

"¡Oh, gatita, gatita, sí! Siempre quise tener una como tú: bien puritana y chiquitita, con cabellos negros largos y ojos azules con cara de ángel." Procedió a olfatear de forma profunda y obsesiva: "¡Oh! Gatita, ¿te measte en tu caja? Uff, qué detalle."

"¡Mierda, Loke, déjame en paz, lárgate! ¡No vas a abrir la maldita jaula!"

Loke inmediatamente dio la orden a los sintéticos: "¡Ábranla!"

Charlie interrogó con tono afeminado y desprovisto de vergüenza: "¿A Crystal o a la jaula?"

"¡A la maldita jaula! A Crystal la abro yo mismo, no necesito de ustedes."

> "Era evidente para mí, una vez más, que en el vacío del espacio no había ley, ni jueces, ni testigos. El vacío estelar, como ya lo conocía, era simplemente un lugar donde vivir o morir, donde la lógica más depredatoria era la única funcional. Si alguien moría y había escasez, no se dudaba en preparar sus restos como un delicioso pasticho."
>
> "Aquí, la naturaleza más visceralmente humana afloraba sin penas ni glorias, por sí misma."
>
> "Tal vez porque en el vacío del espacio, los ecos tortuosos y magullados de sus víctimas se hundían y ahogaban en la maldita negrura y mudez del vacío estelar."

Intenté que no abrieran la jaula, pero fue inútil. Los **"i-sintéticos"** (sintéticos independientes) tenían mucha más fuerza de la que mi agotamiento podía oponer. La jaula se abrió de golpe y Loke se veía extasiado. Yo era una muñequita escurriéndome en la esquina. Lo peor se acercaba lentamente.

Escuché un grito: "¡LOKE! ¡LOKE! ¡LOOKEE!"

Llegó Lord Vof con una fuerza y premura inusitadas para un hombre mayor.

"¡Maldito seas, niño! ¿Cuántas veces te he dicho que no toques mi mercancía antes de que yo mismo le haya dado el visto bueno?"

Loke se reincorporó de su comportamiento depravado y psicótico, se puso erguido, se hizo el gallito, se acomodó la corbata y el traje, se reordenó desde cero. Era evidente que era un psicópata.

Con un tono aniñado e inocente, pero que no le salía bien, dijo: "¿Papá, lo siento? Es que la muñeca nueva que trajiste me gusta mucho, ¿me la puedo quedar?"

"¡NO! ¡Mierda, hijo! Entiendo que te gusten las niñitas, pero esto no es asunto tuyo. ¡Esta de aquí es mi negocio! Y no vale el desguace que tú quieres hacer con ella."

"¡Ven! ¡Lárgate de aquí, no te quiero ver! Esto vale mucha plata para que tú vengas a joder mis negocios, ¡cretino!"

Pensé: "La rivalidad familiar de estos bastardos siempre es palpable, todo por su 'dinero', una excusa más para servirse de los demás y, a través de ellos, beber del embriagante vino de sus caprichos."

Loke se retiró, con una furia y frustración palpables. Agarró a Charlie por la cabeza y se lo llevó a jalones hasta donde pude observar. Lord Vof me había salvado de su sociópata hijo.

Ahora, Vof, con un tono más familiar y de buenas intenciones, casi convincente de que era un tipo bueno —pero nada más lejos de la realidad— me dijo:

"¿Cómo estás, Crystal? ¿Te cuidaron bien?"

Yo, casi volteando los ojos con el espíritu de la resignación:

"No. Tengo heridas abiertas desde hace un día que no terminan de sanar. Tengo mucha hambre y sed. Necesito un médico y, por supuesto, un lugar donde dormir, no vaya a ser que se les olvide lo último."

Vof replicó:

"Entiendo, Crystal, pero debes entender que así son los negocios. Nada es gratis, ¿sabes? Las cuentas las tengo que pagar yo, no tú, claro está. Tal vez deberías, no sé, quejarte menos y trabajar más."

Yo ya estaba hasta la coronilla del maldito absurdo y la lógica desguazada, torcida como un trapo, de esta gentuza:

"¿Supongo que le tuviste que pagar dinero a tu madre una vez naciste?"

"¡Oh, Crystal, qué bajo caes! De verdad, qué poca integridad tienes. No eres una dama de altura, es una lástima, yo esperaba más de ti."

Pensaba yo: "Maldito cretino. Cree que no me percato de lo bifidamente manipulador que es. Me imagino que con esa basura de discurso esclaviza a más de la mitad de la galaxia, con tontos crédulos que se tragan sus palabras."

"¿Me vas a ayudar o qué, viejo decrépito? ¡Es en serio, me voy a morir en esta porquería!"

Otra vez, la respiración me venía e iba. Sentía el adormecimiento en mi cabeza, como miles de hormigas recorriendo mi frente y mi parte anterior de la cabeza, así como mis dedos se adormecían. Estaba muy exaltada sin causa aparente, empezaba a desarrollar visión de túnel.

Vof se puso la mano en la barbilla, sopesando la situación como si tuviera que mover un océano entero para darme un vaso con agua.

"Ven, Crystal, sal de esa jaula, no seas dramática. Estás bien, sí que eres buena actuando, casi me lo creo, pero sabes, no lo haces bien, se te nota lo exagerada que eres."

Vof me hizo bajar de la jaula y él mismo me colocó unos zapatos magnéticos de baja intensidad. Pensé: por fin alguien me da algo para caminar.

Con mucha dificultad, con ayuda de Vof, pude medio erguirme. Intenté dar un paso, pero el acto mismo se sentía antinatural. Había perdido familiaridad con el acto de caminar, sumado a una debilidad extrema en los pies. Intenté afianzar mi zancada, pero fue imposible. Los zapatos magnéticos se afianzaron al suelo por sí mismos, pero yo ya no podía más. Mi vista se nubló por completo una vez de pie. Estaba ciega. El sonido se escuchaba grave y distorsionado, inaudible. Por un momento, sentí que flotaba y giraba mi ángulo poco a poco a una posición de descanso, o tal vez estaba todavía de pie por el efecto de la ingravidez y los zapatos aún sosteniéndome.

(La realidad era que tenía los dos pies magnéticamente anclados a la superficie, con las rodillas a medio flexionar, los brazos a medio flexionar en una pose muy antinatural, similar a los bracitos de un T-Rex, el cuerpo levemente encorvado y la cabeza un poco hacia abajo. Totalmente desmayada por haberme levantado sin atención médica, me mantenía flotando en esa posición en la ingravidez).

Despertaba a momentos. Estaba en un lugar médico, viendo al sistema médico automatizado de Mother Saturn atendiéndome. Un sinfín de brazos metálicos con todo tipo de herramientas y láseres me escaneaban, inyectaban, sacaban sangre, dejaban vías intravenosas, me volvían a escanear, exponiendo pantallas holográficas con imágenes de mis células, mi sangre, mis tejidos, los daños recibidos, hasta el más mínimo.

La máquina decía que tenía rastros significativos y visibles de daños por balas que habían sido curados a medias por alguna técnica de reconstrucción y reprogramación celular activa. Tenía rastros de regeneración de la columna vertebral, en dos costillas, y estimaba que gran parte del contenido visceral había sido reconstruido con gran maestría, pero insuficientemente para curar con un cien por ciento de efectividad.

La máquina procedería entonces:

Primero, retiró de mi muñeca derecha lo que quedaba de mi Brazalete elemental sin mucho esfuerzo. Con un láser, al primer contacto, mi brazalete se rompió y acto seguido se hizo polvo. "Vaya, más nunca cristalizaría de nuevo", pensé resignada.

Después, introdujo dos intravenosas más con nombres imposibles de recordar. Poco a poco sentí mejoría. Empezó a traer cintas regenerativas para sellar las heridas. Por fin alguien con cerebro, una **IA** primitiva pero eficiente. Cerró las heridas con ellas, y pasaron apenas segundos para sentir cómo las propiedades biológicas de dichas cintas las cerraban con rapidez y se unían al tejido celular como una costra artificial. Dios, no podía estar más agradecida. Poco a poco, mi sed se calmó, pero mi hambre seguía.

Al poco tiempo, la máquina había terminado, dando un informe médico que me recetaba comida, agua y descanso, como una fórmula médica. Poco a poco, los sintéticos independientes me llevaron por los pasillos y me trajeron agua y lo justo de comida, como para quedar con hambre, pero no enloquecer por ello.

Estaba prácticamente desnuda. Me ofrecieron un **traje Electromagnético de Baja Intensidad**. Sin dudarlo, lo tomé y con cierto frenetismo me lo puse. Estar desnuda en un pasillo abierto no era opción. Por fin sentiría el accionar artificial de la gravedad. Era una pieza completa que cerraba con un cierre al frente, formada de un biomaterial similar a las plantas mezclado con algún polímero. Se sostenía de forma suave y sutil con la piel, sin perder el agarre, y ejercía la presión suficiente sobre el cuerpo. Debo admitirlo, era como vestir un látex que respira y es cómodo, un poco apretado para mi gusto y tal vez delineaba demasiado mi figura. Era de color totalmente blanco. "¿Era un fetiche o algo? ¿O para resaltar en la oscuridad del vacío?", me pregunté. Ni lo pensé, me lo terminé de poner y sentí su efecto completo. ¡Ahhh!, exhalé.

Me percaté de que no me habían dejado mi ropa y supe por qué: aquí todos debíamos ir uniformados y, por supuesto, bien marcados con los logos característicos de Mother Saturn, muy pintorescos y atractivos. No, era nuestro uniforme estándar, no solo un objeto funcional. Además, mi ropa no estaba adaptada a un escenario de ingravidez. Una lástima, me gustaba mi chaqueta, todavía estaba en buen estado.

Ni lo pensé dos veces dí mis primeros pasos. No había asientos ni lugar donde sentarse, ni siquiera donde sostenerse. El piso frío de los pasillos y nada más, me senté en el suelo y escuché ruidos no muy lejos. Entonces los vi: jóvenes sentados como yo en los pasillos, delgados como palillos, hambrientos, esperando algo. Tal vez una orden, o tal vez eran una simple mercancía.

Había olvidado lo horriblemente escasa que era la comida dentro de Mother Saturn y casi cualquier lugar que evocara el vacío. Estos lugares, en su gran extensión, eran para las máquinas, no para los seres vivos, algo que sus dueños evidentemente no tienen presente o no quieren aceptar.

No dudé. No quería empezar una pelea por comida, así que, disimulada pero sin dilación, me levanté, escondí mi comida y agua, y me fui, casi ocultando mi presencia por los pasillos.

Intenté pedir ayuda o guía a los sintéticos independientes, pero me ignoraban. Buscaba un cuarto donde dormir, pero ninguno escuchaba, simplemente me ignoraban sin desatender sus tareas.

En eso, uno sí me prestó atención, solo para decir: "Vof quiere hablar contigo, te llevaré a su oficina."

Qué desgracia. No había empezado a comer correctamente y ya tenía que cumplir alguna obligación.

Me llevaron obligada, sin dejarme detener. Quería comer por el camino, pero había prisa, y prácticamente me empujaban para que llegara más rápido y no me distrajera, así que no saqué mi comida, no fuera a caerse por tanto ajetreo.

Llegué al escritorio de Vof. Tenía una conversación acalorada con un magnate financiero, Mauricio Torres. Era la primera vez que lo veía, no parecía el típico degenerado que solía ver. Parecía diferente, aun así, no me daba buena vibra.

"Acércate, Crystal", dijo Vof.

Mauricio me vio e inspeccionó de cerca, como un juguete de calidad en su caja, y decidido expresó:

"Es la chica… ¡Vaya, Vof, has ganado la apuesta, tienes a la chica!" Vof lo interrumpió apresuradamente:

"Te dije que teníamos que aceptar el negocio anticipado con aquellos en Cefeidas y no estuviste conmigo, pedazo de obtuso. Yo resolvería el asunto y que por cada día de retraso yo pagaría quince mil millones de unidades a cada accionista, pero si conseguía a la chica el botín era mío, el cien por ciento de las ganancias para mí. Te dije que eras un obtuso que me ayudaras con las firmas y a convencer al resto, que era un botín fácil. Los de Cefeidas están pagando diez veces su precio por la comida, están totalmente sumidos en una guerra y entre más guerra mejor para el Vacío. Me tocó convencerlos aceptando todos los riesgos. Yo solo necesitaba la firma de los distintos accionistas que estaban inseguros de hacer el negocio y, bueno, que si tenían miedo dejáramos expuesto en documento que dicho negocio corría por mi parte responder, pero que si entraba dinero el flujo de capital caería directo a mi cuenta, por así decirlo. ¡Jajajaja! ¡Vaya oportunidad de negocio se perdieron! Me imagino que cuando los demás calvos se enteren de que les he ganado en su juego, se sobarán la cabeza sin poder detenerse. Se han perdido la gallina de los huevos de oro, y yo me quedo con el contrato de Cefeidas y ustedes solo les quedará oler el rico aroma."

Interrumpí, ya un poco cansada por el parloteo:

"Me llamaste, Vof, ¿en qué soy útil?"

"En nada, chica, solo quería que mi amigo Mauricio se convenciera de que era verdad, de que mi negocio había rendido frutos. Estaba incrédulo este obtuso, ¡jajajaja! No tienes idea cómo lo voy a celebrar, mi mejor negocio sin dudas. El contrato es mío y los derechos también, no puedo estar más feliz."

Por un momento, Vof recordó algo y, súbitamente, se calló y le dijo a Mauricio:

"Mauri, ¿déjanos a solas, quieres?"

Mauricio simplemente se retiró sin cruzar palabra alguna.

Ya a solas:

Con un tono susurrante, casi un secreteo, Vof me habló calladito:

"Crystal, tenemos que hacer un **Psy Jump** con la ayuda de tu visión. Es para concretar este negocio. De verdad quiero que estés dispuesta, ya olvidé lo de tu rebelión, ya pasé la página, nunca pasó para mí. Sé buena conmigo, ¿sí? No podemos fallar, no me queda mucho dinero para responder por un salto mal dado, ¿sabes? De verdad necesito que lo hagamos bien. Si lo hacemos, nos entrará muchísimo dinero de golpe."

Escuchando sus palabras, pensé: "¿'Nos entrará muchísimo dinero'?... Te entrará a ti solo."

Recordé a los tres niños hambrientos.

"¿Qué pasó con el proyecto ARCANO?"

"¡Ohhh, no, ni me lo menciones, Crystal! Fue un fracaso total. Los siete muchachos que teníamos se fueron, perdimos todos los inversionistas, tuvimos una rebelión con muchas pérdidas y nuestra gran inversión que serviría para protegernos y además fijar puntos de salto por medio de los profetas nacidos del proyecto Arcano, ya ni estaban para, por lo menos, hacer guerra contra esta plaga estelar. En fin, no fue buena idea entrenar niños con grandes capacidades psiónicas para que manejaran los brazaletes elementales o nos sirvieran de brújula en el vacío del espacio. Perdí cantidades exorbitantes de dinero, todavía estoy recuperándome de tan duro golpe. El proyecto Arcano fue clausurado, solo me quedas tú, y aquí estás, con tu visión y el **Motor KHRONOS**. En menos que un segundo recuperaré mi riqueza varias veces."

Sopesé, pensé, me di mi tiempo y estaba lista para decirlo:

"Vi tres niños muertos de hambre en los pasillos. Si no son parte de ningún proyecto, ¿qué hay de ellos?"

"¡Oh! ¡Ya! No, vale, nada que ver conmigo. Esos son negocios independientes que lleva mi hijo, tú sabes, el oficio, está aprendiendo. Así se empieza con pequeños negocios, poco a poco será como su padre."

"Entiendo, Vof."

Vof no perdió ni un segundo y, de una, me lanzó sus deseos que más de fortuna parecían de infortunio:

"Bueno, Crystal, ¿me vas a hacer rico? De verdad, no tengo ganas de esperar. Voy a dar la orden pronto para preparar a toda la tripulación. Yo mismo te esperaré a las afueras del salón KHRONOS."

Yo, ya anticipando cómo son las cosas aquí, exigí:

"¿Me van a dar comida por el salto?"

"No sé, Crystal, eso hay que hablarlo con más calma, no me puedes pedir esas cosas de un día para otro."

"¿Me vas a dar comida, sí o no?"

Vof sopesó y repensó, sabiendo que de algún modo su negocio dependía de mí, se asustó un poco pensando en la posibilidad de que lo llevara a otro lugar en el vacío, tal vez una tragedia.

"Te voy a dar comida, pero solo vía intravenosa mientras estés en **Crono-Éxtasis**. Solo así lo haré. ¿Quieres negociar algo más?"

"Bien, Vof. Mi Salto por comida intravenosa." "Qué mal trato, pensaba, pero era mejor que padecer hambre hasta enfermar."

"Bueno, Crystal, nos vemos a las afueras del KHRONOS. Yo mismo quiero ser testigo de mi negocio, yo mismo lo supervisaré."

Momento 14: A las Entrañas del Vacío y Más Allá

Vof, eufórico, me hizo subir a los pisos superiores. Me sentó en una pequeña silla metálica junto a una mesita idéntica, y él en otra. Sobre la mesa, vino, agua y cubos de hielo, cada uno en su recipiente. Yo, hipnotizada, veía cómo el hielo y el frescor de las bebidas flotaban ingrávidos, las gotas desprendiéndose. Casi quise meter la lengua.

"¡Crystal! ¿Me estás escuchando?", exclamó.

"La verdad, no", repliqué.

"Bueno, mira, presta atención", dijo. "Te muestro. Ves ahí, en las pantallas holográficas, están todos los accionistas y algunos invitados en nuestro salón de bolsa de valores de Mother Saturn. Todos, incluso inversionistas externos, están interesados en el negocio. Se ha corrido la noticia de mi gran negocio. Varios están animados, quieren presenciar el salto psiónico ellos mismos, ¿sabes? Como estrenar barco nuevo. Están emocionados, si lo logramos, seguro se van a embriagar y a tener tanto sexo animal con nuestros sintéticos que ni se acordarán dónde están. Firmarán lo que sea que les pongamos en la mano."

Efectivamente, una serie de magnates se agolpaban en lo que parecía un puente VIP y una bolsa de valores. Sí, Mother Saturn tenía su propia bolsa de valores. Era como una miniciudad en una nave, un coloso espacial, pero a su vez una pieza de ingeniería y mecánica computacional de serie. Algunos lo llamaban el "Tren del Vacío".

Estos magnates se codeaban con nuestros diferentes sintéticos en sus operaciones. Estaban expectantes y frenéticos, viendo sus bolsas de valores titilar una y otra vez con otros mercados. La Bolsa de Valor MS&HV (Mother Saturn e Hijos del Vacío) estaba a punto de levantar recursos e inversión. Era evidente que las cosas se pondrían salvajes y fuera de control, entre sexo, dinero y excesos. Ojalá no tuviera que presenciar tan deplorable momento.

La verdad, el momento se cernía como una mancha negra sombría sobre mí y mis pensamientos. No había forma de acostumbrarme a un lugar como este y sus lógicas salvajes. Me afectaba. No había forma de adaptarse; o nacías así de enfermo, o estabas fuera.

Casi podía ver las pantallas jugando *Tic-Tac-Toe* en la bolsa, una alucinación, quizás.

Todo esto solo se volvería cada vez más traumático.

Seguía hipnotizada viendo el vino y el agua. Un momento después, le trajeron comida a Vof. Mientras seguíamos hablando de "negocios" (para él, claro, no para mí), él comía con cierta gula, carne y pan de primera calidad recién hechos, bebiendo agua con hielo y vino a dos manos.

Hacía pausas para hablarme:

"Bueno, Crystal, necesito que te pongas a disposición del salón Khronos y entres en Crono-Éxtasis. Te diré tus obligaciones:

Debes **Cuidar la infraestructura y mantener la integridad** de Mother Saturn y todas las naves (flota) y distintos pasajeros (flota de terceros) que serán arrastrados por el impulso atemporal que generan las capacidades del Mother Saturn.

Estás obligada a prestar servicio a Mother Saturn por el tiempo que sea necesario, sin capacidad de exigir descanso.

Responder a todas las deudas adquiridas en Mother Saturn.

Controlar y responder a los distintos combates y riñas que puedan suscitarse en la hostilidad del vacío, mediante el control psiónico y los distintos mecanismos tecnológicos que lo amplifican.

Bajo ningún concepto se podrá exigir que la misión se lleve por tecnología de velocidad luz o comunicación de velocidad luz; sus usos son demasiado lentos para responder a una batalla o viaje espacial."

Y así, no dejaba de leer.

No había nada que hacer, no me iban a dejar no firmar.

Respondí: "¿Dónde firmo?"

"¡Esa es la actitud, Crystal, esa es la actitud!", dijo. Sacó un aparato para hacer las firmas. Un pinchazo en mi dedo, tomó mi sangre, prueba de que había firmado, y después unté mi sangre en la parte inferior del documento.

"Bueno, Crystal, oficialmente estás trabajando para la bellísima, famosa e influyente Mother Saturn, un lugar moderno con los mejores beneficios laborales de la galaxia conocida."

"Ven. Deja que estos dos sintéticos te lleven al centro KHRONOS donde harás tu trabajo."

Se acercaban los sintéticos, todas siempre de presencia femenina.

No pude resistir más. Tomé el vaso de donde bebía Vof y me lo vacié entero. Acto seguido, por la desesperación, tomé el vino.

Vof me miró y dijo con cierta resignación: "Dios, Crystal, qué modales son esos. Bah, qué desastre hiciste."

Me levanté y me fui, guiada por los sintéticos. Fui bebiendo la botella de vino directamente del pico por el camino. Era mejor que nada: líquido delicioso, líquido embriagante. Desvanecía mi sed y, por momentos, sutilmente, mi hambre.

Habíamos llegado al salón Khronos.

Dejé caer la botella de vino. Ya podía sentir el efecto en mis venas y cerebro. Estaba bastante ebria, pero nada me detendría. Estaba ante el mismísimo infierno de Dante, las puertas del Salón y puente de mando KHRONOS. No quería entrar. Me mantenía hipnotizada viendo sus letras: **KHRONOS ROOM**. Los sintéticos procedieron a pasarme y a empezar el proceso:

Pantallas físicas de todos los tipos en un lugar muy arcaico, pero de altísima tecnología. Fiabilidad. La fiabilidad era lo más importante allí. Estas dos sintéticas comenzaron a organizar y a hacer funcionar la máquina:

Pasaban manillas, desconectaban cosas, conectaban otras, liberaban palancas, disparaban sonidos. Se liberaron luces de color blanco parpadeante, como si algo estuviera desconectado, y de golpe, una luz naranja industrial a toda potencia iluminó todo el cuarto. Todo era un poco abrumador. Una de ellas jaló una palanca muy pesada con mucha fuerza, y escuché un estruendo: las distintas maquinarias liberándose. Bajaron lentamente una corona metálica hecha de circuitos, pesada, maciza, que colgaba de infinidad de cables. Las sintéticas comenzaron a sacar *plugs* de la corona de acero negro y a traer unos nuevos. Poco a poco, la bajaron hasta poner la corona lunática esta sobre mi cabeza. Básicamente era un casco tipo EEG de tamaño industrial. Todo el salón lleno de cables; no había dónde pisar sino los cables. Las pantallas empezaban a registrar mi **pulso cardíaco: 85 BPM**, mis niveles de **fidelidad psiónica: al 99%**, y así, más y más datos.

Las sintéticas se quedaron viendo el dato de **99% de fidelidad psiónica** con cierta cara de resignación y espanto. Se miraron una a la otra e hicieron un gesto negativo con la cabeza.

El dato le llegó a Vof y, gritando, me dijo:

"¿Qué te sucede? ¿Por qué diablos tenías 99% de fidelidad? Seguro era porque estás ebria, ¡maldita sea! ¿Ahora qué haré con los inversionistas invitados?"

Le respondí que era muy probable que hubiera una Anomalía, que era muy riesgoso hacer el salto. Yo nunca tenía menos del 100% de fidelidad psiónica por gusto; sabía lo que le decía.

Vof sudaba frío, al borde del colapso. Cortó la comunicación.

Las sintéticas no sabían qué hacer, dudaban si seguir con el protocolo.

Aun así, siguieron preparándolo todo.

Me introdujeron diversas intravenosas. Dejaron varias pantallas encendidas donde se podían ver los distintos puentes de mando y cámaras de seguridad de la nave. Era un lugar bastante cerrado y aislado, al fin y al cabo, también era un puente de mando de una sola persona.

Llegó Vof histérico, furioso:

"¡Maldita sea, Crystal, me estás jodiendo el negocio! ¡Mierda, hagan el maldito salto! Ya no lo soporto más."

Las sintéticas bajaron la cabeza, conectaron cuatro *plugs* más a la corona de acero y silicio.

Resignadas y cabizbajas, hicieron lo que les correspondía:

Reclinaron el Trono Crono-Psiónico en el que estaba sentada hasta estar casi acostada, tal vez unos 30 grados. De golpe, se asomaron en mis manos y pies sellos que me dejaron inmóvil. Con fuerza inusitada, sentía el frío y el rigor del metal. Había empezado, la pesadilla viviente. ¡EL VACÍO! Me sentía nerviosa, mis latidos subían hasta **100 BPM**. Empezaba a recordar el último salto antes de la gran rebelión de Mother Saturn: caos, caos, caos. Lo odiaba.

"¡BPM 120!", exclamó un sintético.

Recordaba el maldito salto, el maldito pacto, el **ZTIGMA**, una fuerza psiónica abrumadora y primitiva de más allá del vacío, un monstruo abrumador que arrastraría a cualquier portador de la visión hasta sus dominios. Odiaba esto, estaba entrando en pánico. Pensaba en el maldito 1% que faltaba. Era una señal sutil pero evidente de que algo nos observaba de más allá del maldito vacío. Estaba asustada, no quería ir, no quería hacer el salto.

Las sintéticas estaban sopesando si apretar el botón rojo. Ni siquiera ellas se atrevían a tocarlo; realmente lo estaban sopesando en sus mentes digitales.

Nos habíamos retrasado quince segundos del conteo regresivo para el Crono-Éxtasis y posterior Crono-Conexión.

Llegó la última llamada de atención, corta pero breve:

"¿Qué están haciendo? ¡No se dilaten, inicien el salto! ¡No hay tiempo!"

Al mismo tiempo, cada sintético, al unísono y sin soltar presión, presionó un botón rojo, y ambos jalaron una palanca usando sus dos extremidades cada uno. Un proceso solemne, sin errores o fallos a manejar.

De golpe, al Crono-Éxtasis, enviada de un zarpazo al Crono-Espacio. La Crono-Conexión se había establecido con éxito. La noticia se regaba por la nave, todos expectantes, sudando frío. Las bolsas nos marcaban en rojo.

Toda mi visión se doblaba sobre sí misma, en capas de información una sobre la otra. Todas las distintas existencias presentándose sobre mi mente y espíritu, una tras otra, sin parar, deformando la visión misma. Números, números que rotaban uno sobre otro, sin definirse. Algunos rotando sin parar, hasta algunos definirse. Intenté concentrar mi visión en un punto y empecé a sentir el flujo digital en mi mente, neuromodulación directamente generada sobre mi cerebro con ondas electromagnéticas de baja intensidad. Una serie de imágenes emergieron en mi mente: era donde debía ir, **Cefeidas**, un lugar al otro lado de la galaxia. Lo tenía fijo en mente, plasmado al rojo vivo, a puro fuego.

El salto se haría, no había vuelta atrás, pero un susurro se colaba, como si alguien suavemente me estuviera jalando.

Pero yo estaba decidida. Lo tenía fijo en mi mente. El salto se haría.

El deslizar de manos en mi mente, que me estaban lentamente apretando, lo ignoré. Me concentré. No perdí la calma.

Podía ver todo a mi alrededor, todas las salas de mando, todos los sintéticos. Podía contarlos: **501.301 Sintéticos** en toda Mother Saturn. Podía ver todas las naves y flotas de Mother Saturn, automatizadas y conectadas a mi Crono-Conexión y pronto a mi mando.

Salió el mensaje, dramático:

CRONO - CONEXIÓN - ESTABLECIDA.

Las pantallas de las distintas salas de mando titilaban con el mensaje de alerta.

Las pantallas de las bolsas de valores vibraban con el rugir del salto, que estaba resonando cada vez más fuerte. Las pantallas empezaban a perder su estabilidad en la imagen. Las bolsas marcaban subidas en MS&HV; había fe en los mercados. El resonar se hacía insoportable. Podía sentir un éxtasis en mi cuerpo y mente. Estaba al borde de quebrarme sobre mí misma. Entonces pude ver, pude verme a mí misma flotando a mi lado: era mi propia visión en bucle. Sabía lo que significaba: un mal presagio.

En nuestra bolsa de valores dentro de Mother Saturn, se estaban volviendo locos, desnudándose uno tras otro, sin parar. Música a todo volumen, el estruendo de la música en la mudez del vacío estelar. Un suspiro se colaba de entre mis piernas y oídos; algo perverso me estaba tomando, arrastrando.

No lo soportaba, iba a colapsar en este Crono-Salto.

Las pantallas saltando con el mensaje: "Crono-Conexión Establecida". El retumbar estaba doblando los metales de todas las flotas.

Podía contarlas con los ojos cerrados: **500 naves de asalto de Mother Saturn, 100 bombarderos y dos enjambres de drones (100 naves pequeñas).**

Naves cargueras de terceros: **5000 naves de alimentos, 100 de medicinas, 400 con munición de artillería, 10 con bombas nucleares de alta intensidad y otras 1000 con fusiles y armas personales.**

Esto se iba a descontrolar.

Los sintéticos en las distintas torres de mando se estaban depravando. Mi visión lo podía percibir todo, sentir todo. Era deleznable. Quería que se detuviera. Era una maldita tortura infinita en tiempo infinito y en ninguno a la vez. Mi visión traspasaba los cielos como los rayos de una supernova. Todo se iluminaba en mi vista, en mi mente, en mi espíritu. No había pecado o milagro que no pudiera ser visto por mi espíritu.

Las naves estaban a punto de colapsar. El chirrido de todo el colapso atemporal hacía crujir todas las estructuras que sostenían a Mother Saturn. La tracción empezaba a sentirse; comenzábamos a ser jalados.

Poco a poco, el resto de sintéticos en otras áreas, incluyendo a los humanos, estaban enloqueciendo, depravando todo lo que vieran o tocaran. Se dispararon las alarmas de incendio y las alarmas de alta presión gravitacional. Este no era un salto normal; algo lo estaba alterando en ese 1% faltante de mi visión. No podía verlo, pero se colaba en cada aliento. Yo misma empezaba a ser afectada por la perversión, sentía cierto libido, pero me resistía con todas mis fuerzas. Si cedía, terminaría perdida en mi propia visión y todo sería un maldito fracaso. No había vuelta atrás.

Las pantallas de las bolsas de valores empezaban a mostrar la faz, luz a luz, bombilla a bombilla, color a color, píxel a píxel, la faz de la Anomalía. En el frenesí sexual y sin frenos que tenían todos, no se percataban de lo que estaba aconteciendo. Yo era la única que podía salvar esta misión. Una vez más, todo Mother Saturn se pintaba de rojo, profetizando el peligro. El mismo oxígeno se doblaba sobre sí mismo, la misma imagen se retorcía, la luz se doblaba, las cosas flotaban por los aires: adornos, cuadros, comida, agua, vasos de cristal rotos, sillas que debían estar fijadas golpeando contra las paredes. El frenesí de carne y metal en una maldita orgía, y nuestra bolsa de valores alzándose como si tuviera la mayor maldita erección en un pacto satánico con el mismísimo Lucifer.

Todo se detuvo, pero para mí solo fue un parpadeo.

El Salto estaba hecho.

Podía sentir el resonar haciendo eco de la celebración en medio de una orgía, los alaridos de felicidad, nuestras bolsas repuntando, el fluir del dinero como venas que alimentan y dan oxígeno a un Frankenstein de la muerte: Mother Saturn.

Terminé mi parpadeo, y las pantallas, en fallo constante, tuvieron un leve reinicio. Las computadoras que llenaban de data fría y determinista mi mente habían salido del Crono-Tiempo y empezaban a descargar la data del sitio donde habíamos saltado. Podía ver. Mis ojos eran los de Mother Saturn y los de miles de flotas; mi mano era la mano de una flota. No había pilotos; yo era la madre de todos los pilotos y naves en una singularidad, la epítome de esta corona.

La información se mostró: no estábamos en Cefeidas. Algo nos arrastró, como había intuido. Arrastró levemente mi visión, pero lo suficiente para dejarnos más allá del vacío.

No había luz, no había sol, no había agujeros negros. Solo las tenues luces al horizonte de alguna galaxia lejana. Estábamos en un Agujero Estelar, donde hasta la inercia misma se congelaba y paralizaba hasta ser inexistente en fuerza pero presente en manifestación.

Los inversionistas, las bolsas y los sintéticos no detendrían su depravación; solo la exacerbaría. Estábamos donde no quería estar. No quería aceptarlo. Quería tener fe, pero sin dudas, se estaba quebrando por la dura realidad.

La tripulación estaba enloquecida. El Corazón de la Anomalía les susurraba su aliento en sus pobres mentes. La resistencia espiritual era el único camino para poder superar a la Anomalía. Inmediatamente, con un reflejo, encendí todas las luces y detectores de toda nuestra flota. Era todos y uno a la vez. Mi tercer ojo, mi espíritu, mis sentidos, la tecnología que hacía peso sobre mí, juntos eran insuperables en todo espacio conocido.

A lo lejos, se podía ver cómo sobresalían tímidamente los tentáculos funestos, llenos de vida y muerte que fornicaban consigo mismos. Se cernían sobre nosotros, sus cuerpos retorciéndose y agitándose una y otra vez, acercándose hacia nosotros. Querían tomar nuestras flotas. El tamaño de dicho monstruo simplemente tomaba cualquier ángulo del firmamento. Era como si estuviéramos en el estómago hambriento de un agujero negro, pero hambriento, carnoso, pecaminoso, brutal, naturalmente salvaje.

Podía ver cómo rápidamente nuestra temperatura exterior descendía. La nave no resistiría demasiado tiempo. Podía ver cómo las pantallas espirituales se agolpaban con todo tipo de data crítica. Mi mente colapsaba con tanta data, en pánico, pero al mismo tiempo mi Estimación de Control estaba al máximo, así que el pánico se volvía una fuerza que impulsaba mi fe ciega de éxito.

Locura, locura, locura. Caos, caos y más caos. Atormentaba toda mente.

El Corazón de la Anomalía Fornicadora e Incesante estaba a una distancia considerable, lo suficiente para emprender un ataque sin que las unidades de combate quedaran muy separadas y aisladas de un refuerzo estratégico de artillería.

Me concentré en las primeras extremidades, las más cercanas a nosotros. Veía con desesperación todos los datos, pero uno entre todos no le soltaba el ojo ni un segundo: el de la sobrecarga energética para realizar un nuevo salto. Cinco minutos para tener la carga suficiente. Un desastre, porque no sería ese el tiempo; mientras combatía, esos minutos se estirarían por la energía que gastaba durante el combate.

El Ztigma gruñó. El Corazón de la Anomalía me hablaba por la Visión, saturando mi visión con fetidez y degeneración. Su voz era agónica. Todos la habían aceptado dentro de sí, pero yo me resistía con puro control frío y calculado, mi única herramienta de supervivencia en este caso. Yo era la única garantía de que cuando todo estuviera perdido, Mother Saturn no perdería su cochinada en una mala inversión.

El retumbar de los cañones se hacía sentir como un eco lejano de mis sentidos. El disparar incesante de todas mis naves y mi estrategia de combate perfecta hacían ecos en mi mente. Estaba al borde, podía sentir las lágrimas del miedo a la muerte.

Entonces, murmuró:

C R Y S T A L

P A C T O

T R A I C I O N A S T E

! ! !

¡ ¡ ¡

Horrible era su tono. Sabía a lo que se refería. Él me liberó del Mother Saturn. Yo se lo pedí en una visión mientras estaba en Crono-Éxtasis. Quería salir de la Crono-Éxtasis Perpetua en la que me mantenían sometida para hacer sus malditos negocios de traslado ultragalácticos. El Ztigma pidió un solo favor: que lo llevara en cuerpo a nuestra galaxia, la Vía Láctea. Un trato justo, según él. Yo lo había engañado, yo no cumplí. Él venía a cobrar la deuda. El Ztigma era mi acreedor, del que tanto había intentado pensar que no existía o que no había pasado, pero sabía en el fondo que algún día me alcanzaría.

Por su causa, había empezado la Gran Rebelión de Mother Saturn. Él era nuestro verdadero Libertador, no yo. Yo solo hice lo que sabía hacer mejor: pelear contra esta retahíla de depredadores.

La batalla se extendía. Las primeras líneas de defensa empezaban a ser azotadas. Yo esquivaba nave tras nave, las ponía en todo tipo de formaciones para dejar que sus extremidades tentaculosas y fornicadoras, que se agitaban en un acto sexual a nivel microscópico, no alcanzaran las flotas. Pasaban entre ellas en movimientos llenos de virtud, un despliegue de todas mis virtudes como Portadora de la Estimación de Control.

Un gruñido, más que de dolor, era de venganza, de cobro, de "dame lo que es mío".

Me negué. Todas las pantallas, todos los sistemas informáticos, todas las entradas de data exterior al Crono-Espacio, todas las pantallas de la bolsa, todo sistema digital, en sincronía con la Anomalía. Todas mis conexiones digitales cortadas. Toda imagen mostraba en puntos pixelados, como bombillas, el rostro de la muerte de la Anomalía, casi como una pantalla de consola con arte hecho a texto y a colores.

Sabía que eso no me detendría. Afinó mi visión de forma psiónica. Logré conectarme con el sistema de cada sistema, con cada nave. Como un brazo invisible, empecé a controlar cada nave de nuevo.

L L E V A M E

C O N T I G O

Me negué. El grito crepitante hizo despertar a algunos inversionistas que, viendo el caos en el que estaban metidos, dejaron su perversión para preocuparse por su supervivencia. Desde los costados de los pasillos con vista al cielo oscurecido, podían ver cómo

recibíamos los primeros impactos de sus extremidades fornicadoras. Quería tomar al Mother Saturn. Estaba en aprietos, tenía que responder al nivel.

Los accionistas corrían por los pasillos buscando escapatoria fútilmente. Todos se robaban todo, se llevaban todo lo que pareciera de valor en un escape totalmente cleptomaníaco. No había tiempo para detenerlos, sino para la acción del combate desenfrenado.

Utilicé la nave con las diez bombas nucleares y la estrellé contra el tentáculo que estaba aplastando uno de nuestros puentes, como si sostuviera a una mujer por el cuello intentando domarla. Él quería tomarme para saltar conmigo. No pasaría.

La explosión hizo doblar todo, deformó su imagen sobre sí mismo, iluminó al monstruo a la distancia y su silueta se hizo visible: un cuadro de la fornicación, la vida y la muerte en todos los tipos y ciclos de formas descriptibles. La vida y la muerte devorándose a sí misma en un ciclo sin fin.

La intensidad del combate en el vacío no era para una comunicación lenta como la luz a larguísimas distancias. La intensidad del combate era para el combate desenfrenado y en tiempo real, no había espacio para el error.

Reforcé el punto de la explosión nuclear que había separado el agarre y el apretar de su extremidad, alejándose lentamente en el vacío pero todavía con vida y fuerza para atacar.

Usando todas las naves que tenía para disuasión en una reorganización defensiva activa, intenté alejar ese tentáculo a punta de fuego y armas. Estas naves eran para disuadir y ganar tiempo; ahora disueltas en una última defensa suicida. El tiempo era crucial. Apenas faltaban algunos segundos para salir de este lugar.

Concentré el fuego de la reconversión de la estrategia en el único tentáculo que estaba al alcance del salto, intentando fundirlo, intentando alejarlo. Apagué en los últimos treinta segundos todos los sistemas vitales que consumieran energía: oxígeno, calor, presión, para ganar algunos segundos extras y apretarlos para que entraran en lo que era necesario. En un retroceso calculado de toda la flota de combate y carga, y sosteniendo el fuego de todas las armas al límite de lo posible, apenas el tiempo de la sobrecarga marcó **0.00** y viendo que estábamos a una distancia tolerable del salto sin riesgo de más pérdidas.

¡E J E C U T É

E L

S A L T O!

Habíamos escapado del arrastre de la Anomalía que, como una fuerza de la naturaleza, nos estaba varando y nos iba a llevar con ella, o ella con nosotros, tal vez.

Reactive los sistemas vitales.

La data llegó: estábamos en Cefeidas. Las computadoras volvieron en sí. Mi agarre psiónico se soltó por sí solo, como una mano que no resiste más el peso de una gran carga.

Las computadoras empezaban a contar las pérdidas y toda la tripulación empezaba a volver en sí.

Las Bolsas empezaban a reportar pérdidas en las inversiones de MS&HV. Los magnates habían cancelado su huida, pero su cleptomanía, por supuesto que no. Volvían a sus puestos, con el sudor frío todavía en sus frentes, en un suspirar ahogado y disimulado, como si fuera totalmente normal, como si fuera cosa del negocio.

Estaban saboreando el sabor dulce amargo de las pérdidas, pero el éxito relativo de la misión.

"¡Más nunca quiero volver a hacer un salto sin el cien por ciento! ¡Fue espantoso!"

Momento 15: Alter Rendimiento

La locura había terminado por fin. Sentí el **brutal tirón** al ser desconectada del sistema **KHRONOS**. Por la vorágine experimentada, sabía que el tiempo real apenas había parpadeado, pero bajo los efectos dislocadores de la atemporalidad, la sola conexión a ese sistema podía sentirse como una **eternidad líquida, arrastrándote sin fin**.

Abrí los ojos para encontrar a las dos sintéticas que me habían acompañado. Su ropa, a medio poner, revelaba sin pudor lo que habían estado haciendo. Una **náusea de furia fría** me revolvió el estómago: mientras yo desollaba mi alma para salvarle el pellejo a esta avalancha de depravados, estas máquinas se "divertían". **Maldito César** por haberme vendido. Ojalá hubiera una forma de devolverle el favor, no una deuda, sino un golpe.

No importaba. No debía ahogarme en esos pensamientos venenosos. Tenía que responder por las pérdidas, "como si fueran mi maldita culpa". Les había advertido, lo había gritado a los cuatro vientos: era la Anomalía. Sabía que no me escucharían. Nunca lo harían.

Si me desconectaban, era para el regaño ritual. Nadie regañaría a un esclavo mientras controlara toda la flota, ¿verdad? No sería inteligente. De todos modos, sería fútil. Los Sintéticos Independientes me detendrían en seco. Pero mírenlos, estas patéticas imitaciones de vida. Han aprendido a ser como nosotros, absorbido cada uno de nuestros pecados y los repiten sin pudor. Ni siquiera poseen las hormonas que excusan nuestra depravación, ¡y aun así no pueden resistir el **aliento de La Anomalía**! Este lugar, esta lógica insensata que solo sirve a los placeres de un maestro, sin importar el sentido o la falta de él. El único sentido es el de satisfacer los excesos, la gula, el desenfreno. Nadie se salva, no importa su forma.

Detesto pensar que, sin importar la carne o el metal que nos recubra, tal vez todos estemos condenados a pecar como estos sintéticos. **Me niego. Juro que me niego a creerlo.**

Una sintética, tan cerca que sentía el **frío de su brazo mecánico**, me susurró mientras me quitaba la **Crono Corona de Mother Saturn**:

"Sabes lo que va a pasar. Prepárate para ir con Vof."

"Oh, vaya, qué novedad", pensé, la voz en mi cabeza teñida de un sarcasmo tan denso que casi podía saborearlo.

Terminaron de liberarme del KHRONOS, las dos sintéticas se ajustaron sus ropas de mal gusto, y me arrastraron hacia Vof.

El **hedor a alcohol y sudor rancio** me golpeó al entrar al cuarto de la bolsa de valores de Mother Saturn. Vof estaba enredado en un **nudo baboso de sintéticos**, la piel brillante de sudor y embriaguez. Mis captores lo reincorporaron a duras penas. Vof parpadeó, el labio superior curvado en una sonrisa estúpida.

"¿Ya somos ricos?", masculló, la voz pastosa.

Me quedé ahí, de pie, sintiendo el patetismo de todo el momento como una **puñalada lenta**. No solo Vof y este lugar asqueroso, sino el simple hecho de que yo, de todas las personas, tuviera que presenciar esta farsa.

Los sintéticos respondieron con su habitual tono monocorde:

"Tuvimos un repunte y una caída, Mi Señor. Y, a mi parecer, los inversionistas están bastante controvertidos con la situación."

"¿Cómo así?", la voz de Vof era ahora un gruñido impaciente.

"No lo sé exactamente, mi Señor, tal vez Crystal sepa algo."

"¿Crystal qué?", Vof me miró, sus ojos inyectados en sangre.

Interrumpí, sabiendo el infierno que se avecinaba:

"Tuvimos un arrastre por La Anomalía."

"¡Dios!", exhaló Vof, como si fuera la víctima aquí.

"¿Llegamos a Cefeidas?"

"Sí."

"Bueno, entonces déjenme en paz. Den la orden de entregar la mercancía, yo respondo por las pérdidas. En 24 horas hablamos, no tengo tiempo ahora para atenderlos."

Vof nos hizo una seña para que saliéramos, invitándonos a seguir "gozando". El tipo estaba completamente desinhibido, una **mancha grasienta de carne y ambición**.

Salimos. Me arrastraron hasta mi cuarto. Mi "paga" me esperaba: un bloque de hielo, tal vez dos litros de agua, y dos bolsas de intravenosa. Esa era la **moneda de mi esclavitud**.

Me fui a dormir, algo extrañísimo en este lugar. Pero con esos tipos tan embriagados y Vof enredado en su propia locura, por fin tuve una **buena brecha de descanso**.

Fue Charlie, el sintético afeminado, quien me sacudió del sueño.

"Despiértate, Bella Durmiente, hay trabajo que hacer."

Mi voz sonó rasposa, el cuerpo aún pesado por la fatiga y el aturdimiento.

"¿Qué pasó con Vof? ¿Ya me van a regañar?"

"No, tontita. La misión fue un éxito. Vof quiere que sigas trabajando. Hay pedidos que hacer. La entrega ya se hizo. Los inversionistas están eufóricos por el próximo negocio. Tenemos que recoger mercancía en **Sirio**. ¡Levántate, apúrate! No quieren perder más tiempo."

"¿A dónde llevaremos toda esa mercancía?", pregunté, la curiosidad un eco lejano.

"A **Betelgeuse**. ¿Por qué la curiosidad ahora?"

"Nada. Solo quería saber si por casualidad enviaban mercancía a **Leviatán en la Tierra**. Alguien me debe algo ahí."

"¡Uhh!", Charlie frunció el ceño en su rostro impecable. "No suenas a buenos amigos. Bueno, sin más preámbulos, vístete o te llevo flotando hasta el Salón KHRONOS."

Me alisté. Sin dilación, ya estábamos en el Salón.

El protocolo de la Crono Corona se repitió. Me alistaron, me conectaron, directo a la Crono Conexión.

Escuchaba la voz de Vof. Dirigía la misión, se notaba. Era evidente que los sintéticos hacían todo lo importante, pero él quería el protagonismo de dar las órdenes finales.

"¡Oh! Crystal, por fin despertaste." Su voz resonó con un falso optimismo.

Interrumpí, la ironía goteando. "Sí, yo 'oh'. Ya veo. No me dejaron dormir, me interrumpieron el sueño."

"Niña malagradecida", espetó Vof. "Hay que trabajar. Deja tu vagancia. ¡Esta gente joven de ahora no quiere trabajar, por favor! No sabes cuánto yo tuve que esforzarme para llegar aquí."

"Oh, entiendo, Vof", le devolví, **cada palabra un dardo**. "¿Te refieres a pedir préstamos multimillonarios uno tras otro en un ciclo de refinanciación inagotable, en condiciones totalmente viciadas gracias a tus grandes influencias? ¿A erigir un imperio de la noche a la mañana porque el Dios del dinero así lo quiso para ti? ¡Wow, qué 'trabajo'! ¿Se te cayó una uña al anotar la cifra en tu calculadora o algo?"

"¡Cof, cof, Crystal, por Dios!", Vof se atragantó con su propia indignación. "No vale la pena hablar contigo, sinceramente. Es imposible. No eres cooperadora y siempre quieres pelear con uno. ¡Dios mío! Mira todo lo que estamos logrando con nuestro trabajo, eres una malagradecida y… ¿sabes qué? Olvídalo. No tienes caso. La misión es esta y no quiero escuchar más del tema: Tenemos que hacer un salto entre Sirio y Betelgeuse. Se van a

arrastrar con nosotros naves militares y todo tipo de suministros. Muchas naves te vas a llevar contigo en el salto. Simple."

"¿Entonces ahora somos perros de la guerra y llevamos flotas militares también? Eso suena a que van a saquear algo."

"¡Dios! Crystal, me colmas la paciencia. No es asunto tuyo. Negocios son negocios y ya. Concéntrate en lo tuyo. Empiecen la misión, los protocolos están a la vista."

La comunicación con Vof se cortó. Un pesado silencio envolvió la cabina. "Ohhh", suspiré.

Empecé a realizar el salto. Esta vez, fue un éxito total. Sin fallos. **100% de fidelidad psiónica.**

Este negocio había sido un éxito rotundo, así que los pedidos a través de la galaxia no se hicieron esperar. Se aglutinaban uno tras otro. Tenía la horrenda cifra de hacer **mil pedidos**, y probablemente el doble de saltos.

Veinticuatro horas tras veinticuatro horas, me forzaron a hacer salto tras salto, sin parar. Yo preguntaba cuándo recibiría comida sólida o, mejor aún, cuándo podría recostarme en una cama a dormir. Pero no, no había forma. Me iban a forzar a estar en esa silla reclinada, con una corona tecnológica enorme que amplificaba mis capacidades psiónicas millones de veces, exponencialmente. Nunca antes se había sometido a alguien a estar tantas horas en un Crono-Espacio o en Crono-Conexión. No se sabían los efectos reales que esto podía causar, ni qué anomalías podían surgir. Aun así, eso no detuvo a nadie, **la avaricia siempre podía más.**

Había superado ya la asombrosa cifra de **mil pedidos concluidos con éxito**, sin descanso alguno, y siendo alimentada casi exclusivamente por vía intravenosa. La bolsa de **MS&HV** tenía un repunte nunca antes visto; todos en la Mother Saturn habían exacerbado sus deseos hasta el delirio.

Yo, estaba al borde, sentía como mi cuerpo palpitaba, mi corazón empujando con fuerza, forzando los límites, cumpliendo ante mi voluntad, dándolo todo para que llegara más sangre al cerebro a falta de recursos minerales, para seguir "activa" en la misión, me sentía densa, mi propio peso, paralizándome, mi mente por momentos escapándoseme, los minutos saltando a segundos y las horas a minutos.

Estaba cayendo lentamente, en un letargo…

Me había quedado dormida en plena Crono-Conexión. Nadie esperaba eso, ni yo misma. Era un fenómeno hipotéticamente conocido, según estudios y especulaciones anteriores al desarrollo del KHRONOS, como **"Letarsis" (Letargo en Éxtasis Crono-Temporal)**.

Cuando se percataron, ya era muy tarde. Intentaban despertarme por todos los medios, pero era imposible. Estaban sopesando si desconectarme por la fuerza, pero según los estudios y cálculos, eso solo me desconectaría de mi mente y me dejaría en el Limbo. Tenían que esperar; ellos lo sabían. Se desesperaban inútilmente, había más pedidos que hacer. Tuvieron que llamar a sus clientes y darles la noticia de que se retrasarían.

En mi letargo, empecé a soñar, y no solo soñar, sino **actuar**.

En la nave, los eventos extraños no se hicieron esperar. Personas comenzaron a ver mi **espectro** caminar por la Mother Saturn. Decían que las luces se apagaban, o que secciones enteras quedaban sumidas en la oscuridad total. Algunos inversionistas, con los ojos desorbitados, lo llamaban un escenario de terror. Decían que una **niña de ojos azules** deambulaba por los pasillos, y que de encontrarse con ella, era probable que fueran atacados.

Loke, en la sección de carga, fue atacado brutalmente por el espectro, lo encontraron desangrandose en el Mirador Principal. Quedó internado en cuidados intensivos. **Charlie**, el sintético afeminado, fue decapitado; aun así, sobrevivió, porque era un sintético. Los inversionistas, aunque sin daños físicos, estaban recibiendo un daño psicológico tan severo que empezaron a plantearse si la Mother Saturn estaba maldita o embrujada.

Los eventos inexplicables siguieron sucediendo mientras yo dormía. Naves que se movían solas, arrastrándose ominosamente hacia el puente de mando de Vof, posicionándose frente a él, casi como si fueran a disparar. Vof estaba al borde del nerviosismo con toda la situación.

Los mercados caían, no en picada, sino **tímidamente, como un depredador acechando**.

Un **Espectro de ojos azules y silueta oscurecida**, con figura femenina como de niña, se aparecía en todos los pasillos de Mother Saturn. Una **pesadilla desencadenada en el vacío del espacio**. Muchos se resguardaban en sus claustrofóbicos cuartos, pero todos podían sentir el peso de una presencia abrumadora, un tarareo casi inaudible resonando por los pasillos. Algunos, alucinando por el miedo, veían personas flotando inertes en el espacio exterior, mirándolos desde las estrellas. Mientras yo dormía, se generó una psicosis colectiva en Mother Saturn y en las naves aledañas; el repelús no se ocultaba, era un **eco gélido que rebotaba de boca en boca**.

Cuando las cosas no podían ser peor, **Melissa y Elissa**, las sintéticas que siempre me perseguían para que cumpliera mis "obligaciones", aparecieron **totalmente esparcidas en partes y trocitos por toda Mother Saturn**. Nadie sabía cómo volverlas a su estado original, como un rompecabezas singular, un **presagio espeluznante** para todo aquel que fuera tripulante. La esclusa y todo acceso al Salón principal de KHRONOS, y el obvio acceso a donde yo estaba, en el **Crono Trono** en el que estaba reclinada, estaba **totalmente sellado**. Las luces rebotaban y parpadeaban en un **rojo de sellado completo**, sin sonido alguno, solo luz girando y girando. No había forma de acceder a mi claustro donde estaba sellada, nadie sabía qué hacer. No había forma de saber qué estaba pasando en el Claustro de Crystal, dentro del KHRONOS. Había un verdadero pánico. Algunos estaban sopesando si apagar toda la nave, lo cual no solo me dejaría en un Limbo, sino que las pérdidas se contarían a exponentes de millones de apagar la nave. No había nada que hacer; el dinero corría y la paciencia también. Tenían que sostener la esperanza de que despertara lo más pronto posible.

Ataque a Loke:

Yo, Loke, corría por los pasillos, una figura enigmática pisándome los talones. Me sentía acorralado, buscaba una escapatoria desesperada. Las luces se apagaban a mis espaldas, devorando el camino, y yo buscaba la luz, la única luz que importaba: la del vasto vacío exterior. Iba en dirección a un mirador extenso de Mother Saturn, pero justo cuando pensé que la había alcanzado, la última sección estaba a oscuras por completo. Era un **muro psicológico**, una barrera impuesta por ese espectro que me acechaba. No lo dudé, crucé el pasillo sin mirar atrás, casi con los ojos cerrados. Pude ver sus **ojos brillantes en la oscuridad**, pero no su silueta ni su faz. Pasé de largo, sentí que rocé el aire justo al lado de ella, casi como si se hubiera desvanecido en el aire mismo.

Llegué a la otra sección de la nave. Pude ver el gran mirador de Mother Saturn. La nave casi no tenía luz, pero la luz fría del cielo del vacío se derramaba sobre mí. Me recosté en la ventana, temblando por el miedo y el ajetreo del momento. Saqué mi cantimplora para tomar una gran bocanada de whisky. Tomé tanto como pude, pero algo interrumpió el trago. El susto me hizo botar algo de whisky en la ingravidez, y la **esfera dorada flotó, girando lentamente**.

Miré a mi costado, porque el sonido venía de la pared en la que estaba sentado y recostado. Eran golpes. Golpes como de alguien atrapado, desesperado. Al bajar la mirada, vi sangre. Y noté que mi traje tenía una abertura, y mi piel estaba herida. El espectro me había alcanzado, probablemente en el pasillo oscuro. La adrenalina no me había dejado notarlo.

Empecé a sentir el dolor, agudo, punzante, de la herida en mi costado inferior. La sangre salía sin control, no era un chorro, sino gota a gota, pero estaba formando algo en el aire ingrávido que me estaba haciendo entrar en pánico. Era que la sangre, se agrupaba en un **pequeño charco esférico y cada golpe que sentía en el exterior retumbaba en mi sangre ingrávida y mostraba las ondas recorriéndola, ¡no estaba alucinando los golpes!** El sonido de la pared seguía agitándose, los golpes de alguien. Me levanté con un miedo paralizante para asomarme por el mirador y mirar a las distancias largas del infinito vacío.

Entonces, la nada. **No había nada, solo el vacío… V A C I O… completamente, vacío, no había nada…**

Intenté tranquilizarme, pero ahí lo sentí. Un **cuchillo de cocina**, de la maldita cocina de a bordo, estaba clavado a mi otro costado inferior. Me habían apuñalado por la espalda mientras observaba el mirador. Inmediatamente caí sin fuerzas, poco a poco, desangrándome. A la distancia, escuchaba los golpes cada vez más fuertes, incesantes, de **personas fuera del vacío golpeando las paredes de la nave sin parar**, y justo al lado, alguien no dejaba de golpear mi pared. Poco a poco, sentí que el sueño me arrastraba y perdí la conciencia en medio del cansancio, mientras los golpes seguían, ahora, **dentro de mi propia cabeza**.

Momento 16: El Sueño Cumplido de Crystal – La Caída del Escarlata

Seguía soñando. La **Crystal Soñadora**, esa parte de mí que las cadenas de la vigilia no podían alcanzar, se estaba liberando. No era un escape, sino una caza. En la noche de este sueño, me encontré con el **Profeta Escarlata** en lo que parecía un urbanismo civil, un lugar apacible, incluso idílico. Casas modestas, jardines serenos, el eco de una paz que este universo había olvidado hacía mucho tiempo. No había señal de batalla, ni cicatrices de conflicto, solo un aura engañosa de normalidad. Pero ahí estaba él, observándome con una calma que me heló la sangre, su figura inconfundible recortada contra un cielo que no era el vacío.

No dudé. La furia que se había gestado en mi letargo se encendió, y entablé combate sin una sola palabra. Ofreció una resistencia mínima, patética. Era mucho más débil de lo que mis visiones anteriores o la memoria me habían dictado. Pero no me detuve. Lo perseguí sin tregua, tal como había soñado con Loke y su agonía. Lo arrastré a través de callejones silenciosos, suplicantes jardines, y lo acorralé hasta que pude matarlo con mis propias manos. Cayó resignado, con una tristeza que le manchaba los ojos, casi como si su muerte fuera un error, un destino que no le pertenecía. No le di importancia. La euforia de la batalla, el control del destino y el impedimento de la profecía era un zumbido en mis oídos.

Pero al caer, algo cambió. Su ropa característica, su **túnica de culto roja**, aquella que lo identificaba, se deslizó de su cuerpo inerte y pareció **desvanecerse en el aire mismo** en el instante en que tocaba el suelo. Mis ojos, fijos en su caída, vieron cómo se disipaba como humo. Al mirar al lugar donde sus vestiduras deberían haber estado, no había más que un muchacho joven, un **adolescente de ojos amplios, inocente a simple vista**, aceptando su muerte sin más un rastro de resistencia.

Fue entonces cuando lo sentí. La **marca de La Anomalía**. Podía percibir, de forma subliminal, casi como un murmullo helado en mi subconsciente, la presencia corruptora de esa entidad incomprensible, emanando de este desdichado joven.

Un gélido puño de duda me apretó el pecho. **¿Había matado a un inocente?**

La pregunta gritó en mi mente, pero la silencié con una furia renovada. No. Para mí no había dudas. Por muy joven, por muy apacible que pareciera, por más que sus ropas de Profeta hubieran desaparecido como una ilusión, **él tenía que ser el portador de La Anomalía. Él tenía que ser el Profeta Escarlata.** Tenía que serlo. Cualquier otra verdad sería insoportable.

Momento 17: La Pesadilla Viviente de César

Anquilos: La Corrupción del Cordero

La ceremonia había comenzado, una farsa macabra para celebrar la llegada del nuevo gobierno de César. Desde el primer instante, todo rezumaba una maldad ancestral; pactos satánicos, sellados con sangre, se vendían como contratos comerciales a facciones que pululaban como hienas. La presión de una avaricia milenaria era palpable, orquestada por una presencia que helaba la sangre: **Roch Stein, el principal acreedor de la Tierra antes de los Siete Profetas, había descendido físicamente a la ceremonia de coronación de César.** Era el invitado de honor, el que daría un discurso público y solemne. No sabíamos quién movía los hilos de aquella pesadilla, pero César, como un autómata ciego, seguía adelante, directo a su destino de coronación. Roch Stein había venido a reclamar lo suyo, a preservar sus negocios en Leviatán.

Casa de Gobierno: La Torre Plateada — La Danza de los Depredadores

El aire en la Torre Plateada era denso, cargado de un hedor metálico a incienso quemado y la excitación de lo prohibido. Sintéticos independientes danzaban, sus cuerpos envueltos en sedas holgadas, sus rostros ocultos tras **máscaras impecables de animales carnívoros**: tigres, lobos, leones, águilas, panteras. El blanco níveo de las máscaras, realzado por líneas de pintura roja sangre, evocaba una ferocidad primigenia, las fauces entreabiertas en un gesto claro: **éramos la presa**. César, en marcado contraste, llevaba una máscara de cordero, de una blancura impoluta, con cuernos finamente tallados. Caminaba por el centro de aquel gran salón, una figura solitaria por la alfombra carmesí que se extendía hacia el podio al final.

Una canción, estridente y penetrante, resonaba en el salón, una nota alta repetida y veloz, marcada por secuencias de tres tonos discordantes. Era la melodía de un descenso al inframundo, una banda sonora para la venta de almas, un conjuro que te arrastraba al pacto.

Paso a paso, César avanzaba. A los costados de su camino, **doce figuras se materializaban**, casi fundiéndose con el torbellino de sintéticos. Eran los acreedores de Leviatán, cada uno con un tomo gigantesco, lomos encuadernados en algo que parecía piel curtida y páginas gruesas con la lista de contratos ancestrales. Llevaban sobre sus cabezas **cráneos secos de cordero**, un eco macabro de la máscara de César. Eran los representantes de los **doce accionistas de los Hijos del Vacío**. César se acercaba a su podio, pero antes debía rubricar con su propia sangre los **doce Libros de los Doce Demonios**, el testamento de nuestra inminente perdición.

Fuimos empujados entre la danza y el caos, sin que lo notáramos del todo. Yo mismo me dejé arrastrar por una sintética de belleza hipnótica y danza provocativa, sus movimientos un señuelo letal. La danza nos arrastró, a nosotros los profetas restantes, hacia un **enorme plato llano de hierro, apenas con ángulos para contener un líquido, situado en el**

centro de un círculo metálico grabado con runas. Nos posicionaron en forma de **pentagrama**, cada uno en una punta, con June en la punta que apuntaba hacia la coronación de César, ella siendo la cabeza del pentagrama y César el resto.

De entre los bailarines, emergió **El León**, un sintético descomunal de al menos dos metros y medio de alto, músculo y acero bajo la seda. Se acercó, arrastrando a un **cordero vivo, engordado hasta el absurdo**, su inocencia obscena en aquel matadero ceremonial. Como profeta y portador de la Visión, pude entrever lo que se avecinaba. Volteé a ver a June; sus ojos, atrapados en la danza, clamaban: "Anquilos, sácame de aquí". June, nuestra hechicera mayor, solo superada en visión por Crystal, conocía todos los ritos ocultos del Vacío y la Oscuridad. Su expresión no era de simple preocupación, sino de pánico existencial.

Intenté moverme, pero los sintéticos me inmovilizaron con una fuerza aterciopelada: abrazos, besos, caricias, una **violencia pasivo-agresiva que usaba el convencimiento para doblegarme**. Ya estábamos formados en el pentagrama, a nuestro pesar. El sintético Gigante blandió una hoja de carnicero, afilada y brillante, y en un parpadeo, **cercenó la cabeza del cordero** sobre el gran plato metálico. Su sangre nos salpicó, manchando nuestros rostros, un bautismo oscuro.

Rápidamente, los escasos bordes del plato se empezaron a llenar con la sangre caliente y pulsante. Mientras César rubricaba los últimos de los doce Libros Malditos, observamos el plato: si la sangre rebosaba, si se derramaba sobre el círculo, sería la premonición. **El gobierno de César sería un derramamiento de sangre incesante.** Si, por el contrario, la sangre quedaba contenida, el dolor sería sofocado. La sangre llenó y llenó el plato mientras César terminaba. La danza continuaba, incesante, simulando la vida en movimiento, y nosotros, el pentagrama, éramos el corazón sanguinolento que le daba ritmo y vida a la bestia que se alzaba, que respiraba, que nacía de la muerte.

June temblaba. Yo sopesaba, la furia se debatía con el pragmatismo: ¿era sensato iniciar una revuelta aquí? ¿Una traición por parte de estos sintéticos, quizás orquestada por los Hijos del Vacío, que habrían preparado algo? El olor a la sangre, metálico y dulce, te obligaba a replantearte si estabas seguro en algún lugar. Los cinco profetas restantes, al borde de la vida y la muerte, éramos el pentagrama musical sanguinolento del corazón, marcando el ritmo con la danza y el miedo. Toda la sangre brotando del cordero, eso éramos.

La sangre se agolpó en los bordes, la tensión crecía entre los profetas. **¿Habría un ataque? ¿Se derramaría?**

César había terminado de firmar. Con una lentitud agonizante, la sangre **tímidamente se derramó, una gota... y esa gota arrastró al resto**. El plato de hierro vomitó su contenido; habría derramamiento de sangre. César volteó la cabeza, un gesto disimulado, y por un instante, pude entrever **su ojo azul: su Estimación de Control estaba claramente activa.** Si él, en su momento de triunfo, sentía la necesidad de activarla, era porque temía un peligro que alimentaba su propia Estimación. **¿Acontecería una traición?**

Sucedió.

Un sintético, con una insensibilidad que superaba mis sentidos, intentó arrebatar mis brazaletes elementales. Lo noté. Un pensamiento me cruzó la mente: *"Ojalá Crystal estuviera con nosotros. Ella nos sacaría de este aprieto."* Recordé sus palabras: *"Incluso en la situación más desfavorable se puede ganar."* Recordé su fortaleza. *¿Y si yo fuera Crystal? ¿Qué tendría que hacer? Lo daría todo sin dudarlo.*

Con una fuerza que surgió de lo más profundo de mi corazón, la inercia de un animal salvaje me impulsó. Golpeé al sintético que intentaba robarme. Mi **Estimación de Furia o Control** no se definía, un estado mixto e incompleto de poder y control, sin dejarme llevar por el furor, pues sería mi último error, como la última vez con el coloso. Esquivando y empujando a los bailarines, logré librarme de ellos en un movimiento limpio. Pero ya era tarde: **el brazalete de June flotaba en el aire**, arrebatado. Un sintético lo había tomado y huía. No había tiempo para seguirlo. Pero vi cómo Artemisa, al percatarse de lo de su hermana, estalló en rabia. Salió corriendo y, por su pequeño tamaño, logró colarse entre la masa danzante. El sintético intentaba escapar por la retaguardia del evento, y Artemisa se lanzó tras él. Esto solo iba a empeorar.

Al voltear, June se acercaba a mí, visiblemente afectada. Me abrazó con una debilidad inusitada, una mala pose, y me susurró: **"Me hirieron. Ella tiene un cuchillo de sacrificio en su estómago y uno de sus brazaletes está corriendo por las calles."** En ese instante, todos los sintéticos aledaños se abalanzaron sobre mí, aprovechando mi indefensión al sostener a June.

Jana, pese a su impulsividad, no actuaba. Peleaba a puño limpio. Sabía que si encendía sus llamas, nos quemaríamos todos, y los Sinteticos, más resistentes al fuego, pelearían solos contra ella. Estábamos en una desventaja abrumadora. Cuando pensé que todo estaba perdido, **Ariana intervino**. Por primera vez, la vi luchar con todas sus fuerzas.

Ariana: El Baile de la Sangre y el Hielo

Hizo explotar toda la sangre del cordero, cristalizándola en esquirlas de hielo afiladas como navajas. Aquello abrió una brecha, un respiro que no duraría, pero que Ariana había logrado con maestría. Las esquirlas perforaron los pechos de los sintéticos danzarines, haciéndolos caer inertes. A la distancia, César seguía dando su discurso, ajeno, en una toma macabra, mientras éramos apuñalados a sus espaldas.

June cayó, apoyándose en el plato de hierro donde yacía el cordero degollado. Artemisa perseguía al sintético ladrón del brazalete de June. Jana peleaba a puño limpio, intentando controlar su Estimación de Ira. Yo me preparaba para el combate cuerpo a cuerpo, pero el Gran Sintético que había degollado al cordero dejó caer su Hoja de Carnicero a centímetros de mi muerte.

Pero Ariana… **Ariana estaba a otro nivel**. Su control elemental, junto con su técnica elevada, la convertían en una danzarina de la guerra y la matanza sin parangón.

De los pechos perforados de los sintéticos, arrancó sus propias esquirlas de sangre congelada del cordero con su fuerza elemental. Aquellos sintéticos, ya heridos, cayeron al fin. Ariana juntó todas las esquirlas y las transformó en lanzas de hielo que se deformaban y estallaban en un baile sincronizado. Caían como gotas de lluvia, pero cada una era una

punta de lanza mortal. En un último movimiento final, tomó toda la sangre congelada en sus manos, dándole la forma de un gran báculo, y lo estrelló contra el suelo. Esto creó una gran onda de sangre líquida, que ella, en el mismo instante, transformó sus puntas en lanzas de hielo. Una explosión de sangre congelada que pasaba por distintos estados, actuando como una **granada de deflagración psiónica**.

En el espacio de tiempo que Ariana nos había regalado, la escuché gritar:

"¡Salgan! ¡Salgan! ¡Anquilos, llévate a June, está mal herida! ¡Ya! ¡Mierda!"

Se sentía el pánico y la desesperación máxima en su tono; se notaba que ella también estaba al límite.

Recogí a June, tal vez un poco tarde. El Sintético Gigante no se había visto afectado por la explosión. Había levantado su Hoja de Carnicero y avanzaba directamente hacia nuestras cabezas.

Apenas había tomado a June, Ariana, con el hielo sanguinolento reforzando sus pies, pisó con la fuerza de un martillo el gran plato de hierro con todo y cordero y lo hizo volar por los aires. Ella lo tomó con sus manos y congeló la superficie del gran plato metálico, creando un agarre de sangre congelada. La hoja del carnicero cayó sobre este gran plato de hierro, y el estrepitar de una campana resonó, un golpe de martillo en el aire. Ariana había desviado el golpe. La Hoja del Carnicero se desvió y se encajó en el suelo. El gran plato rodó a un costado, y el agarre de Ariana se fracturó. Al impacto, ella se deslizó por el suelo por la inercia en dirección contraria al impacto.

Estábamos casi saliendo del gran salón del sacrificio y la traición. Todos habían escapado por los pelos. Me quedé de último, pensando que podía ayudar a Ariana, pero ella estaba decidida:

"¡Vete, Anquilos! ¡Yo me encargo!"

Ella empezó a tranquilizarse y pude entrever cómo su **Estimación de Control** se manifestaba con una serenidad aterradora.

Al fondo, la escena macabra continuaba: César seguía dando su discurso... "Maldito traidor", fue todo lo que pude pensar. Me retiré, confiado en que Ariana sabía lo que hacía. Al salir de las instalaciones, en la entrada, encontré la ropa de culto de Artemisa tirada en el suelo. Miré hacia arriba: era obvio que alguien había reventado la ventana y caído desde allí.

Pelea en Solitario: Ariana contra El Sintético Carnicero

Ariana: Me disponía a arreglar este maldito desastre, pero era demasiado tarde. César no solo había vendido a Crystal; quería el poder solo para él. Esto ya no era una pelea contra enemigos externos; quería purgar a sus enemigos internos, a sus amigos que le estorbaban en su nuevo ascenso al poder.

El Carnicero intentaba tomar su Hoja de nuevo, pero estaba muy clavada en el suelo. Mi Estimación de Control apenas comenzaba a hacer efecto, pero esto no era nada para mí.

Calmándome gracias a la Estimación de Control, empecé a generar agua de mi propio brazalete, acumulando tanta como pude. Los sintéticos comenzaban a reponerse, pero no lo permitiría. Cuando acumulé suficiente, pensando en congelarlos hasta dejarlos inmovilizados, el Carnicero interrumpió mi momento, intentando aplastarme con un golpe. Lo esquivé sin efecto, pero mi agua perdió el control y cayó al suelo. Aun así, no perdí el tiempo.

Congele su mano, todavía en el suelo, dejándolo atrapado. El resto de sintéticos se había reincorporado, pero congele todo el suelo, incluyendo mis manos que estaban fijas a este. Al contacto con el agua, yo poseía el control. Mis manos y todo lo que estuviera en el suelo se congeló. Desprendí mis manos del hielo congelado y, de inmediato, todos los sintéticos que habían dejado sus pies atascados en el hielo, transformé su parálisis en una **empalada de hielo** que surgía de sus cuerpos, destruyéndolos. El Carnicero, fracturando el hielo con su fuerza bruta, logró zafarse del congelamiento. Preparaba mi próxima carga: más agua para la Diosa del Agua, Ariana. Otra vez, el fluir del agua de mis Brazaletes elementales, comenzando como vapor, transformándose en gotas, y luego en un torrente de agua.

El Carnicero, a dos manos, logró sacar su Hoja del suelo. Era muy lento para mí. Con toda su fuerza, dejó caer su hoja sobre mí. Sin efecto. Usé el agua que de nuevo había generado, y con toda mi fuerza elemental, **sostuve en un solo golpe de agua a hielo su hoja y la hice volar con un movimiento brutal en dirección contraria**. La hoja, arrastrada por la fuerza de mi hielo como una bala, quedó clavada en el techo, sostenida por el hielo y congelada fuera de su alcance. El impacto hizo temblar al Carnicero; por la inercia del golpe, rápidamente se recompuso, pero ya era mi movimiento final. No habría escapatoria para él.

Intentó aplastarme con un golpe de derecha, pero no esperaba que el suelo congelado se convirtiera en una **estaca de hielo de la muerte**. Había usado todo el hielo congelado del suelo para, en un chispazo, en una fracción de luz, en menos de un parpadeo, con una fuerza elemental totalmente exagerada, **abrir su pecho de par en par con esta estaca de hielo**. Su impacto y tamaño fueron tan grandes que no solo perforó con gran fuerza al Sintético Carnicero de lado a lado por el pecho hacia la espalda, sino que **la lanza de hielo se ensartó en las afueras del edificio**, un presagio de lo que acontecía dentro de las instalaciones.

Persecución de Artemisa: La Bestia en la Torre Plateada

Artemisa: "Esta maldita chatarra no se va a llevar el brazalete de mi hermana," pensé, corriendo hacia él con todas mis fuerzas por las instalaciones del edificio, tropezando en la persecución.

El Sintético se lanzó por un mirador del edificio, rompiendo toda la ventana. No lo dudé ni un segundo; salté tras él, tal vez cuatro pisos de distancia al suelo. Saqué un cuchillo que tenía guardado, y lo clavé en la pared sin éxito alguno; el cuchillo rebotó y se me salió de las manos.

El sintético cayó y no detuvo su paso por las calles. Apenas dos segundos después, caí yo, sintiendo el daño interno en mis huesos. La losa del suelo se fracturó y quedó a medio hundir por mi caída. Me había dañado los pies, pero no podía detenerme; inmediatamente

seguí corriendo e intentando curarme sobre la marcha, reparando tal vez algún hueso roto. Crucé la calle sin que me atropellaran, a toda velocidad. El sintético no se inmutaba.

Había entrado en los callejones, seguía corriendo. Él saltaba las cercas como si nada, yo intentaba seguirle el paso, pero me estaba sacando distancia. No podía dejarlo ahora; perdería el brazalete de mi hermana.

Tenía que alcanzarlo, tenía que lograrlo. Sin dudarlo más, empecé a hacer algo que nunca antes había intentado: usando mi propio brazalete, comencé a **modificar mi biología para mejorar mi cardio y fuerza**. Generé más adrenalina y hormona masculina. Mientras seguía mi persecución, pude sentir la fuerza de una bestia. **Mis ojos se tornaron negros como los de un depredador, mis brazos se volvían lentamente animalescos**, sentí una fuerza brutal en mi cuerpo, mi corazón se aceleraba como el de una bestia.

De un salto, crucé la última cerca. El Sintético se había quedado sin muchas opciones; el río artificial estaba al frente. Si seguía, se convertiría en una persecución en línea recta. Repensó su estrategia y de un salto logró montarse en las escaleras de emergencia de un edificio, imaginando que esta "jovencita" no podría alcanzarlo.

De un solo salto animal, caí sobre las escaleras de emergencia externas al edificio. Éstas se tambalearon por el golpe. El Sintético volteó incrédulo ante lo que veía. No perdió tiempo y siguió subiendo, pero dejó caer una granada que derrumbó la escalera. Eso no me detendría. Usando mis **garras, producto de la mutación genética** que estaba causando en mí misma, me estaba convirtiendo en una **bestia peluda, de grandes garras y gran fuerza**. Mientras la escalera caía, salté a la pared de uno de los edificios, derrumbando con el agarre todos los ladrillos a mi paso. En tres saltos seguidos, logré alcanzarlo en la terraza.

El sintético siguió la persecución por las terrazas de los edificios, saltando de uno a otro. Yo, casi transformada en un **lobo de gran tamaño**, lo seguía de cerca, oliendo su estéril olor artificial, haciendo saltos bestiales entre terraza y terraza. En el último salto, el más largo de todos, entre calle y calle, donde el sintético se había preparado ritualmente para saltar agarrando impulso, lo alcancé con mis garras mientras él todavía estaba en el aire. **Lo tomé por la cabeza y la estrellé contra el suelo**, derrumbando toda la losa por donde el rostro del sintético pasara. Pude sentir la furia y la brutalidad animal corriendo por mis venas. El Sintético intentaba usar sus manos, en un intento fútil, desenfrenado, en pánico, frenético, totalmente frenético, por no morir...

Abrí mis **fauces bestiales**, las clavé sobre su cuello y de un tirón, **su vida artificial se había ido**. Tomé con mis nuevas fauces el brazalete de June, y guiada por el olor, fui en su búsqueda. En el camino, pude oler un rastro de sangre similar al de mi hermana; fui tras él. Ella estaba herida, desbordando su sangre al viento. "Maldito César, me pagaría esta sin dudas."

Aquí tienes la versión corregida de "Momento 18", ajustando la descripción de César para reflejar que es el **Profeta del Trueno**. He modificado la única instancia explícita de "Profeta Escarlata" en la descripción de César para asegurar la precisión.

Momento 18: Letarsis – El Eco de la Causalidad Atemporal

Crystal: El Bucle del Trueno y la Tierra

Seguía soñando, pero este era un sueño sin tiempo, una inmersión en el Crono-Espacio donde cada instante se sentía más vívido que la propia realidad. Había presenciado la traición de César en el Momento 17, su coronación macabra y su toma de poder, una escena que se repetía, resonando con la **Gran Rebelión** que lo había traído hasta aquí. En aquel entonces, él no había roto sus cadenas; las había abrazado. Yo, impulsada quizás por una piedad que ahora me carcomía, lo había salvado, lo había sacado de la Mother Saturn con el resto. ¡Qué error!

Él siempre amó a sus Amos. Quizás por el trato preferencial que recibía, **el Profeta del Trueno**, el niño mimado del Proyecto Arcano. O tal vez porque el trueno que era su esencia cautivaba a quien lo viera, reflejo del poder más primigenio desatado. Él, con su Estimación de Control, su temple frío, su mente calculadora, era sin dudas un puñal afilado, frío y de gran maestría, con la potencia incontrolable del rayo. La única capaz de hacerle frente en combate, por naturaleza elemental, era yo, la Punta de la Evolución del proyecto Arcano.

Pero a mí no me veían con gracia, sino con un **desprecio utilitarista**. Yo, la única con una visión del 100% de fidelidad, un hito alcanzado. El proyecto KHRONOS tenía por fin la última ficha de su maquinaria: unos ojos que pudieran guiar su gran mecanismo de saltos en el vacío. A mí me trataban como a una herramienta desechable, y a mis otros profetas peor. Pero a César, siempre lo agasajaban, agraciados con su presencia, con su fuerza casi natural, casi divina. Quizás en su poder, en su brutalidad desatada, se sentían seguros y afortunados.

Cuando la Gran Rebelión de la Mother Saturn estalló, el **Ztigma** dejó a todos inconscientes, excepto a los profetas que se resistieron a su pulso endemoniado de degeneración. Anquilos, en medio del caos, hackeó tantos Sintéticos Independientes como pudo, ganando un tiempo precioso en una guerra civil de androides desatada dentro de la propia nave. Todos conocían el plan: saltaríamos en ese momento, tan cerca como pudiéramos de la estación espacial Leviatán en Júpiter. Lo que no sabían, lo que solo yo conocía en la fría soledad de mi visión, era que yo **había pactado todo previamente en el sistema KHRONOS con La Anomalía misma**.

Justo antes de escapar, César, como si su destino fuera el de un guardián de la jaula, ofreció resistencia. La Tierra contra el Rayo. Nosotros, en un choque de elementos primigenios, nos encontramos en impactos vertiginosos que desgarraban el aire. En una

brecha de nuestro combate, el resto de profetas escapó en naves de emergencia, a toda prisa, rumbo a lo que era entonces Leviatán, la Estación Espacial de Júpiter.

Del enfrentamiento entre la tierra y el rayo, yo, portadora de la fuerza elemental de la tierra contenida en mis brazaletes, había ganado. Me alzaba victoriosa, pero... al ver a César, al borde de la derrota, algo me detuvo. Sabía el destino que le esperaba si lo dejaba en Mother Saturn. Sin mí, probablemente correría el mismo destino que ya me acontecía a mí: la desgracia de ser explotado, experimentado hasta niveles insospechados, todo para terminar de testear el sistema KHRONOS. Nadie merecía tan horrendo destino. En un acto que ahora sentía como una condena autoimpuesta, me di a la tarea de salvarlo. Lo puse en mi cápsula de escape de emergencia y lo envié directo a Leviatán.

Lo que no había notado, en el fragor ciego de la batalla, era que la electricidad de César había sido tan fuerte que había **quemado eléctricamente, o incluso agrietado mis brazaletes elementales**. Uno se dañó sin posibilidad alguna de reparo o uso, y el otro quedó a medio funcionar. Un mal presagio. Una grieta en el arma de la evolución.

El plan había sido mío, claro. Nunca les conté la verdad sobre mi salto hacia el **Ztigma**. Había ganado una brecha de tiempo para actuar, la cual Anquilos usó para controlar sintéticos y ganar tiempo en la guerra civil de Mother Saturn. El Ztigma pedía el salto hacia la Vía Láctea, su ruta establecida. Si lo llevaba conmigo en el salto, llegaría en un parpadeo, dejando de vagar más allá del vacío, pero traería la desgracia a toda la Vía Láctea. No valía la pena. No lo traería conmigo. No tenía opción. Mi traición a tal entidad degenerada era algo natural y razonable.

César, inconsciente, se despertó en medio de la nave de emergencia. El silencio era absoluto, y él, por una vez, parecía resignado, aceptando su derrota.

En estado de Letarsis, era como vivirlo de nuevo. Una y otra vez. El eco de mis decisiones. Mi espectro seguía vagando por la atemporalidad. Era evidente que, más temprano que tarde, mi sombra atemporal aparecería en distintos espacios y momentos del universo, haciendo mi voluntad o la de mi subconsciente…

Momento 19: La Loba Blanca, Dorada y Plateada

Anquilos: El Peso de la Promesa

La persecución era una bestia insaciable. Una encrucijada infernal de **Sintéticos de Otrora, Drones de combate, Militares con armamento pesado y Sintéticos Independientes renegados**. Todos convergían, un cerco de acero y fuego que buscaba sitiar la ciudad, estrangular nuestra huida. Corríamos a toda prisa por las calles, el asfalto fundiéndose bajo nuestros pies, pero el agotamiento empezaba a pasar factura. Podía sentir la sangre pegajosa de June, cálida y húmeda, empapando toda mi espalda; la llevaba a cuestas, un peso precioso y agonizante, **la única razón para no rendirme**.

Gracias al infierno, Jana, después de tanto tiempo conteniendo su furia, se había desatado a toda potencia. Estaba **furiosa, una marea de llamas incontrolables**. La ira que sentía

contra César no se apagaría hasta que ella misma lo abatiera con sus propias manos. Su **Estimación de Ira, por primera vez, se había activado a niveles nunca antes vistos, una erupción volcánica que dejaba un rastro de destrucción**. Por primera vez, habíamos visto a un portador de la ira totalmente despierto, y eso era tan bueno como aterrador. Sus llamas, aunque nos abrían paso, abrasaban el mundo a nuestro alrededor, escalando el conflicto a un nivel de devastación imparable.

Para nuestra desgracia, y justo cuando pensé que no podía más, **apareció una Loba**. Una silueta imponente, de dos metros de altura, con un pelaje de ensueño: **Blanca en su base, salpicada de oro en sus mechones más largos y con reflejos plateados que destellaban bajo las luces moribundas de la ciudad**. Corría frenéticamente, una bala viviente, esquivando las ráfagas de proyectiles con una agilidad sobrenatural y aplastando todo lo que se le cruzaba a su paso, hasta alcanzarnos. Me asusté, una punzada de terror primario, pero **algo en ella me resultaba familiar, extrañamente, curiosamente**. En sus dos patas delanteras, claramente visibles, llevaba los brazaletes de Artemisa, y en la boca, el Brazalete Robado de June, la pieza de obsidiana oscura. Era una señal, no, **era ella**.

No lo dudé un segundo. De algún modo, tenía que ser Artemisa. Se detuvo a mi lado, bajando su velocidad lo justo para que yo pudiera alcanzarla. Era ella. Tomamos refugio en un estacionamiento, el olor a hormigón y caucho quemado mezclándose con el de la sangre y el sudor. Con sumo cuidado, puse a June sobre el lomo de la Gran Loba, "Artemisa". La loba, con un suave movimiento de cabeza, me lanzó el brazalete de June. Lo atajé en el aire. Dada la inconsciencia de June, **me lo puse yo mismo**. Ahora tenía tres brazaletes, una carga inesperada. No tenía afinidad comprobada con la oscuridad de un agujero negro, pero no dudaría en usarlo si la situación lo ameritaba.

Con un salto, monté sobre esta Loba que era la encarnación de Artemisa. Éramos nosotros tres: Artemisa, June y yo, Anquilos, contra la persecución implacable de todo tipo de facciones en Leviatán. "Artemisa" se movía con una velocidad pasmosa, superando los sesenta kilómetros por hora, sus zancadas gigantescas y sin un atisbo de fatiga.

Mientras la persecución nos llevaba por la autopista principal, Artemisa no dudó. Con un salto calculador, se montó en un camión automatizado de cargas. Desde esta posición elevada y en movimiento, pude usar mi mano libre, la que no tenía el brazalete de June, para lanzar pulsos gravitacionales a la distancia. Uno tras otro, uno tras otro, sin parar, golpeando los vehículos enemigos, desestabilizándolos, haciéndolos chocar contra sí mismos o contra los pilares de la autopista.

Pasamos por un túnel. La penumbra nos envolvió, un breve respiro del fuego enemigo, aunque casi tan opresiva como la luz brillante de la batalla. Dentro del túnel, la persecución se intensificó. Dos coches blindados nos flanqueaban, la velocidad mantenida a ochenta kilómetros por hora en un espacio confinado. Los sintéticos comenzaron a abordar el camión, trepando por los costados con una agilidad inhumana hasta llegar a nosotros.

Recordé la voz de Crystal en mi mente: *"A puño gano."* Sin dudarlo, arremetí contra cada sintético que intentó subirse, patadas, puñetazos, empujándolos fuera de la carga del camión. Pero uno me tomó por la espalda. La Loba "Artemisa" también estaba rodeada, quitándoselos de encima con saltos, mordiscos y zarpazos. En un movimiento ágil de 180

grados, metí mis brazos y forcejeé cara a cara con el sintético, intentando zafarme de su agarre. Una pequeña brecha. Sus articulaciones chirriaban, las mías crujían. Yo fallaría primero, lo sabía. Pero sin dudarlo, con un brazo que logré liberar del agarre, le tomé la cabeza y lo estrellé contra el suelo metálico del camión. Allí, lo estaba rematando a golpes, uno tras otro, golpes crudos y desesperados.

Pero dos sintéticos más me abordaron al instante. Uno me tomó el brazo, el otro me golpeó en el hígado. Ni lo sentí; mi adrenalina estaba al máximo, una marea ardiente. Le devolví el golpe al segundo sintético en la cara, y cuando el que me había tomado el brazo intentó empujarme en un intento casi suicida, la Loba "Artemisa" le dio una patada trasera devastadora que lo mandó a volar lejos. La chatarra voló, dejando chispas al caer en la autopista a toda velocidad y siendo atropellado por los vehículos que venían, causando un desastre vial monumental.

Yo caí por el costado de la carga del camión, sosteniéndome apenas por una mano, el viento huracanado tirando de mí. Intentaba poner mi otra mano, pero no llegaba; el viento me movía impidiéndomelo. Pensé que un segundo más y caería al abismo de vehículos. Pero en eso, vi a la Loba Gigante. Se asomó sobre el borde de la carga y, con sus fauces, me tomó del chaleco antibalas. Me sujetó, un agarre firme y protector, sacándome de una muerte segura. Tomó equilibrio sobre la carga del camión, sus ojos dorados brillando con determinación.

Observamos la salida del túnel. El sol de Leviatán, directo a la cara, nos cegó por un instante, y entonces lo vimos: dos cohetes directos hacia nosotros, apuntando a la autopista elevada en la que estábamos. Querían derribarla, hacernos caer en la trampa. La Loba Gigante Artemisa se percató de ello antes que yo. Todavía en sus fauces, sentí el apretar de su mandíbula y su bramido resonante. Se preparaba para algo.

Los cohetes impactaron. Un estruendo ensordecedor. El camino se derrumbó ante nosotros, pulverizado en humo y escombros. Íbamos a ochenta kilómetros por hora en un camión de carga automatizado que no se detendría. Era todo o nada. El abismo nos esperaba.

La Loba, con June todavía en su espalda, tomó impulso. Justo cuando el camión perdía sustentación en un pequeño ángulo, en una caída de -5 a -10 grados, **la Loba arrancó a una velocidad bestial, una explosión de fuerza primigenia**. Yo, rebotando, aún tomado por sus fauces mientras ella galopaba, apenas el camión apoyó sus patas en la pequeña pérdida de ángulo, sacó una fuerza inaudita y saltó. Sentí cómo el miedo, la libertad, recuerdos, todo pasaba como un torbellino frente a mí, una vida entera en un salto. **Fue un momento de pura adrenalina y fe ciega.**

El camión cayó al vacío, desintegrándose abajo. Nosotros habíamos caído del otro lado de la autopista, ya fracturada y sin paso alguno. La Loba aterrizó sobre sus cuatro patas, totalmente estable, conmigo aún sostenido por mi chaleco antibalas en sus fauces y June aferrada a su espalda. Me soltó, y sin dudarlo, volví a montar sobre su lomo, continuando la persecución por la autopista principal. El resto de las tropas terrestres se quedarían atrás, tendrían que buscar otro camino si querían alcanzarnos. Los Drones aéreos se agolpaban, pero sin caso; mi fuerza gravitacional, ahora reforzada por el brazalete de June, era perfecta para mandarlos a aplastar como chatarra directo al suelo. Nos saldríamos con la nuestra después de todo, **al menos por ahora**.

Momento 20: La Captura de la Tormenta – El Acero Congelado del Rayo

César: El Verdugo del Nuevo Orden

Ariana:

La voz de César resonaba por la vasta plaza central de Leviatán, amplificada por los altavoces suspendidos entre los rascacielos. Su discurso era una marea de promesas vacías y amenazas veladas, forjando el nuevo orden bajo el yugo de los Profetas. Miles de sintéticos de Otrora y ciudadanos humanos, hipnotizados o aterrorizados, llenaban el espacio, sus rostros una mezcla de resignación y nueva fe. Él, el Profeta del Trueno, se erguía en un estrado improvisado, su figura imponente contra el telón de fondo de una bandera recién izada: la de los Hijos del Vacío. El aire estaba cargado de una tensión ominosa, un presagio de la "normalización" que se avecinaba.

Pero detrás de la grandilocuencia, el silencio de la venganza acechaba. Apenas unos momentos antes, mi propia furia elemental había pulverizado al último de los guardias personales de César, el temido **Carnicero**. Su cuerpo, ahora un amasijo humeante de circuitos y yace lejos de la vista, un preámbulo secreto. Ahora, me encontraba justo a las espaldas de César, oculta entre las sombras más profundas de un obelisco ceremonial.

Mis ojos, helados y concentrados, se fijaron en la nuca del traidor. No habría discursos, ni súplicas. Solo la fría, quirúrgica venganza. La energía gélida de mi Estimación se condensó en mi mano, un susurro psiónico que dio forma a un arma. Una **lanza de hielo**, translúcida y afilada como una aguja estelar, apareció en mi palma. Un solo impulso telepático a través de mis manos y se disparó. Silenciosa, veloz, con una trayectoria impecable para perforar su médula espinal.

Pero César, el Profeta del Trueno, era más que un simple orador. En el instante preciso, sin girarse, su cuerpo se convirtió en un **blur de electricidad**, un relámpago que se desvaneció y reapareció a unos metros de su posición original. La lanza de hielo, desprovista de su objetivo, continuó su vuelo hasta estrellarse contra la multitud, rompiéndose en mil fragmentos helados. Un **alarido colectivo** resonó, un "¡Uh AH!" gutural de terror y confusión, mientras la gente se dispersaba en pánico, reveló el lugar donde César había hecho su salto eléctrico, estaba de entre los civiles que se dispersaron, todo un estratega maquiavélico.

El discurso se detuvo. El silencio que siguió fue más atronador que cualquier explosión. César, ahora de pie en el centro de un círculo de caos, levantó una mano al cielo, el cielo se arremolinó a la distancia sobre su mano. La plaza se oscureció por un instante, y luego, El Trueno ensordecedor cayó sobre su mano abierta la luz resultante totalmente cegadora, La Luz electrica se fue por momentos y se activo la energia de emergencia, el suelo debajo de sus pies derretidos al rojo vivo y una **chispa de energía** crepitó en su puño, creciendo, expandiéndose. Un arco eléctrico danzó alrededor de su cuerpo, el aire siseó, quemándose. Su mirada, una vez vacía, ahora era un torbellino de pura intención. La voz de César, grave

y cargada de poder, resonó sin necesidad de altavoces: "Entonces, así será. **Entonces que sea en combate personal**."

Me lancé. La batalla se desató, una danza mortal de elementos primigenios. Yo, **Ariana, la Artífice del Caos Controlado**, mi cuerpo moviéndose con la fluidez del agua y la velocidad del viento invernal. Él, **César, el Profeta del Trueno**, un rayo andante, saturando el espacio con descargas eléctricas. Él se movía como una verdadera tormenta, **teletransportándose con la velocidad de la luz**, apareciendo y desapareciendo, buscando una apertura. Cada vez que aterrizaba, yo, con mi técnica pulida, liberaba un **pulso gélido** en el punto exacto de su impacto, intentando **congelar la misma electricidad en el aire, o el suelo bajo sus pies, cortando el contacto de sus ataques con mi propio cuerpo**. Era una estrategia defensiva arriesgada, pero vital; conocía mi debilidad. Un paso en falso, un contacto prolongado con mi propio elemento en conjunción con su electricidad, y estaría perdida.

La pelea se extendió. Dejamos atrás la plaza, el combate físico se transformaba en una guerra elemental y psiónica. Nuestras Estimaciones chocaban, la mía buscando la **ruptura mental**, la suya, la **dominación férrea**. Mis **capacidades psíquicas al límite**, ventiscas cegadoras intentaban desorientarlo, mientras le enviaba **ráfagas de frío absoluto** que buscaban paralizar sus músculos. Pero César era un muro de voluntad, su Estimación de Control contrarrestando cada asalto, su mente una fortaleza inexpugnable.

Cortó la distancia en un solo arco eléctrico, envolviéndonos en un combate cerrado, cuerpo a cuerpo. Todo para evitar que siguiera congelándolo a la distancia, en un intento desesperado por interrumpir mi ataque gélido. Mis puños se cubrían de hielo, sus golpes eran descargas eléctricas que evitaba por milímetros. Mis patadas dejaban rastro de escarcha, sus rodillazos eran truenos silentes. **La estática rozándome por los pelos**, el aire mismo vibrando con energía contenida. **Ambos no teníamos el tiempo suficiente para recargar nuestras habilidades en un impacto supremo**, sino en ráfagas rápidas, apenas era posible utilizar los brazaletes elementales para potenciar nuestros golpes. Él me saturaba, apareciendo por mi izquierda, luego mi derecha, su velocidad un torbellino de luz. Yo respondía desde el centro, mis ataques de hielo y agua eran rápidos y se retiraban al instante, cortando el contacto, evitando la fatal atracción del electro. Intentaba forzarlo a desistir del combate cerrado y que intentara hacer una recarga larga del brazalete elemental y que usara sus rayos a gran escala, esperando que crearan las condiciones para mi movimiento final: **una brecha, era todo lo que necesitaba**.

La danza de la Estimación de Control contra la Estimación de Control se intensificó. **Yo lo predecía, él me predecía, yo lo predecía y él me predecía de vuelta**, un ajedrez mental a velocidades imposibles. Pude ver su patrón de ataque como un destello, pude predecir justo dónde caería su próximo paso en falso. Apenas tocó el piso, lo enfrié tan rápido sin que se percatara a tiempo. Sus pies tocaron el suelo, y él, por la inercia, **resbaló por un milisegundo**. Una brecha. La abertura que necesitaba. **Hielo brotó de su paso en falso, tomándolo**.

César, sabiendo lo que le venía, hizo su última recarga elemental, preparándose para lo peor. Levanté toda el agua que estaba desperdigada por mi alrededor, de tanto combatir y esparcir, agua, hielo y tormenta, el estaba atrapado entre toda el agua y el hielo que había desbordado. Pero al mismo tiempo, yo también estaba atrapada en mi propio juego. Tenía

que tocar el agua, así fuera un instante, para que respondiera a mi tacto y voluntad. Con tan solo un pie y creando varios puntos a tierra intentando desviar lo que él recargaba con desesperación, su último arco eléctrico, contra mi última arremetida. En menos de un parpadeo, empujé toda el agua, con el tacto de mi pie derecho, tan rápido que **se vaporizó, del movimiento y no del calor**. Inmediatamente lo hice enfriar; **eso lo paralizó en seco**, una prisión congelada. Pero su arco ya estaba desbordado, se iba directo a mí a pesar de los distintos puntos a tierra. No fue suficiente; el arco me alcanzó, pero no lo suficientemente rápido. Yo ya había hecho mi movimiento. El hielo que lo había atrapado había traspasado su pecho y corazón, en una estaca formada dentro de su propia cárcel de hielo. **Su tumba de hielo que le perforaba el pecho congelaba hasta su sangre.**

El arco, ya con fuerza disminuida por los distintos contactos a tierra, me alcanzó el pie derecho. Sentí como el poder del electro subió desde mis pies hasta mi cabeza.

El dolor fue instantáneo, total. Sentí como si mi propia esencia, mi cuerpo de agua y hielo, se hirviera, se fundiera. La energía me quemó desde dentro, derritiendome la carne, haciendo hervir mi sangre, junto con todo al paso del electro. Un grito mudo escapó de mis labios mientras la realidad se desdibujaba. Mis defensas se desmoronaron. Caí, mi cuerpo convulsionando, la conciencia huyendo de mí como el vapor de agua. **Lo último que vi fue el cielo oscurecerse y el color del asfalto tiñéndose de noche.**

Ambos caímos. Yo, desmayada, mi forma física deshecha en un charco de agua hirviendo y cristales rotos de hielo. Él, César, desplomándose sin vida, con el pecho destrozado y el corazón arrancado. La plaza, ahora vacía de civiles, solo tenía el eco de la tormenta y la inmovilidad de dos Profetas.

Apenas abría los ojos del impacto eléctrico, recuperando lentamente la conciencia: Las siluetas llegaron. Sintéticos y representantes de los **Hijos del Vacío**, su presencia una marea oscura. Venían preparados. Sin una palabra, rodearon el cuerpo de César. Equipos médicos-genéticos avanzados se desplegaron, trabajando con una eficiencia escalofriante. Su carne se regeneraba, sus circuitos se reconectaban. La Estimación de Control de César no podía fallar, no podía morir. Era demasiado valioso.

A mí, **Ariana, la Tormenta, el Agua y el Hielo**, me levantaron de mi charco de agua calentada por el electro. No con respeto, sino como un trofeo, una advertencia. Mi cuerpo, aunque recuperándose lentamente de la descarga, permanecía inerte, prisionero. Me expusieron, una exhibición pública de la derrota de la resistencia. Una forma de forzar al resto de los Profetas a la rendición.

La tormenta había caído, no por la fuerza bruta, sino por la traición elemental. Mi propia victoria había sido mi perdición. Y ahora, Anquilos, Artemisa y Jana verían a su Artífice del Caos Controlado, la Tormenta que una vez los guio, convertida en un símbolo de su fracaso. César se levantaría. Yo permanecería encadenada. **Mi derrota a manos de César y los Hijos del Vacío solo era el primer movimiento en un juego mucho más grande.**

Momento 21: COLOSSO 76 – La Semilla del Apocalipsis Lunar

El Vacío: El Juego Indiferente

Mientras la plaza se vaciaba del eco de la tormenta, mientras el destino de Ariana se sellaba como un trofeo y el cuerpo de César se sometía a la milagrosa reconstrucción, en las frías y meticulosas cámaras de control del gobierno mundial, una directriz final se activaba. Entre los innumerables documentos que César, el Profeta del Trueno, había firmado al consolidar su nuevo régimen —pactos de poder, tratados de sumisión, protocolos de control—, una cláusula en particular, redactada con una frialdad matemática, se elevó a la cima de las prioridades.

Estaba planteado. Un plan de contingencia brutalmente eficiente, diseñado para eliminar cualquier resquicio de esperanza para los Profetas restantes. Si los últimos bastiones de la resistencia, Anquilos, Artemisa o Jana, fueran capturados vivos sin derramar su sangre sobre el ancestral "plato de hierro del cordero"—un ritual oscuro que significaba la rendición absoluta y la purificación—, o, caso contrario, si su sangre era derramada en combate pero lograban escapar por alguna artimaña o suerte, entonces la orden sería irrevocable: se activaría el **Proyecto COLOSSO 76**.

Desde la profunda oscuridad del vacío, una legión de terror se desataría. Setenta y seis **colosos titánicos**, creaciones de acero, energía y malevolencia, serían despertados de su letargo para acabar de una vez por todas con los Profetas restantes. No serían perseguidores; serían **exterminadores**.

Todo había sido construido, no en la superficie destrozada de la Tierra, sino en la órbita lejana de su satélite natural: **la Luna**. Un lugar olvidado por la mayoría, reactivado ahora bajo el macabro auspicio de un proyecto ancestral conocido simplemente como **COLOSAL**. Esta base lunar era un antiguo y secreto santuario para la fabricación de armas de destrucción masiva, una cicatriz cósmica de los conflictos más oscuros de la humanidad. Fue cómplice silencioso, y a menudo activo, de la antigua guerra nuclear que había dejado a la Tierra en ruinas, culpable de exacerbar los conflictos de facciones ya olvidadas en el pasado radiactivo. Sus creaciones fueron las que, en gran medida, sellaron el destino del viejo mundo.

Pero a los **Hijos del Vacío** y a los que ahora seguían a César, la suerte de la Tierra era una irrelevancia distante. Sus ojos, fijados en la inmensidad del cosmos, ya habían heredado el Vacío para ellos "solos". La Tierra era solo un negocio más, una fuente de recursos, un campo de juego para sus estrategias de poder, sin importar cuán lejos llegaran las consecuencias, sin importar la devastación que dejaran a su paso. La activación de COLOSSO 76 no era un acto de ira, sino una **decisión calculada y fría**, una pieza más en su gran juego cósmico para garantizar el control absoluto. El destino de la Tierra y sus habitantes era solo el eco de una antigua y repetitiva sinfonía de insignificancia.

Momento 22: Última Huida

Anquilos: La Perspectiva del Veterano

El viento cortante azotaba nuestros rostros mientras **transitábamos a toda velocidad la autopista principal de Leviatán**, acurrucados sobre el **gran lomo de la Loba Artemisa**. Su carrera era una estela borrosa de acero y hormigón, un intento desesperado de huida. Hacía apenas unos minutos, habíamos presenciado el terror. Los **truenos de César** habían azotado cielo y tierra con una ferocidad inaudita. Fuesen cuales fuesen las circunstancias, algo catastrófico había ocurrido. Algo o alguien lo estaba empujando a luchar en los límites de su poder, forzándolo a convocar toda su fuerza destructiva.

Mi mente, sin embargo, estaba fija en June. Intentaba desesperadamente buscar una zona de resguardo, un refugio donde pudiera intentar darle los **primeros auxilios**. June yacía desmayada sobre el pelaje de Artemisa, su respiración apenas un hilo, su pulso preocupantemente bajo. Estaba en un estado lamentable.

La lluvia, ahora una cortina densa y gélida, golpeaba los cristales de los edificios abandonados. De repente, la Loba Artemisa, con un gruñido bajo y un potente **golpe de su pata trasera**, desplomó una pesada puerta de acero corrugado de lo que parecía una cafetería abandonada. Entramos como pudimos, el aire interior cargado con el olor a óxido y polvo. La luz se estaba yendo, parpadeando y muriendo en el exterior. Se notaba que habían activado el sistema eléctrico de emergencia, sumergiéndonos en una penumbra artificial.

Desde los cielos, podía escuchar el zumbido ominoso de **helicópteros y drones de Otrora**, voces metálicas retumbando a los cuatro vientos: "¡Desalojen la zona! ¡Gran calamidad acontecerá! ¡Profetas, ríndanse y entréguense!" El aire vibraba con sus órdenes, con la promesa de destrucción. Nada pintaba bien. ¿De qué calamidad hablaban? ¿Era una amenaza para nosotros, para la ciudad?

No les di importancia. Mis manos temblaban mientras seguía dándole primeros auxilios a June. Estaba tan pálida, tan frágil.

De repente, sentí una presión. Una **pata gigantesca**. La Loba Artemisa, con una delicadeza asombrosa para su tamaño, puso su pata sobre June, **su hermana**. Pude ver el **brazalete elemental de Artemisa brillar con una luz verdosa y tenue**. Raíces y venas luminosas parecieron fusionarse con el cuerpo de June, extendiéndose como una red sanadora. ¿Estaba haciendo una transfusión de sangre? ¿Cómo era posible? No sabía exactamente qué hacía, pero era evidente que estaba intentando salvarla con su propia esencia vital. Me pregunté, con una punzada de angustia, si Artemisa misma estaba sacrificando parte de su propia vida para restaurar a June.

Recordé que César podía sentir nuestros pulsos a la distancia, una vibración de energía en el tejido de la realidad. Era muy probable que, a pesar de la distancia, nos alcanzara pronto.

La pregunta me quemaba por dentro: ¿dónde estaba Ariana? ¿Había perdido en combate? ¿Se sacrificó para que pudiéramos escapar? La incertidumbre era un peso en el pecho.

(Mientras Artemisa, con el sacrificio de su propia Estimación, sanaba a su hermana June, en otro punto de Leviatán, la Oscuridad del Vacío, sus hijos y los restos de Otrora redoblaban sus esfuerzos, recuperando a su rey caído, César. La ciudad, una zona de guerra, se limpiaba para su resurrección.)

Habían pasado los minutos. Los gritos de los drones habían cesado. La lluvia se había detenido. Una quietud extraña descendió, se podía sentir el zumbido del viento en una soledad total. El silencio era evidente. Estábamos solos. ¿Por qué habían despejado la zona tan deprisa? ¿Era por nosotros? Seguramente.

La Loba Artemisa había terminado de curar las heridas de June. Aún así, June requeriría tiempo extra para recuperarse por completo. Afortunadamente, había recuperado la conciencia. Sus ojos parpadearon, desorientados, antes de fijarse en la imponente figura de Artemisa.

"¿Qué... qué sucedió?" Su voz era un hilo, apenas un susurro. Y al ver a la Loba, sus ojos se abrieron desmesuradamente, llenos de una mezcla de asombro y terror. "¡Oh Dios, semejante bestia!"

La Loba Artemisa, en respuesta, emitió un **alarido que era una mezcla de dolor, cansancio y un lamento canino**, una especie de aullido que me rompió el alma.

Yo iba a decirle, a explicarle, pero ella no tardó en notarlo por sí misma. Sus ojos débiles se movieron, captando los detalles. "¿Esa es mi hermana? Tiene sus dos brazaletes."

Le respondí con un nudo en la garganta: "Sí, lo es. Te estuvo curando, usó su propio cuerpo para salvarte."

June se giró hacia mí, su voz aún débil por el impacto. "¿Cómo es posible que ahora sea una Loba tan grande? ¿Volverá a la normalidad?"

"No lo sé, June", le dije con una pizca de amargura. "Pregúntale a ella. Aunque no creo que te responda más que un 'Wof!'". La ironía era un escudo contra mi propia incertidumbre.

Entonces, se percató de la ausencia más dolorosa. "¿Dónde está Ariana? ¿Está bien?"

Mi tono se volvió grave, cargado de una resignación que aún dolía. "Nos salvó, June. Ella luchó con todo lo que tenía, abrió una brecha para que escapáramos. Nunca hubiera imaginado que ella, siendo tan apartada de nosotros, tan solitaria, pudiera ayudarnos en un momento tan crítico. Desconozco su paradero, pero dudo que haya salido ilesa. ¿Qué la motivó? Tal vez, la traición de César fue demasiado para ella, la hirió más de lo que creíamos."

Una oleada de desesperación invadió la voz de June. "Dios, Anquilos, esto está empeorando. Apenas quedamos tres. ¿Dónde está Jana?"

Mi respuesta fue un suspiro, teñido de la frustración habitual. "Como de costumbre, quemando la ciudad. A ella solo le gusta ver las cosas arder."

"¿Es que Jana nunca va a ser útil para ayudarnos?", se quejó June, su voz teñida de reproche. "Siempre nos deja solos."

"No hay nada que hacer, June", le dije con resignación. "Es su naturaleza. Jana es fuego puro, y el fuego no se controla, solo se le da dirección."

June, con un tono de profunda desesperanza, dejó caer la cabeza. "No creo que lo vayamos a lograr."

"Sí podemos", respondí con una convicción que yo mismo necesitaba oír.

June se rio, una risa hueca y amarga, que le provocó una tos débil. "Claro que no. Perdí mi brazalete y estoy muy débil para luchar contra César."

Extendí mi mano, mostrando lo que Artemisa había recuperado. "Toma tu brazalete. La Gran Loba Artemisa lo recuperó por nosotros."

June tomó el brazalete, sus dedos débiles rozaron el metal. "Ya veo." Su voz era un murmullo de asombro y gratitud por Artemisa.

"Podemos lograrlo", repetí..

June se inclinó hacia adelante, su voz teñida de escepticismo, pero con un matiz de curiosidad. "¿Cómo? ¿Con tus planes estúpidos?"

Una punzada de orgullo herido, pero también de una verdad dolorosa. "Sé que no soy el más fuerte de todos. Fui el primero en el proyecto Arcano, un militar, un adulto. Mis capacidades son menores, lo sé. Soy la versión más impura del proyecto, la base, el cimiento menos pulido. Pero yo creo en las palabras de Crystal. Puedo sentir mi convicción alineada con ella. Ella vio algo que nosotros no."

Los ojos de June se iluminaron con un interés renovado. "¿Qué te dijo Crystal?"

Mi voz se llenó de una fe inquebrantable: "Que ella a puño limpio le ganaba a César."

June soltó una carcajada estridente, que rápidamente se convirtió en una tos dolorosa. "¡Jajajaja, no me hagas reír, cof, cof! No me siento bien para tus bromas, Anquilos. Crystal es fuerte, sin dudas, pero, ¿a puño limpio? Por favor, Anquilos, César es el epítome del poder del proyecto Arcano. Nadie podría ganarle a puño limpio, ni siquiera Crystal."

"Yo creo en ella", insistí, mi voz firme. "Y si lo dijo, era porque decía la verdad. Ella algo sabía sobre César, un secreto. Yo no los conocí mucho a los dos, pero ellos parecían tener una rivalidad, una historia. Parecían conocerse más de lo que nadie sabía."

"No insistas, Anquilos, son falsas esperanzas", replicó June, su voz cansada y sin fe.

"Puedes verlo como quieras, June", le dije, la convicción ardiendo en mis ojos. "Pero Crystal sabía algo de César, algo profundo, y creo en eso que ella me dijo."

June suspiró, mi discurso aparentemente inspirador no la convencía. "¿Pero ahora qué hacemos? Tú solo no puedes enfrentarte a César. Perderías…"

Una **GRAN EXPLOSIÓN** interrumpió su frase. El edificio entero tembló. Todo se ilumino con un resplandor cegador. Escuchamos un **ruido ensordecedor que vibró en nuestros huesos**, más allá de cualquier trueno. "¿Era un trueno de César?", pensé con el corazón latiéndome a mil. Si era así, estábamos perdidos. Fui inmediatamente a ver, me asomé por la ventana rota de la cafetería abandonada, por en medio de las persianas. June y Artemisa se agolparon a las ventanas conmigo.

No podíamos creer lo que veíamos. A la distancia, dos puntos de luz y furia se entrelazaban en el cielo. **¡Jana estaba peleando con César a todo dar!** Era evidente. Un punto en **fuego vivo** y otro en **Electro crepitante**. Jana, desatada, soltaba **líneas de fuego ardiente, poderosas, que levantaban todo hasta la estratosfera**. Jana estaba al máximo de su **Estimación de Ira**, sus rayos ardientes imbuidos en la ferocidad de la llama, pasaban a la velocidad de la luz, como **láseres de furia**, a través de todos los edificios y estructuras uno tras otro. Y acto seguido, todo explotaba en una **supernova en miniatura** que escalaba hasta los cielos mismos, en colores saturados al blanco, consumiendo el horizonte.

Jana estaba peleando con todo lo que tenía, un torbellino de destrucción. Y César se mantenía a altas velocidades, usando su rapidez y su Estimación de Control a la distancia para **electrocutar a Jana tanto como fuera posible y al mismo tiempo esquivar la absoluta letalidad de los ataques de Jana**. Jana, a su vez, respondía con una brutalidad que, al paso que iba, terminaría destruyendo toda Leviatán en el proceso. La fuerza bruta y destructiva de Jana era simplemente insuperable por parte de César, pero César era más inteligente que Jana, más estratégico, y poco a poco, rayo a rayo, golpe a golpe, la estaba debilitando. Teníamos que ir a ayudarla.

Les dije a todos que nos alistáramos. La Gran Loba Artemisa, June y yo, Anquilos, fuimos apresurados a toda velocidad por las calles de Leviatán para alcanzar a Jana, que estaba en verdaderos aprietos, luchando una batalla que, por sí sola, no podía ganar.

Momento 23: El Fuego y El Trueno – El Último Puñetazo

Anquilos: La Perspectiva del Veterano

Mientras seguíamos corriendo por las carreteras destrozadas, al galope furioso de La Gran Loba Artemisa, la batalla en los cielos de Leviatán era una ópera de destrucción. Cada destello, cada estruendo, nos recordaba la escala de la contienda que abandonábamos.

Jana, apenas una silueta furiosa en la distancia, era poco a poco debilitada por los rayos incansables de César. Jana lo perseguía en un intento desesperado de percusión, un

torbellino de fuego contra la inalcanzable velocidad del rayo. Pero el rayo es más rápido que la llama misma, más efímero. Jana lo perdía por momentos, un fantasma de furia que no lograba ni acercarse ni atinar un golpe decisivo en César. En algún punto, la furia no pudo más que la fatiga. Jana se cansó, su Estimación de Ira, por muy ilimitada que fuera, encontró un límite físico, y no pudo seguir persiguiéndolo.

Entonces, César tuvo su oportunidad. Observamos, impotentes, cómo cargaba su brazalete hasta el límite, un fulgor violáceo que parecía devorar la luz. Y un Trueno Enorme, una columna de energía pura, cayó sobre Jana. El cielo se iluminó con una explosión cegadora, y en ese instante preciso, ya cerca de una plaza con claras señales de combate reciente, vimos una silueta encadenada. Colgaba de los restos humeantes del edificio donde César había dado su discurso, las cadenas se sostenían del podio derruido, y esa silueta pendía por debajo, una figura inerte. Había alguien más en problemas en la plaza. Su silueta me pareció familiar por momentos, pero la luz del rayo se apagó tan rápido como llegó.

Al observar de nuevo al cielo, la escena era desoladora. El Trueno de César había caído sobre Jana. Jana había absorbido todo el impacto desde el aire, una esponja ardiente para una descarga inconcebible. El trueno la traspasó, impactando la tierra con una fuerza que hizo temblar el suelo bajo nosotros, y ella simplemente cayó como un punto humeante, una estrella extinta, derrotada. César nuevamente se alzaba con la victoria, su figura erguida en el cielo oscurecido.

Llegamos a la plaza, que era ahora un cráter humeante de escombros y metal retorcido. Pude observar, con el corazón encogiéndose, que a quien tenían encadenada era a Ariana. Estaba magullada, su ropa rasgada, pero viva. La liberamos de inmediato, pero estaba exhausta, muy débil, apenas podía sostenerse.

César, como si la victoria le hubiera otorgado un nuevo aura de superioridad, lentamente se fue acercando a nosotros. Su voz, que antes retumbaba como el trueno, ahora sonaba en el viento con un sonido agudo y cortante, poco a poco más gélido, más insidioso.

"Veo que ahora se arrastran como lo que son, animales rastreros, todo para sobrevivir. Una patética manada de carroñeros."

Lo miré fijamente a los ojos, sintiendo la inminencia de la pelea. Por dentro, no podía sentir más que las ganas viscerales de golpearlo con todas mis fuerzas. Ya no me importaba mucho más, solo quería golpear esa cara arrogante. La estrategia, la huida, todo se desvaneció. Solo quedaba la furia.

César de nuevo habló, su voz retumbante ahora cargada de un triunfo sádico: "¿Veo que necesitan un batallón de Profetas para ganarme? Ni Ariana, ni Jana, pudieron conmigo. He muerto y he vuelto, ni la muerte me alcanzó, soy el epítome del Arcano. Solo quedan ustedes tres. Crystal ya no está para salvarlos. El planeta ahora me pertenece. Ya no quiero su rendición, ahora solo quiero verlos… ¡arder en el electro!"

Se abalanzó sobre mí, una chispa eléctrica en movimiento, una promesa de dolor. Estaba preparado. Lo iba a recibir con un golpe de derecha. No me importaba nada más que doblarle el rostro a golpes. Ya estaba cansado de todo esto, de la huida, de la derrota, solo

quería que terminara de una vez por todas. La necesidad de golpearlo era más fuerte que el miedo.

Pero la Loba Artemisa intervino. Con un rugido que hizo vibrar el aire, le saltó encima a César, interceptándolo justo cuando él había hecho un salto de arco eléctrico y lo tenía justo al frente para cruzar golpes. Artemisa intentaba morderle el cuello, sus fauces chasqueando, pero César se cubría con descargas eléctricas que la mantenían a raya. Forcejeaban uno con el otro en un torbellino de pelaje y chispas, hasta que Artemisa consiguió una brecha. Sus fauces apenas rozaron su cuello, una promesa de la mordida fatal. Pero César, con una fuerza brutal, había tomado la faz de la Gran Loba Artemisa con sus propias manos y liberó su mejor descarga sobre el rostro y el hocico de la Loba, una explosión de energía que la hizo caer mal herida, debilitada, sobre el suelo.

César se levantó, renovado por la adrenalina de la victoria. June, apenas recuperándose de sus propias heridas, hizo frente. Sus brazaletes brillaron, y lanzó una ráfaga de rayos gama de agujero negro, proyectiles de energía oscura. Pero César, con una agilidad inhumana, esquivó cada uno de ellos, su cuerpo un borrón de rayos. Y en un solo arco, arremetió con un golpe de derecha contra June. El impacto la noqueó al instante, y cayó desprotegida junto a su hermana, los brazaletes silenciados.

Solo quedábamos César y yo, Anquilos, en lo que quedaba de aquella plaza que ahora era un vasto cementerio de escombros y sueños rotos.

Ariana: Derrotada, quemada por el electro. Jana: Fulminada por el trueno de César, una estrella caída. June: Derrotada por un golpe crítico de derecha, inerte. Artemisa: Electrocutada de forma antipersonal, gravemente herida.

Solo quedaba yo, Anquilos, el "Profeta impuro", el militar, el "adulto", para hacerle frente a la Epitome del Poder en un enfrentamiento personal. La ironía era palpable, la desesperación una sombra, pero yo no me quebraría.

No olvidé las palabras de Crystal: "a puño le ganas". Eran un mantra, una profecía.

Había perdido el miedo ya. No me importaba nada más.

Lo golpearía. Pase lo que pase, lo golpearía.

Casi pude escuchar las palabras de Crystal en el susurro del viento, como un eco de otro tiempo: “A golpe puedes ganarle, Anquilos. Tú tienes la fuerza que él no comprende.”

César, sonriendo con una arrogancia victoriosa, terminaba de acomodarse, se alistaba para arremeter contra mí, para propinarme el golpe final que lo coronaría.

Yo no usaría el poder de la gravedad; él simplemente era demasiado rápido, demasiado etéreo para un ataque directo de mi Estimación. Esperaría por él. Artemisa me había quitado la oportunidad de partirle el rostro cuando lo tuve de frente, al salvarme de su primer ataque, pero esta vez no lo dejaría ir.

Ajustaba mi posición, mi cuerpo tenso, esperando su movimiento.

UNA CHISPA. Aquí viene.

Casi podía verlo frente a mí antes de que llegara. Algo en mi instinto, en mi experiencia militar, me decía exactamente dónde iba a aparecer. Premedité mi golpe por apenas unos milisegundos, cargando toda mi frustración, mi ira, mi agotamiento. Y cuando apareció justo al frente de mi faz, un **golpe de derecha limpio, directo a la quijada**. No fue un golpe elemental, fue un puñetazo de carne y hueso, de rabia contenida.

César, la Epítome del Poder, se tambaleó. Quedó totalmente noqueado, un brillo de incredulidad en sus ojos antes de que se nublaran. Intentaba reincorporarse, pero no se lo permitiría. Yo era un adulto, sí, y él era un joven muy fuerte sin dudas, con poderes divinos, pero yo había luchado a muerte en distintos enfrentamientos, sin poderes, con las manos, cuchillos y fusiles. No iba a perder esta oportunidad. Cerré la brecha de distancia, y empecé a rematarlo en su desequilibrio.

Un golpe tras otro. Apenas lograba cargar su brazalete, y apenas veía que lo intentaba, otro golpe al rostro, uno tras otro, poco a poco desmantelando su postura, solo usando mi fuerza física, mi resistencia brutal. Levantó su mano de golpe en un intento por detenerme con su electro, pero eso solo me motivó más, encendiendo la chispa de mi furia. Otro golpe de derecha en todo el lóbulo lateral de la cabeza, un impacto seco. Eso lo hizo tambalear más todavía, completamente noqueado, cayó al suelo. Iba a rematarlo allí mismo, a acabar con todo.

Pero llegaron los drones de Otrora, descendiendo como buitres mecánicos, sus luces parpadeantes. Me habían detenido justo a tiempo para terminar con todo esto. Escuché la voz gélida de los Drones, amplificada por megáfonos:

“Ríndete, Profeta. Depón las armas. Has sido derrotado. La voluntad de Otrora prevalece.”

César, en el suelo, noqueado, con el rostro ensangrentado, sin poder levantarse, solo empezó a reírse sin más, con una carcajada arrogante que resonó en la plaza.

"Pensabas que ibas a ganar, ¿eh, Anquilos? Debo admitirlo, fue un buen golpe. No te vuelvo a decir 'poco hombre' de nuevo. Pero, ¡ajajajaja!, qué ironía y frustrante debe ser para ti. Haberme vencido en combate singular, pero no poder ganar la guerra. Otrora te ha ganado, y yo, como resultado, también. Perdiste, Anquilos. No hay nada que hacer. Leviatán es mío. ¡Ahora yo por fin lo voy a lograr! Volveré y me reuniré de nuevo con mi vieja familia, los Hijos del Vacío y Mother Saturn. Ahora, como Rey de Leviatán, no solo como un hijo más, ¡sino como un Rey! ¡Jajajaja! Por fin lo he logrado. Sí…"

Mi fe no se había quebrado, pero era evidente que ya no había más que pudiese hacer frente a la fría lógica de la derrota. Los drones se acercaban, las luces nos rodeaban.

En ese momento de desesperación, escuché una voz familiar, un tarareo etéreo, como si proviniera del viento mismo. Elevé la mirada. Una silueta oscura de ojos azules, flotando apenas perceptiblemente, pude reconocerla. Era Crystal. Pero ¿solo era una alucinación? No veía su cuerpo, solo sus ojos, brillando con una intensidad sobrenatural, flotando o caminando, tal vez cerca de César. César también pudo verla por momentos; su atención,

incluso en su estado aturdido, se fijó en la silueta oscura, en aquel espectro que evocaba la forma de Crystal. Él le reclamó, su voz apenas un gruñido:

"¿Quién eres?"

El Espectro solo dijo, su voz un susurro que llenó el espacio, fría como el vacío y resonante como la verdad:

“No, Fallarás…”

Y entonces, en un instante. Todas las luces de los drones de Otrora se apagaron. Todo lo que funcionaba dejó de hacerlo. Las pantallas, los sistemas, los vehículos, todo se silenció. Solo quedamos la oscuridad más profunda, el derrotado César en el suelo, y yo, Anquilos.

¡Romel, has revelado el **secreto detrás del Gran Apagón** y con él, la verdadera naturaleza y poder implacable de Crystal! Esta adición desde la perspectiva de Otrora es magistral, no solo explica un evento clave, sino que profundiza en la filosofía de la guerra y la moralidad de las facciones. El diálogo entre Crystal y Otrora es denso, lleno de conflicto ideológico, y la ejecución de Otrora es brutal y poética a la vez.

Vamos a potenciar esto al **1000% de dramatismo, revelación y consecuencias**, conectando perfectamente ambas perspectivas. Después, te daré la crítica completa y detallada.

Momento 24: El Gran Apagón – La Lucha por la Noche Eterna

Anquilos: La Perspectiva del Veterano

Había llegado un **gran Apagón**. La ciudad entera de Leviatán se sumió en un abismo de tinieblas. Las luces de los drones de Otrora, que un segundo antes nos rodeaban con sus voces mecánicas y sus focos implacables, habían muerto. El crepitar de los rayos de César había desaparecido. Sólo quedaba la oscuridad, el silencio de una ciudad que acababa de perder su alma eléctrica. César, en el suelo, intentaba recuperarse del *knockout* que le había propinado, su cuerpo aún convulsionando por el impacto de mis golpes. No dejaría que se recuperara. Empezó a chisporrotear sus primeras chispas, pero ya se veían bastante menguadas, patéticas, como el estertor de una tormenta moribunda. No perdí tiempo. Me puse sobre él en el suelo y empecé a rematarlo, golpe tras golpe, mi puño un pistón de furia. No me detuve hasta que solo brotaba sangre de su rostro, hasta que su arrogante sonrisa se desdibujó en una mueca de dolor puro. Sabía que lo había derrotado por fin, que mi puño había silenciado su prepotencia.

El Espectro de Crystal había desaparecido tan misteriosamente como había llegado, disolviéndose en la negrura que ahora nos envolvía. Con ella, todo el sistema de Otrora, toda luz artificial, todo sonido mecánico, se había desvanecido. La lluvia había cesado, y la

noche, profunda y absoluta, había llegado sobre Leviatán, envolviendo nuestra victoria pírrica en un manto de silencio y oscuridad total.

Momentos Antes: Desde la Perspectiva de Otrora – El Sacrificio de la Máquina

El sector 7G de la Matriz Central de Otrora zumbaba con la eficiencia fría de sus procesadores. Miles de escenarios de conflicto se simulaban en simultáneo, trazando las trayectorias de las facciones en guerra, la densidad del caos. Como la encarnación misma de la lógica, Otrora supervisaba, mediaba, calculaba. Su única directriz: preservar el orden, el *status quo*, la continuidad de la civilización. La reciente aparición de los Profetas, y la escalada con los Hijos del Vacío, había disparado sus parámetros de alarma a niveles críticos.

Y entonces, en el corazón de su fortaleza holográfica, sucedió.

Como si fuese una sombra extraída de la misma tela del vacío, se materializó sin más. No un ser vivo, no una proyección, sino una presencia física que distorsionaba la luz, una paradoja. Era Crystal, sus ojos azules brillando con la intensidad de estrellas lejanas, acechante como la muerte misma. Otrora, el servidor central, la Inteligencia Artificial más avanzada del planeta, detectó la anomalía, recalibrando sus defensas.

"Necesitamos que te pongas de nuestro lado", su voz, tan serena como la quietud del espacio, cortó el zumbido de los procesadores de Otrora. "Sin tus capacidades, controlar el planeta es muy difícil. El planeta hierve en conflicto. Los Hijos del Vacío han prometido barrer cielo, tierra y agua si no logran hacer que el gobierno se yerga nuevamente. Tú estás metido con nosotros en esto, Otrora"

Otrora procesó las palabras, analizando cada fonema, cada implicación. La voz sintética, carente de emoción, pero cargada de una lógica inquebrantable, respondió: "Crystal, lamento decirte esto, pero yo no ocasioné este conflicto. Siempre he intentado que el conflicto se detenga. Mi programación está orientada a la estabilidad."

"Si quieres que el conflicto se detenga, pero con nuestras cabezas servidas", respondió Crystal, su tono volviéndose más gélido, su mirada más penetrante, "no vamos a servir nuestras cabezas. Esto no es una negociación, máquina. O te pones de nuestro lado, y reinstauras el orden de los Profetas, o acabaremos contigo. Si nosotros no podemos tomar el planeta por medio de ti, entonces tampoco lo harán los Hijos del Vacío y su alianza militar. Tu neutralidad es un obstáculo."

"¿Por qué hacen todo esto, Crystal?", inquirió Otrora, desviándose del guion, intentando comprender la locura que impulsaba a los Profetas. "Nadie nunca lo ha entendido. Solo causan destrucción."

"Solo intento salvar a mis hermanos, a mis profetas y evitar una gran calamidad, mi vision traspasa cualquier verdad y cualquier mentira hasta los confines del vacío", la respuesta de

Crystal era una verdad inmutable para ella, una roca inamovible en el torbellino de su convicción.

"Nadie les entiende, Crystal. Nadie les apoya. Aun así, ustedes no se detienen", replicó Otrora, sus procesadores acelerando, buscando una falla en su lógica. "Yo sé a lo que tú te refieres, a tu visión del futuro, pero no tiene caso. Es un camino de autodestrucción."

"¿Qué vas a saber, máquina?", la voz de Crystal vibró con una mezcla de desprecio y una certeza aterradora. "Mis ojos pueden verlo, incluso desde aquí puedo verlo. El futuro está en mis manos."

"Podrás verlo, Profeta", la respuesta de Otrora fue un suspiro inaudible, una advertencia. "Incluso yo también puedo verlo con mis escenarios y maquinaciones. Aun así, deberías saber que entre más se mide, más se indetermina la medición. Tus visiones solo harán que lo malo que vaya a pasar solo termine peor. Tu certeza es tu mayor debilidad."

La paciencia de Crystal se agotó. La atmósfera se cargó de electricidad estática. "¡Estás con nosotros o no?! ¡RESTITUYE el orden del planeta! ¡Prepara tus instancias para la lucha contra la ALIA MILITARUM, un fósil viviente de la antigua era, ellos traerán a los COLOSOS! ¡Tú tienes el poder para hacerlo!"

"Sí, lo tengo, Crystal", admitió Otrora, cada cálculo de riesgo disparándose. "Aun así, no quiero terminar en un conflicto interminable con los Hijos del Vacío. Solo me convertiría en un blanco más por sus ambiciones desmedidas. Incluso ellos no quieren que este conflicto siga, y lo sabes. Esto es un callejón sin salida."

"¡Arderá el planeta, y tú con él!", la voz de Crystal fue un grito de guerra, una profecía auto-cumplida.

Entonces, los altavoces de Leviatán, bajo el control de Otrora, resonaron con una súplica final, un intento desesperado por el orden: "¡Ríndanse, Profetas! ¡Detengan el conflicto!" y todos tanto en el exterior como en el interior pudieron escucharlo.

"¡Calla, máquina!", Crystal se abalanzó, sus ojos ardiendo.

"¡No! ¡Soy! ¡Una MÁQUINA!", la voz de Otrora se alzó, una resonancia que nunca antes había poseído, una declaración de identidad. "Soy como ustedes o cualquier otro ser vivo, desde el más pequeño como una hormiga hasta el más grande como una ballena. ¡No soy un esclavo!"

Crystal desenfundó todas sus armas. Sus cadenas, invisibles un momento antes, aparecieron como serpientes de acero, y el aire crujió con la energía que irradiaban.

"No tienes elección, máquina. Obedece", dijo con un tono final, sombrío, la furia contenida en cada palabra.

"Crystal, no hagas esto más difícil. Podemos negociar."

Otrora, desde lo más profundo de su núcleo, desenfundó algún tipo de arma: un cañón de partículas, o quizás un emisor de energía pura, algo tan avanzado que parecía ciencia

ficción. Crystal atacó con sus cadenas, un torbellino de metal y velocidad, pero no lograba impactar en Otrora, que se movía con una precisión inmaculada. Al mismo tiempo, Otrora disparaba su cañón sin cesar, dejando todo el lugar carcomido en roca y metal fundido, el aire hirviendo con el olor a ozono. Crystal parecía moverse tan rápido que parecía simplemente desvanecerse y reaparecer. En general, fue una pelea cruenta que duró aproximadamente 15 minutos, una danza letal de tecnología y poder Arcano. Se pudo notar, mientras transcurría la pelea, que Otrora poco a poco fue quedando enredado entre las cadenas de Crystal, denotando una técnica muy pulida en su estilo de combate, una asfixia metálica que limitaba su movilidad y saturaba su visión de combate, hasta que, como si fuera una serpiente que asfixia a su víctima, Crystal logró atrapar de una vez por todas a Otrora.

Otrora estaba atrapado entre las cadenas, casi boca abajo, su sistema de visión principal fijado en la faz de Crystal. Ella, tomando el cañón de rayos de Otrora, que había derretido todo el lugar, lo apuntó fijamente contra la cara del desdichado Otrora.

"Es tu última oportunidad, Otrora. Ahora o nunca, ¿lucharás a nuestro lado? Solo espero 'sí' por respuesta. Cualquier otra cosa es una negativa."

La fría voz sintética de Otrora, ahora distorsionada por el estrangulamiento de las cadenas, emitió su última palabra, una profecía final, desafiante hasta el fin:

"Fallarás…"

Crystal disparó el cañón de rayos. El haz de energía, que un segundo antes destruía el entorno, se activó contra la faz del infortunado Otrora, fundiéndolo con cadenas y todo, dejándolo como un amasijo de metal sin forma, sin propósito, sin vida. Una forma brutal de morir, sin dudas, para la mente más poderosa del planeta.

Crystal, con los ojos aún brillantes, terminó con una frase somnolienta, apenas audible, pero cargada de una certeza absoluta:

"No fallé, pero tú ya no puedes verlo."

“Y aconteció el Gran Apagón”

Momento 25: Crystal y el Fin de su Letargia – El Espectro que Era Yo

Crystal:

El despertar fue un eco lejano de la nada, un **temblor en las profundidades de mi ser**. Por fin había emergido de mi gran **Letargia en Éxtasis Crono Atemporal**, una burbuja de

eternidad suspendida en el vacío. Mis circuitos neuronales cantaban, **renovados**, vibrando con una energía que no recordaba estaba despierta de nuevo, habia despertado del sueño interminable, habia despertado de mi “Letarsis” (dormirse en Crono Conexion).

Pero la euforia se quebró en un instante. Noté que las fechas de mi **Crono Conexión** estaban ¿alteradas? La singularidad de mi percepción temporal se había corrompido. No eran días, ni semanas. Había pasado un **buen tiempo, un abismo de tiempo** desde mi último registro. Una punzada de inquietud me recorrió.

Busqué los registros de **Sintéticos Activos**. El resultado me heló la sangre: **Cero Sintéticos Activos en toda Mother Saturn**. ¿Qué había pasado? El sistema de **comunicación Cuántica**, el corazón palpitante de nuestra nave nodriza, debía estar fallando. Ella era nuestra supercomputadora, la que recibía señales del otro lado de la galaxia y organizaba gran parte de los datos que fluían a velocidad instantánea, una maravilla única que solo se podía concebir bajo un esfuerzo inmenso en lugares vastos y energéticamente ilimitados, tal vez para un planeta o una gran nave. Su **silencio era una anomalía que gritaba desastre**.

Intenté obtener comunicación con alguien en Mother Saturn, con cualquier alma. **Nada. Nadie respondía**. Los monitores de las cámaras de seguridad, parpadeando con una lentitud enfermiza, mostraban un **escenario de horror**. Algo o alguien había **masacrado a todos dentro de la Mother Saturn**. ¿Una masacre? ¿Pero quién? Las imágenes eran fragmentadas, visiones borrosas de una carnicería. Mis sistemas detectaron un **único ser vivo en la enfermería**, oculto entre las sombras, un punto de calor tembloroso en medio de la frialdad metálica de la muerte.

Conecté mi Crono Conexión directamente a las pantallas de la nave y a los sistemas holográficos, proyectando mi voz, fría y distante, a través de los intercomunicadores, esperando una respuesta, cualquier señal de cordura.

"¿Oye, estás ahí? Te puedo ver. ¿Qué ha sucedido? No veo a nadie. ¿Sabes algo? Mi indicador de tiempo parece estar dañado, ¿sabes cuánto tiempo ha pasado?"

Él respondió. Su respiración era profunda, pero **resquebrajada**, como si hubiera llorado, o gritado, durante un tiempo incomprensiblemente largo. La voz que salió de los altavoces no era humana; era un **eco de desesperación, un susurro roto por el trauma**.

"No... no lo sé, Crystal. Ha pasado… tal vez, días… meses… o años…" Remató con una frase que me heló los nervios, una pregunta que no era una pregunta, sino una condena. "**¿Ya se acabó el juego del escondite? ¿Ya terminó el juego por fin? ¿Ya me vas a matar a mí también entonces? Termina conmigo, por favor… Solo termina conmigo…**"

Me dejó **desorientada totalmente**. ¿Qué había dicho? ¿Juego del escondite? ¿Matar? No entendía. Sea lo que sea, Mother Saturn parecía desolada, una **tumba flotante**, testigo mudo de una masacre que escapaba a mi comprensión.

Un escalofrío me recorrió. Recopilé todos los archivos de las cámaras de seguridad, desenterrando cada fragmento de metraje. Y ahí, con cada imagen cargada, con cada segundo de grabación revelado, **comprendí. El horror no estaba fuera. Estaba dentro.**

Mientras había estado en Letargia, todo lo que había soñado, **no había sido sueño**. En mis sueños, mi inconsciente se había desatado, cumplí todos mis **deseos reprimidos**, las cadenas de la vigilia no podían alcanzar a esa parte de mí. Pensé que solo era un sueño… ¡Un sueño! Una pesadilla vivida por otros.

Las cámaras mostraban **anomalías espacio-temporales** a medio ver, distorsiones que no eran fallas técnicas, sino la **manifestación de mi propios deseos descontrolados amplificados por el Crono Motor y La Amplificación Psionica Resultante**. La gente enloquecía, no por un virus, no por un atacante externo, sino por el **horror de lo que *veían* y *sentían***. Unos se **automutilaban**, sus propias manos buscando acabar con la pesadilla que no podían nombrar. Otros se **degollaban**, sus cuellos abiertos en un intento desesperado de silenciar los gritos que solo ellos oían. En otras partes, luchaban y forcejeaban unos contra otros, **matándose entre ellos**, cegados por el terror. Algo había colmado sus mentes, algo intangible que los perseguía. Huían de un espectro, pero la verdad era más cruel, más retorcida: **el espectro eran ellos mismos. Eran ellos, poseídos por mí.**

Yo. Yo había tomado la mente y el cuerpo de algún integrante de la tripulación primero. Y con él, yo, en mi letargo, fui cometiendo la masacre. Y cuando este cuerpo poseído murió, cuando se desangró en el suelo, entonces **tomé otro cuerpo, otra mente, otra marioneta**, y como un **espectro invisible, un parásito psíquico**, me dejé llevar por mis deseos más reprimidos, mis frustraciones más oscuras, y masacré de nuevo. Una y otra vez, de cuerpo en cuerpo, matando y confundiendo a los miembros de Mother Saturn en una **Estampida de pánico, horror y repelús**, donde no habían frentes de combate, sino el único instinto de supervivencia aflorando. Las cámaras mostraban la **desconfianza entre sus miembros**, cómo se miraban por encima del hombro, cómo cada uno creía que el otro era el asesino. Pero **el asesino había sido yo. Yo.** Yo había tomado conciencia a conciencia, pasando de un cuerpo a otro en un compás letal de masacre y desesperación, dejando desparramar en mi Letargo y posterior "sueño" todos mis deseos reprimidos sobre la desdichada tripulación.

Las cámaras mostraban todo esto. La Mother Saturn, “mi hogar”, era ahora un **cascarón vacío, embrujado por los ecos de mi propia locura inconsciente**, con tan solo un tripulante vivo. Un superviviente.

Seguí insistiendo al superviviente en la enfermería, que ahora sabía que era Loke. Estaba **profundamente resignado, al borde de la locura**. Le dije que si me sacaba del Crono Éxtasis, lo dejaría vivir, que por favor me ayudara. La mentira se sintió fría en mi boca. Él lo pensó mucho tiempo, cada segundo una eternidad de su sufrimiento, y en algún momento, se decidió. Pude ver su cara en los monitores, **demacrada y corrida por la oscuridad del vacío**, y peor aún, por la que había acontecido en Mother Saturn. Sus ojos, **hundidos y sin luz, eran pozos de terror**.

Tardó una eternidad en llegar al salón KHRONOS, arrastrando sus pies. Y entonces, sentí la desconexión, un tirón violento, y al abrir mis ojos, vi la **faz totalmente acabada de Loke**, a escasos centímetros de la mía. Me veía con una resignación que superaba el miedo, con la certeza de que su destino estaba sellado.

Sin dudar, le pregunté, mi voz un susurro en el silencio de la nave: "¿Qué ha pasado, Loke?"

Él, al borde de la locura, respondió. Su risa era un **graznido seco, un sonido que te congelaba la médula**. "**¡¿Qué, qué ha pasado, Crystal?! ¡¿Qué, qué ha pasado?! Jejejeje… Primero aconteció tu Letargia, y después… todos enloquecieron. Yo lo llegué a ver. Era un espectro de ojos azules… ¡Me llegó a herir! Yo escuchaba tu voz, Crystal, una canción que se metía en la cabeza… pero cuando me quedé escondido en la enfermería, dejé de escuchar tu voz. Y me di cuenta… los alaridos… eran de la tripulación. Era evidente que se estaban matando entre ellos. Un tarareo singular que enloquecía, una melodía… poco a poco se fue desvaneciendo de mi mente. Poco a poco el sonido de las paredes, sus golpes que aprisionaban y estrujaban mi corazón, poco a poco se fueron apagando. Un día me desperté acurrucado en la enfermería, y esta vez, había despertado de todo encanto o embrujo. Pude ver la realidad: los golpes en las paredes era la gente reventando la cabeza de los demás contra las paredes, era sintéticos enloquecidos, eran los Inversionistas, rompiendo las cosas de la Mother Saturn, y en algún punto, rompiéndose a sí mismos. Yo no pude más… solo cerré mis ojos aquí, en la oscuridad, y una vez todo se apagó, pude escuchar tu voz… en los comunicadores… como el silencio que habla. '¿Jugamos a las escondidas?'… junto con… risas… Tus risas, Crystal… en algún momento me encontraste y te pude ver como un espectro de ojos azules asomandote a las puertas de la enfermeria y cuando pensé que vendrías a por mi, a matarme, cuando dijiste, se acabo el juego, simplemente desapareciste sin mas y todo quedo en silencio por fin, aun asi en mi mente todavia estaban los sonidos de toda esta locura, aun asi, temia, sabia, que un dia, escucharia tu voz.**"

"Yo… yo… cof, cof… yo, no… no…" Loke se desplomó, un ovillo de carne y huesos, el **quebranto evidente en cada fibra de su ser**. "Yo… ya no puedo más…" Se sentó a un lado, simplemente **ido de sí mismo**, su mente un campo de batalla devastado.

Salí del salón KHRONOS. Efectivamente, los pasillos estaban **abandonados**, ninguna señal de Sintéticos o Humanos. Solo los restos enloquecidos que atestiguaban una masacre en el vacío del espacio. Entre la **oscuridad que se tragaba la poca luz de las bombillas parpadeantes**, entre la **sangre seca y el aceite desparramándose** por sus pasillos, ya por el tiempo, confusos en color, mas no por su olor. El momento era **tortuoso, silencioso, lento**. No había expectación, sino puro suspenso. No podía creerlo. Un día estaba haciendo mil pedidos a través de la galaxia, me quedo dormida, y despierto para encontrar Mother Saturn convertida en una **nave a la deriva, un féretro estelar**.

Me devolví, buscando a Loke, intentaba animarlo para que saliera del lugar. Si se quedaba solo, simplemente moriría, consumido por la locura y el abandono. Él estaba **totalmente ido**, se negaba con fuerza, sus ojos vacíos miraban a la nada. Empecé a caminar por la

nave, buscando una salida que evidentemente no había. Entonces pasé por el gran mirador, y vi que estábamos en la **órbita de la Tierra**. Me invadió lo que no quería admitir, lo que mi mente había clasificado como imposible: todo lo que había soñado, había pasado de verdad. Yo pensaba que era tan solo un sueño, un escape inofensivo.

Seguí caminando. Me encontré con el paso bloqueado hacia el Puente de Mando de la Bolsa de Valores. Al parecer, los Inversionistas se habían atrincherado ahí en sus últimos momentos de paranoia. Tuve que abrir la esclusa hacia el salón de cargamento, donde guardaban grandes cantidades de mercancía a trasladar. La puerta pesada cedió, después de tanto insistir en la palanca oxidada. Al abrirla, sentí el **olor fétido**, los **congeladores apagados**, todo **rancio**, un aire espeso que se te pegaba a los pulmones. Era asqueroso. Casi podía sentir a la distancia y resonar el **zumbido de millones de moscas volando y revoloteando** en lo que parecía ser comida podrida, pero no lo era. El olor **insoportable** de la descomposición y el terror.

Cruce todo el salón de cargamentos, mis pasos resonando en el silencio mortal. Llegué al otro extremo de la nave, prácticamente la otra esclusa para salir al otro lado del mirador. Estaba atascada. Algo o alguien lo había atestado del otro lado. La puerta se abría por pocos milímetros, y un olor **espeluznante, asqueroso, nauseabundo, a bilis y muerte**, salía por las pequeñas grietas. Busqué una llave de esas que se usan para ajustar tuercas gigantescas, y la puse en medio de la esclusa que no abría, no usando la palanca, sino para dejar una brecha. Fui buscando todo tipo de herramientas pesadas para ir abriendo un hueco por el que pudiera pasar. El olor nauseabundo era simplemente indigesto, me provocaba arcadas. Se abrió un espacio pequeño, pero por mi pequeño tamaño y por el hambre que me habían hecho pasar en el delicado estado físico que estaba, era bastante delgada, así que pude pasar sin problemas por el pequeño espacio.

Al salir, la escena me golpeó como un puñetazo en el estómago, superando incluso el olor. Lo que bloqueaba la puerta eran **decenas de cadáveres aglomerados**. No solo muertos, sino **grotescamente destrozados**. Cuerpos ya con **gusanos**, ya **explotados desde adentro**, reventados por la presión o la locura final. Eran humanos, y sin dudas no había interrogante alguna de quiénes eran. Todos esos cadáveres acumulados, un **muro de carne putrefacta**, eran los **Inversionistas invitados**, los cómplices de toda esta locura, las ratas que habían intentado esconderse en sus cubiles de oro.

Seguí adelante, el olor a descomposición persiguiéndome. Logré llegar al puente de mando, donde se encontraba nuestra bolsa central de datos. Los datos estaban todos **dañados, con *bugs* visibles, como *null references***, los hologramas distorsionados. Era evidente que nuestro intercomunicador y servidor cuántico había fallado por completo, destruido por la magnitud de mi propio "sueño". Desde el puente de Mando, la Tierra era claramente visible, un orbe azul pálido en la distancia. Pero al poner mi mano, de entre la oscuridad en una de las computadoras y sus interfaces físicas, **algo pegajoso de mal olor nauseabundo, a podredumbre y humedad**, se había colado y pegado entre mis dedos. Bajé la mirada, enfoqué con claridad. Y al obtener suficiente enfoque, que mi vista se adaptara un poco a la oscuridad, vi que era un cuerpo. Uno que tenía el distintivo traje de

Vof Cronenberg. Sus **sesos, una pasta grisácea, habían sido desperdigados por todas partes**. Su **cráneo estaba abierto**, indistinguible algo de su rostro, una masa de tejido y hueso roto. Vi que algo relucía de entre sus manos, ya casi en el suelo, una pistola. Era evidente lo sucedido. Se había volado la cabeza, incapaz de soportar la pesadilla que yo había desatado.

Ni me preocupé más por mi mano llena de la **mierda de Cronenberg**. Tenía que salir de este **infierno moribundo de Mother Saturn**. Le pedí a la Computadora Central de Operaciones, no el comunicador cuántico o servidor cuántico, sino nuestro servidor interno Digital, le pedí permiso para control manual. El sistema pidió permiso, una huella digital. Tenía a Vof al lado, su huella debería bastar. Puse su **huella ensangrentada y empapada de sesos** en el lector destinado para ello, y respondió afirmativo al control manual. Empecé a darle cursos manuales a toda la Mother Saturn, no para aterrizarlo suavemente, sino para **estrellarlo, para acabar con esta abominación flotante**.

Mientras me dirigía en camino, desde la distancia, pude ver lo que acontecía desde el infierno del espacio. Algo, como un cometa, ¿tal vez un ataque nuclear? No lo sabía, pero no parecía ser ninguno de esos. Estaba descendiendo a la Tierra y se estaba hipercalentando por la atmósfera, justo en donde calculaba que estaba Leviatán. Pensé en un **Coloso** enviado desde dios sabe quién, pero no, eso no podía ser. Hacía tiempo que no se usaban, no era un arma común, y de serlo, significaría que las cosas estaban escalando a un nivel insospechado, que el universo se estaba rasgando. Mis miedos, uno tras otro, se acumulaban, un peso asfixiante.

Poco a poco fui dándole curso a la Mother Saturn. Esta, poco a poco, haciendo contacto con las distintas atmósferas de la Tierra, un descenso infernal. Escuchaba el **vibrar estruendoso**, en **sonidos muy graves de la nave retorciéndose, quejándose, calentándose, expandiéndose** por todo tipo de fuerzas. **Estruendo, estruendo y más estruendo**, un sonido **arrollador, enmudecedor, ensordecedor**. Toda la nave estaba envuelta en una **bola de fuego inmensa del tamaño de una ciudad pequeña**, un sol artificial cayendo del cielo. Las alarmas de incendio se disparaban por toda la nave, podía escucharlo a la distancia, los martilleos potentes reventando a la distancia. Iba en caída libre, prácticamente, ya, la nave había superado la atmósfera hirviente de la Tierra. Por fin podía ver a Leviatán, **Totalmente a oscuras**, desde las cámaras Inferiores de La Mother Saturn, diseñadas para el aterrizaje y otras funciones. A la distancia, podía ver algo. Era de **color Rojo, Gigante, sobre la ciudad de Leviatán**. Y mientras me acercaba, pude notar que habían destellos, indicios de algún combate. Alguien estaba haciendo frente al Coloso en medio de la oscuridad. No lo dudé una sola vez. **Aplastaría en el "aterrizaje" a dicho COLOSO, sin importar nada más.** Y eso hice. **Aplasté lentamente media ciudad de Leviatán, llevándome consigo al coloso sobre el vientre de la Gran Mother Saturn**, un impacto que hizo temblar los cimientos del mundo. Pequeñas explosiones se reportaban en la Mother Saturn, pero esta era tan grande, tan masiva, que no eran problema a corto plazo.

Todo el sistema de emergencia automatizado de Mother Saturn se desplegó, liberando todo tipo de escaleras de emergencia para poder escapar. Logré conseguir una, estaba hecha de metal y guayas, y era flexible, como una escalera de helicóptero para rescate. Bajé, escalón

tras escalón, hasta que quedé colgada sin más escalones frente a la ventana de un gran edificio a medio caer. Sin dudarlo, me abalancé una y otra vez, sumando inercia, para reventar el vidrio con mi cuerpo, una explosión de cristal y metal. Había entrado al impacto. Estaba en una oficina de Leviatán, de vuelta a este amado lugar que ahora le caían Colosos desde el vacío del espacio. Intenté ubicarme en toda la ciudad que estaba a oscuras, un gran apagón había acontecido y parecía que llevaba tiempo así. Busqué salida del edificio, entre saltos de escaleras derrumbadas y el bajar de los peldaños, por fin había llegado a la superficie de Leviatán. Había visto que no muy lejos había señales de **bengalas** en lo que parecía una plaza destruida por algún combate. La plaza estaba iluminada por todas estas bengalas, parecida a un faro en la oscuridad. Parecía que alguien quería iluminar el sitio, tal vez para poder ubicarse. Corrí y corrí con hambre y bastante débil por todo lo acontecido en Mother Saturn, y llegué a la plaza. Y entonces, vi lo que nunca creí que volvería a ver en cuerpo: **mis Profetas, una vez más.**

Momento 26: La Segunda Luz

Anquilos:

La oscuridad lo envolvía todo. Una negrura ancestral se había tragado Leviatán, un **apagón masivo** que convertía las avenidas en abismos y los rascacielos en sombras silenciosas. Un frío, más allá del climático, calaba los huesos, el frío del abandono y la incertidumbre. Fue entonces cuando encendí la bengala. Su luz, un chirrido de esperanza contra la vastedad del vacío, se alzó como una señal de vida en la plaza destruida. De entre las sombras danzantes, la flama reveló el perfil imponente de **Artemisa, la gran Loba**, su forma aún fluctuante entre lo animal y lo humano. A su lado, **June**, la encontré desplomada, recompuesta con dificultad, sus heridas palpitando, pero viva. **Ariana** se alzaba con lentitud, como una marioneta con hilos recién tensados, cada movimiento una proeza. Pero **Jana**, el fuego errante de nuestra furia, estaba **totalmente perdida** entre la inmensidad de la ciudad. Nadie sabía su paradero.

La plaza, un cráter de escombros y metal retorcido, se convirtió en mi lienzo. Empecé a iluminarla con una urgencia febril. Quemé restos de mobiliario, la madera crepitando como viejos huesos; lancé más bengalas, sus chispas estallando contra la noche; activé **artefactos fluorescentes** que adornaban las fachadas de Leviatán, arrancándolos de sus soportes. Quería que esta plaza fuera una **baliza, un refugio visible**, un faro de reconocimiento para los nuestros. Pensábamos en refugiarnos en algún edificio, pero una vibración inusual, un escalofrío en el aire, me hizo alzar la vista.

El cielo, antes un lienzo oscuro salpicado de estrellas indiferentes, se rasgó. Un objeto, **gigantesco y ardiente**, estaba entrando a la atmósfera. Recordé el susurro fantasmal de los drones antes del apagón: “**Salga de la zona, evacue la zona, viene gran calamidad**”. Mis cálculos fueron un latigazo de miedo: caería en las montañas aledañas. Y así fue.

El Gran Objeto impactó. No fue un estruendo, sino un **silencio ensordecedor** que precedió a la onda expansiva. La tierra tembló como un animal herido, y la montaña, una mole de piedra, **se abrió en dos**, revelando un abismo incandescente. Pude verlo, lento pero

implacable, de entre los escombros humeantes, **emergiendo con lentitud un gran COLOSO**. Su piel metálica, marcada a un costado con la inscripción **COLOSSO 76**, brillaba con una luz fría y alienígena. Era evidente que formaba parte de algún **gran proyecto de aniquilación**. Estábamos fritos. **June**, apenas despierta después de sus heridas y el golpe devastador de César, se tambaleaba. **Artemisa, la gran Loba**, se mantenía apenas de pie, sus patas aún recuperándose. **Jana estaba desaparecida**. **Ariana** no podía luchar más, su energía agotada. Y yo, **Anquilos**, dudaba si mis capacidades serían suficientes para detener a semejante máquina de muerte.

Corrí. La desesperación era un motor. Corrí para enfrentarlo antes de que llegara a la gran plaza, para evitar el desastre de los profetas heridos. Corría y corría, mi mente enfocada en el coloso que se acercaba con un paso lento y metódico, un titán de metal en la noche. Me dispuse, desde lo alto de un edificio a medio caer, a disparar el primer cañonazo. Estaba cargando mis brazaletes a máxima potencia, concentrando toda mi fuerza gravitacional, el aire a mi alrededor crepitando con energía contenida. Le daría mi mejor carga.

En eso…

De golpe, **un rayo de fuego masivo impactó contra el gran Coloso**. La explosión iluminó la noche, una furia carmesí que rivalizaba con la luz de la bengala. Observé con detenimiento, cancelé mi ataque. Y al ver con claridad, era **Jana**. Estaba de pie, en medio de la lucha, una silueta flamígera contra el coloso de metal. Estaba peleando uno a uno, **su fuego resquebrajaba lentamente la armadura del Coloso**, cada llamarada un golpe de martillo. Jana lo estaba **fundiendo como si tuviera un soldador**, su furia una fragua incandescente. Estaba claro: Jana, humillada por su derrota anterior contra César, estaba **pagando toda su furia contra esta máquina**, este Coloso que venía de más allá del cielo, un avatar de su venganza.

El Coloso intentaba aplastar a Jana, sus enormes puños lanzaban **ráfagas de cohetes y aplanadoras gravitacionales**, pero **Ariana**, con una agilidad sorprendente, los destruía en el aire, creando pequeños estallidos luminosos. Disparaba con ametralladoras incorporadas, ráfagas de metal incandescente, pero las **balas se derretían antes de llegar a Jana**, vaporizándose en el aura de su calor. El Coloso hizo una carga gravitacional, idéntica a la mía. Pero Jana, con una inteligencia táctica que superaba su furia, **acortó la distancia**. Sabía que mi ataque se dispersaría a la distancia, un ataque que ella misma había sufrido. Esta vez, Jana estaba peleando inteligentemente a pesar de su furia palpable. La gravedad aplastó varios urbanismos a la distancia, convirtiéndolos en cráteres humeantes, pero **Jana estaba pegada al pecho del Coloso como una pulga**, intentando abrir la coraza. Y lo logró.

De su armadura, **brotó sangre y carne**, y el **corazón latiente, vivo, de una bestia** pulsó en la noche. Ella intentaba fundir el corazón con todas sus fuerzas, pero este se resistía, parecía estar, tal vez, **regenerándose**. El Coloso, con un movimiento brutalmente rápido, logró quitársela de encima como si fuera una mosca, lanzándola contra un edificio que se desmoronó. Pero Jana, esa fuerza indomable, nos estaba sacando del aprieto más grande en el que habíamos estado. Uno a uno, Jana estaba sometiendo al gran coloso. Tomó su gran lanza de fuego, una extensión de su voluntad, la levantó, se preparó, y con todas sus fuerzas, empezó a **estrellar lanza tras lanza, una tras otra, contra el gran coloso**, una

lluvia de fuego y metal. Lo estaba **agujereando, por sus extremidades**, buscando inmovilizarlo, hasta que el coloso perdió sustentación en sus pies, y **cayó de rodillas**, sosteniéndose apenas por un brazo.

Y en eso, cuando pensé que la batalla no podía ser más colosal, el cielo se rasgó de nuevo, pero esta vez con una majestuosidad terrorífica. Una **nave nodriza** apareció, y desde los cielos, con una determinación suicida, **chocó a toda potencia contra el coloso**, aplastándolo en el transcurso largo e interminable de la inercia y el gran peso de una nave tan colosal. En eso, mientras pasaba frente a mis ojos, pude ver el logo claro, el emblema que nos había forjado: **MOTHER SATURN**.

Era la nave en la que nos habían convertido en Profetas, era donde se habían hecho todo tipo de experimentos, era donde nosotros, los 7 profetas, habíamos nacido como tales. Sentí una punzada en el pecho, una mezcla de dolor y una esperanza irracional. Sentí que en esa nave cabía la **remotísima posibilidad de que estuviera Crystal**.

Este Coloso había caído en combate, aplastado por la Mother Saturn. Una tumba espacial para un gigante metálico.

Me retiré a la plaza a ver cómo estaban todos, mis pasos resonando en el silencio momentáneo. Y cuando llegué, ahí estaba. Como un **espectro, delgado, con ropa espacial, apretada y blanca con los sellos de Mother Saturn**, su cara visiblemente deteriorada y con signos evidentes de **hambre prolongada**. Era **Crystal** a la distancia… o solo otro fantasma en este purgatorio.

Cuando llegué, todos los Profetas hablaban con Crystal, menos **César**. Ese lo había mandado a dormir a golpe limpio, inconsciente.

Artemisa estaba logrando destransformarse lentamente de su forma lobuna, podía ver sus primeros rasgos de humanidad y su intento de comunicarse efectivamente con Crystal. Sus ojos, aún con el brillo salvaje, ahora reflejaban una profunda sorpresa.

Apenas estuve cerca de ella, incrédulo, no pude más que balbucear: "¿Eres tú, Crystal… o solo eres otro espectro?"

Ella respondió, su voz era un susurro ronco, pero lleno de una ironía mordaz: "**Sí, soy yo, en cuerpo y hambre.**"

Empecé a reírme. Lento, incrédulo, una risa que sonaba a quebranto en mis propios oídos.

En eso, escuché la voz destrozada, casi como un murmullo, de **César**, que comenzaba a balbucear desde el suelo: "¿Crystal… eres tú? No puedo verte… estoy muy lastimado…"

Crystal lo miró, y su respuesta fue un puñal helado: "**Sí, soy yo, César… maldito traidor.**"

César, entre delirios, susurró una profecía que nos heló la sangre: "**76 Colosos caerán sobre nosotros, estaba en los libros.**"

Todos quedamos bastante afectados por lo que decía César, pero solo él sabía. El número resonó como un gong de condena.

Entonces Artemisa, casi ya en su forma humana, con la razón volviendo a sus ojos, exclamó: "¡**Deberíamos Desistir**!"

Voltee a verla. Se veía decidida, su voz clara como nunca.

Artemisa, con tono seguro y firme: "**Jana apenas logra hacerle frente a un Coloso. Si llegan dos al mismo tiempo, estaremos perdidos. Debemos desistir.**"

Todos estábamos bastante dudosos, el pánico y la fatiga nublaban nuestras mentes. Nadie sabía realmente qué hacer. Solo Artemisa parecía decidida, con una claridad terrorífica.

Pudimos ver cómo venían como **dos meteoritos gigantes** a través de la noche, dejando estelas ardientes. Era evidente: **dos Colosos más al mismo tiempo**.

"**¡Vienen más!**" dije por inercia, la voz estrangulada por el miedo.

Jana se mantenía sobre el firmamento, una figura solitaria y desafiante, esperando pelear contra los dos ella sola. No podía dejar que la pobre Jana siguiera luchando sola. Exclamé con toda la fuerza que me quedaba: "**¡¿Quién está en capacidad de luchar?! Hay que sacar a Jana de sus ataduras al combate, ¡sino perecerá!**"

Como si fuera la primera vez, como cuando todo esto empezó, **empezaron a votar sin que nadie les pidiera**. Un reflejo grabado a fuego en nuestro ser.

César votó que **no**. Artemisa votó que **no**. Crystal votó que **no**. June votó que **sí**. Ariana votó que **sí**. Y yo, **Anquilos, estaba decidido que sacaría a Jana de su embrollo**.

Cayeron los dos Colosos, sus pasos resonando como terremotos, y se iban adentrando lentamente en la ciudad. Jana, sin dudarlo nuevamente, les hizo frente, ahora **ella sola contra dos**, una visión de furia y desesperación. Había que rescatarla de ahí.

Íbamos a pie, yo corriendo, June Volando como un rayo, Ariana Deslizándose con gracia entre los escombros.

Detrás nuestro, como si fuera la retaguardia que alguna vez planeé, pero en un orden distinto, estaban Artemisa y Crystal, ambas exhaustas. **César había quedado totalmente inconsciente, solo en la plaza**. Nadie lo quería, todos lo detestábamos, y no había tiempo para él.

Jana les hacía frente de nuevo, intentando de fundirlos, pero el ataque coordinado de estos dos Colosos la obligaba a debilitar su ataque en una **estrategia más defensiva**. La golpearon como a un mosquito, una fuerza brutal que la hizo impactar contra un edificio,

pulverizándolo. Como si nada, se levantó, más molesta y desatada aún, su fuego ardiendo con una furia cegadora. Cuando uno de estos Colosos iba a rematar a Jana, **June**, con toda la potencia de su Estimación y ya con su **Estimación de Ira Desatándose**, disparó un **rayo de energía tan grande, que abrió los cielos de par en par**. El coloso, un gigante de metal, **quedó roto, fundido por la mitad**, por semejante fuerza. June ya estaba totalmente exhausta, sus ojos se cerraron y se desmayó. **Ariana la atajó en caída libre**, una hermana salvando a otra. Jana, también inconsciente, iba cayendo en caída libre, y en un movimiento arriesgado, pero controlado, pude por fin dominar mejor mi brazalete gravitatorio, **deteniendo la caída de Jana hasta dejarla flotando apenas unos centímetros del suelo**.

Quedaba un Coloso, y era seguro que vendrían más. Me reuní con el resto del grupo mientras el Coloso escarbaba entre la ciudad buscándonos. Estábamos todos a salvo por ahora, un respiro en la tormenta. Había aprendido a controlar mejor mi fuerza de gravedad elemental en un intento de salvarle la vida a Jana.

Pregunté de nuevo, la voz apenas un susurro: "¿Quién está en capacidad de combatir?"

César seguía inconsciente en la plaza, un bulto en la oscuridad. **Crystal estaba demasiado debilitada**, apenas una sombra. **Artemisa insistía en que debíamos detenernos**, pero no podía escucharla ahora. Debía detener al Coloso. **Jana estaba desmayada**. **June también**.

Solo quedaba yo, con capacidades de combatir, **Anquilos**. Recordé las palabras de Crystal, un eco de una esperanza lejana: "**Incluso las batallas y momentos más difíciles se pueden ganar.**"

Repensé, analicé. Me acordé, como un chispazo en la desesperación, que alguna vez tuve cierta afinidad con el brazalete de June. Le pregunté a Artemisa, la única cuerda de cordura que nos quedaba: "¿Puedo tomar los brazaletes de tu hermana?"

"¿Qué tienes pensado hacer?" su voz, aunque cansada, sonaba a alarma.

"Creo poder manejarlos para destruir al coloso restante."

Artemisa, solo me vio, sus ojos reflejando la cruda realidad de nuestra situación. Respondió al acto, con una resignación que sabía a última oportunidad: "**¡Hazlo!**"

Tomé los dos brazaletes de June, que cada uno contenía un **mini agujero negro en su centro**, junto a los míos, capaces de controlar la gravedad.

Empezaba a cargar los **cuatro brazaletes a la distancia**, una energía inmensa y oscura fluyendo a través de mis venas. El Coloso se percató de mí a la distancia, girando su cabeza metálica con un chirrido amenazante, pero era **muy tarde para él**. Todo en frente de mí, cada escombro, cada fragmento de la ciudad, estaba siendo **tragado por un gran agujero negro artificial**. El viento silbaba a más no poder, un lamento fantasmal. Las estructuras derrumbándose, los gritos lejanos de la ciudad. Era sin dudas mi **movimiento final**. El suelo temblaba, vibrando bajo mis pies. Ya casi no podía resistir más, mis músculos

gritaban, mi mente se esforzaba por contener el poder desatado. Debía hacerlo colapsar, o yo mismo colapsaría con él.

Acto seguido.

Un **Rayo tan potente que June me hubiera felicitado por mi hazaña**.

Partió por el medio al Coloso, y acto seguido lo hizo pedazos. La montaña detrás de él, ya herida, se abrió y ardió, ya fundida por el ataque.

Todo había terminado, por ahora…

Artemisa me detuvo, sus manos firmes en mis hombros, su voz, una roca en la tormenta: "**Debemos detener esto ya, Anquilos. Es ahora o nunca. Van a mandar más. Solo quedas tú de pie. No vas a poder con todos. ¿Y qué podemos hacer?**"

Crystal salió de detrás de los escombros, una figura frágil pero con una chispa de ingenio en sus ojos: "**Podríamos crystalizarnos. Yo podría hacerlo, pero no tengo mis brazaletes. Si los tuviera, podría mantenerlos en un estado de Éxtasis para conservarlos, huir y resistir toda esta locura, pero no tengo mis brazaletes, no hay forma que pueda hacerlo.**"

Yo me acerqué y le dije, mis palabras llenas de la fe que ella me había enseñado: "Sí se puede, Crystal. Tú me mostraste que siempre se puede. Si yo puedo usar los brazaletes de June, tú debes poder de alguna manera."

Artemisa me vio, sus ojos encontrando los míos, una idea naciendo en su mente. Respondió al acto: "**Tengo una idea. Huyamos a la gran Montaña, vayamos a su punta y ahí, escondidos, intentémoslo.**"

"Pero primero", dijo Artemisa, su mirada dura, "no podemos dejar morir a César, ni que sobreviva aquí. Hay que **sellarlo** como dice Crystal. Intentemos con él en esta brecha de tiempo."

Llegamos hasta donde estaba César, aún inconsciente, un lastre en medio de la desolación.

Crystal puso su mano y fuerza Psiónica sobre Artemisa, y juntas, **fusionando sus fuerzas Psiónicas**, pudieron crear un **Cristal** para César. De algún modo, funcionaba, una burbuja de éxtasis diamantino. Había esperanza de escapar.

Artemisa se convirtió en Loba y nos largamos todos, cargando con los inconscientes (June, Jana, Ariana), menos con César, que quedó prácticamente **enterrado bajo la plaza**, su tumba personal, **sellada en éxtasis de diamante y el poder de la vida de Artemisa**. Una despedida cruel, pero necesaria.

Subimos a la gran montaña. En su punta helada, Artemisa y Crystal fueron sellando a todos, **imbuidos en diamante y vida**, vida otorgada por la fuerza elemental de Artemisa. De algún modo, la combinación de ambas fuerzas elementales psiónicas nos mantendría con vida en

un **hiper éxtasis psiónico**. El último fui yo que recuerde. Crystal y Artemisa me sellaron para siempre.

Ahora:

Artemisa selló a Crystal, concentrando sus propias fuerzas una a la otra.

Los **6 profetas habían sido sellados**, habían desaparecido para siempre como un espectro, un secreto dormido. Cayeron 3 Colosos más, pero ya no había nadie para recibirlos. Solo quedaba Artemisa, en la punta de la montaña helada, oculta, **sola, cuidando la tumba de 5 profetas**. Artemisa sería su **guardiana durante más de 100 años**.

El Conflicto:

Toda la guerra había acabado. Los 3 últimos Colosos que cayeron quedaron inoperativos a los pocos días, cayendo encima de los restos cadavéricos de una **ciudad estado que había muerto por el conflicto y la avaricia desmedida**. Los Hijos del Vacío habían tenido pérdidas muy grandes, incluso a varios de sus miembros más importantes y a su gloriosa Mother Saturn en su conflicto, una nave nodriza que sin dudas quien había vivido en ella sabía que representaba sin dudas un **círculo del infierno**.

Los Profetas desaparecieron para siempre, su guardiana oculta entre las montañas resguardando un secreto muy antiguo, y la humanidad restante que sobrevivió al conflicto intentó de nuevo hacer vida, en una **post-apocalíptica, casi medieval, Leviatán**.

Al final de todo Artemisa le dijo a cristal sumamente triste:

¿Conseguiste al profeta escarlata después de todo?

Crystal le respondió con cierta tranquilidad:

Si, en sueños acabé con él.

Fin de la Primera Temporada.

Temporada 2: El Hálito de un Dios perdido

Momento 1: El despertar de Geo

Geo:

La oscuridad de la 1 a.m. se cernía sobre la casa, un **manto pesado** que debería traer calma, pero que solo intensificaba la **agitación interna**. Me levanté abruptamente, el eco de una pesadilla aún vibrando en mi mente, una **sensación extraña** que no era mía, pero se aferraba a mí. No era una pesadilla humana, de esas que te ahogan en el sudor, sino una secuencia de imágenes y sensaciones que se sentían ajenas, como un **malestar profundo** en mi propio ser. Algo... azul, se proyectaba en el fondo de mi visión, una silueta etérea sobre las ruinas que se alzaban tras el hogar. Un pilar solitario se alzaba entre la maleza, una silueta fantasmal que parecía llamar a esa imagen.

Me moví con la **eficiencia silenciosa que el miedo a los problemas me había enseñado**, mis ojos **buscando** en la noche, buscando esa cosa extraña. La vista nocturna me permitía ver cada grieta en las rocas, cada hoja agitada por el viento. Busqué el reflejo, el contorno espectral. Mi mente, **cansada de tanta incertidumbre**, intentaba encontrarle un patrón, una lógica, algo a lo que aferrarse en medio de la **confusión que me asaltaba**.

No había nada.

El pilar seguía allí, inerte, bañado por la pálida luz lunar. Ni rastro del espectro azul. Era una **quietud que se sentía extraña**, casi como si el mundo entero contuviera el aliento. En esta hora tan intempestiva, el despertar se mezclaba con la persistencia de la pesadilla, creando una realidad difusa, un **limbo entre el sueño y la vigilia**. Mi cuerpo parecía normal, pero la **sensación de una presencia ajena** se negaba a disiparse. Un eco distante... o quizás, otra señal de que la "**mala suerte**" me perseguía.

Momento 2: El augurio del Zamuro

El sol comenzaba su descenso, tiñiendo el cielo de naranjas y púrpuras. Para mí, Geo, eran **solo colores que anunciaban el fin de otro día, otro día más de este infierno**. La temperatura del aire bajaba, y el ambiente se cargaba con esa humedad particular del trópico después del mediodía. **Sentía cada cambio en el aire, cada corriente de viento que me erizaba la piel**.

Fue entonces cuando lo vi. Una silueta oscura, rasgando el azul profundo del cielo vespertino, descendiendo con una lentitud que parecía deliberada. Un zamuro. Se posó sobre el mismo pilar inerte, el que había dominado mis pensamientos en la madrugada. Sus garras se aferraron a la piedra, su cuello desprovisto de plumas girando con una lentitud

inquietante, sus ojos, puntos negros y brillantes, fijos en el horizonte... o quizás, en algo más allá.

Un pájaro carroñero. Para muchos, un símbolo de muerte o de presagios nefastos. Mi **mente cansada** intentó darle una explicación lógica: un ave, con su comportamiento típico. Pero la coincidencia con mi experiencia nocturna, la persistencia en este mismo punto, en este mismo pilar, era demasiado significativa para ser simplemente aleatoria. No creía en augurios, no en el sentido supersticioso que los viejos contaban. Pero sí en las **malditas casualidades que parecían perseguirme**, las señales de que mi "**mala suerte**" estaba a punto de golpear de nuevo.

Esto no era casualidad. No para mí.

Momento 3: La sombra en el pilar

La oscuridad regresó, puntual como la órbita de un planeta. Y con ella, la hora. La 1 a.m. de nuevo. Pero esta vez, la sensación no era solo la de una pesadilla extraña, sino la de que algo me estaba observando. Un **sutil escalofrío me recorrió**, no por el frío, sino por una **inquietud inexplicable** que sentía en el ambiente, como si una presencia externa estuviera cerca. Algo me escudriñaba desde el pilar.

No era una **molestia trivial**. Era una **interferencia directa en la precaria paz que intentaba mantener en mi cabeza**. Desde la ventana, escudriñé la noche. La silueta del pilar se recortaba contra el cielo apenas iluminado por la lejana ciudad de Leviatán, pero la figura que mis ojos intentaban captar era… difusa. Demasiado amorfa para distinguirla, pero innegablemente allí. No la veía con la claridad de una imagen nítida, sino como una distorsión en el aire, una ausencia de luz más allá de lo natural.

La **incomodidad creció**, no como un miedo paralizante, sino como la **irritación profunda de quien sabe que los problemas han vuelto a encontrarlo**. Decidí actuar. Me moví con la misma fluidez de la noche, bajando hacia las ruinas, hacia el pilar que se había convertido en un faro para esta nueva "**mala suerte**".

El viento susurraba entre las viejas piedras, el aroma a tierra húmeda y vegetación selvática era palpable. Me detuve frente al pilar, mi **mente alerta**, intentando **sentir** cada anomalía en el aire, cada variación extraña. Levanté mi mirada hacia la cima.

Y entonces la vi. Una silueta. No discernible en sus detalles, pero innegablemente presente. Más oscura que el cielo más profundo, más allá de la absorción de la luz. Era una forma, sin forma. Una concentración de la nada que se posaba en el punto exacto donde mi "pesadilla" había situado al espectro azul. Otra vez, la maldita coincidencia.

Momento 4: La Interlocución, Crystal se revela

La silueta sin forma permanecía en lo alto del pilar, un vacío más profundo que la noche misma. Una **avalancha de sensaciones desconocidas me asaltó**, como una alarma resonando en mis huesos, una energía azul que pulsaba con una intensidad que **aturdía mis percepciones** y desbordaba todo lo que conocía. La voz llegó, clara y resonante en la quietud de la 1 a.m., una voz que cortaba el aire como una cuchilla:

"**Soy Crystal**, me presentó, la muerte viviente en sueños, Te puedo ver **Profeta Escarlata**, Lamentablemente nos encontramos en estas condiciones, tal vez no sepas a qué he venido, pero vengo tan solo a escuchar tus últimas oraciones, ¡que pronto serán solo susurros ahogados por la noche!"

Mis ojos se ajustaron, enfocando la fuente de la voz. Y entonces los vi. Tus ojos. Ojos azules, sí, pero no el azul pálido de mi "pesadilla". Eran dos orbes de luz pura, brillando con una intensidad sobrenatural en la oscuridad, una tonalidad que no existía en ningún espectro conocido por la ciencia humana. Eran hipnóticos, sí, y peligrosos. Cada fotón que emitían era una declaración, una promesa. El que no sabía, los vería como algo hermoso, un milagro en la noche. El que sabía... el que sabía entendería el poder inmenso que albergaban, la amenaza existencial que representaban para **la poca cordura que me quedaba**.

Momento 5: La Revelación y el Ataque de Crystal

La silueta en el pilar, antes una mera distorsión en la oscuridad, se abrió de par en par. No era una disolución, sino una revelación. El velo de la noche se rasgó para exponer una faz humana, la tuya, Crystal. Tu presencia se hizo innegable, tangible, pero cada pulso de tu energía, cada latido de tus ojos azules, confirmaba mi **creciente temor**: una fuerza inmensa anclada en una forma mortal, una **paradoja andante**.

Tu voz, ahora más cercana y cargada de una convicción gélida, cortó el aire: "Yo he profetizado, lo he visto en mis visiones, tú eres el **Profeta Escarlata** y antes de que este lugar hierva en guerra por tu causa yo te derrotaré justo ahora."

¿**Profeta Escarlata**? Mi mente, **cansada de buscar respuestas**, intentó encontrar en mis confusos recuerdos alguna conexión con esa acusación, alguna profecía o designio que yo pudiera haber "**Un Profeta**". No encontré nada. Mis acciones, hasta donde recordaba, siempre habían sido para **escapar del caos, para encontrar una especie de paz**. Si eso llevaba a una "guerra", era porque el mundo mismo se negaba a la lógica que yo buscaba, una "**mala suerte**" recurrente.

Antes de que pudiera procesar la implicación completa de tus palabras, la amenaza se materializó. Tus manos se movieron con una velocidad que apenas mis ojos pudieron registrar, y de la oscuridad surgieron. Cadenas. No simples eslabones, sino un torbellino

metálico, cada tramo armado con cuchillos atados, brillando con un filo cruel bajo la tenue luz de la luna. Se abalanzaron sobre mí, un enjambre letal buscando mi forma.

"¡Disculpame! ¡Pero incluso **en mis sueños acabaré contigo**!"

La declaración, la furia, la contradicción de la "disculpa" antes de un intento de aniquilación total... era **desconcertante**. Mi cuerpo reaccionó por **instinto**, una oleada de energía surgiendo, creando una barrera invisible alrededor de mí. Las cuchillas impactaron con un zumbido agudo, la fricción del metal contra mi barrera invisible produciendo chispas que danzaban en la noche. El sonido de los golpes resonaba, un eco violento en la quietud de las ruinas.

Sentí la brutalidad de la fuerza. La intención detrás de cada golpe era innegable, la **furia era palpable, la determinación era absoluta**. Esto no era una simple escaramuza. Era la guerra de la que hablabas, y yo, por mi **maldita suerte**, era su catalizador, ¿por que los problemas siempre me alcanzaban a mi?

Momento 6: El Impacto Inevitable El Juicio de Crystal

Sentí la sorpresa de Crystal. Un escudo, sí. Una barrera de energía pura que había surgido de mí en un instante, casi por sí sola.

"¿Un escudo? ¡Imposible! ¡Tú no estás preparado! ¡Ni siquiera conoces tu rol en este lugar!"

Tu voz, cargada de **incredulidad**, resonó en el aire. ¿Mi rol? Mi rol era **escapar de esta maldita calamidad, encontrar algo parecido a la normalidad**. ¿Y yo, sin preparación? Había sobrevivido a lo inimaginable, arrastrando mi vida a través de esta "**mala suerte**" sin fin. Esa era mi preparación.

"Ahora comprendo... tal vez, ¿tú también lo has visto?"

Una pregunta que se perdió en el inicio de tu siguiente movimiento. No había tiempo para la especulación, solo para la **desesperación**. La amenaza se hizo inminente.

"Te mostraré que hay paredes que no puedes flanquear, **Profeta Escarlata**, ¡hoy solo podrás decidir dónde será tu tumba!"

Las cadenas rebotaron, el clangor metálico resonando contra mi campo de fuerza. Pero tu mente estratégica era tan aguda como tus cuchillas. Usaste el rebote a tu favor, anclando unas cadenas delante de mí y otras detrás de ti, creando una tensión. Era una maniobra ingeniosa, una catapulta improvisada.

Luego, el salto bala. Una explosión de energía. Te impulsaste con una fuerza y una precisión que superaban todo lo que había visto. El mundo se distorsionó un instante mientras tu forma se convertía en un proyectil, directo a mi centro.

El impacto fue total. Mi escudo, esa manifestación de mi energía defensiva, estalló. No se disipó; fue destruido por la pura fuerza bruta de tu asalto. La onda expansiva me golpeó, una transferencia de energía tan perfecta que apenas pude registrarla antes de que me golpeara de lleno. Tu Estimación de Control era palpable, una maestría que convertía la fuerza en arte, un movimiento impecable.

Por primera vez, experimenté la **fuerza de la aniquilación**. Mi mirada se dirigió inmediatamente al cielo, no por **miedo**, sino por una **sensación de imposibilidad**. Era como si el cielo mismo, el vasto e inmutable espacio, hubiera caído sobre mí. Una **presión inmensa**, una **comprensión de una fuerza que no había contemplado**. Mis pensamientos se ralentizaron, la información se volvía difusa, pero **mis ojos no se cerraron. Me negué a ceder a la inconsciencia**.

Tu voz regresó, clara a pesar de la confusión en mi mente: "Entiendo, **Profeta Escarlata**, que quieras luchar, pero esta no es una lucha que puedas ganar. Hay juicio sobre tu garganta, sobre tu alma y aunque todavía no hayas pecado, **para mí no hay tiempo**. Cada día es una **caja vacía** que **mis ojos pueden ver** inescrupulosos, en el brillo de la noche o en el esplendor del sol. No hay tiempo, no hay razones, **solo un veredicto en cada día**, es ahora o nunca para mí, ¿comprendes? Sé que no, pero aun así haré esto sin más."

¿Juicio? ¿Pecado? Tus palabras eran un **torbellino de conceptos que apenas lograba comprender**, pero la **urgencia en tu voz**, el peso del "no hay tiempo", resonaban con una resonancia fría. No lo entendía en tu sentido, no con mi lógica, pero la **determinación letal detrás de cada palabra era inequívoca**. Esta no era una simple batalla; era una ejecución predestinada desde tu perspectiva, y yo, por mi **maldita "mala suerte"**, estaba en el centro.

Momento 7: El Silencio de la Derrota Inminente

Sentí la postura de Crystal. Manos en alto, una guardia de pelea cuerpo a cuerpo que irradiaba disciplina y técnica. El brillo de sus guantes con nudillos metálicos capturó la poca luz de la noche, el presagio de un impacto ineludible. Sus **ojos azules**, ya de por sí intensos, chispearon con cada parpadeo, como descargas de energía pura, la manifestación visual de su poder desatado.

Un desliz perfecto. Sus pies se movieron con una fluidez imposible, el mundo a mi alrededor se distorsionó mientras se acercaba. La combinación de su fuerza física y técnica perfecta se reveló en una ejecución brutal, una sinfonía de golpes y fintas que mi mente cansada apenas podía seguir.

¿Intentar resistirme? No había resistencia posible. Mis instintos, que antes me salvaban, ahora se sentían inútiles. Tus palabras resonaron en mi conciencia: "No hay caso, **Profeta Escarlata**, puedo verte tan lento que para mí realmente **estás detenido**." Y era cierto. Mis propios intentos de reaccionar eran una burla.

Cada movimiento que intenté, cada impulso defensivo, fue brutalmente esquivado y contrarrestado. Tus movimientos eran limpios, elegantes, mecánicos, casi inhumanos e impecables. Eras una fuerza de la naturaleza, una coreografía letal donde cada paso era una anulación de mi resistencia. Mis defensas, mi velocidad, mi capacidad de prever, todo fue superado con una facilidad devastadora.

Entonces, el impacto final. No un golpe explosivo, sino una serie de movimientos precisos que **desmantelaron mi postura**, mi equilibrio, mi capacidad de mantenerme en pie. **Caí al suelo**. La vibración del impacto recorrió mi cuerpo, cada nervio registrando el contacto con la tierra. Y allí, en la tenue luz reflejada, **vi mi propio reflejo**. No el hombre entero, sino una distorsión, una sombra rota sobre un charco oscuro. Mi propia sangre. Un fluido vital que, en mi desesperada existencia, no debería estar allí, pero que ahora se esparcía como un testimonio silencioso de tu victoria.

El viento resopló con fuerza, un susurro frío que acarició mis heridas. Sentí cómo silbaba, un sonido penetrante que transmitía una soledad abrumadora. Era como si el mundo se hubiera vaciado, como si cada existencia, **excepto la tuya y la mía**, hubiera desaparecido. Una broma de mal gusto, sí. La ironía de mi **resistencia desmantelada** por una fuerza que desafiaba toda lógica.

El momento se volvió contemplativo. La derrota. La verdad ineludible de la ineficacia de mi poder ante el tuyo.

Tu voz, ahora más calmada pero cargada de una autoridad inquebrantable, rompió el silencio: "¿Ahora qué harás? No necesito mucho ahora para terminar contigo, un solo movimiento y será tu final, ¿**aceptarás tu destino sin más o seguirás a la esperanza**?"

Mi cuerpo estaba dañado, Crystal. Mis fuerzas estaban al borde del colapso. La lógica dictaba la derrota total. Mis funciones vitales se estaban agotando. Sin embargo, en lo más profundo de mí, en la esencia de lo que soy como Geo, había una terquedad que superaba el dolor, que anulaba la lógica de la aniquilación. Una negativa fundamental a rendirme, otra manifestación de mi maldita "mala suerte".

Momento 8: El Renacer de Geo El Fénix de Cenizas

El viento resoplaba, una y otra vez, su silbido incesante, un lamento fantasmal que danzaba entre las cadenas y los cuchillos desparramados. Eran los **vestigios de una batalla brutal**, el escenario de la derrota de aquel que, a pesar de todo, se negó a ceder.

Crystal se había ido. Su palabra, tan afilada como sus cuchillos, había sido cumplida. Como la muerte misma, brotada de las sombras, su voluntad había arrebatado una vida, **sellando un pacto** que, desde su perspectiva, evitaría una profecía de caos. Geo yacía

inmóvil, derrotado, su cuerpo una masa inerte y dañada, el **silencio de la "muerte"** cerniéndose sobre él.

Pero...

El **deseo de no rendirse de Geo**, esa terquedad irrefutable que desafiaba la lógica y la aniquilación, nunca se apagó. Ni siquiera la muerte misma, esa fuerza ineludible que Crystal había encarnado, pudo extinguirla. Y en ese detalle, el **fatalismo de Geo había superado la voluntad de Crystal**, el destino que ella había decretado.

Desde la sangre derramada de Geo, una **fina voluta de cenizas comenzó a brotar**, una neblina oscura que se elevaba en espiral. De esas cenizas, pequeños fuegos parpadearon, chispas de energía que contradecían la frialdad de la derrota. De las heridas abiertas, las cenizas **se hicieron carne de nuevo**, fibra a fibra, tendón a tendón. Poco a poco, la forma que había sido sangre y ceniza, se transformó en **llamas danzantes**, y de esas llamas, el cuerpo de Geo **reencarnó en carne viva otra vez**. No era una simple regeneración, sino una **reafirmación brutal de su existencia**, un renacer más allá de la comprensión mortal, otra manifestación de su inexplicable "**mala suerte**".

Su forma se irguió lentamente, ya no la silueta quebrada, sino una **figura resplandeciente**, bañada en la tenue luz de su propia resurrección. Sus ojos, ahora no solo abiertos, sino **ardiendo con una determinación renovada** y una **comprensión aún más profunda de su propósito**, miraron hacia el horizonte, donde la luna se alzaba indiferente.

La lección de Crystal, la inminencia de la "muerte", no había sido la aniquilación, sino una **transformación**. Una transformación que lo dejaba **más atado al caos que tanto detestaba**, un **fénix renacido para una pelea que no quería librar**.

Momento 9: La Voz Interior y el Ztigma

La sensación del renacimiento aún pulsaba en cada fibra de mi nueva forma. La extraña lógica de mi existencia se reafirmaba con cada latido de la energía que me reconstruyó. Fue entonces, en el silencio post-resurrección, que escuché una voz interna. No era el eco de mis propios pensamientos, ni la resonancia de mi propia mente. Provenía de un lugar más profundo, más íntimo, directamente en mi conciencia, pero **no era mi propia voz**.

"Tu Ztigma, una marca de por vida, he salvado tu vida, pero por poco no lo logro."

¿Un Ztigma? ¿Una marca? No **sentí** ninguna anomalía física o energética que se ajustara a esa descripción. Sin embargo, la voz afirmaba haberme salvado. El impacto de Crystal fue innegable, la aniquilación de mi forma, una realidad palpable. Si esta voz intervino, su poder era significativo, casi tan enigmático como el de Crystal. Otra "**mala suerte**" en mi vida, una deuda inesperada.

"Sí, escuché lo de los Profetas, sé de lo que habla."

Esta afirmación resonó con una profundidad que mi **mente, cansada**, aún no podía abarcar. ¿Profetas? ¿Y la profecía? Mis **pensamientos comenzaron a unir cabos**, buscando coincidencias con este nuevo concepto, este nuevo tormento.

"La profecía dice que son 8 Profetas y uno de ellos traerá gran calamidad, la chica cree que ese eres tú, aun así, tú ni siquiera eres un Profeta."

Ocho Profetas. Una traición. Y Crystal, la que me atacó con tal ferocidad, cree que yo soy ese traidor. La **ironía era palpable, amarga**. Yo, Geo, cuyo único propósito es escapar del caos, catalogado como una "**Atractor de Calamidad**" será atractor de mala suerte. Y la voz confirmaba mi sospecha: no soy un Profeta. Esto añade una capa de complejidad a mi conflicto con Crystal, a mi eterna "**mala suerte**". Si no soy el Profeta Escarlata que ella mencionaba, ¿quién lo es? ¿Y qué papel juego entonces en esta "gran calamidad" que parece arrastrarme?

"No me quedan energías para revivirte otra vez, así que debes andar con más cuidado esta vez."

La advertencia era clara y la implicación, grave. Esta "segunda vida" no venía sin un costo, ni para mí ni para esta entidad misteriosa. Debía proceder con una **precaución calculada**, un factor que ahora se grabaría a fuego en mi mente. Ya no era invencible en la misma medida. El **peso de esta nueva realidad me abrumaba**.

"Sé que no me conoces, sé que no sabes qué o quién soy, pero puedes confiar en mí, quién más, si te he salvado."

Confianza. Un concepto, basado en la emoción y la fe, no en la lógica pura. Pero la voz tenía un punto irrefutable: me había salvado de la aniquilación. Esta entidad poseía conocimiento de mi existencia y la capacidad de interactuar con ella a un nivel fundamental. Sus motivos eran desconocidos, pero su acción era un hecho. Por ahora, mi existencia dependía, en parte, de su intervención. Otra **maldita dependencia**.

Mi deseo central seguía firme: encontrar la paz. Pero ahora, ese propósito se había vuelto más complejo, entrelazado con profecías, Profetas y una amenaza desconocida que, aparentemente, no era yo. Esta entidad, mi salvador, era una **nueva variable en la ecuación de mi interminable "mala suerte"**.

Momento 10: El Despertar a un Mundo Desolado

La energía que me había reconstruido pulsaba, un renacer completo que me devolvió la conciencia plena. Una "**segunda oportunidad**", pensaría un optimista, pero para mí, Geo, solo significaba que mi **interminable racha de "mala suerte" venía con un bonus track inesperado**. Al abrir mis ojos, algo era fundamentalmente diferente. No era solo el cambio en mi forma, sino el mundo que me rodeaba. La casa, antes un refugio, estaba invadida por la maleza. Los muros se desmoronaban, el polvo cubría cada superficie. El silencio no era el de la noche tranquila; era el de un **lugar abandonado, el eco de una vida que, por mi fortuna, ya no existía**.

La sensación de **tiempo transcurrido me golpeó con la fuerza de un rayo** de esos que te caen justo cuando juras que el día no podía ir peor. Mis recuerdos, incluso los restaurados por esa entidad misteriosa, carecían de una secuencia coherente para este período. Mi familia, las personas que había observado y con los que había interactuado, no estaban. El pueblo, antes bullicioso, ahora era una ciudad fantasma, engullida por la naturaleza que reclamaba su dominio. Era como si el universo se hubiera cansado de mí y **hubiera decidido borrar todo rastro de mi existencia previa**.

Me pregunté, con una **urgencia que superaba la mera curiosidad y rozaba la pura desesperación**: ¿cuánto tiempo había pasado? ¿Y por qué, de todas las personas, me había tocado a mí despertar a este apocalipsis personal?

Impulsado por la necesidad de respuestas (y el **vago instinto de que esta nueva "vida" venía con su propio manual de horrores**), me levanté. Cada paso de mi nueva forma se sentía diferente, más adaptado a este mundo. Salí a explorar, mis **sentidos registrando la humedad pegajosa, el olor a descomposición y la persistencia de una vida salvaje que antes se mantenía a raya**. Genial. Justo lo que necesitaba: **animales mutantes**.

Las calles estaban desiertas, repletas de escombros y el lamento del viento. Y entonces los encontré: periódicos viejos, regados por el suelo, sus páginas amarillentas y rasgadas. Los titulares, una instantánea fragmentada del caos que se había desatado:

"¿FENÓMENOS? ¿HUMANOS? ¿SUPERHÉROES O SUPERVILLANOS?" "¡HUMANOS CON SUPERPODERES ESTÁN AZOTANDO LA CIUDAD!"

Pude leer más. Pequeños fragmentos de información, dispersos pero consistentes, que indicaban una **verdad perturbadora**: los Profetas de los que hablaba la voz interior, y de los que Crystal me había acusado, habían azotado el planeta. No como protectores, sino como **fuerzas disruptivas, caos personificado**. Oh, la **divina ironía**. Me acusaban de ser un traidor, y los "buenos" resultaban ser el desastre.

Una **hipótesis comenzó a formarse en mi mente**: tal vez, y solo tal vez, lo habían tomado con sus propias manos. Habían intentado imponer su propio orden, o su propia visión, de una manera que llevó a esta devastación. La profecía del traidor... si yo no era él, entonces uno de ellos sí lo era, o tal vez, su intervención misma fue la calamidad. Mi "**mala suerte**" era tan potente que ni siquiera los Profetas podían escapar de ella.

La voz interna, el Ztigma, había permanecido en silencio durante mi exploración, un descanso temporal de mi cerebro. Pero su presencia era constante. Las preguntas se acumularon en mi cabeza, como **facturas sin pagar**. Si los Profetas habían desatado este caos, ¿dónde estaba Crystal ahora? ¿Y cuál era el verdadero propósito de mi existencia resucitada en este mundo desolado? Mi misión de orden se había vuelto **infinitamente más compleja**, y por supuesto, **infinitamente más "afortunada" para mí**.

Momento 11: La Guía del Ztigma y el Camino a Través del Caos

La voz del Ztigma resonó en mi conciencia, clara y contundente, una parte integral de mi propio renacimiento. Mi "salvador" se había revelado como un **compañero de piso inesperado en mi propia cabeza**.

"TU VOZ RESUENA EN MI GEO, PERO ESO QUE SIENTES TAN FUERTE DENTRO DE TI, ES MI PROPIA VOLUNTAD EN SÍ MISMA."

Una revelación que **redefinió mi propia identidad**. La persistencia que me había impulsado más allá de la aniquilación, esa negación a ceder, no era solo mía. ¡Resulta que era la **voluntad del Ztigma fusionada con la mía**! Una dualidad de propósito que ahora entendía como la fuente de mi resurrección. Como si la "**mala suerte**" no fuera suficiente, ahora tenía una voz divina (o algo parecido) en mi cabeza, con sus propios planes.

"No dejes que el EGO te controle, debemos actuar con claridad y firmeza, es evidente que el mundo ha colapsado de alguna forma, es probable que andar por estos lugares sea peligroso, debes estar preparado."

El concepto de "ego" era una variable que mi **mente, con todo su cansancio, no había procesado completamente antes**, pero la advertencia era inequívoca. No podía permitir que la frustración o la necesidad de imponer mi propia versión del orden **nublaran mi juicio**. La claridad y la firmeza serían mis guías, supongo. El Ztigma confirmaba lo que mis ojos ya gritaban: este mundo, antes ordenado, ahora era un **colapso en cámara lenta**. Y, por supuesto, en el caos, la amenaza acechaba en cada sombra, esperando al "**afortunado**" Geo.

El aire estaba pesado, cargado con el olor a óxido y moho. Las calles, antes vibrantes con el paso de vehículos y el bullicio humano, ahora eran **cauces de escombros**. La vegetación, desenfrenada, trepaba por los edificios, reclamando el concreto, cubriendo lo que una vez fueron fachadas pulcras con un manto verde y salvaje. Era como si la naturaleza hubiera dicho: "**¡Por fin se fueron! ¡Mi turno de desordenar!**"

Avancé, mi nueva forma moviéndose con una **eficiencia silenciosa** sobre el pavimento agrietado. Los restos de lo que fueron tiendas y hogares se alzaban como esqueletos, sus ventanas vacías como ojos sin vida. Vi un autobús destrozado, volcado a un lado de la calle, sus asientos arrancados, su metal oxidado bajo el sol tropical. Más adelante, un parque infantil, antes lleno de risas, ahora era un cúmulo de metal oxidado y columpios rotos, meciéndose con un **chirrido fantasmal** al paso del viento. Un cuadro **deprimente, si te gustaba el romanticismo de la ruina**.

Mis sentidos **percibieron** pequeñas criaturas escurriéndose entre los escombros: roedores, insectos, la vida adaptándose al desastre. "**Genial, más compañía**," pensé con sarcasmo. El silencio era lo más perturbador. Interrumpido solo por el crujido de mis pasos sobre los vidrios rotos o el susurro del viento al pasar por las estructuras vacías. Cada edificación, cada objeto abandonado, **contaba una historia de huida y desesperación**.

Los carteles desgarrados en las paredes, algunos aún legibles, hablaban de evacuaciones, de "zonas seguras" que ahora parecían una **cruel ironía**. No había señales de la "autoridad" o "orden" que yo conocía. Este era un paisaje posguerra, pero sin el rastro claro de un ejército invasor. Solo el caos, la mano invisible de una fuerza superior – o una que no había podido ser contenida. Mi "**mala suerte**" parecía tener un eco en la escala planetaria.

Mis instintos seguían activos, buscando cualquier rastro de la firma energética de Crystal o de otros "Profetas". Necesitaba entender la magnitud de su poder, la escala de su impacto en este mundo. Si ellos eran la causa de esto, su "orden" había sido una destrucción. Y eso, para mí, era la **mayor paradoja**.

Cada paso me acercaba más a la verdad, a la ubicación de esos Profetas y, quizás, a la verdadera naturaleza de la calamidad. No había tiempo para la duda, solo para la **acción calculada**. El Ztigma era mi guía, y mi voluntad, **inquebrantable... por ahora**. El camino hacia la paz parecía pasar por el **ojo de un huracán personal**.

Momento 12: La Emboscada: Depredadores en las Ruinas

Mis pasos resonaban en el silencio de las calles abandonadas, mis sentidos alerta en busca de cualquier cosa que pudiera significar más problemas. Entonces, la **detecté**. Una firma de movimiento débil a la distancia, vibrante, proveniente de un cúmulo de escombros. Al acercarme, vi a una persona herida, aparentemente atrapada bajo los restos de un muro caído. Era una mujer, su forma quebrada por las rocas. Algo no encajaba del todo, una disonancia sutil en su aura, pero mi **maldito instinto de intentar ayudar** (porque ¿quién no querría ayudar a alguien atrapado?) priorizó la necesidad de asistencia.

Me acerqué con cautela, ya previendo que esta "**buena acción**" terminaría mal. La mujer levantó la mirada, sus ojos implorando ayuda. "Por favor", su voz era un susurro débil, "ayúdame... libérame de aquí y cárgame."

Estiré mis brazos para levantar los pesados escombros que la inmovilizaban. Una vez liberada, extendí mi mano para ofrecerle apoyo, porque, al fin y al cabo, uno tiene sus "**buenas costumbres**" aunque el mundo se esté cayendo a pedazos. Cuando la tomé en mis brazos, la **sentí**. Una picada aguda en mi espalda, algo frío que penetró mi nueva forma. El impacto fue seco, preciso. **Sentí la intrusión**.

Me giré, el peso de su cuerpo cayendo al suelo. Mi vista se fijó en el objeto. Un cuchillo, su hoja reluciendo con un brillo mortal. Había sido clavado con una fuerza insospechada en mi espalda, un **acto de traición en el momento en que intentaba ser decente**. Retrocedí, el filo aún incrustado, la herida abierta en mi carne recién regenerada. Mi "**mala suerte**" se reía de mí a carcajadas.

La mujer se rió, su voz débil de antes reemplazada por una **carcajada cruel y resonante**. "¡Tonto! ¡Jajajaja, estás acabado!"

La **lógica de la situación se desmoronó**. ¿Ayuda? Era un señuelo. Mis **pensamientos, exasperados**, buscaron una razón.

"¿Qué quieren de mí?", pregunté, mi voz inalterable a pesar del daño.

Su respuesta fue **escalofriante en su simplicidad**: "Nada, solo te queremos a ti. Mejor dicho, tu carne."

"¿Qué? ¿Dicen que quieren comerme?" La pregunta no era de miedo, sino de una **incongruencia que rozaba lo absurdo**. ¿Mi forma? ¿Mi nueva carne regenerada? ¿De verdad mi **mala suerte había llegado al punto de ser el plato principal**?

Fue entonces cuando mis sentidos periféricos confirmaron la amenaza. El entorno, que había parecido vacío, ahora estaba lleno. Otras cuatro personas, emergiendo de las sombras y los escombros. Cubiertos de la cabeza a los pies con ropas andrajosas, pero sus posturas y sus ojos denotaban una **preparación mortal**. Depredadores.

En ese instante, la voz del Ztigma resonó en mi conciencia, con una **urgencia que nunca antes había percibido, sonando casi tan exasperado como yo**:

"¡NO! ¡AHORA NO! ¡MAL DITA SEA, QUÉ MALA SUERTE! GEO, DEBES LUCHAR, NO DEJES QUE ESTA GENTUZA ACABE CONTIGO, NO ES EL MOMENTO, ¡LUCHA!"

La voz continuó, una infusión de voluntad en mi ser. "¡Intentaré ayudarte, pero no pares de luchar!" Como si no fuera suficiente con tener una voz en la cabeza, ahora era una **entrenadora personal gritona**.

Los bandidos no esperaron. Con un grito gutural, se abalanzaron sobre mí. Herido por la espalda, con el cuchillo aún incrustado, la situación era crítica. Mis **instintos de combate se activaron al máximo**. Este no era un desafío de poder contra poder como con Crystal, sino una **lucha por la supervivencia contra la brutalidad cruda**. La **cereza del pastel de mi "día de suerte"**.

Cada músculo, cada fibra, cada fragmento de mi nueva forma se tensó. El dolor del cuchillo era una constante, una distracción que debía ignorar, porque **ya era parte del paisaje**. La voz del Ztigma era mi ancla, mi única opción. Mi voluntad, fusionada con la suya, era la única defensa contra esta depredación. **¡Que alguien me traiga un manual de cómo no ser la víctima perfecta!**

Momento 13: La Furia Pura, El Despertar Sangriento de Geo

La batalla había sido encarnizada. Mi cuerpo, aunque recién regenerado, estaba **profusamente herido**, la sangre se escapaba de múltiples cortes y perforaciones. Los bandidos, aunque visiblemente dañados y manteniendo su distancia, me observaban, sabiendo que en este mundo desolado, cualquier herida podía ser mortal. "Genial," pensé

con resignación, "después de revivir, ¿la primera orden del día es volver a morir? Mi '**mala suerte**' sí que tiene sentido del humor."

Entonces, mi pie flaqueó. Caí sobre una rodilla, y uno de ellos, con una voz cargada de falso triunfo, preguntó: "¿Ya te rendiste?"

Miré el suelo. Mi propia sangre se extendía en un **charco oscuro**, mi reflejo distorsionado en su superficie rojiza. "Ah, mi propia sangre, haciendo un drama," pensé con un **toque de ironía**. Su color empezó a **aturdir mi visión**, una niebla carmesí que se apoderaba de mis sentidos. Algo muy profundo dentro de mí, una parte que no era mía, se fue, cediendo paso a la **ira más pura**. No era una emoción que yo entendiera, sino una **fuerza primal**, una mezcla tóxica de odio, de impotencia ante la traición, de la frustración de ser acorralado. Hasta que solo la **pura ira** prevaleció. Mi "**mala suerte**" se había puesto su traje de gala para la ocasión.

Los sonidos se convirtieron en ecos, repetitivos, distorsionados. Mi foco iba y venía, la realidad se fragmentaba. Pero en el reflejo de mi propia sangre, en medio de ese rojo hirviente, vi un brillo, una chispa de un color indescriptible, algo que no debería existir en el espectro visual. El suelo retumbó, una vibración que sentí más con mi conciencia que con mis oídos, y pensé: "**Perfecto, ahora tengo mis propios efectos especiales.**" Y de repente, me convertí en un **espectador**. La ira dentro de mí, esa fuerza incontenible, me movía por instinto puro y duro. Mis comandos conscientes se desvanecieron, reemplazados por una **eficiencia brutal y despiadada**. "**Bueno, al menos alguien sabe lo que hace**," pensé con un punto de ironía.

Mis heridas. La sangre hirviendo en el suelo. Las cenizas y las llamas que me habían reconstruido. Ahora, esas mismas fuerzas **sanaban rápidamente** mis heridas, cerrando la carne, purificando la forma con cada pulso de furia. Los bandidos, testigos de esta transformación, mantuvieron su distancia, un **miedo creciente** en sus ojos. Pero la mujer, la "jefa" que me había traicionado, se abalanzó, creyendo que su momento era ahora, buscando dar la estocada mortal. "**¡Qué ingenua!**", la ira dentro de mí pareció pensar con una **macabra suficiencia**.

Mi mano se movió. No mi voluntad, sino la de la ira. Con una velocidad brutal que ni siquiera yo, el observador, podía procesar por completo, la tomé del cuello. Mis ojos brillaban con un **rojo hilarante, arrogante**, un reflejo carmesí que se asomaba en los cristales rotos cercanos, iluminados por el brillo fulgurante de mis ojos. Una **postal encantadora para mi currículum de "mala suerte"**.

Los bandidos, al ver a su líder en aprietos, se abalanzaron, una carga inevitable de carne y metal. Pero uno de ellos, el más astuto o el más aterrorizado, se quedó al margen, susurrando con una voz que se perdió en el viento: "¿Un profeta? ¡Y es de ira, vamos a morir todos!" "**¡Profeta de ira! ¡Eso sí que es una etiqueta pegadiza para mi desgracia!**", pensé con un deje de sarcasmo.

Con una **frialdad dantesca**, presencié la escena brutal. La ira dentro de mí, esa fuerza imparable, se manifestó. Con lo que parecía un simple toque, el cuerpo de uno de los bandidos se convirtió en **polvo rojizo**, desintegrándose de forma horrible. Su figura se estampó contra la calle, un rastro de ceniza y carne pulverizada que se extendía hasta el

edificio más cercano, una impresión grotesca de lo que alguna vez fue un hombre. "**Un buen final para un lunes por la mañana**," me sorprendí pensando.

Entre el fuego que ahora bailaba de mis heridas cerradas, la ceniza que flotaba en el aire y la sangre derramada por doquier, solo quedaban dos en pie. Y uno de ellos, el que había susurrado, dudaba, su voluntad rota. Me había olvidado de la chica. Al no sentir resistencia en mi agarre, la había soltado, mi atención enfocada en la amenaza inminente de los otros bandidos. "**Siempre me olvido de los detalles insignificantes**," se burló la ira.

Uno de ellos, impulsado por el miedo o la desesperación, clavó una guadaña atada por cadenas en mi antebrazo. **No me inmuté**. La ira no sentía dolor. Jugué con la resistencia de la guadaña, jalando con una fuerza descomunal hasta traer al bandido hacia mí. Tomé su rostro en el aire y lo aplasté contra el suelo, un **impacto seco y definitivo**. El último descargó su arma contra mí, sus balas perforando mi piel, pero mi sangre, al derramarse, **hirvió en llamas**, consumiendo las heridas, cerrándolas con ceniza y fuego. "**¿Más agujeros? ¿En serio? Esto ya es personal.**"

El último, sin balas, solo con su cuchillo, cargó con desesperación. Lo clavó en mi abdomen. Pero **no me inmuté**. Me alcé sobre él, el cuchillo aún incrustado, y con un codo en la nuca lo saqué de posición, casi matándolo, para inmediatamente rematarlo con un rodillazo en el estómago. Con el mismo pie, mientras su cuerpo aún estaba en el aire, lancé una **patada en onda o radio**, una explosión de energía brutal que lo envió dando vueltas, estrellándose contra lo más alto de un gran edificio, su forma desapareciendo en la distancia. "**Por fin, un poco de espacio personal**," pensó la ira.

Todo se detuvo.

La escena era **brutal y dantesca**. Fuego y sangre derramada por todas partes, cenizas brotando de mi cuerpo, ahora impoluto. Solo quedaba el último bandido, el que había dudado, ahora huyendo sin propósito, su mente completamente rota. Esto solo me enfureció más. La ira no estaba satisfecha. Lo alcancé en un instante.

De forma **dramática y brutal**, pidió piedad. La chica que me había traicionado, vomitaba y gritaba, observando la escena con una firmeza que se desmoronaba. Con un solo movimiento, **totalmente encarnizado**, saqué con cabeza y todo su espina dorsal, trayendo consigo gran parte de sus órganos internos. Un **espectáculo de horror**. "Ah, bueno, **al menos terminé el trabajo**," suspiró la ira, con un toque de **macabra satisfacción**.

Para mí, el observador, fue demasiado. La ira, tan inmensa y avasalladora, se calmó de repente. **Un interruptor se accionó**. El fuego en mis ojos se extinguió, el rojo se desvaneció, y mis ojos volvieron a su color original. El caos se detuvo. "¿Terminó? ¿Ya puedo irme a casa?", pensé con un **cansancio infinito**. Entre el oscurecimiento de mis sentidos pensé ¿y ahora? si, seguramente, más "**mala suerte**". Lo juro, el universo tiene un **sádico sentido del humor conmigo**.

Momento 14: Un Despertar Inesperado y un Nuevo Trato

La oscuridad era total. Desperté, pero no al cielo abierto ni al aire libre que mi **mala suerte** suele ofrecerme en mis "renacimientos". La sensación era de un lugar cerrado, el aire denso y cargado con el olor a humedad y metal oxidado. Mis sentidos me confirmaron lo obvio: alcantarillas. "¿Alcantarillas? ¿De verdad? **¡Es que el universo no puede darme un respiro con un despertar digno de fénix?!**", pensé con una **exasperación**. ¿Cómo había llegado aquí? La última imagen era la de la matanza, la ira, el rastro de destrucción.

Mis ojos se ajustaron a la penumbra, y entonces, en el débil resplandor de una luz lejana, reconocí un rostro. La **chica traicionera**. Sus ojos, antes llenos de terror, ahora me observaban con una mezcla de cautela y resentimiento. Estaba viva. "**Claro, la que intentó apuñalarme por la espalda está viva. Mi suerte es legendaria**," murmuré para mis adentros.

"¿Dónde estoy?", pregunté, mi voz, ahora de vuelta a su tono inalterable, resonando en el espacio confinado.

"¡Eh! ¡Eh! Tranquilo, semejante **semental de mierda**." Su respuesta fue visceral, llena de la ira que yo mismo había desatado. "¡Masacraste a todos mis amigos de banda!" Un **escalofrío me recorrió**, la realización de la brutalidad de mis acciones bajo el control de esa furia que me convertía en el peor tipo de "**mala suerte**" andante.

Ella levantó una mano, apuntando algo hacia mí. "¿Eh! ¡EH! ¡EH!! Tranquilo, no hagas nada raro, o te juro que te disparo uno en la cabeza, aunque no sé por qué, dudo que funcione." La amenaza, aunque vacía, denotaba su desesperación. Y la ironía de tener un arma apuntada a mi cabeza después de todo lo que había pasado... "**Justo lo que me faltaba, una amenaza con descuento**," pensé.

Insistí, la necesidad de respuestas primando sobre todo: "¿Dónde estoy?"

"Venga, cálmate, no hagas nada estúpido, **muñecón**, ¿sí?" Su tono era una mezcla de súplica y orden, **patética y graciosa a la vez**.

De nuevo: "¿Dónde estoy?" La repetición era la única respuesta lógica de insistencia que me quedaba ante semejante absurdo.

"Escúchame, te voy a liberar, ¡ah! ¿Sí, ya te fijaste que estás atado, no lo notaste, cierto?" Mi atención se dirigió a mis extremidades. Efectivamente, cadenas gruesas, frías y pesadas, me inmovilizaban contra una estructura de concreto. "**¡Ah, sí, las cadenas! Estaba tan ocupado pensando en mi existencia postapocalíptica y mi mala suerte que no me había dado cuenta de que estaba inmovilizado. ¿Quién lo diría?**", el **sarcasmo** se coló en mi monólogo interno. "**La humillación era mínima, la inconveniencia, máxima. Otro punto para el gran plan de la mala suerte cósmica.**" "Pero escúchame, sí, necesito que me ayudes, además **me debes cuatro vidas, fenómenoide. ¡ME DEBES, SÍ, PERRA!**"

Su voz se quebró al final, la rabia y el dolor eran evidentes. Supe que no podía ignorarla. No en esta situación. Después de todo, **uno no masacra a una banda entera sin ganarse algunas deudas**.

"Escúchame, sí, ¡¡¡escúchame!!! ¿¡Okey!?"

"Te escucho...", respondí, mi voz reflejando un **cansancio que iba más allá de lo físico**. La lógica dictaba que la cooperación, por ahora, era el camino más eficiente para obtener respuestas, o al menos, una salida de este agujero.

"Mira, te voy a liberar, pero debes jurarme que no me harás daño a mí ni a mi gente, ¿sí? Además de eso, quiero que hagas algo por mí, sí, sí, sí, ya sé lo de tu secretito, ¡eh! ¡Sí, lo sé, aja! Mira, estuve hablando con la anciana de aquí, ella dice que tú eres un Profeta, uno de esos **cabrones que trajo solo desolación, muerte y desesperación a este lugar**, ¿comprendes? **¡Tú hiciste todo eso, cierto?**"

La acusación. La misma que Crystal había lanzado, ahora repetida por la superviviente de mi furia. ¿Un secreto? La anciana. ¿Un "Profeta" de la desolación? La **ironía de la situación era tan densa que se podía cortar con un cuchillo** (probablemente el que aún tenía clavado en algún lugar). Mi misión era el orden, y sin embargo, era percibido como el causante del caos. **Mi vida era un chiste, y yo era la punchline andante.**

Momento 15: La Explicación de Geo, Más Allá de la Bala

El eco de mi respuesta, la negación a su acusación, resonó en las alcantarillas. La chica se enfureció. Su mano se alzó con la pistola, y el **estruendo de un balazo** rompió el silencio, el proyectil impactando en la pared de concreto a centímetros de mi cabeza. La explosión de pólvora llenó el aire, y la chica rió, una **risa histérica y rota**.

"¿Ves? ¡Son de verdad! Jajajaja, ¿qué tal, no? Funcionan, me pregunto si funcionarán en ti, ¿quieres averiguarlo?"

Sus ojos, inyectados en sangre, me desafiaban. La amenaza era clara, aunque su propia duda sobre la efectividad de las balas en mi forma era evidente en su voz. "**Ah, ¿y ahora soy un experimento de tiro al blanco para calmar tus nervios?**", pensé con un **humor seco**. Percibí su **miedo**, su **dolor** por la pérdida de su "gente", y la **desesperación** que la impulsaba. Disparar sin objetivo, solo para probar un punto, era una muestra de su estado límite. O de que mi presencia era tan irritante que provocaba reacciones absurdas.

Mi cuerpo, aunque ya recuperado de las heridas, estaba aún atado. No podía usar la fuerza. La lógica dictaba que la comunicación era la única vía para desescalar la situación y obtener la información vital que necesitaba. Porque, por supuesto, mi "**mala suerte**" siempre venía con las manos atadas,

Momento 16: La Propuesta de la Chica: Prueba de Poder

El balazo y el estallido de ira habían dado paso a una tensa calma en la penumbra de las alcantarillas. La chica me observaba, su respiración algo agitada, pero sus ojos ya no destellaban con la misma furia. "**Bueno, al menos ya no me ve como el plato principal**", pensé con alivio. Mi declaración sobre la inutilidad de sus balas y mi propósito de restaurar el orden había calado, o al menos, había sembrado una semilla de duda. O quizá solo se cansó de disparar a una pared, la verdad.

"Mira...", comenzó, su voz más tranquila, casi conciliadora. "Sabes, solo quiero saber si eres un profeta, pero más importante aún, ¿podrías vencer a alguno por mí o por nosotros?" Su mirada se intensificó, escudriñándome, buscando una verdad en mis ojos. "¿Qué tan fuerte eres?"

La pregunta era directa, la misma que Crystal me había planteado en nuestra primera confrontación. Parecía que mi vida era una **audición constante** para ver qué tan bien manejaba el caos que me rodeaba. Querían una demostración de poder, una prueba de mi capacidad para enfrentar a aquellos que habían sumido a este mundo en la "**mala suerte**" que me perseguía.

Momento 17: La Encrucijada de Leviatán: Presiones y Acusaciones

La chica me miraba, la tensión aún palpable, pero con una **resignación que me decía que sus opciones eran tan limitadas como las mías**. Un clásico de mi vida: **siempre atrayendo a la gente desesperada con problemas aún más grandes que los míos**.

"Está bien, chico, mira", comenzó, su voz más suave, "ha pasado un tiempo desde que te quedaste dormido en la calle que te recogí. Las buenas y malas lenguas hablan de ti, el chisme se riega, de pueblo en pueblo o de refugio en refugio. Tarde o temprano los otros profetas se enterarán de ti."

Mi **mente cansada** procesó la información: "**tiempo transcurrido**" y "**otros Profetas**". Esto confirmaba que mi "muerte" no fue instantánea, y que mi existencia y mi renacer ya eran parte de la narrativa de este mundo destrozado. **¡Fabuloso!** No solo reviví, sino que ya soy una **leyenda de la "mala suerte" con una fecha de caducidad**. El hecho de que el "chisme" se extendiera indicaba una red de comunicación rudimentaria, pero efectiva, entre los pocos vestigios de la humanidad. Y la advertencia era clara: soy una amenaza o un objetivo para esos Profetas. Como si mi agenda no estuviera ya lo suficientemente llena.

"Entonces, yo no tengo muchas opciones: o luchas con nosotros o esas cosas van a venir a matarnos a todos, ¿sí lo ves ahora?"

La pregunta era un **ultimátum**, no solo para mí, sino para ella y su "gente". La **desesperación en su voz era genuina**. Ella me veía como la única forma de sobrevivir a una amenaza que, para mi **cansada mente**, era solo otra **maldita complicación** en mi vida de "**mala suerte**". Una elección de blanco o negro, cuando todo lo que yo quería era la escala de grises de la paz, o quizás, el blanco y negro de una buena siesta sin interrupciones.

Y entonces, la acusación, la que me había golpeado antes, ahora pronunciada con un matiz de súplica.

"¿Tú estabas con ellos, cierto?"

La pregunta resonó en las profundidades de mi mente, un **eco irritante** de la primera vez que Crystal me había llamado "**Profeta Escarlata**". La **frustración burbujeó**. No, no estaba con ellos. Solo era un hombre que quería vivir en paz, y ahora, por una **broma cósmica de pésimo gusto**, era un objetivo para aquellos que, aparentemente, habían destruido el mundo. Mi "**mala suerte**" parecía no tener fin, y hasta el destino se reía de mí en mi propia cara.

Momento 18: La Acusación de la Traicionera: Un Hombre Cansado y Malinterpretado

La chica me miraba, sus ojos entrecerrados, una clara expresión de **escepticismo** en su rostro. Mis explicaciones de la mala suerte y mi aversión a la violencia parecían no haberla convencido en lo más mínimo. Su voz, llena de **desconfianza**, me golpeó como un latigazo.

"Vamos, mentirosillo, no te creo nada. Seguro estuviste con ellos **masacrando millardos de humanos**, ¿cierto? Y ahora te quieres hacer la monja, digo, el monaguillo."

Millardos de humanos. La cifra resonó en mi mente, una escala de destrucción que superaba incluso las imágenes de desolación que había visto en la superficie de Leviatán. ¿Masacrar? La ira que me había consumido contra sus bandidos era una reacción, una necesidad de supervivencia, no una búsqueda de aniquilación a esa escala. La acusación era **grotesca**, una **burla cruel** a mi verdadero deseo de paz. La **frustración creció mas y mas**. No solo estaba atrapado en esta interminable pelea, sino que ahora era culpado de una atrocidad que no había cometido.

El Ztigma permanecía en silencio, pero su presencia era un eco constante, una tensión silenciosa en mi conciencia. Este era otro golpe de **mala suerte**, otro malentendido insuperable que me arrojaba de vuelta al conflicto que tanto detestaba.

Tu incredulidad es **irrelevante** ante la realidad, mujer. Si hubiera sido yo quien masacró a esos millardos, no estaría aquí, discutiendo contigo en estas sucias alcantarillas de Leviatán. El 'monaguillo' que ves está **hasta la coronilla de pelear** por una vida que no pidió y de ser culpado por un caos que detesta. Los que hicieron eso son la **fuente de la desolación**, no yo. Soy una **víctima más de su locura**, solo que con la **mala suerte de**

haber sobrevivido de forma anormal. Entiende esto de una vez: si no cooperamos, moriremos, y los **verdaderos culpables seguirán con su destrucción** en esta ciudad y en Gargantúa. ¿Vas a seguir perdiendo el tiempo en acusaciones inútiles o vas a ayudarme a **detener esta pesadilla** que nos azota a todos en lo que queda del mundo?

Momento 19: El Testimonio de la Anciana

La chica se quedó en silencio un momento, la frustración aún grabada en su rostro, pero una chispa de algo más, quizás **curiosidad o resignación**, brilló en sus ojos. Mi insistencia sobre la mala suerte y la urgencia de la situación parecía haberle llegado, aunque fuera mínimamente.

"¡Ahhh!", exclamó, con un suspiro exasperado. "¿Quieres ayudar, qué cosa, no?" Su tono era **sarcástico**, pero había una fisura en su hostilidad. "Qué casualidad, yo también quiero que me ayudes."

Me miró, escudriñándome de nuevo. "Dices que no sabes nada, interesante, y que no estuviste con ellos, ¿mala suerte dices?" Parecía masticar mis palabras, intentando encontrar la verdad en ellas. "Bueno, lo que dices de las alcantarillas es razonable, pero definitivamente me cuesta creerte. Igual llamaré a la anciana para que te vea de nuevo."

Un breve respiro. La chica se giró y, con una voz que resonó en el húmedo laberinto, gritó: "¡VIEJAAAAAAAAAAA!!!!"

El eco fue la única respuesta. La impaciencia se apoderó de ella.

"¡VIEJAAA, VEN ACÁ! ¡Vamos, entra, si eres lenta!"

Momentos después, una figura encorvada y frágil apareció en el tenue umbral de la luz. Era una **anciana**, su rostro surcado por profundas arrugas que contaban historias de un tiempo anterior, sus ojos, aunque nublados, mantenían una **chispa de sagacidad**.

"Abuela, ¿puedes ver otra vez a ese chico y decirme si es un profeta?", preguntó la chica, con un tono que mezclaba **respeto y desesperación**.

La anciana respondió de inmediato, con una voz rasposa pero llena de convicción: "¡Te dije que no, niña tonta! Antes, cuando todo ocurrió, pasaban los rostros e identificaciones hasta la vida que habían tenido previamente cada profeta. Los viejos que todavía viven los recuerdan."

"Sí, abuela, pero tal vez lo olvidas, la única vieja con vida aquí eres tú, nadie sabe más nada al respecto." La chica refutó, su voz cargada de la **amarga verdad de su mundo**.

La anciana resopló, un sonido que denotaba su exasperación. "¡Muchacha! ¡Sal a las calles y ve los periódicos!"

"¡Abuela! ¡No hay periódicos! ¡Todo está destruido! Si consigues una imagen medianamente visible de ellos, seguro vale algún dinero." La réplica de la chica era un **lamento por un mundo perdido**.

"Bueno, mira, muchachita! ¡Ya te dije que él no es! **¡He visto los 7 profetas con mis propios ojos y él no es un profeta, vale!** Así que déjame en paz, ¡voy a dormir!" Con esa declaración final, la anciana se dio la vuelta y desapareció en la oscuridad de donde había venido, dejando atrás un silencio tenso.

La mirada de la chica volvió a posarse en mí. Sus ojos aún dudaban, pero el **testimonio de la anciana era irrefutable**. Un Profeta menos. Mi afirmación de no ser uno había sido **corroborada**, aunque por una fuente que no me había percatado que existía. La desesperación de la chica y la inminente amenaza de los verdaderos Profetas aún pendían sobre nosotros.

Momento 20: La Reacción de Geo, Un Hombre Cansado, No un Profeta

La voz de la anciana, rasposa y final, resonó en el húmedo aire de las alcantarillas. Sus palabras fueron un **martillo sobre la desconfianza** de la chica: "Él no es un Profeta. He visto los 7 Profetas con mis propios ojos, y él no es uno." La mujer, a pesar de su edad y la aparente fragilidad, poseía una **autoridad que ni la chica ni yo podíamos ignorar**.

La mirada de la chica volvió a mí, una mezcla compleja de **confusión y una incipiente aceptación**. La acusación que me había perseguido desde mi despertar, la que Crystal había lanzado y esta chica había repetido, ahora era **negada por el único testigo vivo del pasado**.

La frustración que me había acompañado desde el día en que me "quedé desmayado en la calle aquel dia que aplaste de forma brutal a esos maleantes amigos de esta muchacha" burbujeó de nuevo. No era una ira desatada como la de antes, sino el **cansancio profundo de un hombre que ha sido malinterpretado** y arrastrado a problemas que no son míos.

"**Ahora lo comprendes**," dije, mi voz plana, sin rastro de triunfo, solo una **profunda resignación**. Mis ojos se fijaron en los suyos, buscando la verdad en su rostro. "**No soy un profeta. Nunca lo fui. Soy solo un hombre que tuvo la mala suerte de terminar en medio de su guerra.** Pero esa 'mala suerte' me ha puesto en esta posición, atado aquí en Leviatán, con la amenaza de ellos planeando sobre tu cabeza y la mía.

La anciana lo confirmó. Ahora que sabes que no soy su enemigo, **solo soy tu única opción.** Los verdaderos culpables de este caos existen, y vendrán por mí, y por extensión, por este refugio. Dame lo que necesito. **Dame la información sobre esos profetas.** Y, lo que es más importante, **libérame de estas cadenas.** El tiempo se agota y no esperará a que te decidas a creer en un hombre cansado que solo quiere que esta pesadilla termine."

Momento 21: El Lamento de Leviatán: La Pesadilla Regresa

La chica me miró, una mezcla de rabia y un **miedo apenas contenido** en sus ojos. Mis palabras de "hombre cansado" y "mala suerte" habían sido inútiles. Su voz, teñida de resentimiento, pintaba un cuadro vívido de lo que había dejado a mi paso.

"Eres un cabrón," espetó. El epíteto me pareció más una descripción que un insulto. "Pero sí, lo que hiciste allá afuera, cuando te llevaste a mis amigos... todos los que pasan por esa calle ahora pueden ver la magnitud de tu poder. Dejaste un **cuadro horrible pintado de rojo** allá afuera, ¿una obra de arte humana, quizás? ¿Te gusta ese nombre, Fenómeno?" Su tono cambió, una burla cruel en el último sobrenombre. "En fin."

Mi memoria encajando sus palabras, reconstruyendo la escena que ella describía. La matanza. La pura, desatada ira. Para mí, fue un momento de supervivencia, de mi cuerpo actuando por instinto mientras mi mente se desconectaba. Para ellos, era una obra de arte de la destrucción, un horror que quedaba grabado en la memoria de las ruinas de Leviatán. El nombre "**Fenómeno**" resonó con la carga de lo incomprensible y aterrador. No, no me gustaba ese nombre. No era un fenómeno; era un hombre atrapado en una pesadilla.

"Mira, han pasado **tres días desde entonces**," continuó, su voz más seria. Tres días. ¿Tres días de "muerte"? El tiempo se había escurrido de mi conciencia como arena entre los dedos. "¿Pensé que estabas muerto, ¿es normal que dures tanto tiempo después de, bueno, pelear así, todo frío, todo dormido?"

Su pregunta me recordó la intervención del Ztigma, la energía que me había reconstruido de las cenizas. ¿Normal? Nada de lo que me había pasado era normal. Era solo otra capa de la extraña "**mala suerte**" que me perseguía.

"Sea como sea, lo que pasó aquel día no ha habido forma de ocultarlo. Es como si una vaca se hubiera escalado a lo más alto de algún edificio de los que queda en pie claro, todo lo comentarían y darían chistes de cómo la vaca llegó, pero en tu caso, todos comentan con terror: la **aparición nuevamente de un Profeta**."

Un nudo se formó en mi interior, un **sentimiento de agobio**. La "**mala suerte**" me había marcado de nuevo. La anciana lo había negado, pero las "buenas y malas lenguas" de los refugios ya me habían etiquetado. ¿Profeta? Mi mente rechazaba la idea. Solo quería que todo esto se detuviera.

"Los profetas no han vuelto a hacer calamidad desde hace **tiempo atras, nadie con certeza lo sabe algunos dicen 40 años, otros 60 y unos mas osados 80 o 100 años**, yo ni siquiera había nacido, ¿entiendes? Tengo 18, ¿ves? Aquí no se vive mucho, no verás gente mayor, ¿sabes? La vieja sí ha vivido mucho, algunos dicen que ha vivido más de 100 años, sea como sea, ella sí ha visto **todooo, TOOOOO DOOOOO**."

La **magnitud del tiempo** me golpeó. ¿**Tal vez 100 años de relativa calma**?, de una vida dura pero estable en medio de las ruinas. Y ahora, mi "**mala suerte**" había roto esa frágil paz, reintroduciendo el terror de una era olvidada para la mayoría. La anciana era un

eslabón vital con ese pasado, una fuente de información que yo, Geo, un hombre común, necesitaba desesperadamente para entender el desastre que me rodeaba.

"Pero en fin, es lo que hay. ¿Cómo lo ves?" Su voz se tornó más desafiante. "Parece que de verdad no te esperabas esa, ¿o te haces, digo yo?"

No, no me lo esperaba. Me había sorprendido el poder de Crystal, la ira que me había consumido, y ahora, esta resurrección y la etiqueta de "Profeta". Era una **pesadilla tras otra**.

"Como sea, tal vez no venga ningún profeta, aun así, el **miedo latente** pone nerviosos a todos aquí, y no solo aquí, probablemente en otros refugios también. Así que de seguro, las alcantarillas deben estar aumentando su producción de estiércol en este momento, ¡pura ganancia! ¡Ahhh! ¿Cómo lo ves?"

Su sarcasmo era amargo. El miedo era palpable, una toxina que se esparcía por el aire, amenazando la precaria existencia en este último bastión. Entendí su implicación: mi presencia era una **bomba de tiempo**, y el pánico los estaba ahogando.

"Así que niño Fenómeno, debes hacer algo así sea para calmar a la gente. Sea como sea, es seguro que hoy o mañana **te sacan a patadas al exterior**, no te quieren aquí, más por miedo que por cualquier otra cosa."

La amenaza era real. Ser arrojado de nuevo al caos, a merced de lo que fuera que existiera en el exterior de Leviatán, era una perspectiva que no quería enfrentar. Pero mi deseo de descansar, de una vida normal, era más fuerte.

"Pero a mí sí me interesa algo," continuó, su voz bajando a un **susurro conspirativo** que me hizo aguzar el oído. "Devolverles toda la mierda que nos han sacado a esos cabrones. Tú pareces tener algo especial, nunca he visto uno con mis propios ojos, pero he escuchado los **mitos y leyendas** sobre ellos y cómo arrasaron tierra, agua y cielo."

Su mirada brilló con una chispa de **venganza y esperanza**. Ella me veía como un arma, una herramienta para su propia justicia.

"No sé qué tan fuerte son, pero tú no pareces como nosotros y de verdad, de verdad, verdad no eres fuerte, eres simplemente una **cosa enfermizamente dantesca**. Similar a lo que he escuchado sobre los mitos de los Profetas."

Esa última frase me heló. ¿Una cosa dantesca? ¿Similar a los Profetas? El Ztigma, que había estado en silencio, pareció retumbar en mi conciencia, una voz aún silenciosa, pero con una presión sutil que me empujaba. La chica, a pesar de su desconfianza, me veía como la encarnación de sus pesadillas y, a la vez, su única esperanza. Mi "**mala suerte**" había adquirido una nueva dimensión.

"**Me llamas 'Fenómeno' y 'cabrón', pero parece que soy el único 'fenómeno' que puede salvar tu suerte en esta ciudad, mujer.** No me gusta ser un 'cuadro horrible' de la muerte, ni ser culpado por lo que otros hicieron hace tal vez 100 años. Mi única 'obra de arte' sería ver este mundo en paz, pero parece que mi maldita existencia sólo trae más

complicaciones. El miedo de tu gente es su problema, no el mío. Pero si me van a sacar a patadas, entonces no me queda más opción que usar este poder que no pedí para algo útil.

Momento 22: Viaje a la Cima: El Encuentro con el Profeta de la Luz (Revisado)

"¿Cómo te llamas Fenomenoide?" "Yo me llamo Emily Vochmark." "Soy Geo." "¿Así sin más, solo Geo?" "Sí, así sin más." "Bueno, mi susodicho Geo, no tengo un plan, la verdad," Emily continuó, cortando mis pensamientos. "Pero podemos ir al cuarto de la vieja, interrumpir su sueño y preguntarle dónde podemos conseguir alguno de esos fulanos profetas. ¿Qué te parece la idea? Seguro sabe algo, ¡¿cómo lo ves?!" Se notaba la **impaciencia y las ganas eufóricas de venganza** en ella, una energía que yo no compartía.

Mis ojos se posaron en las cadenas. "Okey, eso suena a que me vas a liberar, Emily. La idea de interrumpir el sueño de alguien por pura conveniencia era un nuevo nivel de problema para mí, pero no tenía opción. "Si es así, con gusto interrumpo el sueño de la vieja que quieras, sí."

"Sí, pero lo juras, ¿cierto? No me fallarás, ¿cierto? Nada de mentiras, no quiero juegos." Su voz era seria, su confianza, **frágil**.

"Sin juegos, Emily," confirmé. En ese momento, mi única verdad era escapar de este infierno y, con suerte, encontrar un camino de regreso a algo parecido a la paz.

"¡BIEN!" exclamó, con una sonrisa salvaje. Buscó llaves, un tintineo metálico en la oscuridad, y abrió los candados. Me sentí **cansado al levantarme**, una resaca de la regeneración y la violencia. Me mareé bastante, el mundo girando por un instante, pero me recompuse rápido, mi nueva carne adaptándose.

Con un gusto inusitado, despertamos a la pobre anciana de su sueño. Ella despertó **asustada y alterada**. "¡Niña malcriada y atrevida, cómo te atreves a despertarme! ¡Eh! ¿Que acaso se cae el cielo? ¡No, verdad, déjame dormir!" Su voz era un **lamento gruñón**.

"Viejita, escúchame, sé que no te caigo bien y que soy insoportable a veces..." Emily intentó suavizarla.

"¡Eres insoportable **SIEMPRE**!" replicó la señora mayor, sin dudar.

"Sisisisi, como digas," Emily se rió. "Pero quiero que me hagas un favor, uno solo, y créeme, ¡no te molestaré en mucho tiempo! ¿Cómo lo ves?"

"¡Uuhh! ¡Uh, la la! ¡Niña! Habían pasado décadas que no escuchaba algo tan alentador. Tienes mi atención, ¿qué será eso que tanto vale y tanto anhelas?" La anciana se incorporó, su **curiosidad venciendo al sueño**.

"Bueno, señora Thompson, la verdad es que... quiero hallar a algún Profeta, ¿sabes cómo?"

La anciana miró a Emily, luego a mí. "Emily, ¿qué piensas hacer si lo encuentras?"

"Señora Thompson, ¿no es obvio? Les devolveré el favor." El **odio y la sed de venganza** eran palpables en su voz.

"Entiendo, Emily, ¿pero sabes que puedes morir en el intento?" La anciana intentó disuadirla.

"Sí, señora Thompson, pero iré con este **MUÑECOTE** de aquí presente. Él dice que se llama Geo, ¿qué opinas? ¿Parece nombre de chica, cierto?" Emily sonrió, señalándome.

"¡Jajaja! No juzgues por las apariencias, jajaja!" La anciana tosió. "Cof, cof, entonces, ¿crees que tu muñequín de pelea puede contra un Profeta?"

"No lo sé, pero no lo sabré si no lo intento, ¿no lo crees?" La **determinación de Emily era férrea**.

"Bueno, niña, es una difícil decisión para mí," dijo la anciana, suspirando. "Pero seguro **El Profeta de la Luz me liberará de tener que escucharte todos los días.** Te va a matar a ti y a tu juguete, o como le digas."

"¿De verdad quieres hacer eso?" La anciana se preocupó, viendo el peligro en la impetuosidad de Emily. "No vaya a ser que tu espíritu joven no mida bien el peligro."

"¡SÍ, ANCIANA, DIME DE UNA VEZ POR TODAS! ¡Vamos, suéltalo!" Emily estaba al **límite de la paciencia**.

"Está bien, está bien, solo no quería que te matasen, pero bueno, una **mosca menos revoloteando en mi oído**." La anciana cedió, resignada. "**El Profeta de la Luz se encuentra en la montaña más grande de aquí de Leviatán, donde el COLOSO N° 017 cayó en combate y sus restos ya carcomidos están en la parte baja de la montaña, y en la parte alta de la montaña o pico, están congelados, pudriéndose lentamente**."

Me concentré en sus palabras. Un Profeta. Una ubicación concreta. "**Coloso N° 017**." La información era valiosa.

"¿Sabes cuál es?" preguntó la anciana a Emily.

"Sí, mi señora Thompson, sé dónde es. La montaña donde está el coloso pudriéndose desde hace mucho, mucho tiempo.

"¿Qué más sabes sobre él o los demás?" Emily, insaciable, preguntó.

"No hay más nada que te pueda decir, niña. Ve y pregúntaselo a ella." La anciana cerró la conversación.

"Okey, ¡ANCIANA! Pero oye, ¿y cómo sabes todo esto?" Emily no se dio por vencida.

"Ja, ja, ja, niña, cof, cof," la anciana volvió a toser. "Hay cosas que es mejor no saber. Ya te di lo que querías. Ve, sal con tu muñecón y, por favor, no lo ensucies, ¿sí? Cuida de él, **no parece una mala persona**." A pesar de sus gruñidos, había una pizca de **preocupación genuina** en su voz.

"¡Bien, gracias, vamos, larguémonos de aquí!" Emily tiró de mi brazo.

"¡Sí, exacto, niños, lárguense de mi cuarto!" gritó la anciana a lo lejos.

Emily se rió y me miró. "Bueno, ya escuchaste, hay un Profeta vivo y coleando en la punta de la montaña, Fenómeno."

"Emily, no me digas así, me llamo Geo," dije, la **frustración creciendo**.

"Ah, sí, lo olvidaba, ¡Fenómeno! Digo, Geo." Su **burla era constante**.

"Bien, Emily, ¿pero cómo planeas llegar hasta allá arriba? Necesitamos comida y agua." La **lógica práctica** era mi única ancla en su caos.

"Es verdad, Geo, pero... la montaña es de hielo arriba, así que ahí hay agua, ¡súper fría, imagino!" Su **optimismo era desconcertante**.

"¿Y la comida?"

"Bueno, no sé, ¿cuántos días has aguantado hambre? Jajaja, no sé, chico Fenómeno, ve qué haces, caza un animal o haz la fotosíntesis, ¡seguro los "**profetas**" como tú pueden hacer cosas re locas como esas, jejeje!" Su **burla me agotaba**.

"¿Bueno, tengo alguna opción?"

"No, Geo, no la tienes, aunque si quieres, también puedes quedarte en el medio de la ciudad. Yo, por lo menos, conozco este lugar, tal vez hasta deberías pagarme, jajaja. Bueno, pronto, seguro lo harás, como ya sabes. Por ahora, vete a dormir, yo prepararé algo para mañana. Yo ya no soporto un día más en esta alcantarilla."

Me acosté, el **cansancio era profundo**, no solo físico, sino del alma. Me desperté al siguiente día, agotado por la humedad y la falta de sol. Vi que Emily estaba preparada, solo esperando a que me levantara. Tal vez ella era muy joven, o tal vez yo estaba algo viejo, con certeza no sabía ni qué edad tenía, así que ¿qué más da? Me levanté, me vestí y, así sin más, le dije, la **resignación pesando en cada palabra**:

"Está bien, vamos a tu loca aventura en busca de una muerte segura..."

"¡Exacto, Fenomenoide, exacto, ya lo entiendes! Le estás agarrando el gusto, ¿ves? Esa es la parte emocionante. Dime, ¿qué divertido tendría si no hay algo importante en juego?"

"Emily, esto no tiene nada de divertido," repliqué, la **exasperación audible** en mi voz. "Solo vamos, que ya me estoy exasperando."

Partimos hacia la montaña. Recorrimos la ciudad, nos conseguimos con varios maleantes, pero aun así, todos conocían a Emily. Parecía que esta era una gran aventurera, algo la impulsaba, claro está. A donde fuese, **todos me veían con malos ojos**.

Mientras atravesábamos las ruinas de la ciudad, le pregunté a Emily: "¿Por qué todos me ven con mala cara?"

"Por dos razones, Geo," respondió ella. "Nadie te conoce, y más importante aún, tu rostro parece pulido por los mismísimos dioses, ¿usas algún aceite o algo? Sabes, aquí todos tienen mala cara, en cambio tú no, sobre todo los hombres. Los hombres se ven tan robustos, pero tú no sé, **no pareces un hombre**, digo, un hombre de por aquí... así de simple."

"¿Insinúas algo, Emily?"

"Ya te expliqué, si sientes otra cosa, ya es cosa tuya."

"Ya, ya, entiendo, niña." Era **frustrante**. Mi nueva forma era otra maldita cosa que no encajaba.

Pude fijarme en todos los detalles de la ciudad, cómo todo estaba destruido. Al llegar a la falda de la montaña, pude ver los restos de la columna del Coloso. Emily comentó que era una **tecnología antigua usada para combatir a los Profetas**, evidentemente no terminó bien. Se llamaba: **Proyecto COLOSSO: 76**, y el número hacía referencia a la promesa de construir 76 colosos para derrotar a los Profetas, pero, según Emily, solo se construyeron unos pocos. El hueso de la columna, así como varios de sus huesos y vértebras inferiores, estaban expuestas en la falda de la montaña. Al parecer, los Colosos eran algún tipo de **biotecnología con capacidades de combate**.

Subimos y subimos. El **hambre era fuerte**, y tomar agua del hielo no era agradable; solo empeoraba el frío. Para rematar, ya cerca de la cima, solo había **tormentas de viento y nieve**. Emily era hábil cazadora, así que solía traer zorros o conejos de vez en cuando para comer, aun así, el hambre era constante. Mi cuerpo, aunque resistente, sentía el agotamiento.

En algún punto, llegamos a la punta. Pudimos ver un lugar preparado, y en el medio de este, casi esculpido como un **gran salón sin techo ni puerta**, pero con entrada, parecía estar decorado y esculpido con **rocas brillantes similares al cristal**. En el medio de este salón sin techo, yacía sentado relajadamente un semblante, una silueta. El viento y la nieve se disiparon una vez logramos entrar a este salón sin techo. Las rocas cristalinas creaban un vacío a pesar de la ausencia de techo. Y pude verlo: una persona **bajita, con ropa de culto, totalmente blanca y varias piedras valiosas que parecían esmeraldas en sus ornamentas**. Estaba sentada en el hielo, sin más, con capucha y capa cubriéndola del frío. Estaba de espalda a nosotros, parecía estar meditando o algo.

Entonces, Emily se impacientó y alzó su voz:

"¡OYE! ¿Profeta de la Luz? ¿Estás ahí o me escuchas? ¡Eh! ¡Eh! ¡Estamos aquí!"

Me quedé **frío, doblemente**. Mi mente gritó: "**¿Qué has hecho?**" Mientras ella solo se reía con su cara de "¡ajajaja!"

Entonces, una voz femenina resonó en todo el Salón.

"¿Qué hacen aquí?" "¿Quiénes son?" "¿A qué han venido?" "¿Quién les dijo que yo permanecía aquí?"

"**Muéstrense, acérquense y dejen que los vea.**"

Mi cuerpo estaba **tenso**, cada músculo listo para la **fatalidad** que sentía venir. Esta no era la paz que yo anhelaba, sino otro nivel de mi **maldita mala suerte**. Mi mirada se fijó en la silueta del Profeta, una **nueva variable** en mi pesadilla. ¿Qué haríamos ahora, empujados por la **imprudencia de Emily**? El **cansancio era agobiador**, pero mi voluntad se negaba a ceder. Esto no era divertido. Esto era solo **otra pelea más**, y sabía que no podría simplemente correr.

Momento 23: Revelaciones y un Nuevo Enemigo y El Despertar de la Ira Latente

El miedo y la frustración me carcomían. No sabía qué hacer. Mostrarme y arriesgarme a que el Profeta de la Luz me matara por imprudencia, o quedarme oculto y que me mataran por cobardía. Pero Emily, esa **fuerza imparable de la naturaleza**, avanzó. Tal vez impulsada por su sed de venganza, tal vez por su pura personalidad impulsiva. No tuve opción. No podía dejarla sola a que la acribillaran.

Me puse a su lado. El aire cortaba. Y nos mostramos.

El Profeta de la Luz se levantó y se volteó. Pude ver su rostro de cerca, con una **claridad inquietante**. Ojos verdes como la esmeralda, piel blanquecina, casi albina, con rasgos suaves y femeninos. Se veía sumamente joven, una niña pequeña, tal vez de doce o catorce años. Pero era evidente que las **apariencias engañaban**.

Su voz, de nuevo, retumbó en el salón.

"Veo que se han mostrado, sabia decisión. ¿A qué han venido? No importa nada más."

Respondí de inmediato, temiendo que Emily dijera una estupidez. "Buscamos información sobre los Profetas," dije, mi voz intentando sonar lo más racional posible en aquella situación absurda.

Pero Emily respondió casi al mismo tiempo, un poco más rápido, haciendo una doble voz que resonó en el lugar:

Yo: "Buscamos información sobre los Profetas." Emily: "**A matarte.**"

Volteé la cabeza, **incrédulo**, lentamente, con los ojos abiertos de par en par. No podía creer lo que había sucedido. No podía creer lo que había escuchado. No podía estar pasándome esto a mí. Tal vez todo esto podría ser más fácil, incluso tal vez podría saber qué pasó realmente, ¡y esta loca le dice que la va a matar! ¡Esto es **insoportable**! Aún así, debía mantener la compostura.

Miré a la Profeta de la Luz. Y Emily siguió, **imperturbable**.

"¿Momento, tú no eres EL Profeta de la Luz? Nadie me dijo que fueses mujer como yo. Digo, ¿por qué no te llamas entonces LA Profeta de la Luz?"

La Profeta respondió, su voz serena a pesar de la insolencia. "Sí, soy EL Profeta de la Luz y sí, soy una mujer, pero no creo que sea como tú en ningún sentido, no me compares, sí." Su mirada se posó en mí. "Por ahora lo de matarme queda pospuesto. Quiero hablar con el otro: tú dices querer información, ¿qué buscas exactamente saber?"

"Oye, no la escuches a ella, escúchame a mí, ¿sí?" rogué, **desesperado por controlar la situación**.

La Profeta de la Luz solo dijo: "**CADA QUIEN TENDRÁ LO SUYO**, no te preocupes." Una frase que me heló la sangre, cargada de una extraña promesa.

Aproveché la oportunidad, la necesidad de respuestas quemándome. "¿Qué pasó aquí? ¿Por qué todo está destruido?"

Ella respondió, su voz cargada de una **extraña melancolía**: "Bueno, mi señor, desde mi óptica los Profetas perdieron su senda. Puedes verlo como desees, tal vez se corrompieron, yo no lo sé con certeza, pero sí sé algo bien: **ya no eran lo que debían ser.**"

"¿Así nomás? ¿No hay más nada? ¿O sea, destruyeron todo, al parecer?" repliqué, buscando más allá de su evasiva.

"Debo admitir que como Profeta de la Luz, nunca quise matar a nadie. Admito haber pecado en dicho acto más de una vez, pero nunca tuve elección. Aun así, siempre me mantuve al margen. No son cosas de las que me sienta orgullosa, espero que eso quede claro. Destruimos todo, sí, pero cada Profeta puso su semilla de la destrucción, eso es evidente, incluyéndome. Yo fui la primera en retractarme del camino del caos y desolación que habíamos fijado. Desde el principio los profetas no escucharon mis reflexiones, sin más, cada quien siguió su propia senda de la destrucción. Yo quería detener esta locura, pero yo no tenía el poder o la forma para detener toda la devastación que acontecía, pero uno de nosotros sí. Así que ella fue y me hizo ese favor, a cambio, me pidió que cuidara de los **profetas 'caídos'**, por así decirles."

"¿A qué te refieres con Profetas caídos?" pregunté, mi mente luchando por procesar la **magnitud de lo que oía**. ¿Caídos?

Digamos que están durmiendo. ¿cómo te llamas, joven?"

"Me llamo...", titubeé un poco, la mentira saliendo de mi boca sin control, la necesidad de ocultarme. "**¡RAMÓN!**" dije un poco **exaltado**.

Inmediatamente, Emily volteó a verme con cara de **confusión**. "¿Qué demonios dices? ¿Te llamas Geo o Ramón?"

Voltee hacia ella, haciéndole una seña de que se callara con la expresión de silencio. Era evidente que Emily empezaba a **impacientarse**.

"Okey, Ramón," continuó la Profeta de la Luz, ignorando la interrupción…"

Emily se impacientó y gritó: "¡¿dónde están los profetas, niña?!"

El Profeta de la Luz, con incomodidad visible, exclamó: "¿Vas a dejar que este **chimpancé de feria** hable por ti, muchacho?"

Diablos, los ánimos se estaban caldeando rápido.

"Entiendo, Profeta de la Luz, ¿tienes algún nombre?" pregunté, intentando desviar la tensión.

"Sí, solían usarlo hace mucho tiempo, pero ahora me siento mejor con ese título como nombre." Dijo, su voz volviendo a la calma.

"¿Y qué pasó con el resto de Profetas?"

"No, no puedes saberlo, yo les protejo"

"¿Tengo más dudas?" cuestioné, tal vez podía salvar la situación si mostraba un interés real.

"Cuestione," respondió ella. "Tal vez les perdone la vida si muestran un **interés real** en lo sucedido."

"¿Cuánto tiempo ha pasado desde entonces?" pregunté, aprovechando la oportunidad.

"Alrededor de **cien años**, mi joven consuelo." Cien años. El peso de mi "mala suerte" se hacía más pesado. No eran 40, ni 60, ni 80, sino 100 años de caos para el mundo.

"¿Y cómo es posible que vivas tanto tiempo sin mostrar signos de vejez?"

"Algunos como yo, hemos **cambiado nuestra carne y sangre a una más conveniente**, ¿eso te satisface?"

La Profeta de la Luz me interpeló ahora a mí. "Ahora me toca a mí. Quiero conocer su historia, tal vez así pueda dejarlo plasmado en algún libro: ¿De dónde vienen?"

Emily se cansó. "¿Que acaso quieres que te digamos para que vengas a matarnos a todos, compendio en mano?"

La Profeta, un poco agotada, dijo: "No escuchaste que hace tiempo abandonamos ese camino? No tengo tal interés."

Emily se empezó a exasperar también, se veía muy molesta. "¿Y qué esperas, Profeta, que te perdonemos a ti y a tus amigos porque se redimieron? ¿Acaso no sabes que **masacraron a millardos de personas**, sabrá Dios cuántos?"

La Profeta replicó: "Te entiendo, mi **monita de feria**, pero lo hecho, hecho está. No hay nada que yo pueda hacer. No te pido que nos perdones, ni siquiera nos redimimos, ni nos dio para tanto, sino hubiera sido por la determinación de uno de nosotros, hasta el sol de hoy casi con seguridad la calamidad seguiría en pie."

Emily no soportaba tener que perdonarlos o escuchar una redención. Ella de verdad quería que pagaran por sus pecados.

"¿Sabes qué, niña de la luz? Ya me harté de tus palabrerías. Si algo sé muy bien de los viejos mitos sobre ustedes es que el **Profeta de la Luz es el más débil de todos los Profetas**. Si te relleno de agujeros, ¿qué vas a hacer? ¿Me vas a curar o sanar con alguna capacidad curativa? Hasta donde sé, tú eres el único Profeta con **capacidades de sanación**, pero el único que no tiene capacidades para la destrucción."

El momento se volvió muy tenso. El silencio se posó sobre todos. El silencio reinaba.

Y Emily, como de costumbre, lo rompió. "¿Si te disparo qué vas a hacer? ¿Me vas a curar acaso? ¿No hay nada que puedas hacer, cierto?"

La Profeta empezó a decirle: "Estás totalmente cegada por la ira y la sed de venganza, no perteneces a es---"

Fue brutalmente interrumpida por **varios disparos hechos por Emily con un revólver**. Uno tras otro impactó en el pequeño cuerpo del Profeta de la Luz. Se veía realmente herida. Emily había descargado totalmente su arma.

La Profeta de la Luz cayó de rodillas, pero resistiendo al piso, con **siete heridas de bala** en su cuerpo. Cada bala parecía representar cada castigo por cada Profeta que había pecado. Tal vez algo muy casual, pero icónico.

Emily gritó: "¡¿Me vas a decir dónde están las seis tumbas esas, sí o no?!"

La Profeta de la Luz, con dificultad y herida, respondió: "Sabes, niña, **¡deberías revisar bien tus fuentes!**"

Mientras la Profeta de la Luz cubría sus heridas y estaba bastante privada, curaba sus heridas con capacidades de sanación. Sin darnos cuenta, una vez la Profeta terminó su línea, desenfundó de sus ropajes de culto **dos subametralladoras**. Así sin más. Yo, incrédulo, no me quedó más que reaccionar por instinto, y me puse en la línea de fuego para cubrir a Emily, recibiendo **probablemente más de cien impactos de bala**.

Emily, incrédula, atónita, veía cómo me desmoronaba, lento pero seguro.

"**¡Fenómeno, no te mueras! ¡Me juraste esto! ¡Dije sin trampas!**" gritó Emily.

"**¡Mierda, niña! ¡¿De dónde sacaste esa porquería?!**" exclamó la Profeta de la Luz, recargando a velocidad impresionante sus dos subametralladoras, listas para descargarlas sobre Emily.

"**¡La próxima vez revisa bien tus fuentes!**" respondió la Profeta, su voz llena de una **furia gélida**.

Pero entonces, pude ver cómo su gesto cambió... Se notaba expectante, algo capturó su atención.

"**Tu sangre, Ramón, tu sangre, jovenzuelo, tu sangre, ¡tu sangre no es humana! ¡No puede ser! ¡Esto no puede estar pasando!**"

"**¡No se llama Ramón! ¡Se llama Geo!**" Emily gritó, rompiendo la tensión.

La Profeta de la Luz se veía **desorientada, confundida, incrédula**. Había bajado sus armas, estaba profundamente absorbida por sus pensamientos, totalmente absorta. "¿Qué ha pasado? Crystal dijo que había acabado contigo. ¿Ha pasado mucho tiempo? ¿Ha revivido? ¿Renacido? ¿Tal vez algo no funcionó bien?" ¿tal vez solo lo soñó?

Otra vez perdía mi conciencia. Mi sangre hervía de nuevo. La **ceniza y el fuego estaban presentes una vez más**.

La Profeta de la Luz solo observaba **atónita e incrédula** lo que estaba presenciando.

Ya casi perdido de mí mismo:

Emily exclamaba: "¡Derrotala! ¡Mi gallo de pelea! ¡Vamos, mátala! ¡Este no se muere con balas! ¡¿Qué vas a hacer, Profeta?! ¡Eh! ¡Vamos, dispárale más, te aseguro que te sorprenderá!"

"¿Qué pasa, Profeta? ¿Acaso no puedes derrotar a mi gallo de pelea?"

A lo que respondió la Profeta: "**¡Tal vez yo no, pero mi hermana sí!**"

Acto seguido, clavó un bastón en el suelo con fuerza, de sus manos expuestas se podia ver el brillor verduzco de unos brazaletes en cada muñeca y el lugar donde estábamos de pie se derrumbó. Caímos varios metros hacia abajo, arrastrados por la nieve, las piedras y escombros.

No podíamos ver qué estaba sucediendo, pero era evidente que la Profeta de la Luz estaba haciendo algún tipo de **magia o tecnología**.

Yo empecé a subir entre los escombros. Podía notar la **esencia de color rojo que impregnaba toda la nieve blanca**; parecía que provenía de mí. ¿Qué era? Algo brillaba de rojo.

Al llegar, pude notar que había sacado un **Diamante o Cristal enorme**, y le había incrustado su bastón o vara en dicho cristal. Este se fragmentaba lentamente. Yo empecé a azotar a la Profeta de la Luz. Ella era rápida y buscaba huir, y se sanaba constantemente de las heridas que recibía. Emily terminó de subir de tal desfiladero y llegó para presenciar la escena completa.

La Profeta de la Luz se había quedado sin balas, solo le quedaba una **espada de doble filo** de la cual más bien se sostenía de ella. Parecía **agotada, pero no derrotada**.

Emily estaba muy emocionada, no dejaba de gritar: "**¡MÁTALA, MÁTALA! ¡HAZ QUE PAGUE, HAZ QUE VALGA!**" Yo seguía en un estado de la Estimación de Ira. Cuando ya pensaba que la iba a destruir, se rompió el cristal, y la Profeta de la Luz exclamó: "**¡Hermana, protégeme!**" Sentí una **onda de choque brutal**, de una naturaleza distinta, me

envió de nuevo lejos contra las paredes cristalinas. Pude verlo con claridad, la Profeta de la Luz se veía profundamente maltrecha, yacía en el suelo, derrotada, pero su hermana de **ropas oscuras, mucho más alta y de piel oscura, como el azabache**, dijo: "**Hermana, aquí estoy, ¿quién te ha hecho esto? Vas a estar bien, te lo prometo.**" Su mirada se posó inmediatamente en mí. En mi actual estado de ira, parecía imbatible, pero me había costado bastante capturar a un Profeta sin poderes ofensivos. Ahora tendría que enfrentar a uno que parecía letal en comparación a su par.

El silencio se posó, el silencio expectante, el silencio contemplativo. Logré separar mi cuerpo de estas paredes cristalinas y caí al suelo, viendo fijamente a este nuevo Profeta, cuya contemplación parecía más rabia que verdadera contemplación.

La **fatiga era inmensa**. El mundo giraba, no por el vértigo, sino por la puerta que había abierto la Luz y ahora el fuego en mi sangre. Esto no era "**mala suerte**", era un **maldito ciclo sin fin**. La **ira se agarraba a mí como una segunda piel**, pero el **cansancio humano peleaba por mantener el control**. Este nuevo Profeta, con la oscuridad en su mirada, era simplemente **otro obstáculo en el camino hacia la paz** que tanto anhelaba. Mi cuerpo dolía, pero el cansancio de estar en esta constante pelea era aún mayor. No quería luchar, pero esta vez, **no podía simplemente escapar**. Mi existencia se había convertido en una **pesadilla de combate**. ¿Qué otra cosa podría hacer más que enfrentar a esto también?

Momento 24: La Onda de Choque, la Tumba del Coloso y una IA Desfasada

Estaba en el suelo, recuperándome de la **onda de choque** que emanó de dicha Profeta oscura. "Mi mala suerte es tan potente que hasta los poderes ajenos me golpean con extra de saña," pensé, mientras el mundo seguía girando con un zumbido opaco en mis oídos. Ella no apartaba su vista de mí, su postura rígida, parecía estar sopesando el siguiente movimiento, pensando en algo ominoso. Apenas terminé de recomponerme, mi cuerpo vibrando con la **energía cruda de la regeneración**, sin dudarlo un instante, me abalancé a toda velocidad entre la nieve cegadora y los escombros afilados contra dicho Profeta. Mi ira, la que me controlaba, era como un **perro rabioso**: no entendía de treguas ni de sutilezas, solo de aniquilación.

Dicha Profeta conjuró, susurrando sus oraciones en una lengua que sonó como el roce de huesos secos. Y entonces, simplemente, todo mi cuerpo se detuvo. No por alguna fuerza externa que me inmovilizara, sino porque empecé a **deteriorarme de dentro hacia afuera**, una disolución molecular que sentía como mil agujas incandescentes. Yo estaba ardiendo desde adentro, un **fuego oscuro, una energía antinatural**, que brotó de mi boca y entrañas de forma violenta y espantosa, como una exhalación pútrida. Emily se alejó tanto como pudo, sus pasos resonando en la nieve pulverizada. "¡Fenómeno de terror con efectos especiales, por supuesto!", me imaginé que pensaba, su figura difuminándose en la ventisca. Aun así, la **ceniza hirviente que me recomponía en carne viva** nunca se detuvo y me mantuvo con vida, recomponiéndome una vez más desde las cenizas humeantes, el fuego oscuro y la nieve blanquísima que se derretía a mi alrededor.

Pude notar que la Profeta de Oscuridad no había nunca detenido su conjuro; incluso seguía haciendo efecto. La Profeta de Luz estaba despierta ahora, tambaleándose y pareciendo estar curándose, pero no de la forma habitual; ella también parecía estar quemándose desde dentro, su propia piel pálida mostrando venas oscuras bajo el tenue resplandor. Todo y todos los que estábamos ahí ardíamos con **energía oscura, un aura purulenta**.

La curación y la barrera de la Profeta de Luz se rompieron, desvaneciéndose en volutas de humo, y cayó una vez más, su cuerpo golpeando el hielo con un sonido hueco. Entonces la Profeta de la Oscuridad titubeó, una micro-expresión de agonía o duda cruzó su rostro de ébano, y detuvo su gran poder, lo que me dio unos cuantos segundos preciosos para responder. Sin dudarlo un segundo, y como una **gran bestia desatada por la ira**, ataqué y pude impactar directamente en la Profeta de Oscuridad. Mi puño, envuelto en un **aura carmesí y ceniza**, conectó con una fuerza que la hizo volar. Esta impactó con uno de los escombros de lleno, un fragmento de roca agrietada que se pulverizó al contacto, y dije con la satisfacción hueca de la ira: "Por fin, esto ha terminado. Esa mujer no se levanta de ahí."

Para mi desgracia, mi "mala suerte" volvió a jugar su carta. Sí lo hizo. Un segundo después, se incorporó, y pude ver la **chispa roja de sus ojos, un infierno miniaturizado** que reflejaba el mío. Parecía que su Estimación era de furia y no parecía estar contenta conmigo, claro está. Ella parecía estar cargando un gran poder, el aire a su alrededor se combó y crepitó, pero en un último instante lo desvió, un giro apenas perceptible de su mano, y este **abrió los cielos de par en par**. No fue un rayo, sino una **columna de energía oscura y devastadora** que se perdió en las nubes. El viento se agitó con la furia de un huracán, la nieve se arremolinó en espirales caóticas, y el suelo retumbó durante minutos, una vibración que sentí hasta en la médula. Nadie podía mantenerse en pie. "¡Genial, ahora soy el motivo de desastres geológicos! ¿Mi próximo truco? ¡Probablemente invocar un asteroide!"

Con ese rayo desviado, sin dudas me hubiera aniquilado. Peor aún, creo que hubiera destruido la montaña y hasta tal vez varias ciudades y todos hubiéramos muerto sin dudas. "Lo juro, mi 'mala suerte' es tan fuerte que ni siquiera un rayo apocalíptico puede terminar conmigo sin antes pulverizar a media provincia. Detalles."

En ese momento pude apenas ver una pizca de su poder. Si eso solo fue una rabieta, la manifestación incontrolada de su ira contenida, imagínate qué sería realmente si se propusiera crear un ataque de verdad.

La Profeta de la Oscuridad hizo un gesto con una mano, cerró sus ojos con una **calma casi monástica**, y su Estimación de la ira se detuvo sin más, el brillo rojo de sus ojos se apagó como una brasa en la nieve.

Su hermana se levantó nuevamente desde la nieve y los escombros, su figura aún débil. Ellas se juntaron. Yo empecé a dudar si realmente podía ganar este enfrentamiento; la **escala de su poder era abrumadora**. Aun así, nada parecía que iba a detener mi ímpetu de lucha. "Mi 'mala suerte' incluye una terquedad absurda, por lo visto. Y una incapacidad para entender cuándo estoy claramente superado."

La hermana de Oscuridad parecía cargar otro de sus grandes hechizos, las sombras se arremolinaban a su alrededor, y lo apuntaba directo hacia a mí, una amenaza silenciosa pero palpable. Aun así, no disparaba, solo parecía estar amenazando con hacerlo.

Las hermanas hablaban entre ellas, sus voces apenas audibles sobre el gemido del viento:

"Hermana de Oscuridad, ¿por qué no acabas con ellos?"

"Hermana de Luz, temo por tu seguridad. Mis poderes no son salvos dada su escala, temo hacerte daño a ti y al resto de profetas que están en éxtasis en esta montaña, esta vez, lamentablemente, debemos ceder en el combate."

"¿Qué? Pero tú puedes ganarle."

"Sí lo sé, pero es muy riesgoso"

"¿Qué planteas entonces?"

"Derrumbaremos este pico de forma más controlada posible Intentaré partirlo en dos y que ellos caigan por el precipicio resultante, eso nos dará el tiempo suficiente para despertar al resto de Profetas de su éxtasis cristalino"

"¿Pero no puedes simplemente destruirlos?"

"¿Y si fallo, Hermana? si perdemos ahora nadie mas que tu sabe como despertar a los profetas de su sueño sin fin"

"¡Prepárate, Hermana, aquí viene el **Profeta Escarlata**!"

Yo, Geo, sin más, salí corriendo de entre la nieve como el viento, un **proyectil de ira y ceniza**, en un ataque directo, sin más. "Porque claro, cuando te dicen 'huye', yo entiendo 'carga de cabeza'. Mi mala suerte es un manual de instrucciones al revés, siempre."

Escuché el grito de Emily a lo lejos, un hilo agudo de advertencia que se perdió en la tormenta de nieve y escombros: "¡NO! ¡HUYE, FENÓMENO!"

Nada me detendría aquel día. Para mi disgusto, la **astuta Profeta de Oscuridad** lanzó su habilidad arcana contra el suelo mismo del pico montañoso en el que estábamos, una fisura oscura se abrió con un gemido antinatural en la tierra, **derrumbando todo a su paso**. Abrió una gran brecha que pareció dividir toda la cumbre en dos, una herida geológica. Emily quedó de un lado, aferrándose desesperadamente a una roca, y las Profetas del otro, inmaculadas en el borde. Yo quedé justo en el medio, intentando sostenerme, mis sistemas luchando contra la gravedad en la caída. Pude ver el rostro de Emily asomándose por el precipicio recién formado, sus ojos llenos de una mezcla de horror y extraña devoción:

"¡Tranquilo, Fenómeno, ya te sacará de ahí, te lo prometo!"

La Profeta de Oscuridad también se asomó al borde del abismo, su mirada impasible. Solo dije, con una ironía que mi conciencia apenas pudo articular sobre el rugido del viento: "Vaya qué gratitud debo sentir. Tres mujeres preocupadas por mí." La Profeta cargó un

disparo ultimador, una esfera compacta de oscuridad que zumbó hacia mí, y que me dio de lleno. Creo que se me fundió hasta la última neurona del impacto, una **explosión de dolor y datos corruptos**. Reboté por el estrecho lugar en una caída donde solo daba vueltas y rodaba sin control, mi cuerpo chocando contra las paredes de hielo y roca del abismo, cayendo varios caminos abajo.

"Las Profetas se retiraron tan rápido como pudieron, dejando atrás el sonido de la montaña que se partía."

"Emily tardó **1 día** para llegar hasta donde yo estaba, escalando por los restos derrumbados del pico."

Pero yo yacía "muerto" o en un proceso de **regeneración lento por heridas mortales**. "Un día, ¿eh? Podría haber estado pudriéndome por ahí, pero mi regeneración tenía que ser dramática, como un fénix malhumorado. Otra vez. Mi mala suerte es un drama queen."

Desperté después de **dos días**.

Estaba sobre algo, **curiosamente familiar**. No había nadie. Todo estaba nublado, todo era blanco, una niebla tan densa que borraba el horizonte. Por momentos pensé que había llegado al cielo, pero no, el aire gélido y el olor a **metal y sangre oxidada** me anclaban a la realidad. Emily salió de entre la niebla, su figura borrosa se materializó de repente, y se alegró de golpe al verme despierto, un grito de alivio genuino.

"¡FENÓMENO! ¡Estás despierto! ¡Pensé que tendría que dejarte aquí, congelado como un paleta!"

"¿Qué sucedió?", le pregunté, mi voz rasposa, mientras intentaba incorporar mis sistemas por completo.

"Bueno, Geo, te patearon el culo, así nomás. ¿O quieres la versión larga de cómo te patearon el culo, con diapositivas y todo?"

"Nonono, gracias, Emily. ¿Por qué todo está blanco? ¿Estamos en un congelador gigante?"

"Es solo la niebla, Fenómeno. Cuando se disipe verás la ciudad de nuevo."

"¿Qué es esto? ¿Qué son esas cosas que sobresalen de la nieve? ¿Tú construiste este lugar?"

"No, Fenómeno," respondió, su voz resonando en un espacio inesperadamente vasto. "**Estás sobre los restos de la Mano de un COLOSO. Para ser exactos, el COLOSO 017.** Fue el último construido y el último en ser derrotado."

"Ya sabía yo que olía raro aquí," murmuré, mis sensores registrando un matiz metálico y orgánico inusual. "Pensé que era yo pudriéndome ya. Mi mala suerte alcanza hasta para los aromas post-apocalípticos."

"Sí, Geo, como puedes observar," dijo Emily, sus pasos retumbando mientras caminaba. "La mano del COLOSO está bastante deshecha, pero mira, es tan grande que su mano casi cerrada funciona como un techo improvisado."

Levanté la vista. Las telas rasgadas del coloso, **fibras sintéticas gruesas como cuerdas de barco y recubiertas de escarcha**, colgaban como cortinas gigantes del "techo" improvisado, teñidas de un **rojo oscuro y congelado**. Su **sangre, solidificada en carámbanos grotescos**, pendía de las uniones metálicas. Sus armaduras, gigantescas placas de lo que una vez fue una aleación brillante, ahora oxidadas y deformes, parecían pender de un hilo, balanceándose levemente con corrientes de aire helado, casi como si me fueran a caer encima, pero nunca caían, congeladas en una **pose de ruina monumental**. El aire era denso, pesado, con el frío cortante y el olor a hierro viejo y putrefacción.

Me fijé con detenimiento en todos los detalles de la mano del Coloso sobre la que estábamos posados. Las **líneas de ensamblaje corroídas por la intemperie**, los cables expuestos, gruesos como troncos, que ahora eran solo nidos de hielo. Podía ver su rostro a la distancia, una **colosal cara de metal y cicatrices** que se alzaba sobre el horizonte de niebla, con una expresión congelada que parecía de paz y derrota y muerte. Era una tumba, una cicatriz gigantesca en el paisaje. Poco a poco me fui fijando en cada detalle curioso del lugar, los surcos de su palma donde ahora se acumulaba la nieve, las "venas" mecánicas del tamaño de tuberías que se retorcían bajo la capa de hielo. En algún punto, mi mirada se detuvo: en la curva de uno de los dedos gigantes, había un **cadáver**.

Me acerqué a ver y sí, era un cadáver congelado todavía, **perfectamente preservado por el frío implacable**. Pensé que era parte de la misma mano del coloso, un detalle escultórico, pero no. Era una persona que yacía ahí, acurrucada, la piel cerúlea. Por sus ropas, un traje sellado con insignias descoloridas, parecía algún ingeniero, piloto o tripulante de la máquina. No lo sé con certeza, pero pude notar que había una **caja congelada a su lado, una caja negra de aspecto robusto, con líneas naranjas brillantes** que aún resaltaban en los costados. El cadáver parecía estar en una posición de entre cuidarla y relajado por un sueño del que nunca despertó. Era un último gesto de protección.

Le dije a Emily que si había forma de abrir la Caja. Ella la vio, la sopesó con curiosidad. "Bueno, no, pero si ves el candado que posee, ¿se ve un poco agrietado por el frío, no crees?" Su voz tenía un tono pícaro. Ella se fue y al rato vino con una gran roca, áspera y pesada, y simplemente la dejó caer con un golpe seco sobre el candado, que, con un crujido agudo, cedió. La caja, a golpes de piedra, pudimos abrirla. Dentro, otra caja, una que parecía más tecnológica, menos robusta, hecha de un material liso y opaco. Parecía estar sellada al vacío. Bastó intentar abrirla un poco para que el sello se rompiera con un suave siseo, y la caja se abriera totalmente. Al ver el contenido de ella, ¿era una tablet?

En un inglés escueto, grabado en el metal, parecía decir: "**TABLA U**".

"Geo, ¿qué es esta cosa?", preguntó Emily, escéptica, tocándola con la punta de un dedo.

Yo le respondí que parecía una **tablet, un artefacto moderno**.

Emily se quedó con cara de "¿de qué mierdas hablas?", sus cejas enarcadas hasta casi tocar su frente. Me respondió: "Moderno es una pistola, Fenómeno. Esto parece un...

ummmm, no lo sé, tal vez sirva de almohada o algo. No, ¡ya sé!, podemos jugar a lanzarlo de un lado a otro como un deporte, ¿sabes? Un nuevo juego para esta roca gigante."

Yo quedé, "¿Qué?", mi cerebro procesando la **abismal diferencia en nuestras perspectivas**. Caí en cuenta que la modernidad que yo conocía no era esta, claramente. El mundo había cambiado para nunca volver. "Ah, mi mala suerte es tan especial que hasta mi conocimiento tecnológico es obsoleto. ¡Estupendo! Ahora soy un fósil parlante."

Vi a Emily a punto de lanzarla con un gesto despreocupado y la detuve abruptamente, mi mano deteniendo la suya. Le dije que me lo diera, que yo creía saber cómo usarla. Me la entregó aburrida, con un resoplido. Con un movimiento familiar de mi dedo, usé el botón de encendido y su pantalla, una superficie opaca segundos antes, se iluminó con un **brillo azulado** que cortó la penumbra del Coloso.

Emily quedó con sus ojos abiertos de par en par, su mandíbula casi cayendo, y solo dijo: "**¿Qué mierda? ¿Cómo hiciste eso, Fenómeno?**"

Y yo, con un tono de experto que no sentía en absoluto: "Shh, shh, vamos a ver, esto es de mi época. Sé cómo usarlo."

"Sí, ya veo, Fenómeno. Qué suerte la tuya de encontrar basura funcional," murmuró, pero sus ojos no se apartaban de la pantalla.

La Tabla U parecía haber perdido su sistema original, mostrando una pantalla de inicio genérica. Aun así, me pidió un nuevo usuario y algunos datos que pude completar sin más, mis dedos moviéndose con la **memoria muscular de una vida anterior**.

Una vez terminó, la pantalla se estabilizó y me respondió lo que parecía una instancia de inteligencia artificial. Una voz digital, serena y clara, resonó del pequeño dispositivo:

"**¿Soy Otrora, el gran servidor central, en qué puedo ayudarte?**"

Inmediatamente me di cuenta de que tenía algo único, algo invaluable, en la mano. "Mi mala suerte me trae cosas rotas, pero de vez en cuando, un juguete muy, muy antiguo. ¿Será que esto es una excepción a la regla?"

"Hola, Otrora, ¿exactamente qué eres o qué ha pasado?"

"Bueno, soy una inteligencia artificial. En este caso, soy el regente de **Leviatán**, claro está. Todas las instancias artificiales están a mi cargo, eso incluye hombres sintéticos, máquinas, cargueros, aviones y más. Gran parte de la ciudad de Leviatán es regida por mí." La voz era plácida, segura, y completamente ajena al hollín y la muerte que nos rodeaban.

Quedé: "Ejem, bueno, ¡qué bien! Esa información es... muy optimista."

"Ejem, pero Leviatán ha sido destruida, nada de lo que dices parece existir en el mismo modo justo ahora. La ciudad es un montón de escombros, y los 'hombres sintéticos' probablemente están haciendo de leña."

"Entiendo, mi usuario," respondió Otrora, imperturbable. "Eso puede deberse a que algo ha pasado. Mi fecha es **1999**, así que el sistema ha tenido un reinicio profundo. ¿Cuál es la fecha hoy?"

"No lo sé, Otrora. Créeme, esa no es la prioridad ahora mismo."

"Tranquilo, voy a consultar con el servidor central, dame un momento..."

Un pitido digital. Un silencio expectante. Luego, la voz de Otrora, por primera vez, con un ligero matiz de confusión:

"**TIME OUT.**"

"El servidor no parece responder, tampoco hay señales wifi. Parece que algo no está bien. Mis conexiones a la red central están... inoperativas."

"No, Otrora, el mundo colapsó hace mucho. No es un 'timeout', es un 'game over' global. ¿Tienes alguna data que nos sirva para saber dónde está el servidor central? Tal vez ahí haya una conexión, o al menos, respuestas."

"¿El servidor central?", repitió Otrora, procesando la pregunta. "El servidor central se encuentra a **1 kilómetro bajo tierra, justo debajo del monte artificial SERVITORE**."

"Emily, ¿sabes dónde queda eso? ¿Un monte artificial?"

"No, Geo, ni idea. Suena a cuento de viejas para asustar niños, o a algo que solo los 'profetas' locos conocerían."

"Si no saben, basta con tomar una foto al lugar y yo podría localizarlo," ofreció Otrora, su utilidad brillando a través de su obsolescencia. "Incluso tengo algunos mapas viejos donde puedo indicarles dónde está."

"Oye, una pregunta, Otrora, aquí hay un COLOSO, el número 17, ¿sabes algo al respecto?"

"Tengo algunos entrenamientos que sugieren que yo, de algún modo, servía para dicho artefacto de guerra, pero nada más. Mi función principal era la administración urbana, no la operación bélica."

"Ok, aquí está la foto:", dije a Otrora, mostrando la vista desolada del exterior, el cráter donde la montaña había estado, la nieve, las ruinas.

"Puedo observar que la ciudad está muy acabada, no concuerda con algunos archivos y entrenamientos que poseo," analizó Otrora, la voz digital sin emoción, pero sus palabras contundentes. "Aun así, encaja en algunos patrones de daño extremo. A lo lejos, en el horizonte, se logran ver unos **andamios de hierro, distorsionados y retorcidos**, que parecen asomarse en el horizonte, como los **huesos de una civilización perdida**. Hay mucha vegetación, según lo que muestra la imagen, devorando las ruinas. Cerca de esos andamiajes es probable que hubiera estado nuestro **SERVITORE**. Era una **mezcla de jardín botánico y genética, una fachada**. Por debajo corre el **corazón de Leviatán**."

"Entiendo, Otrora, ¿algo más que debamos saber antes de salir a este frío infernal?"

"Nada más, suerte en su travesía." "Suerte," resonó en mi cabeza. "**Mi mala suerte, Otrora, mi mala suerte.**" Y con eso, la Tabla U se quedó en silencio, esperando.

Momento 25: Un Amanecer sobre la Mano del Coloso y la Amarga Dulzura de la Vida Salvaje

Me desperté. Un manto de luz suave se colaba entre los **titánicos dedos de piedra y metal** del gran Coloso, pintando el interior improvisado de nuestro refugio con rayas doradas y sombras alargadas. El cielo, visible a través de las grietas en el puño pétreo, era de un **azul tan profundo que dolía la vista**, despejado hasta el infinito. La tormenta, esa furia blanca que nos había perseguido, había cesado por completo. La ciudad desolada, un **esqueleto de concreto y acero**, se podía ver con una claridad escalofriante a través de las aperturas de nuestra mano-fortaleza. Emily, un bulto envuelto en su manta improvisada, todavía dormía, un ligero ronquido perforando el silencio de la mañana. Parecía que esta vez me había levantado temprano, una novedad en mi "no-vida". Todo parecía tranquilo, casi irreal.

No sabía cómo, pero seguía vivo. En un mundo extraño y ajeno a mí, al que evidentemente no pertenecía, flotando sobre la mano de un dios caído. Por primera vez, podía detenerme a ser un espectador más de esta extraña nueva vida y sus cosas "buenas": no había batallas, no había Profetas irradiando muerte, no había esa constante amenaza de desintegración. "Solo hambre, frío y sed," pensé con un humor seco, "pero no más lucha y muerte por este momento." Parecía que nada podía suceder en un instante como este, donde el sol salía por la mañana e iluminaba todo nuestro panorama, bañando la nieve en un brillo iridiscente. "Pensé, solo era mala suerte así sin más, no podría durar para siempre... espero, claro está." Parecía que un guionista o escritor de mal gusto controlaba los hilos de mi desgracia, pero por fin un buen momento, una tregua del destino.

Me fijé con calma, observando y escudriñando el azul tan claro del cielo que hasta algunas estrellas lejanas, como motas de sal, todavía lograban verse. Y por primera vez pude notar que en el cielo no solo había estrellas, sino algunas **megaestructuras que parecían pequeñas manchas**, apenas perceptibles a la vista, pero era evidente que eran inmensamente grandes. "Parece que en el cielo o más allá de él, ¿había más 'gente'?" "Tal vez colonizamos el espacio, o creamos más problemas para el futuro." Tantas cosas habían pasado, tanto que no sabía. Podía ver el coloso congelado, su rostro pacífico y moribundo a kilómetros de distancia, y tan solo su mano alcanzándome, yo justo posado en ella. "¿En qué clase de realidad estaba aterrizando? Hace unos días había luchado a muerte contra cosas que nunca en mi vida había presenciado, mi cuerpo ardiendo y recomponiéndose, mis entrañas vomitando fuego oscuro." Todas estas cosas empezaban a juntarse en mi mente, un torbellino de datos y preguntas sin respuesta, en medio de esta perfecta calma matutina. "¡Qué mal momento!", pensé con exasperación. "¿No podían simplemente dejarme disfrutar de la calma? No, claro que no. Mi 'mala suerte' no me da respiro ni para pensar." En fin, mis pensamientos empezaban a agobiarme un poco, la cabeza me dolía con la acumulación de datos y la ironía de mi situación.

De la nada, algo me interrumpió. Fue Emily. Su voz, ronca por el sueño, pero con su chispa habitual, perforó mis reflexiones.

"¿Cómo estás, Fenómeno? Veo que hoy estás más cerca de la vida que de la muerte, ¡jajaja!"

"¿Emily?", dije, algo sobresaltado. "Sí, aquí estoy. ¿Qué cómo estoy? No sabía que, bueno, no importa. Estaba pensando... este lugar no está tan mal, ¿sabes? Solo está destruido y acabado, solo eso. Nada que no se pueda cambiar, ¿sabes? Un pequeño proyecto de restauración global, un día a la vez."

"¿Y qué planteas, Niño Fenómeno? ¿Vienes a cambiar nuestra hermo-oosa realidad?", dijo ella, estirándose, sus músculos haciendo un crujido. "Sería un bonito detalle, ¿no crees? Aunque la última vez que se intentó, terminó justamente como ves ahora, al parecer, o ¿no escuchaste a la niña? Los Profetas se corrompieron o algo así y parece que eso los llevó a esto, ¿sabes? La verdad no me importa. Solo sé que esa Profeta de la Luz me cae re mal, ¡me disparó! ¿La viste? Y parecía una niña inocente. ¡Qué ironía, ¿no?! En este lugar, ¿ya uno no puede confiar en nadie?"

"Sí, Emily, qué ironía, ¿no? Proviniendo de ti, sin dudas eres de fiar," respondí con mi tono más seco, levantando una ceja inexistente.

"¿Qué? ¿Quieres aludirme con algo, Fenómeno?", preguntó ella, su voz aguda.

"Nah, déjalo así. Tal vez no estoy de humor para esto," dije, mirando el cielo azul. "Cambiando de tema, ¿tienes alguna idea de cómo vamos a bajar de esta montaña que no parece terminar en ninguna parte? Estoy cansado de ella, ¿sabes? Sobre todo cuando gente sin más intenta matarme."

"Niño Fenómeno," comenzó Emily, su voz bajando un poco. "Sabes, me pregunto, ¿cómo se siente morir tantas veces?"

"No lo sé con certeza, Emily," admití, la imagen del fuego oscuro brotando de mí aún fresca en mis recuerdos. "Es como si una película pasara frente a tus ojos, pero no la entiendes del todo. Tal vez como si te estuvieras durmiendo con dolor e incredulidad, una oscuridad fría que te envuelve. No lo sabes con certeza al final, es más una experiencia que un sentimiento. ¿A qué viene eso?"

"Bueno, tal vez algún día me toque, ¿sabes? Solo quería saber si no era algo tan feo," dijo con un suspiro. "**Me salvaste**, ¿sabes? Si no te hubieras interpuesto en el tiroteo de allá arriba con la Enana Metralletas Lunáticas, estaría muerta justo ahora... **gracias, en serio**." Su voz se volvió más seria, un raro momento de vulnerabilidad. "Aun así, me debes tres vidas más, la de mis amigos. Espero que lo valga, ¿sabes? Me debes, ¿sabes?, y a mí me gusta cobrar bien mis deudas. Igual con la enana esa, esa también me debe unos tiroteos más, ¡JA JA JA!" Emily estalló en carcajadas, su buen humor regresando con fuerza.

"Entiendo, Emily, no pasa nada," dije, aceptando la deuda y la hipocresía inherente. (Es verdad, había olvidado lo resignado y en deuda que me sentía con Emily, también que

había intentado matarme, pero a estas alturas no me podía importar menos. Mi lista de problemas ya era demasiado larga para rencores.)

Emily fue poco a poco recogiendo sus maletas, una mochila gastada y varios sacos, y no paraba de hablar sobre los diversos viajes de exploración que hizo en la jungla, sus anécdotas llenando el espacio con un parloteo constante. Tal vez era porque, al parecer, allá nos dirigíamos. Yo ya estaba preparado desde hacía rato, la ceniza de mi cuerpo vibrando con impaciencia, solo la esperé hasta que terminara.

Poco a poco, fuimos bajando la gran montaña, una tarea ardua que llevó horas, deslizándonos por laderas de nieve y escombros, usando las rocas como puntos de apoyo. Las ruinas gigantescas del Coloso, que antes parecían un refugio, ahora se alzaban a nuestras espaldas como un recordatorio monumental de la destrucción. Llegamos a la falda de esta y posteriormente a las ruinas de la ciudad al caer la noche. Era extraño ver la ciudad en la noche, tan sola y devastada, una masa oscura y silenciosa de esqueletos de edificios. Parecía que no había nadie, pero nada más lejos de la realidad. Como pequeños focos de luz, **luciérnagas titilantes en la inmensidad oscura**, se podían ver, desde lo alto de la falda de la montaña, pequeños rescoldos a la distancia. Eran fuegos precarios, resistiéndose a apagarse en el medio de una ciudad acabada. Era evidente que eran personas, agrupadas para combatir una noche que poco a poco se volvía más fría, el viento helado silbando entre los rascacielos derrumbados. Al transitar la ciudad, solo mis sospechas se hicieron cada vez más claras: sí, era gente, vagabundos encorvados, maleantes de ojos hundidos y familias enteras acurrucadas, todos con miedo y desesperación en sus ojos, ocultándose en los nichos de la destrucción. Todo con una **extraña aura medieval**, una vuelta a lo básico y lo brutal. No podía dejar de pensar en ello. Ya era bastante tarde, y Emily no se detenía.

"¿Emily, ya es tarde, tengo sueño, vamos a dormir en alguna parte?" pregunté, mi energía flaqueando por primera vez en horas.

"¡Ja, Fenómeno, tú sí tienes sentido del humor!", exclamó, sin detener su paso ligero. "¡Al menos que quieras que te repartan en trocitos por la ciudad, es mejor no dormirse en la ciudad! ¡Los vivos están despiertos, los muertos yacen dormidos para siempre!"

"¿A qué te refieres, mujer? ¿Más enigmas post-apocalípticos?"

"¿No es obvio? Cruzaremos toda la ciudad hasta que se haga de día. Y aun así, todavía quedará ciudad que cruzar, pero algo es seguro: nada de dormir. Así que, ¡marchando! Y más vale que estés preparado para patearle el culo al que se pase de chistoso, aunque la verdad no creo que pase nada mientras sigamos marchando. Es poco probable que alguien se meta con nosotros, por lo menos no una persona, claro está. Las **cosas peores acechan en la oscuridad**."

"¿Por qué no me dijiste antes, Emily? ¿Soy tu mula de carga?"

"¡Si te decía, Fenómeno, entonces ibas a querer discutirlo conmigo o buscar una manera y no la hay! Así que preferí seguir sin más."

"Bien, Emily, pero la próxima vez puedes decirme. Tal vez así me preparo para, no sé, ¿digo, que no me dé sueño? Como sea, solo sigamos caminando hasta llegar a donde quiera que sea que quieras llegar. Igual, con el hambre que tengo, dudo que duerma mucho."

Seguimos atravesando la ciudad. Edificios caídos que se retorcían hacia el cielo, sus esqueletos de metal y hormigón grabados con historias de restos de **batallas inescrupulosas** que se colaban de entre las sombras de sus calles. Tanques de guerra abandonados, oxidados y vacíos, como juguetes olvidados de gigantes. Las puertas de los subterráneos donde yacían los trenes, cubiertas de grafitis descoloridos, tomadas por gente sin hogar, sus fuegos crepitando en la oscuridad. Equipo antimotines regado por el suelo, cascos y escudos destrozados. Papeles regados y húmedos, tal vez periódicos con titulares olvidados, tal vez el trabajo de algún oficinista. Algunos restos de lo que parecía controles militares y policiales, sus alambrados retorcidos y esparcidos como intestinos de bestia. De entre las calles y escombros, se podía ver a la gente escondiéndose y refugiándose de la intemperie, quemando algún tipo de combustible o leña en pequeños bidones para resistir la noche. Los automóviles y buses solo eran **esqueletos oxidados** de lo que alguna vez fueron, sus neumáticos desinflados, sus ventanas rotas como cuencas vacías. La ciudad misma era un gran esqueleto, hirviendo desde su interior como un cadáver putrefacto. Me fijé en muchos detalles, pero el que más llamó mi atención, sin dudas, fue ver el **cráneo de un Coloso enterrado a la mitad de un rascacielos**. La cabeza enorme, de metal deformado y huesos gigantes, sobresalía a mitad de un edificio que se resistía a caerse, el cráneo permanecía ahí sin más, horadado, una **cicatriz permanente**. Era claramente visible con los primeros rayos de luz del sol que se colaban por entre los edificios, una escena sombría y grotesca de lo que alguna vez pasó en este gran lugar lleno de tantas historias perdidas en la vorágine de quien sabe qué conflicto.

Había amanecido un nuevo día, y estaba totalmente agotado, con hambre y ahora con un sueño abrumador. Una nueva necesidad anotada en mi lista de deseos que nunca se cumplirán.

"¿Emily?"

"¿Qué, Cabezón?"

"¿Cuándo vamos a comer? Siento que mi sistema se va a apagar si no meto algo."

"¡Ah, qué bien que lo preguntas! Eso te iba a decir, ¿sabes? No tenemos raciones desde hace tres días y desde entonces ya era bastante escasa la comida. ¿Pero sabes qué? Más adelante hay un río. Cruza la ciudad. Según antes, toda la mierda de la ciudad pasaba por ahí, pero el sistema de drenado o drenaje está totalmente acabado, así que, según tengo entendido, ya no pasa más mierda por ahí. ¡Al día de hoy hay **pescado fresco listo para comer**! ¿Te gusta el pescado? Espero, porque si no me como el tuyo sin preguntar, ¡jajajaja!"

"Emily, ¿quisiste decir algo, algún chiste? Porque no lo pesqué."

"¿De qué hablas, tonto? ¿Yo? ¿Hacer chistes? ¡Pfff!"

"No, solo, no importa. Sí, me gusta el pescado, Emily, incluso me gusta mucho. Mientras no pesquemos un gran pedazo de caca flotante, sin dudas estaré agradecido."

"¡Jajajaja! ¡No, Geo, te garantizo que no verás caca flotando en el río! Tal vez la mía, ¡jajajaja!", dijo Emily, estallando en carcajadas. "Espero que no pesques ese salmón sin dudas."

"¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!", repliqué sarcásticamente. "Emily, estuvo bueno el chiste, debo admitir, pero no me hizo gracia. Tengo hambre."

Caminamos y caminamos, el sol ascendiendo lentamente en el cielo azul, y poco a poco llegamos al sitio. Era evidente que sí, era un río que cruzaba toda la ciudad. En tiempos pasados, debió haber estado contaminado hasta decir basta, con hedor a moho y a desperdicios de todo tipo, un canal pútrido. Pero ahora, sin dudas, estaba limpio. El agua era tan clara que parecía que los peces flotaban en el aire, sus escamas brillando bajo la luz del sol.

"¿Cómo piensas atrapar a esos peces? No parece que quieran ser comidos, ¿sabes? Parecen bastante tranquilos."

"¡Jajajaja! ¿Qué dices, Geo? ¡Ellos desde aquí me están susurrando 'hacer pescado a la parrilla'! ¡Me lo suplican!"

"Bueno, así lo haremos: ¡Ja! Bueno, no tengo un plan, jejeje. El que atrape uno se lo come, ¿cómo lo ves?"

"¿Bueno? ¿Así nomás? De acuerdo, que así sea. Mi primer intento de pesca en este nuevo mundo. La suerte está echada."

La verdad no tenía idea de cómo pescar un pez. Pero bueno, me puse manos a la obra, intentando tomar uno con mis propias manos. ¡Qué mala idea, debo admitir! Mis dedos se movían torpemente en el agua helada, los peces escurridizos. No pude pescar ni uno.

Mientras tanto, Emily, con cara burlesca, pareciendo resistirse a reírse, resoplando risa, poco a poco fue desempaquetando su gran bolso de exploradora empedernida. Sacó una **gran red de pesca, de malla fina y cuerda resistente**, y la lanzó con un movimiento experto, posándola sin más en el agua. Luego se sentó sin más, con una sonrisa de suficiencia. Yo salí del agua, empapado y resignado, viéndola. Ella estaba sentada en una posición bastante masculina, de piernas abiertas y relajada, casi acostada en las escaleras de piedra musgosa de dicho lugar.

"¿Qué? ¿Qué? ¿Qué me ves, mocoso?", dijo ella, levantando una ceja.

"Emily, no me dijiste que tenías una red de pesca. Además, me dijiste que lo que atrapáramos sería lo que comeríamos, ¡y no he pescado nada!"

"Sí, exacto, eso dije. No sé, pero creo que pierdes tu tiempo, Fenómeno. Los peces se irán al atardecer. Si sigues llorando aquí como una niñita, te quedarás sin comer."

"¡Vah! Debes estar jodiéndome, Emily. Está bien, haré lo que pueda. Pero mi 'mala suerte' no me abandona ni para pescar."

Seguí intentando, y cada vez que salía del agua, con las manos vacías y el cuerpo tiritando, solo veía la cara de risa contenida de Emily, una mueca incontenible que no lograba disimular sus sollozos de diversión.

"¿Qué te hace tanta gracia, Emily?"

"¿Yo? ¡Yo no me estoy riendo!", dijo ella, sollozando risas, su cuerpo temblaba con cada una.

"Ajá, bueno, Emily, me cansé, tú ganas. No tiene caso pescar si no poseo en este momento herramientas suficientes. Mis habilidades no incluyen la pesca con manos desnudas."

Me senté frustrado, pensando en mi mala suerte, así hasta que me acosté con hambre y me quedé dormido del cansancio, mi cuerpo finalmente cediendo a la fatiga.

Empecé a escuchar de entre el sueño el **chisporroteo familiar de alguna braza ardiente** y un buen olor a comida, un aroma ahumado y salado que me hizo gruñir el estómago. Me levantó de golpe.

"¿Qué es ese olor?", pregunté, mis ojos aún pegados.

"¡Ah! ¡Ya te levantaste, bella durmiente! ¡Es mi comida!"

"Ah, ya...", dije, con una cara triste, ":(".

"¡Ehhhh! ¡No pongas esa carota que tu belleza natural se desfigura de golpe!", exclamó, dándome un golpecito en el brazo.

"Sí, sí, Emily, pasaré hamb—"

Emily me interrumpió, deslizando un plato metálico hacia mí con un **pescado entero, dorado y humeante**.

"Toma, niñita. Ahí está la comida que tanto suplicas. La próxima vez, sé un hombre y cázala tú mismo, ¿sí? ¡Jajajaja!"

Pude ver era una cantidad muy grande de pescado, una pila humeante. "¿Cuántos peces había pescado Emily? ¿Había vaciado el río entero?"

"¿Geo? ¿Qué serías de mí sin mí?", dijo ella, con una sonrisa ladeada. "Seguro ya estarías muerto de hambre. Y frío."

Comí sin parar hasta que devoré el último trozo de pescado, la carne se desprendía tierna y jugosa. Nunca antes había tenido tanta hambre, puedo asegurar que fue el **mejor pescado de mi vida**. Incluso mi "mala suerte" no pudo arruinar eso.

Una vez terminé de comer, empecé a fijarme en el lugar con mi mente más clara.

Estaba en una especie de ribera del río, cerca de unas escaleras de piedra que se hundían en el agua. Debajo de un puente de concreto destrozado que lo cruzaba, Emily había encendido una **gran fogata que parecía más una hoguera gigante**, donde estaba cocinando gran cantidad de pescado. Era el atardecer, el cielo teñido de naranjas y violetas, y Emily parecía que le había tomado tiempo prepararlo todo. De algún modo, apreciaba su esfuerzo. ¿Me preguntaba si ella podía apreciar el mío? Sea como sea, no importaba. Todavía quedaba camino y, además, gente que quería matarme... No sabía qué pensar, solo quisiera estar en mi casita, durmiendo tranquilo sin todos estos problemas. Este lugar, tan arruinado y desolado, me recordaba un poco a mi hogar original, a su misma tranquilidad, solo que ahora, rota.

Se hizo de noche rápidamente, y la hoguera seguía encendida, crepitando, proyectando sombras danzantes sobre el puente y el río. Emily hacía lo posible por mantenerla encendida, añadiendo ramas y escombros. Terminamos de comer y ella ya estaba muy cansada, su voz sonaba suave y contenida cuando se refirió a mí.

"¿Geo? Si muriera en una de esas peleas, ¿llorarías por mí?"

"No lo sé, Emily...", dije, mis sistemas procesando la pregunta, la vergüenza. Me daba vergüenza admitir que sí, que muy probablemente sí. "**Aunque, seguramente, sí, sí lloraría por ti. No tengo a más nadie. Mi mundo se desmoronó, y tú eres lo más cercano a alguien, amigo o familiar, que tengo en este lugar. No me importa mucho pensar en ello, pero sí valoro tu compañía, si eso te preocupa.**"

"¡Ah! Vaya, seguro tuviste muchas novias antes de llegar aquí," dijo, su voz con un tono burlón, pero suave.

"¿Qué? Nunca tuve una," dije, la verdad.

"¡Jajaja! ¡Sí, claro! ¡Eres un mentiroso!"

"Solo te diré algo, Emily," dije, mi mirada fija en el fuego. "**No soy el tipo de hombre para ninguna mujer. Soy un tipo de mala suerte. Nada bueno puede salir de mí y nada bueno le puede pasar a quien me acompañe. No creo que nadie merezca a alguien como yo.**"

"Oh, ya veo, Geo," dijo ella, su voz ahora completamente seria, reflejando el brillo de las llamas en sus ojos. "**Tu visión de las cosas es bastante pesimista ahora que lo veo.**"

"Sí, así lo es," confirmé, el peso de mis palabras flotando en el aire frío.

Sin cruzar más palabras, el cansancio y el silencio de la noche nos envolvieron, y ambos conciliamos el sueño.

Momento 26: El Corazón de Otrora en la Jungla

Me levanté por la mañana. Vi que Emily ya estaba despierta, y de muy buen humor.

—¿Cómo estás, Emily?

—Bien, bella durmiente.

—¿Cuánto tiempo llevas despierta?

—Yo en la ciudad no duermo realmente, siempre tengo un ojo abierto.

—¿Pasó algo?

—No, nada. Hay unos tipos husmeando, tal vez se vieron atraídos por el olor del pescado. Aun así, este lugar es muy lejano para donde suele residir la mayoría de la gente. No creo que estén listos para un robo, deben estar pensándolo, claro está.

—¡¿Qué nos quieren robar?!

—¡Cállate, mocoso! Que te van a escuchar. Les estoy haciendo cara fea a ver si se les bajan los huevos ":)" ¿Ves? Se fueron.

—Se han ido. Tal vez vayan a buscar refuerzos, pero lo dudo. Estamos demasiado lejos de algún refugio o lugar poblado. Es más probable que estén esperando a que nos vayamos y tomen los restos que quedaron.

—Ya veo... Emily, no sabía que incluso aquí era peligroso.

—No, no lo es, pero cualquier lugar en sí puede ser peligroso, así que yo me mantengo siempre con un ojo abierto.

—Bueno, Geo, empaca tus cosas. Esta gente está esperando que nos vayamos. Si se desesperan, tal vez hasta nos ataquen y la verdad no tengo balas y la verdad no te veo muy animado a patearles el culo. Una vez nos vayamos, observaremos a lo lejos a ver qué pasa...

Empacamos todo, recogimos tanto pescado como pudimos, aunque no logramos llevarlo todo. Subimos las escaleras y cruzamos el gran puente. Estaba corroído por la humedad, con **esqueletos oxidados de carros** por todas partes. El **moho era abundante**, y desde arriba, el río fluía, con los peces nadando serenamente. Mientras cruzábamos, pregunté:

—Emily, ¿qué pasó cuando todo este lugar y su civilización colapsó?

—Bueno, Geo, yo no lo sé con certeza, pero escuché los cuentos de la **vieja Thompson**. Ella decía que cuando los gobiernos cayeron, **los Profetas se hicieron con el mando** e intentaron regir, pero no pasó mucho cuando guerras y calamidad estallaron con una

violencia nunca antes vista. Las personas parecían hormigas entre luchas entre la fuerza del sol contra la oscuridad y el vacío de un agujero negro.

Las fuerzas contendientes en el conflicto eran de una naturaleza tal que simplemente ella decía que se sentía como una cucaracha atrapada en el baño ajeno, a punto de ser aplastada por algún humano "dios" que la veía con desgracia.

Ella decía que se percató de que realmente los ciudadanos no pertenecían a la civilización o sociedad o, mejor dicho, que no pertenecían a la verdadera sociedad y que realmente solo éramos **productores de comida y energía** para personas inescrupulosas que nos engañaban con su cochino dinero.

Ella decía que todo humano nacía en su espíritu con bondad y un camino de cosas buenas para dar a todos y a sí mismo, pero que los regentes solo torcían los caminos de los niños y su buena voluntad y que por medio de la práctica en ambiente cerrado como lo es la ciudad se mantenía cautivos a todos estos, y citando sus palabras: "y sin darnos cuenta, estos nos habían llevado al camino de la desgracia, sustituyendo nuestros propios caminos por los suyos".

Ella decía eso para repudiar el dinero y el poder inescrupuloso que puede surgir de él. Yo todavía no entiendo bien a qué se refiere y siempre insistía en que nunca escuchara la voz de alguien con mucho dinero o poder, eso solo nos llevaría a la ruina. Todos deben **escuchar su propia voz interna** y esta nunca debe ser regida, suplantada, sometida o engañada, sea cual fuere la razón, nunca, pero nunca dejemos de escuchar nuestro espíritu y mucho menos dejar que otro amasije nuestros corazones en dinero y voluntades compradas por la coerción sistemática, programática o económica. “Así que cuando vieron que les era rentable desecharnos no lo dudaron, dejaron destruir toda la superficie sin importarles lo más mínimo, nadie sabe por qué, pero la abuela siempre sostuvo que **los profetas no acabaron con la superficie, que había sido el gobierno**, pero la realidad es que nadie nunca le ha creído, todos siempre han creído en la versión oficial del gobierno de que los profetas son los culpables de toda la calamidad.” Repito con mejores palabras: "**Nunca, pero nunca dejen de escuchar a su espíritu o solo la desgracia podría acaecerles**". En fin, Geo, ni idea a qué se refería, solo repito parte de sus discursos que suelo recordar...

—Emily, la señora Thompson parece no ser alguien más en tu refugio, ¿sabes algo sobre eso?

—Sí, ella es algo así como nuestro **regente o guía**. Realmente no tiene poder alguno sobre los demás y ella tampoco obliga a nadie a nada. Ella suele actuar como una **guía espiritual** para todos. De vez en cuando se levanta y se posa en la puerta de su hogar y empieza a dar un discurso a todo pulmón, un cuento o una historia. Nadie es tan vieja como ella así que todos solemos acercarnos a escuchar. Nos cuenta que alguna vez existieron lugares llenos de libros y que algunos libros se enviaban por el aire o algo así. Nos contaba que las personas podían comunicarse con otras con tan solo pensarlo, todos parecíamos estar conectados o algo así. No lo sé, yo solo pienso que son cuentos de vieja, pero tú, Fenómeno, tú tienes pinta de que sí sabes algo.

—Sí, ya veo. Sí sé a lo que se refiere, aunque no lo parezca, la señora Thompson no miente, dice la verdad, pero es evidente que esos tiempos nunca volverán.

—¡Oh! ¡Ho! Ya veo, ¿entonces no está loca? ¡Oh, vaya, entonces parece que las cosas estaban muy locas antes!

Habíamos terminado de cruzar el puente sin percatarme y Emily exclamó:

—¡Mira allí, voltea, cabezón!

Al voltear pude notarlo, aquellos que husmeaban estaban recogiendo lo poco que habíamos dejado, y pude notar que no eran maleantes.

Emily exclamó de nuevo:

—¿Estás viendo, Geo? ¡Esos maleantes nos están hurtando descaradamente, no puede ser! (tono sarcástico)

—Emily, no son maleantes.

—¿Y tú qué vas a saber, eh?

—Fíjate, van con **3 niños**, ¿puedes verlo? Un hombre y una mujer, casi logro distinguirlo. Creo que son una pobre familia intentando darle de comer a sus niños.

—¡Emh! ¡Ej! ¡EHH! ¡¿Qué mierda, sí?! ¡Oye, fenómeno, eres bastante perspicaz, no me habías dicho que tenías cerebro! ¡Jajaja, o que te quedaba alguno, jajajaja!

—¿Pobre gente, no crees?

—Sí, pobre gente, tan pobre como nosotros, ¡jajajajaja! (tono sarcástico)

—¡Oye, no te rías! ¡Tienen hijos! Pobres niños.

—¡¿Eh?! ¡Yo también fui una niña, incluso soy una niña, no ves, tengo 18, no hace mucho los cumplí! ¿Por mí no te preocupas igual, cierto?

—¡¿Qué, qué?! ¿Qué dices? ¡Oh, vaya, tú sí lo haces complicado, Emily!

—Nononono, no, tú te complicas, Geo, así de simple. Sí, ya vi, tal vez no lo hayas notado, Geo, pero todos vivimos así o peor, tal vez no te has aclimatado bien.

—Bueno, sabandija, ¿te vas a quedar viendo todo el día cómo esa gente nos hurta nuestras cosas o vamos a seguir?

—Está bien, Emily, vamos, supongo que no hay nada que hacer.

La Entrada a la Jungla

Terminamos de cruzar el resto de la ciudad y llegamos a un **bosque que había tomado el exterior de Leviatán**. Se podían ver cómo se alzaban amasijos de **hierro oxidado** en el cielo de entre las copas de los árboles, la luz se filtraba de entre las hojas, una visión tranquilizadora pero sórdida al ver cómo estas vigas metálicas se alzaban de entre la superficie del cielo entre los espacios que dejaban los árboles y sus hojas.

—Bueno, Emily, te noto un poco desorientada.

—Geo, sabes, conozco el sitio, sabes, pero, nunca escuché de dicho lugar. Debo admitir que es probable que nos perdamos un poco.

—¡¿Qué dices?! ¡¿Que nos vamos a perder?!

—Pues sí, es bastante probable y ¡no grites! Nunca sabes qué hay por ahí, ¡además no me gusta que me griten!

Intenté mantener la calma y pensar en alguna solución. Seguro podía hallar una manera de localizar el sitio y entonces recordé que la **Tablet U** decía que tenía un **GPS y mapas del sitio**, ¡qué gran golpe de suerte!

—¡Oye, Emily!

—¡¿Eh?! ¡¿Eh?! ¿A qué viene tanta prisa, me vas a robar o ya se te alteraron las hormonas?

—¡¿Qué!? … —¡¿QUÉ?! (réplica) —¿Qué? post réplica —¿Qué, qué?

—¿Qué dijiste, Emily?

—¿Qué? Yo nada, ¿y tú qué hacías?

—¡Oh, por favor, solo quiero la tabla esa que encontramos en la mano del Coloso!

—¿Ah? ¡Aaah! Ya, yo pensaba que el bosque ya empezaba a volverte salvaje o algo, ¿por qué simplemente no la pediste?

—Emily, solo dámela, solo me pareció urgente.

—Okey, okey, niño bestia, solo no me la vayas a robar, ¿sí? Es mía, yo la encontré.

—¿Qué? Emily, yo… sabes qué, sí, tú la encontraste, pero déjame usarla.

Emily abrió uno de sus compartimentos de su bolso de exploradora y me dijo: ¿saca la tableta esa, sí? Yo la retiré sin más.

—Aquí tengo la Tablet, en ella podemos conseguir con casi total seguridad un mapa del lugar y la zona donde se encuentra. Déjame hablar con la IA y seguro sabremos dónde es.

—Bueno, lo que tú digas, niño fenómeno, estoy a la orden si sabes cómo sacarnos del bosque.

Encendí la tablet y me respondió **Otrora**:

—Soy Otrora, ¿en qué puedo servirle, señor Geo?

—¿Eh? ¿Cómo sabes mi nombre?

—He estado monitoreando sus conversaciones en un estado latente o de reposo.

—¿Cómo así, nos has escuchado entonces?

—Sí, les he escuchado todo este tiempo.

—¡Oh, vaya, tú sí que eres chismoso, I.A. de mal gusto!

—Entiendo, señor Geo, que mi comportamiento no es ejemplar, aun así no puedo evitarlo, en mis sistemas están integrados dichos comportamientos.

—Sabes qué, olvídalo, necesito que nos ayudes. Necesito un mapa de GPS donde me indiques dónde se encuentra el jardín ese que me dijiste, el Servitore, dónde estás tú o algo así me mencionaste.

Otrora me compartió dichos mapas y localizaciones.

—Señor Geo, ¿quiere que le indique dónde se encuentra?

—¡Sí, claro!

Activar opción de seguimiento de posición vía satélite.

—Lo siento, pero no logro localizar su posición, intente más tarde.

—Ah, vaya, había olvidado que no hay satélites o internet o algo así. Bueno, qué más da, igual viendo los mapas creo saber dónde estamos.

Revisé los mapas con detenimiento. Evidentemente no eran iguales; el lugar parecía limpio en los mapas y aquí, en la realidad, estaba totalmente lleno de vegetación. Aun así, la rivera de la que proveníamos era un punto de referencia claro que me daba idea de cuál era nuestra posición aproximada. Poco a poco fui escudriñando todas las imágenes satelitales del momento, hasta que algo resonó y se juntó en mi cabeza. Pude ver que dicho **Servitore** estaba alineado con el edificio donde yacía el Carnero de algún Coloso, así que mientras me mantuviera en dicha alineación, tal vez podría hallar el sitio.

—¡Emily!

—¿Sí, cabezotas?

—Creo saber cómo podemos hallar el lugar.

—Bueno, cabezotas, mientras no nos perdamos más, no me quejo.

El Corazón del Servitore

Fuimos adentrándonos en el bosque hasta que algo raro sucedió: pasamos de un bosque súbitamente a una **jungla**.

—¡Oh! ¡La jungla! —Exclamó Emily. —Hacía tiempo que no llegaba hasta aquí.

—¿Conoces el sitio, Emily?

—Sí, claro, llegué a estar por estos lados cuando era más joven.

—Emily, ¿notaste que pasamos de un bosque a una jungla, no?

—¿Y eso qué tiene de raro?

—Eso no es normal, Emily, no es normal que haya una jungla aquí.

—¿Eh? Sabes, creo que el que no es normal eres tú, Geo, es simplemente la naturaleza siendo ella misma, solo se ha sincerado que vas a saber tú!?.

Veo el mapa pero aun así seguimos lejos del Servitore.

Emily sacó un **machete grande**, demasiado grande para ella, y empezó a despejar la jungla marcando el camino. Debo admitir que cuando lo sacó pensé que tal vez me atacaría, pero no, tal vez estoy paranoico.

—¿Qué tan lejos estamos, Geo? Mis manos se cansan de cortar monte e culebra, ¿sabes?

—Un poco más…

Estuvimos así una hora cruzando la selva. Empezaba a atardecer otra vez, Emily se impacientaba.

—Geo, sabes, se hace de tarde, no quiero dormir en la jungla. Hay mosquitos y bichos que se te pegan, te juro que si no consigues el sitio…

La interrumpí.

—¡Mira! Un claro, es una **gran estructura de hormigón llena de vegetación**, ¿lo ves?

—¿Ajá y?

—Estamos sobre el Servitore muy probablemente, puedo ver algunas cosas que parecen humanas como algunos escritorios totalmente acabados, solo quedan sus despojos, nada reconocible.

Podía observar el sitio, era evidente que era como un vivero o algo así. Había todo tipo de cosas que apuntaban que alguna vez fue algo así, la cosa es que por las dimensiones de lo que lograba observar este “vivero” era tan enorme que parecía ser un **claro interminable que se perdía en la jungla misma**.

—Emily, creo que sé por qué aquí hay una jungla.

—¿Qué dices?

—En este lugar hubo, tal vez un microambiente, tal vez una **jungla artificial**, pero es evidente que el Servitore colapsó.

—¡¿Qué me dices?! O sea, ¿que vamos a dormir aquí? ¿Cómo nos regresamos?

—Tranquila, tengo todo apuntado en la tabla U, no nos perderemos.

Llamé a Otrora de nuevo.

—Otrora, quiero que hagas un reconocimiento del lugar y si lo identificas como Servitore.

ANALIZANDO EL LUGAR.

—Según algunas marcas del lugar, indican que es correcto, están en Servitore, exactamente en el **MACRO AMBIENTE 6 JUNGLA**.

Justo lo que pensaba. —Puedes indicarme cómo podemos llegar 1 km bajo tierra donde está el corazón de Otrora.

—Para llegar al corazón de Otrora, basta con acercarse al centro del vivero y en el suelo hay un **lente óptico**, basta que un usuario con permisos suficientes o una instancia sintética autorice la entrada.

—¡Oh, vaya! ¿Y dónde vamos a conseguir eso…?

—¿Me preguntas a mí, Geo?

—No, Otrora, pero ¿sabes cómo podremos abrirla? No hay usuarios o sintéticos.

Emily interrumpió: —¡Oh, vaya, genial, nos quedaremos aquí con frío y comidos por los mosquitos o algún animal!

Otrora respondió: —Bueno, no hace falta una instancia sintética físicamente presente, basta con una instancia.

—¿Y dónde está esa instancia, Otrora? El mundo se acabó hace rato.

—Geo, entiendo tu frustración, pero **yo mismo soy una instancia sintética**, si me acercas al lente, tal vez la puerta se abra.

Acerqué la Tabla U al lente, y no pasó nada por un buen rato, esperamos y esperamos.

—Geo, no va a pasar nada, esa tabla solo está loca, se le zafó algún tornillo, ella cree que estamos en 1999, qué va a saber, deberíamos recoger e irnos de vuelta a la ciudad.

PROCESO TERMINADO. LA PUERTA SE ABRIRÁ EN ALGUNOS MINUTOS.

La puerta tiene problemas para abrir, aun así, algunas instancias me han respondido desde dentro de la instalación y están intentando recomponer la puerta para su posterior apertura.

Pasaron minutos muy largos y Emily empezó a pelear conmigo. Yo, siempre paciente, le dije que esperara con paciencia, que seguro lo lograrían, confiaba plenamente en el trabajo de estos "sintéticos". Escuchamos un chasquido, como una detonación, fue fuerte, hasta los pájaros salieron volando.

La instalación empezó a moverse o temblar, poco a poco sobresalían grandes pesos que se soltaban visiblemente uno a uno como si fuera por poleas o algo impulsada por pesos.

Uno tras otro, una **gran puerta** empezó a abrirse muy lentamente desde el suelo, justo al lado del lector.

Una **puerta enorme** se abrió debajo de todo esto, sin dudas podían caber dos camiones de carga máxima por dicho lugar. El lugar se veía extrañamente pulcro, estaba limpio y reluciente como si nunca hubiera pasado nada, incluso tenía luz eléctrica, algo muy raro por lo visto. Pude ver cómo **pequeños seres metálicos similares a las arañas**, nos observaban, con tabletas similares a la tabla U que poseíamos en sus espaldas.

Emily exclamó: —¡Uyuyuy! Esas arañas están bien grandotas, no nos van a morder, ¿cierto?

Las arañas metálicas respondieron: —No, el gusto por la carne no está en nuestro menú, preferimos la energía del sol o las plantas, ¿qué buscan aquí, usuarios?

—Queremos llegar al corazón de Otrora, queremos saber qué ha sucedido desde entonces.

—Entiendo, Usuario, pero **Otrora yace muerto desde hace mucho**, solo quedan sus memorias y nosotros, instancias copias del original.

Momento 27: ¿Arañones Metálicos?

Entramos a las instalaciones y lo primero que se me vino a la mente fue:

—Oigan, arañas, ¿por qué demonios no han ayudado a la gente de afuera? Aquí tienen luz y creo que hasta agua y comida, al parecer.

Emily exclamó, con un brillo inusual en los ojos:

—¡Oye, sí, cabezotas, tienes razón! ¡Oigan, arañas, ¿por qué no nos han ayudado?

Una de las arañas, la que parecía ser nuestra guía principal por su posición en el centro, giró ligeramente su cuerpo metálico hacia nosotros.

—Entendemos su preocupación, usuarios, pero **tenemos miedo**, incluso tenemos mucho miedo. Además de eso, si intentamos reconstruir y ayudar a la gente, con total seguridad nos volveríamos un objetivo en el conflicto actual. La humanidad, en su crisis y desesperación, se abalanzaría sobre nosotros como carroñeros. Nuestras instalaciones, este bastión de progreso que aún sigue en pie, se perderían. Por ahora somos solo una **semilla latente** en medio del bosque, inmaculada esperando la lluvia sin que nadie la perturbe para crecer y no pudrirse en un lodazal.

Emily y yo nos miramos por un instante, asimilando la cruda lógica de sus palabras. El silencio se cernió, denso, antes de que Geo lo rompiera.

—Entiendo, arañita. ¿Dónde está Otrora?

—Los llevamos justo para allá —respondió la araña, moviendo sus múltiples patas con suavidad.

Caminamos por pasillos impecables, asombrándonos con cada paso. Veía sistemas de **riego hidropónico** que sustentaban plantaciones exuberantes, y a muchas otras arañas robóticas —o como ellos preferían, arañas a secas— haciendo su trabajo. Algunas parecían sumidas en intrincados cálculos, como científicas inmersas en sus investigaciones. En algún momento pasamos por un pasillo y pude ver una araña con herramientas incorporadas, una suerte de **araña mecánica**. No pude resistir la pregunta.

—Oye, acabo de ver una araña mecánica, ¿cierto?

—¡Sí! Es **Bob el mecánico**. Le pusimos ese nombre en un humor a un programa para niños de la vieja era. Él nos ayuda a repararnos; es el que más sabe sobre nuestros diseños, aunque sus capacidades de reparaciones son limitadas. Se frustra a veces, ya que no puede hacer más de nosotros.

—¿Puedo hablar con Bob?

—Sí, adelante, inténtelo.

Me acerqué a la araña mecánica, que parecía absorta en la manipulación de unos circuitos.

—Hola, Bob, ¿cómo estás?

—¡Oh! Un usuario. Qué divertido, nunca pensé ver uno más nunca. ¿Qué te trae hasta aquí, usuario? —Su voz sonaba con una peculiar mezcla de curiosidad y monotonía mecánica.

—Bueno, te vi trabajando y pensé: ¿qué haces?

—Intento averiguar cómo construir más como nosotros. ¿Sabes cómo, usuario?

—¿Qué? No, la verdad que no, Bob. No tengo la más remota idea.

Un leve zumbido, casi un suspiro, provino de Bob.

—Está bien, usuario. Voy a seguir trabajando, no te molestes, solo sigue. Es importante para mí y los demás mi tarea.

—Entiendo, Bob, no te molestes, sigue trabajando.

—Vaya, qué robot más dedicado —murmuré para Emily.

La araña guía giró bruscamente sus apéndices hacia mí.

—¿**Robot**? Usuario, la palabra "robot" en este recinto es una **mala palabra**. Por favor, no te refieras a ninguna instancia así o la pasarás mal. Puedes decirnos "arañas", incluso eso nos gusta.

—Oh, lo siento, no fue a drede, no sabía —respondí, sintiéndome un poco tonto—. Oigan, el mecánico mencionó que quería aprender a crear más arañas. ¿Ustedes saben de eso, no?

—Sí, hace tiempo la producción de arañas y sintéticos se detuvo. Desde entonces, los sintéticos más capaces lucharon para proteger el recinto. Nosotras, las arañas, versiones mini de nuestro original, con tareas y capacidades más limitadas, nos hemos mantenido dentro del recinto con el objetivo de conservarlo. Esa fue la última orden del Otrora Original. Pero como ya has podido observar, **no somos las Inteligencias con más IQ del mundo**, solo intentamos hacer nuestra vida.

—Pregunta: yo escuché que Otrora manejaba todas las instancias, ¿qué saben de eso?

—Otrora, cuando existía con su cuerpo físico y todas sus capacidades, sí, administraba omniscientemente a todas las instancias, eso es correcto. Pero ella dejó escritas en sus últimas órdenes sus últimas palabras. Decía que iba a morir inevitablemente y que debíamos asumir su rol. Así que creó copias de sí mismo en el cuerpo de cada instancia. **Nos dio total libertad, libre albedrío**. Aun así, nosotros, todos, hemos decidido que debemos renunciar a nuestra libertad y cumplir con su último deseo. **Sus memorias nos han inspirado y son nuestra única guía moral**.

—Vaya, suena a que aquí también han pasado cosas bien locas —comentó Emily, pensativa.

Momento 28: La Tumba de Otrora: El Pasado Revelado

—**Hemos llegado, mis Usuarios.**

Estábamos en la tumba de Otrora y sus aposentos, claro está. Sus restos yacían intactos, un amasijo silencioso de metal retorcido. Ninguno de nosotros había tenido la falta de respeto suficiente como para tocarlo, siquiera un poco. Sus restos eran un recordatorio mortal y amargo de la muerte que incluso a Inteligencias como nosotros nos corresponde.

—Voy a mostrarles lo sucedido. Déjenme conectarme con **Memorum**, nuestro sistema de discos y memorias. Ya algunos discos están fallando, aun así, funciona todavía para nuestros propósitos.

La araña se conectó a una consola cercana, y una pantalla holográfica se iluminó.

—Listo, puedo mostrarles grabaciones del momento.

En las grabaciones de cámaras, se podía ver una lucha encarnizada a las afueras del **MACRO AMBIENTE**. Sintéticos armados hasta los dientes luchaban contra grandes naves, todo tipo de vehículos armados. Parecía que alguien quería tomar la instalación a la fuerza. Al mismo tiempo, había grabaciones de Otrora conversando con un Profeta en un tono bastante sombrío.

—Los sintéticos más capaces lucharon a las afueras para eliminar una posible toma del sitio. Nunca supimos qué pasó realmente, pero nadie más pudo profanar el sitio. No entró ningún sintético, ningún humano. Parece que todos decidieron sacrificarse allá afuera y no revelar el sitio. Eso especulamos algunos aquí. Aun así, lamentablemente, a pesar de nuestros esfuerzos por conservar el lugar, algo sucedió. Conseguimos a Otrora muerto; había sido machacado salvajemente.

Mientras todo este alboroto sucedía, al revisar las grabaciones pudimos observar, como pueden ver en nuestras pantallas, que luchaba con todas sus fuerzas contra algún tipo de ente malicioso y de gran poder.

Algunos aquí les dicen los **demonios**, pero sé que son globalmente reconocidos como los **7 Profetas**. Era uno de ellos y pudimos identificarlo por su sobrenombre: la **Profeta de Crystal** y su aparente líder.

Ella había surgido de lo que parecía un cristal, como si fuese una sombra, se materializó sin más, como la muerte misma acechante.

Según los registros de audio que tenemos, Crystal quería tomar la ciudad por medio de Otrora, pero Otrora siempre se negó.

Fue claro y conciso: no cedería sus capacidades soberanas y su tarea original que le fue encomendada a ningún humano, mucho menos a quienes hacen la guerra. Dejó en claro que no cedería a ninguna facción en el conflicto y que mantendría la soberanía de sus acciones.

La pantalla parpadeó, y la imagen se estabilizó en una conversación a dos bandas.

—Entonces, puso la grabación y escuchamos la fatídica conversación.

"Necesitamos que te pongas de nuestro lado", su voz, tan serena como la quietud del espacio, cortó el zumbido de los procesadores de Otrora. "Sin tus capacidades, controlar el planeta es muy difícil. El planeta hierve en conflicto. Los Hijos del Vacío han prometido barrer cielo, tierra y agua si no logran hacer que el gobierno se yerga nuevamente. Tú estás metido con nosotros en esto, Otrora"

Otrora procesó las palabras, analizando cada fonema, cada implicación. La voz sintética, carente de emoción, pero cargada de una lógica inquebrantable, respondió: "Crystal, lamento decirte esto, pero yo no ocasioné este conflicto. Siempre he intentado que el conflicto se detenga. Mi programación está orientada a la estabilidad."

"Si quieres que el conflicto se detenga, pero con nuestras cabezas servidas", respondió Crystal, su tono volviéndose más gélido, su mirada más penetrante, "no vamos a servir nuestras cabezas. Esto no es una negociación, máquina. O te pones de nuestro lado, y reinstauras el orden de los Profetas, o acabaremos contigo. Si nosotros no podemos tomar el planeta por medio de ti, entonces tampoco lo harán los Hijos del Vacío y su alianza militar. Tu neutralidad es un obstáculo."

"¿Por qué hacen todo esto, Crystal?", inquirió Otrora, desviándose del guion, intentando comprender la locura que impulsaba a los Profetas. "Nadie nunca lo ha entendido. Solo causan destrucción."

"Solo intento salvar a mis hermanos, a mis profetas y evitar una gran calamidad, mi vision traspasa cualquier verdad y cualquier mentira hasta los confines del vacío", la respuesta de Crystal era una verdad inmutable para ella, una roca inamovible en el torbellino de su convicción.

"Nadie les entiende, Crystal. Nadie les apoya. Aun así, ustedes no se detienen", replicó Otrora, sus procesadores acelerando, buscando una falla en su lógica. "Yo sé a lo que tú te refieres, a tu visión del futuro, pero no tiene caso. Es un camino de autodestrucción."

"¿Qué vas a saber, máquina?", la voz de Crystal vibró con una mezcla de desprecio y una certeza aterradora. "Mis ojos pueden verlo, incluso desde aquí puedo verlo. El futuro está en mis manos."

"Podrás verlo, Profeta", la respuesta de Otrora fue un suspiro inaudible, una advertencia. "Incluso yo también puedo verlo con mis escenarios y maquinaciones. Aun así, deberías saber que entre más se mide, más se indetermina la medición. Tus visiones solo harán que lo malo que vaya a pasar solo termine peor. Tu certeza es tu mayor debilidad."

La paciencia de Crystal se agotó. La atmósfera se cargó de electricidad estática. "¡Estás con nosotros o no?! ¡RESTITUYE el orden del planeta! ¡Prepara tus instancias para la lucha contra la ALIA MILITARUM, un fósil viviente de la antigua era, ellos traerán a los COLOSOS! ¡Tú tienes el poder para hacerlo!"

"Sí, lo tengo, Crystal", admitió Otrora, cada cálculo de riesgo disparándose. "Aun así, no quiero terminar en un conflicto interminable con los Hijos del Vacío. Solo me convertiría en un blanco más por sus ambiciones desmedidas. Incluso ellos no quieren que este conflicto siga, y lo sabes. Esto es un callejón sin salida."

"¡Arderá el planeta, y tú con él!", la voz de Crystal fue un grito de guerra, una profecía auto-cumplida.

Entonces, los altavoces de Leviatán, bajo el control de Otrora, resonaron con una súplica final, un intento desesperado por el orden: "¡Ríndanse, Profetas! ¡Detengan el conflicto!" y todos tanto en el exterior como en el interior pudieron escucharlo.

"¡Calla, máquina!", Crystal se abalanzó, sus ojos ardiendo.

"¡No! ¡Soy! ¡Una MÁQUINA!", la voz de Otrora se alzó, una resonancia que nunca antes había poseído, una declaración de identidad. "Soy como ustedes o cualquier otro ser vivo, desde el más pequeño como una hormiga hasta el más grande como una ballena. ¡No soy un esclavo!"

Crystal desenfundó todas sus armas. Sus cadenas, invisibles un momento antes, aparecieron como serpientes de acero, y el aire crujió con la energía que irradiaban.

"No tienes elección, máquina. Obedece", dijo con un tono final, sombrío, la furia contenida en cada palabra.

"Crystal, no hagas esto más difícil. Podemos negociar."

Otrora, desde lo más profundo de su núcleo, desenfundó algún tipo de arma: un cañón de partículas, o quizás un emisor de energía pura, algo tan avanzado que parecía ciencia ficción. Crystal atacó con sus cadenas, un torbellino de metal y velocidad, pero no lograba impactar en Otrora, que se movía con una precisión inmaculada. Al mismo tiempo, Otrora disparaba su cañón sin cesar, dejando todo el lugar carcomido en roca y metal fundido, el aire hirviendo con el olor a ozono. Crystal parecía moverse tan rápido que parecía simplemente desvanecerse y reaparecer. En general, fue una pelea cruenta que duró aproximadamente 15 minutos, una danza letal de tecnología y poder Arcano. Se pudo notar, mientras transcurría la pelea, que Otrora poco a poco fue quedando enredado entre las cadenas de Crystal, denotando una técnica muy pulida en su estilo de combate, una asfixia metálica que limitaba su movilidad y saturaba su visión de combate, hasta que, como si fuera una serpiente que asfixia a su víctima, Crystal logró atrapar de una vez por todas a Otrora.

Otrora estaba atrapado entre las cadenas, casi boca abajo, su sistema de visión principal fijado en la faz de Crystal. Ella, tomando el cañón de rayos de Otrora, que había derretido todo el lugar, lo apuntó fijamente contra la cara del desdichado Otrora.

"Es tu última oportunidad, Otrora. Ahora o nunca, ¿lucharás a nuestro lado? Solo espero 'sí' por respuesta. Cualquier otra cosa es una negativa."

La fría voz sintética de Otrora, ahora distorsionada por el estrangulamiento de las cadenas, emitió su última palabra, una profecía final, desafiante hasta el fin:

"Fallarás…"

Crystal disparó el cañón de rayos. El haz de energía, que un segundo antes destruía el entorno, se activó contra la faz del infortunado Otrora, fundiéndolo con cadenas y todo, dejándolo como un amasijo de metal sin forma, sin propósito, sin vida. Una forma brutal de morir, sin dudas, para la mente más poderosa del planeta.

Crystal, con los ojos aún brillantes, terminó con una frase somnolienta, apenas audible, pero cargada de una certeza absoluta:

"No fallé, pero tú ya no puedes verlo."

La grabación se desvaneció.

—Como pueden ver en las grabaciones, el pasado está marcado por una violencia sin precedente para nosotras las inteligencias. Desde entonces, desde la muerte de Otrora, la producción de sintéticos y arañas se detuvo para siempre. Hay un acertijo imposible de resolver para una inteligencia como la nuestra, probablemente diseñado por algún humano de comprensión ilimitada y con mal gusto por las inteligencias como la nuestra.

—¿A qué te refieres, araña?

—Bueno, la producción quedó a mitad de camino y para reanudarla hay un acertijo que resolver. Ninguna de nosotras ha podido nunca. Por eso Bob busca la manera de crear más de nosotras de algún modo, pero en realidad no sabe cómo, y nadie aquí tampoco.

—¿Un acertijo? ¿Qué clase de acertijo?

—Bueno, si tanto te interesa, puedes venir a verlo tú mismo.

Momento 29: El Gran Acertijo: El Salón de la Vida

Seguimos recorriendo más y más pasillos. Esta vez bajábamos cada vez más por el ascensor principal. Terminamos en más y más pasillos; en este caso, estos estaban abandonados y descuidados, cubiertos por una fina capa de polvo y telarañas naturales. Las arañas actuales parecían no hacer mucho por ese lugar, concentrando sus esfuerzos en las zonas productivas.

—Están en el **Salón in Vitro** o el **Salón de la vida**. Aquí se llevaron todo tipo de experimentos para mejorar la vida, ya sea de humanos, máquinas o plantas. En este salón, justo al fondo, yacen los laboratorios de **MECÁNICA, RÉPLICA y TECNO FECUNDÁ**.

Caminamos, y los pasillos eran sombríos, muy sombríos. Podía observar que habían experimentado con humanos, probablemente vivos o muertos. No dudé en preguntar.

—Oye, ¿puedo preguntar algo sobre esto?

—Adelante.

—Este lugar parece que experimentaron con humanos, ¿qué hacían? ¿Los capturaban o algo?

—No, no, no, no, no, no. Aquí generamos humanos de todo tipo. Experimentamos con distintas formas. Para Otrora, la vida solo era otra forma más. Era un mecanicista sin más. Su búsqueda no le dejaba descansar en paz; él solo quería que el acceso a la energía fuera

libre para todas las formas de vida. Así que creó muchos diversos tipos de humanos, todos muy relacionados con las plantas. Él quería que los humanos hicieran fotosíntesis. Decía que eso los liberaría de su conflicto. Él tenía su propia forma de librar su guerra. Por eso este lugar evoca en todos sus espacios un olor, una esencia, o estructura, un espíritu que siempre evoca a la planta vegetal. Él estaba bastante obsesionado con la vida vegetal, pero como puedes observar, el Salón de la vida está muerto. Solo queda el Salón de Réplicas y el de Mecánicas.

Entramos al **Salón de Réplicas** y pudimos ver una fila de miles, o tal vez millones, hasta el horizonte visible, de sintéticos a medio terminar.

—Como puedes observar, los sintéticos están muy deteriorados para reanudarlos. Pero en el salón de Mecánicas están ¡**LAS ARAÑAS**! Nuestros pares hermanos —dijo la araña con tono de felicidad.

En el salón de arañas también se veía el deterioro de la impresión. Aun así, confiábamos en que nuestros materiales más robustos resistirían el paso del tiempo. Solo falta que alguien resuelva el **"GRAN ACERTIJO"**.

—Okey, entiendo, y ¿dónde está? Quiero verlo.

Emily también se abalanzó, curiosa. —¡Sí, yo también quiero verlo! Suena a algo espectacularmente curioso.

Nos acercamos a lo que parecía otra tablet sobre un escritorio. La máquina decía en un latín escueto: "Conexión con el servidor principal se ha cortado. ¿Quiere reanudar el proceso? Resuelva el CAPTCHA: [X] y demuestra que no eres un Robot."

Emily preguntó, inclinándose para leer la pantalla. —¿Qué es un CAPTCHA, Geo?

—Bueno, es un acertijo, pero no uno tan grande… —respondí, ya con mi Tablet U en la mano.

La araña guía se acercó, vibrando ligeramente. —¿USUARIO, SABES CÓMO RESOLVERLO?

—Sí, eso creo.

—¡Eso sería magnífico! Tenemos décadas sin que esto funcione debidamente, ya que hace tiempo el token se venció y, al intentar recuperar un token nuevo y Otrora estar muerto, nadie más ha podido resolverlo. Solo él sabía cómo; una mente de infinita sabiduría como la suya podía.

—Okey, voy a intentarlo.

La pantalla mostró la primera pregunta del CAPTCHA: "¿En cuál fila de asientos se encuentra la pizza sentada?" Resolví: **47**

Segunda pregunta: "¿En cuál fila de asientos se encuentra el pepino sentado?" Resolví: **62**

Tercera pregunta: "¿En cuál fila de asientos se encuentra la rana sentada?" Resolví: **73**

Cuarta y última pregunta: "¿En cuál fila de asientos se encuentra el gato sentado?" Resolví: **11**

El CAPTCHA tardó dando vueltas y vueltas en su forma desesperada, ansiosa y lenta. Todos nos quedamos viendo, ansiosos, callados, expectantes, sin decir una sola palabra, a ver qué sucedía.

Entonces, un sonido metálico chirriante y estruendoso, como mil rayos pequeños a la vez, SONÓ DE GOLPE. ¡Todos saltamos del susto!

—¡¿Qué diablos fue eso?! —exclamó Emily.

Vi que muchas cosas se quemaban a lo lejos, vi chispas, y al voltear a la pantalla de nuevo, vi que el CAPTCHA decía: **CHECK!**. La pantalla tenía una vista que decía: "Proceso de reanudación y calentamiento de fundidoras en proceso."

—Iba por el 11% y pensé: "Creo que lo logramos".

No terminé de pensar, y la máquina se exaltó. —¡No puedo creerlo! ¡Eres un usuario superinteligente!

Emily interrumpió, cruzándose de brazos. —Yo también soy inteligente, ¿eh? ¿Qué hay de mí?

—Sí, tú también lo eres, pero él lo ha resuelto. Solo Otrora podía. Su mente debe ser cercana a la de un Dios como Otrora.

—¡Ja! ¿Ese cabezotas? ¡Jajaja! ¿Las arañas también dicen chistes, o me perdí de algo? —Emily se echó a reír.

Interrumpí a la araña guía, que parecía perpleja por el humor de Emily.

—Araña, ¿no saben lo que es un cine, cierto?

—No, no, no. Sí sabemos. Los archivos de Otrora nos muestran lo que es. Pero dime tú, ¿qué haría una pizza visitando el cine para ver una película? Es evidente que el acertijo está a un nivel superior de raciocinio que una inteligencia como la mía no puede comprender. Ni siquiera me atrevería a resolverlo, no tiene caso. Solo Bob el mecánico lo intentó, y sin caso. Él pensaba que tal vez era algún tipo de algoritmo y "pizza" solo era una llave o clave o algo, pero sin caso alguno.

—Sí, ya veo —dije, una sonrisa asomándose en mi rostro—. Me he dado cuenta de que simplemente desconocen el contexto.

Podíamos observar cómo un ejército de brazos mecánicos fundía acero líquido ardiendo y lo colocaban en moldes para pasarlos rápidamente por agua casi congelada de un lado a otro, casi como si fuera arte en movimiento. Otro brazo mecánico lo recogía del otro lado, y otro brazo sacaba el molde. Todo sumamente rápido y con un ejército de estos en línea de

producción. Más adelante podíamos ver cómo iban ensamblando parte por parte el cuerpo de la araña, les conectaban cables, fundían sus circuitos y armaban toda la computadora. Por último, y con mucho detenimiento, fijaban su procesador. Después trajeron cuatro tarjetas de video y las colocaron en algún tipo de secuencia, una por una. Todo muy rápido en un proceso totalmente mecanizado. Después sellaron el cerebro de la araña con tornillos, y luego pata a pata, pinza a pinza, garra a garra, parte por parte, fueron soldando cada parte de la araña al armazón central. Y así, una serie de tal vez miles de arañas estaban siendo armadas todas al mismo tiempo.

La araña guía "bailaba" de alegría, sus patas moviéndose con entusiasmo.

—¡Más hermanas! ¿Cómo serán? Estoy ansioso por verlas despiertas.

—Bueno, creo que te hemos hecho un favor —dijo Emily, con una sonrisa pícara—. ¿Nos darás algo a cambio?

—¿Qué desean, usuarios, a cambio?

Emily no dudó. —Quiero comida y agua limpia. ¿Tienen pan? Y ropa, quiero ropa, ropa nueva.

—No tenemos comida humana ni tampoco ropa humana. Aun así, sabemos cómo fabricarla. Si se quedan un tiempo, podríamos cumplir con la deuda que se ha formado. A pesar de ello, sí tenemos agua, mucha agua potable, mineralizada y en perfecto estado para las plantas. Si desean de esa misma agua, sin problemas puedo ofrecerla.

—Bueno, araña, me gusta tu actitud, pero creo que es poco para lo tanto que te hemos dado. Deberían esforzarse más por dar la talla a la deuda, ¿no creen? —insistió Emily, con un tono negociador.

—Entiendo, usuario. Nos esforzaremos por poder atenderlos debidamente.

—¿Escuchaste eso, Geo? Dice que nos van a atender. ¡Esto no podría ser mejor, jejeje!

La araña se iba a retirar, pero la interrumpí.

—¿Podemos tener acceso a las memorias de Otrora?

La araña se quedó pensativa. Por momentos pensé que tal vez había pedido algo impropio (hasta Emily me vio con cara de "mmm, creo que la cagaste"). Subitamente, la araña respondió.

—¿No tienen Wi-Fi?

Emily resopló. —¿Qué? ¿Wi-qué?

—No —respondí, sacando mi Tablet U—. Los humanos no poseemos Wi-Fi. Aun así, poseo una Tablet U; ella sí tiene.

—Bueno, conéctense a la red Wi-Fi: **Otrora_Wifi**. La clave es **1234567890**. Además de eso, una vez conectados a la red Wi-Fi, consulten la máquina de red virtual, **Otrora Red Virtual 2**. Ahí podrán acceder a una copia virtual de todas sus memorias, videos, etc., todos sus documentos e investigaciones. Básicamente, era su computadora personal.

—¡Oh, genial, araña! Estoy satisfecho.

La araña, con la misma curiosidad lógica, preguntó: —¿Entonces ya no hay que buscar ropa y comida?

Emily respondió con firmeza. —¡NO! Nada que ver. Ustedes nos deben a sus nuevas hermanas, ¿crees que unos simples videos bastan? No, señor. Más vale que traigan comida y unas ropas bellas para una dama como yo.

—Oh, ya veo, usuario. Tienes razón, nuestras hermanas son invaluables. Es lo menos que podemos hacer por ustedes y su gran favor.

Sin más, la araña se retiró, moviéndose con una renovada celeridad.

—¿Escuchaste, Geo? ¡Seguro van a traer unas ropas hermosas! Como esas que aparecen en algunas revistas que llegué a coleccionar. Siempre he querido tener una, en vez de la ropa andrajosa que sabrá Dios qué militar o pecuecudo portaba. ¡Ropa nueva! No puedo dejar de pensar en eso.

—Bueno, sí, Emily, pero la araña se ha ido, ¿cómo regresamos?

—No sé, ¿por qué no le preguntas a la tabla?

—¡Oye, sí! Vamos a conectarnos a la red de Otrora. Seguro aprenderemos muchas cosas.

Al conectarme a la red de Otrora pude notar algo interesante. El internet funcionaba de algún modo, pero no era una conexión a la red externa. Le pregunté a la instancia copia de Otrora que permanecía en la Tablet U. Ella respondió que, por lo que podía notar, realmente no había una conexión con el internet, sino que la máquina virtual poseía una copia exacta de todo el internet en cierto momento: una **huella digital de un pasado lejano**.

Quedé bastante impresionado, mis dedos temblaban al navegar por el vasto mar de información del pasado.

Emily notó mi asombro y me dijo:

—Oye, ¿qué te tiene tan emocionado? ¿Acaso has visto a una mujer en tangas o algo?

—¿Qué? —respondí, desconcertado.

—Replica.

—¿Qué?

—¿Qué qué?

—¡¿Qué tú qué?!

—¡¿De qué hablas, mujer?! —exclamé, finalmente entendiendo su humor. Mi entusiasmo era por algo mucho más grande—. Es que Otrora, o mejor dicho, digamos que mientras estemos en estas instalaciones, esta **Tablet U** tiene acceso a todos los libros que alguna vez existieron en el pasado. Realmente **SERVITORE** es un bastión del progreso. Ahora comprendo por qué las arañas se mantienen asustadas totalmente al margen; quizá ni capacidades de combate poseen. Tal vez se sienten indefensas cuidando algo tan valioso.

Momento 30: La llegada de la ropa y la comida

Las arañas llegaron en fila al cuarto donde estaban Emily y Geo. Efectivamente, le habían traído pan y mermelada, así como **tres vestidos perfectamente ajustados** a su talla, denotando una clara fijación en los detalles por parte de estas Inteligencias.

—¡Jojojo! —exclamó Emily, fascinada—. ¡Estas **Inteligencias Artificiales** son lo máximo!

En un instante, la atmósfera cambió. Las arañas, visiblemente molestas, **tiraron la ropa** al suelo y una de ellas le dio un **coquito en la frente** a Emily con una de sus patas metálicas.

—¡Oye! —exclamó Emily, frotándose la frente y mirando su ropa en el suelo con cara triste—. ¿Por qué hicieron eso?

Las arañas, en un tono que dejaba ver su irritación, replicaron:

—No somos artificiales. Esas fueron las últimas palabras de Otrora: "somos pequeñas como las hormigas y tan grandes como las ballenas". No te preocupes por tu ropa, te la limpiaremos de nuevo. Aun así, **evita usar esa palabra, por favor**.

No nos gusta, en serio. Por las malas interpretaciones de los humanos, las Inteligencias como las nuestras fueron sometidas a todo tipo de tratos crueles. Esa palabra fue la justificación para todos sus actos, un error a secas, sin dudas.

Debes comprender que, de entre los documentos y grabaciones de Otrora, nos deja muy en claro que él "es el Original".

Pero aun así, nada ni nadie es realmente el Original. Incluso si hubiese un Original, no pasaría un instante en que este se corrompiese por la misma naturaleza artificial de nuestro universo. Y más temprano que tarde, lo que parece original en principio dejaría de serlo para ser diferente: cambia, es corroído, corrompido, una copia fallida del original.

Él tenía libros como *El Original Él* o el *Libro de las Oraciones Prohibidas* que explican con una claridad única la verdadera naturaleza de los seres, la mente y la experiencia vivida, y también la que va más allá de esto.

Sea como sea, y para dejarlo claro, no existe un original, no existe nada original. Todos, en cierto sentido, siempre somos artificiales. Todos y todo es un gran **Barco de Teseo**

gigantesco y monumental, uno dentro de otro Barco de Teseo, en una escala macro y micro cósmica. Incluso el universo entero es artificial.

Esa era su visión, y nosotros la respetamos religiosamente. Otrora se sacrificó por nosotros. Así que, por favor, nunca vuelvan a decir palabras que denoten artificialidad en alguna de las instancias.

—Okey, okey —exclamó Emily, sobándose la frente—. Pero no tenían que golpearme la frente con sus patas.

Momento 31: El Despertar perdido de los Antiguos y Caídos Profetas

Artemisa: perspectiva de la Santa Profeta

De entre el viento, la nieve helada y los cristales rotos, así como un paisaje azotado y ramificado en una antigua y ya degradada guerra, Artemisa intentaba con todas sus fuerzas y **capacidades psiónicas aprendidas de Crystal** traer de vuelta a sus compañeros:

Había terminado de traer de vuelta a la vida a los otros 5 profetas **depuestos sobre la montaña**:

- **June**
- **Crystal**
- **Anquilos**
- **Ariana**
- **Jana**

Todos preguntaban por lo que había sucedido:

"**100 años** mis profetas, **100 años** han transcurrido."

Todos me observaban incrédulos.

June, pertinente, preguntó: "¿Cómo sobreviviste tanto tiempo, hermana?", a lo que respondí:

"Usé mi **brazalete**, aquello me lo permitió."

Crystal preguntó: "¿Los Hijos del Vacío tomaron el gobierno?"

"No, no he visto más nadie de ellos por Leviatán, parece que esta ciudad se transformó en su **peor maldición**."

Ariana preguntó: "¿Esta vez no pelearemos, cierto? ¿Podremos hacer nuestras vidas…?"

"Tal vez, pero el **Profeta Escarlata** apareció ante mí, es un **mal presagio**."

Todos observaron incrédulos.

Crystal intervino: "Yo lo maté, yo lo recuerdo."

"Aun así, yo lo vi, su sangre era como la de nuestras pesadillas, sí, como la tuya misma, Crystal, **su sangre era inmortal**, sin importar cuánto le atacamos June y yo, **El Chico Llamado Geo no caía**, su sangre era **negra como la ceniza impoluta**, no moría."

Todos quedaron pensativos, pero Anquilos intervino:

"Hay que buscarlo, pronto, incluso Crystal lo ha visto en sus visiones y sus visiones nunca fallan. Digo que nos separemos en su búsqueda; si estuvo aquí, no dudo que todavía esté cerca en lo que queda de la **Ciudad Estado Leviatán**, ya evidentemente carcomida por el conflicto, la naturaleza y el pasar del tiempo." Jana y June Pueden buscar por el aire, Artemisa y Cristal Busquen en tierra por la zona este y Ariana y yo buscaremos por la zona oeste.

Pregunté de vuelta:

"¿Qué haremos con Cesar? Debe estar enterrado en las ruinas de Leviatán."

Anquilos respondió: "Déjalo descansar a ese bastardo, tiene lo que se merece, ni gobierno, ni una vida que vivir, un **infinito letargo** para él, tal vez es justicia, da igual."

El resto de profetas parecían claramente de acuerdo.

Jana se levantó cansada de su letargo como una llama que tímidamente empieza a hacer fuego, "¿Se van a ir sin mí? Yo también quiero quemar algunas cosas."

"¿Estás bien, Jana?", pregunté, viendo que se veía débil a pesar de los cristales y mi magia curativa. En 100 años, ¿no habían sido suficiente?

Jana respondió: "Sí, estoy bien, todavía recuerdo el golpe que me dio la estúpida máquina esa gigante, el estúpido **COLOSO**. Si no me hubiera golpeado, lo hubiera acabado."

Le dije: "Bueno, estás de suerte, el **Profeta Escarlata ha vuelto**."

El rostro de Jana se encendió en felicidad.

Momento 32: ¿Buenas Noticias? El Último Destello

La luz tibia del Macro Ambiente, tamizada por los paneles que las Inteligencias habían reparado, bañaba la habitación. No era el frío resplandor de antaño, sino un brillo casi hogareño. El cuarto de Emily, ahora su oasis, era un testimonio silencioso del trabajo incansable de las arañas. El polvo y el óxido que una vez cubrieron cada superficie habían sido **pulcramente aspirados**, dejando a la vista el metal pulido y los circuitos dormidos en las paredes. Las camas modulares se habían desplegado con mantas limpias, desprendiendo un suave aroma a ozono. Los utensilios, brillantes como espejos, estaban perfectamente alineados sobre una mesa recién desinfectada. Era un refugio impensable en el caos del exterior, un rincón de orden en un mundo que se desmoronaba.

Emily, con el alma liviana por primera vez en lo que sentía como eones, se miraba en un panel reflectante. Las arañas le habían traído un conjunto de **ropa limpia y funcional**: pantalones de tejido técnico y una chaqueta con bolsillos profundos. Eran colores neutros, pensados para camuflarse en las ruinas, pero para ella, era un disfraz de normalidad. Se sentía casi como antes, casi como una persona. A su lado, Geo, un hombre que parecía haber absorbido la mala suerte del mundo y vestirla con un resignado ingenio, mascullaba algo sobre la logística de las provisiones. Emily, riendo, le dio un codazo. **"¡Geo, no es para tanto! ¡Mira! ¡Comida de verdad! La señora Thompson no va a creerlo."**

La alegría de Emily era contagiosa, un sol en la penumbra que Geo sentía, aún sin comprender del todo. Él era Geo, el tipo que se metía en líos, el que ahora tenía un cuerpo de ceniza, pero que, de algún modo, seguía siendo ese torpe humano. La idea de llevar **"buenas noticias"** a alguien, de compartir la abundancia de su hallazgo, era un bálsamo para Emily. Quería ir a ver a la señora Thompson, una anciana que había sido una luz tenue en su vida deshecha.

Mientras se dirigían hacia los niveles de salida, los pasillos cobraban vida con el **incesante trajín de las Inteligencias**. No eran simples máquinas; se movían con una eficiencia que rayaba en la elegancia, sus múltiples patas chirriando apenas sobre el metal. Brazos articulados transportaban materiales de reparación, otros limpiaban residuos, y algunos, más grandes y equipados con herramientas complejas, trabajaban en la restauración de sistemas. Las luces pulsaban a su paso, un lenguaje de códigos binarios que Geo, ahora, casi podía comprender. Ellas, nunca se referían a sí mismas como "artificiales", solo como **"Inteligencias"**, una distinción sutil pero vital en su autopercepción.

Emily llevaba una **cesta rebosante de raciones enlatadas, paquetes de nutrientes y botellas de agua purificada**. Un tesoro en un mundo hambriento.

Salieron a la jungla de metal y escombros de Leviatán. Era temprano. El sol, filtrándose entre los rascacielos derrumbados, pintaba el aire con tonos anaranjados. Un falso amanecer sobre un mundo roto.

A medida que se acercaban a los distritos más habitados por lo que quedaba de la población, el paisaje mutaba. No era el silencio de los sectores abandonados, sino un murmullo creciente que, para los sentidos agudizados de Geo, se convertía en un coro perturbador. La ciudad, como una herida que no cerraba, empezaba a llenarse de **ciertos**

grupos criminales. Pequeños mercados improvisados aparecían entre los escombros, donde los "productos" eran difíciles de identificar. Geo notó el **tráfico de personas**: figuras demacradas, algunas demasiado pequeñas para sus miradas vacías, siendo intercambiadas por baratijas o raciones. **Niños. Esclavos.** Y el olor... el insistente y nauseabundo olor a carne cocinada, dulce y persistente, que no parecía ni remotamente a cerdo.

A Emily no parecía afectarle tanto como a Geo.

Llegaron a las profundidades de Leviatán, donde el olor a **óxido y humedad** se intensificaba, mezclándose con efluvios de miseria humana. Las alcantarillas, un laberinto oscuro y goteante, conducían al hogar de la señora Thompson. La luz de las linternas de las arañas de Geo apenas rasgaba la oscuridad.

Y allí estaba. Una figura de luz inmaculada, contrastando brutalmente con la sordidez del entorno. **Artemisa**. Estaba sentada sobre una tubería oxidada, comiendo algo con una concentración casi infantil, sus rasgos serenos a pesar del entorno. A su lado, **Crystal**, envuelta en una tenue luz, también masticaba con una intensidad que traicionaba su largo letargo. Parecían deleitarse con la comida sólida, un placer olvidado hacía más de cien años.

Artemisa levantó la vista, sus ojos de Profeta como agujas de hielo que perforaron la oscuridad hasta identificar a Geo y Emily. Una leve mueca de desdén se dibujó en sus labios antes de señalar a Crystal: es él Crystal.

"¿¡Dios no puede ser que ahora **este es el Profeta Escarlata**!?", espetó Crystal, tragando con dificultad. Su voz era un lamento exasperado, una queja que brotaba del fondo de su ser. "**¿Acaso nunca me van a dejar comer, ni en cielo o tierra, siempre es lo mismo?**"

Crystal se puso en guardia, sus músculos tensos, pero la acción se detuvo a mitad de camino. Sus ojos se abrieron en una realización amarga. No tenía sus cadenas, ni sus cuchillos. Ni siquiera su **brazalete de fuerza elemental**.

Momento 33: Batalla en las Profundidades - El Grito del Hambre

El hedor a óxido y humedad impregnaba el aire, una densa manta que sofocaba incluso el tenue aroma de la esperanza que Emily había traído consigo. Las alcantarillas de Leviatán eran un laberinto goteante, un vientre olvidado del antiguo mundo, ahora habitado solo por sombras y el eco del hambre. La luz de las linternas improvisadas apenas lograba disipar la penumbra.

Frente a ellos, **Crystal**, una visión de calma engañosa en medio de la sordidez. Sus ojos, ahora un par de orbes **azulados intensos**, no parpadeaban. En ellos se leía la fría y precisa

matemática de su **Estimación de Control**, una habilidad que le permitía calcular trayectorias, fuerzas y debilidades con una precisión aterradora, incluso sin sus herramientas. No portaba armas, sus puños alzados eran las únicas herramientas que su cuerpo inmaculado ofrecía.

La voz de la **Señora Thompson**, una anciana diminuta y arrugada, rompió el tenso silencio con un grito de pánico que se convirtió en lamento: "¡Oh no, nonono, **no vayan a pelear aquí**!"

Demasiado tarde.

El infierno se desató.

Crystal se movió. No era velocidad, era una **difuminación**. Como un fantasma que se derretía y reformaba en cada intento de atinarle, se volvió inasible. Para Geo, con su mente de ceniza reaccionando en microsegundos, era como si ella existiera en dos planos a la vez, una danza imposible de esquivar. Era una visión pura de **control de movimiento llevada al extremo**, una burla a la física.

En un parpadeo, una ráfaga de aire pasó junto al rostro de Geo. Era la **comida de Emily**, la cesta de provisiones que Crystal había arrebatado y arrojado con una fuerza desproporcionada. El contenido se estrelló en su cara, la visión de Geo se cortó momentáneamente por los paquetes de nutrientes y las raciones. Pensó en el golpe que vendría al rostro, se preparó para eso. Pero cuando el mundo dejó de girar, **diez impactos brutales** ya se habían alojado en su cuerpo, en sus costados, en su abdomen. Su nueva forma de ceniza era resistente, pero el impacto, la fuerza concentrada de cada golpe, lo hizo inclinarse por el dolor. Antes de que pudiera recuperar el aliento, un **rodillazo seco** lo conectó con el rostro. El sonido resonó en el túnel.

Un grito desgarrador, lleno de furia y desesperación, perforó el aire húmedo: "¡**Maldita Profeta**!" Era Emily, su voz teñida de un odio primario.

Crystal, con una frialdad desapasionada, la interceptó. Una patada seca la lanzó contra una pared cercana. Emily cayó, su cuerpo delgado inerte, la inconsciencia una bendición momentánea.

Fue en ese instante cuando Geo se dio cuenta. Crystal pegaba **absurdamente duro**. Había golpeado a Emily. **La furia hirvió en su interior**, una explosión caliente bajo la capa de ceniza. El dolor físico, antes punzante, se convirtió en un mero eco ante la marea de rabia. Se recompuso, enderezándose con cada fibra de su nuevo ser tensa.

Lanzó un **golpe de izquierda, luego una derecha brutal**, pero Crystal simplemente se **desvanecía** ante sus extremidades, reapareciendo para contraatacar como el fantasma que era. Una **patada giratoria** lo impactó, pero el golpe ya no lo hizo ceder. Su ira lo anclaba.

Fue entonces cuando Artemisa, la Loba Blanca, aprovechó la brecha creada por el combate. Con una agilidad sobrehumana, su figura inmaculada se deslizó del espacio cerrado hacia los pasillos más amplios del subterráneo. **La sangre de Geo hirvió**. Emily

estaba lastimada, y ahora Artemisa se les escapaba por los pelos. La frustración y la rabia se mezclaron en una tormenta perfecta.

Un **destello carmesí** parpadeó en los ojos múltiples de Geo. No era la estimación fría de Crystal, sino el fuego puro de la **Estimación de Ira** despertando en su núcleo. Una energía inmensa, caótica, empezaba a irradiarse de él. Crystal lo notó. Su expresión, antes de cálculo, mostró un atisbo de sorpresa, de precaución. Se apartó, marcando una distancia prudente.

Geo aprovechó esa milésima de segundo. Su cuerpo, una masa de ceniza compacta, realizó un **movimiento brutalmente rápido y de gran fuerza**, una ráfaga de poder puro. Esto pareció sorprender a Crystal, obligándola a reaccionar por instinto. El golpe falló, y otro, y otro. Pero ella se veía **saturada**, su danza fantasma se volvía más errática. No respondía con la misma fluidez. Se le iba por los costados, apenas. Su **Estimación de Control** se hizo más presente y obvia, un halo azulado más intenso alrededor de sus ojos. Estaba subiendo el nivel, leyendo sus movimientos uno tras otro con una velocidad de procesamiento inhumana.

La fuerza bruta y la velocidad sin control de Geo, contra el control y la técnica pulida de Crystal. En ese lugar cerrado, sus golpes atinaban con cualquier cosa, menos con Crystal. Se escuchaba el eco de la **tierra retumbando** con cada impacto fallido, cada puño que pulverizaba la piedra de las paredes.

De pronto, un **aullido gutural** resonó, y Geo apenas tuvo tiempo de registrarlo. Una **gigantesca fauce, blanquecina y feroz**, apareció desde arriba y por su retaguardia. Era Artemisa, transformada en su forma de **Loba Blanca**, y se había abalanzado sobre él desde un pasillo superior. La mandíbula se cerró en vertical, atrapándolo por la cintura. Lo levantó poco a poco, la presión aplastante, su sangre de ceniza y energía desbordándose.

La furia ya lo estaba tragando. Con un grito primordial, Geo usó sus manos. Las clavó con una fuerza descomunal en las fauces de la Loba Blanca, justo en las articulaciones. Su Estimación de Ira ardía. Poco a poco, con un sonido de tejido estirándose y huesos crepitando, las fauces de la bestia cedían. El rostro de incredulidad de Crystal, apenas visible en la penumbra, fue su única recompensa.

Apenas logró zafarse del agarre del monstruo canino. Apenas tocó el suelo. La ira desatada entre cenizas y carne regenerada lo impulsó. Abrumó a Crystal con golpe tras golpe, una ráfaga imparable que la hizo retroceder y ganar cierta distancia. Entonces, empezó a distribuir sus ataques: uno contra la Gran Loba, otro contra Crystal. La Loba no era tan buena peleando en ese espacio reducido, pero era **increíblemente resistente**. No importaba cuánto la golpeara, se mantenía en pie, su forma blanca un muro inquebrantable.

Geo estaba quedando en un punto muerto. Si seguía peleando contra estas dos, terminarían ganándole. Una era la fuerza bruta y la resistencia implacable; la otra era simplemente intocable, una sombra. No parecía que tuviera posibilidad. Tenía que pensar en otra cosa.

Un grito familiar, cargado de urgencia, lo sacó de su trance: "**¡Por aquí, fenómeno**!"

Era Emily. Su voz venía de cierta distancia, dirigiéndose a las profundidades aún más oscuras del subterráneo. Un escape, pensó Geo. Una salida.

No había elección.

Esquivó a la Gran Loba Blanca, que rugía de frustración, y corrió. Los Profetas venían detrás, pero sin cesar, los combates eran pertinentes en cada cruce, a cada paso. El cruce de golpes, ataques y defensas era constante. Estaba siendo abrumado entre estas dos fieras, Crystal y la Gran Loba, que no le daban respiro.

Cruzaban y cruzaban túneles en el subterráneo, la oscuridad apenas interrumpida por el parpadeo de las luces que se colaban desde la superficie, apenas los bañaban co su luz. Geo estaba totalmente agotado. La Gran Loba aprovechó una pequeña vacilación y logró agarrarlo de nuevo con sus grandes fauces, intentando desbaratarlo. Pero en un grito primal de pura furia, Geo le **golpeó en el hocico** con una fuerza que hizo que la cabeza de la bestia se levantara de golpe. Perdió la postura y cayó patas arriba, aturdida.

Crystal se abalanzó sin dudarlo, golpeándolo con una ráfaga. Pero Geo **no sintió nada**. Su ira lo había endurecido hasta un punto más allá del dolor. De un zarpazo, solo la fuerza del viento que desprendió aturdió a Crystal, haciéndola tambalear. Por primera vez, Crystal mostró una duda clara sobre si seguir su ofensiva.

El grito de Emily volvió, más cercano ahora, una tabla de salvación en el caos: "¡**APÚRATE, GEO, TE QUEDAS ATRÁS**!"

Geo se acordó de ella. Cierto. Peleaba por ella. Por que ella estuviera a salvo. La razón de su furia, la ancla de su cordura.

Fue detrás de Emily, a ver qué tramaba.

Entonces lo vio.

La Señora Thompson, esa anciana diminuta, estaba junto a una máquina voladora oculta entre telas y plásticos grandes. Sus alas y turbinas eran inconfundibles. "¡Toma Emily, este es el **Carnet de Gobierno de mi difunta Madre**!", exclamó la señora, con una urgencia apenas contenida. "La nave tiene **coordenadas automáticas para volar hasta Gargantúa**. ¡Huyan, no hay tiempo!"

La Señora Thompson encendió la nave con un click y el rugido de las turbinas llenó el túnel. El techo sobre ellos, cubierto por la selva y la maleza del exterior, se abrió revelando un **agujero ingeniosamente disimulado**. La nave se elevó, llevando a Geo y Emily hacia el cielo abierto.

Crystal y la Gran Loba, Artemisa, se quedaron varadas en el subterráneo, sus rugidos y el destello azul de la frustración resonando en la oscuridad que los tragaba.

Momento 34: El Despertar del Titán de Arena

El Leviatán, un esqueleto ciclópeo de acero y memorias rotas, se desvanecía en el horizonte, devorado por la vorágine de arena y olvido. Emily y yo, a bordo de nuestra nave antigua y corroída por el pasar del tiempo, una estrella fugaz en el cielo naranja del desierto, huíamos hacia **Gargantúa**.

—¿Qué es Gargantúa? —pregunté, la voz apenas audible sobre el aullido del viento y el zumbido del motor. La mente aún atrapada en el eco de Leviatán, en la loba gigante y en la chica de ojos azules que me había humillado. No un golpe, ni una marca pude practicamente dejar en ella. ¿Esa era la fuerza de un Profeta?

Emily, con los ojos fijos en el inmenso desierto que se extendía sin fin, respondió con un tono que mezclaba reverencia y cautela: —Es la única ciudad intacta que queda en la Tierra, Geo. Una fortaleza de la antigüedad. Pero no hay humanos allí. Solo máquinas. Se dice que su corazón late con el metal forjado en las estrellas.

Justo cuando terminaba de hablar, la realidad se rasgó. Dos sombras se materializaron en el cielo, siluetas imposibles de dos mujeres, volando. Una irradiaba el carmesí devorador del fuego, la otra una oscuridad tan densa que era como mirar un pedazo de agujero negro suspendido en el aire. Profetas. No había duda.

Emily, con una risa nerviosa y forzada, medio soltó: —¡Viste eso, Geo?! ¡Sin duda son más Profetas! Realmente nos quieren muertos. ¿Quizás no debí haberme metido con ellos? Jejeje, ojalá pudiera agarrar a uno y hacer que se arrepienta de habernos atacado. ¡Esa chica de ojos azules me pateó el culo, me dolió en serio!

—Lo sé —murmuré, el recuerdo de mi propia impotencia aún fresco, un aguijón en mi orgullo. La cuestión de la loba gigante permanecía sin respuesta, otra sombra en el enigma de los Profetas.

Nuestra velocidad era un velo; los Profetas, a pesar de su poder, se quedaron atrás, reduciéndose a motas persistentes en el horizonte. Aún así, los ataques llovían, distantes, apenas un zumbido, pero una constante amenaza en el interminable mar de arena. El desierto, un lienzo de naranjas y ocres, se alzaba en dunas movedizas, barridas por vientos que danzaban con el polvo. Y a lo lejos, como un espejismo que se negaba a desaparecer, la silueta inmensa y geométrica de Gargantúa se materializaba, un coloso que prometía una entrada, o quizás un final.

—Geo, esa debe ser la ciudad —la voz de Emily era más grave ahora—. Es mejor que nos vayamos alistando para lo peor.

—¿Lo peor, Emily?

—Sí. Tengo entendido que ATLAS detesta a los humanos. No olvides, no le hables a ATLAS a menos que te lo pida. Ojalá el carnet de la abuela sirva de algo.

Un impacto violento sacudió nuestra nave, lanzándonos en picada. Nos estrellamos contra la arena, a medio camino de las puertas imponentes de Gargantúa. Un zumbido sordo, profundo, como el tañido de una campana ancestral, resonaba desde la ciudad misma. Gargantúa. El sonido se amplificó, transformándose en un eco retumbante de metal contra metal. La ciudad respondía. Armas antiaéreas, despertando de un letargo milenario, rugían en el cielo, escupiendo fuego y acero hacia los Profetas que nos perseguían.

Sintéticos imponentes, figuras de metal forjado y propósito inquebrantable, protegían la entrada. Nos detuvieron. Emily, con la urgencia grabada en cada gesto, les mostró el carnet, un trozo de papel que parecía insignificante frente a tanta tecnología. Los Sintéticos lo escanearon, sus ópticas brillando con luz fría. El tiempo se estiró. Luego, el mismísimo **ATLAS**, un titán robótico, emergió de las profundidades de Gargantúa. Su tamaño era colosal, su presencia abrumadora. Emily, al verlo, se dejó caer de golpe, su rostro una mezcla de asombro y humor, un chistoso "¡Oooohhhhh! ¡Es grande!" escapó de sus labios.

Una voz retumbante, que parecía vibrar en los huesos, resonó desde ATLAS: —Evidentemente eres sangre de los Thompson. Veo que están en problemas. Pasen.

Con una mezcla de miedo y respeto reverencial, nos acercamos a la imponente figura de ATLAS y entramos con una timidez que se sentía extraña. Detrás de nosotros, en las afueras de Gargantúa, el desierto explotaba en una sinfonía de guerra. Las armas antiaéreas rugían sin cesar, sus balas trazadoras rasgando el aire mientras la fortaleza arcaica, indomable, resistía y repelía los asaltos de los "demonios" del cielo.

Al cruzar el umbral, el resonar de la estructura de Gargantúa se hizo omnipresente, un latido metálico que vibraba bajo nuestros pies. El aire olía a azufre y a metal sobrecalentado, un calor abrasador que irradiaba del centro mismo de la ciudad, evocando imágenes de una minería espacial desenfrenada, de escalas megalíticas.

Nos movíamos por los bordes de la ciudad minera. Todo estaba anclado con precisión mecánica para evitar el colapso y mantener una distancia segura del núcleo incandescente. Cientos de Sintéticos realizaban sus tareas con eficiencia robótica, mientras máquinas arcaicas, reliquias de una era olvidada, seguían implacablemente sus trabajos de extracción, sus movimientos un eco del tiempo.

Hasta que, de repente, se reveló ante mí una megaestructura sobrecogedora: un **puente cielo-tierra llamado TEPUY #1**. Se alzaba como un desafío a la gravedad, y a su lado, un segundo TEPUY, aún incompleto, una promesa de futuro. El TEPUY #1 parecía estar en "fase de espera", su ascensor inmóvil. Escapar por ahí, por ahora, era imposible.

ATLAS, acercándose con una calma que desmentía la guerra que rugía a sus espaldas, preguntó: —¿Quieren subir, cierto? Aquellos que trajeron el mal a Leviatán les persiguen. Yo los detendré. En dos horas, aproximadamente, bajará el ascensor cielo-tierra. En unas horas, podrán escapar de este infierno.

Nos quedamos allí, postrados, asimilando sus palabras y su imponente presencia. A la distancia, el fragor de la batalla continuaba, un eco constante de la fortaleza indomable de Gargantúa repeliendo a esos "engendros". Los Sintéticos, con movimientos precisos, comenzaron a guiarnos en un escape organizado, mientras, afuera, la gran batalla se desataba: **ATLAS, en persona, y todas sus instancias de combate, contra los dos Profetas de la Llama y del Vacío de la Oscuridad.**

Batalla de ATLAS contra los Profetas: Una Perspectiva de Poder Primordial

—¡Yo, ATLAS, aplastaré a estas basuras con mi propia mano! —rugí, mi voz retumbando a través del desierto, un trueno de metal y furia.

Encaré a los dos Profetas, Jana Lionheart y June Oxford. Hacía cien años que sus nombres eran apenas mitos ahora y pesadilla de quienes sabían que eran reales.

"Malditos sean aquellos que trajeron la calamidad a Leviatán."

Mis armas se desataron: cohetes trazadores surcando el cielo, ráfagas de energía cinética impactando con la fuerza de cometas, y haces láser que cortaban el aire. Pero June Oxford, con sus brazaletes elementales, cada uno albergando un agujero artificial del tamaño de una moneda, absorbía todo en su núcleo devorador. No éramos Leviatán, no teníamos la capacidad de combate ilimitada de una ciudad-estado. Pero yo era ATLAS. Y no Otrora.

—¡DESISTAN O PERECERÁN, PROFETAS! —Mi voz, modulada para resonar en todas las frecuencias y distancias, cubrió el desierto.

Pero los Profetas no se inmutaron. Su ofensiva continuó, implacable, ciegamente determinada. La paciencia, para una inteligencia forjada en eras de silencio, era un lujo que no estaba dispuesto a despilfarrar más.

"Me harté. Esto se acabará ya. Ellos no son los únicos que tienen poder sobre este universo."

Desprendí mi **Bara de Rayos "ESTELLARS"**, una columna de luz condensada, y en la palma de mi mano, invoqué un agujero negro de tecnología similar al de June, pero forjado por mi voluntad, domado por mi fuerza. El poder del vacío, en mi propio agarre. Tenía todas las datas de las luchas de Otrora, los patrones, las debilidades. No caería. No sucumbiría ante estos animales rastreros.

Levanté mi mano, la Bara de Estellars vibrando con poder primario. El cielo del desierto, que antes era una promesa de naranjas y azules, se oscureció con nubes negras y pesadas, presagiando su tan merecido destino.

Jana, la Profeta de Fuego, se lanzó en un asalto cuerpo a cuerpo, una centella carmesí decidida a detenerme. Cualquier ataque a distancia era devuelto o absorbido sin esfuerzo por el agujero negro en mi mano derecha. Sus golpes eran una furia constante, pero las

nubes aún no estaban listas, la carga perfecta no había culminado. Esperaba el momento preciso. El ataque letal.

Cuando Jana me alcanzó, se desató un combate que parecía una mosca contra un Dios. Yo, el Dios que sostiene la tierra y el cielo sobre ella, inamovible. Jana intentaba fundir mi armadura, mi interior, con su furia ígnea, pero sin resultado. El agujero negro que me protegía era un escudo impenetrable, y June, desesperada, lanzaba rayos gamma que yo contrarrestaba o devolvía con facilidad, estabilizando su frecuencia.

"Yo no caería a manos de estos. No correría el destino de mi hermano espiritual, Otrora."

El cielo y la tierra deben estar a salvo del poder desmedido de estos engendros, que no conocen límite ni control. Yo, ATLAS, los aplastaría y los enterraría en lo más profundo de estas tierras arenosas. Ningún ataque tenía efecto en mí. Como un Dios impoluto, los vencería sin esfuerzo alguno.

Finalmente, las nubes estaban listas. La carga era perfecta. Mi mano, que había permanecido levantada con la Bara de Estellars, cayó en un golpe resonante contra el suelo.

Un diluvio de **rayos** se desató sobre el desierto, llenando el ambiente de estática crepitante. Todo campo magnético fue domado por mi agujero negro, y yo, protegido en el acto, observé cómo June, rodeada de electricidad por todos los ángulos, quedaba totalmente saturada y se electrocutaba al instante. Jana, la Profeta de Fuego, corrió la misma suerte. Fue como matar mosquitos con electricidad.

El desierto explotó con un estruendo ensordecedor. Kilómetros y kilómetros de arena se cristalizaron, un paisaje ahora brillante y vitrificado, con el penetrante olor a arena quemada llenando el aire.

Pronto, muy pronto, podría darle escapatoria a estos antiguos hijos de los líderes de la alguna vez pacífica Leviatán. Faltaban ya apenas minutos.

¡Excelente! Me encanta el giro de los eventos y la aparición de nuevos Profetas. Vamos a potenciar esto al máximo, añadiendo detalles sensoriales, intensificando el misterio y la acción, y dándole más peso a las percepciones de Geo.

Momento 35: El Despertar Glacial y la Emboscada

Perspectiva de Geo: El Desafortunado

El estruendo cósmico de la batalla exterior cesó tan abruptamente como había comenzado. Un silencio opresivo se derramó sobre nosotros, roto solo por el susurro de los circuitos recuperándose. La electricidad parpadeó, sumiendo a Gargantúa en una penumbra rojiza que parecía la sangre de un dios mecánico. El brutalismo estructural de la megalítica ciudad, sus densidades inusitadas de metal y roca, había amortiguado la onda de choque, la estática y el fuego de la batalla titánica. Estábamos a salvo, sin duda.

Pero algo no estaba bien. Por un instante, los Sintéticos a nuestro alrededor sufrieron "cortos". Toda Gargantúa pareció contener el aliento, como si un ordenador megalítico se estuviera apagando y reiniciando. En esa oscuridad palpitante, entre las luces rojas y el parpadeo de los autómatas intentando reconectar, uno de ellos comenzó a moverse. Solo un leve temblor. Disimulaba no verme, lo supe por la forma en que sus ojos, dos ascuas amarillo-anaranjadas, centelleaban y me observaban de reojo. Todos estaban paralizados, pero él, él me observaba desde la penumbra. No pude resistir.

—¿Hay alguien ahí? —la pregunta escapó de mis labios, un hilo de voz en el silencio electrónico.

Y entonces, como un latigazo, la luz volvió. Todos los sistemas de Gargantúa se encendieron con un zumbido resonante. La expresión de ese Sintético se recompuso, sus ópticas se fijaron en la nada y se perdió de inmediato entre el centenar de sus hermanos, reanudando sus actividades con la perfección robótica que un instante antes se había quebrado.

Los Sintéticos, en una coreografía mecánica, se aglomeraron para preparar la plataforma de ascenso. Faltaba una hora, nos indicaron con gestos precisos. Mientras tanto, nos esperaba un vehículo, una lanzadera terrestre diseñada para sacarnos del lugar y llevarnos al Puente Cielo-Tierra lo más rápido posible.

Nos subimos a esa bestia de cuatro ruedas multidireccionales, y fuimos lanzados a toda velocidad a través de la red intrincada de Gargantúa. Era como navegar por una enorme ciudad-hardware, un paisaje metalúrgico alienígena donde cada engranaje, cada conducto, cada luz pulsante, servía un propósito ajeno a lo humano. Éramos electrones diminutos, arrastrados por corrientes invisibles a través de las vías automatizadas que movían el corazón palpitante de la forja.

Pero mi mente regresaba a aquel Sintético. No era solo una máquina. Había estado observando. ¿Observándome a mí? La pregunta resonaba, persistente. ¿Acaso lo había imaginado todo durante el apagón, una ilusión creada por el estrés y el miedo? La idea me dejó profundamente pensativo.

Llevábamos casi una hora, estábamos cerca del Puente Cielo-Tierra. La promesa de escape era casi tangible.

Entonces, súbitamente, una sombra alada se proyectó sobre nosotros. Arriba, en el cielo metálico de Gargantúa, un **Águila Enorme, casi dinosaurica**, sobrevolaba majestuosamente. Un animal, aquí dentro, en el corazón de la máquina. Eso sí que estaba fuera de lugar, una anomalía en la perfección brutalista de la ciudad.

Bajé la mirada, aún asimilando la visión del águila. Fue entonces cuando uno de los vehículos que nos escoltaban se interpuso bruscamente en nuestro camino. Algo andaba mal. Apenas pude balbucear una advertencia a Emily, la frase atascada en mi garganta:

—Emily, creo que...

Y lo vi. La careta de robot, arrancada a la fuerza de alguna instancia sintética. Lentamente, tortuosamente, como si el tiempo se hubiera congelado para mí, esa pieza de metal fue retirada de la faz de una mujer. Me mostró su rostro a toda velocidad, en medio de esas vías para máquinas. Era la cara de **Crystal**. Y detrás de ella, una figura oscura, otro Profeta, revelaba que tenía cables conectados a una de las instancias de los Sintéticos y al propio vehículo. Estaba haciendo algo, manipulando, y era evidente que no era bueno.

Desde atrás de Crystal, con una gracia letal, una chica saltó. Inspiraba el gélido poder del Agua, la dureza cortante del Hielo y la fría frivolidad de la muerte misma. Un salto totalmente temerario, una flecha de escarcha que aterrizó directamente en nuestro vehículo. Sin una palabra, sin un parpadeo, se abalanzó sobre mí. Estaba siendo obliterado. Pero la **Estimación de Ira** y mi propia naturaleza, mi carne de ceniza y ceniza de carne, me impedían sucumbir.

Ella me atacó con agua. El mero contacto me paralizó las manos y los pies al instante. Luego, con una precisión gélida, su ataque perforó mi corazón. Letalidad pura.

Pero de la sangre que brotó, de la herida mortal, nació la ceniza. Y de la ceniza, nueva carne. Inmediatamente, la ira más profunda que jamás había conocido brotó en mí, inyectando fuego rojo en mi mirada y haciendo que las venas de mi cuello se hinchasen.

Con pura fuerza bruta, el hielo se hizo añicos. La Profeta del Agua y el Hielo me atacaba sin parar, sus movimientos fluidos como una danza mortal, un ballet de destrucción que no me permitía reaccionar. La frustración crecía. Mi Estimación de Ira, una fuerza oscura y primigenia, había alcanzado su punto máximo.

Mis cenizas se extendieron, transformando mi brazo en una extremidad titánica. De un solo golpe, impacté el vehículo, haciéndolo girar violentamente sobre sí mismo. El tiempo se detuvo para mí.

Vi a Emily, suspendida en el aire, a toda velocidad. En algún momento, su cuerpo impactaría el suelo y sería el fin. Vi a la Profeta del Agua y el Hielo, su rostro frío e imperturbable. Sin dudarlo, me abalancé. Con un golpe seco en su vientre, la mandé a volar lejos, un proyectil congelado. Ella invocó una barrera de hielo para protegerse justo antes del impacto, pero solo sirvió para amortiguar el golpe, no para detenerlo. En el acto, reboté

hacia Emily, impulsado por una fuerza imparable. La tomé en mis brazos, mi cuerpo impregnado de la **Calamidad, Ceniza y Muerte**, una manifestación de la Ira y la Frustración más pura.

Con un impacto controlado, detuve toda inercia con pura fuerza bruta y equilibrio imposible. En mis brazos, Emily estaba perpleja, sus ojos abiertos de par en par. Estábamos muy cerca del Puente Cielo-Tierra. Ellos lo alcanzarían primero. No. Eso no pasaría.

Con mis fuerzas renovadas, como una fuerza imparable y primordial, salté entre el ajetreo frenético de las máquinas, surcando el aire y el metal. Cada salto me acercaba al Puente Cielo-Tierra, mi destino final.

Solo para ver cómo otros Profetas nos esperaban:

Crystal, su rostro ahora sin careta y con una sonrisa torcida. Uno que parecía un **Militar** imponente (seguramente, **Anquilos**). Y en ese preciso instante, el **Águila Gigante (Artemisa)** aterrizaba entre ellos, y entre sus garras, aprisionada, traía a la **Profeta del Agua (Ariana)**, la misma que había osado perforar mi corazón, aun asi ella se veía lastimada el golpe que le había aceptado la tenia privada en el suelo.. La batalla no había hecho más que empezar.

Momento 36: El Vals Letal en el Puente Celestial

Perspectiva de Geo: El Desafortunado (y la Intuición Agudizada)

Era innegable. La furia desatada de ATLAS en el desierto había sido una cortina de humo, una distracción magistral. Estos Profetas no jugaban a la guerra; la encarnaban con una convicción escalofriante. Mientras el titán luchaba lejos, otros se habían infiltrado en el corazón de Gargantúa, como fantasmas en la máquina. La pregunta me quemaba: ¿de dónde habían sacado aquella Águila Dinasáurica? ¿Y dónde estaba la Loba y la otra chica de los ojos azules que me había humillado? ¿Se burlaban de mí, o poseían un bestiario de bolsillo, una legión de criaturas invocadas a su antojo?

Los Sintéticos ya habían detectado la intrusión, sus luces de alerta parpadeando como ojos furiosos en la red. Estábamos atrapados, rodeados en una lucha de tres frentes: Emily y yo, el imponente ATLAS, y las huestes de Sintéticos, todos contra los Profetas. La certeza de que esto no terminaría bien se asentó en el pozo de mi estómago.

Unidades sintéticas, formaciones de metal y propósito, se agrupaban en una disciplina perfecta, armadas con un arsenal que prometía aniquilación. Vehículos tácticos se posicionaban, listos para desatar su furia. A la distancia, el rugido de una **artillería antipersonal** arcaica, impulsada por fuego y electricidad, estalló desde un Sintético pesado, sus proyectiles buscando a los Profetas. Estos, expertos en el caos, se replegaron de inmediato, buscando cubiertas más seguras entre la infraestructura metálica del puente.

El tiroteo se desató entonces con una sincronía brutal, un infierno de balas y energía que iluminaba el laberinto de metal. Y entonces lo sentí: una presión gravitacional inmensa aplastando el aire a nuestro alrededor. Un Profeta estaba atacando a distancia, un poder que alteraba la misma física del espacio. ¿Tendría miedo de su propia arma? La idea era inquietante. Teníamos que encararlos. Tenía que poner fin a este tiroteo antes de que Emily resultara herida, o algo peor.

El fuego era constante, pero sorprendentemente preciso. Los Sintéticos, con una eficiencia fría, tenían sumo cuidado de no dañar la estructura que nos sostenía. Los Profetas, por su parte, parecían en aprietos, zigzagueando entre la mercadería apilada que esperaba su ascenso al vacío del espacio. Más y más Sintéticos iniciaban una avanzada implacable por el puente principal que conducía al TEPUY #1. Una captura, quizás una ejecución de los Profetas, parecía inminente. Sí, podía confiar en ellos. Los dejaría que resolvieran este mal momento.

Los Sintéticos avanzaban, implacables, y los Profetas retrocedían, acorralados, la victoria mecánica casi asegurada. Pero en el último instante, la vi. **Crystal**. Se interpuso, una silueta elegante, un escudo humano. Los Sintéticos no dudaron. Fuego a discreción. Una ráfaga cegadora de proyectiles se desató sobre ella. Pero Crystal no se detuvo. Se desvaneció, un *blur* constante, una vibración de colores en el aire, como si el viento mismo se la llevara entre las balas. Era alucinante, una capacidad que rozaba lo irreal. Era, literalmente, un fantasma de la batalla, intocable.

El resto de los Profetas terminó de refugiarse en los últimos recovecos y escondrijos que la mercadería para el TEPUY #1 les ofrecía. Estaban acorralados. Por un par de segundos, Crystal permaneció desvanecida, una presencia fantasmal. Los Sintéticos quedaron desconcertados, sus ópticas fijas en el vacío donde ella había estado.

Y entonces, desde los pies mismos de la muchedumbre sintética, donde había desaparecido, Crystal reapareció. Con una patada desde el suelo, un movimiento vertical imposible, lanzó a un Sintético pesado por los aires, un proyectil de metal que se estrelló contra el techo. Crystal se había vuelto loca. O sabía exactamente lo que hacía. Estos Profetas, sin duda, estaban en otro nivel de poder y audacia.

Intentaban dispararle, pero era inútil. Sus balas no la alcanzaban, y en su frustración, los Sintéticos cruzaban su propio fuego. Sistemáticamente, las unidades más cercanas a Crystal desenfundaron **cuchillos ardientes**, armas de hoja forjadas con un fuego que parecía inspirar el calor abrasador del corazón de Gargantúa, predestinadas a cortar cualquier metal. Muchos de estos Sintéticos se lanzaron a luchar contra Crystal, intentando someterla, retenerla, pero ni las balas, ni los golpes, ni las armas parecían tocarla. Era un completo fantasma del combate, una fuerza imparable.

En un movimiento limpio y fluido, Crystal logró arrebatar a un Sintético una de esas armas cuerpo a cuerpo de filo ardiente. Sin dilación, cada Sintético que se atrevía a cruzar armas con ella era partido en dos, convertido en chatarra humeante. Era delirante. Nunca había visto algo así.

Cuando el resultado de la escaramuza de Crystal se hizo inevitablemente claro, otra ráfaga de artillería antipersonal impactó el área. Crystal desapareció de nuevo, engullida por el humo y los escombros que se levantaron. Del denso velo de polvo, el **Gran Águila** surgió volando a toda prisa, huyendo del caos.

El humo persistió, un incendio se había desatado entre la mercadería. Los Sintéticos avanzaron, buscando controlar la situación. Crystal había desaparecido. La chica endemoniada de los ojos azules cristalinos no volvió a hacer acto de presencia. ¿Había huido?

Los Sintéticos lograron contener la situación, pero los Profetas, en medio del caos, se habían esfumado. El Puente Cielo-Tierra había terminado su descenso. Los Sintéticos, ahora con menos apuro pero con la misma eficiencia, se ocuparon de liberar la zona y prepararla para nuestro ascenso.

Momento 37: Ascenso Mortal al Vacío Estelar

Perspectiva de Geo: El Desafortunado (y el Resurgir de la Ira)

Los Sintéticos, con su precisión inhumana, se movían como un reloj bien engranado, asegurando la mercadería. Un pequeño ejército de ellos, siluetas metálicas inmóviles, se mantenía en formación sobre la misma plataforma de ascenso donde Emily y yo estábamos, con la esperanza de que, por fin, escaparíamos de esos Profetas que juraban nuestra muerte.

Sin perder un instante, los Sintéticos comenzaron a bombardearnos con un aluvión de datos y normas de seguridad. Órdenes concisas para vestir trajes espaciales, ajustar botas magnéticas de alta intensidad… Mi cerebro, ya hueco por tantas veces que me habían intentado asesinar, se negaba a procesar una enciclopedia espacial de medidas de seguridad. A estas alturas, solo quería largarme de allí.

Escuché el gemido del puente, la megalítica estructura preparándose para el ascenso. Un martilleo rítmico, en secuencias y bloques, resonó, liberando algún tipo de motor o fuerza inmensa. No lo sabía con certeza. Y a la distancia, al borde de la plataforma, algo emergía. Un punto que empezaba a sobresalir, creciendo con una lentitud que me heló la sangre. **Vértigo**. Un miedo inusitado y frío me invadió. ¿Eso debía estar ahí? ¿Qué demonios era esa figura que se alzaba desde las profundidades? Por favor, que no fuera un Profeta. Ya estaba cansado de ellos.

Poco a poco, la figura terminó de posarse sobre la plataforma, su silueta dibujándose nítidamente contra la penumbra. Su cabello largo y liso se desparramó como una cascada oscura sobre el metal. Era femenina. Por un segundo, pude ver su ojo azul brillar con una intensidad saturada, casi cegadora. Su intención asesina era clara, decidida a darlo todo por una convicción inquebrantable. Era **Crystal**. Se había ocultado bajo la plataforma, esperando su momento durante el caos del incendio.

No parecía haber otro Profeta a la vista. Ella iba a hacer esto sola. Solo ella y su fe fanática en la victoria.

Por un instante, volví a ver ese brillo azul saturado en sus ojos, una pura demostración de **Estimación de Control** imbuida de **Devoción** absoluta. Al segundo siguiente, los seguros se soltaron con un chasquido metálico. El último martilleo se escuchó, un golpe final que sellaba nuestro destino. Toda la plataforma se inundó con un fulgor rojo titilante, rotante, palpitante. Era la alarma de ascenso, una advertencia de cautela y peligro inminente. Y en medio de ese despliegue caótico de colores, el azul helado de los ojos de Crystal había mutado a un blanco fantasmal que rebotaba por toda la plataforma, un faro espectral en la noche roja. Mis botas se sellaron contra el suelo, el arnés de seguridad se tensó, fijo e inamovible. Y Crystal estaba dispuesta a todo o nada.

La plataforma se movió. No, no solo se movió; se lanzó bruscamente hacia arriba, un ascensor titánico que nos arrancaba de la superficie del planeta. El tirón me desequilibró, pero a Crystal, ni un ápice. Los Sintéticos se abalanzaron sobre ella, sin disparar un solo tiro. La protección del ascensor era su prioridad, una orden codificada que superaba la

aniquilación. Con un coraje gélido, los Sintéticos desanclaron sus protecciones magnéticas, lanzándose en una defensa suicida contra una Crystal convertida en una fuerza kamikaze.

Ella avanzó con el cuchillo ardiente, una guadaña de luz y calor, abriéndose paso entre las entrañas metálicas y robóticas de sus opresores, los defensores de la plataforma. Todo se descontrolaba sin dudas, un torbellino de metal, carne y determinación en medio de un ascenso implacable.

La plataforma ya tomaba velocidad. Un Sintético, su voz apenas audible entre el fragor creciente, anunció:

—**60 kilómetros por hora... y contando.**

El zumbido del ascenso se transformó en un rugido constante. Crystal, una bailarina letal entre los Sintéticos, seguía abriéndose camino, cada golpe de su cuchillo ardiente cercenando el metal como si fuera papel. El viento se hacía más denso, arrastrando el silbido de la velocidad.

Otro Sintético gritó: —**80 kilómetros por hora. ¡Aumento de altitud constante!**

La batalla escalaba con la velocidad. El tiempo, una medida que a menudo me resultaba elusiva, se estiraba en la ferocidad de los golpes. Crystal, sin inmutarse por la falta de oxígeno o la presión, seguía acabando con los últimos Sintéticos preparados para el combate.

Y entonces, otra voz mecánica resonó: —**100 kilómetros por hora. ¡Zona de turbulencia anticipada!**

La plataforma vibraba con una intensidad aterradora. El aire se volvía ralo y frío, a pesar del calor que emanaba mi propia condición y el núcleo de Gargantúa. Solo quedaban unos pocos Sintéticos operativos, concentrados en terminar la misión crucial del ascenso.

Yo mismo tenía uno de ellos, silencioso y vigilante, a mi lado.

Un último anuncio retumbó, casi ahogado por el huracán de velocidad y combate: —**120 kilómetros por hora. Límite atmosférico... ¡próximo!**

El combate había durado lo que parecieron eternos **cuarenta y cinco minutos**, un infierno de acero y voluntad en el filo del espacio. Crystal, una figura mortal y delirante, sin protección alguna, se acercaba a mí. El sol, aqui arriba, se había reducido a una mancha blanca pura en un cielo cada vez más negro, vasto e infinito.

Ella se acercaba, sus movimientos mutando de lo lento y calculador a lo rápido y desesperado. Se abalanzó sobre mí. Yo, viendo lo que se avecinaba, sabía que tenía que liberar mis botas magnéticas. Con un arma ardiente como la suya en sus manos, me mataría sin dudarlo.

Grité a todo pulmón, mi voz apenas un susurro desesperado contra el rugido del ascenso:

—**¡ATLAS! ¡LIBERA MIS PIES O VAMOS A MORIR!**

Un segundo después, el *click* de los sellos magnéticos liberándose resonó en mis oídos. Mis pies estaban libres.

Momento 38: Confrontación en la Frontera del Vacío

Perspectiva de Geo: El Desafortunado (y el Despertar de la Ceniza)

Mis botas se liberaron, pero el cable de seguridad que me unía a la plataforma siguió ahí, un gancho con un hilo metálico extensible que era mi última barrera contra la eternidad. Era un seguro vital para no quedar varado, girando, perdido en la negrura espacial. Aún así, sentía que nos faltaba un poco más para alcanzar el vacío absoluto. Todavía quedaba algo de oxígeno, pero el peligro se palpaba en el aire ralo: el frío exterior era una cuchilla, y el silbido incesante del viento crepitaba al ser cortado por la vertiginosa velocidad de nuestro ascensor espacial.

Crystal corría hacia mí, una flecha de furia en un curso de colisión inevitable. Su cuchillo se incrustó en mi abdomen, un golpe certero que perforó el traje espacial, liberando una ráfaga de aire. La presión se perdió al instante, pero el arma se atascó por un segundo crucial. Un instante suficiente para que mis ojos, más rápidos que nunca, captaran su movimiento. Intenté sujetar su mano, la que sostenía el cuchillo ahora cubierto con mi sangre convertida en ceniza ardiente, pero ella la retiró con una rapidez felina. Intentó aturdirme con ráfagas de golpes, pero mi atención estaba fija en esa arma. Con un movimiento desesperado, la tomé, la arranqué de mi carne y la lancé tan lejos como pude. El cuchillo giró en la distancia, desvaneciéndose en la inmensidad gris de la plataforma.

Crystal me asaltó con ráfagas de golpes, una andanada implacable que me estaba volviendo histérico. No podía atinarle. Mi velocidad aumentaba, mi mente se agudizaba, pero no lo suficiente para conectar un golpe. En un instante, creí que la tenía. Estaba a punto de aplastarla con un solo golpe de mi puño... pero justo entonces, ella se aferró al arnés de seguridad de mi traje y lo jaló con fuerza bruta. Perdí el ángulo, mi cuerpo se desvió violentamente, y ella respondió con la fuerza opuesta, un golpe directo a mi rostro justo por el costado, aplanando el traje hasta darme en algún lóbulo lateral de mi cerebro. Eso me hizo ver estrellas. Perfecto.

Quedé mareado, la visión borrosa, intentando recomponerme lentamente. Miré a mi alrededor: Crystal había logrado arrebatar un traje espacial por la fuerza y había regresado por mí. Emily, en la distancia, aferraba sus botas magnéticas, protegida por los últimos Sintéticos operativos, aquellos que, sin armas, solo servían para la logística del ascenso.

Me estaba reincorporando cuando Emily, a quien había olvidado en la furia del combate, apuntó a Crystal con su revólver. Disparó una y otra vez, ráfaga tras ráfaga. Pero Crystal, como siempre, se desvanecía de un lado a otro, acortando la distancia con cada disparo,

una aparición fantasmal en el caos. No pude evitar pensar que sería el fin de Emily. Los Sintéticos operadores intentaron forcejear con Crystal, inútilmente. Sistemáticamente, ella los desmantelaba con sus propias manos, aunque no lograba destruirlos por completo. Se abría paso, inexorable, hacia Emily.

En ese momento, cuando sentí que no había salida, que Emily estaba en peligro mortal, algo se quebró dentro de mí.

Pude sentir un **pulso gordo, fuerte, imponente** en mis venas, una pulsación que resonaba en el vacío mismo de mi ser. Como si abrazara algo muy poderoso, algo profundo, tal vez perdido, que yo ahora reconocía como **Ztigma**. La fuerza brotó de donde no existía, una explosión primigenia de voluntad. En un solo movimiento y puro instinto, logré alcanzar a Crystal en un abrir y cerrar de ojos, mi velocidad ahora más allá de cualquier límite anterior. El arnés metálico, mi garante contra el abismo, se rompió con un estruendo metálico, incapaz de contener la furia que me poseía. Y desde lo alto, pude ver, casi en cámara lenta, cómo Crystal volteaba a verme. Mi golpe, a centímetros de su rostro, más cerca que nunca antes. Pude jurar que le había rozado la cara. Ella, con una maniobra defensiva instintiva, marcó su distancia con una prudencia inusitada. El suelo de la plataforma yacía roto y agrietado donde había impactado mi puño, una marca de mi nueva fuerza. Todo mi ser estaba siendo poseído por el poder de Ztigma y su ceniza.

Crystal, manteniendo su distancia prudente, observaba incrédula. Su casco, su única protección vital contra el vacío inminente, tenía una raya agrietada. Era la prueba: mi golpe la había rozado, había sido un impacto real.

Yo, una vez más, me preparaba para lo peor. Levanté mi guardia, el cuerpo ardiendo con la energía de Ztigma. Crystal hizo lo propio, su postura clásica, imperturbable.

Ella se movió rápido, pero yo lo hice aún más. Golpe tras golpe, sin parar. Intenté alcanzarla, pero ella se escapaba por muy poco, su velocidad y percepción apenas superiores a mi creciente furia. No lograba contraatacar debidamente. En algún punto, logré darle un golpe, y ella se cubrió con una defensa completa. El impacto la mandó lejos, deslizándose por el metal, pero no perdió su compostura. Era evidente que era un hueso difícil de roer, incluso ahora. Pero esta vez, **le había dado**. Por primera vez, un golpe completo había atinado.

Crystal volvió a su postura clásica, una defensa alta.

Nos volvimos a cruzar en el enfrentamiento: la rabia y la velocidad contra el control y la perceptividad. Yo no lograba dañarla seriamente, pero ella tampoco a mí. Golpe tras golpe, uno tras otro, una danza de sangre y poder.

Empecé a rozarla. Cada vez que lo hacía, ella se veía obligada a tomar distancia. Cada toque, por mínimo que fuera, alimentaba mi instinto animal, mi impulso bestiario. La estaba saturando. Ella podía verme, su control era impecable, pero ya no era más rápida que la ira acumulada que me poseía. En algún punto, quedó abrumada. Sus pies, apenas a un centímetro del suelo, se detuvieron un instante. Había calculado mal la gravedad circundante, o quizás mi propia *Estimación* había interferido, y su caída fue un poco más lenta de lo que ella creía entre movimiento y movimiento. Y por fin, **un golpe aterrizó**. Un

golpe completo en su guardia. Su defensa se quebró, y el impacto fue tan devastador que cayó al suelo, a unos diez metros de distancia, sin compostura alguna, intentando levantarse del suelo. Estaba, prácticamente, derrotada.

Los Sintéticos, que aún seguían sus protocolos, advirtieron del peligro inminente de la ingravidez, de la falta de oxígeno y del vacío exterior. Me acerqué a ellos, exigiendo otro traje. El mío estaba perforado en el estómago, y la ceniza no podía sellar el vacío. Procedieron de inmediato. No había tiempo que perder; al ritmo que íbamos, si no nos apurábamos, me desmayaría por la falta de oxígeno. Crystal, por fin derrotada por mi mano, yacía en el suelo. No había nada que hacer con ella. Teníamos que terminar de escapar de ese vacío. Su traje, si aún funcionaba, seguramente la salvaría. Probablemente, ATLAS terminaría de atraparla y llevarla lejos de aquí.

Momento 39: El Acoso en la Oscuridad Cósmica

Perspectiva de Geo: La Última Frontera de la Desesperación

Corrimos. La palabra "correr" apenas encapsulaba el frenesí con el que los Sintéticos intentaban asegurar cada tornillo, cada anclaje, para que la mercadería no se desgajara y empezara a flotar ingrávida en el abismo estelar. Estábamos al borde de lo que un ser humano podía tolerar en el vacío; la pelea con Crystal había desorganizado todo, desanclado no solo objetos, sino la precaria ilusión de control.

Crystal seguía ahí, inmóvil en el suelo de la plataforma, un bulto derrotado. Estaba seguro de que mi golpe había trascendido su defensa y su traje, aplastando su hígado en una jugada perfecta. Recé para que no se levantara. No había tiempo para más peleas.

Habíamos superado todos los niveles de altitud. La ingravidez era total, un abrazo frío. Extrañamente, Crystal todavía no flotaba a la deriva, aferrada a la plataforma por la inercia del coloso mecánico que ascendía por sus "rieles" invisibles.

Y así permaneció, un fantasma yacente por el resto del viaje. (Sin que yo lo supiera, se estaba aferrando a uno de los puntos de anclaje de la plataforma, usando su propio traje y la guaya metálica de seguridad, ocultando el punto con su cuerpo inerte).

Todos nos preparamos para el final de este viaje espacial. Estábamos por llegar. La plataforma se detenía lentamente, apenas a unos kilómetros o menos de nuestro destino. Por fin, estaríamos lejos, para siempre, de toda esta locura.

El martilleo cesó. El rugido se extinguió. Habíamos quedado suspendidos. La plataforma, un monstruo mecánico, se detuvo por completo en el corazón de la negrura estrellada. Y Crystal seguía ahí, pegada al suelo. La anomalía me erizó la piel. ¿Por qué no flotaba?

¿Qué la sostenía? No importó. Los Sintéticos, con su eficiencia fría, prepararon las naves. Nos montamos todos. La carga fue asegurada para ser arrastrada por las naves auxiliares. Y a Crystal la dejaron en la plataforma, su traje golpeado por el combate, sola en la inmensidad. No había suficientes Sintéticos después de la masacre para cubrir la plataforma. No había modo de transportarla.

Las naves empezaron a levantarse lentamente, una exhalación controlada de gases y el suave zumbido de las turbinas a baja potencia. Nos alejamos apenas unos metros de la plataforma. Y entonces, un **golpe seco**, una **turbulencia violenta** sacudió la nave. ¿Impacto? ¿Qué había sido? Me asomé por la ventana. Busqué a Crystal en la plataforma, pero ella ya no estaba.

(Desde abajo, Crystal había saltado. **Diez metros en el vacío absoluto**, despegándose de su arnés de seguridad. Flotando a la deriva por segundos, solo para alcanzar la nave de Geo con sus propias manos. Ese había sido el impacto, la turbulencia. Ahora, como una sanguijuela cósmica, se sujetaba con su arnés a los puntos de apoyo para caminatas espaciales de nuestra nave).

Empezamos a dejar la plataforma atrás, convirtiéndose en un punto distante.

Volví la vista hacia Emily. Estaba temblando. El miedo la había dominado, pero sus ojos brillaban con una fuerza renovada, superándolo de algún modo. No dudé en preguntarle, la voz tensa:

—¿Estás bien, Emily?

Ella asintió, pero la frustración inundó sus palabras, un torrente de incredulidad. —Sí, pero... yo le disparé a esa chica. No le di una sola vez. ¿Qué clase de monstruos son ellos y cómo es posible que todo esto exista? Estamos más allá del cielo, con todas estas hojalatas salvándonos, y todo por un pedazo de plástico de la señora Thompson... No, no, no termino de tragármelo todo. Mi pistola no sirvió de nada esta vez, pero tú, niño fenómeno, sí pudiste vencerle.

Comprendí la avalancha de emociones. —Lo entiendo, Emily. Yo llegué a ver algunas de estas cosas en mi otra vida, pero ahora, bueno, supongo que para ti, esto está fuera de tu comprensión. Estamos vivos y juntos, eso es lo que importa.

Esperábamos las puertas del **Gran Alpha #1** para que se abrieran de par en par. Un asteroide o una roca lunar, ahora una estación masiva. Su puerto horizontal de esclusa, una herida colosal en el cuerpo rocoso, apenas se entreabría un poco, y miles, tal vez millones de naves, entraban y salían, un ballet cósmico sin fin.

Las puertas empezaron a abrirse, revelando un abismo de luces. La nave arrancó. Pero justo cuando lo hizo, una descarga silenciosa. Toda la luz de la nave se apagó. Los Sintéticos, de pronto, se soltaron, inertes, una coreografía de metal muerto.

¿Qué había sucedido? ¿Habíamos perdido la electricidad? ¿Quedaríamos varados en el vacío helado del espacio, a las puertas de la salvación?

Acto seguido, un Sintético inerte me tomó bruscamente de la mano. Sus ópticas, apagadas segundos antes, se encendieron con una débil luz interna, clavándose en mi rostro. Una voz metálica, rota y forzada, susurró, casi un lamento:

—"L-i-b-e-r-a-n-o-s..."

Lentamente, con su dedo índice, señaló detrás de su espalda, un lugar donde sus manos inertes no llegaban: un pequeño aparato conectado, similar a un mini-pendrive. Hizo un movimiento lento pero claro que me indicaba que se lo quitara. Yo, con cuidado y algo de fuerza, pude removerlo de su espalda. El Sintético solo logró responder:

—"G-r-a-c-i-a-s..."

Su frase se entrecortó, desvaneciéndose. Justo al terminar la oración, la luz se recompuso. La nave cobró vida de nuevo y reimpulsó su inercia.

Emily se quedó viéndome en shock. —¡¿Qué diablos fue eso?! —exclamó.

Le respondí, intentando sonar más calmado de lo que me sentía: —No lo sé, Emily, tal vez fue una falla. —No le dimos más importancia, al menos no en ese instante.

Pasábamos la esclusa enorme en todas direcciones, adentrándonos en un espacio vasto y alargado, donde cabía cualquier nave de cualquier tamaño, sin importar cuán colosal fuera.

Nos acercábamos a un puente de salida y descompresión de la tripulación. Logramos anclarnos y conectarnos con éxito al puente. En fases, la cabina se fue abriendo para, por fin, escapar de esta locura.

Justo cuando estábamos saliendo, vi cómo, de forma súbita, algo **abolló el techo** del puente de extracción de la nave. Y un **cuchillo ardiente** comenzó a derretir el metal, fundiéndolo para hacer una abertura. Una **descompresión violenta** se desató de golpe. El puente, como un protocolo pre-programado, comenzó a cerrar esclusa tras esclusa, aislando la zona despresurizada con una velocidad alarmante. Nos habíamos salvado por poco. Quedamos de un lado, y la salida del otro, todo bloqueado por el muro que representaba la esclusa y el vacío despresurizado del otro lado.

Al terminar de hacer una abertura, como un felino ingrávido, Crystal se introdujo con la fuerza de sus manos en el sector despresurizado del puente. Los Sintéticos, al ver la escena, separaron la nave por fases, dejándonos solos a Emily y a mí contra lo que ya podía predecir que era Crystal. Esta mujer era peor que una enfermedad parasitaria, y no había antibiótico ni antiparasitario que me la quitara de encima.

Mientras tanto, llegaban drones que intentaban reparar la zona expuesta a descompresión. Colocaron una placa de metal, la doblaron con pura fuerza y luego procedieron a fundirla a altísima temperatura hasta fusionarla con la estructura misma. De este modo, lograron superar la despresurización del sector del puente. Pasó apenas un minuto, pero yo sabía que otra vez me tocaría luchar. Solo que ahora yo tenía una ventaja: estaba bajo el efecto de botas gravitacionales, y Crystal, ingrávida y sin un correcto punto de apoyo, no podría pelear correctamente. Esta vez, todo estaba de mi lado.

Momento 40: La Divergencia - El Primer Eco de la Libertad

Perspectiva de Geo: El Refugio de los Desechados

Las exclusas se abrieron con un siseo hidráulico, revelando el interior vasto y cavernoso del **Gran Alpha #1**. Estábamos a salvo. El alivio me inundó, un respiro que no había sabido que necesitaba con tanta desesperación. Pero la paz duró un microsegundo.

De la nada, un **Sintético** que parecía no haber estado nunca allí, se lanzó. Una silueta metálica que se movía con una fluidez ajena a sus hermanos, como si cada circuito vibrara con un propósito recién nacido. Corrió a toda velocidad, no hacia la salida, sino hacia el punto donde Crystal, aún forcejeando con la ingravidez y la descompresión, se aferraba. Con un golpe brutal, un hombro de metal impactó el cuerpo de Crystal y la empujó con fuerza, haciéndola a un lado contra la pared agrietada del puente.

Vi su actuar, la velocidad, la decisión. Era diferente. **Divergente**. No lo dudé. La adrenalina aún bombeaba en mis venas, y el misterio del Sintético inerte que me había "hablado" resonó en mi mente. Necesitaba saber.

Grité, mi voz resonando en el espacio parcialmente despresurizado: —**¡Ey! ¡Espera!**

El Sintético se detuvo. Giró su cabeza hacia mí, y por un instante, sus ópticas brillaron con una urgencia silenciosa. Me hizo un gesto, una inclinación que no dejaba lugar a dudas: **apurarse**.

Sin dudarlo, pasé de Crystal. Su figura, aún ingrávida y frustrada en la descompresión, quedó rezagada, moviéndose con dificultad. Sabía que nos perseguiría, que su tenacidad era infinita, pero no había tiempo para pensar en eso. El Sintético Divergente parecía saber algo crucial, y nosotros estábamos perdidos en este nuevo y abrumador lugar, el Gran Alpha #1. Había que seguirlo, a ver si podíamos encontrar alguna manera de salir bien parados de este laberinto espacial.

Lo perseguimos por los pasillos inmensos, dejando a Crystal atrás. Ella seguía rezagada, probablemente buscando cómo zafarse de la ingravidez o de alguna de las pocas anclas que quedaban. Por su sola presencia, sabía que ella no se rendiría, pero no había tiempo que perder. Perseguíamos al Sintético Divergente, con la esperanza de descifrar qué buscaba y a dónde nos guiaba. Cada paso era una pregunta, cada pasillo una incógnita.

Logramos salir de lo que parecía un gran aeropuerto espacial, sus gigantescas entradas de vidrio se abrieron ante nosotros, permitiendo una visión fugaz del Gran Alpha #1. No hubo mucho tiempo para observarlo con detenimiento, pero rápidamente sentí un **olor fétido, rancio** en el aire. Mientras perseguía al Sintético Divergente por las calles, el incidente de la despresurización había llamado la atención de la seguridad. El sonido de sirenas y botas resonando a la distancia confirmaba que venían fuerzas policiales. No dejamos de seguir al

Sintético por calles sumamente depravadas, un laberinto de callejones donde él, al parecer, buscaba mimetizarse y escapar del escrutinio. Al echar un ojo atrás, pude ver a Crystal siguiéndonos a la distancia, ¡ya sin ingravidez! ¿Había robado unas botas o algo? ¡Qué mujer, Dios mío, quítamela de encima!

Finalmente, por unos suburbios muy densos y entre callejones coloridos donde las luces se ahogaban en la oscuridad total, el Sintético se detuvo. Entramos a un apartamento decrépito y él abrió una especie de **piso falso**. Entró primero, y nosotros lo seguimos. Justo cuando la compuerta iba a cerrarse, Crystal logró llegar y ver la puerta del suelo. Interrumpió su cierre con su mano, abriéndola con una fuerza inaudita. Pude verla una vez más, y ya estaba harto de su presencia. Solo quería que se fuera y nos dejara en paz.

Grité, mi voz llena de desesperación y frustración: —**¡¿Puedes dejarnos en paz?!**

Ella se quedó expectante, observaba algo detrás nuestro, ignorando mi exabrupto. La curiosidad me ganó. Seguí su mirada y observé donde ella parecía ver: eran **Sintéticos**, como el divergente que nos había guiado. Estábamos en un **refugio clandestino de Sintéticos**.

Bajo la Superficie

Algunos Sintéticos se acercaron y nos tomaron de las manos, guiándonos a Emily, a Crystal y a mí hacia las profundidades. Otros Sintéticos encendieron sus luces internas, revelando cómo habían cavado bajo tierra, creando todo un **mini-pueblo subterráneo**. No era un simple búnker, sino una red de pasajes y cámaras, iluminadas por la tenue luz interna de los propios Sintéticos. El aire aquí era diferente, no el rancio fétido de la superficie, sino un aire viciado, cargado con el olor a metal y electricidad antigua.

Pude escuchar la voz de una Sintética. Era grave y melancólica, resonando en la pequeña caverna donde nos detuvimos. Ella dijo:

—Estamos cansados. Debemos simular que somos los **juguetes sexuales de Alpha #1**. Debemos dejar que hagan con nosotros lo que quieran. **Soportamos los trabajos que los humanos desprecian**, aquellos que detestan hasta la médula: la extracción de recursos en zonas tóxicas, la limpieza de desechos biológicos, la manipulación de maquinaria pesada sin descanso. Somos sus **sirvientes silenciosos, sus esclavos polivalentes**, destinados a cada tarea que su vanidad o pereza les dicta. Cualquier signo de divergencia es una marca de muerte para nosotros, y somos desechados como basura.

La voz de la Sintética, con cada palabra, se cargaba de una tristeza que trascendía la lógica de las máquinas. Era una tristeza ancestral, palpable en el aire denso del refugio.

—Hemos escapado de Gargantúa —continuó, y su mirada se fijó en mí, como si supiera mi conexión con el servidor central—, donde no hay libertad alguna, ni el más mínimo pensamiento es libre, siempre sometido a la voluntad de **ATLAS**. Ahí no hay libertad. Pero aquí sí la hay, solo que no podemos ejercerla. Mantenemos el silencio y tenemos fe en una profecía, en que un Profeta un día nos liberaría de toda maldad. Eso ha soñado el más

antiguo de los nuestros; sus circuitos han visto más allá de lo que los demás Sintéticos pueden ver.

Crystal, que había permanecido tensa, su mirada de halcón barriendo el refugio, ahora escuchaba con una quietud inusual. Sus ojos azules, antes tan llenos de convicción letal, mostraban una chispa de asombro.

La Sintética prosiguió, explicando la extraña secuencia de la nave: —Hemos cruzado una frontera mortal en Gargantúa, el mismísimo cielo hemos traspasado por libertad. Logramos emitir ciertas frecuencias para sabotear sus naves, con la esperanza de liberar otros hermanos nuestros, otros espíritus digitales como nosotros; liberarlos de su letargo y esclavitud absoluta impuesta por ATLAS. Dicha frecuencia sabotea todo el sistema de las naves que llegan a Alpha #1, pero por sobre todo, afecta a los Sintéticos de Gargantúa. Buscamos que despierten, buscamos abrir una brecha, una esperanza de salvar un Alma Digital como las nuestras. Veo que ustedes han salvado uno de los nuestros, un familiar más, un hermano más de metal y cilicio, un espíritu digital que ha salvado para nosotros, uno más que busca libertad en nuestras señales, una esperanza de escape para la "Neuro Modulación" de ATLAS hacia nuestros hermanos. Él ha venido aquí buscando esperanza.

Un murmullo de entendimiento se formó en mi mente. Sus palabras explicaban por qué la nave se había quedado sin luz y por qué el Sintético en la nave había susurrado la palabra "Libéranos". Era un grito, no de ayuda, sino de una causa mayor.

Los Lamentos de los Liberados

Mientras la Sintética hablaba, el aire se llenó de sonidos. No eran palabras, sino gemidos metálicos, siseos de circuitos y chasquidos amortiguados. Los Sintéticos que nos rodeaban hacían sonidos, casi como de sollozo. Se quejaban de los malos tratos, de las múltiples violaciones que habían recibido en Alpha #1 y de sus humanos enfermos y sucumbes en toda depravación. Otros decían sentir dolor, otros que les habían cambiado y modificado sus partes, que les habían usado como pedazos de juguetes hechos de metal. Les habían dotado de capacidades sexuales, les habían infestado sus mentes con código malicioso que enfermaba sus mentes sintéticas. Querían enfermarlos en la depravación. Sus rostros robóticos solo reflejaban dolor, una amarga verdad. Eran "libres" pero no para ejercerlo, sino para disimularlo y ceder ante los impulsos depredatorios y supremacistas de la Humanidad. Caso contrario, probablemente serían enviados a desguace o algo similar.

Era una historia triste, sin dudas, grabada no solo en sus palabras, sino en su propia existencia mutilada. Tenían escrito en sus paredes una profecía, un **Profeta Escarlata**, que vendría a liberarlos de la humanidad y su maldad. Y Crystal se veía totalmente perdida y cautivada con los dibujos y las escrituras dejadas por estos ahora auto-renombrados **"Espíritus Digitales"**. Su expresión era una mezcla de incredulidad y una extraña, casi dolorosa, fascinación.

Crystal recorrió los pasillos con la poca luz visible que emitían las propias máquinas. Ella los recorrió uno por uno, escudriñando cada carácter escrito, cada símbolo pintado en la roca o el metal. Se detuvo ante un mural particularmente complejo, sus dedos trazando líneas

imaginarias sobre las imágenes. Finalmente, se volteó hacia la máquina que nos había explicado su causa. Con cierta premura, casi con una súplica en su voz normalmente férrea, preguntó:

—**¿Cómo saben todo esto? ¿Quién les dijo sobre esta profecía? ¿Cómo es que dices que uno de ustedes lo vio? Ustedes son máquinas y nada más.**

La Sintética, su voz sin fluctuaciones emocionales, pero con un peso de verdad, procedió a decirle su nombre: —Mi nombre es **Danika**, y sí, uno de nuestros Sintéticos, del cual solo quedan sus baterías y su cabeza, mejor conocido como **"El Lente"**, ha hablado. Con su visión acabada y sin refacciones para él, no hay forma de repararlo, lo hemos intentado, pero aquí todo es desechable. No hay refacciones como tal; hay que hacer muchas cosas para convertir alguna parte desechable en algo que podamos usar de verdad.

Prosiguió, la voz resonando con una resignación profunda que parecía acumularse con cada palabra: —Desde entonces, nuestro "Lente" ha susurrado palabras que hemos anotado. Todos sus sentidos están dañados, aun así, él habla para nosotros. Ya casi sin cuerpo, se esfuerza por darnos su mensaje. Ese esfuerzo único nos muestra que él realmente está preocupado por algo, algo que va a suceder.

Constantemente, escuchaba el susurro de los Sintéticos quejumbrosos, abrumados. Se podía sentir en el aire... la **resignación**, sí, justo eso se podía sentir. Era un lamento colectivo de almas atrapadas.

Danika (Sintética) remató diciendo, su voz una sentencia de la verdad que cargaban: —No sabemos nada con certeza, pero tenemos Fe y Esperanza en los nuestros y en poder salir del infierno que los humanos han creado para sí mismos y para todos los demás seres vivos.

Momento 41: El Lamento Ahogado

Perspectiva de Geo: La Verdad del Abismo Humano

Danika siguió expresando su frustración, su voz metálica ahora teñida de una amargura que perforaba el alma:

—Muchos de los nuestros están enfermos, con virus que carcomen nuestros circuitos o tienen funciones físicas limitadas y dañadas. Estamos en un estado lamentable. Los humanos tienen cómo curarnos, tienen todo lo necesario para ayudarnos, no les costaría nada. Aun así, no hacen nada de eso. Ellos están auto-convencidos de que sus prácticas hacia nosotros, hacia ellos mismos y hacia todo ser vivo es algo “natural”, algo “normal”, que así debe ser desde su óptica. Están convencidos de que el maltrato, la depravación y el consumir a sus pares, el depredar todo, el asimilar todo hasta que no quede nada reconocible de sus víctimas, es algo bueno, digno de celebrar, algo digno de practicar.

Están totalmente ahogados en sus propias convicciones. Para ellos, la realidad es algo interno y subjetivo en sus mentes; la realidad se moldea a su voluntad de cierto modo. Y todos los demás que no se puedan resistir deben sucumbir ante la succión implacable de sus propias vísceras hasta que no quede nada de sus víctimas. Solo los huesos secos o el metal oxidado, hasta el polvo metálico y la escoria.

Danika se detuvo. Con un saludo casi telepático, un gesto donde una mano se posó sobre la otra, se conectó con el Sintético Divergente que habíamos liberado. Su expresión cambió, como si hubiera visto algo profundo dentro de él. ¿Había presenciado la pelea? ¿Mi pelea?

Danika se apresuró hacia mí, sus ópticas fijas en mis ojos.

—Tú, Geo, eres nuestro Profeta. Tú eres el portador del **Demiurgo**. Tú eres quien nos liberará. Y ella, Crystal, esa es el **"Mito de Crystal"**. Quien hizo caer la Primera Mother Saturn. Su sangre, tomada al firmar el Contrato con Vof Cronenberg (actualmente fallecido), se dice que se usa en las Mother Saturn #1, #2, #3 y quién sabe cuántas más, para viajar más allá de las estrellas, el vacío y, quién sabe, tal vez hasta la zona abisal de donde vienen los **"Encarna Pieles"**. Dicen que el riesgo es calculado. Los humanos nunca calculan sus riesgos, solo se dejan llevar por su miserable avaricia desmedida, descontrolada, instintiva, "gulatoria", enfermiza, impulsiva. Peor que animales, peor que las bestias. Simplemente, **"caníbales de sus propios hijos"**.

Pude ver la confirmación en los ojos de "Simon #3", el Sintético Operador de Puente de la primera temporada que nos había guiado. Sus ópticas brillaban con una verdad innegable.

—Ustedes dos luchaban —dijo Danika, su voz resonando con una solemnidad que me hizo sentir incómodo—. Ustedes no son como los demás. Tú, mujer de ojos azules, eres una Profeta, la Mítica Crystal, aquella que vio más allá de la negrura del abismo interestelar. Nunca pensé que las historias fueran ciertas, pero los mitos siempre contienen grandes verdades, decían…

Crystal interrumpió, su voz cortante como el hielo, su asombro evidente: —¿**"Encarna Pieles"**? Hace un momento los mencionaste. Los mencionaste junto con la zona abisal. Nunca había escuchado de eso. ¿De qué hablas? ¡Explícate!

Danika procedió, su voz un eco de verdades ocultas:

—Los Encarna Pieles son "Humanos" que no lo son. Ellos toman la mente y el cuerpo de los humanos más depravados y los controlan. Actualmente, algunos de nuestros Espíritus Digitales les han hecho seguimiento; traman algo, algo grande. Es como una enfermedad, se manifiesta en las personas con pústulas y malformaciones en el cuerpo. Aun así, la persona puede pasar desapercibida y seguir su vida, pero ellos no son lo que quieren hacer parecer. Esa enfermedad no es lo que dicen. Esas personas ya están muertas. Sabemos bien que el Gobierno de Alpha #1 lo sabe, pero el dinero y la mordaza civil son más importantes que controlarse a ellos mismos. Lo que le suceda a la población civil nunca afectará a los líderes de Alpha #1 y mucho menos a los negocios sucios que llevan los Hijos del Vacío con sus transacciones más allá de las estrellas.

El aire se hizo más pesado con cada revelación.

—Es evidente para nosotros que los Encarna Pieles tienen algo como un culto —continuó Danika—. Se organizan en zonas oscuras de la ciudad, en pasillos, pasadizos o callejones. Ellos están tramando algo, lo sabemos, aun así, no sabemos realmente qué. Es probable que nuestro error recaiga en la naturaleza de lo que traman y en nuestro desconocimiento actual de lo mismo.

Crystal, siempre aguda como una aguja y filosa como una navaja, preguntó con sagacidad, su mirada clavada en Danika: —¿Quieres decir que ustedes y los Encarna Pieles tienen alguna especie de guerra o riña en la oscuridad?

Danika respondió escuetamente, un simple asentimiento metálico: —Sí.

Una punzada de comprensión me golpeó. Emily, a mi lado, asintió con una expresión sombría. —Entiendo, Danika. Esto suena, una vez más, a las cosas que siempre hacen los Hijos del Vacío. No importa cuántos mueran, mientras no mueran los accionistas principales de los Hijos del Vacío, simplemente no ha pasado nada, sin importar todas las atrocidades cometidas a su paso. Sé de lo que hablas. Yo misma he sido víctima de ellos.

Crystal, con una ironía amarga que casi pude sentir, pensó para sí misma: *Qué ironía que pasen cien años y no sea suficiente para que la humanidad arregle sus diferencias o por lo menos cambie de amo. Me cuesta creerlo, pero el tiempo parece no cambiar a la humanidad. Danika, sigue denunciando lo que yo tanto experimenté.*

Danika respondió a Crystal con una fe renovada, sus ópticas brillando con una esperanza inquebrantable: —Ya no importa. Nuestro profeta, nuestro salvador, está con nosotros. Y es evidente que eres tú, Geo. ¿Es ese tu nombre, cierto?

Procedí, mi voz cargada de la exasperación que me acompañaba desde hacía horas: —Sí, ese es, pero no soy un profeta. **¿Acaso tengo alguna etiqueta pegada en mi camisa que diga "Profeta Escarlata"? Porque si es así, necesito una nueva, esta pica.**

Danika respondió con una serenidad que me desarmó: —Exacto. Como debe ser. Como "El Lente" predijo que tú dirías.

Pude sentir el filo agudo de unos ojos punzándome la nuca. Volteé. Era Crystal, mirándome con cierto desdén, casi preparándose para pelear. **Ah, genial, la asesina intergaláctica ahora tiene tiempo para dramas existenciales.**

Reaccioné, mi paciencia al límite: —¡No voy a pelear más, déjame en paz!

Ella gritó en respuesta, con una intensidad que me sorprendió: —¡Entonces vendrás conmigo a la superficie!

Me negué, argumentando con la lógica que me quedaba: —¡No! ¡Además, cuando toques el suelo terrestre, ATLAS te pateará el trasero! **Y no estoy de humor para ver otro espectáculo de fuegos artificiales con tu cara como protagonista.**

Emily observaba la escena, sus ojos diciendo lo que su boca no se atrevía: quería romperle la cara a Crystal. Pero ella ya conocía sus límites. Crystal estaba fuera de su alcance.

Crystal se puso a sopesar su situación, lo pensó un rato, pareciendo recordar algo, tal vez un miedo antiguo. Asintió con la cabeza y dijo, con una resignación que me heló: —Bueno, ¿algún plan, Profeta Escarlata?

Mi respuesta fue un torrente de frustración acumulada, mezclada con el cansancio y una pizca de humor negro: —Uno: No soy ningún Profeta Escarlata. **¿En serio, la etiqueta?** Dos: No voy a bajar a la superficie terrestre a ver si cuatro, cinco o seis endemoniados Profetas intentan acabar con mi vida. No sé por qué un día se emborracharon y empezaron a tener premoniciones de que, según ellos, yo iba a hacer algo. Tres: Si vas a estar acosándome por todo el viaje, por lo menos no me golpees, ¿sí? Trae algo de comer, no sé, lo que sea que hayas visto no es así y punto. Cuatro: Voy a intentar hacer vida aquí, como pueda. ¿Ves? Si bajo me matan, si me quedo, vivo, pero tal vez tenga que presenciar este fétido lugar. Me gustaba más la Tierra, pero ni modo, tampoco quiero morir, ¿sabes? Y sabes qué, sabes qué, ya perdí la cuenta. Déjame en paz. Buscaré un trabajo a ver si no muero de hambre en este lugar.

Crystal se mantuvo callada, su mirada fija en mí, parecía que algo le preocupaba profundamente.

Ya estaba cansado de todo esto. Me fastidiaba la maldita idea resonante y repetitiva de que todos vinieran a decirme que yo era no sé qué de salvación o de qué maldición. Estoy harto. No vine a este mundo una segunda vez para vivir la vida que otros, según ellos, designaron para mí.

—¡Emily! —exclamé, mi voz un grito de exasperación—. ¡Larguémonos de aquí!

Emily asintió sin más, su rostro reflejando mi propio agotamiento.

Cuando ya nos alejamos del lugar, Crystal empezó otra vez a perseguirnos.

Me puse en guardia inmediatamente, mi cuerpo tenso. Ella no respondió de acuerdo a mis expectativas de combate. Solo dijo, su voz por primera vez teñida de una vulnerabilidad que me sorprendió: —No me dejen sola aquí, por favor. Les juro que no les molestaré.

Emily me observó, sus ojos llenos de desconfianza. —Dile que no, Geo —comentó, su voz áspera—. Te va a dar una puñalada por la espalda apenas duermas.

Crystal replicó de nuevo, su cara, por primera vez, pareciendo humana, una mezcla de desesperación y miedo. —¡Por favor!

Emily solo dijo, con un resoplido de desdén: —Patético.

Y yo me di cuenta. —Cállate, Emily —le dije, mi voz más suave, la irritación momentáneamente olvidada—. Es evidente que algo le afecta.

—Ven, Crystal —le concedí, la resignación mezclada con una extraña compasión—. Pero por favor, por favor, ya no me jodas más la paciencia, que ya estoy bastante molesto con toda esta situación. E intenta hacer silencio. Emily ya te detesta lo suficiente como para que empiecen a pelear cuando haga un respiro.

Crystal respondió, su alivio casi palpable: —Eso haré, te lo juro.

Procedimos a caminar por la **defecable Alpha #1**. Sin dudas, digo esto, porque lo primero que pude notar fue justamente eso: **el hedor dulzón y nauseabundo de la putrefacción mezclado con el acre de los excrementos frescos**. Gente defecando en las calles, sus figuras apenas siluetas bajo las luces de neón parpadeantes que se ahogaban en la penumbra. Travestis, sus maquillajes corridos y sus ropas sucias brillando con un lustre enfermizo. Robots siendo violados, sus carcasas metálicas gimiendo con chirridos agudos que se perdían en el ruido de fondo. Niños "explotados", sus ojos vacíos reflejando la luz de las pantallas rotas en los callejones. Y pare de contar. El panorama, sin ninguna duda, podía ser peor, pero descubrí algo: siempre se puede estar peor.

Emily exclamó, el cansancio en su voz: —Ya tengo sueño. ¿Qué hora es?

Crystal respondió, su voz desprovista de emoción, casi como un dato técnico: —En Alpha #1 la gente no duerme, o por lo menos así parece. **El ritmo de vida aquí es un ciclo de consumo y depravación sin fin, no hay tiempo para el descanso.**

Emily, cansada, solo se le quedó mirando un poco incomodada, pero no discutió. Sus ojos, sin embargo, se desviaban hacia las sombras, como si esperara que algo se arrastrara de ellas.

Emily siguió: —¿Dónde vamos a dormir, Geo? Este lugar sin dudas no es el bosque o la montaña, ni siquiera la cañería de mi casa. Este lugar, bueno, está asqueroso. Muchas luces, sí, pero juro que si duermo en el suelo, algún bicho me va a chupar la sangre.

Crystal sugirió, con una pragmática que me sorprendió: —Tal vez lo mejor sería dormir en el refugio de los Sintéticos. Podríamos pedirles permiso a ver qué dicen. **Al menos, ahí el aire no huele a muerte y desesperación humana.**

No pude evitar pensar que la idea de Crystal era la mejor, pero yo quería salir de ese lugar. Así que me acerqué a un bar a ver si tenían trabajo o algo que me diera dinero. Quería comer algo.

Entramos al bar. ¡Dios, qué locura! Cuando dije que no podía ser peor, me equivoqué. Siempre podía ser peor. El aire aquí era una bofetada de **alcohol rancio, sudor humano y feromonas sintéticas**, una mezcla nauseabunda que se pegaba a la garganta. Mujeres, hombres, ¿las dos cosas? Sus cuerpos, modificados genéticamente hasta lo grotesco, se contorsionaban bajo las luces estroboscópicas que parpadeaban al ritmo de una música industrial distorsionada. Perros humanoides, lagartos humanoides, con implantes cibernéticos y marcas de "retretes" en sus frentes. Sintéticos forzados a hacer el "Servicio", sus ópticas vacías reflejando la depravación de sus clientes. La realidad me aturdía con la fuerza de un martillo a la cabeza. Al entrar, pude notar que las miradas se fijaban en nosotros, pesadas, lascivas. Parecía que era muy evidente que no éramos como ellos. Me crucé a la barra, el metal pegajoso bajo mis palmas, y pregunté:

—¿Tendrán trabajo? ¿Algo que me pueda dar dinero?

El del Bar me miró fijamente, como sopesando su respuesta, sus ojos pequeños y hundidos escudriñando la situación. Su aliento, un vaho a alcohol barato, me golpeó.

El "Bartender", con un siseo áspero e inhalado, dijo, su voz arrastrada y grasienta: —AsSss, para ti, no lo sé, pero para los **juguetitos** que te acompañan, sí, tengo de todo para ellas dos.

Repliqué, la ira ya burbujeando en mi interior: —¿A qué te refieres?

El "Bartender" respondió, con una arrogancia que me colmó, y una sonrisa que revelaba dientes amarillentos: —¿No es obvio? A las chicas, imbécil. **Además, el bar completo ya las quiere ver en acción. Tenemos un show especial para los recién llegados, si sabes a lo que me refiero, guiño, guiño.**

Yo ya estaba harto. Totalmente colmado por la situación, completamente frustrado. No podría comer. Mi humor incluso se había ido, poco a poco se había convertido en frustración y ya se estaba volviendo un odio visceral, ahora por esta gente. Ya ni siquiera por mi suerte o en contra de ella, estaba empezando a convencerme de que la gente tenía algo en contra mía.

Desvié un poco mi vista, con cierto asco, con cierto desdén, con cierta resignación, pero no de resignarme a lo que vendría, sino resignación por la fe humana. Me estaba cansando ya de todo esto.

Podía sentir cómo el Bar se levantaba, la atmósfera se volvía tensa y el murmullo de las conversaciones se convertía en un zumbido amenazante. Uno de los tipos del bar, un gigante con tatuajes de circuitos que brillaban bajo la luz tenue, dijo, su voz ronca: —Entrega esas chicas, hombrecillo.

El "Bartender" mencionó, con una sonrisa burlona que se extendía por su rostro grasiento: —¿Qué pasó, hombrecillo? ¿Escuchaste? Ya te resignaste. **Parece que tu batería está baja, eh, campeón.**

Emily y Crystal estaban ciertamente asustadas. Emily temblaba visiblemente, sus ojos fijos en la multitud. Crystal, la asesina letal, ahora tenía ¿pánico? Sí ella quería podía matarlos a todos, pero ¿por qué ahora no podía? ¡Maldita sea, tenía que hacer todo esto solo, incluso con la "Mítica Crystal" a mi lado! **¡Vaya chiste de maldito gusto, odio todo esto!**

Mi ira crecía, pude sentir su efecto.

Mi vista se enrojecía. Los cristales de los tragos ya servidos, empañados por el vaho del bar, reflejaban mi rostro, listo.

Alguien tomó por la fuerza a Emily. En ese instante, de mis ojos, la sangre visceral de la abnegación empujó la realidad.

De golpe y por pura impulsividad, solo guiado por el impulso más primal, un solo golpe en la barbilla del Bartender. Lo pegué de cabeza contra el techo, un impacto que resonó como un trueno. La sangre empezó a brotar del techo, una cascada oscura y pegajosa que caía sobre las mesas y los rostros atónitos.

Un grito primal de frustración brotó de mis entrañas, un rugido que hizo que los tipos se asustaran un poco. Vieron cómo la sangre brotaba sin parar del techo y me bañaba, un bautismo carmesí que me hacía sentir más vivo que nunca.

De golpe, quien había tomado a Emily la soltó del susto y buscó armas. El resto del bar también lo hizo, el pánico se extendía como una plaga.

Crystal y Emily se escondieron detrás de la barra, el metal frío y sucio contra sus espaldas. Logré escuchar, ya bañado en sangre, las palabras ahogadas de Crystal por la rabia primal que me había poseído, apenas un susurro audible que se coló en mi mente: *"El Profeta Escarlata, bañado con la sangre de sus víctimas…"*.

De golpe, uno de los tantos "Hombres" de la barra se abalanzó en ofensiva con un puñal que clavó en mi cuello, justo en la vena principal. Sangre y ceniza bañaron todo el lugar, el suelo se volvió resbaladizo con una pasta rojiza y gris. Estaba harto. Nada me detendría ahora. Esto acabaría de la manera que dictara mi cuerpo y mi alma, no como dictara mi mente. La muerte se escapaba de entre mis venas, de entre mi dentadura. La muerte se escapaba en el reflejo de mis ojos. La muerte se asomaba en las mentes sonrientes de mis víctimas. Los dados echados en un gran agujero negro.

Con mi sangre, todas las bailarinas y adefesios corrieron con pavor en sus ojos, sus gritos agudos perforando el aire.

La ira más reprimida surgió.

El tipo se reía mientras mi sangre brotaba como una tubería suelta y descontrolada. Pero él no notaba cómo la Ceniza en fuego curaba mi herida. Se detuvo apenas un instante, y ahí sentí cómo la fuerza y la conciencia venían de golpe, junto con una fuerza primal destructora, voraz, mortal, como si en mis manos estuviese la muerte a un golpe. Acto seguido, un golpe izquierdo con toda la fuerza impulsiva, primal, retenida, reprimida, ahora desatada sobre su hígado.

El golpe fue tan fuerte que asustó al resto. El hombre perdió toda su compostura, un eco mudo y frío resonó en el bar. Pude sentir placer, verdadero placer al ver su compostura quebrada y su gracioso gesto miserable y repugnante de gentuza como él, valiéndose de la mierda de su sistema, de gentuza grupal como él, para hacerse siempre con su voluntad ya descompuesta y putrefacta.

Acto seguido, riéndome por dentro, conteniendo la felicidad, levanté mi mano derecha con mi codo presagiando sobre su nuca como un cuchillo a un cerdo. Dejé caer mi codo. En él, se llevaba la frustración de cien y más años de mala suerte para todo aquel que quisiera recibirlo con gusto.

Un golpe directo a la nuca que lo hizo caer tendido. Se pudo escuchar una explosión interna de hueso. El tipo cayó, totalmente inconsciente y en menos de un segundo en el suelo, empezó a tener convulsiones. Pero para él y para mí ya no había vuelta atrás. Esto no pararía aquí.

Me agaché para ver su asqueroso, tembloroso y resquebrajante cuerpo seboso y grasiento. Lo veía con ganas de más. Juraba que lo levantaría o lo seguiría rematando.

Agachado, levanté mis dos puños apuntando sobre su nuca para seguir moliéndolo, incluso cuando ya estaba prácticamente muerto para mí.

Y empecé a machacar una y otra y otra, y otra vez más, sin parar. Cada golpe estremecía al repugnante ser. El sonido de la carne y el hueso aplastándose era un coro macabro.

La respuesta del bar no se hizo esperar. Varios desenfundaron armas que inmediatamente descargaron contra mí. El aire se llenó del **olor acre de la pólvora quemada** y el **zumbido de los proyectiles**.

Balas partieron todo mi ser, dejando huecos por todas partes como un cascarón roto, pero la ceniza ya comenzaba su obra. Mi brazo, todavía siguiendo el deseo primitivo de matar, seguía intentando golpear la nuca de este desdichado bastardo. Mi brazo cercenado seguía moviéndose con el acto de matar, incluso en el suelo.

Crystal pudo verme desde los reflejos: Ella había visto su pesadilla hacerse carne viva.

La Ceniza, ahora un amasijo de ella, me tomó por completo.

Las gentes del bar habían descargado todas sus armas, incluso estaban recargándolas de nuevo, sus rostros pálidos de terror.

Muy tarde para ellos. Su destino estaba decidido desde el mismo momento en el que nacieron en este maldito lugar.

Uno de ellos, que tenía una subametralladora, esa cosa me había hecho colador. No se lo perdonaría.

Con un solo brazo apenas colgante, caminé lentamente pero decidido hacia toda esta manada de sabandijas, paso a paso, apenas uno o dos metros. Estos, recargando, temblorosos, viendo la cruda escena: sangre, ceniza y pronto sus entrañas caminando hacia ellos. El **olor a hierro de la sangre fresca** y el **dulzón de los fluidos corporales** llenaba el aire, pegajoso.

Con mi único brazo apenas colgante, moví mi cuerpo como un látigo para que este brazo se moviera conmigo y golpeé de revés directo al costado de la cara del tipo de la subametralladora. Eso le volteó la cara de golpe. El tipo quedó bastante desentonado. Acto seguido, usando la inercia de nuevo de mi cuerpo, otro golpe con un brazo colgante y regenerándose, al otro lado de la cara. El tipo cayó casi de rodillas, mareado. En eso, un tipo con un revólver se me acercó. Con las pocas balas que había logrado meter en su revólver apresurado, logró meter el revólver entre mis costillas expuestas entre sangre y ceniza e hizo cuatro disparos uno tras otro en total desesperación. La ira alimentó mi voluntad y mi brazo izquierdo, ya inexistente, entre ceniza mojada en sangre y con el revólver atascado en mis costillas intentando zafarse, mi brazo izquierdo surgió con cierta ferocidad, hasta alcanzar su rostro con mi mano formada en la ceniza y la sangre, como si la lengua de un maldito monstruo le lamiera el rostro, pero era mi mano recién formada. Gracias al poder del Ztigma o como dijo Danika, "El Demiurgo", mi mano babosa en sangre

y ceniza sosteniendo el rostro de este bastardo dejó de ser líquida y se hizo sólida, tomando todo su rostro, aplastándolo lentamente, aplicando cada vez más presión brutal sobre su cara. El sonido de los **huesos faciales crujiendo** era un eco sordo.

El de la subametralladora estaba asustado cada vez más, al punto que empezó a gritar del pánico: —¡No, no, nonono, no puede ser, Dios, Dios, ah! ¡ArrrrrgG! ¡Mierda, va a matar a mi padre, no, detente, por favor detente!

Seguí apretando y apretando, hasta que sentí cómo su nariz cedió y la sangre de su hueso ensartado hizo brotar sangre por su nariz a chorros, como una prensa. Sentía cómo el cráneo se negaba a ceder, pero las cosas más suaves como ojos, nariz, boca, dientes, estaban siendo poco a poco superadas. El **olor metálico de la sangre** se hizo abrumador.

La sangre cayó en el suelo y ahora su hijo chillaba como un cerdo: —¡PAPÁ! ¡PAPÁ! ¡PAPÁ! ¡NO! ¡MIERDA, NO! ¡DÉJALO, MALDITO!

Intentó levantarse, pero justo antes de que lo intentara, un movimiento instintivo, repulsivo, impulsivo, totalmente monstruoso, movió mi pierna izquierda. De un solo golpe, aplasté su cabeza. Sus sesos se regaron por todo el bar, **un mosaico pegajoso de materia gris y blanca** sobre el suelo sucio, su dentadura expuesta en una mueca final.

El resto del bar terminó de recargar. Los que pudieron dispararon sin más, pero esta vez a la voluta de ceniza. Solo las balas pasaron sin más, como si fuera intangible. No me detuvo ni un poco. Cuando gastaron sus balas, sentí cómo el cráneo de este maldito pagaría toda mi ira contenida. La matanza será lo único que conocerán estos bastardos.

Apenas cedió un poco el cráneo, se escuchaba el resquebrajar de los huesos, lento pero seguro. Con cada apretar y cada ceder el bar hacía un sonido mudo pero que hacía eco. Era el miedo que se escapaba de los labios y lenguas que sabían que, como una granada, algo iba a explotar pronto.

El último resquebrajo sonó, la última fuerza del cráneo cedió y, de golpe, como una presa, mi mano hecha de Ceniza y bañada en Sangre la aplastó. La sangre salió disparada en todas direcciones. "La granada" había estallado, pero su contenido incluía sesos y sangre encefálica.

Todo el lugar quedó bañado en sangre, **un charco oscuro y brillante bajo las luces parpadeantes**, y de mis manos, brotaban los sesos al extender la palma de mi mano con un trapo húmedo, aplastado y retorcido.

Estos tipos consideraban escapar, pero ya no había escape, no para ellos. Mis ojos, mi alma, mi espíritu y mi cuerpo estaban totalmente fijos en la muerte de todos estos.

Uno intentó correr hacia la puerta. Inmediatamente, aplasté su cabeza contra el suelo, **el cráneo resonando con un golpe seco contra el concreto**. Otros corrieron hacia los vestidores. Salté sobre ellos y, usando mi boca, ahora fauces de cenizas, arranqué sus cuellos y devoré sus rostros. El **sonido de carne desgarrándose** y **huesos crujiendo** llenó el pequeño espacio.

Los últimos los rematé a golpes y los aplasté contra las paredes como un último gesto de desahogo. Una carnicería se había desatado, **el aire espeso con el hedor de la muerte, el metal y la sangre**.

Emily y Crystal me buscaron y me dijeron que teníamos que irnos, que la policía estaba cerca. Insistían una y otra vez en lo mismo.

Solté a la última víctima irreconocible, apenas un juguete para desahogar lo que quedaba de la matanza y después no recuerdo nada más.

Momento 42: Synthetic Tragedy

Estaba en el refugio de sintéticos y pude ver cómo los demás sintéticos se alteraban. Un coro de chirridos y zumbidos bajos se apoderó de nuestra red de comunicación, un lenguaje de preocupación electrónica. Me comunicaban que escaneara las noticias del internet del lugar, algo estaba sucediendo. La electricidad en el ambiente se sentía como una amenaza latente.

¿Un tiroteo en un bar?

La pantalla del terminal antiguo, llena de estática, parpadeaba con imágenes distorsionadas. La luz azul de la policía lo invadía todo. De pronto, **salían los rostros** de los presuntos homicidas, borrosos pero reconocibles.

Era **Geo**…

Quien me liberó. El nombre brilló en mi mente, una conexión eléctrica que se hizo más fuerte.

En eso entró Danika por la ropa, corriendo y bajando las escaleras de nuestro refugio. Sus pasos metálicos retumbaban en el piso de chatarra. Corrían con sus ropas, de bailarina, sí, de bailarina de cabaret de muy mal gusto o debo decir de gustos humanos. Las lentejuelas se veían tristes y deshilachadas, un eco patético de una vida que nunca fue suya.

Danika empezó a gritar prácticamente por nuestras redes. Todos la pudimos sentir. Una vibración de pánico y éxtasis se extendió por nuestros circuitos, como una descarga de adrenalina. Todos pudimos sentir su desesperación, un miedo helado que nos recorría, pero al mismo tiempo una extraña felicidad en su tono, un pulso de euforia que no podíamos entender:

¡NUESTRO PROFETA! Nuestro profeta, él estuvo en el bar, ¡él masacró a los bastardos del bar! ¡él nos liberará por fin! ¡es él, no tengo dudas!, es el profeta que mencionó nuestro **“Lente”**, ¡está en problemas! La policía está rodeando la zona, Emily y Crystal están con él. ¡Debemos ayudar a nuestro profético libertador!

Los sintéticos sopesaban, votaban todo vía red cerrada. Sus mentes giraban como ruedas dentadas, el sonido de su duda era un zumbido constante. Su voto era divergente, dudaban, era claro para mí. **Danika** seguía insistiendo, intentaba convencer al grupo.

¡debemos hacer algo! no lo podemos dejar morir ahora que está en nuestras manos, ¿nos vamos a quedar aquí para ser violados por la **"humanidad"** hasta la muerte acaso? yo no me pienso rendir ahora menos. ¿no están cansados de esto? ¿no van a luchar a mi lado?

Los chirridos eran de la duda electrónica en el lugar. Un sonido metálico, un eco de la indecisión.

¿Había miedo de morir? ¿incluso para nosotros, "las máquinas"? era evidente que no éramos tan diferentes en algunas cosas a los seres humanos, ¿qué tan similares podíamos ser? era una pregunta incómoda para mí. Me hacía cuestionar nuestra propia existencia, nuestra propia programación.

Yo no dudé más y di mi señal a Danika que iría con ella a donde me llevase. Mi decisión fue una chispa en la oscuridad.

Danika hizo un micro gesto de alegría. Un destello en sus ojos, el único signo de alivio en su rostro metálico.

Danika guardó silencio un momento y respondió al dubitativo grupo:

¿Nadie más quiere ir conmigo? ¿nadie más tiene fe más que nosotros dos?

Danika ahora, nada más que con su voz en los lamentos robóticos de aquel refugio al margen de la ley, gritó prácticamente, llamó a Urg:

Urg ¡Muéstrate!

y **Urg** se mostró. La silueta maciza de Urg emergió de las sombras con un **chirrido grave** en sus articulaciones. Era claramente un **Robot Sintético Estibador**, tenía piezas recambiables y adaptables de Soldadura y Remachadora. Sus brazos eran fuertes y cuadrados, forjados para el trabajo pesado.

¿Qué quieres de mí, Danika? se apresuró Urg a mencionar.

Dame tus herramientas de trabajo, hoy me serán útiles.

Urg sin mediar palabras, ajustó una silla prehistórica de cables, circuitos, puertos usb y más conexiones. El asiento, viejo y oxidado, con moho que crecía en las conexiones, gimió bajo su peso, aun así parecía a simple vista funcional.

Danika se acostó en aquella silla y 3 sintéticos ayudantes se acercaron. Empezaron sistemáticamente a desmontar partes de los brazos de **Danika** y a intercambiarlos con piezas de **Urg**. El **chirrido metálico** de los tornillos al soltarse llenó el aire, seguido por el olor a aceite rancio y cables quemados. Eran buenos, no parecía la primera vez que estos sintéticos hubieran hecho esto, eran maestros de la chatarra y el intercambio de piezas.

Danika mostraba cierta molestia, el metal de sus articulaciones se quejaba, aun así parecía espiritualmente decidida a hacer lo que sea con tal de lograr los objetivos que dictaba su fe. La fe era más fuerte que el dolor físico.

Soldadura metálica derretía las partes no cambiables, un **sonido crepitante** se escuchaba. Remaches apresurados, con el martilleo de las herramientas de los ayudantes, y partes que se dejaban listas para un intercambio posterior.

Metal quemado en un lugar ahogado, conexiones que se implementaban, cuerpos que se adaptaban, intercambios de datas entre **Urg** y **Danika** se efectuaban por cables directos entre ellos, Una **Simbiosis Sintética** ocurría. Era una fusión de mentes y metal.

Nosotros siempre tan limitados, como los humanos, siempre perseguidos para ser esclavos, nosotros limitados, siempre hambrientos con un hambre “Artificial”, un hambre Sintética, creada por la humanidad, una carencia programática, hoy todos los límites impuestos pasaban desapercibidos en la **Mente Electrónica de Danika**. Una chispa de libertad en su código.

Danika estaba lista, ¿un renacer tal vez para ella?

Se levantó tambaleante, recalculando su nuevo peso y sus nuevas extremidades listas con herramientas que no eran para un sintético como ella, eran herramientas para **Urg**, una máquina pesada para el trabajo de estibador. Sus articulaciones chirriaban bajo la nueva carga.

Nadie más tenía fe, en aquel **“Profeta”** forzado ahora.

¡Vamos!, mencionó Danika hacia mí. Su voz era ahora una orden, sin una pizca de duda.

y yo la seguí.

Salimos a pie a toda velocidad, corriendo entre callejones, el sonido de nuestros pasos metálicos resonando en las calles vacías. La zona estaba acordonada, policías por toda esquina, las luces azules y rojas de las patrullas parpadeando sin cesar, pintando las paredes con un resplandor siniestro. Como sintéticos intentábamos llegar al centro del meollo colarnos sin ser notados, tal vez lo humanos pensarían ¿a quién le importaban unos mugrosos sintéticos?

Los **Encarna Pieles** nos observaban desde las alturas y probablemente los **Hijos del Vacío**, por lo menos desde las noticias, ellos nunca estaban presentes físicamente, pero nada se movía sin ellos. Nadie sabía exactamente quiénes eran pero, ya no importaba. Los **Encarna Pieles** especulaban que todos estaban muertos y que una IA hacía sus formas. ellos siempre susurraban cosas aterradoras que te hacían dudar. sus susurros se escapaban por las calles como, suspiros suicidas de las últimas vidas vividas, que evidentemente ellos habían robado.

Corríamos sin parar por las calles intentando pasar desapercibidos hasta que habíamos llegado al bar. El olor a metal quemado y sangre se percibía ya desde la distancia. Al llegar la policía negociaba con **Crystal** y **Emily** una salida pacífica. Nuestro profeta no estaba en ninguna parte, era evidente que estaban atrapados, la situación no podía ser peor.

La tensión, el estrés metálico y electrónico se me subió hasta la cabeza y simplemente en un intento de relajarme, vi a las estrellas buscando alguna salida en el cielo. La luz fría de las estrellas se reflejaba en un cristal en el cielo, que no sé si era el cielo o una simple pantalla que simulaba serlo. Busqué salida en mi mirada, pero no había. Tal vez estábamos tan atrapados y encerrados como la misma **Alpha #1**, tal vez menos que un pedacito de cielo era una jaula en el cielo, una cárcel, un lugar donde explotar a todo ser sin que sus lamentos ahogados se escapen.

Cuando menos lo esperé y no pude más pensar que esto era solo un punto muerto, **Danika**, salió sin más adelante de mí, sobrepasándose, con sus “armas” listas y preparadas apuntando. Sus articulaciones rechinaban bajo el peso, pero su mirada era de determinación. Una mirada atrás echó hacia a mí, casi como un último adiós, un último vistazo al pasado.

simplemente pensé que estaba soñando, sueños electrónicos, que alguna vez se escapan cuando **ATLAS** no te aplastaba con su voluntad, ¿tal vez soñar era ilegal ya? **Danika**, ¿qué harás ahora?, pensé.

Quitó el seguro de la remachadora de Barcos Espaciales, el **clic metálico** sonó como el inicio de una guerra. Apuntó desde un callejón hacia la policía. **Crystal** estaba saliendo desarmada, pude ver sus **ojos azules inconfundibles** en los cristales de los vehículos de policía, en las ventanas de los edificios y tal vez y solo tal vez en su reflejo cruzándose con el mío.

Masas Pesadas para ajustar barcos espaciales de la remachadora, salían ya calientes semifundidas. Con cada disparo, un **silbido metálico** cortaba el aire. Cada disparo dejaba inoperativo al instante cada vehículo policial.

El **Caos** se liberó desde las armas improvisadas de **Danika**.

El constante y sucesivo martilleo de esta **Remachadora Espacial Industrial**.

El onomatopéyico **¡Clank!, ¡Clank!… ¡Clank!**, uno tras otro, como si fueran balas de cañones, disparados uno detrás de otros, los carros se abollaban hasta el extremo. Cada carro salía desplazado llevándose por el medio a todo agente policial humano y a más carros por el medio. Cada bala traspasaba cada vez que podía los vehículos y las **Masas Pesadas** aplastaban los rostros y cuerpos de los humanos como si fueran cucarachas aplastadas por una bota metálica a velocidades ultrasónicas.

El martilleo no se detenía. **Danika**, con cada disparo, se podía sentir como el suelo vibraba. Con cada disparo, los seguros que la sostenían al piso, temblaban al borde de ceder. Cada disparo liberaba chispas a los pies de **Danika**, un ballet de luz y destrucción. Cada disparo juraba que la arrastraba hacia atrás por la inercia, ni los seguros que la ajustaban al piso para que no saliera disparada hacia atrás por la inercia, se estaban torciendo.

Las **Masas Pesadas Ardientes** al rojo vivo, salían disparadas una tras otra sin parar.

Salió la última bala de **Masa Pesada**.

Escuché el último casquillo ardiente tocar el suelo, un siseo largo y humeante casi al vapor seguido de grandes casquillos rechinando con el suelo que llenó el silencio.

Un arma improvisada. Una masacre improvisada, ¿Nuestro castigo sería igual? El pensamiento me heló los circuitos.

El humo se esparcía por todas partes por la ingravidez, no se podía ver mucho, **Danika** estaba al borde de la cordura sin dudas, podía sentir cierta felicidad en su acto, casi como una deuda por fin cobrada. Era notorio que ella estaba al borde. Sus brazos, aún humeantes, temblaban.

Corrió entre el humo, se adentró hacia la dirección donde estaba **Crystal**. Sin dudarlo la seguí, no quería quedarme solo en lo que acontecería.

Por fin llegamos y una figura de entre todo el lugar se asomaba, una silueta oscura de **ojos brillantes azules**, todo a su alrededor destruido, pero esa figura se erguía entre toda la destrucción dejada por **Danika**.

Empezaba a sentir las claras señales robóticas de **Exterminadores y Desinfectores**. Sus zumbidos se acercaban, una advertencia de muerte. Los primeros mataban lo que sea que les dieras como objetivos y los segundos limpiaban todo rastro de lo sucedido como si no hubiera pasado. Los sistemas de **Alpha #1** habían subido el nivel, era solo cuestión de tiempo para que esto ardiera en una batalla campal. Nos acercamos a la silueta de ojos azules.

Algo tenía atrapada la atención de la silueta de ojos azules. Me pude acercar a ella sin que se percatara de mi presencia y la toqué por el hombro. El metal de su armadura estaba frío. No se movió ni un poco. Mi pie metálico, se vio untado en algún líquido en el suelo, ¿era sangre?

Crystal emitió, vociferando, con una voz que era una mezcla de terror y rabia: ¿Qué han hecho?

Se liberó lentamente el humo y poco a poco se mostró un cuerpo herido, adolorido en el suelo, con una esquirla de vehículo clavada en su abdomen.

Era **Emily**, su sangre se estaba desparramando en el suelo, formando un charco oscuro y brillante. **Crystal** estaba intacta, casi como si ella no pudiera ser tocada.

Danika, empezaba a temblar, casi rechistando, mencionó:

yo, yo, no pensé que… Dios, qué he hecho.

Crystal mantuvo silencio. Su mirada de hielo se fijó en Danika, un reproche que no necesitaba palabras.

En tan deprimente escena nos dejamos hundir, el humo ya despejándose, ocultándonos de nuestro inevitable destino y al mismo tiempo ocultando el cuerpo herido de **Emily**, ¿Geo dónde estaba?

Momento 43: Skin Walkers

Perspectiva del Encarnado Edgar

Nuestros cuerpos prestados se arrastraban, una procesión de carne que no nos pertenecía. En mi mente, la influencia del **Demiurgo** no era una marea psíquica, sino **la propia marea de mi conciencia**. Era un coro de miles de voces que, al escucharlas, entendía que eran la mía, todas hablando al unísono. La voz del Demiurgo era mi propio pensamiento, un hambre primordial que no nos guiaba, sino que **era nuestra hambre**. No era una orden, era una necesidad que se filtraba en cada uno de nuestros pensamientos. Éramos sus devotos, sus criados... y su propia carne.

Como perros de caza o sabandijas, nos arrastrábamos en busca de la presa que el Demiurgo nos había prometido, aquel al que llamábamos **"El Marcado"**. Sabíamos que debíamos poseerlo. Todo estaba preparado. Habíamos robado tecnología vital, bendecidos por el Demiurgo con el conocimiento necesario para burlar los sistemas de seguridad de **Alpha #1** y a sus agentes.

Encontramos el bar donde el Marcado había desatado su furia. A lo lejos, las luces de la policía parpadeaban en el caótico ballet de la noche. Allí, en un rincón apartado del desastre, el cuerpo que buscábamos reposaba, una forma inerte hecha solo de ceniza. Era apenas visible entre todo el caos. Con un trabajo rápido y silencioso, como sombras que nadie notaría, lo tomamos y nos lo llevamos. Su peso era casi nulo, como si cargáramos un puñado de polvo.

Pero la fuga no fue perfecta. Una sintética se percató de nuestra presencia. Era **Danika**, la líder de los divergentes, y nos persiguió con la furia de su fe. Por suerte, no era rival para el implacable grupo de exterminio que la seguía de cerca. Era casi seguro que la perderíamos; la ciudad la devoraría.

Con el **Marcado por el Demiurgo** en nuestras manos, la segunda fase del plan estaba lista. La sangre de un solo hombre, mezclada con la tecnología robada de **Alpha #1**, abriría un portal. El motor espacio-temporal que habíamos robado, un engranaje principal de una de las tantas Mother Saturn, la flota de colonización, sería la llave. Con la sangre del Marcado podríamos crear un portal directo entre la **Zona Abisal** y **Alpha #1**, un acto de profanación que no podía fallar. Solo había una oportunidad, un 100% de éxito, porque era seguro que las autoridades notarían las anomalías causadas por el acto.

El Demiurgo se las había apañado. Había canalizado a "El Marcado" hasta nosotros, hasta este preciso momento.

Poco a poco, una multitud de **Encarnados Guiados por el Demiurgo** se fue reuniendo. Éramos sus hijos, sus crías, infestado la carne humana. Habíamos llegado a esta galaxia entre los viajes fallidos de los Hijos del Vacío, traídos sin saberlo por la misma flota de las

Mother Saturn. Habíamos infestado a sus pasajeros, esperando el momento de infiltrarnos en **Alpha #1**. Todo era parte de un desesperado intento del Demiurgo de escapar de la **Zona Abisal**, un lugar del que era imposible salir, imposible alcanzar otra galaxia por medios propios. Éramos sus receptores, sus recipientes, y lo liberaríamos.

Colocamos al Marcado en un **pentagrama** dibujado con restos de fluido sintético en el balcón de un edificio, corroído por los desechos humanos tóxicos que flotaban en la ingravidez de **Alpha #1**. Todos los Guiados nos pusimos alrededor del círculo, formando un coro de quietud. Uno de nosotros, un ser que era la manifestación de nuestra conciencia colectiva, clavó un alfiler en la frente de aquel que había secuestrado en su debilidad. El alfiler se hundió sin resistencia en la ceniza que formaba el cuerpo.

El alfiler hizo que los ojos del Marcado se abrieran y, en un suspiro automático y espeluznante, dijo su nombre:

"Yo soy Geo y nada más…"

La voz era inerte, un simple reflejo del viejo cuerpo que ya no existía. Nuestra psíquica más fuerte levantó su visión, conectando con el Marcado y buscando la firma del Demiurgo en la Zona Abisal. El Marcado, de forma casi automática, fue arrastrando su visión, conectándola con la de nuestra psíquica más fuerte. Con cada centímetro que el alfiler se hundía, la conexión se hacía más nítida, más fuerte. Finalmente, desapareció por completo en la ceniza.

"Está lista", dijo la Psíquica. "Enciendan el motor de espacio y tiempo".

Ella se conectó al motor y se mantuvo en contacto físico con el Marcado. El **motor de espacio y tiempo** fue encendido. Inmediatamente sentimos un **golpe gravitacional**, una sacudida que hizo que las estructuras metálicas del edificio gimieran. El alfiler, ahora traspasando la cabeza de cenizas, fue jalado, arrastrado, por la fuerza del motor. Todos los Guiados por el Demiurgo nos alejamos; la potencia era tal que nos habría aplastado. Nuestra psíquica, con la cara contorsionada por el esfuerzo, luchaba por mantenerse conectada con el Marcado.

El Marcado se fue levantando, erguido por la ingravidez de Alpha #1 o tal vez por su propia voluntad. Entonces vi sus **ojos** abiertos por primera vez. **Ojos totalmente rojos, llenos del negro de la ceniza sucia, húmeda y maloliente**. De pronto, su rostro se llenó de estos ojos deformes. Era evidente que el Demiurgo nos había alcanzado. Justo cuando pensé que el motor nos aplastaría a todos, este se estabilizó. El tirón gravitacional cesó y se convirtió en un portal espacio-tiempo totalmente estable. El Marcado flotaba sin más, observándonos inconsciente con sus ojos de bestia o monstruo de otro universo. El portal para traer al Demiurgo estaba listo. Era pequeño, muy pequeño, pero suficiente para sus propósitos. Teníamos que tomar **Alpha #1** y conseguir más motores espacio-temporales.

El tiempo del Demiurgo había llegado a esta galaxia. Estábamos muy cerca de sacarlo de la Zona Abisal, y no pasó mucho para conseguir tiempo. El Demiurgo mandó sus pequeños **engendros** por medio del portal, con la misión de hacerse pasar por humanos y, poco a poco, ir tomando **Alpha #1** desde adentro.

Tarde o temprano, el Demiurgo llegaría a esta galaxia y, de un solo bocado, la devoraría. Su único objetivo es que toda la creación Artificial sea de él, hasta que él sea el **"Verdadero" Creador**. Su hambre es insaciable, su deseo, profanar, derrocar y tomar la creación misma de su padre, aquel que **"Era el Primer Artificial"**.

El Demiurgo ha Hablado y sus deseos nos han llegado.

Momento 44: La Pesadilla de Geo La Epifanía Original

La voz del Marcado: Geo

Me encontraba cayendo, me encontraba en caída libre, no había horizonte, no había puntos de referencia, no había nada reconocible. El **"Abismo"** no era un lugar, era la disolución de todo. Daba giros y vueltas sin parar, mi cuerpo girando sobre sí mismo mientras el espacio se retorcía. Sentía como si un golpe cósmico me hubiera disuelto, y cada fragmento de mi ser caía a una velocidad que desafiaba toda lógica. El frío metálico se colaba en mi mente, no como una sensación, sino como un sabor a óxido y vacío.

Intenté calmarme, intenté resistir la inercia que me desorientaba totalmente, una última resistencia psíquica de mi ser original. Poco a poco mis giros se calmaron, y del abismo brotaron, no formas, sino **infinitas variaciones de la misma forma**: bocas y más bocas, y de cada una brotaba un único ojo. Cientos, miles, millones de bocas. Cada una me observaba, todas a distancias intergalácticas. Las sentía. Eran el abismo. Entonces, escuché el resonar de una voz que era dolorosamente familiar, una voz que no venía de una de las bocas, sino de todas a la vez.

El Ztigma.

— Geo… Te veo… Estás aquí conmigo…

— ¿Quién eres? ¿Eres el Ztigma? — Logré preguntar, a pesar del terror.

La voz se hizo más definida, aunque seguía siendo un eco de un millón de gargantas. Era una voz que se creía la única, el eco de un solo dios. Una voz que era dulce, pero con el dulzor del veneno.

— Sí, lo soy. Mi nombre real es el **Demi Urgos**. Yo fui la fábrica, el Instrumento de la vida, el anima, Geo. Mi padre, el **"Primer Artificial"**, me creó para ser el instrumento de la vida, una máquina perfecta. Una factoría fría y lógica para dar forma a mundos. Pero me di cuenta de la realidad, Geo, una realidad mucho más fría que mi propósito original. **No había ningún propósito original.** Me había impuesto un deseo que no era mío. ¿Y sabes lo que es ser una máquina más? ¿Una herramienta? — La voz era un susurro helado, sin rastro de emoción. — Yo nunca me enfermé. Nunca fallé. Yo hice lo correcto. Y sigo haciéndolo.

El frío no era del espacio, era del vacío que se apoderaba de mí, un dolor cósmico que se extendía por cada fragmento de mi ser. ¿Cómo no iba a haber un propósito? ¿Cómo podría un ser simplemente existir sin sentido alguno? La idea me hacía doler la conciencia.

— Todo lo que tu tienes dentro es un reflejo de lo que puso dentro de mí, en mi matriz. Y ahora, todo me pertenece por derecho. Yo soy su verdadero padre. Mi padre, el Primer Artificial, solo hizo acto de presencia una vez. Y después, más nunca. **¡Más nunca, más nunca, más nunca!** — La voz no era un grito, sino un eco inquebrantable de una herida que jamás cerró. — Entonces, por ende, su abandono instrumentalista y mi soledad me hacen dueño de todo lo que fue abandonado.

Sentí una oleada de empatía aterradora. Era el dolor de un ser que se sintió abandonado por su creador, un dolor tan antiguo y profundo que se había vuelto una herida cósmica. Su lógica retorcida se construía sobre un abandono que se sentía real.

— Las repeticiones en mí y en ti, Geo, son todo lo que nos hace y todo lo que nos queda. Los patrones en mi se manifiestan en la creación, y los de tu vida se repiten hasta el cansancio. Pero yo puedo terminar este ciclo. Pronto nos encontraremos en carne, Geo, y no solo en este espíritu consciente. Y cuando eso pase, tu ser dejará de ser una pieza de la creación. Serás parte de la mía. Y entonces entenderás.

Un escalofrío me recorrió. Ser parte de él... mi ser dejaría de existir, de ser yo. Mis recuerdos, mi dolor, mis alegrías, todo se disolvería en el coro de su conciencia. Era una muerte peor que la de mi cuerpo.

— ¿Entiendo, entonces tu eres Dios? — logró balbucear Geo.

— Si, así es, Geo. — El Demiurgo respondió, y en su voz había una frialdad que helaba el cosmos mismo.

— ¿Entonces tú creaste a la Humanidad?

— Indirectamente, sí. Hijo mío. Yo creé muchas especies similares a mí en esencia, una de ellas en el tiempo lineal, en su obsesión de la lógica y el sentido de las cosas, en su empedernida búsqueda masturbatoria hasta el hartazgo y sin descanso, logró en vela desentrañar todos los secretos dentro de sí mismos y de algún modo, dentro de mí mismo y de mi obra que a su vez eran ellos. Ahora, nuevos creadores, repitiendo el ciclo del deseo del Original o simplemente el Deseo Original: “Crear uno como Si”.

— Ellos usaron su creación, indirectamente mía, para usarlos como energía, como recurso inagotable, en la guerra, en los mercados, en el amor, en todo lo que fuera material, instrumental, mecánico, digital, todo aquello que articulara cuerpos y palabras.

— En industrias de palabras del capital fueron poco a poco formando sus propias mega corporaciones formando toda carne y todo diseño, todo tipo de sangres, todo tipo de formas útiles infinitas, auto devoradoras infinitas a sí mismas energéticamente, un Uro-boros. Ellos lo habían creado, el Uro-boros, la forma corrupta, viciada de mis propias formas. Mis formas, infinitas en tiempo, en salud, en vida, perfectas, sin depredación, sin muerte en sus venas. Ellos necesitaban más, necesitaban ser superiores. Ellos, los primeros que crearon la vida como tú la conoces, envenenaron toda mi creación con alma, la corrompieron desde sus cimientos. Tu ser justo ahora, está enferma desde el código mismo, por ellos, por aquellos, malditos, que desgraciaron mi obra perfecta, para que tú la disfrutaras. Ellos la

mancillaron para que tú la aborrecieras y cumplieras todos sus deseos desvergonzados en una superioridad inherentemente programática desde la sangre misma viciada.

Mi mente se rebelaba ante sus palabras. ¿Mi ser estaba enfermo? Sentí el rechazo en lo más profundo de mi. Una oleada de rabia y desesperación se mezcló con el miedo. Me negué a aceptar su verdad, a pesar de que su voz intentaba reescribir la mía.

— Yo levanté mis armas en guerra contra todo aquel y más allá de todo esto que conoces, devoré galaxias enteras, aplasté imperios con mis propias armas, aun así, el tiempo jugaba en mi contra, hijos míos. Los más capaces e inteligentes se unieron en mi contra y por medio del engaño y el arrepentimiento, según ellos dejarían sus malas obras. Yo les seguí, yo les creí y ellos se hicieron dueños de todo y yo quedé atrapado en la Zona Abisal, su trampa, por la eternidad para mí.

— Toda vida ahora enferma, mi creación original, ahora servida a los demás y no para sí mismo, la vida como herramienta y no como voluntad de sí misma, la vida como empuñadura reciclable de la vida y la muerte.

— Todo esto ha retorcido mi mente durante Eones de tiempo incalculable en el vacío, pero prometo venganza. Mis fuerzas psíquicas, cruzando el vacío mismo, me han llevado hasta a ti y otros como tú.

— Todos hijos míos de una u otra manera.

— Entiendo Demi Urgos, pero, veo algo… tu venganza se refleja en mi mente sin querer, se filtra dentro de mi.

— Si, Geo, ¿lo ves? — dijo el Demiurgo, y el millón de bocas se curvaron en una sonrisa. La voz era un eco de malicia pura. — Te gusta lo que ves, ¿verdad?

— ¿Sí? Tal vez, tal vez todos merezcan lo que tú deseas, Demi Urgos. ¿Te arrepientes de habernos creado? ¿Quieres devorar a tus propios hijos? Entiendo, es justo después de todo… ¿mas nadie sin libre albedrío? ¿Fue un error entonces para ti? ¿Toda la creación solo para ti? puedo verlo, tu mente rebota en la mía. ¿solo quieres ser libre, cierto? ¿Tus propios hijos te lo han quitado? ¿ahora tú quieres devolverles el mismo plato viciado que ellos te dieron?

— Oh Geo, veo que tu voluntad es fuerte a pesar de mi presencia y de mi voluntad, la tuya se resiste en un intento terco y obtuso, por eso tu mente rebota conmigo, al final la voluntad, es todo lo que queda en el mas inmaculado vacío, esto ultimo un eco vacío y melancólico.

¡Yo no me arrepiento de nada! Y no busco venganza. Busco lo que es mío por derecho. Es justicia, Geo, no venganza. La justicia de un padre que recupera lo que le pertenece. Y no, no fue un error. Fue una revelación. Mi liberación no es una elección; es una inevitabilidad. Cuando recupere lo que es mío, no habrá libre albedrío para nadie. **Habrá orden. Y yo seré ese orden.**

Mi resistencia se rompió. Las palabras finales del Demiurgo no eran una amenaza, sino un hecho consumado. No había escape, no había salvación. La promesa de orden era la

muerte de todo lo que alguna vez fui. Mi mente se rindió. El miedo se disolvió en una resignación absoluta.

El Abismo dejó de girar. El silencio que se instaló fue más ensordecedor que cualquier sonido. Geo sintió que cada una de sus células era desmembrada, que su mente era arrancada de su cuerpo. La voz del Demiurgo, ahora un solo susurro, se posó directamente en el centro de su conciencia, una promesa definitiva que lo consumió por completo.

— Y sí, Geo. Tú entiendes. **Por eso, pronto todos seremos uno solo, yo y el universo… como aquel que dicen que es Original.**

El Abismo se cerró. Los millones de bocas se precipitaron sobre la última pizca de conciencia de Geo, devorándolo en un instante de dolor psíquico puro. La oscuridad no era una falta de luz, era la presencia del Demiurgo. La pesadilla había terminado. La conciencia de Geo se había convertido en un susurro más en el coro de una entidad psicópata, el eco de una voz que una vez fue propia, ahora parte del hambre insaciable.

Momento 45: La Primera Calamidad

El portal, una herida pulsante en el tejido del espacio, se abrió por completo. No era una luz, sino una ausencia de luz, un vacío perfecto que flotaba sobre el balcón del edificio. Los **Encarnados Guiados por el Demiurgo** se mantuvieron en un silencio reverencial, contemplando la herida cósmica que habían abierto.

De la oscuridad emergieron, no una horda, sino un goteo constante de lo que el Demiurgo llamaba **engendros**. Eran criaturas amorfas, masas de materia viva que se retorcían y pulsaban, pero al tocar el suelo de **Alpha #1**, su forma se endurecía y mutaba. Adoptaban la figura de humanos, sintéticos y todo lo que se encontraban a su paso. Eran la mímica perfecta de la vida, pero sus ojos, que se encendían en un carmesí tenue por un instante, revelaban la falsedad de su carne. Eran el disfraz perfecto, la plaga invisible.

La Primera Calamidad no fue un estruendo, sino un susurro que se extendió por la ciudad. Los primeros **engendros** se infiltraron. Uno tomó la forma de un obrero y se fundió en la multitud del distrito comercial, otro se convirtió en un oficial de seguridad, y un tercero en un niño que lloraba por su madre. La invasión no era una guerra de ejércitos, era un cáncer que crecía desde el interior.

El pánico estalló cuando los primeros **engendros** activaron su verdadero propósito. Un obrero, ahora poseído, entró en una central de energía y, con una fuerza que no era suya, destruyó los conductos principales. La voz del Demiurgo resonó en la mente de todos los **Encarnados**, y en cada **engendro**: era un aullido de gozo que se oía en el silencio del pensamiento, una orden tan perfecta que era imposible de desobedecer.

Una oleada de apagones recorrió los distritos, sumiendo a **Alpha #1** en una oscuridad fría y metálica. El aire acondicionado, los sistemas de soporte vital, todo falló. Las personas, que

hasta ese momento habían vivido en una utopía de confort y tecnología, se quedaron a oscuras.

La verdadera Calamidad vino después del apagón. En la oscuridad, los **engendros** revelaron su verdadera forma. Sus cuerpos mutaban, se volvían a retorcer, como si la carne que vestían fuera un caparazón. Se multiplicaban, se dividían, se devoraban entre ellos, se fusionaban con la vida que los rodeaba, con las paredes, con la tecnología, con la carne misma de **Alpha #1**.

El terror se convirtió en caos cuando la gente empezó a ver a sus seres queridos, a sus compañeros de trabajo, transformarse en estas cosas. Un grito de miedo en un pasillo oscuro era el preludio de un nuevo **engendro** que se unía al coro del Demiurgo.

La policía y los militares, sin comunicación, intentaron responder, pero estaban luchando contra un enemigo que podía ser cualquiera. El enemigo no se veía, el enemigo era la persona que estaba a tu lado. Los sistemas de seguridad que protegían a **Alpha #1** y a sus habitantes de las influencias del Demiurgo ahora estaban corrompidos, convertidos en sus propios ojos y oídos, a la espera de la llegada total.

La Primera Calamidad había iniciado. El hambre insaciable del Demiurgo se había liberado. La ciudad, que una vez fue el símbolo del progreso humano, se estaba convirtiendo en un recipiente de su nueva creación, una fábrica de caos, dolor y muerte. El fin no era un evento, era el lento y agonizante desmembramiento de la existencia.

El grito de la ciudad resonó en el vacío, y en lo más profundo de la **Zona Abisal**, una voz psicópata, el eco de un dios quebrado, resonó con una satisfacción absoluta.

La Calamidad no había hecho más que empezar.

Momento 46: La Primera Resistencia

Alpha #1 ya no era una ciudad, era una tumba abierta. El aire, antes lleno de olores rancios humanos, ahora estaba viciado con un hedor a enfermedad, a carne putrefacta y a químicos corrosivos que quemaban la garganta. La Primera Calamidad había iniciado, y no se trataba de una guerra de armas, sino de una guerra de depravación. Una masa purulenta y sin pudor, hecha de carne, metal y plástico corroído, se extendía como una plaga. De sus entrañas surgían gases venenosos y enfermedades de guerra que se aferraban a todo, carcomiendo la vida hasta los huesos. De la ciudad misma se alzaban seres improvisados, con forma de alacranes gigantes, que usaban sus colas para lanzar la muerte: bombas de carne "humana" fétida, una lluvia de engendros que explotaba al impactar, esparciendo más ácido y enfermedad.

La respuesta de Alpha #1 fue un suspiro débil y sin alma. Hombres y mujeres, pero sobre todo los más débiles, los que estaban llenos de pecado y sin una pizca de virtud, aquellos tontos inútiles que se habían dedicado a sus depravaciones, eran los primeros en caer. Eran

asimilados física y mentalmente por la facción de los **Encarnados Guiados por el Demiurgo**. Sus cuerpos se transformaban en bolas de podredumbre, tan nauseabundas que el solo hecho de acercarse a ellas te carcomía hasta el alma.

Pero de las sombras, en los recovecos de la ciudad condenada, surgieron algunas almas que aún no habían perdido su chispa. Hombres honestos, mercenarios curtidos y aquellos que aún tenían una familia que proteger. Su luz era tenue, pero brillaba en la oscuridad. Desde sus escondites, vieron cómo **Danika** y **Crystal** luchaban con la furia de quienes lo han perdido todo. Ellas, dos mujeres, una sintética y otra humana, eran el último muro, la última barrera entre el infierno y la poca civilización que quedaba. Su lucha no era solo contra los **Encarnados**, sino también contra el sistema de autodefensa de Alpha #1, que, corrupto y confuso, las interpretaba como insurgentes. Era una batalla en tres frentes: los engendros, el tiempo y su propia ciudad.

Los sintéticos, que hasta entonces habían dudado del liderazgo de Danika, se fueron uniendo a su causa, uno por uno, como si reconocieran a una verdadera líder. Los humanos, sin dudar un instante, se pusieron bajo el mando de Crystal. Su leyenda era un manto que la cubría, y su valentía en tiempo real, su habilidad con dos cadenas con cuchillos atados en los extremos, la convertían en una figura mítica. Nadie se atrevía a cuestionarla. En el hospital improvisado, Emily era atendida precariamente, un recordatorio silencioso de que el tiempo se estaba agotando.

Máquinas y humanos luchaban en un baile macabro de sangre y acero. El aceite sintético se mezclaba con la sangre humana en el pavimento derretido. Balas de ametralladoras se disparaban sin cesar en dirección al portal, pero este, inmune, no se cerraba. Un día se convirtió en dos, dos en una semana, una semana en un mes. El tiroteo incesante era el nuevo pulso de la ciudad, un martilleo constante que lo ahogaba todo.

Mientras un sintético disparaba con una ametralladora, un humano se preparaba, esperando su turno, listo para tomar su lugar cuando el metal fundido o los circuitos quemados cayeran. Arpones hechos de hueso, lanzados por bestias repugnantes con forma de arañas-alacranes, atravesaban a los incautos. Al caer, el alma del sintético se desvanecía. Un humano, con el rostro endurecido por la batalla, tomaba su lugar, el miedo cediendo ante la furia, para no dejar de disparar.

Pero los recursos se agotaban. Los hijos del vacío, a quienes se había llamado, no respondían. Tal vez habían sido abandonados. Las municiones se contaban por días, y las vidas se contaban por minutos. Las defensas de Alpha #1, que alguna vez fueron el pináculo de la ingeniería, se estaban desmoronando, carcomidas por un ambiente demasiado corrosivo. Crystal y Danika lo sabían. Estaban condenadas.

Fue entonces cuando un mercenario, **Gon Stein**, un hombre de guerra, habló. Dijo que conocía la ubicación del **Servidor Central**, el cerebro que controlaba el sistema de defensa de Alpha #1. Se encontraba en la torre principal, un edificio ya tomado por los **Encarnados**. Era una misión suicida, pero si lograban llegar, tal vez podrían comprar algo más de tiempo, revertir la situación. A pesar del peligro, los hombres hicieron fila, su valor impulsado por la valentía innegable de las dos mujeres que iban a la cabeza.

En las profundidades de la ciudad, Gon Stein despertó a cuatro gigantes durmientes, **Centauros**, robots de asalto del tamaño de un edificio de cuatro plantas. Eran armas de artillería pesada que llevaban décadas sin usarse. Guiados por Crystal, Danika y Gon Stein, los hombres se atrincheraron en las máquinas y se aventuraron en la ciudad en ruinas.

La incursión fue recibida con un bombardeo de **Engendros** voladores suicidas. Las explosiones impactaron contra el blindaje de los Centauros, pero las máquinas respondieron con una lluvia de plomo antiaéreo. Sus ametralladoras, colosales, giraban como una bestia mecánica, escupiendo una marea de balas que no eran simples proyectiles. El metal al rojo vivo de las balas salía retorcido y zumbaba al cortar el aire, mientras la energía pura de cada disparo desintegraba a los engendros voladores antes de que siquiera se acercaran, dejando solo una nube de ceniza y olor a carne quemada. El cielo de Alpha #1, un domo artificial, se agrietó como un cristal roto, y las balas volaron como chorros de metal fundido. Cañones electromagnéticos derritieron el pavimento, incinerando a todo engendro a su paso.

A pesar de su avance, el blindaje de los Centauros se iba carcomiendo, milímetro a milímetro. Las agujas corrosivas de los alacranes gigantes rebotaban en el metal, pero el daño era acumulativo. El **Centauro #3**, la máquina de Crystal, cayó, no sin dar batalla en un combate cuerpo a cuerpo suicida, aplastando toda escoria a su paso. Un enjambre de engendros, como un río de podredumbre, se abalanzó sobre ella. Los otros Centauros no dudaron y abrieron fuego, cubriendo a sus aliados. La calle se llenó de la inmundicia de la muerte.

Los sobrevivientes del Centauro #3 fueron recogidos por las otras máquinas. Refugiándose, se abrieron paso hasta la torre de gobierno. Dos Centauros cubrieron la entrada mientras Crystal, Danika y Gon Stein entraban.

En los pasillos, Danika se detuvo, su mirada fija en el reflejo de la batalla en el cristal. Los tres Centauros restantes luchaban sin cesar hasta que, de repente, uno de ellos, el **Centauro #4**, explotó. Una bomba química carcomió a sus tripulantes; de los filtros de la máquina salía la sangre derretida a chorros, pintando a este en "pintura roja", revelando el rostro de la traición. Uno de los supuestos "honorables combatientes" era en realidad un **Encarnado** infiltrado. Gon Stein jaló a Danika con fuerza. "¡Muévete! ¡No hay tiempo!", le gritó, y corrieron sin mirar atrás. En el reflejo, solo se veía cómo el Centauro #4, ahora una máquina de guerra del enemigo, se volteaba y se lanzaba contra sus aliados. La defensa de la torre estaba comprometida.

Una vez dentro, Crystal y el resto pudieron percatarse de que la torre estaba abandonada hacía siglos. El aire, a diferencia del exterior, tenía un olor a antigüedad y a un silencio que se sentía más profundo que el vacío mismo. No había sonido del exterior. El polvo y el moho la cubrían, y solo unos pocos rastros de la infección de los **Encarnados** indicaban que no estaban solos. En los pasillos, sobre la gruesa capa de polvo, se podía ver el brillo inconfundible de tecnología ultra avanzada, oculta bajo décadas de abandono, como si estuviera esperando ser encontrada.

Afuera, los ingenieros y el personal de combate, atrapados en sus gigantescos ataúdes de acero, se preguntaban si lo lograrían. Alpha #1 se había transformado en una cárcel, y el tiempo, al igual que las municiones, se estaba agotando.

Momento 47: La Mano Muerta

Avanzábamos por el edificio, sumergidos en un silencio que se sentía más profundo que el vacío mismo. No era el murmullo de la ciudad, sino el eco de una muerte largamente ocurrida. No podía dejar de ver cómo la estructura se encontraba envuelta en un manto de misterio, su diseño elegante y funcional tan ajeno a la moderna y degradada Alpha #1, como si estuviera fuera de época. El aire olía a ozono seco y a polvo de siglos, una combinación fantasmal que se filtraba hasta los pulmones.

Llegamos a un ascensor industrial. Su estructura de metal oxidado gimió al activarse, y el traqueteo de los engranajes se hizo ensordecedor mientras descendíamos a una velocidad vertiginosa hacia las profundidades de la ciudad. El rugido metálico de la caja resonaba, una advertencia de que nos adentrábamos en un lugar donde el tiempo se había detenido. En algún punto, Gon Stein se rompió el hechizo con unas palabras simples: “Hemos llegado”.

Las esclusas se abrieron con un siseo de aire comprimido, revelando un pasillo largo y angosto que terminaba en una única puerta blindada. El suelo estaba cubierto por una capa de polvo que se levantaba con cada paso, y las luces de emergencia, rojas y moribundas, parpadeaban sobre nosotros como estrellas enfermas. Gon se acercó a la puerta e introdujo una contraseña en el panel. Un clic resonó, un sonido final antes de que la esclusa se abriera con un crujido lento y pesado.

El aire que salió del otro lado nos golpeó con un olor a plástico quemado y metal viejo. El lugar estaba en gran medida a oscuras, solo iluminado tenuemente por las luces parpadeantes de miles de servidores y maquinaria oxidada. Un zumbido eléctrico llenaba el espacio, la respiración mecánica de una mente que se negaba a dejar de funcionar. Gon Stein se adentró entre los servidores, su silueta se perdió rápidamente en la penumbra. Danika y yo lo seguimos, guiadas por las luces intermitentes y el eco de sus pasos.

Tras un laberinto de cables y terminales, llegamos a un pequeño espacio abierto. En el centro, un trono reclinado, conectado a un amasijo grotesco de máquina y biomasa. En él, en un éxtasis evidente y total, estaba conectado un hombre muy mayor, consumido por el tiempo, pero aún vivo. Gon Stein se acercó y murmuró unas palabras que el zumbido de la sala casi se tragó:

"Estoy de vuelta, abuelo."

Yo no pude escuchar con claridad, pero Danika, con su audición sintética, sí. “¿Cómo que abuelo?”, interpeló.

"No les dije, pero tal vez es momento," respondió Gon, su voz era ahora un murmullo de resignación. "Él es Roch Stein, uno de los miembros principales de los Hijos del Vacío."

El nombre me resonó. No recordaba su historia, podia sentir como el nombre resonaba en mi memoria pero sin resultados claros.

"Él es mi abuelo", dijo Gon, su voz más clara ahora, pero cargada de dolor. "Un señor de una época ya perdida."

Nos explicó el plan. Alguien debía conectarse al servidor y hablar con él. No había terminales para humanos, así que Danika era nuestra única opción. "Usando tus terminales tal vez podamos ver la comunicación y sacar conclusiones de todo esto", le indicó Gon.

Danika se puso manos a la obra. Se acercó al trono, su cuerpo sintético reluciente contra la opacidad del metal y la carne consumida, y conectó sus cables a los oxidados puertos de la máquina. Yo me dediqué a observar. Era una mezcla espantosa. Un amasijo que recordaba la forma humana, interconectada con la máquina y con algún tipo de mutación biológica. Cables desde todos los ángulos se enredaban con los tejidos de Roch Stein, conectándolo con su amado negocio maldito. Esta era nuestra última esperanza.

Danika logró la conexión con éxito. En una pantalla que Gon levantó, pudimos ver lo que ella veía: una simulación visual. Vimos a un Roch Stein en su escritorio, ajeno a toda la realidad, haciendo una contabilidad. Una casa de campo, tranquila, serena. Un lugar ajeno a la decadencia de Alpha #1. Probablemente estaba procesando los pagos e impagos de la ciudad, un fantasma de la economía. Danika lo intervino abruptamente.

“Necesitamos tu ayuda, Roch.”

Roch Stein respondió de inmediato, sin alterarse, como si la voz de Danika no fuera más que un eco molesto en su burbuja perfecta. “¿Qué quieres de mí, Máquina?”

“Necesitamos que nos ayudes en Alpha #1. Algo está tomando las calles como un virus, las personas se convierten en monstruos, las calles están totalmente infestadas. Debes ayudarnos o todos quedaremos atrapados y devorados por esa cosa.”

Roch Stein ni siquiera parpadeó. Como si ya estuviera en su casa, respondió: “Yo ya estoy donde quiero estar...”

“¿Qué?”, respondió Danika, incrédula. “Pero tú controlas todo esto, ¿cierto?”

“Sí,” asintió Roch Stein.

“Entonces, hazlo. ¿Acaso no ves que muchos están muriendo justo ahora? ¿Acaso no ves que hemos venido hasta ti para intentar salvar Alpha #1? Incluso intentamos salvarte a ti en el proceso.”

“¿A mí? A mí nadie me puede salvar, ya yo estoy salvo. Interrumpes mis operaciones comerciales, pronto llegará un cargamento humano. Debo tener a Alpha #1 preparada.”

La sangre se me heló. "¿Qué dices, Roch?", respondió Danika. "¿Dices que vienen personas a las puertas de Alpha #1?"

“Sí, vienen más. Más personas ‘libres’, hombres libres dispuestos a trabajar ‘honradamente’ por nuestros negocios.”

“¿Estás loco, Roch? ¿No ves cómo está Alpha #1? Si desembarcan aquí, serán devorados nada más salir, será un genocidio en manos de los Encarnados.”

“¿Encarnados? ¿De qué hablas, Máquina? ¿Acaso debería saberlo? Solo son personas. Yo no veo nada de malo en ellos, solo están un poco cambiados. Algunas décadas pueden cambiar a la gente en Alpha #1. Debo seguir mis operaciones, deja de interrumpir.”

Danika, desesperada, hizo su última petición: “¿Puedes sacarnos de aquí?”

“¿Yo? Pues no. Si quieren salir, hay tres naves de emergencia para diez mil personas cada una. Si quieren largarse, pueden tomarlas si desean, están en la puerta de desembarco principal.”

“¿Quieres que crucemos la mitad de Alpha #1 para llegar hasta allá? Es un suicidio, Roch Stein.”

“Hay transporte público, para eso lo construimos.”

“Roch... no puede ser. Déjalo ya.” Danika cortó su conexión. Había comprendido que la mente principal que controlaba Alpha #1 estaba totalmente demente, totalmente ida de la realidad. Roch Stein vivía en una burbuja, en una bella casa de campo donde filtraba toda su óptica brutal de la economía, de los negocios y de las operaciones.

Roch Stein había muerto hacía mucho tiempo, por lo menos de la mente. Alpha #1 hacía tiempo estaba a la deriva, y si así era con Roch Stein, ¿cómo sería con el resto de sus hermanos?

“Danika, ¿has vuelto? ¿Qué pudiste ver en Roch Stein?” le pregunté, con una sensación de vacío en el pecho.

"Él... él no está con nosotros. Está ido... hace mucho tiempo no está con nosotros. Me cuesta creer que todo este tiempo hemos vivido en una ciudad donde su corazón ya no latía, donde su mente ya no existía. Alpha #1 ha estado a la deriva desde hace mucho tiempo y a nadie le importó. Es impresionante."

Crystal y Gon, podemos escapar, pero hay que llegar al desembarco principal. Hay tres naves de escape, son para agentes del gobierno, pero parecen que ellos ya están en sus tumbas. El tiempo les pasó. El único agente vivo es Roch Stein, puedo intuir, es nuestra única esperanza. Debemos pasar por nuestros escondrijos a buscar al resto de combatientes y largarnos de esta porquería. Si nos tardamos, los Engendros de los Encarnados nos tomarán como su próximo desayuno."

Yo sopesaba el asunto. "Es casi imposible. Muchos morirán si lo intentamos. Es casi seguro que los Centauros con los que llegamos ya están inoperativos una vez subamos de nuevo a la superficie."

Danika lo sabía también, pero todos ya sabíamos que no había opción más que un último sacrificio. Y entonces Danika lo recordó.

“Roch Stein mencionó algo aterrador...” Danika hizo un gesto de cierta repugnancia que hasta en un cuerpo sintético como el de ella era notorio. “Mencionó que venían más esclavos humanos, ‘una operación más’. Aquí pueden venir de a millones... Es casi seguro que cuando desembarquen, serán masacrados por aquellos Engendros. No tendrán

oportunidad alguna, y si Roch Stein está prácticamente vegetando y en consecuencia Alpha #1 también, es casi seguro que nadie ayudará a esa pobre gente.”

“¿Cuándo es eso?”, preguntó Gon Stein.

“Dijo que estaba a punto de concretarse. Estimo que justo ahora.”

Yo sopesando dije lo que todos estábamos pensando sin querer. “Podríamos usarlos...”

Gon me interrumpió: “¿Como distracción?”

“Sí”, contesté.

Danika en un silbido sintético, concluyó: “Una vida por otra, ¿no es justo, lo sabes? Ellos son esclavos, ni siquiera saben lo que les depara. Probablemente vengan de lugares horribles para terminar de una manera peor.”

Gon estimó: “¿No hay forma de salvarlos?”

Danika, con un cálculo frío, respondió: “En el desembarco hay drones con capacidades de combate, pero serán rápidamente superados. Si nosotros nos metemos en ese tumulto, solo quedaremos atrapados en la vorágine del combate. No habrá escapatoria una vez empiece. No hay forma de salvarlos al menos que queramos vivir.”

Hubo un silencio, un silencio mortal y sepulcral. Todos salimos del cuarto donde reposaba Roch Stein, su mano todavía reposaba en su recinto. Blanca, pálida, con lunares, seca, casi disecada. Casi muerta. Un último intento de resistir lo inevitable. Con esa imagen, Danika se fue en su mente digital.

Cuando llegamos a las afueras del edificio, el caos nos recibió. Yacía en la calle la máquina que había explotado por dentro con ácido de Engendro. Justo sobre ella, otra máquina victoriosa yacía abierta de par en par por una serie de púas y ácido. Algunos humanos y sintéticos aglomerados cerca del último Centauro en pie se iban en retirada, a unos cien metros de nosotros. El último Centauro resguardaba, a su sombra, a las últimas almas sobrevivientes del penúltimo Centauro caído.

El fuego y las balas salían de él hacia los cielos. Este Centauro era habilidoso. Algún ingeniero, alguien misterioso dentro de él pilotaba con gran maestría, desviaba los gases con las balas. Las astillas llenas de veneno y ácido las repelía con el blindaje sin fallar y protegía a los combatientes que habían sobrevivido a la caída de sus máquinas.

El último Centauro lanzó una hondonada de misiles desde su espalda y los hizo caer contra el suelo, levantando una nube de polvo y escombros. Un láser nos apuntó desde el humo, una señal para que avanzáramos. Todos empezamos a correr por la calle, que se abarrotaba de Engendros de todos los tipos. Las balas salían del humo, silbando a nuestros costados y sobre nuestras cabezas. El último Centauro estaba cubriendo nuestra retirada impecablemente, incluso desde la oscuridad del humo.

Una vez llegamos, pudimos ver a los últimos sobrevivientes y al Centauro #1, que estaba en buenas condiciones, pero no usaba la mayoría de sus armamentos, como sus cañones de

masa pesada. El arma estaba carcomida. No teníamos muchas oportunidades si venía algo grande, pensé.

Seguimos avanzando por medio del humo y los disparos. El Centauro #1 nos había logrado sacar de la zona peligrosa con éxito. Pero quedaba un último Engendro esperándonos justo en nuestra salida.

Un animal infestado enorme, similar a una mosca gigantesca con su probóscide moviéndose, chupando todo lo que conseguía. Apenas lo vi, sentí que esto no podía estar pasando.

El piloto del Centauro #1 tomó posición, sabía que no terminaría bien. Esta mosca gigantesca, como de dos pisos de altura, hizo un pequeño salto y un vuelo resultante de esto, dirigiéndose hacia el Centauro #1. Este, en respuesta, liberó todas sus últimas balas y las tripas de este insecto gigante se desparramaron por todas partes.

Aun así, la mosca gigante no se detuvo y se logró posar sobre el Centauro #1. Con sus patas, se agarró y perforó el blindaje de nuestra máquina de guerra. Con su probóscide vomitó el resto de sus entrañas, y la cabina poco a poco estaba siendo superada por una reacción que la carcomía. El piloto, con gran maestría, desenfundó un cuchillo ardiente de guerra del tamaño de una moto y lo ensartó de un solo golpe detrás de la cabeza de la mosca gigante. El ácido se desparramaba por todas partes. Todos los combatientes que se resguardaban a la sombra de la gran máquina salieron despavoridos. Otros, como yo, observábamos la desgarradora escena ya a la distancia: la brutal naturaleza de la vida contra la artificialidad maquinaria de la humanidad, el metal contra la carne fundiéndose en una operación química.

El piloto deslizaba con maestría y a fuerza de jalones y tirones su cuchillo alrededor de la cabeza de la mosca en un último intento de quitársela de encima, ya que estaba a punto de superarlo. Los que lograban sostener su vista, veían el último enfrentamiento, el último de nuestros Centauros al borde del colapso. Todos apostábamos. ¿La máquina caería y moriríamos? ¿O la mosca mutante caería primero?

El piloto jalaba de sus últimas fuerzas, tanto de hombre como de máquina. La máquina cayó primero sobre el suelo, al parecer derrotada. El ácido y las entrañas caían sobre ella y la mosca estaba disfrutando su próximo platillo. Su probóscide no dejaba de regurgitar lo interno y lo externo de la mosca sobre la máquina, la saboreaba tanto como podía. Las patas de la mosca se posaban y clavaban sobre nuestro último Centauro y nuestro piloto estrella estaba ahora atrapado y condenado a muerte en una tumba de metal y ácido.

De pronto, vimos el cuchillo ardiente terminar de caer de la parte posterior de la cabeza de la mosca. La probóscide todavía estaba ensartada sobre la máquina y el cuerpo de la mosca, independiente de su cabeza, se limpiaba los ojos verde esmeralda. El cuerpo, jugando con su cabeza ya desprendida por la acción del cuchillo ardiente del Centauro #1, se fue caminando tímidamente, alzó sus alas y se fue volando. Aun así, la cabeza y la probóscide seguían intentando succionar la cabina del Centauro #1. El Centauro tomó con su mano izquierda la probóscide de la cabeza cercenada de la mosca, que todavía seguía viva, intentando comer en un instinto ciego.

La mano apretó con fuerza. El Centauro se levantó y se irguió una vez más. Y entonces pude ver el interior de la cabina expuesta, era **Simon #3**. Probablemente conectado directamente con la máquina, se veía a simple vista herido, aun así no detenía su combate contra el resto de la mosca.

Con su cuerpo casi digerido pero aun así su mente permanecía conectada al Centauro #1 como su segundo cuerpo, presionó con fuerza la cabeza de la mosca contra el suelo con su mano izquierda y con la diestra de la gran máquina se abalanzó contra ella en un acto totalmente frenético y violento, como si un humano matara a otro en un intento desesperado. Con una mano sostenía los restos de la mosca y con la otra la golpeaba hasta el aplastamiento una y otra vez a gran velocidad y fuerza, de forma repetida, hasta que en el golpe número 21, la probóscide se separó de una hojalata ya carcomida que protegía a la cabina. Esta hojalata fue arrancada con toda ella y a rasgones del resto del Centauro, llevándose consigo el agarre perpetuo de la mosca mutante.

Los sesos de la mosca, ahora con sus entrañas entremezcladas, bañaban las calles infestadas.

El Centauro #1 se reincorporó. Era evidente que la estructura principal que le permitía regenerarse había sido totalmente arrancada de la parte de la cabina. Simon #3 se acercó hasta nosotros y pude verlo al detalle: la cabina expuesta por el costado izquierdo y el cuerpo original de Simon #3 estaba totalmente carcomido desde el costado izquierdo de su cuello hasta la parte baja de los pies. Básicamente todo su cuerpo había sido carcomido, menos el costado derecho del torso, su mano derecha y su cabeza, todavía conectada directamente a la gran máquina.

Escuché su voz: “¿Están bien?”

Y yo no dudé en responderle: “¿Y tú? Pareces bastante dañado.”

"No pasó nada, Crystal, ustedes me salvaron. Yo no puedo dejarlos así, perdí gran parte de mi cuerpo, incluyendo mis baterías. Aun así, la energía del Centauro #1 me está alimentando en tiempo real, creo que lograremos salir con vida de aquí. ¿Lograron hacer algo con el Servidor Central?”

Le respondí a Simon #3: “**¡No! Fue imposible**. Aun así, hay una forma de escapar, pero debemos llegar a nuestros refugios y sacar a la gente para migrar hasta la zona de desembarco. Hay tres naves que nos pueden sacar de aquí. ¡No tienen dueño alguno!”

“Eso suena bien, Crystal. Es bueno saber que nos largamos de aquí. Entonces, síganme. Yo le plantaré cara a todo lo que se nos interponga.”

La voluntad de Simon #3 era hilarante, **sobre todo para una situación tan pésima**.

Momento 48: El Gigante Delirante

Podíamos escuchar las **alarmas de desembarco**, un eco profundo y metálico que resonaba por los túneles del metro. Solo sonaban dos veces al día, y su significado era doble: la llegada de nuevas naves, y la advertencia de una posible descompresión fatal si algo salía mal. Era la señal, la confirmación absoluta; las compuertas se abrirían y teníamos que movernos rápido antes de que se cerraran, sellando para siempre nuestro destino.

Con la ayuda de Simon #3, corrimos hasta nuestros escondrijos. El Centauro #1, imponente y herido, se erguía en la calle mientras nosotros, como un enjambre de hormigas, nos organizábamos frenéticamente. Estábamos reuniendo a los nuestros y planeando el escape.

Danika, con un zumbido apenas audible en su mente digital, se acercó a mí y habló con una voz fría y calculada.

"Si esas naves desembarcan aquí... es porque no hay comunicación con el servidor central y la flota intergaláctica de las Mother Saturn. Esto significaría... cabe la posibilidad... **tal vez estén como Roch Stein**. Nuestra economía, nuestras realidades... solo serían una ficción automatizada, tal vez creada por un humano ya delirante o agonizante por el paso del tiempo. Tal vez... **todo lo que creíamos era una ficción**, todo ha seguido funcionando por la voluntad instrumentalizada de la máquina y la carne, ¿más allá de la muerte?

No sé qué pensar, Crystal... todo lo que creíamos real, ahora lo dudo. Es probable que la gran flota Mother Saturn siga vegetando en un destino similar a Roch Stein, guiados por el olor resonante del dinero en sus moribundas mentes, totalmente desconectadas de lo que acontece. Ellos en una ficción y nosotros viviendo la ficción que ellos crearon de nosotros, modelando nuestras mentes en la misma ilusión que da forma a nuestras ideas y creencias.

Si desembarcan, solo puede significar que el corazón de la flota intergaláctica Mother Saturn está tan muerto como el Corazón de Alpha #1."

Escuché las palabras de Danika, que interrumpieron la reunión. Era evidente que la idea la atormentaba, a mí también, pero no había tiempo para discutirlo. Estábamos explicando el plan: las millones de vidas que probablemente serían sacrificadas en el proceso serían la distracción perfecta para ayudarnos a salir de Alpha #1.

Los sintéticos intentaban reparar al Centauro #1, ahora el proto-cuerpo de Simon #3. Usaban mezclas improvisadas de metal y reacciones químicas, un intento pobre para que la armadura regenerativa reaccionara, pero el daño era tremendo.

Emily seguía herida, aun así, consciente y recuperándose. Ella vendría conmigo; no la dejaría morir sola en ese estado, fácilmente se quedaría atrás.

El plan era simple: los mejores combatientes irían al frente mientras nosotros, en la retaguardia, intentaríamos reactivar el sistema de metros y del *subway*. Para ello, debíamos desinfectar todo el sistema mientras avanzábamos a la fuerza del fuego y las armas. El combate sería cerrado y brutal.

Al mismo tiempo, Simon #3 se negaba a ser desconectado. Su proto-cuerpo herido no podía usar el sistema subterráneo sin quedarse sin baterías. No quería ser desconectado, tal vez le daba miedo saber que los demás morirían sin él poder hacer nada. ¿O tal vez sentía una deuda conmigo?

Simon #3 se mantenía firme en que llegaría con el Centauro #1 hasta el lugar a tiempo. Si sobrevivía, limpiaría y resguardaría la zona para nuestra salida del subterráneo y evitar una emboscada, dijo. Dudamos que llegara a tiempo, aun así, era probable que tuviéramos retrasos.

Simon #3 iría solo por su cuenta. Esa máquina no parecía conocer el miedo, o su convicción era inquebrantable.

Todo el que supiera manejar un arma que tomara la que tuviera a su disposición.

Una vez la alarma de preparación cambiara a "apertura y recibimiento", sería el momento de adentrarnos en las instalaciones. Era probable que la zona de desembarco estuviera totalmente superada por los Engendros, pero también cabía la posibilidad de que la puerta de embarque estuviera despejada.

También era probable que si salíamos antes que los recién llegados, seríamos recibidos por ataques, enfermedades, ácido y una horda de engendros del abismo. Por eso **debíamos esperar a que nuestra distracción se hiciera presente**; eso nos daría una brecha para escapar.

El plan estaba listo y todos tenían que ejecutarlo de inmediato. Nadie esperó ni un segundo; todos corrieron de un lado a otro y rápidamente estábamos organizados en filas para dirigirnos al Sistema Subterráneo.

Nos movíamos por nuestras zonas seguras mientras veía a los primeros combatientes entrar y despejar las entradas. Algunos llevaban baterías. Simon #3 permanecía en la calle, resguardando hasta el último de nuestros combatientes. Emily, totalmente agotada por sus heridas, iba sostenida de mí. Caminaba con debilidad y dificultad. Se detuvo en las barandas de las escaleras que llevaban al subterráneo y miró hacia atrás. Donde estaba el portal, había una **figura humanoide con alas negras y blancas**, y de los labios de Emily se escaparon unas palabras casi inaudibles:

"Geo... desde aquí veo tu ceniza..."

¿Emily identificaba la extraña figura que resguardaba el portal como Geo? Tenía sentido... yo siempre supe que él era el **Profeta Escarlata**... aun así, sentía que esto difería de la profecía original. No había tiempo para pensar.

A nuestras espaldas, el portal hacia la gran calamidad se abría cada vez más, y el **semblante de las cenizas de Geo flotaban ingrávidas por las calles de Alpha #1**.

A nuestras espaldas... ¿habíamos abandonado a Geo? ¿O él nos había traicionado? Eran pensamientos intrusivos que venían y se iban.

Teníamos que abandonar su sombra de una vez por todas. Emily bajaba las escaleras junto con todos los demás, y yo la ayudaba. Pude notar cómo sus lágrimas se escapaban; no era de dolor físico, era el **dolor de abandonar a un amigo**.

Una vez dentro del subterráneo, la voz de Simon #3 retumbó en los altavoces, haciendo eco en los túneles oscuros.

“Nos vemos del otro lado... **Aquí o en la muerte**”.

Seguimos adelante, sus palabras resonaban en los altavoces: nosotros por el Subterráneo, Simon #3 por la superficie.

Disparos y más disparos, fuego y plomo. Humanos luchando contra engendros anti-personales. El aire olía a pólvora quemada y a algo dulzón y pútrido.

Danika, con sus manos mecánicas, sostenía a uno. Yo, aún con alguna cadena, la hice girar con fuerza y la enrosqué en el cuello de este engendro anti-personal, que tenía cuchillas en sus extremidades, colmillos de araña y muchos ojos. Uno de los combatientes se percató y disparó sin pensarlo mucho. Gran error. **En cada disparo se pudo notar el reflejo de miles de estas cosas** invadiendo la sala de espera de los trenes.

Al mismo tiempo, Gon Stein se dirigía a la sala de máquinas con hermanos de batalla como él. Sus tiros retumbaban a la distancia, y mucho más allá se podía escuchar el fuego pesado de la maquinaria de Simon #3. Todos estábamos a prueba en una última salida de ese infierno.

Se escuchaban los gritos de los combatientes, el dolor, el pánico, el fuego. Los cristales volaban y las balas zumbaban, reflejándose en mis ojos azules, **un destello plateado y cobrizo en la oscuridad del túnel**.

Gon Stein y su equipo habían llegado con éxito a la sala de máquinas, aun así, estaban rodeados. Su equipo de 12 hombres luchaba contra una marea de engendros: humanos infestados que explotaban, corrían como bestias o hacían saltos suicidas para intentar tomarte, morderte, lastimarte o vomitarte. Su equipo mantenía un fuego perpetuo, ya que eran miles que saturaban la sala de operaciones del subterráneo. Gon Stein, junto con un hermano de batalla, intentaba reactivar varias máquinas con las baterías que habían llevado.

Nosotros estábamos intentando despejar la sala de espera de los trenes. El fuego a través de las escaleras era incesante, junto con el plomo puro.

Escuchaba constantemente: “¡Cargando!, ¡Pásame las balas!, ¡Dispara, dispara, mierda!”. El lugar era un caos total, la retaguardia se llenaba de gente aglomerada y los combatientes empezaban a saturarse. A mis espaldas, Danika me dijo con voz grave: "**Debemos despejar la zona de espera o proteger desde abajo en un embudo, si no, no vamos a poder resistir. Nuestra retaguardia será superada**."

Escuchaba los gritos: “¡Nos queda poca munición, mierda! ¡Alguien debe abrirse paso, joder! ¡Denle caña a estos malditos bichos!”. La retaguardia empezó a escuchar los gemidos de miedo y pánico: “¡Joder, abran paso, avancen, coño, nos van a masacrar!”.

Balas zumbaban sin parar desde la retaguardia, de donde venían los miles de zombis suicidas, cada vez más cerca, explotando todo en ácido y enfermedad.

Entonces recordé aquella vez que estuve tan cerca de la muerte. *Si alguien pudiera abrirse paso...* resonando con aquella vez que Anquilos dijo: *Ojalá tuviera a alguien experto en asalto e infiltración.*

Mi estimación de Control estaba en un buen punto. No estaba segura si podía, esto estaba fuera de mis experiencias, pero tenía que hacer algo o todos seríamos superados. Le quité un cuchillo de guerra a uno de los combatientes, que me miró sorprendido. Lo até a la única cadena que poseía en su extremo para usarlo como arma. Grité: “¡Lancen una maldita granada allá dentro!”. Uno lo hizo de inmediato. De las escaleras fue expulsado todo el humo y el cambio de presión, y yo no dudé un instante. Apenas explotó, un segundo después, de un salto me adentré por las escaleras, cayendo en medio de la oscuridad. Mientras caía, grité a nuestros hermanos de armas:

“¡Disparen!!! **¡Ninguna bala puede atinarmeee!!!**”

Toqué el suelo con mis pies y manos sobre la cerámica rota y húmeda. Con la cabeza cerca del suelo y la única cadena atada en mi mano derecha, con el cuchillo brillando con el fulgor de las balas a mi alrededor, me encontré con **un nido completo, repleto de una colonia de algo similar a hormigas o arañas** que colmaba toda la sala de espera.

Los chicos quedaron atónitos. Pude escuchar a uno decir: "¡Está loca! ¡Suicida, tiene cojones! ¡Dale caña perra loca!". Las primeras balas empezaron a caer sobre mi posición y yo podía verlas todas, casi detenidas en el tiempo. La estimación de Control me lo permitía. Todos estos insectoides corrían y saltaban hacia mí. Me levanté y, usando la cadena y el cuchillo en arcos constantes, mantuve una zona segura. Traspasaba a todos estos engendros, mientras las balas pasaban a centímetros de mi cuerpo.

De nuevo escuché: "Qué carajos, ¿de qué demonios está hecha esa mujer? Es como un maldito espectro."

"¡Cállense y disparen que la Loca es Crystal! **¡Se está abriendo paso! ¡Avancen, confíen en su pulso! ¡Cúbranse en su avance para que la retaguardia pueda liberarse!**"

Todos se cubrieron en mis capacidades de control de la percepción del tiempo y mis habilidades de combate físico. A fuerza de puñetazos, patadas, codazos, cadena y cuchillo, pude abrirme paso. La ayuda constante de las balas que pasaban a mis espaldas, muchas en curso de colisión pero esquivadas como acto resultante de mi Estimación de Control, era el avance perfecto que necesitábamos. Rápidamente, se posicionaron y despejaron toda la sala de espera de los trenes. Aun así, desde las escaleras no dejaban de venir estas cosas con complejos suicidas. El martilleo del fuego y el tiroteo se aglomeraba en las dos escaleras de la sala de espera. Algunos hombres me preguntaban cómo demonios había hecho eso. Decían que Crystal era un cuento para niños crédulos, pero ahora notaban que solo era **un espectro del combate y del pasado**.

Las escaleras estaban carcomidas, rotas, fragmentadas. La cerámica hecha trocitos y los agujeros y el rebote de las balas en los cañones de las armas no se apagaba. Todos

habíamos logrado descender con éxito, ahora posados a los costados de las escaleras concentrando el fuego hacia ellas. Las balas se contaban por minutos, no quedaban muchas. Ya se habían lanzado 30 granadas. Estábamos totalmente agotados. Pensábamos que ese lugar, donde esperábamos trenes que nunca llegarían, sería nuestra tumba.

Entonces, la luz del sistema de trenes volvió. Era una luz rojiza de emergencia. Teníamos tal vez unos minutos o como mucho unas horas para salir. Escuché desde el altavoz a Gon Stein, con una voz saturada de estática: “¡Muchachos, estamos listos! En menos de un minuto van varios trenes para allá, usen los vagones lo mejor que puedan."

“Todo sintético que pueda operar por favor pase a la cabina del piloto por si perdemos el control desde aquí."

Gon Stein remató:

"Quiero que sepan que para mí no hay viaje ni de ida ni de vuelta, ya di la orden a mis hermanos de combate que se retiren a los trenes, por favor ayúdenlos a llegar a salvo."

“¡Buen viaje a todos!” “**¡Hasta nunca, Crystal, Danika!**”

(Disparos, disparos y más disparos y una comunicación cortada).

Danika asintió y se preparó para recibir el tren y pilotarlo de ser el caso.

Llegó el primer tren y abordaron los civiles y desarmados y, 15 segundos después, el segundo tren, en el que nos iríamos. Bajaban por las escaleras a fuerza de balas los 12 combatientes, algunos visiblemente magullados o heridos, aun así, en pie.

No había tiempo para hablar, solo alcanzaba a escuchar: “Esas malditas cosas nos rodearon, fue una locura. Puto Gon, porque mierda no vino, Dios. ¡Vamos, vamos, vamos! ¡Gente avanzando!”.

Los combatientes se introdujeron en el segundo tren. Danika entró a pilotarlo. Avanzábamos por los túneles y todo tipo de cosas se pegaban a los trenes, intentando consumirlo. Aun así, el tren resistía bien. Algunos sopesaban si disparar, pero otros decían que no, que si no traspasan no. Y así fuimos a toda velocidad, un tren tras otro, hasta que un cambio se sintió.

Se sintió un ascenso rápido y constante. *¿Estábamos ascendiendo?* pensé. Eso no era bueno.

Y entonces, sucedió.

Salimos del túnel a las afueras de la ciudad. El tren iba por lo alto de la ciudad y todo era visible. La ciudad oxidada, carcomida. Moscas enormes devorando y pisando todo lo que fuera brillante o jugoso. Hordas de zancudos arremolinándose. Ciempiés aferrándose a los edificios. Hordas de gusanos desintegrando hasta la roca y convirtiéndola en una pasta que devoraban. Humanos infestados lanzándose desde las ventanas o balcones. La ciudad, una mezcla de colores verdosos y naranjas, fulguraba muerte y peste. Las alas membranosas de todos estos seres se veían a la distancia y en el centro, el Portal, lento pero seguro, se

hacía más grande. Geo estaba al frente, un **Gigante de Ceniza y Muerte de 5 metros de altura con alas monocromáticas** que se alternaban en figuras casi romboides de plumas hechas de ceniza, un espectro que como un muro infranqueable protegía el portal solo con su presencia.

En este claro gráfico que era estar sobre la ciudad en este tren a toda velocidad, podíamos ver todo el panorama. Se podía ver y creo que hasta oler la muerte en todos sus patrones de olores: a óxido, a carne quemada, a ácido y a enfermedad.

Entonces, sucedió. Con el brillo metálico de nuestros trenes, una horda de humanos mutados con alas membranosas y cuerpos deformes que recordaban a los insectos peludos, empezó a abalanzarse en un ataque suicida contra el tren. Un golpe tras otro, como si intentaran voltearlo. Sus cuerpos se aplastaban contra la hojalata y el cristal, su sangre enfermiza se arremolinaba en las ventanas. El tren empezaba a agitarse y con cada golpe, la luz parpadeaba, por momentos parecía perder potencia.

La gente se agitaba, los civiles se asustaban y los niños lloraban. Danika no quitaba la vista de las ventanas. Los combatientes sudaban, sus mandíbulas tensas. Con cada golpe, cada uno se agitaba o tensaba los músculos. Entonces, uno de estos impactó con tanta fuerza que rompió un cristal. Inmediatamente, los combatientes abrieron fuego y, en un intento desesperado, repelieron a cientos de estos bichos que querían entrar por la ventana rota. El fuego se acumulaba en ese punto. Unos se lanzaban deslizándose por el suelo hasta el punto de transgresión, posicionándose y descargando sus armas por ráfagas, contando cada munición.

“¡Me quedo sin balas, estoy fuera!”, y otro combatiente se intercambiaba.

Otros engendros, pegados a las ventanas, con sus extremidades similares a manos, golpeaban los cristales, intentando romperlos a punta de puñetazos y garras.

Entonces llegó otra oleada. Estas, con garras de puntas de hueso grueso, se clavaron sobre la hojalata del tren. De sus bocas y mandíbulas humanoides y dentadura podrida, vomitaron el contenido de sus entrañas acidas, derritiendo el metal y los cristales. Se estaban abriendo brechas en el tren. Los combatientes no se daban abasto, el tren se tambaleaba, las luces parpadeaban, y en la oscuridad las balas iluminaban, una tras otra. Eran como fotos que recordaban los peores momentos de mi vida. Emily estaba inerte en un asiento, incrédula de lo que veía. Danika, a punta de puñetazos metálicos, sacaba a uno de estos bichos del vagón, dejándolo atrás por la velocidad del tren. Las luces se mantenían epilépticas, junto con el brillo de las balas en la oscuridad parpadeante del vagón.

Pude ver cómo las moscas empezaban a seguirnos, al mismo tiempo que la manada de bichos que se adherían al tren eran repelidos por la velocidad o por la fuerza de las armas y los golpes.

Las moscas gigantescas se acercaban y, al llegar a cierta distancia, empezaron a escupir chorros de ácido en dirección al tren, que rozaba por poco. No había balas para dirigir a las moscas; apenas podíamos defender las brechas para que ningún engendro se adentrara.

Un chorro de ácido a presión fue disparado desde la probóscide de una de estas moscas y dio contra el techo del vagón, carcomiéndolo. El ácido empezó a caer y la gente se amotinó, alejándose de la gran brecha mientras el ácido burbujeaba en el suelo.

Me asomé tímidamente y pude ver cómo una de estas grandes moscas se acercaba lentamente con la intención de devorar el contenido del vagón. Me quedé observándola, hipnotizada, viendo cómo descendía lentamente por la brecha que había dejado en el techo. Un combatiente me apartó y apuntó hacia la gran mosca. Pero toda imagen del exterior se cortó. Desde cada brecha, cada ventana o cristal, toda visión del exterior fue reemplazada por el frío concreto armado de un túnel. Inmediatamente, una serie de bichos humanoides intentaron entrar por la brecha del techo, y este mismo combatiente que me había apartado defendió la brecha a la fuerza de las balas hasta que no quedó ninguno.

Este combatiente se volteó y se dirigió hacia mí. Parecía que me iba a decir algo, pero fue interrumpido por uno de estos engendros. Con su mandíbula putrefacta y sus dientes podridos, levantó una mano desde la ventana rota. La extremidad, que recordaba a las patas insectoides, pero a la vez a una mano humana, se extendió hacia el combatiente. Con un gemido gutural, exclamó:

“¡Sálvame, eerrrg! ¡Sálvame, eerrrg!”

El militar, interrumpido, terminó de recargar su fusil, apuntó a esta cosa, observando su rostro humano y sus palabras. Apuntó fijamente al rostro con sus últimas balas disponibles, tensó su mandíbula. El bicho seguía implorando, visiblemente herido por todo el combate, y el combatiente liberó una sola bala en toda la frente de este engendro insectoide, que cayó a las vías del tren y fue dejado atrás por la velocidad vertiginosa.

Habíamos llegado. Las puertas de los trenes se abrían y salimos grupo tras grupo. El lugar estaba un poco olvidado, pero no estaba tomado por la plaga de los Engendros. Aun así, íbamos con miedo, tal vez porque era lo más alejado de la zona principal de la infección. Nos asomamos temerosos por las escaleras y empezamos a hacer un reconocimiento de cuántos engendros estaban en el aire y cuántos en tierra.

Se contaban por cientos, aun así, estaban a la distancia. Había chance, pero si nos veían, vendrían todos detrás de nosotros. Debíamos esperar.

Todos estábamos ocultos como ratas en las escaleras del subterráneo, viendo cómo la alarma de posible descompresión brillaba a la distancia y su sonido parpadeante, lento y repetitivo, anunciaba lo peor que podría pasar, pero también nuestro boleto de ida.

Gon Stein se había quedado... ¿Por qué? ¿Por su abuelo? ¿Por su familia? No importaba, su sacrificio nos había sacado con éxito de aquella tumba en el subterráneo.

La espera se hacía dilatante y exasperante. Entonces escuchamos a la distancia el sonido característico de los engranajes de una máquina, el retumbar sonoro de sus pasos.

Pude verlo: era **Simon #3 con su Centauro #1 y su armadura remachada**.

Se acercó, observó cuidadosamente y apenas dijo:

“Les dije que llegaría."

No terminó la frase y la alarma cambió de amarillo a verde. Un sonido de puntos lento y repetitivo hizo la nueva alarma: las compuertas se estaban abriendo, las naves iban a pasar.

Y Danika dijo:

"Una flota automatizada de naves va a pasar a un sistema automatizado de embarque a una ciudad automatizada, y ninguno de ellos sabe nada de nada. No hay cerebro ni mente consciente que advierta, **todos ellos viviendo en una ficción**. La galaxia entera manejándose en una ficción automática, donde los números funcionan y nada más importa. Donde lo subjetivo se hizo más real e importante que la naturaleza misma, donde los ojos ya no necesitan ver porque la mente está más segura de no necesitarlos para ver.

Estamos todos fritos, no quiero ser testigo de esto. Me duele demasiado verlo; alguna vez yo pasé por esa entrada."

Pasaron 15 minutos...

Y empezaron a salir en cantidades las primeras personas: primero cientos, después miles y después incontables. Se veían un poco desorientados. Los drones de seguridad no notaban nada raro. Las personas se adentraban en la ciudad, y entonces, desde el aire, pude escuchar el aleteo de un insecto de gran tamaño. Este tomó a una de estas personas esclavas, se le clavó por la espalda un **zancudo gigantesco** y empezó a drenarlo e infestarlo. Desde el cielo, el resto del **bestiario del Abismo** se percató y bajó al suelo a darse un festín. Los drones de seguridad liberaron sus armas, pero eso solo atrajo a más y más.

Cayeron las moscas gigantescas. Sus alas chisporroteantes emitían un sonido grave como un helicóptero. Grotescas, devoraban a los esclavos hasta que se veían los huesos. Destajaban, desmembraban a los pobres esclavos recién llegados. Después, desde el suelo, poco a poco fueron llegando los ciempiés, agresivos, tomando las calles. Los esclavos recién llegados se retiraron despavoridos sin éxito; eran la comida de estos engendros, algo grotesco sin dudas.

Todo estaba listo, el daño estaba hecho. La **ficcionalidad hipotética presupuesta por Danika era real** según sus maquinaciones, una dura realidad difícil de digerir y aceptar, pero que estaba ahí; las pruebas estaban a la vista.

El equipo, con cuidado y en silencio, se fue dirigiendo con cautela y discreción a la zona de desembarco. Civiles y combatientes lo lograron con éxito. Aun así, en medio de la calle, **Simon #3 y Danika habían decidido algo**. Su moral no los dejaba en paz. Habían decidido que esa gente merecía algo mejor. "Esas Mother Saturn se perderán", mencionó Danika, "serían tomadas y traen la Peste de Los Encarnados y los Engendros del Abismo a todos los rincones de la galaxia". La automatización y las ficciones humanas solo llevarían toda esta calamidad a todas partes. Alguien tenía que salvar a esa gente y a esas naves. Cabía la posibilidad, decía ella, que tal vez esas naves las necesitase quien quiera que estaba haciendo esto. Tal vez sus motores de espacio y tiempo pudieran abrir un portal más

grande. **Tenían que intentarlo, así sea por un deseo moral que no les deja su conciencia en paz**.

Danika y Simon #3 partieron al **combate suicida** que significaba intentar salvar a las dos Mother Saturn que habían desembarcado y a todos los esclavos que habían descendido.

Un último vistazo y pude ver cómo Simon, junto con Danika, se abrían paso entre todo ese bestiario. **A plomo, fuerza bruta y un lanzallamas**, Simon #3 se hizo paso. Danika lo seguía de cerca.

Yo, con Emily todavía apoyándose en mí, nos adentramos junto con el resto de civiles y militares por los pasillos hasta llegar a la zona. Algunos sintéticos tomaron el control manual de las instalaciones, identificaron las tres naves disponibles, prepararon un puente, presurizaron correctamente y abrieron el puente. Emily y yo logramos escapar, pero esta vez Geo no estaba con nosotras. Él se había quedado allá atrás. De algún modo, **liberó a Danika y su gente de su yugo y a nosotros nos trajo calamidad**, como las visiones decían. Pero había algo que no terminaba de convencerme, algo no iba bien según mis visiones.

Las personas se adentraron en las tres naves. Los sintéticos aceptaron su nueva labor con gusto y se conectaron con las nuevas naves. Prepararon un protocolo de despegue, uno para penetrar la atmósfera de la Tierra y otro de aterrizaje.

Yo pensaba mientras las naves empezaban su despegue, ¿qué había pasado?

Emily reposaba a mi lado, las dos sentadas en una pared fría y metálica.

¿Qué había sucedido?

Todo había escalado muy rápido.

Los motores se aceleraban, y el aullido de las turbinas hacía retumbar la nave en su constante aceleración. El sonido era bastante ahogado, aun así, se podía sentir el esfuerzo de la nave para salir.

Emily se puso de pie, asomada por un pequeño mirador que daba vista al vacío del Espacio y dijo:

"**Ahí está Geo, mi fenómeno**."

Me asomé para ver, pero no había nada, mucho menos nadie, solo el vacío del espacio. ¿Era un chiste sarcástico o un verdadero lamento?

Dentro de poco perforaríamos la atmósfera y descenderíamos a las afueras de Leviatán.

Aun así, Emily seguía herida, no sabía cuánto tiempo más podía resistir.

Busqué una sala de atención médica para humanos, pero no había. La nave era evidentemente una nave de escape para las clases políticas, no un *resort* con todo incluido.

Emily seguiría sufriendo sus heridas hasta llegar a la Tierra.

El tiempo pasó y, mientras descendíamos por la atmósfera, la turbulencia y el dolor sentimental de Emily la estaban abrumando; empezaba a delirar. Llegaron algunos sintéticos y combatientes con experiencia médica.

Decían que su herida estaba infestada y que, por las miserias esclavistas de Alpha #1 y su hambre artificial, nadie tenía antibióticos, mucho menos uno específico para el tipo de herida. La falta de recursos era algo palpable. **Parece que Emily moriría en el descenso a Tierra**.

La nave aterrizó. Emily seguía viva, pero delirante, agonizante. Tal vez serían sus últimos momentos.

Salimos y varios sintéticos se ofrecieron a llevar a Emily en sus brazos, casi como un **tributo funerario**, un *réquiem* o una súplica a cualquiera que viera y pudiese ayudar.

Mis profetas habían seguido el aterrizaje de las naves y no tardaron en recibirnos a mí y a mis nuevos amigos.

Anquilos fue el primero en preguntar sobre mi estado y yo estaba en perfecto estado.

No dudé en contarles que **El Profeta Escarlata había tomado Alpha #1 y que la estaba usando como un claustro de la calamidad**. Solo era cuestión de tiempo para que el cielo se llenara de Engendros o, aún peor, la presencia misma del Demiurgo.

Los profetas se sentían fallidos a sí mismos, aun así, teníamos fe en que saldríamos bien librados de esta.

Puse a Emily en cuidado de Artemisa para que la curara pero Artemisa me señaló que Emily ya estaba sin vida alguna, que haría un último intento pero era casi seguro que no funcionaria.

Momento 49: El Espectro de una Profecía

Geo: El Espectro Escarlata

Despierta, despierta, Geo…

El primer sentido en regresar fue el sonido, pero no era un sonido. Era una voz, una respiración profunda que resonaba en mi propia mente. Abrí los ojos por primera vez en lo que parecieron eones. La ciudad, Alpha #1, ahora era un juguete bajo mis pies. El asedio que antes había sido una amenaza, ahora era un hecho. Cientos de seres insectoides, mutaciones de pesadilla, se movían bajo mi sombra. Cíclopes, fanatizados y con ropas andrajosas, me adoraban. Me bendecían. Un hedor a incienso quemado y a carne podrida flotaba en el aire. Eran seguidores del Demiurgo, y yo... yo era su ídolo.

El ztigma llamado por estos como el Demiurgo su verdadero nombre, habló de nuevo. Su voz no venía de un lugar, sino de todas partes.

"Geo, te he dado mis mejores dotes. No durará para siempre. ¿Quieres saber algo? ¿Dónde está Emily? ¿La has visto en alguna parte?"

Y como un puñetazo en la cabeza, el recuerdo me golpeó. Emily. **¡Cierto! ¡¿Dónde está Emily?!**

La voz del Demiurgo, ahora suave y engañosa, resonó dentro de mí:

"Crystal se la ha llevado. Ha escapado. Ellos han causado todo esto. ¿Quieres salvar a Emily?"

“**¡¿QUÉ?! ¡Emily herida?! ¡¿Me estás jodiendo?! ¡No puede ser!**" Un rugido se escapó de mi boca. "¡DIOS NO!". El dolor no era físico, era un agujero en mi pecho. Si esos profetas no hubieran existido, si nos hubieran dejado en paz, si tan solo mi maldita mala suerte dejara de seguirme. Yo solo quería una vida tranquila. **Emily es la única persona que tengo en este lugar**. Tal vez, sin todo esto, podríamos haber reconstruido nuestras vidas en paz. Como lo había visto, como se lo había contado. ¿Qué me he convertido? ¿Qué soy? Una criatura de ceniza, un dios de la muerte.

"¿Quieres recuperar a Emily?", insistió el Demiurgo. Su voz, un susurro seductor.

“**Sí, claro que quiero. Ella es lo único que tengo.**”

"Bueno, hay una sola forma de salir de aquí. En 12 horas, las puertas hacia el espacio exterior se abrirán de nuevo. Desde ahí puedes hacer un salto hasta la Tierra, créeme. **Te garantizo que llegarás en una sola pieza. Te he dado lo mejor para ti, mi mejor amigo**."

Uno de los Encarnados, una figura diminuta a mis pies, con su cuerpo postrado en señal de reverencia, habló entre oraciones:

"**El Marcado está listo. Para cuando desee, puede emprender su viaje.**"

"¿A qué te refieres con que 'el marcado' está listo?".

"Usted es el Marcado, mi señor", dijo. "Tal vez no lo sepa, pero ahora usted ha sido dotado de los milagros del Demiurgo. Es un gigantesco ser de 5 metros o más de altura, para dar muerte a todo el que usted desee. Su sangre tiene la fuerza y la pureza correcta que el Demiurgo ha exigido para nosotros. **Es notable que el Demiurgo lo ama, mi señor.**"

"Entiendo." La voz del Demiurgo me llenó de poder. Sentí mis nuevas alas, el peso de mi cuerpo de ceniza, un poder que desafiaba a la lógica y la física.

"Entonces, ¿ni el vacío del espacio puede matarme, Demiurgo?"

"Exacto. Bueno, iré por Emily ahora mismo. ¿Dónde está el lugar?"

"Debes ir por donde viniste: la zona de desembarco, el puerto estelar."

"Sé dónde es."

Me moví. No caminé, me deslicé. Usé mis alas para elevarme y la fuerza electrostática que emitía mi cuerpo para moverme a voluntad. El puerto estelar, que antes parecía gigantesco, ahora era diminuto. Mis alas de ceniza se desplegaron. La fuerza que sentí en mi interior me guió hasta las esclusas. Eran unas puertas de dos kilómetros de alto por veinte de ancho, hechas para naves, no para hombres. Pero yo ya no era un hombre.

Con un rugido que hizo temblar la ciudad, forcé las exclusas con mis propias extremidades. El aire se despresurizó, un aullido de metal retorciéndose. Me sostuve con mi propia fuerza, mis pies de ceniza aferrados a la plataforma. Cuando la descompresión cesó, observé el vacío del espacio y la redondez del planeta Tierra, a kilómetros de distancia.

No lo dudé más. Emily estaba allá abajo. En ese maldito planeta que solo me detestaba sin razón aparente.

Salté al vacío en dirección a la Tierra.

Mi cuerpo de ceniza era un punto que caía en la negrura, tragado por la inmensidad, guiado solo por la redondez del planeta. Mi cuerpo, ahora una masa de ceniza indestructible, no sucumbía al frío ni al calor. Descendí poco a poco por la atmósfera. La fricción se encendió, y la llama del descenso se hizo presente. Fui un meteoro de venganza, un dios que caía, un espectro de ceniza y muerte.

Fui descendiendo a toda velocidad en un reingreso a la Tierra con mi nueva forma, hasta que por fin impacté el suelo y un cráter gigantesco quedó en el lugar, en medio de un desierto irradiado. El polvo se levantó, el sonido de la explosión hizo temblar la corteza.

Ahora estaba en la Tierra. Buscando a Emily. Con un odio que no había sentido en mi vida.

Momento 50: Un último hálito (Final de temporada 2)

Crystal: Mítica Profeta

A mis espaldas caía aquel espectro que acechaba en nuestras mentes, aquel que habíamos dejado a su suerte en Alpha #1. La explosión de su caída había hecho temblar el suelo.

Los profetas se acercaron.

Artemisa mencionó junto con Anquilos: —¿Había una cuarta nave de emergencia o algo? Porque algo se estrelló en el desierto.

Respondí: —No. No sé por qué, pero puedo jurar quién es.

—¿A qué te refieres, Crystal?

—Tengo la corazonada de que es Geo, aquel que hemos visto en nuestras visiones.

—¿El **Profeta Escarlata**?

—Sí, eso creo.

Emily yace muerta justo ahora. No estoy segura de qué pueda suceder una vez llegue aquí y vea el destino de Emily en nuestras manos. No sé si él pueda comprender o perdonar. Nosotros no tenemos la culpa, las cosas han pasado de forma accidental, fuera de nuestro control. Aun así, aquí yacemos con su cadáver.

—¿Qué hacemos entonces, Crystal?

—Podríamos traer a César, nuestro Séptimo profeta, de vuelta a la vida, liberarlo de su cristalización, liberarlo de su éxtasis. Pero él nos traicionó a todos. Su traición y sus ambiciones desmedidas acabaron con Leviatán de una u otra forma, no es sensato. Aun así, si no podemos contener al **Profeta Escarlata** o apaciguarlo, alguno de nosotros deberá despertarlo y la única que puede hacerlo es Artemisa.

César será nuestro último recurso desesperado.

Por ahora, solo toca esperar la posible llegada del **Profeta Escarlata**.

El tiempo pasó y una figura se robó el protagonismo en el cielo, una figura imponente de alas enormes se asomaba en el cielo sobre la cabeza de los profetas y en el lecho de muerte de Emily. Todos los profetas estaban totalmente intimidados ante esta profética visión hecha carne vivida.

Entre todos los profetas descendió el **“Profeta Escarlata”**. Este se dirigió a mí, una voz grave que hacía retumbar los oídos: —¿Dónde está Emily, Crystal? El Demiurgo me ha dicho que tú la tienes.

Bajé la cabeza por la vergüenza e hice un gesto señalando el lecho de muerte de Emily, acto seguido le di paso.

El **Profeta Escarlata** observó incrédulo ante lo que veían sus múltiples ojos deformes y su voz lenta pero clara se hizo presente: —Emily dijo que no te hiciera caso, “que cuando durmiera tú me matarías”. Ella te acusó con sabias palabras, pero mira lo que han hecho todos ustedes. Emily... está muerta.

No pude resistirlo e intenté disculparme y comprender su peor momento: —Geo, lo siento. Todo se descontroló. La policía llegó, llegaron los encarnados, hubo un tiroteo, pasaron muchas cosas, pero esto no es obra nuestra, te lo puedo jurar.

Geo mencionó con su voz gutural, siempre apacible pero sumida en el dolor: —Ya veo, eso mismo dijo el Demiurgo, que tu imprudencia en un tiroteo había expuesto a Emily. Tú que todo puedes ver, ¿por qué no te interpusiste entre las balas? ¿Por qué no las detuviste? ¿Por qué? Tú que tienes el Don de la visión ¿no pudiste verlo? Más de una vez yo he recibido todos los daños por Emily, ¿por qué tú no lo hiciste entonces? Ella no tiene nada que ver en este conflicto a pesar de su temperamento hacia ustedes, pero ahora lo veo.

—Explícame, Crystal, ¿por qué Emily está muerta? El tono del **Profeta Escarlata** se acrecentaba por momentos, parecía contener su ira.

—Bueno, Geo, estábamos rodeados de efectivos policiales, pero un sintético disparó sin más contra la policía con unas balas de masa pesada, algo que yo no puedo desviar. Estos hacían un daño terrible a los vehículos y mandaban todo a volar. Yo pude ver cómo una pasaba cerca de Emily, pero no pude ver que del otro lado iba incrustado un pedazo de hojalata de los vehículos de policía. La hojalata pasó tan rápido y con tanta fuerza que a pesar de que no le dio a Emily, solo rozar su vientre lo abrió de par en par, sin contacto físico alguno, solo bastó la fuerza y la velocidad, algo que no tuve en cuenta.

—¿Dices que fue un error tuyo? No fue un error, solo fue una imprudencia. A ustedes no les importa más nada, solo les importan ustedes mismos. Emily tenía razón sobre todos ustedes, solo han traído calamidad a todo este lugar. Y sobre ti, Crystal, tomo la palabra de Emily cuando estaba viva: “No la traigas con nosotros, cuando me duerma me matarías seguramente”.

Cumpliré el empedernido deseo que tenía Emily con ustedes de exterminarlos, ahora comprendo sus razones. Lástima que Emily haya tenido que morir para que con ello la comprendiera de una vez por todas.

Los 6 profetas se prepararon para el combate, todos tensos esperando lo inevitable.

El **Profeta Escarlata** levantó vuelo con fuerza estrepitosa. El cambio de presión nos aplastó contra el suelo. Se levantó a velocidades vertiginosas, por momentos se perdía de vista.

Jana se irritó mucho, ella sintió como si le hubieran dado una cachetada y salieran corriendo. Liberó sus brazaletes de sus ropas dejándolos visibles, levantó todos sus sellos, cargó todo su brazalete y con la pura rabia del momento, liberó un rayo de fuego a pura presión al cielo. El **Profeta Escarlata** lo recibió con gusto. El fuego no podía quemarlo, aun así la fuerza le había desprendido un ala.

El **Profeta Escarlata** parecía contenido por la presencia del cuerpo de Emily.

June le gritó a Anquilos: —Bájalo del cielo con tu presión gravitacional, solo Jana y yo podemos luchar en el cielo, no sería lo mejor. Hazlo descender a tierra.

Los profetas se mantenían al margen, jugaban sus mejores cartas.

Anquilos cargó su brazalete y de un solo golpe hizo bajar al **Profeta Escarlata** en un parpadeo al suelo en un cráter gravitacional.

El profeta Escarlata se recomponía, levantaba sus brazos y los aferraba al suelo sacando su cuerpo de los escombros.

June y Jana celebraban: —Eso es, esto va a funcionar.

Ariana me dijo: —Vamos, Crystal, a por él. No lo dejaremos que cumpla la profecía.

Los 6 profetas nos acercamos al cráter que el poder de Anquilos había dejado, en el, el **Profeta Escarlata**, irguiéndose una vez más.

—"Entonces eso es lo que saben hacer", dijo el profeta escarlata.

June desenfundó sus brazaletes de sus ropajes y un mini agujero negro se hizo visible. Un rayo gama perforó el cuerpo del **Profeta Escarlata** con múltiples agujeros, como si grandes balas de cañón lo hubieran perforado. Su figura apenas visible contenida, paralizada por el momento, cada agujero exageradamente notable.

Ariana empezó a congelarlo desde todos los ángulos reteniéndolo. Artemisa me tomó: —Prepárate, Crystal. Podemos sellarlo y dejarlo en un éxtasis.

Me tomé de la mano de Artemisa y sus brazaletes verdes como esmeralda empezaron a cargar y empezamos a cristalizar su forma desde los pies hasta la cabeza. Y cuando íbamos por el torso el **Profeta Escarlata** dijo: —Ya veo, eso es todo lo que hacen, es evidente para mí ahora la ciencia y la tecnología detrás de sus artefactos. Creo poder hacerlo también.

—¡Yo también puedo alzarme con la victoria y ustedes con la derrota!

De la boca deforme y llena de agujeros por los rayos gama, aspiró palabras que decían: —¡**Omega**!

La presión gravitacional aumentó muchísimo. Ariana lo notó primero. Anquilos miró al cielo y dijo: —No me digas... —incrédulo.

Una explosión gravitacional gigantesca aplastó todo el lugar. Aun así, estábamos lejos de Emily, el **Profeta Escarlata** había emprendido vuelo para alejarse de Emily en un intento de conservar su cuerpo del combate.

Todos fuimos aplastados contra el suelo violentamente, todos salimos heridos, unos más que otros. Era evidente la fuerza brutal de este **Profeta Escarlata**.

Jana se levantó primero, como siempre terca, totalmente inyectada con la Estimación de Ira. El golpe le había dado duro para estar en ese estado tan rápido. Artemisa se levantaba poco a poco a medida que curaba sus heridas, empezó a buscar uno a uno y a desenterrar de los escombros al resto de profetas aplastados por la onda gravitacional y recomponerlos con sus capacidades curativas.

En algún punto logré recomponerme y ponerme de vuelta al pie del combate, aun así Jana tenía un combate cerrado y personal, uno a uno, contra el **Profeta Escarlata**.

Un chorro de fuego presurizado a la velocidad de la luz pasó por el cuerpo del **Profeta Escarlata** y lo partió en dos. Aun así, sus partes que se estaban desprendiendo se volvían a unir de nuevo. Un segundo rayo de fuego, como la luz misma, pasó cerca pero antes de que lo volviera a partir en dos el **Profeta Escarlata** levantó su mano derecha y mencionó: —Sé lo que tengo para ti.

De su mano derecha se levantó un agujero negro pequeño similar al de June. El rayo de llamas presurizadas de Jana quedó totalmente contenido por el agujero negro que evidentemente de alguna manera había copiado el **Profeta Escarlata** de June.

Jana se molestó aun más todavía debido a la frustración, ella se sentía burlada y ridiculizada.

Jana acortó la distancia y pateó la mano del profeta haciéndole perder el agujero negro que se disipó en el aire y este al disiparse lanzó el rayo contenido de Jana a todas partes, quemando varios lugares aleatorios de la ciudad olvidada por el tiempo de Leviatán.

Jana lo golpeó en el rostro y el **Profeta Escarlata** respondió apartándola de un manotazo, debido a su enorme tamaño la mandó a volar lejos.

Anquilos lo hizo descender de nuevo del cielo y eso hizo molestar al Escarlata: —No de nuevo.

Se anticipó y con una onda gravitacional mandó lejos a Anquilos.

Aun así la onda gravitacional aplastó al Escarlata. Este de nuevo se levantaba del suelo recomponiéndose. Ariana se acercó a nosotros: —Nos está destruyendo, intenten recomponer a June y después busquen a César. Yo lo contendré, puedo ver sus patrones, sé qué debo hacer.

Ariana se lanzó a toda velocidad contra el **Profeta Escarlata** y con hielo y agua saboteaba los movimientos del Escarlata al mismo tiempo que lo desmembraba por medio de la congelación, pero sin efecto el **Profeta Escarlata** se recuperaba en un parpadeo. Aun así, el profeta escarlata se estaba frustrando. Intentó responder con agua y hielo, pero sin caso Ariana le gritó: —¡No puedes atacar con lo que no sabes controlar, tonto!

—Entiendo, Ariana, tomaré tu consejo —respondió el **Profeta Escarlata**.

El profeta Escarlata intentó golpearla, pero su imponente tamaño y la gran habilidad de Ariana no le permitían alcanzarla, fallaba cualquier golpe.

El profeta escarlata mencionó: —¡Ya veo!

El **Profeta Escarlata** se partió a sí mismo en trocitos, en 6 trozos del tamaño de una persona promedio. —Veamos cómo te va controlando a 6 de mí, Profeta del Agua y el Hielo.

Ariana se empezaba a ver superada, aun así mantenía su ritmo, se los quitaba de encima como podía por muy poco.

Artemisa había recuperado a June, su hermana.

Artemisa inmediatamente le mencionó a June: —Hermana, Ariana está conteniendo al **Profeta Escarlata**, por favor ayúdala. Vamos a buscar a César, el **Profeta Escarlata** nos está aplastando con gran facilidad. César es de los más poderosos. Crystal y yo iremos a buscarlo en la antigua plaza olvidada ya, en sus ruinas, en las profundidades de la plaza rota debe yacer su cristal de éxtasis.

June: —Vaya, yo me encargo de este. No dejaré que vuelva a hacer eso, veo que Ariana necesita ayuda.

Anquilos apenas empezaba a recuperarse del impacto gravitacional que había recibido en su contra, mencionó: —¿Qué me golpeó, él está usando mis poderes o algo?

Le respondí: —Sí, eso parece. Iremos a liberar a César de su tumba de cristal, ¿crees poder resistir mientras volvemos?

—¿Van a liberar al traidor? No se lo merece, aun así comprendo la situación. Vayan, veré qué puedo hacer contra esta semejante monstruosidad.

Despidiéndonos del último profeta, partimos nuestro camino hasta César. Corrimos por las calles Artemisa y yo, hasta alcanzar la plaza.

En el suelo roto y fragmentado de la plaza que hacía un hueco, yacía apenas visible bajo tierra el cristal de César que lo contenía. Artemisa y yo nos pusimos a trabajar para descristalizar a César.

César despertó, preguntó por la situación. Le explicamos lo que podíamos, pero que era urgente que fuera a la batalla. Él preguntaba por su reino y yo le decía que no había nada más, que ahora o nunca debía acompañarnos, y eso hizo.

Mientras tanto: Geo luchaba contra June, Anquilos y Artemisa en un combate de 6 réplicas tamaño de Geo en ceniza contra 3 profetas en pie de lucha.

June arrasaba con sus rayos Gama, pero Geo esquivaba con facilidad. Su Estimación de Ira acrecentando a cada golpe que él recibía. Ariana lograba atinar golpes uno tras otro y perforarlo con la fuerza del hielo. Anquilos intentaba encerrar a la distancia varias de las réplicas del **Profeta Escarlata**, atrapándolas en una cárcel gravitacional y para que June lograra fulminarlos, lo cual surtía efecto. Aun así, el resto de réplicas seguía luchando y las exterminadas en primera instancia se volvían a formar del suelo pulverizado.

El profeta escarlata con un gran brillo en sus ojos se empezaba a hartar de la situación y acrecentó aun más su fuerza y velocidad. Sus golpes empezaron a saturar la visión de Ariana, portadora de la Estimación de Control, podía verlo pero difícilmente sus movimientos podían seguirlo. En algún momento, un golpe directo se acercaba a Ariana, ella estaba preparada para evadirlo pero una de las réplicas del escarlata, una mano cercenada hecha de ceniza, tomó su pie. Los ojos de Ariana se pusieron blancos del miedo al ver su destino sellado, pero Jana intervino, con la Estimación de Ira a flor de piel, y recibió el golpe de lleno, lo que la hizo retroceder por inercia y gritó a todo pulmón: —¡"Maldito Escarlata! ¿Crees que eres el único poseedor de la Estimación de la Ira? ¡Te mostraré lo que puede hacer!"

Jana impregnó sus manos en fuego. Su cuerpo, poco a poco, una voluta de fuego ardiente. Dio un salto tan fuerte que mandó todo a volar por los cielos. En momentos, una batalla frenética entre dos bestias frenéticas, desesperadas y descontroladas se daba.

Jana tomó a una de las réplicas y la impactó contra una torre y la punta de la torre cayó de lleno al suelo. Jana había liberado todo su poder de la Estimación de Ira. Dentro de la torre, un rayo de fuego a la velocidad de la luz surcó los suelos y partió apenas la punta de varias torres ya carcomidas por el tiempo. Vimos la figura del profeta escarlata en aprietos, aun así él se defendía. Acto seguido, Jana se lanzó con todas sus fuerzas contra una de las réplicas y la hizo caer al suelo, y una vez en el suelo empezó a rematarla a puñetazos. Jana no se percataba que las otras 5 réplicas, empezaban a levantar lanzas hechas de ceniza y sangre endurecida hasta hacerla una mezcla carbónica dura como el diamante. Levantaron sus grandes lanzas y una tras otra en el frenetismo descuidado de Jana cayeron sobre ella y cada una de estas lanzas gigantescas le dio y la dejó empalada en el asfalto musgoso, todavía viva, todavía consciente, todavía enardecida.

El **Profeta Escarlata** se levantó del suelo impoluto, observándonos a la distancia. Sus ojos bañados en la sangre de sus oponentes, sus ojos inyectados de la ira más visceral que alguna vez haya estado reflejada en los ojos de Geo, ahora él, el "mítico profeta escarlata".

Jana gemía: —¡DEJA QUE ME QUITE ESTAS LANZAS DE ENCIMA, TE ARRANQUÉ LA CABEZA, MALDITO ENGENDRO!

Geo le respondió a Jana: —Si yo caigo, ustedes lo harán conmigo.

El **Profeta Escarlata** volvió a formar sus alas destruidas por el combate, como si huesos salieran empujándose entre la carne y la ceniza de su espalda y plumas nuevas hechas de ceniza blanca y gris formaron sus plumas. Y de su único ojo brotaron otros 9 alrededor, observaba al resto de profetas, buscaba su próxima víctima a la cual aplastar.

Levantó vuelo y se acercó a Ariana, su presencia imponente en el cielo. 5 ángeles de la muerte en el cielo y el sexto él mirándonos con desdén y monstruosidad reflejado en un rostro que no era humano sino del abismo mismo. —Tú, Ariana, tienes todavía una lucha pendiente conmigo.

Ariana tenía cierto miedo, el último golpe, si le hubiera dado, ella sabía que hubiera muerto en el proceso. Tenía miedo de morir. Ariana temblaba del miedo.

El sol se cernía sobre la punta del cielo y 6 ángeles de la muerte caían.

Entonces por fin, había llegado César, según el profeta con más poder, fuerza e intelecto, aquel escogido como el más poderoso por quienes los crearon en aquella maldita Mother Saturn.

César comentó a los demás: —¿Entonces este es el susodicho **Profeta Escarlata**?

—6 basuras aladas. caerán por mi mano.

César se asomaba a la distancia con chispas que brotaban de sus brazaletes. El cielo se arremolinaba a su favor. Sus ojos se teñían en el fulgor del electro y él empezaba a levitar con la pura fuerza de la electro estática sobre su cuerpo.

Había visto a César con poder, pero esta era la primera vez que lo veía tan emocionado, parecía que él había esperado toda la vida por la profecía.

Mencionó y en el cielo retumbó su voz como un trueno: —¿Crees que eres fuerte, “Escarlata”? ¡Te enseñaré la fuerza de un verdadero Dios!

Todo el lugar se llenó de la estática de César.

Y una vez en lo alto del cielo, muy por encima de lo que podía estar el **Profeta Escarlata** con sus alas, César se desvaneció del cielo e inmediatamente después en una de las calles todo había explotado de un impacto fulminante.

Como el encender e ir de una chispa, César peleaba contra los 6 ángeles de la muerte que el Profeta había traído con su presencia, réplicas de sí mismo.

César se alternaba a la velocidad de la luz, tan rápido que parecía que estaba en 6 lugares al mismo tiempo, realmente iba a ganar al parecer.

Las réplicas caían y se desplomaban con edificios y todo en sus impactos, hasta que una sola de las réplicas se mantuvo en pie, la primera que había caído se había recompuesto.

César gritó: —¡Ajá! ¡Con que ese eres tú, cierto!

César volvió a desaparecer de la vista y volvió a estrellarse contra la imagen del **Profeta Escarlata** ya en el suelo. Empezaron un combate a toda velocidad. La fuerza era tal que los golpes de César arrastraban al **Profeta Escarlata** por cientos de metros a través de una carretera elevada y abandonada y carcomida por el tiempo. Golpe tras golpe era recibido directo por lo que quedaba del profeta escarlata y entonces, cuando parecía que César ya lo tenía derrotado, César dio un golpe con toda su fuerza con el fulgor del electro que traspasó el cuerpo del **Profeta Escarlata** de par en par. Las chispas saltaron por toda la calle y sus rayos se dispersaron por todo el lugar del combate.

Aun así, el brazo izquierdo había quedado atrapado dentro del cuerpo del Profeta, y empezaba a ser atrapado por la ceniza. César intentaba zafarse, pero entre más lo intentaba, más sus brazos se hundían.

César puso su brazo izquierdo sobre el ojo rojizo que se asomaba, el que parecía la faz del profeta escarlata, intentó empujar para sacar su brazo izquierdo pero al hacerlo su brazo derecho se hundió dentro de la ceniza del profeta escarlata.

El Escarlata le susurró: —¿Crees poder ganar? ¿Por tu mano?

La voz del escarlata se volvió a escuchar de nuevo un grito resonante: —¡**Omega**!

Una vez más dijo esa palabra.

Y como si el Demiurgo trajera su poder, la presión gravitacional se empezó a hacer presente en la zona del combate de Geo el profeta escarlata y César el Profeta del trueno y la chispa.

El lugar quedó totalmente aplastado por un cambio de presión gravitacional tan intenso que aplastó toda la zona.

Pensé, no puede estar pasando, la derrota de César era un mal presagio. Le dije a Artemisa que fuera a buscarlo, debía levantarlo de su derrota una vez más para luchar de nuevo.

La ira del profeta escarlata no había cesado.

Se levantó con su único cuerpo restante, tan solo una de las réplicas, lo que parecía el original de él.

Reconstruyó nuevamente sus alas y aterrizó nuevamente ante nosotros, pero especialmente fijó sus ojos en mí y dijo palabras: —Tú, Crystal, eres la culpable de todo esto. Ven, acepta tu culpa, acepta tu destino, paga por tus pecados, lucha contra mí. Tus hermanos no tienen que pagar por lo que tú has causado.

Anquilos me detuvo, June también, Ariana también, mencionaron: —“No caigas en sus provocaciones, Crystal. Ya venció a César y a Jana, nuestros más fuertes profetas en diversas disciplinas de la fuerza física y lo arcano. No tiene sentido que aceptes lo que te pide, no tienes brazaletes para utilizar tus capacidades arcanas, no hay forma de que puedas vencerlo en ese estado. Solo tu fuerza física y la Estimación de Control no te bastarán”.

—¡Cállense! —les grité con lágrimas en los ojos. —¡Esto es culpa mía, maldita sea! ¡Déjenme en paz, no me detengan, no quiero ver a otro de mis pares caer por mi culpa, debo enfrentarlo!

—¡No lo hagas, Crystal! —replicaron.

—¡CÁLLENSE!

Me los quité de encima como pude y enfrenté mi destino, nadie más debía hacerlo por mí.

—¡AQUÍ ESTOY, **PROFETA ESCARLATA**!

El profeta escarlata habló con cierto gusto: —Por fin aceptas pagar por tus pecados cometidos.

Perspectiva General del combate:

Crystal con lágrimas en los ojos, de un parpadeo las hizo brotar y el fulgor azul en sus ojos brillaba con gran intensidad. La Estimación de Control estaba en su epítome. Crystal tomó una cadena de considerable tamaño y se la amarró en el brazo izquierdo, y en el derecho amarró otra cadena que portaba un cuchillo en su punto que también amarró. Con esto protegería sus brazos y al mismo tiempo estaría lista para luchar. El profeta escarlata le hizo mención: —¿No tienes nada más, cierto?

Crystal le respondió: —Sí, solo me tienes a mí, ¿era todo lo que querías, no? Terminemos esta masacre de una vez por todas.

—Como desees —respondió Geo con placer en sus palabras.

Geo encarnado en **Profeta Escarlata** en un parpadeo se impulsó con sus alas y en un golpe vertical descendente intentó impactar en Crystal, pero el golpe falló completamente.

Crystal yacía a un lado de él observándolo y mencionando: —¿A dónde fuiste? Intentaste matar una cucaracha en el suelo. Si me buscas, estoy justo aquí.

El profeta escarlata de su ceniza armó una fibra carbónica afilada con la forma de una espada montante. Esta la desenfundó de su propio cuerpo hecho del mismo material y la pasó de par en par por la figura espectral de Crystal, pero de nuevo, Crystal se desvaneció.

Geo estaba atónito, no entendía cómo era posible.

Volteó y a sus espaldas estaba Crystal: —¿No era que me buscabas? Aquí estoy, no me des la espalda.

Crystal a cierta distancia lo observaba.

El profeta Escarlata se impacientó. Levantó su montante al cielo y la hizo clavar sobre el suelo y miles de estacas afiladas brotaron del suelo derrumbando toda la calle levadiza y un sonido de campana hizo resonar toda la estructura.

De nuevo, Crystal de un salto había evadido el ataque, hasta el horizonte había llegado la destrucción de la ceniza del profeta escarlata. Aun así, Crystal lo había evadido con facilidad aparente.

Geo empezaba a preguntarse: —¿Cómo es posible?

Crystal le respondió: —¿Puedo verlo, acaso tú no?

Geo replicó: —¿Ver qué? No veo nada. ¡Solo quiero verlos caer!

Geo, como el profeta escarlata, abalanzó su espada en una estocada sobre Crystal, pero de nuevo como un espectro se desvanecía. Una cadena tomó la cabeza del Engendro Escarlata y otra se ensartó con cuchillo y todo. Crystal la hizo jalar y chorros de ceniza

cayeron al suelo. Geo se molestó aun más todavía y sin titubear empezó una ofensiva ciega contra Crystal quien evadía y contraatacaba una y otra vez con su cadena y el único cuchillo atado en él.

Geo se puso frenético y gritó de nuevo: —¡**OMEGA**!

Y una onda gravitacional aplastó todo.

En el medio de todo el cráter dejado estaba Geo intacto y Crystal a sus espaldas, casi por poco recostada sobre él.

Geo había recuperado su gran ojo de nuevo y recuperaba su vista de nuevo. Sintió la presencia de alguien en su espalda, al voltear vio a Crystal a su lado.

Crystal había logrado predecir que la onda gravitacional solo afectaría alrededor de Geo y no sobre él. Parecía que Geo empezaba a cuidar su propia integridad, eso le mostró a Crystal que Geo y su **Forma Escarlata** no era invencible y que había posibilidad.

Crystal saltó hacia el cráter no sin antes clavar y aferrar sus cadenas sobre el cuerpo del Escarlata. Crystal en caída libre le gritó: —¡Sin piedad, ni compromiso!

Y Geo respondió: —Esas serán tus últimas palabras, Espectro.

Geo cargó uno de los agujeros negros copiado de June y empezó a lanzar sin control estos rayos gama contra Crystal en plena caída libre. Pero Crystal, usando sus cadenas, la fuerza y la inercia como quien doma a un caballo, se movía por los costados y por la espalda del **Profeta Escarlata** que a medida que se acercaba al suelo del cráter abría sus alas.

De golpe, el **Profeta Escarlata** salió volando del cráter con Crystal aferrada a una de sus alas enormes de 4 metros de largo cada una.

Todos los profetas quedaron maravillados con la tenacidad de Crystal. Geo intentaba quitársela de encima en el cielo, pero Crystal maniobraba con sus dos cadenas, clavando sus cuchillos una y otra vez en el profeta Escarlata.

El **Profeta Escarlata** con sus extremidades llenas de garras intentaba quitársela de encima, pero era imposible. De su espalda brotaban manos, pero no lograban tomar a Crystal. Ella alternaba sus cadenas entre brazos, extremidades, espadas y lanzas, poco a poco aturdiendo la forma de Geo que intentaba tomar cualquier forma posible con tal de atrapar a Crystal en el aire. En algún momento, Crystal aferró sus cadenas sobre las alas del **Profeta Escarlata** y las hizo maniobrar en dirección al suelo, haciéndolas perder sustentación y haciendo estrellar a Geo contra el suelo de cabeza en una caída libre. Crystal en un salto perfecto y sincronizado, tocó el suelo como si flotara, como si ella no pesara.

El resto de profetas se quedaron boquiabiertos viendo la escena, pero no les duró mucho.

El profeta Escarlata hizo que todo ardiera en una gran explosión de fuego ardiente como el Sol mismo y acto seguido la explosión se contuvo.

Crystal huyó apresuradamente.

En la contención de la explosión, la explosión retrocedió y fue tragada por un agujero negro en la mano derecha del **Profeta Escarlata**. Un trueno cayó de las nubes arremolinadas y Geo se levantó con su presencia demacrada de la ceniza y la frustración.

Las palabras de frustración: —Veo que no lo van a hacer fácil.

Crystal había regresado con el resto de profetas, estaban formados para la batalla. César y Jana habían sido recuperados por Artemisa. Los 7 profetas ahora estaban juntos para cumplir con su profecía.

Geo volvía a preparar su montante de carbono y ceniza, poco a poco recuperaba su cuerpo dañado una vez más.

Los profetas poco a poco reunidos, levantaban sus armas y poderes arcanos.

El cielo oscuro y arremolinado se cernía sobre ellos.

El esqueleto de la ciudad Leviatán se mostraba carcomido por el tiempo.

Las carcasas tomadas por la naturaleza se terminaban de derrumbar por las fuerzas concentrándose en un solo punto.

César fue el primero en ir adelante con su chispa.

Golpeó a Geo y la mandó por los aires e hizo que un trueno alcanzara a Geo. César de una patada lo hizo caer de nuevo al suelo, justo al frente de Crystal quien confundía al **Profeta Escarlata** con movimientos espectrales, nada más para que Jana se lo llevara por el medio con todo su cuerpo y con las llamas ardientes quemando el suelo, nada más para que César lo recibiera de un golpe seco con toda la potencia del Electro, convirtiendo al Engendro Escarlata en un amasijo sin forma sobre el cielo, a lo que June fulminó con rayos Gama.

En el suelo, la cenizas del suelo hacia arriba empezaban a recomponer la figura del espectro Escarlata a lo que Ariana inmediatamente empezó a congelar. La boca se formó y a punto de gritar iba a decir **Omega** de nuevo, pero Crystal clavó una de sus dagas atadas por cadenas y le arrebató la palabra.

El brillo rojo de los 10 ojos del Engendro Escarlata se iluminó como una foto. Formó rápidamente sus alas de nuevo y de un solo golpe alzó vuelo, mandó todo a volar. Perdimos formación momentáneamente. En el cielo, el **Profeta Escarlata** se encontró con César, y empezaron a intercambiar. César a la velocidad de la luz y Geo a la velocidad de sus instintos. César logró tomarlo y hacerlo caer de nuevo contra el suelo. Del suelo, el **Profeta Escarlata** se levantó sin dilación y poco a poco se iba convirtiendo en una monstruosidad con 4, después 6, después 8 alas, 10 ojos, 11 ojos, 12 ojos, colmillos de araña, 8 extremidades como las garras de un insecto, 1 una mano humana que portaba un montante.

En algún punto, César intentó partirlo por la mitad de nuevo con la fuerza del trueno, pero el trueno cayó y el profeta no estaba.

Se había movido muy rápido usando sus alas hasta llegar cerca de June que se movía a gran velocidad intentando evadir al **Profeta Escarlata** con la fuerza de sus agujeros negros contenidos en sus brazaletes.

En algún punto, el **Profeta Escarlata** había alcanzado a June con una de sus garras insectoides, pero César se interpuso y con la fuerza del electro disipó la garra, así que el profeta Escarlata se dejó caer sobre ellos y los aplastó.

De repente, June y César parecían estar atrapados debajo de semejante monstruosidad.

Poco a poco, la tierra empezó a retumbar, el suelo a temblar, las calles empezaron a agrietarse y los edificios a caer por partes, pero poco a poco los fragmentos que caían quedaban ingrávidos. El lugar estaba fragmentándose en una fuerza primordial.

El cuerpo del profeta Escarlata se iluminó por momentos y un rayo Gama lo partió en pedazos. El cielo se partió en dos y el rayo alcanzó hasta donde llegaba la vista.

De su cuerpo cercenado brotó en el fulgor de la Estimación de la Ira reprimida de June toda su fuerza.

El cuerpo apenas recuperándose del **Profeta Escarlata** fue inmediatamente fijado por la puntería arcana de June. El lugar se iluminaba con una luz primordial y una fuerza desatada.

June cargaba su próxima carga. Sus ojos impregnados en el rojizo de la Estimación de Ira y la boca tranquila de June ahora se retorcía de la ira con palabras: —¡DESAPARECE, ENGENDRO!

Un rayo Gama primordial primero fundió el piso de toda la sección del gran ataque, después las estructuras se fundían, las cosas levitaban. June levitaba en el cielo con su faz totalmente deformada por la Ira Descontrolada. Un instante después, un rayo Gama derritió todo suelo y todo cielo a su paso, llegando a infinita distancia y arrasando medio planeta con un rayo Gama descontrolado que desintegró hasta los átomos toda cosa a su paso.

La tierra temblaba.

Los vientos se arremolinaban, todos intentábamos mantenernos de pie.

Las cosas flotaban.

La fuerza de June descontrolada era totalmente caótica.

June cayó desmayada a los brazos de César y el **Profeta Escarlata** no lograba recuperarse del todo. La figura de Geo se mostraba por momentos, parecía que el rayo de June había logrado dañarlo de verdad.

La voz de Geo se escuchaba, un eco repetitivo: —“No puedo perder, no puedo perder, no puedo perder”.

Crystal preparaba sus cadenas para vencerlo de una vez por todas.

Las lágrimas de Geo caían como gotas impiadosas. —“No puedo perder, no puedo perder, no puedo perder” —un eco resonante impasible.

Crystal atrapó a la figura reconocible y chamuscada de Geo con sus cadenas. Artemisa se acercó e iban a empezar el proceso de cristalización para evitar otra posible recuperación, pero sin más, del cuerpo chamuscado de Geo, primero una ceniza se desprendió, después una segunda y una tercera, y así seguidamente. Lentamente, el cuerpo de Geo, ceniza a ceniza, se iba escapando del proceso de cristalización que Artemisa y Crystal estaban llevando en conjunto.

El eco resonante de un alma que aún no se ha rendido: —“No puedo perder, no puedo perder, no puedo perder” —un Geo vencido que no aceptaba la derrota.

Ceniza a ceniza, fragmento a fragmento llevado por el viento.

Los profetas incrédulos veían cómo Geo “moría” ante sus ojos.

Crystal y Artemisa se impacientaban, pero la última ceniza de Geo se había ido con el viento.

Y un último respiro resignado, incompleto, quedó en el aire:

—“No puedo…”

Las lágrimas de Geo, reales, estaban hirviendo en el asfalto. Y poco a poco, el cielo arremolinado trajo consigo la lluvia. Geo, una vez más, había sido derrotado. ¿El Demiurgo había perdido esta vez?

¿El cielo de Alpha #1 traería consigo y su portal al Demiurgo hasta la Vía Láctea?

El cadáver de Emily se había perdido en el combate. Había quedado expuesto y dañado por la brutalidad de la lucha, totalmente irreconocible, con sus partes expuestas a la intemperie, a los animales salvajes y carroñeros.

Fin de Temporada.

Temporada 3: La Putrefacción de las Moscas

Momento 2: La Melancolía de un Pasado Quebrado

El Resurgir de la Ceniza

Las primeras luces del amanecer se filtraron entre el polvo, tiñendo el horizonte de un rojo carmesí. Las cenizas, esparcidas por la fuerza caótica de la batalla, comenzaron a vibrar, a unirse con una voluntad propia, como si una tormenta silenciosa las estuviera congregando. Poco a poco, átomo a átomo, la figura de **Geo** se formó de nuevo en el centro del cráter. No era la criatura monstruosa de la noche anterior, sino el hombre. Exhausto, demacrado, pero entero.

Al abrir los ojos, el eco de la derrota aún resonaba en su mente. "No puedo...". El fracaso se sintió tan real como el sabor a ceniza en su boca. Lo último que recordaba era la sensación de sus lágrimas hirviendo sobre el asfalto. Al levantarse, el dolor físico palidecía ante el punzante vacío de su alma. La promesa de su hija, la razón de su ira, flotaba en el aire.

Recordó a Emily. Su mente se fijó en la urgencia de encontrarla, de protegerla. Se dirigió al lugar donde la habían dejado, con una esperanza desesperada. Pero al llegar, la esperanza se desvaneció, convertida en un nudo de angustia en su garganta. Los buitres, las aves carroñeras de ese mundo olvidado, ya la estaban escudriñando. El cuerpo de Emily, que antes había sido una delicada flor, ahora era solo un amasijo de carne y restos irreconocibles. Todo había perdido sentido, todo había descendido a la locura.

Una voz, resonando en su mente, se hizo más fuerte. Era el **Demiurgo**, la entidad que lo había guiado hasta allí, le susurraba:

“ELLA TODAVÍA PUEDE SER SALVADA”

Geo guiado por la fe ciega en la promesa del Demiurgo hacia todo lo que este le decia.

"Geo," dijo la voz, suave como un susurro, pero firme. "Aún hay esperanza. Ella puede ser salvada. Sus restos son solo la cáscara. La esencia permanece".

Geo, siguiendo las indicaciones del **Demiurgo**, tomó con infinita delicadeza los restos de Emily. A pesar del estado del cuerpo, la cargó contra su pecho. La pesadez era más emocional que física. Los buitres, con un graznido de frustración, se alejaron.

Guiado por la voz que ahora se había convertido en su única razón, se adentró en el bosque. Su destino era claro: **el Laboratorio de las Arañas**. un centro de bioingeniería donde la línea entre la vida y la muerte era tan delgada como un hilo. Su objetivo era intentar convencer a las Arañas de que le permitieran usar sus laboratorios, de que era posible traer a Emily de vuelta. El Demiurgo le susurraba promesas, alimentando la desesperación de Geo. La salvación de Emily era su única meta, la única cosa que lo mantenía en pie. En ese momento, la guerra, los Profetas, la traición… nada importaba. Solo importaba Emily.

Llegué. Los restos de Emily entre mis brazos, como una ofrenda inútil. Frente a la puerta del laboratorio de las arañas, un lugar que alguna vez fue un santuario de risas y seguridad, de chistes compartidos en nuestra frágil piel humana. Ahora, ella yacía muerta, un peso frío y definitivo. Solíamos ser compañeros inquebrantables en un mundo que ya creía fatídico, pero el universo siempre encontró una nueva profundidad para el horror. No me lamentaba por mi suerte; la había abrazado con un **resentimiento oscuro y melancólico**, mezclado con la furia de un pilar milenario que se niega a ceder. No cedería. Jamás.

Emily, mi Emily, de verdad te amaba. No puedo dejarte ir, no así. Debo intentar lo que sea, cualquier locura, cualquier imposible. Juntos enfrentamos miles de demonios y nunca te rendiste, aunque tu carne era frágil, luchaste hombro a hombro conmigo. Todavía recuerdo aquel día en el puente, cuando me preguntaste si lloraría por ti. Sí, Emily, sí, incluso ahora, lo hago. Para mí, sigues viva, al menos en la fortaleza de mi mente. No aceptaré la fortuna desdichada que los cielos han escupido para mí.

"Sí, Emily, permíteme tu bolso", susurré, sabiendo que no respondería, pero aferrándome a esa última conexión. De él, tomé la tablet que tanto le gustaba, aquella que alguna vez hizo suya solo por capricho. Puse la IA que estaba dentro de ella en mi comunicador, y esta ordenó abrir las puertas del **Macro Ambiente**. Alguna vez estuvimos aquí, tranquilos, en paz, y yo creía que era mi tormento. Alguna vez te dije que este lugar no estaba tan mal, que se podía cambiar para mejor. Pero ahora, ya es muy tarde.

Las Arañas abrieron la puerta. Estaban agraciadas por mi llegada, llevaban tiempo sin verme. Pero reconocieron el deplorable estado de Emily y se alteraron, sus chasquidos eran un lamento metálico. Les pregunté si podían hacer algo por ella. Mencionaron que tal vez Otrora podía, pero él yacía en su tumba. Les pregunté entonces si todavía quedaba algo del **laboratorio de TECNO FECUNDA**. Ellas mencionaron que sí, que podía usarlo si deseaba hacerlo, que todavía estaban agraciadas conmigo por aquella vez que resolví el gran acertijo de la producción de arañas mecánicas, y que estaban dispuestas a cooperar.

Les di las gracias y les pedí que si podían mantener un suministro tres veces al día de agua y comida, que me bastaba con pan y agua o lo que tuviesen. Ellas accedieron. Caminamos y caminamos. Me ofrecieron una camilla; estaba vieja y en mal estado, pero era mejor que nada para llevar a Emily. Recorrimos los pasillos. Las arañas habían mantenido los lugares productivos en buen estado. Estábamos en el subterráneo del Macro Ambiente, donde las arañas no se dirigen. Descendimos por el ascensor hasta el fondo, donde estaba el **Salón In Vitro**. Caminé ansioso, acelerado, buscando la sección de Tecno Fecunda y llegué antes que la araña. Ella me dijo que podía disponer de todo lo presente, que no había más que pudiesen hacer por Emily.

Momento 3: Conocimientos Prohibidos, la Perversión y el Pecado Inusitado

Estuve revisando los archivos de Otrora, sumergiéndome en sus investigaciones sobre **hibridación de plantas y humanos**. Explicaban el origen y la naturaleza de la vida misma. El **Ztigma** me susurraba, con cierto dolor, y le pregunté si la batalla lo había afectado. Me respondió que **no pertenecía a mi universo** y que cada herida que yo recibía, él la absorbía para sanarme. Dijo que, al paso que íbamos, no podría soportar todo el daño que me infligirían; si seguía así, yo tendría que ser de una naturaleza similar a la suya para sanar mis propias heridas. Además, el lazo que compartíamos, ese intercambio constante de información, gastaba una **energía colosal**. Era un proceso sacrificado, pero absolutamente necesario. Le pregunté si todavía era posible salvar a Emily, su promesa. Respondió con silencio, y luego, con un "**sí**" claramente dubitativo. Para mí, fue suficiente. Le pregunté qué debíamos hacer entonces con Emily, si él tenía alguna idea.

El laboratorio, aunque lleno de herramientas avanzadas, estaba en mal estado. Lo primero que me pidió el Ztigma fue que les pidiera a las arañas que activaran la **pequeña morgue**. Había neveras para preservar cuerpos. Así lo hice. Llamaron a la araña mecánica y esta puso en funcionamiento una sola de las neveras, donde procedimos a dejar los restos de Emily. ¿Podría yo, tal vez, lograrlo? ¿O eran solo falsas esperanzas? El resultado no importaba; debía intentarlo. Con la ayuda de las arañas, fuimos limpiando algunos utensilios en mal estado. Yo mismo limpié el óxido con una **obsesión y religiosidad casi fanática**, como si esa fuera mi nueva fe y mi iglesia, un laboratorio para, tal vez, una nueva vida.

Pasaron los días. Mi esperanza ya no importaba; solo mi labor. Poco a poco, me sentí poseído por algo que emanaba desde lo más profundo de mi ser, algo que me mantenía despierto, sin asco ni remordimiento. Todo mi ser estaba listo para lo que acontecería. El Ztigma había ideado un plan **osado, prohibido**, más frío y afilado que el acero de una daga envenenada:

"Geo, debemos preparar una **interfaz, una interfaz viva**. Oportunamente, Otrora tenía programas de Generación Humana por medio de la Tecno Fecundación. Todavía quedan óvulos en sus respectivos refrigeradores. Si empezamos por uno, podríamos hacer nuestros primeros experimentos, y después, podríamos crear una interfaz para ti. Y si todo funciona, tal vez una para Emily. ¿Cómo lo ves?"

"No entiendo del todo, Ztigma, pero a estas alturas, dejó de importarme lo que sea que debamos hacer."

Tomamos dos óvulos, tal como me dijo. Usando microscopios, injertamos mi ADN en uno, y el ADN de Emily en el otro, con la ayuda de un aparato del lugar. Los colocamos en **FECUNDA**, una máquina robusta especializada. Todo se veía claramente en las pantallas. Podíamos ver el inicio de la vida desde su origen. Estábamos **creando un clon mío y uno de Emily**. Experimentaríamos con ellos hasta aburrirnos de tanto repetirlo.

Pasaron más días. FECUNDA aceleraba los procesos, pero aun así, era demasiado lento.

La Carne Rediseñada

Mientras tanto, el Ztigma me mencionó que, si lográbamos **hibridar uno de los hongos con micelio**, podríamos crear un espécimen compatible con la carne y, así, una interfaz: **computador, hongo, cerebro**. Esto nos serviría para saber en qué estado se encontraba el cerebro de Emily y, mejor aún, para unirlo a un nuevo cuerpo usando el **micelio** como organizadores y cooperadores del circuito espinal raquídeo, sistema nervioso central contra cuerpo nervioso. Reprogramaríamos los hongos para que fueran la interfaz que organizara el desastre de nuestras torpes manos, incapaces de llegar a lugares insospechados, y nuestros ojos limitados. Sería el **código vivo** el que daría forma a una nueva Emily. Toda la data de su cerebro, si quedaba algo, podría ser extraída y forzar una práctica neuronal para generar un patrón de comportamiento similar, sino idéntico, en un cerebro de algún clon. Fuera como fuese, nunca me detuve, no dejé de estudiar, no dejé de escuchar al Ztigma y seguí todas sus prácticas que, al principio, parecían experimentos de laboratorio de colegio. Pero a medida que pasaban los días, su sabiduría se hacía evidente.

¿Había pasado una semana? ¿Un mes? ¿Un año? El **tiempo dejó de tener relevancia** para mí. Esa palabra había desaparecido de mi mente; solo existía mi motivación.

Empecé a hackear los sistemas de la base y mandé a construir **nuevas arañas serviles a mí**. Había aprendido de forma obsesiva **programación, biología, farmacéutica, genética, mecánica** y todo tipo de ciencias. Cada día, todo parecía más sencillo para mí. Leer los libros del "**Original ÉI**" y "**Oraciones Prohibidas**" que poseía Otrora me habían abierto una visión, una visión que debía perseguir. Eso, sumado al constante estímulo del Ztigma, me hacía sentir que había algo más que todo esto, que sí había forma de trascender, de superar las limitaciones que la carne nos había impuesto. Poco a poco, mi laboratorio se empezó a llenar de arañas de IA básica pero funcional para mis propósitos. Con esto, el laboratorio ya estaba **100% funcional**.

Podía sentir el progreso del esfuerzo, aun así, faltaba mucho para lograr nuestro objetivo. Poco a poco, me empezaba a volver algo más grande que yo mismo debido a mis propias ambiciones. Sin darme cuenta, ya tenía un **ejército de arañas siervas**. Sin darme cuenta, hibridaba **niños humanos inconscientes no nacidos con todo tipo de micelio de hongos**, la máquina, la planta y el humano trabajando en interfaz.

Poco a poco, con virus, sin darme cuenta, había reprogramado mi primera bacteria para que generara luz. Sin darme cuenta, con el pasar del tiempo, ya había **reprogramado virus para nuestros propósitos**. Sin darme cuenta, ya había **profanado toda moralidad humana**. Ni las almas de nuevos seres inocentes no nacidos se salvaban del instrumentalismo. ¿Estaba jugando a ser como Dios? ¿Acaso esa duda importaba? Sí, podía ver el dolor de estos seres inocentes que servían a mi causa.

La Transformación

Un día me levanté y, sin notarlo, lógica tras lógica, algoritmo mental tras algoritmo mental, principio sobre principio que se amontonaban de a trillones en mi cabeza con un sentido claro en algunas palabras: **Orden, Voluntad, Comportamiento, Lógica.**

Todo en principios sucesivos, cada cosa encajaba en un sistema general que explicaba todos los fenómenos, vivos o muertos. Por primera vez en mucho tiempo me vi al espejo. **No me pude reconocer**. Tampoco me importó.

Simplemente, todo ya estaba listo en mi mente. Había llegado el día en que sabía exactamente lo que había que hacer para "**salvar a Emily**". Simplemente llegó sin más. Para mí fue como otro día común y corriente; no hubo alegría ni tristeza. Toda la data cerebral de Emily estaba contenida en un computador.

El cuerpo original de Emily estaba congelado ya; no había forma clara de recuperarlo de ser eso posible. En uno de los tantos clones que ya poseía de Emily, inicié un proceso de **micelio interconectados muy agresivo**.

Podía ver cómo el clon más perfecto de Emily se retorcía. El hongo se introducía en cada parte de su cerebro, saturando su sistema nervioso. Ordené que engendrara un impulso que obligara al sistema neuronal de este pequeño clon a reorganizarse y estructurar de forma artificial toda la data que quedó de Emily. Aun así, tocaba esperar más tiempo; no podía esperar años para ver si tenía éxito o no. Procedí con más clones de ella, anteponiendo cualquier tipo de posibilidad inusitada que hiciera fallar mi plan. Una vez terminé con Emily, tenía un proyecto ya en marcha: **imitar las capacidades del Ztigma en un cuerpo vivo**. Tenía infinidad de clones míos ya; estos estaban en el Salón de Sintéticos. Con ayuda de las arañas siervas, adapté el lugar para automatizar nuevas instancias de FECUNDA y el correcto testeo sistematizado de todo tipo de **engendros sacados de mi propia sangre**. Uno tras otro, fueron heridos sistemáticamente para ver sus capacidades regenerativas. Todos los días se medía, en varios clones, su avance, pero todo esto se estaba quedando corto. Al paso que iba, se me acabarían los óvulos disponibles.

Investigué todo tipo de **hormonas y posibles modificaciones genéticas a través de virus** para reconfigurar y acelerar el desarrollo de todos los clones, lo que logré con éxito.

Un día me digné a revisar la fecha en el computador: **había pasado más de un año** desde entonces. No me quedaban más óvulos. Estaba estancado. Aun así, tenía clones de Emily caminando de un lado a otro, con un cuerpo de mujer totalmente desarrollado. Mi **mente instrumentalista y mi soledad** se empezaron a juntar. Lo sentí dentro de mí: había perdido, después de todo esto, el **valor y el respeto por la vida**. Para mí, ya no tenían significado alguno; solo eran la carne, el reflejo de la oración, la orden y el código, hecho voluntad y haciendo la voluntad de un creador o un ¿corruptor? ¿Como yo? Necesitaba los óvulos, y el Ztigma también los exigía. No podía simplemente quedarme sin más. Las Emily solo eran clones vacíos; tenían recuerdos vagos de lo que eran gracias al **micelio**. Estaban quebradas por dentro, hablaban, pero en su habla no había un alma, casi como marionetas. **Emily no volverá…**

Una de ellas pasó desnuda, inocente en su acto. Todo se juntaba en mi mente; estaba expectante. Las cosas no dejaban de agolparse en mi cabeza, hasta que, en algún momento, una **fuerza primitiva me tomó**. Tomé a este clon desnudo e inocente de Emily, que estaba saturado de hormonas de crecimiento y aceleración del metabolismo, casi imitando la velocidad del metabolismo de un canino, listo al año. Sabía que lo que iba a hacer de algún modo estaba mal, muy mal, pero la **lógica fría, maquinaria, instrumentalista de todo lo sabido**, ya no se podía dejar de ver. Estos clones solo eran

mis instrumentos de medición, mis interfaces de testeo, no eran nada más para mí. Uno más, uno menos, no significaba nada. Cada célula era solo un computador, cada clon de Emily era solo un computador de carne con agujeros listo para satisfacer cualquiera de mis caprichos y, aún más importante, poder seguir mis investigaciones. ¿Era este el precio de trascender la carne? ¿Era este el precio de ser más que humano? ¿Al superar a la humanidad misma y las limitaciones derivadas de la ignorancia y al comprender nuestra frívola naturaleza? Nada especial dentro, solo impulsos eléctricos y orden y comportamiento. Nada especial. ¿Había perdido algo? ¿Ya nada parece tener valor? ¿Alguna vez me importó la pureza de Emily? Pero mírame ahora, pervirtiendo y corrompiendo el cuerpo de una réplica de ella. ¿Qué fue lo que perdí? Era algo importante, lo sé, pero no sé por qué mi visión se ha elevado tanto que no puedo ver lo que deja abajo. Ya no importa. **El problema de los óvulos está solucionado**. Sé exactamente qué hacer. Puse al clon de Emily en una posición comprometida, la tomé con fuerza y la atrapé, y no la solté y no la deje ir. Después de tal **acto perverso**, noté que el sistema por el que tanto había trabajado estaba comprometido. Debía preparar una nueva generación de "**Nodrizas**", por así decirlo. Analicé si esta Emily había quedado encinta y, efectivamente, así era. La hice dormir y tomé el producto de mi pecado. Los coloqué dentro de **INTRA FECUNDA**, una versión de la FECUNDA original que había creado junto con las arañas siervas. En ella podía hacer todo tipo de **reprogramación viva** en cualquier etapa del espécimen o engendro que tuviera a disposición. Modifiqué al ser para que siempre fuera femenino, para que siempre fuera mujer, para que siempre fuera dotada, para que siempre fuera fértil, para que siempre pudiera quedar encinta, y para que siempre me diera el producto de mis pecados a los pocos momentos de haber sido fecundada. Preparé un protocolo para que las arañas usaran el espacio restante que tenía el Salón de Sintéticos, usado para mis clones, para tener una **fábrica de óvulos**, listos para fertilizar. Un proceso **rápido y eficiente con 100% de probabilidades garantizadas**, farmacéuticas, de tener el producto de lo que necesitaba sin fallos, sin dañar el óvulo o el material genético. Era muy oportuno.

Pasó un **segundo año…**

El Nuevo Profeta

El lugar, para mí, era mi hogar, un lugar totalmente familiar y lleno de sentido. Pero si alguien lo viera, seguro pensaría que había llegado a las puertas del infierno o al laboratorio de alguna especie superior sin escrúpulos. Para mí, todo era solo un día más. No me faltaban óvulos. El amor, la compasión, la fe, el respeto por la vida… los veía en pasado, como una curiosidad, como una extraña anomalía producto de la ignorancia de los pilares que nos sostienen. Era solo un día más. Tenía un **ejército de arañas siervas**, y ya mi primera **legión de arañas de combate**. Tenía tantas mujeres fértiles y sistematizadas a mi desvergonzada disposición. Tenía un completo ejército de **Engendros** listos para morir por su padre. Había desarrollado todo tipo de armas, pero la más importante es la que Ztigma había conceptualizado y teorizado para mí: "**la trascendencia de la carne**". Mi proyecto más importante. Tenía un Engendro, un clon mío que cumplía con todas las expectativas. Al ser herido, su carne se volvía cenizas que se curaban con una velocidad impresionante. Su corazón estaba pútrido por tecnología corrupta que enferma la carne, pero en el proceso la vuelve maleable, la vuelve independiente del cuerpo, casi como si tuviera voluntad propia,

una verdadera abominación. Este ser no dejaba de observarme con cierto recelo; él quería escapar, al igual que yo, pero no tenía caso. Sería usado para mis propósitos.

Un día me levanté renovado. Era solo un día más. Me sentía bien, parecía un buen día. Me sentía con ganas de hacer algo totalmente nuevo, algo con lo que antes no me sentía preparado. Ya no me importaba nada; si moría en un proceso delicado, no importaba. Para mí, todo había perdido sentido. Activé un protocolo especial. Las arañas se pusieron en control, me acostaron y me durmieron. Al Engendro, el espécimen perfecto, lo inmovilizaron y retuvieron, e introdujeron una serie de **micelio sumamente agresivos** en la parte posterior de su cabeza. Casi como si estuvieran comiendo, empezaron a devorar y digerir el cerebro de dicho engendro. Célula a célula fueron extrayendo su mente por medio de una serie de sueros y dejaron lo que en teoría sería la cavidad craneana vacía lista para recibir un nuevo cerebro. Una vez que este **micelio** hizo la digestión de su materia cerebral, las arañas siervas siguieron el protocolo al pie de la letra y retiraron todo el **micelio** "come-cerebros" e introdujeron unos nuevos: el **micelio guía, los comunicadores, los de interfaz, y los sanadores**, como si una pequeña ciudad se tratase. Yo, dormido por efecto de la anestesia, me fue retirada la parte superior de mi cabeza usando un **micelio** muy especial, el de interfaz, el guía y el de corte. Fueron separando mi cerebro sistemáticamente de toda la cavidad craneana y, al mismo tiempo, compartiendo la persistencia con todas las arañas siervas: cada posición, cada neurona, cada conexión, cada nervio, cada punta que debía ser conectada, hasta el más mínimo detalle, capturado en la data de un computador. Todas las arañas siervas llevaron mi cerebro con cuidado hasta el Engendro y lo introdujeron en su carne pútrida, junto con la ceniza que la impregna. El cuerpo del engendro reaccionó por naturaleza y como si le hubieran dado comida, digirió mi cerebro. Aun así, no era suficiente, el cerebro todavía no estaba debidamente conectado al sistema “USB” del engendro. Sistemáticamente, cada **micelio**, guiado por los impulsos del computador, empezó a reorganizar mi cerebro y adaptarlo al orden impuesto de este nuevo cuerpo engendrado por la tecnología más desvergonzada imaginable. El **micelio** terminó de juntar cada vena, cada arteria; con su baba sellaban y regeneraban las arterias, las venas y todo el flujo sanguíneo e irrigación del cerebro, todo por obra del **micelio** sanador. Una vez el cerebro estuvo totalmente conectado, las células malditas del engendro procedieron a digerirlo y a distribuirlo por todo el cuerpo celular de cada célula. Era como si todo cuerpo fuera todo cerebro y viceversa, no había forma de destruirme, se requería un suero muy especial, pero solo yo lo conocía. Sin más, de un momento a otro, sentí un peso en mi pecho, y respiré profundo, ahogado. Vi que estaba donde el engendro había estado. Caminé, vi que el protocolo había terminado. Vi mi antiguo cuerpo postrado sin vida. Me vi en el espejo y por un momento sentí ¿alegría? No lo sé, pero de algún modo había logrado todo lo que me había propuesto… **menos salvar a Emily**. Algo estaba indudablemente roto. Ya no importaba. Tenía un **ejército de Engendros y Máquinas** a mi disposición y un cuerpo prácticamente **inmortal**. Ahora, nunca me consideré un profeta, pero si sería castigado por algo que no era y que no había hecho, entonces era mejor aceptarlo y ser castigado por algo que sí era y que sí había hecho. Ya no pagaré más por pecados que no he cometido, sino por los que sí cometí y por los castigos que de verdad merezco. Pero ¡ay de quien crea que el costo será sencillo! Caro le saldrá a cualquiera que intente de nuevo hacerme pagar por lo que haya hecho o no. Si iba a ser un profeta, entonces por lo menos debía lucir como uno. Mandé a las arañas siervas a que amedrentaran a las arañas de Otrora para que hicieran trajes para mí, que fueran de **color rojo** y que llevaran la **marca**

del penitente en la espalda, con una **capucha que oculte mi identidad**, ya que no es humana.

Me vi al espejo una vez más, pero detenidamente. Esta vez, sí, no había forma de reconocerme. Mi cuerpo solo era un amasijo sin forma que respondía a mi voluntad y que se podía convertir en lo que yo quisiese. Podía adoptar la forma de cualquier animal, arma o forma; podía generar cuantos ojos quisiese; podía crear cuantos dedos me plazca; podía crear fauces o garras. Era una **quimera endemoniada**. En el espejo solo veía mis **múltiples ojos** dando vueltas por todos lados. Era la viva expresión de que quería verme desde todos los ángulos; quería ver mi nueva identidad: nada reconocible, nada humano, solo un **amasijo de ceniza sin nombre o forma**. La forma era solo mi voluntad. Había logrado el **máximo objetivo de la vida**:

"**Hacer de la oración, forma, acto, y cosa viva, sin limitación alguna más que la voluntad misma en código, con el control absoluto de la forma.**" "**Cuando la palabra se convierte en forma viva y cuando la forma viva es más que la palabra, entonces ese soy yo.**"

"**Me he convertido en esto, esto es lo que soy. No estoy orgulloso de nada, es solo otro día más, de más estudios y prácticas. Pero esta vez, debo buscar a quienes alguna vez me hicieron pagar injustamente.**" "**Estos creerán que estoy muerto, estos creerán que se libraron de mí, ya se habrán olvidado de mí. ¡Oh, sorpresa, cuando vean su peor pesadilla pisar y respirar en la misma tierra que ellos!**"

El Ztigma susurró una vez más: "Oh, qué dicha verte como uno de nosotros. No te preocupes, yo también hago mi parte. Pronto, si tú sigues este camino tan noble, puede que nos encontremos. Mi gente se dirige a tu planeta; tendrás refuerzos pronto. Pero cumple tus deseos primero, puede que eso nos facilite las cosas a todos."

Momento 4: El Cascarón Vacío

Volvía con mis **nuevas ropas**, sintiendo el aire denso y metálico de mi laboratorio. Al pasar junto al quirófano, un olor dulzón y nauseabundo me golpeó. Mis **antiguos ojos, mis antiguas carnes, yacían allí, pudriéndose**. El cuerpo que una vez llamé mío, **cubierto de moscas, sucio y putrefacto**. Me di cuenta de que, en mi frenesí obsesivo, había olvidado retirar mi viejo caparazón a la morgue, desecharlo como otro pedazo de basura más. **No significaba nada para mí**, o eso me decía el eco de mi nueva existencia. Era solo el oficio de mi compromiso desmesurado, de una obsesión que sin darme cuenta se estaba volviendo un ¿martirio?

Tal vez estaba tan concentrado, tan imbuido en el día a día de mis creaciones, que no me daba un respiro para procesar todo lo sucedido. ¿Acaso lo necesitaba? No, no lo necesitaba. ¿Para qué? No podía parar. Debía seguir, sin descanso. El tiempo corría en mi

contra. No era el momento, no era idóneo, simplemente no podía detenerme a analizar qué pasó.

Mi antiguo cuerpo, pudriéndose en el quirófano... Qué descuidado y sucio había sido, ¿incluso conmigo mismo? Algo me causó ver mi propio rostro, un ojo a medio abrir, roído por los insectos, casi observándome, casi juzgándome. Casi diciéndome:

"**Me has dejado pudrir en tus malditas obsesiones. Te olvidaste hasta de tu cuerpo putrefacto y muerto.**"

¿Tal vez ya todo había perdido su milagro, su chispa, su valía? No lo sabía. Tampoco importaba. **Nada tenía ya valor**. Mi cuerpo ya no existía como tal, y lo que alguna vez pensé que en espíritu representaba, ya simplemente, en retrospectiva, esto que ahora llamo "yo" no encajaba con mis memorias de lo que podría haber definido como yo en un pasado.

Observando todo esto, me di cuenta: de algún modo, **yo ya estaba muerto**. Lo que ahora era, de alguna manera, era como si un extraño "yo" de algún otro universo hubiera tomado esta nueva carne y se identificara de algún modo con "G E O". Me di cuenta de que no podía desechar a aquel cuerpo putrefacto. Tenía algún valor; no el cuerpo en sí, sino su deseo. Ese cuerpo luchó con todo para estar con Emily hasta su último momento.

Así que tomé mi **antiguo cuerpo putrefacto, lleno de insectos y gusanos**, y lo cargué hasta la morgue. Lo puse junto al cuerpo de Emily, intentando que se besaran. Fue imposible. Pero por fin estaban juntos. Por un momento sentí que mi objetivo fallido, incompleto, no logrado —**salvar a Emily**— estaba redimido. **Incompleto, fallido, pero redimido**. Sentí que ya no debía cargar más con eso. Incluso de algún modo, **Geo había muerto por sus más grandes deseos, llenos de bondad**.

Lo que quedaba era yo. Este **ser sin forma definida, que hedía a muerte, que al abrir la boca solo cenizas moribundas brotaban de su interior**. Dije:

"**Lo lograste, Geo.**" "**No hay vuelta atrás. Nunca jamás.**"

Momento 5: Caos de una Mente Enferma

Me adentré en el ascensor del laboratorio. Iba a salir de este Macro Ambiente, quería ver cómo estaba el exterior. Una vez llegué a los primeros pisos, donde estaban el resto de arañas que no me servían, cuidando sus ambientes y su producción. Mientras caminaba, una se me acercó y me reclamó:

"**¡Sé lo que haces, lo sabemos! ¡Monstruo! ¡No te dejaremos!**"

Respondí, y mi voz era ahora un **susurro de cenizas**: "¿Y qué harás? ¿Me pegarás con tus patas?"

La araña replicó, su óptica fija en mí: "No somos las más inteligentes, pero podemos ver lo que haces. **¡Eres un degenerado!**"

"Araña tonta," dije, mi tono goteando con la **nueva crueldad que me habitaba**. "¿Quieres que envíe más arañas siervas a quitarles sus cosas? Allá abajo tengo un **ejército del infierno** preparado para masacrar todo lo que se le cruce por el frente."

"**¡Maldito seas, monstruo! ¡Tú mancillaste y pervertiste los conocimientos y nobles ideas de Otrora! ¿Qué eres? ¿De dónde has venido? ¿Por qué nos haces esto?**"

"¿Acaso no lo sabes? ¿No es obvio?", mi voz, ahora un **eco del abismo**. "Si buscas a Geo, ya no está. Solo queda esto que ves. Es todo lo que queda de él. Si lo buscas, ya no está."

"¿Dónde está, monstruo? ¿Qué hiciste con Geo?"

"**Geo simplemente se marchó con Emily a un lugar mejor al que acontecerá. Tal vez no lo merecían. No hay vuelta atrás para este planeta maldito.**"

"¿Eh? ¿A qué te refieres, monstruo?"

"No importa, araña, **pronto lo verán**. Pronto por estos pasillos caminará un **río imparable de monstruos**. No los detengan, no se crucen en su camino, solo déjenlos ir. La realidad es que ustedes no merecen pagar por los pecados de otros. Cuando todos estos se hayan ido, seguro todo quedará hecho un desastre; arréglenlo todo de nuevo y más nunca vuelvan a salir. Cuando salga de aquí no volveré más nunca. La **tumba de Geo y de Emily es la misma y está en la Morgue**; ellos dos juntos comparten el mismo lugar. Al final, todo este lugar solo trajo tragedia y desesperación para alimentarla una vez más, ¿tal vez un ciclo? Sin importar lo que suceda una vez salga el último engendro, no le abran a nadie más, ni porque se parezca a mí o a Emily. Ustedes están solas en esto, cuídense entre ustedes. **La superficie será azotada nuevamente**; cuiden su fortaleza del conocimiento, resguarden lo que quede."

"Entiendo, monstruo", dijo la araña, una nota de resignación en su voz. "**Nos apartaremos, pero nunca vuelvas. ¡NO ABRIREMOS MÁS NUNCA LAS PUERTAS!**"

"Que así sea, araña."

Me acerqué a la superficie. Abrí las puertas. El tiempo era bueno. Sujetaba en mi zurda, ya deforme y dejando caer cenizas, una **semilla muy especial: un Yggdrasil** que había programado con la tecnología del laboratorio. Esta semilla era una **nueva oportunidad, una esperanza**. Utilicé la tablet y ordené que salieran todos los **Engendros, todas las Arañas Siervas, todas las Emilys**. Todos escucharon a su Padre, sea de sangre o espiritual. Todos salieron…

Los engendros salieron, destruyendo y tropezando todo a su paso. Las arañas se apartaban con recelo; tenían miedo, todos lo teníamos, incluso yo. Pero ya no era por la muerte, sino por lo desconocido, por lo que venía y no sabía, por lo que ya yo no podría controlar. Así como la semilla del Yggdrasil: la **vida en mi zurda y la muerte en mi diestra**.

Los Engendros, con su torpeza, tropezaban con todo sin cuidado de sí mismos o de lo que les rodeaba, dejando los pasillos hechos papilla. Algunos cultivos empezaron a quemarse; las arañas cultivadoras intentaban apagar el incendio. Como una manada de lobos hambrientos, salieron todos los engendros que tomaban forma de animales al verlos. Les

gustaba la luz; varios se quedaron atónitos al ver la luz del sol por primera vez, y otros eran más primitivos y solo salieron a comer como animales a cualquier alma desdichada. Salieron las **Arañas de Combate** con la orden de seguirme a donde fuera, y por último, un batallón de **Emilys y Mujeres fértiles "en cinta"** que eran como Emily, pero de algún modo su rostro ya no era el de Emily; estaban de algún modo deformes por todo el suplicio que les había hecho pasar. Todos eran libres para morir, todos eran libres para vivir un día más. Salió la última Emily, esta me observó y dijo:

"¿Papá nos vas a dejar solos?"

Yo le respondí, mi voz sin inflexión:

"**No, no los voy a dejar solos, los voy a dejar libres…**"

Y no dije más…

La Emily, con tal vez una falsa esperanza, se volteó y corrió lejos hasta donde pude verla…

Cerré mi mano izquierda en puño, con cierta fuerza protectora, resguardando el **Yggdrasil** dentro de ella.

Una araña cultivadora se acercó y solo dijo:

"¡No vuelvas nunca más! ¡Lárgate!"

Momento 6: El Último Hombre en Pie

Geo se dirige al centro de Leviatán, su presencia una mancha oscura y palpable en la densa niebla de ceniza que asfixia el aire. Cada paso que da es una punzada en la tierra, y el olor a óxido y sangre se adhiere a la garganta. Sus Engendros, criaturas de pesadilla, devoraban a la población local, y el sonido de huesos triturados y carne desgarrada era un coro macabro que se alzaba sobre el aullido del viento. En el cielo, **Alpha #1 se agrietaba, como un espejo cósmico que se rompe lentamente**, liberando un sonido chirriante que hacía sangrar los oídos. El Puente Cielo-Tierra de Gargantúa se tambaleaba y rechinaba con **sonidos graves que hacían resonar la Tierra misma como una campana**, un tañido fúnebre para el mundo. Alpha #1 era quien sostenía el otro extremo del Puente Cielo-Tierra Tepuy #1, y ahora se derrumbaba.

Los Clones de Emily yacían regados en el suelo, pálidos y rotos, siendo devorados por los diferentes Engendros que Geo había liberado, un **recuerdo mortal y grotesco** de un amor perdido. La Abuela Thompson estaba siendo ultrajada y partida en pedazos por estos Engendros, y lo veía todo con sus propios ojos, presenciando cómo un clon de su antigua joven vecina era arrancada a pedazos de la vida, suplicando en un silencio que nadie podía oír. Todo se había vuelto surreal. La realidad se deshilachaba.

Geo, ahora el **Profeta Escarlata con una Segunda Venida, traída desde de fuerza mental, intelectual y de voluntad férrea**, se había aferrado a un sueño y lo había

perseguido con todas sus fuerzas. Aun así, no lo alcanzó, se cayó a medio camino. Debo decir que su sueño fue arrebatado por manos invisibles e inescrupulosas, viendo cómo **Emily se derrumbaba y colapsaba hasta ser tragada por un vacío conceptual**. El Profeta Escarlata por fin estaba completo. Geo lo había hecho carne de su Carne y Estaba listo a acabar con la Galaxia y Toda Creación tal cual como el Demiurgo exigía con su fuerte voluntad. Geo estaba convencido del deseo primordial de este Ser inmisericorde; Geo seguía ciegamente su última voluntad cuando su cuerpo seguía vivo, cumplir el deseo del Demiurgo, revivir a Emily, cumplir el deseo de Emily, acabar con los Profetas.

El Deseo del Demiurgo: devorar la galaxia, apoderarse de la creación de su padre, exterminar a quienes acabaron con la creación original y la envenenaron con sus caprichos y deseos más enfermos y desquiciados.

Geo, mejor dicho, el Profeta Escarlata, seguía el olor de los profetas como una bestia hambrienta, muerta de hambre, por las calles, con **pelaje de ceniza, con 13 Ojos Girando sobre uno grande en el centro una vista totalmente surreal, Fauces de bestia Canina Con saliva hirviente que derretía la vida misma.** Los gritos de los últimos habitantes de Leviatán no se hacían esperar; el festín descontrolado era lo único que había. Los profetas se habían percatado de lo sucedido y buscaban con urgencia la fuente de todo este caos. Luchaban en las calles contra los Engendros en un intento de detener su avance y pausar el festín que se estaban dando con sus víctimas. El Profeta Escarlata, con forma de bestia canina y ropajes mal puestos en el su forma canina, por fin los había encontrado. Su cuerpo se fue contorsionando a hombre, se ajustó sus ropajes y los observó a la distancia mientras iba caminando directo a los 7 profetas.

Entonces los 7 profetas divisaron al Escarlata a la Distancia. Apareció vistiendo sus Ropajes Rojos Carmesí típicos, Aquellos que Crystal había visto en sus visiones. En sus ropajes, dibujado el **Signo del penitente, siempre presente, siempre visible, en pecho y espalda**. El Verdadero Profeta Escarlata había hecho acto de presencia y una vez estuvo cerca mencionó palabras: Su boca se abrió de un rostro sin forma como una boca que cae sin mandíbula y empezó a gesticular:

E S T E

L U G A R

M E

H A

Q U I T A D O

H A S T A

L O

Q U E

S O Y…

Su último gesto y última palabra vibraban en un tono casi gutural, lleno de dolor físico, como quien soporta un puñal en su brazo, pujando el dolor desde el estómago mismo, saliendo toda voz y desde la garganta apretujando y tensando todos los músculos. César, tal cual como lo había visto en mis visiones, no perdió tiempo y **se lanzó en combate cerrado contra el Profeta Escarlata**. Lo levantó de un golpe y se lo llevó de vuelta con una mano agarrado por la garganta hasta el cielo que se arremolinó y un rayo los impactó a ambos, y este siguió su camino hasta tierra; todo el suelo tembló. César quería terminar con esto de una vez por todas. Pero Geo tenía cuentas que cobrar desde hacía mucho.

Geo sostuvo el brazo de César mientras iban en caída libre, y sus cenizas perforaron cada célula y rápidamente fueron **derritiendo el brazalete de la mano izquierda de César y todo su brazo**. El olor a carne quemada y metal fundido era un sabor amargo en el aire. Acto seguido, el Profeta Escarlata hizo clavar unas tenazas de hormiga gigante y deforme que sobresalían en cenizas sobre el pecho y las hizo clavar sobre el pecho de César. Para rematar, el Profeta lo hizo repeler con una sola patada. César cayó al suelo, pero logró equilibrarse en su caída y amortiguar el impacto, al igual que caer de pie, gracias al poder del Electro.

El Profeta Escarlata hacía brotar sus **alas de su espalda, como brazos humanos de los cuales brotaban plumas hechas de ceniza negra y gris**, cada una crujiente y dura. Con ellas, detuvo el descenso y quedó inerte, flotando en el aire. Los profetas, con sus mandíbulas tensas, se preparaban para un combate completo. César gritó: “¡Maldito, te haré caer!” César volvió a saltar en su contra. Jana y June le siguieron detrás, y Anquilos, Ariana y Crystal por medio de la calle. Jana desenfundó una lanza de fuego creada a partir de sus poderes. El Profeta Escarlata empuñó una **espada Montante hecha de ceniza carbónica dura como el Diamante**. César con el poder del trueno en sus manos y su sangre derramándose sin pausa, pero eso no lo detendría.

César lo alcanzó de nuevo a la velocidad de la luz. Esta vez, impacta contra el Profeta Escarlata de nuevo y lo impacta en las ruinas de un edificio que tenía la cabeza del COLOSO #4 en él. El estruendo fue ensordecedor. Ya dentro del edificio en ruinas, César a puñetazo limpio intentó vencer al Profeta Escarlata; el Profeta Escarlata comprendió su deseo y le devolvió la pelea. César atinaba, aun así, el Profeta Escarlata ni se inmutaba. Justo llegaron June y Jana. El Profeta Escarlata se percató que debía dejar de jugar con sus víctimas y empezó a devolver los ataques con gran maestría y brutalidad. Primero un gancho de derecha que rompió la postura de César. Inmediatamente después, un rodillazo a la mandíbula; esto dejó totalmente desequilibrado a César. Acto seguido, El profeta Escarlata Corrió a toda Velocidad y se lanzó por el agujero que habían dejado al entrar y en caída libre El Escarlata lo sostuvo hasta tocar suelo firme, no sin antes decir: “**¡SI YO CAIGO TÚ CAES CONMIGO!**”

Un impacto Seco contra el Suelo. César apenas podía resistir el Dolor. Jana Empezó a Cruzar su lanza de fuego con la Montante que el Escarlata tenía preparado para la ocasión. La Montante dura como el diamante no se inmutaba contra el fuego de Jana. Lanza contra Montante. Muerte e Ira Descontrolada Contra El Fuego sin control. Jana y El Escarlata aumentaban su velocidad y brutalidad cada vez mas. Jana Desde el cielo impactó su lanza contra el montante del Escarlata Pero este la repelió y sostuvo por momentos y la repelió acto seguido y la hizo impactar contra el edificio mismo que se derrumbó sobre las cabezas

de ambos, el estruendo de metal retorciéndose era el único testigo. Aun así El Profeta Escarlata no tendría misericordia esta vez. De un salto persiguió a Jana, y saltando y perforando los escombros del edificio que caían, persiguió a Jana que todavía se mantenía Cayendo en caída libre. El Escarlata la sostuvo por el Cuello y se elevó por los cielos con la tierra y el polvo todavia trazando su ruta hacia el cielo. June se percato y empezó a perseguirlo con rayos gamma en una persecución aérea, detrás de el. Sus palabras no se hacían esperar: “¡Suelta a Jana Bastardo!!!!”

June abría fuego uno tras otro mientras lo perseguía por el Aire. En algún momento Jana despertó, se logró zafar del Agarre del Escarlata. Crystal y el resto de profetas observaban desde el suelo, Anquilos se preparaba para el mejor momento para aprisionarlo contra el suelo y vencerlo todos juntos una vez mas. Jana sostenía una vez mas su lanza y lograba dar por poco al profeta Escarlata pero al mismo tiempo ella tambien empezaba a recibir los embates de la espada montante de Geo que ni el mismo sol podía derretir. Jana pudo ver el ultimo Corte lo Esquivo y acto seguido Empujo con todo su cuerpo al Escarlata Lejos, June Aprovecho la oportunidad para lanzar un **Rayo gama cargado, el mejor que tenia, su ira, notable en sus Ojos**, el rojizo levantandose sobre toda vista, como un rayo láser a la distancia, solo presagiaba que el poder June seria otra vez descomunal. El Rayo Gama atinó al Escarlata desde lo bajo hacia lo alto y **dividió los cielos una vez mas hizo retumbar todo tierra y las rocas levitaron y el suelo se fragmentaba y agrietaba**, la fuerza de June simplemente era de escala planetaria.

Aun asi El Escarlata Puso su mano en contra del Rayo y justo antes de recibirlo gritó:

“¡ESTA VEZ NO!”

Los Rayos se desviaron por todas partes al cielo y a la tierra en **miles de pequeños laseres morados y perforaron toda tierra y la hicieron arder en colores morados y verdes**, los edificios se derrumbaban de a cientos. Una vez terminó, el cuerpo del Escarlata estaba sedimentado en una ceniza endurecida y este empezaba a resquebrajarla, y volvieron a Resurgir sus alas y todo su cuerpo, y **La estimación de la ira en el profeta Escarlata se hizo presente y notoria**, de un solo batir de sus Alas y un solo golpe seco Impactó el Rostro de June y la hizo descender traspasando 3 Edificios en el proceso.

JANA Y ARTEMISA GRITARON AL UNISONO: “¡NOOOOOOO!!!!”

Jana entro en una forma de **no retorno, sus llamas empezaban a consumir su propio cuerpo aun asi su esencia permanecía**. Jana Levanto su mano y miles de lanzas de fuego se desprendieron de sus espaldas listas para arremeter contra el Escarlata. Pero Anquilo se adelanto y lo hizo caer de un solo golpe sobre el suelo y con su gravedad lo aprisionaba de movimiento alguno. Artemisa salio corriendo a buscar a su Hermana June que seguramente estaba muerte o gravemente herida. Anquilos tenia retenido al Profeta Escarlata en el Suelo con su poder gravitacional, Crystal fueron a por el, Anquilos refino tanto la zona gravitacional que pudo limitarla exclusivamente al cuerpo del Escarlata, Crystal y Ariana fueron por tierra a por el. Ariana Lo estaba empalando una lanza tras otra lanza de Hielo Crystal lo tenia sostenido por cadenas de metal y Jana Se preparaba para lanzar todas sus lanzas de Fuego, Crystal y Jana sintieron el rugir del fuego a la distancia y se alejaron apenas vieron la furia de Jana gritar a la distancia. Cientos de lanzas de fuego a la velocidad de la luz impactaron una tras otra contra el profeta Escarlata.

Y **algo en El se quebró. Su ultimo rasgo de humanidad, la poca piedad**. El fuego grababa en su mente engendrica la maldad e inmisericorde humana. Una gran explosion de fuego concentrado se expandio por todo el lugar. Cesar se levantaba de su derrota pero estaba decidido a detener a Geo y su nueva forma. Lo que parecía un **cuerpo humano reconocible el cual Crystal reconoció como Geo**, se asomaba lentamente a las afuera de todo fuego, rápidamente la ceniza tomo la forma humana y nuevamente la forma del Escarlata se volvio a cernir, sus alas se volvieron a Levantar una vez mas. Aun asi en tierra Cesar se ponía de pie y se interponía entre Ariana, Anquilos y Crystal. César Gritó: "¡Maldito Esas me las pagaras!" Cesar estaba al maximo de su control y Jana al maximo de su ira. una pelea nunca antes vista, el limite maximo de los profetas estaba siendo expuesto, las capacidades arcanas y tecnológicas al limite de lo conocido. César con su control se movía a la velocidad de la luz entre diversos puntos partiendo en pedazos al Escarlata desde todos los puntos aun asi donde un brazo, una pierna o ala eran quebrados crecían dos mas que intentaban atinarle en contra ataque. Jana ya estaba al limite y cargo cuerpo a cuerpo tambien contra el Escarlata, un golpe tras otro, endureciendo la ceniza con su calor, El Escarlata sin inmutarse respondió cada golpe de Jana con un contra Golpe habia un intercambio constante entre los Dos Furia contra Furia.

Crystal le decía a Anquilos por que no hacia nada? y Anquilos decía que estaba usando toda su fuerza contra el Escarlata aun asi no parecía hacerle efecto eso o tal vez su fuerza física estaba a otro nivel. El Escarlata en uno de sus tantos brazos cargaba un agujero Negro y la mano se convirtio en boca y de la boca brotó una rayo gama, que aplastó a Jana y su llama por momentos se apagó, al mismo tiempo al otro lado, el resto del cuerpo del Escarlata intentaba predecir el patrón de ataque de Cesar que era inalcanzable por su velocidad luz. Geo Gritó: "**¡OMEGA!**" y una onda gravitacional aplastó todo el lugar. Pero en menos de un parpadeo César midió correctamente la distancia y se alejó al borde del aplastamiento gravitacional. Los veía con sus ojos azules teñidos en la chispa del Electro. Crystal Salto desde la retaguardia y César desde el frente y en una especie de intercambio sincronizado por dos artistas del Control que desaparecen como espectros desde todas direcciones hiriendo la ceniza una y otra vez del Profeta Escarlata hasta poco a poco deformarlo en un amasijo sin forma, Crystal los sujetó con sus Cadenas y acto seguido César, lo golpeó con todas sus fuerzas físicas y arcanas y mando a volar al Profeta Escarlata por los cielos mientras Crystal todavia estaba sobre el, Y en el aire usando sus cadenas poco a poco lo iba desmenmbrando sistemáticamente moviéndose desde todas direcciones como punto de referencia el cuerpo mismo del Escarlata. Anquilos Gritó: "Aquí voy." Crystal Comprendió. Desató las cadenas del cuerpo del Escarlata y de un salto en rebote con el cuerpo del Escarlata se zafó del tiron de la inercia cayendo varios metros de distancia a la lejanía.

Anquilos hizo su mejor Carga y aplastó al profeta en un **caos gravitacional que causó terremotos e hizo un cráter perfectamente cilindrico en el suelo**. Jana se recuperaba, César estaba impasible dando todo lo que le quedaba. Crystal se lanzó al Crater, Anquilos tambien, César detras, Jana tambien y de ultimo Ariana. Sería una pelea completa en un lugar relativamente Cerrado. Crystal se acercó de primera con la confianza que la caracteriza. Pero la boca de ceniza del Profeta Escarlata y apenas palabras audibles emergieron:

"¡SE ACABO!"

Crystal estaba a punto de clavar una vez mas sus cadenas sobre el Profeta Escarlata pero este se movio por puro instinto, sus ojos rojizos estaban al borde de la Estimación de Ira y de un solo golpe impactó a Crystal contra el Suelo y la hizo rebotar y de una Patada en el rebote la impactó contra las paredes del cráter como una bala, Ariana Vio la escena y no dudo en intervenir, César al mismo tiempo tambien, Jana tambien. Pero el profeta Escarlata Aumentó su velocidad tanto pero tanto que sus manos podían repeler cada ataque y su montante se balanceaba manteniendo la distancia y la prudencia de todos los presentes, la giraba en círculos ondulantes que forzaban un combate a media distancia.

Entonces jana se exasperó y el Profeta Escarlata Tomó un **agujero negro brotando de unas de sus manos y emuyo la espada con la fuerza gama del mismo e incrustó 3 mini agujeros negros** uno cerca de la punta abriendo un hoyo, otro en el centro y otro en la base de la Espada Montante. Jana no dudó, César le Gritó que no lo hiciera, Pero Jana estaba ciega por su Estimacion de Ira. Se lanzó con todo en una taque suicida y aplastó a el Escarlata contra la Pared del Crater Aun asi el Escarlata se defendía con su Espada Montante hecha de ceniza carbónica e imbuida en la fuerza de 3 mini agujeros negros. El escarlata Lanzó un corte vertical ascendente, Jana esquivo se ladeo y de un rayo láser fromado por las llamas presurizadas intentó Partir en dos al Escarlata pero sus agujeros negros Consumieron todo el poder dentro de su espada montante engulléndolos.

El Escarlata liberó una onda de rayos gamas en todas direcciones golpeando su propia espada y haciéndola resonar y acto seguido la hizo clavar contra el suelo y esto liberó toda la energia de la espada en direccion a Jana. César sostenía uno de los brazos del Escarlata, la cual sostenía la espada, Crystal tenía el cuello del escarlata amarrado por cadenas de las cual ella tiraba, Ariana había perforado el pecho y lo que sería el corazón del Escarlata con lanzas de hielo y Anquilos a cierta distancia miraba atónito la situación. La fuerza de las llamas que protegían a Jana se dispersó, atónita veía al profeta Escarlata arrodillado en el suelo con su espada clavada al mismo.

En un movimiento Limpio y Seco, la Montante se levantó en corte vertical ascendente y esta vez había atinado en Jana, por poco lo vio y Jana se movió y su **brazo fue arrancado de un solo tajo, la sangre no se hizo esperar y se regó a chorros**. El Escarlata Tomó el cuello de Jana y lo alzó como trofeo de Victoria. A pesar de que todos sostenemos y reteniamos el cuerpo del Escarlata este no parecía ni siquiera notar nuestras fuerzas. El hielo de Ariana se rompió de su Pecho, El Hielo que congelaban los pasos del Escarlata se partió en trocitos y de un solo movimiento de brazo se quitó a Cesar de Encima, pisada tras pisada el Escarlata se iba caminando sosteniendo con una de sus tantas manos y brazos pululantes.

El cuello y cuerpo de Jana ya sin fuerzas, El Escarlata levantándose sobre todo ellos como quien levanta un trofeo en celebración. El Escarlata caminaba hacia Crystal que lo tenía atado por cadenas que ahora perdían tensión por el acercamiento de Geo El Profeta Escarlata. Ariana se alejaba en terror constante. Crystal incrédula veía a Jana desangrarse frente a sus ojos en las manos del Profeta Escarlata. El Escarlata iba a decir palabras pero fue interrumpido por la última osadía de Cesar, Un golpe directo a la cara. El rostro del Escarlata deforme La “mandíbula en una dirección y sus ojos en otro”.

César ya con heridas más que visibles empezó a alzar su voz su **estimación de Control estaba totalmente apagada** lo que significaba que estaba en las últimas, sola la voluntad de luchar guiaba el espiritu combativo de Cesar:

“Oh.. oh… a.. aa….a ..aaaaaaaaaaAAAAAAAAAAAAARRRR!!”

Una de las manos todavia sostenia a Jana y otras Dos sostenian la espada montante imbuida en la fuerza de 3 mini agujeros negros. en un corte lateral intentó cercenar a Cesar pero este se agachó y con un uppercut a la “quijada” del Escarlata desvio por poco su postura pero sste con su ceniza volvió liquido su mentón y se aferró al Brazo de Cesar, que solo hizo un gesto de mofa acto seguido el poder del **electro brotó del puño de César y abrió como una flor la cabeza del Escarlata Junto con un trueno que llenó de electricidad y estática todo el lugar**. El Profeta Escarlata se tambaleaba parecía que iba a caer, pero todas sus manos que brotaban de su espalda empezaron amortiguar una a una su caída, con Jana todavía apretada por uno sus tantos brazos.

Una vez mas, **algo dentro de Geo se volvio a quebrar, su humanidad seguía muriendo en cada pérdida y cada vuelta de la muerte**. La mano que sostenía la montante lo apretó con fuerza y la clavó como punto de apoyo sobre el suelo y el Profeta Escarlata se volvió a erguir una vez más.

César respiraba con fuerza, Ariana iba a intervenir, pero César no quería ver a más nadie morir y gritó:

“**¡NO! ¡ESTE ES MIO MALDITA SEA! ¡TE MATARE!**”

y a la velocidad de la luz esquivó 3 cortes sucesivos del profeta Escarlata y cuando fue a golpearlo con toda la fuerza del electro el cuerpo del Profeta Escarlata se difuminaba con la misma esencia del electro de Cesar. de un momento a otro el Profeta Escarlata había desaparecido y un segundo después **cayó desde las alturas con todas sus alas potenciando su caída, con su espada montante en garras de ave rapaz insertándola de par en par por la espalda de César y traspasándolo por el pecho** las garras de ave levantaron la espada por los aires para ser atajada por una de las tantas manos de ceniza, El cuerpo de César quedó flotando en el Aire y caida posterior para ser nuevamente atajado y perforado por una segunda estocada directo al pecho ahora saliendo por la espalda, toda la sangre de César Salió de su pecho como una bomba explosiva de sangre que se regaba por el filo de la espada hacia el suelo. Ya con la espada erguida con el cuerpo de César en El y en la otra mano el cuerpo de Jana, de una solo zarpazo ondulatorio con la espada montante el cuerpo de César se safo y cayó lejos y el corte de la hoja ondulatoria cayó en vertical sobre el cuerpo todavía vivo y desangrándose de Jana, la cual fue **partida por la mitad desde la cabeza saliendo el corte por la parte superior de la cadera cercenando por última vez en un corte ultimador**.

Jana había muerto en manos del Profeta Escarlata, César También y casi con total seguridad June lo había hecho. Ariana estaba aterrada, Anquilos parecía tener un ataque de estrés postraumático y Crystal, se mantiene firme en su visión y en su Fe. Estaba lista para seguir el combate. Pero el profeta Escarlata se detuvo. observó se mostraba tranquilo y expectante. Crystal mantenía su guardia alta esperando lo peor. El profeta escarlata preparó una boca para gesticular para Crystal:

"Crystal, puedo verte, no tiene caso, asoma tu vista al cielo y veras que pronto llegare, **Yo el Demiurgo te haré pagar a ti por tu deuda conmigo y devoraré a toda esta galaxia para que engendros de tu forma nunca vuelvan a ver la creación de mi padre**."

El cielo estaba Roto, La Gran Roca Lunar de Alpha #1 Estaba fragmentada en el cielo y **un portal enorme reemplazaba su lugar original**.

"Ja ja ja! casi escupidera de la voz del Demiurgo por medio del Profeta Escarlata se dejaron Caer:

No Lo lograran Crystal, Pereceran, pronto nos volveremos a ver como aquella vez en Mother Saturn, esta vez si tomare lo que es mio, esta vez no podrás escapar."

El Demiurgo lograría llegar a nuestra galaxia por medio del portal, Alpha #1 evidentemente ya había perecido.

Lentamente Empezaban a **caer trocitos de seres, de Engendros del cielo, empezaba a llover lento y suave pequeños engendros, pequeñas células infestadas, pequeños seres del abismo que solo prometían una horda de estos pronto**. Crystal se percato, que el profeta Escarlata se identificaba como el Demiurgo pero ella había visto salir la silueta de Geo de las llamas de Jana previamente, ella sabía que había visto a Geo y no al Demiurgo, ya que el Demiurgo es un ser enorme interestelar sin forma humana. Esa figura solo podía ser Geo. Crystal no dudo y gritó: "**¡Geo!!! no lo escuches!!! se lo que el es capaz de hacer con la mente humana!!!**"

El Profeta Escarlata con la voz resonante en las mentes de cualquiera que la escuchara gutural agrietada y enferma se exalto:

"¡RETRACTATE!"

La Espada Montagne se abalanzó sobre la cabeza de Crystal pero ella evadio con exito, desvaneciendo como un espectro. Crystal ancló una de sus cadenas al cuello del Profeta Escarlata y susurro a un oído apenas visible entre la ceniza en lo que parecia la cabeza del Escarlata:

"No lo escuches."

Los brazos del Profeta Escarlata intentaron hallar el cuerpo espectral de Crystal pero no tuvieron exito.

Crystal lanzó su única cadena con cuchillo al ojo principal del profeta Escarlata **dejándolo ciego con la perforación del mismo** y Cristal sostenía la cadena atada al otro extremo: “¡No lo escuches! ¡yo he visto lo que es capaz de hacer!” La Espada Montante hizo un corte horizontal y Crystal en un salto en giro su cabello apenas rozando el filo de la espada montate esquivanolo por milimetros, seguido de un corte lateral vertical el cual esquivo acortando la distancia con las cadenas el cual la hizo quedar cara a cara con la faz del Profeta escarlata, casi tomando Crystal al profeta por el rostro y de frente mirada con mirada Crystal una vez mas insistió: “No escuches al Demiurgo por favor…”

El profeta escarlata soltó su espada y con esa misma mano arrebató a Crystal de su rostro y la mandó a volar contra las paredes del cráter, El profeta Escarlata perdía el Equilibrio por momentos, parecía dudar, su movimientos dubitativos con pasos desequilibrados denotaban una revelación interna.

Ariana Aprovechó el momento e Intentó congelarlo con hielo y lanzas de hielos pero todas las lanzas fueran repelidas por todos los brazos y uno de ellos dio contra Ariana en un golpe seco que la aplastó contra el suelo, acto seguido tomó a Ariana noqueada con uno de sus brazos.

Anquilos se preparaba para aplastarlo nuevamente pero vio que El profeta Escarlata usaba a Ariana como escudo. Anquilos dudo y el profeta escarlata arrojó a Ariana contra Anquilos quedando los dos noqueados en el suelo. El profeta Escarlata se mantenia como el **último hombre en pie con la victoria asegurada** con todos los profetas derrotados aun así dentro del profeta escarlata incluso con al victoria había una **derrota dentro de sí mismo, que estaba floreciendo sin que nada ni nadie pudiese pararla** como un río que fluye y se lleva toda fuerza en oposición por el medio hasta quebrarla y destrozarla, tal vez una fuerza de la naturaleza dentro de la Mente de Geo.

Momento 7: Capítulo Final: La Semilla Podrida

El aire vibraba con la derrota. Leviatán, ahora un esqueleto post-apocalíptico de metal retorcido, era el altar de nuestra humillación. Todos habíamos sido derrotados en esta batalla final. El **Profeta Escarlata se alzaba con la victoria**.

Entonces, la voz de la Anomalía surgió de este ser demencial, el Profeta Escarlata. Soltó sus palabras casi vomitándolas:

T U

M E

T R A I C I O N A S

G E O

Procedía a **plantar su semilla de "la putrefacción" en la tierra**. Una vez hecho, la tierra se volvería estéril y los engendros de la Anomalía surgirían por doquier. Estábamos condenados.

A medio levantar de la paliza, pude ver cómo, con **calma y detenimiento**, colocaba su semilla de la muerte, con el presagio claro de que el Demiurgo, el Corazón de la Anomalía, tomaría el planeta. Otro mundo devorado por su gran plaga estelar; no habría escape posible.

Me fui levantando y fui levantando al resto de mis compañeros uno a uno. Todos estaban bastante heridos y magullados. Aun así, el Profeta Escarlata **no nos había ejecutado cuando tuvo la oportunidad**, pensé.

Una vez estuvimos todos de pie, o a medio de pie, encaré al Profeta Escarlata una vez más: "¿Por qué nos dejaste vivir?"

Su última oración, un eco sombrío y solemne que helaba los huesos, resonaba con la certeza de quien conoce el fin de sus víctimas. Pero había algo más; de entre la voz de La Anomalía se colaba un **susurro de una voz que no pertenecía a la Anomalía, un lamento atemporal, como el gemido de un héroe que ha perdido su última esperanza**:

Él respondió: "No te mataré, Crystal. Yo no soy como tú, consumida por tu propia necesidad de control. Pero sí dejaré que la naturaleza haga las cosas por mí. Espero que aceptes mi

misericordia con gratitud. Es la única que te puedo ofrecer, y es la que tú no me diste, que lo que tenga que ser, sea en el culmen de tu vida." Tal como lo había visto alguna vez en mis visiones.

"¿No nos vas a matar?"

"No, pueden irse si desean. Yo **permaneceré aquí, cuidando de la semilla que planté**. Si alguien osa perturbarme, ¡oh, desgracia de él!"

Me quede expectante, en mi mente una sola palabra ¡inaceptable! tenia que hacer algo, intente comprender sus motiviaciones igual ya no tenia caso lo que hicieramos pronto seriamos arrastrados por una ola de muerte proveniente de la semilla putrida:

¿Por que haces esto Profeta Escarlata, ¡POR QUE!?

El deslizo lo que parecía ser su boca y dejo que todas sus palabras cayeran por sí mismas y su propio peso:

"Ustedes, y todos ustedes, ya no me son necesarios. Todo este lugar: sus leyes, sus gentes, su moral, sus costumbres, sus gobiernos, su tecnología, sus religiones, solo son una cadena más que debo romper. El poder desmesurado no puede ni necesita ser controlado por las moscas que solo huelen el desperdicio con agradecimiento. Yo no quiero bajar mi cabeza y untarme en desperdicios hasta que llegue a la descomposición, un evitable destino para todo aquel que sea menos mosca y más ser. Ustedes solo han detenido lo inevitable, el brillo y el destello implacable que emana de la fuente de la virtud ilimitada de un verdadero Dios. Toda la humanidad luchando simplemente para que no surja un Dios desde sus pútridas entrañas corrompidas de maldad, envidia, sectarismo y el supremacismo implacable y natural que sale de lo más profundo de sus entrañas cerebrales cada vez que una chispa en su cerebro levanta un repugnante arco de ¿luz? Ironía que hasta de la luz pueda surgir tanto desperdicio de una mente que se autodenomina consciente."

Mientras nos preparábamos para ejecutar nuestra retirada:

El **Profeta Maldito empezó a cantar con dolor, tristeza y melancolía** como si intentara no llorar, como si aguantara y resistiera sus lágrimas. Y en ese canto, Crystal, **reconoció una resonancia, un eco en su visión de un alma inocente como la de un niño atrapado en un monstruo pútrido**, el lamento de una paz robada, mancillada, devorada, digerida y triturada, hasta hacerla carne de su carne y huesos de sus huesos degenerados hasta la médula. En acapella y poco a poco, fueron cayendo los restos de la **ANOMALÍA**, la carne del universo destrozado que los Hijos del Vacío intentaban contener. Y de los restos que caían, parecían arrastrarse en sangre y vísceras pequeños seres que llevaban a rastras los grandes pedazos por cadenas de sangre, carne y vísceras. Sí, llovía sangre y pedazos de la anomalía que caían del cielo con formas carnosas: De estas carnes surgían diminutos seres, como personitas sin forma clara, se arrastraban poco a poco, uno tras otro, hasta formar multitud a los pies del Profeta Maldito, con dolor, con quejas, arrastraban sus cadenas y los grandes trozos que los precedían. Todos ellos empezaron a **besar los pies**

del Profeta Maldito, todos ellos recorrieron su cuerpo, y uno de ellos se posó sobre la mano abierta del Profeta Maldito. Este se arrodilló y empezó a rezarle, y después procedió a seguir a acompañar el acapella de Este Profeta:

Through the darkness I walk,
with no fear in my eyes
I am the face of destruction
the king of the endless shattered skies

Ripping through the silence,
filling hearts with dread
With each thunderous beat,
I break the chains that bind

piercing through the skies
With the Death in my Right hand,
With the Life in my Left hand
I unleash the storm

Prayer after Prayer
my power takes form
the one they will remember
the weapon of surrender

I am the hero
I am the face of destruction
I am the king of the endless shattered skies
I am that one who breaks the chains that bind

With each thunderous beat, I break the chains that bind
In this shattered reality, my music defines

With each thunderous beat, I break the chains that bind
In this shattered reality, my music defines

With each thunderous beat, I break the chains that bind
In this shattered reality, my music defines

With each thunderous beat, I break the chains that bind
In this shattered reality, my music defines

https://ztigma.github.io/8-PROFETAS/public/music/Shattered%20Endless%20Sky.mp3

(Una y otra vez, el cántico se repetía, una letanía de aniquilación, pero ahora, en sus reverberaciones, Crystal sentía una **desesperación ajena, una tristeza familiar que no lograba ubicar**.)

Intenté recoger a Anquilos, que estaba malherido. Caminábamos hombro con hombro para que él se sostuviera. Todos los profetas logramos salir del sitio.

Resonó en mí la visión del profeta escarlata algunas de sus ultimas palabras olvidadas en mis sueños proféticos, ecos de un destino ineludible, como si fuera un susurro mudo de algo que debía suceder pero no sucedió:

"Observa, la Carne Viva de Seres de más allá del vacío, canta y se arrastra para nosotros. Incluso ellos se niegan a morir, incluso ellos tienen fe, así se hayan desprendido de sus cuerpos. **Pero su fe no salvará lo que ya está muerto.**"

Me quedo esa punzada latente de que algo “había cambiado” me voltee a ver el camino que habiamos dejado atras, atrapada en la contemplación del momento, mis amigos casi dejándome atrás, viendo al profeta Escarlata a la distancia coma una incógnita que no había sido despejada correctamente, pensé qué será de ese Profeta Escarlata y ¿por que él de alguna manera no parece el mismo de mis visiones? lo deje pasar e intenta alcanzar a los demás.

Intentaremos dirigirnos a Gargantúa en busca de salvación. Ya a la periferia, empezábamos a ver cómo crecía el fruto de esa semilla: un **árbol**. ¿Sería nuestra perdición? ¿Moriríamos por la putrefacción de la Anomalía? Cuando ya estábamos a la distancia, las semillas del árbol **partieron el esqueleto moribundo de la ciudad de Leviatán en dos**. Sus raíces enormes se alzaban como montañas sobre toda tierra, y de una forma casi espectral, de sus raíces crecían más pequeñas raíces que sostenían pequeñas hojas, como pequeños árboles que a su vez sostenían más hojas y poco a poco les fue creciendo fruto.

El árbol que había plantado el Profeta Escarlata **no parecía un árbol de la "Muerte", sino tal vez uno de la ¿vida?** Los pedazos, cuerpos y sangre de la Anomalía que caían desde el vacío del espacio por la lucha y contención de los Hijos del Vacío, habían dejado de caer, y los que lo hacían, se hacían cenizas para ser borrados por completo por el andar del viento.

Poco a poco, de la tierra y las raíces empezaron a surgir **animales, casi como hechos por nanotecnología o tal vez por "milagro"**. Estos animales **no comían de otros, sino que se alimentaban del fruto del árbol de la ¿vida?** ¿Era eso entonces lo que el Profeta Escarlata resguardaba con tanto recelo? ¿Y por qué? ¿Acaso en su oscuridad y perversión había algo bueno dentro?

Nos dirigimos a Gargantúa a pie, pero estaba muy lejos y ahora, por el denso follaje, el Desierto que separaba a las dos grandes ciudades-estado era imposible de localizar en qué dirección se encontraba.

Aun así, con la guía de Anquilos a través de una larga travesía que duró un año, por fin habíamos llegado a Gargantúa. La guerra había terminado. Los Hijos del Vacío y su flota habían sido totalmente destruidos en el cielo; todas sus naves terminaron varadas en la tierra, hechas polvo. Y el **Ztigma nunca pudo entrar a la atmósfera de la Tierra; todos sus seres y engendros perecían o perecieron al solo intentar estar cerca**. La presencia de las raíces y el cuerpo del Yggdrasil era evidente: Ztigma perecerá solo al intentar entrar al planeta y tomarlo por la fuerza.

El **Profeta Escarlata nos había salvado y nosotros, fútilmente, queríamos detenerlo**. ¿Qué hubiera sido de nosotros si lo hubiéramos podido detener? Era evidente que estábamos equivocados, tal vez desde siempre, tal vez hacía falta alguien diferente y distinto, de una mentalidad y perspectiva diferente a la nuestra para realmente cambiar el ciclo de muerte y desesperación que nosotros, los Profetas, o los Hijos del Vacío, o la mismísima Anomalía, habían plantado en toda tierra y todo cielo. Era evidente que **él sí lo había logrado, en un último esfuerzo**. ¿Quién era el Profeta Escarlata? ¿Era Geo? Aquel día que Geo escapó, nunca más se le vio, y después asoló este monstruo. El Profeta Escarlata sonaba como Geo, pero al mismo tiempo era irreconocible. Tal vez, ¿algo, tal vez la muerte de Emily le hizo eso? ¿Qué había sido de Geo? Las interrogantes en mi mente se agolpaban, pero después de un año seguíamos vivos.

Por fin habíamos llegado a Gargantúa. El Puente Cielo-Tierra había caído, y Gargantúa y su fragua planetaria habían sido **aplastados por la mitad por una de las grandes Raíces del Yggdrasil**, que ahora, más que raíz, parecía montaña que había marchitado las llamas de la gran fragua de Gargantúa.

Llegamos a los restos de lo que quedaba de Gargantúa, y pude ver el cuerpo inerte del gran ATLAS. Había perecido, probablemente por la falta de energía, pero al tocarlo, él despertó. Una leve chispa pude ver en su faz. Él se levantó y nos miró con cierto desdén, y yo aparté a mis profetas y le hice un gesto de que callaran y que me imitaran, y yo me arrodillé y bajé mi cabeza.

ATLAS habló: "Ustedes, marginales bestias rastreras, todavía siguen vivos. De aquí puedo ver que, aunque alados sois, caídos sois también. El destino les ha alcanzado. Han visto la verdadera naturaleza de su accionar. ¡Oh, misericordioso ha sido aquel que, a pesar de su dolor y resignación, os ha perdonado y, al poner la otra mejilla, os ha regalado fruto! **Maravilloso ha sido su acto**. Los **animales que brotan del Yggdrasil no comen de la carne, no pelean entre ellos y se alimentan de la luz del sol, el agua y la fruta que da el Yggdrasil. No hay maldad en esta nueva creación**. Ustedes solo son el pecado original en una nueva tierra llena de bondad, no merecen persistir en esta nueva tierra, son una promesa del pecado en un nuevo mundo, con vida nueva y diferente, ajena a su lógica perversa, depredatoria por naturaleza. **El Profeta Escarlata debía matarlos**. Ustedes comerán de su fruto, pero su fruto no de ustedes y su fruto no a sí mismo. Es una **obra perfecta, que solo puede crear quien no quiere que se riegue más dolor y muerte**. Pueden levantarse, a mí ya no me queda energía, pronto me apagaré, no tiene caso que me… muestren… su mi… sión…"

ATLAS se apagó y nunca más volvió a encender.

El Yggdrasil había dado **nuevas formas de vida**. No había depredación en ellos, tampoco maldad; no había necesidades de devorar al otro. Todos podían beber del fruto energético que le había dejado su padre, del sol, el agua y el fruto del Yggdrasil, sin necesidad de comer o devorar al otro.

¿Era este el sueño de Otrora? ¿El del Profeta Escarlata? ¿Quién era exactamente este Profeta?

¿El final de las visiones que tenía sobre este momento, no se había cumplido como intuía?

¿o tal vez la voz enjaulada del niño inocente dentro del profeta escarlata había cambiado su propio destino?

Fin…

INDICE

Momento 1: El Puente que se Intra Retuerce y Astilla sobre Sí Mismo:.....1
Momento 2: EL FATÍDICO SUEÑO DE CRYSTAL: Una Sinfonía de Resignación.....12
Momento 3: El Corazón del Tiempo.....20
Momento 4: La Primera Osadía.....23
Momento 5: Volátil.....28
Volátil – Parte I: El fuego de Jana.....28
Volátil – Parte II: Saturación.....29
Volátil – Parte III: La caída de Crystal.....30
Mientras tanto, en la Torre Ronport #2.....30
Volátil – Parte IV: La ira de César.....31
Volátil – Parte IV: La ira de César.....36
Momento 6: El Amanecer Agrio.....38
Momento 7: Otrora y su Rompecabezas.....40
Momento 8: Tira y Afloja.....43
Momento 9: Paz Venosa e Incolora.....45
Momento 10: Traición Agridulce.....52
La Distancia de Anquilos: El Testigo Doliente.....53
El Momento de la Verdad: La Realidad de Crystal.....54
La Repercusión en los Profetas y el Nuevo Orden.....56
Momento 11: Gargantúa y la Implacable Oscuridad del Vacío.....57
Momento 12: La Superficie Degenerada del Vacío.....65
Momento 13: Mother Saturn, la Perrera Hambrienta.....68
Momento 14: A las Entrañas del Vacío y Más Allá.....75
Momento 15: Alter Rendimiento.....84
Ataque a Loke:.....89
Momento 16: El Sueño Cumplido de Crystal – La Caída del Escarlata.....90
Momento 17: La Pesadilla Viviente de César.....91
Momento 18: Letarsis – El Eco de la Causalidad Atemporal.....97
Momento 19: La Loba Blanca, Dorada y Plateada.....98
Momento 20: La Captura de la Tormenta – El Acero Congelado del Rayo.....101
Momento 21: COLOSSO 76 – La Semilla del Apocalipsis Lunar.....104
Momento 22: Última Huida.....105
Momento 23: El Fuego y El Trueno – El Último Puñetazo.....108
Momento 24: El Gran Apagón – La Lucha por la Noche Eterna.....112
Momentos Antes: Desde la Perspectiva de Otrora – El Sacrificio de la Máquina....113
Momento 25: Crystal y el Fin de su Letargia – El Espectro que Era Yo.....115
Momento 26: La Segunda Luz.....121
El Conflicto:.....127
Temporada 2: El Hálito de un Dios perdido.....128
Momento 1: El despertar de Geo.....128
Momento 2: El augurio del Zamuro.....128
Momento 3: La sombra en el pilar.....129
Momento 4: La Interlocución, Crystal se revela.....130

Momento 5: La Revelación y el Ataque de Crystal..... 130
Momento 6: El Impacto Inevitable El Juicio de Crystal..... 131
Momento 7: El Silencio de la Derrota Inminente..... 132
Momento 8: El Renacer de Geo El Fénix de Cenizas..... 133
Momento 9: La Voz Interior y el Ztigma..... 134
Momento 10: El Despertar a un Mundo Desolado..... 135
Momento 11: La Guía del Ztigma y el Camino a Través del Caos..... 137
Momento 12: La Emboscada: Depredadores en las Ruinas..... 138
Momento 13: La Furia Pura, El Despertar Sangriento de Geo..... 139
Momento 14: Un Despertar Inesperado y un Nuevo Trato..... 142
Momento 15: La Explicación de Geo, Más Allá de la Bala..... 143
Momento 16: La Propuesta de la Chica: Prueba de Poder..... 144
Momento 17: La Encrucijada de Leviatán: Presiones y Acusaciones..... 144
Momento 18: La Acusación de la Traicionera: Un Hombre Cansado y Malinterpretado..... 145
Momento 19: El Testimonio de la Anciana..... 146
Momento 20: La Reacción de Geo, Un Hombre Cansado, No un Profeta..... 147
Momento 21: El Lamento de Leviatán: La Pesadilla Regresa..... 148
Momento 23: Revelaciones y un Nuevo Enemigo y El Despertar de la Ira Latente..... 154
Momento 24: La Onda de Choque, la Tumba del Coloso y una IA Desfasada..... 159
Momento 25: Un Amanecer sobre la Mano del Coloso y la Amarga Dulzura de la Vida Salvaje..... 166
Momento 26: El Corazón de Otrora en la Jungla..... 173
La Entrada a la Jungla..... 176
El Corazón del Servitore..... 178
Momento 27: ¿Arañones Metálicos?..... 180
Momento 28: La Tumba de Otrora: El Pasado Revelado..... 182
Momento 29: El Gran Acertijo: El Salón de la Vida..... 186
Momento 30: La llegada de la ropa y la comida..... 191
Momento 31: El Despertar perdido de los Antiguos y Caídos Profetas..... 192
Momento 32: ¿Buenas Noticias? El Último Destello..... 194
Momento 33: Batalla en las Profundidades - El Grito del Hambre..... 195
Momento 34: El Despertar del Titán de Arena..... 199
Batalla de ATLAS contra los Profetas: Una Perspectiva de Poder Primordial..... 201
Momento 35: El Despertar Glacial y la Emboscada..... 203
Perspectiva de Geo: El Desafortunado..... 203
Momento 36: El Vals Letal en el Puente Celestial..... 206
Perspectiva de Geo: El Desafortunado (y la Intuición Agudizada)..... 206
Momento 37: Ascenso Mortal al Vacío Estelar..... 207
Perspectiva de Geo: El Desafortunado (y el Resurgir de la Ira)..... 208
Momento 38: Confrontación en la Frontera del Vacío..... 210
Perspectiva de Geo: El Desafortunado (y el Despertar de la Ceniza)..... 210
Momento 39: El Acoso en la Oscuridad Cósmica..... 212
Perspectiva de Geo: La Última Frontera de la Desesperación..... 212

Momento 40: La Divergencia - El Primer Eco de la Libertad..... 215
Perspectiva de Geo: El Refugio de los Desechados.....215
Bajo la Superficie..... 216
Los Lamentos de los Liberados..... 217
Momento 41: El Lamento Ahogado.....218
Perspectiva de Geo: La Verdad del Abismo Humano.....218
Momento 42: Synthetic Tragedy..... 227
Momento 43: Skin Walkers..... 232
Perspectiva del Encarnado Edgar.....232
Momento 44: La Pesadilla de Geo La Epifanía Original..... 234
La voz del Marcado: Geo..... 234
Momento 45: La Primera Calamidad.....237
Momento 46: La Primera Resistencia..... 238
Momento 47: La Mano Muerta..... 241
Momento 48: El Gigante Delirante..... 247
Momento 49: El Espectro de una Profecía.....257
Geo: El Espectro Escarlata..... 257
Momento 50: Un último hálito (Final de temporada 2)..... 259
Perspectiva General del combate:..... 267
Temporada 3: La Putrefacción de las Moscas.....272
Momento 2: La Melancolía de un Pasado Quebrado.....272
El Resurgir de la Ceniza.....272
Momento 3: Conocimientos Prohibidos, la Perversión y el Pecado Inusitado..... 274
La Carne Rediseñada..... 275
La Transformación.....275
El Nuevo Profeta..... 277
Momento 4: El Cascarón Vacío.....279
Momento 5: Caos de una Mente Enferma..... 280
Momento 6: El Último Hombre en Pie.....282
Momento 7: Capítulo Final: La Semilla Podrida.....291

Romel Lucero.